LAS HIJAS SIN MADRE

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL
BARCELONA

ALVARO CARRILLO

LAS

HIJAS SIN MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

ILUSTRADA CON CROMOS POR D. EUSEBIO PLANAS Y OTROS ARTISTAS

TOMO SEGUNDO

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE RAFAEL TORRENS
297—Consejo de Ciento—297

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17, Barcelona.

CAPITULO PRIMERO

Resolución de Julián

El duque llegó á Madrid, en un estado imposible de describir.

Inmediatamente que llegó se encerró en sus habitaciones, no queriendo ver á nadie.

El choque recibido había sido demasiado violento para que hubiera podido reponerse durante las pocas horas que habían transcurrido.

Carlos trató de verle, pero inútilmente.

Era necesario que hubiese podido formar un plan definitivo, y el estado de su ánimo no se lo había podido permitir todavía.

Por más que buscaba en su pensamiento razones para justificar su acción, por más que se dijera que había visto á su hermano á los piés de su esposa, la verdad era que el castigo que le había impuesto superaba,

quizás, á la culpa, porque ésta no estaba suficientemente definida todavía.

La única razón que encontraba en su abono, era lo que pudiera murmurar el mundo respecto á él.

Porque aun cuando nadie sabía que estaba casado, en medio de todo, conocía la mala lengua de Federico y presumía que éste, aun cuando no fuese más que por venganza por haberse casado sin decirle nada, era muy capaz de esparcir aquella noticia.

Lo único que hizo fué escribir á su mayordomo una larga carta.

En ella le daba instrucciones respecto al silencio que debía emplear sobre aquel asunto, dejando á su cargo los medios de que había de valerse para ocultarlo.

Carlos se apresuró á ver á Federico, diciéndole:

—No sé qué es lo que ha traído el duque, de Avila, que apenas ha llegado se ha encerrado en sus habitaciones, dando órdenes severas para que nadie entre á verle.

—Pero tú...

—Yo estoy en el mismo caso de los demás, y esto, como tú debes comprender, es bastante significativo. Yo comprendería que para los demás lo hiciese así, aun para tí mismo; pero que lo haga conmigo...

—¡Sí que es extraño!

—A ver si hemos cometido algún disparate.

—Mira, lo que sea sonará. No tengas cuidado, que ya resollará él. En uno ó en otro sentido, ya se moverá; y ¡qué demonio! ya veremos lo qué dice.

—¿Y no crees que sería muy conveniente que te marchases á Avila?

—¿Yo? ¿para qué?

—¡Hombre! para enterarte de lo que ha pasado allí. Yo he estado en casa de Andrés, y nada se sabe de él.

—No, no salgo de Madrid ahora; no es conveniente, por ningún estilo, que yo me mueva de aquí.

Carlos no quiso insistir.

Sabía muy bien que cuando Federico tomaba una resolución no se apartaba de ella, y en su consecuencia, nada más le dijo.

—Lo que tú debes hacer,—exclamó Federico al cabo de algunos momentos,—es no abandonar tu casa para nada. Es conveniente que Julián te encuentre allí en el momento que rompa su clausura; porque, como tú comprenderás, esto ha de suceder de un momento á otro.

—¡Oh! cuando no ha dicho nada hasta ahora...

—Ya lo dirá, no tengas cuidado.

Carlos siguió el consejo de su amigo, y se apresuró á dirigirse á su casa.

Julián continuaba encerrado.

Unicamente, cerrada ya la noche, la naturaleza reclamó sus derechos y entonces se hizo cargo de que hacía más de veinticuatro horas que no había tomado alimento alguno.

Sus criados le habían indicado, lo mismo á la hora de almorzar que á la de comer, si deseaba alguna cosa; pero la contestación había sido siempre la misma:

—No quiero nada; ya he dicho que no se me moleste.

Pero, como hemos indicado, llegó el momento en que, algo más apaciguada la excitación nerviosa que le dominara hasta entonces, la necesidad material se hizo sentir con mayor violencia.

Entonces llamó á uno de sus criados, hizo que le sir-

vieran una taza de caldo y una copa de vino, y preguntó por Carlos.

—El señorito,—le dijo el criado,—ha deseado varias veces entrar á ver al señor duque; pero, siguiendo las órdenes recibidas, le hemos negado la entrada.

—Bien hecho. ¿Está ahí?

—No hace mucho que ha concluido de comer.

—Está bien; dile que entre, y os advierto que continúo sin querer recibir á nadie.

—¿Y si viene el señor marqués del Pino?

—Tampoco. La orden es general.

Salió el criado; momentos después sirvieron al duque lo que había pedido, y al mismo tiempo también entró Carlos.

—¡Pero tío! ¿qué es esto?—exclamó el joven, retratándose en su rostro la inquietud y la sorpresa;—¿qué tiene usted y qué razón ha habido para este viaje tan precipitado, y sobre todo para que ni aun á mí me haya permitido la entrada en estas habitaciones?

—No me preguntes nada, Carlos, porque no está mi cabeza para poderte contestar.

—¿Pero es que ocurre alguna desgracia?

—¡Sí, y muy grande!

—Pero...

—Déjame que tome este ligero alimento, y después hablaremos.

Carlos obedeció, mirando con inquietud á su tío, que bebía lentamente el caldo, sosteniendo la taza con temblorosa mano, y revelando en su semblante todo lo inmenso del pesar que le abrumaba.

El joven no pudo menos de admirarse del cambio tan extraordinario que en un espacio de tiempo tan breve, se había verificado en el duque.

Parecía, materialmente, que en el espacio de algunas horas había transcurrido gran número de años.

Sus ojos habían perdido su habitual expresión; tenía el rostro ajado y descompuesto, y hasta parecía que su cabeza ostentaba prematuras canas.

Todo en él estaba demostrando que un formidable acontecimiento había ejercido sobre él su maléfica influencia.

Una vez que el duque hubo terminado su frugal colación, dijo al criado que le servía:

—Puedes retirarte y no olvides lo que te he dicho.

Una vez que estuvieron ya solos Carlos y Julián, dijo éste:

—Ahora ya podemos hablar.

—Deseándolo estoy, ¿por qué se lo he de negar? Deseo conocer el dolor que le atormenta, no por una vana curiosidad, sino por ver si puedo prestarle algún consuelo.

—No,—contestó el duque con voz sorda.—No puedes prestarme alivio alguno. En cambio puedes prestarme un servicio.

—Hable usted, tío, hable usted, ¿qué exige de mí?

—Antes de todo he de decirte una cosa. Te advierto que mis palabras no has de trasmitírselas á nadie. Es un secreto de familia, secreto horrible que no debe salir de nosotros.

—No diga usted más. Sé cual es mi deber.

Y el acento del joven vibró con tal acento de verdad, que el duque no pudo menos de tenderle la mano enternecido, diciéndole:

—Gracias. Al menos tengo en tí un corazón que comprenderá mi sufrimiento.

—Hable usted, tío, y ojalá pudiera á costa de mi vida si fuese necesario, calmar su dolor.

—Mañana en el primer tren, vas á marchar á Avila.

—Está bien.

—Una vez allí, haces que te conduzcan al Solar. Fácil te será encontrar un carruaje.

—Y si no iré á caballo y hasta iría á pié, aun cuando no he estado nunca. Pero el refrán dice que, «quien tiene lengua á Roma va» y esté usted seguro que allí llegaré.

—Fácilmente encontrarás lo que te he dicho.

—Y una vez en el Solar ¿qué debo hacer?

—Allí encontrarás una mujer y dos niñas.

—Pues que ¿no está allí mi tía?

—No. Tu tía no existe. Ella misma ha roto los vínculos que nos unían.

El rostro de Carlos expresó de tal modo el asombro que aquella noticia le causaba, que su tío no pudo menos de decirle:

—Te sorprendes ¿no es verdad? Tu honrado corazón se subleva á la idea de que una mujer por quien hice tanto, que la elevé hasta mí cuando podía haberla dejado hundirse en el fango de donde no debiera salir nunca, haya sido capaz de ultrajar mi nombre... Sí, bien haces porque yo mismo, á pesar de haberlo visto, apenas si me atrevo á creerlo todavía.

—¿Pero es verdad? ¿Esa mujer ha podido...? ¡Tío, por Dios! ¿No habrá usted sido presa de alguna alucinación?...

—No. He visto, he juzgado y he castigado,—contestó con lúgubre acento Julián.

Carlos no pudo menos de estremecerse.

—El hombre que me ultrajaba, ha muerto.

Por muy malvado que fuera Carlos, la verdad era que aquella noticia le llenó de espanto.

—¿Qué ha dicho usted?—exclamó sin poderse contener.

—Lo que has oído. El hombre que mancillaba mi honra ha pagado con su vida su delito. Y sin embargo, —prosiguió Julián con un acento imposible de describir, —ese hombre era mi hermano.

—¡Cómo!—exclamó Carlos con tembloroso acento.— ¿su hermano de usted? El doctor...

—Sí; pero no me interrumpas. Déjame que acabe de decirte lo que has de hacer en el Solar.

—Comprendo, querido tío, por la impresión tan penosa que me produce lo que me está usted diciendo, la que habrá recibido. ¡Oh! ¡cuánto debe usted haber sufrido!

—No es posible que te lo imagines. Cuando yo ví á mi hermano, á mí propio hermano á los piés de la que hasta ayer fué mi esposa, no sé lo qué sentí. Una nube de sangre cubrió mis ojos y ciego cogí un arma de la panoplia que había en la estancia en que me hallaba, y la hundí en el pecho del miserable.

—¡Qué horror!

—Sí, Carlos, sí. Todavía no he podido borrar de mi mênte aquella escena.

—Lo creo.

—Salí de allí loco; ignoro el tiempo que anduve vagando por aquellos campos hasta que llegó la hora de coger el tren en Arévalo, para poder llegar hasta aquí.

—¿Pero no ha sabido usted lo qué pasó en su casa después que salió de ella?

—No.

—¿Y mi tía?...

—No tuve valor para darle muerte. Allí se quedó desmayada junto al cadáver de... de Andrés.

—¡Jesús! ¡Qué horrible noche!

—Muy horrible; es verdad.

—¿Y qué quiere usted que haga cuando llegue al Solar?

—Hoy he escrito á José, mi mayordomo, para que evite que tenga publicidad el hecho. Ya habrá procedido al entierro del cadáver y este secreto espantoso quedará entre nosotros.

—¿Entonces?...

—Tu misión allí es más interesante. Ya comprenderás que después de lo ocurrido, esa mujer no puede permanecer viviendo como esposa mía. Felizmente tuve la inspiración de no hacer público mi matrimonio. Este se verificó en un pueblo de mala muerte y la partida, si es que se anotó en el libro, fácil es hacerla desaparecer. No quiero conservar recuerdo alguno de esa mujer.

A no estar el duque tan preocupado con su propia desventura, no habría podido menos de observar la expresión que tomó el rostro de su sobrino al escuchar las anteriores palabras.

El camino tan ansiosamente buscado por Federico y por él, se allanaba de un modo extraordinario.

El mismo Julián facilitaba los medios.

—Pero ¿y las niñas?—dijo al cabo de algunos segundos.

—¿Y puedo yo acaso tener la seguridad de que sean mis hijas?—dijo el duque con un acento indescribible.—Si mi hermano había conocido á esa mujer antes que yo, ¿quién me asegura que el criminal comercio no existía ya?

Carlos inclinó la cabeza sin responder.

Tal vez temía que le vendiera la misma emoción que estaba experimentando.

El duque continuó:

—Lo mismo las partidas de bautismo que la de casamiento pueden hacerse desaparecer. Unos cuantos miles de duros más ó menos, no han de empobrecerme y bien los merece el recobrar mi libertad en absoluto.

—Tiene usted razón.

—Tan luego como llegues al Solar, entregarás á esa mujer la carta que yo te daré. La sacas de allí con sus hijas y todos los objetos que ella quiera llevarse. Las acompañas hasta Francia. Allí entregas á Emilia cinco mil duros que te llevarás en una letra que mañana mismo te enviaré, y que no vuelva á acordarse más de mi nombre. Esa es la misión que has de desempeñar.

CAPITULO II

Desaparecido

VOLVAMOS al Solar en el momento en que Julián hubo salido de la posesión.

Inmóvil estaba Andrés é inmóvil también Emilia que, como dijimos, también había caído desmayada.

José tan luego como hubo salido su señor de la estancia, se precipitó en ella.

El fiel criado había advertido el estado de agitación en que su amo se hallaba y no le había perdido de vista.

Pero la casualidad hizo que precisamente en el momento en que el duque se precipitó en el aposento donde se hallaban su esposa y su hermano, la necesidad de dar algunas disposiciones respecto á la instalación de su señor, le obligaron á alejarse de allí.

Pero regresó inmediatamente y se encontró con que ya no estaba el duque, en el observatorio que le viera.

Entonces, como hemos dicho, penetró en el aposento.

—¡Dios mío!—exclamó el fiel servidor.

Y se lanzó sobre el inanimado cuerpo de Andrés.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado aquí? ¿dónde está mi señor? Es necesario pedir socorro. ¡Si estará muerto, Dios mío, si estará muerto!

Y el pobre hombre realmente no sabía qué hacer.

Felizmente, en aquel instante Emilia hizo un pequeño movimiento.

—¡Oh! la señora,—exclamó José,—ella tal vez podrá explicarme...

Y se acercó á la joven, roció su rostro con agua que fué á buscar de una palangana que había en el lavabo, consiguiendo que la joven, tras un prolongado suspiro, abriese los ojos.

—¡Señora duquesa! ¡señora duquesa!—exclamó el criado con acento que revelaba su angustia y su impaciencia,—¿qué es lo que ha pasado aquí?

Emilia miró con extraviados ojos á su alrededor, y preguntó á su vez:

—¿Dónde está? ¿dónde se ha marchado?

—¿Quién?—dijo José.

—Él, el mónstruo, el asesino; mi esposo.

Y la joven rompió á llorar amargamente al pronunciar estas palabras.

De repente fijó sus ojos en Andrés, y dijo dirigiéndose á José:

—Pero ¿todavía no habéis prestado socorro alguno á ese desgraciado?

—Eso iba á hacer, señora; pero como no sé...

—Tienes razón. José, es menester que nadie sepa lo que aquí ha pasado. El secreto es horrible, pero es preciso que lo guardemos únicamente nosotros.

En aquel momento el jardinero, á quien como sabemos, el duque había dicho que viese á José, penetró en la estancia.

El mayordomo salió á su encuentro, diciéndole:

—¿Qué quieres?

—El señor duque acaba de salir, presa de la mayor angustia, diciéndome que te manifestase que te enviaría instrucciones respecto á lo que debías hacer.

—Está bien. ¿Y dices que el señor duque se ha marchado?

—Sí.

—Pues es necesario que aprovechemos estos momentos, amigos míos,—dijo Emilia á quien la inminencia del peligro había hecho recobrar la serenidad.—Vosotros sois los únicos que conocéis este desdichado secreto y es preciso que entre vosotros quede. Se trata de vuestro señor y de su hermano á quien todos queréis tanto. Es necesario salvarle si en él hay vida todavía; es preciso hacerle desaparecer, si desgraciadamente está muerto.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado? ¿cómo ha sido esto?

Emilia en breves palabras explicó la escena ocurrida, suponiendo que los celos, excitados por Federico en el ánimo de su esposo, le habían exaltado en términos de que al sorprender en su habitación al médico, había cometido aquel atentado.

Felizmente José poseía algún conocimiento, como acontece con la mayoría de las gentes que viven en el campo, en cuestión de heridas, y principió por lavar entre él y el jardinero la que había en la espalda del médico.

Inmediatamente le pusieron unas compresas de agua fresca esperando que recobrase el sentido.

Y así sucedió en efecto.

Andrés abrió los ojos, reconoció las personas que le rodeaban, y volviéndose á José le dijo:

—¿Y mi hermano?

—Se ha marchado.

—¿No ha dejado dicho nada? Contármelo todo porque quiero saberlo antes de que llegue el período de la calentura, que indefectiblemente se presentará.

—Ha dicho que ya enviaría sus instrucciones sobre lo que se debía hacer,—contestó José.

—¿Dónde tengo la herida? explicármelo bien.

José le hizo la explicación lo mejor posible, y el médico entonces volvió á decir:

—José, ves á mi cuarto y tráeme el estuche que está encima de la mesa.

Momentos después el mayordomo regresaba á la habitación con el objeto pedido.

Andrés hizo que abriese el estuche y señalándole un instrumento le dijo:

—Sóndame la herida á ver la profundidad que tiene.

Con temblorosa mano hizo el mayordomo la operación que se le indicaba, mostrándole después al médico la profundidad que tenía.

—Pocos centímetros más,—murmuró Andrés,—que hubiera penetrado la hoja y no estaría hablando con vosotros en este instante. Es preciso que uno de vosotros dos saque una tarjeta de mi cartera, se marche á Avila y se traiga consigo al doctor Robles á quien le dará esa tarjeta mía. Es preciso que ese viaje de ida y vuelta esté hecho en tres horas. Entretanto el que se quede que me ponga unas compresas de agua fresca hasta el momento en que llegue el médico.

—Voy yo mismo, señor,—dijo el jardinero.

—Pero te digo que es necesario que estéis aquí antes de tres horas.

Así sucedió efectivamente.

El médico á quien enviaba á buscar Andrés era íntimo amigo suyo, y al ver su tarjeta y la urgencia con que el jardinero le pintó el deseo de Andrés, pidió un caballo y marchó inmediatamente al Solar.

Entretanto Emilia no se había separado del lado de Andrés y de José, sino para ver á sus hijas.

—¡Qué horrible noche!—murmuró.

—Sí, muy horrible, y más todavía por las consecuencias que va á tener.

—¿Qué quieres decir?

—¿Has guardado los documentos referentes así á tu matrimonio como al nacimiento de tus hijas?

—¿Por qué haces esa pregunta?—exclamó Emilia sorprendida mirando con asombrada mirada á su cuñado.

—¿Los tienes?—volvió á insistir Andrés.

—Sí.

—Pues no los abandones, procura no perderlos; porque presumo que días muy crueles se aproximan para tí. Ha triunfado la infamia y no es fácil que la verdad y la razón recobren su imperio.

—Pero explícate; ¡por Dios, Andrés! no sé lo qué tus palabras encierran de aterrador para mí, que tiemblo.

—Y razón tienes en temblar; pero no me hagas hablar porque siento que mis fuerzas van decayendo y quiero reservarlas hasta que venga Robles. Yo voy á salir de aquí en seguida que él esté.

—¿Qué vas á salir de aquí en el estado en que te hallas?

—Sí; he formado mi resolución y nada ni nadie, me hace apartar de ella. Dile á José que entre.

El mayordomo que estaba impaciente esperando el regreso del jardinero con el médico, se apresuró entrar en la alcoba donde estaba Andrés.

—¿Qué quería usted, señorito?—preguntó.

—Ten preparadas vendas, trapos y bastantes hilas, y que esté preparado el coche.

—¡El coche!—exclamó sorprendido José.

—Sí, el faetón; en él pondrás un par de colchones y quiero que seas tú mismo quien le guíe, porque no hay necesidad de que el cochero se entere de nada.

—Pero...

—Todo eso has de hacer. Ten dispuesto el botiquín porque Robles tendrá necesidad, cuando venga, de utilizarle.

—Quería decir al señor, que si es que se trata de marcharse.

—Sí. Déjame solo con José, Emilia, hazme el favor porque quiero darle algunas instrucciones.

La cuñada de Andrés, los dejó solos.

—Mira, José,—prosiguió Andrés,—mi hermano presa de un vértigo fatal, vértigo producido por las infamias de Federico Montesinos, ya sabes quien es, ha llegado á este extremo. Es preciso hacerle comprender todo lo grave del acto que ha realizado hoy, pero más adelante. Hoy sería completamente inútil. Quizás si supiera que yo vivía tornaría de nuevo á sus recelos é hiciera pagar á esa pobre mujer más caro todavía de lo que se lo ha de hacer pagar, la desdichada coincidencia de haber sido yo quien concertara ese enlace. Por lo tanto, en cuanto venga Robles y me haga la cura, inme-

diatamente me marcharé á Avila. Es preciso que todo el mundo crea, mejor dicho, que lo crea mi hermano, Emilia, Carlos y Federico, que yo he muerto, para que no extreme su rigor, contra esa pobre mujer. Mi hermano cree en estos momentos, que el golpe fué mortal, y á eso aludirán las instrucciones que ha de darte. Anticípate á ellas, haz un hoyo en el jardín en el sitio que mejor te convenga, ó por lo menos remueve la tierra para que se crea que me has enterrado y no te preocupes más por mí. En cambio, procura hacer lo que puedas por tu señora y por sus hijas que son las hijas de tu señor; porque me parece que necesidad han de tener, no de tu ayuda sino de la de todo el mundo.

—Pero... señorito, ¡por Dios! Mire usted que un viaje en el estado en que se halla...

—Puede matarme; lo sé.

—Pues entonces...

—Debo salir de aquí, te he dicho; es lo más conveniente para todos y como yo desde el momento en que he recobrado el sentido estoy pensando en el plan que he de seguir, con arreglo á él te estoy hablando. Felizmente le ha temblado la mano á mi hermano y según presumo, la herida que he recibido estará curada dentro de un mes ó dos lo más tarde. Entonces será muy posible que sepas algo de mí.

En vano José trató de disuadir á Andrés, acerca de su proyecto.

El médico concluyó por rogarle que nada le dijera y que fuese á disponer todo lo que le había ordenado.

El jardinero regresó con Robles, éste reconoció la herida de su amigo, opinó también que era cuestión de mes ó mes y medio la curación y accedió á que se verificara el traslado, yendo él en el mismo coche.

Efectivamente, José guiando, haciendo ir el carruaje muy despacio, pudieron llegar á Avila al amanecer.

El colono había ido siguiendo las órdenes que el duque le había dado, y dijo á José lo que su señor le había dicho.

Aquellos tres hombres, servidores antiguos de los duques del Solar, que habían nacido en la casa no podían explicarse la fatal obcecación del duque, de la cual había hecho víctima á Andrés á quien todos querían, á quien todos elogiaban y de quien ninguno hubiera sospechado una acción tan inícua como la que sospechara el duque.

Carlos, obedeciendo las instrucciones de su tío, se dispuso para salir en el primer tren.

Cerca ya de la madrugada, le entregó Julián la carta que había estado escribiendo para Emilia.

El duque estaba más sombrío y más agitado que había estado desde que llegó del Solar.

Apenas se atrevía á alzar los ojos del suelo.

Hubiérase dicho que la conciencia estaba acusándole por la injusticia tan marcada que había cometido, y la que pensaba cometer.

—Pero tío,—le dijo Carlos,—¿será posible que no quiera usted complacerme, retirándose á descansar?

—No, ya descansaré mañana.

—¡Mañana!

—Sí, cuando sepa que ya estás camino de Avila, cuando presuma que de todo ese horrible drama no queda ya más que la nube de mi conciencia, y la memoria que guardaréis tanto tú como mis criados.

Carlos insistió de nuevo, pero el duque no quiso acceder.

Y el joven tenía necesidad de escribir alguna cosa á Federico.

Era menester que le dijera, aun cuando sucintamente, lo que había pasado, y la misión que se le confiaba.

Pero ¿cómo hacerlo? El duque no se separaba de él y era imposible en su presencia, ponerse á escribir.

Por fin, pretextando ocuparse de algunos asuntos referentes al viaje, consiguió subir á su cuarto.

Una vez allí apresuróse á escribir una carta á Federico, que entregó á un criado para que se la llevara á las nueve de la mañana.

Después no se separó ya de su tío, hasta el momento de dirigirse á la estación.

El duque estuvo paseándose largo espacio por sus habitaciones, cuando de pronto tropezó con uno de los criados que llevaba una carta en la mano.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Una carta que me ha dado el señorito Carlos.

—¿Cuándo? ¿para quién?

—Pues me la dió poco antes de marcharse, para que se la llevase al señor marqués del Pino.

CAPITULO III

¡Pobre esposa y pobre madre!

AL escuchar la contestación del criado, el duque frunció el entrecejo, diciendo después que estuvo en su aposento:

—¿Qué significa esto? ¿Por qué escribe Carlos á Federico, precisamente en los momentos en que yo le he encargado tanto secreto. Si tendré también que poner un correctivo á estas intimidades.

Y el duque no pudo desechar de su pensamiento el significado que tendría aquella correspondencia entre Montesinos y su sobrino.

La presencia de Carlos, en el Solar, produjo un efecto extraordinario.

La llegada del sobrino del duque representaba la definición del enigma que tanto había preocupado así á Emilia como á los criados.

Carlos se presentó en el Solar con autorización del duque para obrar á su antojo, según decía el mismo duque en la carta que escribió á José.

—Vamos á ver, José,—dijo al mayordomo,—¿qué es lo que ha pasado aquí desde el momento en que salió mi tío?

—¡Qué quería usted que pasara! Yo entré en la habitación, ví el horroroso espectáculo que ofrecía, comprendí el escándalo que podía resultar si el hecho se hacía público y entre el jardinero y yo, á favor de la oscuridad de la noche enterramos el cadáver del infeliz hermano del señor, en el extremo del jardín, cerca de la tapia, en un sitio donde no es posible que nadie pueda descubrir nada.

—¿Eso hizo usted?

—Sí, señorito. Creí desde el momento en que supuse lo que había ocurrido, que servía á mi señor obrando así y obré. Si usted trae otras instrucciones, eso es diferente.

—No, no; sobre este particular ha hecho usted bien. Pero vamos á ver, José, ¿qué fué lo que sucedió aquí?

—¿No se lo ha dicho á usted el señor duque?

—Me ha indicado alguna cosa, el suceso en globo; pero los detalles...

—Los detalles yo los ignoro también. El señor duque entró solo en el interior del palacio, y cuando yo fuí á entrar en la habitación, ya se había marchado; el cadáver de don Andrés estaba en el suelo, y la señora duquesa, completamente desvanecida, tendida también á muy corta distancia.

—Vamos, hay que convenir en que esa mujer ha procedido de una manera indigna.

—¿Qué dice usted, señorito?—preguntó José, mirando fijamente á Carlos.

—Ya se ve, si es lo mismo que hemos hablado con Montesinos; mi tío estaba ciego con esa mujer y ella le estaba engañando mientras tanto con su hermano.

— Dispénseme usted que le diga, señorito, que si el señor Montesinos afirmaba eso...

—Es que yo también...

—¡También usted!

—¡Ya lo creo! ¿no lo está usted oyendo que lo hablábamos Federico y yo? Pero á mi tío no se le podía decir nada de eso.

—¡Razón tenía mi señor en no creer semejante monstruosidad!

—Pues sin embargo la ha creído y para creerla ha sido necesario...

—Sí, que hubiera quien le llenase la cabeza, quizás, con calumnias.

—¡José! ¿qué es lo que se atreve usted á decir?

—Señorito, mi opinión, que jamás la he ocultado por nada ni por nadie. Llevo en esta casa desde que nací; mi padre también había nacido en ella lo mismo que mi abuelo y nuestros señores nos han apreciado siempre por la ruda franqueza con que les hemos hablado.

Carlos no pudo menos de morderse los labios.

El modo de expresarse de aquel criado no se avenía, digámoslo así, con la misión de que él estaba investido.

Proponíase extremar el rigor, si así podemos expresarnos, con aquellos infelices y comprendía desde luego que con una persona como José, serían inútiles todos sus esfuerzos.

—De modo, que según usted, mi tío ha obrado injustamente.

—Yo no he dicho eso. He rechazado como absurda la suposición de esos vergonzosos amores.

—Pues me parece que equivale á lo mismo.

—El señor duque ha padecido una obcecación, á la cual, como he dicho, pueden haber contribuido en gran manera las indicaciones tanto de usted como del señor Montesinos, y esto si lo digo es porque usted lo ha indicado también.

—Vamos, vamos, José, no estoy para discusiones sobre asuntos de tanta importancia. Esa mujer no merece que se le tenga consideración de ningún género.

—También eso es cuestión de apreciación, señorito. Presumo que es más digna de compasión que otra cosa.

Carlos miró con irritados ojos á aquel anciano que se atrevía á emitir una opinión contraria á la suya, y después le dijo:

—Avise usted á esa mujer que he llegado y que deseo verla.

—¿A quién ha dicho usted? ¿á la señora duquesa?

—Aquí no hay duquesa, desde el momento en que su marido rompe todos los vínculos que con ella le unían.

—¡Qué! ¿qué ha dicho usted?—exclamó José lleno de asombro,—que mi señor lleva su crueldad hasta el extremo...

—He dicho á usted que avise á esa mujer que estoy aquí y procure usted no excitar mi enojo, porque podría suceder que le hiciera arrepentirse.

Al escuchar estas palabras irguióse rápidamente el mayordomo y mirando á Carlos le dijo:

—Advierto á usted una cosa, señorito, y es que el señor duque jamás me ha amenazado y ya comprenderá

usted que no habiéndolo hecho él no he de tolerar que usted lo haga.

—Es que yo tengo poder para obrar en esta casa como mejor me cuadre, según ha podido usted ver por la carta de mi tío.

—Y yo también en ese caso podría abandonar esta casa antes de ponerle á usted en el caso de que me despidiera de ella.

—A mí me tiene sin cuidado,—contestó Carlos con frialdad.—He venido aquí para poner esto en orden, y tenga usted la seguridad de que lo pondré.

—No he de ser yo quien se lo impida.

—Pues entonces obedezca la orden que le he dado.

—Pero como puedo marcharme si no me conviene obedecer, esté usted seguro que usaré de ese derecho cuando me convenga.

Y el mayordomo se encaminó hacia las habitaciones de Emilia.

Carlos se le quedó mirando y no pudo menos de decir:

—Me parece que con todos estos criados de mi tío va á ser necesario que rompa y los eche de aquí. Felizmente tengo poderes discrecionales y sé lo qué debo hacer.

Entretanto el mayordomo entró en las habitaciones donde Emilia permanecía casi sin salir, desde que Andrés fué trasladado á Avila.

Las palabras que la había dicho y la misma voz de su corazón estaban anunciándola alguna desgracia horrible, más horrible todavía que la que ya la sucediera.

Abrazando á sus hijas y regando con sus lágrimas sus infantiles rostros, esperaba de uno á otro momento

la presencia de aquel grave mal que presentía y que había de superar á los que ya había sufrido.

Al ver aparecer á José, adivinó en su semblante que era portador de alguna mala noticia.

El mayordomo se detuvo en la puerta diciendo:

—Señora duquesa, siento tener que avisarla para que se prepare, porque presumo que ha llegado un momento muy crítico.

—¡Ay! José, hace ya dos días que estoy prevenida para ese caso. Mis enemigos han triunfado por lo visto, y quieren extremar el rigor de su mismo triunfo. ¿Qué hay? ¿ha recibido usted alguna carta de mi esposo?

—No, señora, hay algo peor que esto.

—¡Cómo!

—Ha llegado el sobrino del señor duque, quien trae amplias facultades por lo visto, para obrar á su antojo.

—No podía haber elegido mi esposo persona más á propósito para semejante misión,—murmuró Emilia con un acento vibrante de dolorosa ironía.—¿Y qué ha dicho ese hombre?

—No lo sé, señora; porque aseguro á usted que el tal don Carlos consiguió desde el primer día hacerse tan antipático para todos los criados, que no sé cómo el señor duque le distingue con tanta confianza.

—¿Y no comprende usted por qué es eso?—dijo Emilia sonriéndose.

—¿Por qué?

—Porque es muy amigo de Montesinos. Ahí tiene usted el gran secreto de la influencia que ejerce Carlos en su tío y de por qué éste le ha enviado para que se entienda conmigo.

—No sé por qué presumo que este viaje va á causar grandes trastornos en esta casa.

—¿Ha sabido usted hoy algo de Andrés?

—No, señora.

—¿No le ha preguntado á usted Carlos por él?

—Le he dicho lo que habíamos acordado.

—Perfectamente. Pues dígale usted que entre y acabemos de una vez.

Momentos después Carlos entraba en las habitaciones de la duquesa.

Inútil es que tratemos de explicar la escena que allí tuvo lugar.

Cuanto nosotros pudiéramos decir resultaría pálido al lado de la realidad.

Ya escuchamos al duque en la conversación que tuvo con su sobrino, y por ella podremos comprender el diapasón á que se pondría Carlos desde el momento en que tan bien autorizado se hallaba por su tío.

Emilia trató de defender los derechos de sus hijas ya que desgraciadamente por las circunstancias especiales en que aquel asunto estaba colocado, no podía hacer lo mismo con sus derechos de esposa.

Pero Carlos puso término á todas sus reclamaciones con estas brutales palabras:

—Pero señora, si está probado hasta la saciedad que antes que usted conociese á mi tío había usted conocido á Andrés y quién sabe hasta dónde habrían llegado estas relaciones. ¿Cómo puede aceptar mi tío la paternidad de unos hijos de quienes no sabe si será padre, positivamente?

—¡Pero Dios mío, puede haber mayor infamia!—exclamó Emilia con desesperado acento.

—¿A cuál se refiere usted? ¿á la suya? ¿no es así? Tiene usted razón, no cabe mayor infamia que la que uste-

des han cometido. Y todavía dé usted gracias á Dios que mi tío no ha querido llevarla ante los tribunales como debía y como podía haber hecho.

—¡A mí! ¡Llevarme á mí ante los tribunales! ¿pues qué crimen he cometido?

—¿Todavía le parece á usted poco?

—Y vamos á ver,—prosiguió Emilia al cabo de algunos momentos de silencio y sin querer contestar á las últimas frases de aquel miserable,—¿qué es lo que quiere el señor duque? ó mejor dicho, ¿qué es lo que quieren ustedes hacer de mí?

—Nosotros no queremos nada, señora; es mi tío quien lo dispone.

—Sé demasiado el valor que tiene lo que dispone mi marido. Pero está bien. Dígame usted qué es lo que debo hacer y lo haré.

—Por de pronto abandonar esta casa, pudiéndose llevar consigo todos los objetos de su pertenencia y los de sus hijos.

—¿Pero á dónde he de ir?

—Donde usted quiera puede fijar su residencia, con tal de que sea fuera de España. Tengo orden de dejar á usted en París, entregándole al separarme cinco mil duros, cantidad más que suficiente para que pueda usted establecerse de un modo que la permita atender á sus necesidades.

—¡Oh! ¡pero esto es horrible!—exclamó Emilia, cuya resignación y cuya paciencia agotaban lo inmerecido y cruel de aquel castigo. ¡Qué he hecho yo para que así se me arroje de esta casa y se me trate de una manera tan inícua!

—Es inútil que se lamente usted ni que haga aspa-

viento de ninguna especie,—dijo Carlos,—mis órdenes son terminantes y he de sujetarme á ellas.

—Está bien, procuraré que pueda usted cumplir á satisfacción de los que le envían, el encargo que le han confiado. Suplico á usted que me deje sola para que tome las disposiciones necesarias para un viaje de estas condiciones, y sobre todo para llorar, sin que mis lágrimas exciten la risa de usted y de algún otro á quien conoce demasiado por lo visto.

—¡Señora!

—No tiene usted por que alterarse; ya ve usted que estoy serena y que me resigno con la situación que... ustedes mismos han creado. Pero francamente crea usted que por nada de este mundo, á encontrarme en el lugar de usted, habría aceptado una misión como la que ha venido á desempeñar en esta casa. Eso, francamente, hace de usted la verdadera apología.

—Repare usted, que sus palabras la pueden costar muy caro.

—Más de lo que me cuestan ya, es imposible; por lo tanto como que usted ni puede extremar sus rigores, ni yo sufrir más de lo que sufro, puedo decirle impunemente todo lo que pienso de usted y de su amigo y hasta del hombre que ha sido mi esposo y á quien tanto he querido, por mi desgracia.

—La desgracia ha sido para él.

—Tiene usted razón, desgracia ha sido para él tener el carácter que tiene y unos amigos como ustedes. Vuelvo á suplicarle que me deje sola.

—¿Cuándo estará usted en disposición de emprender el viaje?

—¿Cuándo? no siento más que no poderlo realizar in-

mediatamente, porque, crea usted que de pensar, solamente, que está usted bajo este techo y que ha venido precisamente para arrojarme de él, parece que se derrumba sobre mí... Suplico á usted que me deje sola ó tendré yo que irme de aquí porque ya no es posible que pueda contenerme más.

Y la joven viendo que Carlos permanecía inmóvil, se levantó, cruzó por delante de él y desapareció por una de las habitaciones inmediatas.

CAPITULO IV

Las últimas noticias

CARLOS escribió aquel día una larga carta á su amigo Federico.

En ella le decía el aspecto bajo el cual se le había presentado aquella mujer, la actitud de algunos criados de la casa, y entrando en otro terreno le añadía que no tendría motivo para quejarse de él, puesto que le había servido perfectamente, aun cuando á la par también servía sus propios intereses.

Esta carta se la entregó al jardinero para que fuese á Arévalo á llevarla.

Pero el jardinero debía ir á Avila á saber cómo seguía Andrés.

Y sucedió que llegó á la casa del médico, y éste que se encontraba en disposición de hablar, aun cuando muy poco al enterarse de que llevaba una carta de Carlos

y que iba dirigida á Federico, la exigió que se la dejara y que si la preguntaban dijera que la había echado al correo.

José cuando tuvo noticia de la indignidad que se trataba de cometer con su señora; cuando vió á ésta resignada y llorosa disponerse á abandonar la casa que por derecho propio la correspondía, puesto que era la madre de las hijas del duque; cuando vió á aquellas infelices criaturas arrojadas á la calle por su mismo padre y que el encargado de realizar este acto inícuo era un sobrino de su señor, reconocido en virtud de la bondad de éste y que por la misma razón que no siendo nadie debía de compadecer las desgracias ajenas, no pudo contenerse y se lanzó á su señora, diciéndola:

—Señora, sea la que quiera la suerte que la alcance, quiero participar de ella; yo no abandono á usted. Toda mi vida la he pasado en esta casa; creí morir en ella también; pero es tan injusto lo que veo, que me marcho con usted, sucédame lo que quiera que sea.

—No, José, no puedo yo consentir tanta abnegación ni tan gran sacrificio. Lo agradezco tanto como si realmente realizara el acto que me ha dicho; pero si yo aceptase, sería demostrar un egoismo indisculpable. Vuelvo á repetirle que se quede en casa. A mi esposo le hacen falta servidores leales, y usted es de ese número.

—Es que en el mero hecho de querer abandonar la casa de mi tío,—dijo Carlos que como fácilmente se comprende estaba presenciando toda esta entrevista,—puede considerarse ya como despedido de ella.

Y volviéndose á algunos otros criados que se habían agrupado á la puerta de la estancia, viendo que su señora se iba á marchar, prosiguió diciendo:

—Y lo mismo os digo á todos vosotros: dueños sois de marcharos todos si queréis. Mi tío quiere, y yo en su nombre, servidores que no discutan, sino que obedezcan. Conque así tenedlo entendido, al que no le convenga, largo de aquí; otro vendrá á ocupar su puesto.

La mayoría de los criados tanto se indignaron al escuchar la grosería con que se había expresado Carlos, que se apresuraron á asentir.

Así fué, que la salida de Emilia y de sus hijas del Solar, fué seguida casi inmediatamente de la de sus criados.

José, el jardinero, las doncellas de Emilia y dos ó tres criados más, todos se marcharon.

Carlos escribió á su tío significándole que la insolencia de algunos criados le había obligado á despedirlos, precisamente en el acto de tomar el tren que iba á conducir á Francia á Emilia y á sus hijas.

El duque recibió esta carta con la misma indiferencia que las anteriores, murmurando únicamente:

—Ahora ya está hecho todo.

Y pidió el carruaje, y se marchó á casa de Federico.

Tan inesperada había sido su visita, que sorprendió á su amigo en el momento en que éste estaba escribiendo una carta para Carlos.

Federico no pudo menos de inmutarse; pero, sin embargo, escondió la carta dentro de la cartera, y dijo á su amigo:

—¡Demonio! que les juegas unas partidas á los amigos, que ¡ya, ya! ¿Dónde has estado? ¿qué has hecho? ¿por qué cuando llegaste á Madrid te encerraste en tu casa?

—Muchas preguntas son, pero procuraré contestar

de una vez á todas ellas,—repuso Julián con una severidad que no dejó de sorprender á su amigo.—En primer lugar, debo decirte que he recobrado mi libertad y bien merecía un acto semejante cierto recogimiento conveniente, para meditar sobre la gravedad del paso que ciertas indicaciones de algún buen amigo, me obligaron á tomar.

—No comprendo lo que quieres decir. Observo que desde luego te expresas de una manera, que... vamos, cualquiera diría que es verdad lo que acabas de decir.

—No me chanceo en asuntos de esta especie. Mi existencia ha entrado en un período nuevo, ¿comprendes, Federico? A ese período has contribuido tú en gran manera.

—¡Yo!

—Sí. Mi hermano ha muerto; mi mujer ha dejado de serlo. Procura ahora que adquiera el convencimiento de la falsedad del amigo y hé aquí que habrás hecho de mi vida, una verdadera delicia.

—¡Pero te has vuelto loco, Julián! ¿Qué es lo que quieres decir con todo eso?

El duque explicó á su amigo, lo que éste sabía ya por las noticias que Carlos le diera.

Mas á pesar de esto fingió una sorpresa en armonía digámoslo así, con su carácter que parecía dudar de todo y no creer absolutamente en nada.

—Por supuesto,—dijo Federico encogiéndose de hombros,—que no debía sorprenderme ese resultado porque lo preveía ya, y mira tú si yo estaba seguro de que algún día te habías de arrepentir de tu matrimonio, que hace ya algunos meses hice desaparecer la partida de casamiento en el libro parroquial, y no constas casado en ninguna parte.

—¡Tú! ¿tú has hecho eso?

—Sí; yo lo hice porque á pesar de todo cuanto te imaginas ó de cuanto te han dicho, he sido siempre más amigo tuyo que tú lo fuiste mío, y la prueba ahí la tienes.

Y al decir estas palabras se levantó Federico de su asiento, abrió un precioso mueble que había en un extremo de la habitación y extrajo de él el acta original arrancada del libro de matrimonios de la parroquia de Roa.

Inútil es decir que todas las sospechas de Julián, se desvanecieron al escuchar á su amigo.

Este se apoderó por completo de él y excusado es repetir que las locuras á que se entregó el duque, fueron cada vez más escandalosas.

Quince días después, Carlos regresó de su viaje manifestando á su tío que había dejado á Emilia y á sus hijas en París; que había hecho un desmoche en la servidumbre del Solar, y que había recogido las partidas de bautismo de las dos niñas con lo cual legalmente nada se le podía decir.

El duque guardó todos aquellos papeles y se entregó á nuevas locuras, porque lo que necesitaba era aturdirse.

El no quería confesarlo; pero la verdad era que la conciencia le estaba produciendo horribles sinsabores.

Su pasado se le representaba sin cesar y aquella escena del Solar con su hermano muerto á sus piés y desmayada en el otro lado su esposa, cada día iba acentuando más los tonos, bajo los cuales se le presentaba.

A aquella escena había que añadir la de aquella esposa desposeída de todos sus derechos, la de aquellas hijas á quienes se les había quitado el nombre que legítimamente las pertenecía.

Porque ¿podría él de una manera cierta, asegurar que aquéllas no eran hijas suyas?

Había momentos en que las tiernas criaturitas aparecían ante sus ojos mendigando el sustento, ateridas de frío, desfallecidas de hambre, y aquel hombre se revolcaba en el lecho presa de horribles convulsiones.

De aquí que casi siempre deseara estar entre amigos complacientes ó entre mujeres sobradamente afectuosas y en breve espacio entre los excesos y los terrores, entre los placeres comprados y los remordimientos, el duque llegó á no parecer el mismo.

Su salud se alteró de tal modo, que lo mismo Carlos que Federico creyeron que había llegado el momento de repartirse aquel botín por el cual tantas infamias habían cometido.

Pero entonces sucedió una cosa extraña.

Un día recibió el duque una carta cuyo sello denunciaba que procedía del Japón.

Al ver la letra del sobre no pudo menos de estremecerse.

Aquella letra era la de su hermano.

Con temblorosa mano abrió el duque la carta, la recorrió hasta encontrar la firma, y murmuró con un acento indescribible:

—¡Gracias á Dios que no ha muerto!

Aquella carta decía así:

«Querido Julián: Presumo que cuando recibas esta habrás vuelto á caer con mayor violencia en mano de

los miserables que te conducen á la ruina y que han sido causa de tu desgracia.

»La Providencia que no quería que sobre tu conciencia llevaras el enorme peso de un crimen, salvó mi vida.

»José, aquel pobre viejo á quien tu sobrino ha dado el pago que de una persona como él podía esperarse, te explicará cómo se verificó mi salvación.

»Vamos á otra cosa que es lo verdaderamente esencial y que debo decirte y que te ruego creas, siquiera porque no has de volverme á ver más.

»Los celos excitados en tí por quien tenía interés en ello y que tú conoces más que yo todavía, dieron por resultado una escena tan vergonzosa para tí, como dolorosísima para todos nosotros.

»Tu mujer es inocente, así como inocente lo soy yo, yo que es verdad la amaba, pero jamás se lo había revelado y este secreto puedes estar seguro que jamás habría salido de mi pecho á no haberme provocado tú mismo con tus actos.

»Tus hijas, hijas tuyas son, Julián; no persistas en la infamia que, según he sabido por el pobre José, has cometido, renegando de ellas y arrojándolas de tu casa.

»Lo mismo Carlos que Federico que todos esos amigos que te rodean, no pretenden más que tu desgracia. No les atiendas y déjate guiar por los impulsos de tu corazón.

»Mi recuerdo no debe causarte disgusto de ninguna especie. Antes de salir de España he realizado mi patrimonio porque no pienso volver por ahí, de manera que no debes abrigar ningún recelo respecto á mí.

»Te he querido con el verdadero cariño de un her-

mano. Yo he sido para tí Abel y tú has querido ser Caín respecto á mí; felizmente Dios no ha querido permitirlo y me alegro más todavía por tí que por mí.

»Adiós, revoca la inícua orden respecto á tu esposa y tus hijas. Las tres son dignas de tí. ¡Ojalá pudiera decir lo mismo de tu sobrino y de Federico!

»Tu hermano,

»Andrés del Cerro.»

CAPITULO V

Mar de confusiones

Fué extraordinario el efecto que produjo en el duque la carta que acabamos de ver.

Estuvo leyéndola dos ó tres veces; su rostro tomó en algunas ocasiones la expresión de la ira, en otras las del dolor, unas veces se llenaban de lágrimas sus ojos, otras se reflejaba en ellos el deseo de venganza, hasta que finalmente exclamó:

—¡Nunca! reconocer yo á Emilia, traerla á mi lado... Imposible. Bien se conoce que la amaba ó que la ama todavía.

Y se guardó la carta y no dijo ni á Carlos ni á Federico que había recibido semejante epístola.

Era necesario, puesto que él mismo se había condenado á aquel destierro, que todos siguieran creyendo que había muerto Andrés.

Así transcurrieron dos meses más y la salud del du-

que iba empeorando en términos, que los médicos le aconsejaron que fuese al Solar cuyos aires quizás ejercerían benéfica influencia en él.

El mismo día en que resueltamente iba á salir de Madrid, otra carta que llevaba también timbre del extranjero, llamó su atención.

Aquella carta era de José.

El antiguo mayordomo decía á su señor que había cometido un acto injusto arrojando de su casa á la señora duquesa, dechado de perfecciones y cuya conducta había tenido ocasión de apreciar con mayor motivo en el tiempo que hacía que habían salido del Solar.

Decía que aquella carta la escribía sin que ella supiese nada; que las niñas estaban monísimas y rogaba á su señor que tuviera compasión de ellas.

Después de esto ponía en la carta un párrafo que llamó extraordinariamente la atención del duque.

«El señorito Carlos,—decía,—me dijo en el Solar, cuando yo con arreglo á mi conciencia le hablé respecto al señorito Andrés y á la señora duquesa, que tanto él como el señor de Montesinos habían hablado varias veces respecto á lo indigna que era la señora de lo que con ella hiciera el señor duque. Yo le contesté como debía y no dejó de extrañarme que fuera tan íntimo amigo el señorito Carlos de una persona como el señor Montesinos que se había atrevido á perseguir á la señora duquesa, hasta en el mismo Solar, según lo sabía una de las doncellas de la señora y algunos otros criados.

»Por esto, señor, me figuro que en este asunto puede haber entrado por mucho la mala voluntad, y el señor duque tiene sobrado buen talento para observar y comprender de parte de quién está la razón.»

Y después de todo esto, el bueno de José volvía á rogar otra vez á su señor que no desamparase á su esposa y á sus hijas que se iban á ver muy pronto en la necesidad de trabajar para comer.

La lectura de esta carta fué otro nuevo mar de confusiones en el que empezó á navegar el pobre Julián.

¿Qué quería decir aquella intimidad, que según se desprendía de la carta del mayordomo existía entre Federico y Carlos?

¿Por qué delante de él aparentaban cierta reserva, que por lo visto, no tenían en otras ocasiones?

Entonces recordó un detalle que había olvidado.

La carta que escribió Carlos á Federico precisamente el día en que se marchaba á Avila y que le había encargado que á nadie le dijera nada.

¿Sería verdad que también Carlos le engañaba?

Era preciso observar y sobre todo no demostrar al joven que se desconfiaba de él.

Así fué que su tío nada le dijo respecto á la carta que había recibido.

Se felicitó de la orden que diera á sus criados, precisamente desde que había tenido lugar el drama del Solar, para que toda la correspondencia que antes se entregaba á Carlos, en lo sucesivo se le llevara á él.

Sin embargo, Carlos hubo de saber algo que se refería á aquellas cartas recibidas del extranjero y de las cuales no le había hablado su tío, y un día le dijo:

—¿No hay ninguna otra carta para contestar?

—¿Has contestado ya á todas?

—Al menos á las que usted me ha dado.

—Entonces no hay otras.

Carlos miró á su tío, sorprendido por la sequedad de su acento.

—Me había parecido que vi el otro día alguna carta, cuyo sello era del extranjero...

—Ya he contestado yo.

Carlos no se atrevió á decir nada más.

¿De quién podían ser aquellas cartas?

Cuando refirió este incidente á Federico, le añadió:

—No sé por qué me parece advertir en el duque cierta reserva y cierta desconfianza que no me gustan.

—¡Anda! que poco han de durar. Según la opinión de los médicos no tiene de vida ni seis meses.

—Pero entretanto me ha estrechado las distancias de un modo terrible. Me ha quitado la administración de la casa y solamente me ha fijado para mis gastos seis mil duros anuales.

—Sueldo de ministro, ¿qué más quieres?

—Pues mira, con ese sueldo necesito que me prestes doscientos duros para pagar quinientos que perdí anoche en el casino.

—En mala ocasión has venido. No tengo un céntimo. He escrito á mi padre y si no me envía mil duros, no sé qué he de hacer.

—Lo que es yo con esa disposición de mi señor tío, te aseguro que me he divertido. Calcula que debo sobre cinco mil duros entre la joyería, el mueblista y el... el demonio. Porque esa dichosa Elena me ha costado un dineral.

—Ya te lo dije. Pues si tu tío se entera...

—Eso sólo me faltaba. Afortunadamente, nada sospecha respecto á mí; me cree un buen muchacho y vive feliz con esa creencia y yo también.

—Sabes que lo primero que te encargué fué una gran prudencia. Julián tiene todos los defectos del mundo, pero no le agrada que los tengan sus parientes.

—Sí, ya lo sé.

—Pues lo has olvidado por desgracia varias veces, según he tenido ocasión de decirte.

—Nadie más que él tiene la culpa. Me dió demasiadas alas; he tenido que manejar fondos, con los cuales nunca había soñado y esa facilidad de poseer dinero...

—Sí, y tus antiguos hábitos, sobre todo...

—En fin; ya sabes todo lo que hay. Esas cartas del extranjero me tienen escamado y la falta del dinero, me va á poner en algún compromiso.

—Ya hablaré yo con Julián, y veremos lo que hay.

El duque á su vez estaba ya prevenido.

La disposición que había tomado respecto á su sobrino, estaba plenamente justificada.

Desde que llegó á su casa, le había dejado la completa administración de sus bienes.

Pero un día uno de sus amigos, le llamó la atención sobre los gastos que hacía su sobrino.

Esto sucedió pocos días después de su regreso del Solar.

El duque trató de saber cómo estaban las cuentas, y se encontró con un verdadero caos en que no era posible descubrir nada positivo.

Entonces llamó al mayordomo que tenía en su casa que era primo del que estaba en el Solar, y á él le dió el encargo de ordenarlo todo y llevar en lo sucesivo la administración de su casa.

Señaló á su sobrino una cantidad fija al año, y dió orden de que no se le diera más que lo correspondiente á cada mes.

Cuando sus sospechas respecto á Carlos se excitaron con las palabras que José le decía en su carta, el duque

procuró conocer la conducta de su sobrino, toda vez que jamás se había ocupado de ella.

Las noticias que recibió, fueron terribles.

Es decir, terribles respecto á la licenciosa vida de Carlos.

Supo las deudas que tenía contraídas; que jugaba, que sostenía queridas, que pasaba más de una y más de dos noches, entregado por completo á las orgías más escandalosas.

Y esto le sorprendió tanto más cuanto que jamás hubiera podido sospecharlo, dado el aspecto hipócrita conque siempre se presentaba ante él.

Semejante hipocresía, le indignó.

Habría aceptado la locura, la vida licenciosa, la depravación, todo, pero franco, sin ocultación, sin apariencias de cordero para ocultar mejor al lobo.

Entonces creyó que del mismo modo que antes él aparentaba lo que no era, también aparentería no tener gran intimidad con Federico y aún censurarle por su conducta, y sin embargo, ser muy íntimo amigo suyo.

En el terreno de la duda, no hay más que dar el primer paso.

Julián le había dado, y ya comenzó á dudar de todo.

Lo primero que hizo tan luego conoció las deudas de su sobrino fué pagarlas, y recoger los documentos en que constaba que estaban satisfechos.

Entonces se los entregó á Carlos indicándole que en lo sucesivo no quería deudas de ninguna especie ni hipocresías de ningún género; que si jugaba ó si pasaba las noches fuera de su casa podía decírselo libremente, y no aparentar lo que no era.

Carlos quedó aterrado.

Se excusó como pudo, pero no dejó de comprender que había perdido mucho en el concepto de su tío.

Este salió para el Solar al siguiente día.

Ni quiso que le acompañara su sobrino, ni se despidió de Federico.

Necesitaba comprobar aquel párrafo de la carta de José, referente á la persecución de Federico respecto á Emilia.

Y para esto lo primero que hizo fué despedir á todos los criados que habían entrado por mediación de Carlos, y reponer á los antiguos.

Con José no pudo por entonces, porque estaba en París, pero le escribió que volviese.

Por la doncella de Emilia supo como el criado de Federico la hizo el amor para separarla de su señora, que Federico se presentó, y lo que pasó en el campo cuando la duquesa llamó al labriego para que la acompañase á su casa.

También le dijo, que la duquesa no había querido recibir más á Federico.

Julián tenía demasiado buen talento para no comprender lo que podía haber sucedido entre Federico y Emilia para que ésta tomase aquella resolución, máxime conociendo como él conocía á su amigo, sabiendo el concepto en que éste tenía á la joven, y lo á disgusto que llevara el matrimonio.

Tres días más tarde recibió una carta que desde Madrid le enviaba su mayordomo, que llevaba el sello de Londres.

La carta era de Emilia.

«No creas,—le decía á su esposo,—que voy á pedirte que me lleves junto á tí y que me perdones.

»Nada de eso; no te he faltado y no tengo por qué humillarme.

»En cambio te ruego por mis hijas, por tus hijas, Julián, á las que sin derecho alguno condenas á la orfandad y á la miseria.»

Extendíase después Emilia en diversas consideraciones respecto á la conducta que su esposo había tenido con ella, á lo absurdo de sus celos respecto á Andrés y á la terrible escena ocurrida en el Solar, terminando de este modo:

«Y lo más horrible de todo esto, es que tú hayas sido únicamente un instrumento de dos miserables.

»Y digo de dos miserables porque tu señor sobrino es un digno amigo de tu Federico Montesinos.

»Jamás te hubiera hablado de éste, pero hoy que me has arrojado de tu lado por su causa, hoy que me veo obligada á trabajar para vivir y mantener á mis hijas y todo por causa de esos hombres, es necesario que hable.

»Federico se había atrevido ya á hablarme de su amor antes de casarme contigo.

»Mi respuesta fué la que produjo el que te alejara de mi lado para que no cumplieses como debías.

»Después de casada, las adjuntas cartas que te envío y que él me dirigió al Solar, te demostrarán de lo que ese hombre es capaz.

»Nada más te digo. No te he escrito antes porque necesitaba buscar una ocupación honrosa para dar de comer á tus hijas y mías.

»Hoy la tengo. Estoy de institutriz en casa de lady M... y mis hijas están conmigo.

»Así he dejado libre al pobre José que tan bueno ha sido para nosotras.

»Adiós. Ya sé que no soy nada para tí: que has hecho desaparecer todos los documentos que justificaban nuestro enlace y lá legitimidad de tus hijas. ¡Cómo ha de ser! ¡Quiera Dios que algún día no deplores la acción que has cometido!

»Yo enseño á tus hijas á bendecir tu nombre; en cambio no podrá nunca perdonar al que así las ha desconocido y ha renegado de ellas, la desventurada

»*Emilia.*»

Con mano febril desplegó el duque las dos cartas que le enviaba Emilia.

Y lo que vió en ellas le produjo tanto efecto, que aquel mismo día marchó á Madrid, en pleno Casino abofeteó á Federico y al día siguiente se batió con él.

Ambos quedaron gravemente heridos.

Cuatro meses después el duque regresó al Solar.

Antes, rogó á Carlos que viviera solo y lejos de él, para cuyo efecto le asignó con carácter más determinado la renta de que ya estaba disfrutando.

Sólo con sus recuerdos se encerró en el Solar.

Había momentos en que pensaba en enviar á buscar á Emilia y á sus hijas.

Pero supo que no estaban en Londres; hizo diligencias más tarde, pero inútiles; nadie le dió razón de las personas que buscaba.

Cuatro ó cinco años después, Carlos estuvo en el Solar acompañado de un criado francés, que se captó el afecto del duque.

Más tarde se quedó en su casa cuando Carlos se marchó, y ya hemos visto en los primeros capítulos del primer tomo, el servicio que el bribón había prestado á su amo.

En cuanto al marqués del Pino, aun cuando curó de su herida y por muerte de su padre heredó su título y riqueza y pasaba temporadas en su quinta de Avila, no volvió á hacer las paces con el duque.

Dados ya todos estos antecedentes, veamos qué había sido de las infelices huérfanas que, como ya vimos, habían marchado con el bueno de Vicente, el jardinero de Federico Montesinos.

LIBRO TERCERO

LA PERSECUCIÓN

CAPITULO VI

Qué había sido de las niñas

En el capítulo XVIII del primer tomo de nuestra obra, vimos la resolución adoptada por Vicente respecto á las desgraciadas huerfanitas que, como le habían dicho en la posada de Burgos, no tenían otro amparo que él.

Vicente, dueño en parte de aquel secreto en el cual se encerraba el porvenir de las dos criaturas, no omitió precaución alguna para evitar que el marqués del Pino supiese lo que de ellas había sido.

En su consecuencia, cambiando de itinerario á cada momento á fin de que no pudieran encontrar sus huellas, llegó el día en que pudieron entrar en Madrid.

Vicente ya sabemos que iba á Madrid con la esperan-

za de poder encontrar alguna colocación que le permitiera atender á las necesidades de su familia.

Pero sabido es que no con tanta facilidad se encuentran colocaciones en la corte.

Vicente no pudo conseguir, sino al cabo de un año, entrar de portero en un ministerio, cuando ya había gastado la mayor parte de los ahorros que había podido reunir.

Para hacer más dolorosa la situación, su pobre mujer cayó enferma y al cabo de seis meses falleció, dejando á su marido completamente arruinado y á las dos niñas dolorosamente afligidas por aquella desdicha.

Emilia especialmente, pudo apreciar mucho mejor la falta tan grande que les iba á hacer aquella pobre mujer que tanto afecto había llegado á cobrarles.

Y muchas veces dijo al pobre Vicente:

—Mira, Vicente; tú trabajas mucho para sostenernos, pero el caso es que á duras penas lo consigues y te estás quitando la vida. ¿Qué será de todos nosotros si tú llegas á caer enfermo? ¿Por qué no haces una cosa?

—Vamos á ver, ¿y qué es lo que tú quieres que haga, hija mía?—preguntaba el pobre hombre con los ojos llenos de lágrimas.

—Mi hermana y yo ya somos mayores, ya tenemos edad para ganarnos la vida. Yo puedo ponerme á servir, y mi hermana, que es más pequeña, pónla á que aprenda un oficio; de este modo una y otra dejaremos de ser una carga para tí, y con lo que tú ganas podrás atender con más desahogo á la manutención de tus hijos.

Vicente abrazaba á la niña y la contestaba:

—No, hija mía; primero pediríamos limosna mis hijos y yo que consentir que vosotras fuerais á trabajar.

—Pero ¿por qué?

—Porque la verdad es que ni vuestro nacimiento ni la posición que estáis llamadas á ocupar, se avienen con eso. Dios me abrirá camino y querrá que algún día pueda yo hacer valer vuestros derechos.

—Pero entretanto...

—Entretanto Dios nos ayudará.

—Pero si yo puedo trabajar y mi hermana lo mismo, ¿por qué no quieres hacer lo que te digo?

—Vamos, hija mía, no hablemos más de eso, que harto hacéis con cuidar de la casa y de mis hijos, mientras yo estoy trabajando.

Y de este modo ponía Vicente término á aquella conversación que le demostraba una vez más los buenos sentimientos de la niña y que á ésta no la dejaba convencida por ningún estilo.

Así pasó algún tiempo.

El estado de la pobre familia era cada vez más precario.

Un día Emilia dijo á su hermana:

—Clara, Vicente se ha empeñado en tratarnos como señoritas y el pobre se está quitando la vida, y nosotras no debemos consentirlo.

—¿Y qué hemos de hacer?—preguntó Clara cuya timidez era excesiva, pero cuya inteligencia lo mismo que la de su hermana se había desarrollado extraordinariamente en medio de la adversidad.

Once años contaba Emilia, y nueve y medio su hermana, y sin embargo, como que se habían nutrido en la desgracia y ésta es maestra que en breve tiempo alecciona, las dos niñas tan desarrolladas estaban física, como moralmente.

Especialmente desde la muerte de su madre las pobres criaturas habían tenido que ser mujeres cuando precisamente estaban en la edad de ser niñas.

Lo mismo Emilia que su hermana habían podido apreciar el gran sacrificio hecho por Vicente, y su agradecimiento y su cariño hacia aquella pobre familia que había sacrificado su reposo y su bienestar por salvarlas de la muerte, era extraordinario.

Porque Vicente le había dicho á Emilia y ésta á su vez se lo dijo á su hermana á fin de evitarles cualquier lazo que pudiera tenderlas el marqués del Pino, que si alguna vez le veían, procuraran huir de él porque trataba de matarlas; porque aquel hombre era la causa de su ruina y de la muerte de su madre, y que por lo tanto no tenían más remedio que considerarle como su más encarnizado enemigo.

Y para justificarles la acusación que hacía, les dijo que él se había apoderado de sus papeles quitándoles de este modo las pruebas para poder justificar su origen.

Las niñas, como es consiguiente, habían experimentado un terror extraordinario, y de aquí que con mayor cariño, con más empeño, si así nos podemos expresar, amaban á aquel humilde jardinero á quien le debían la existencia.

—He pensado,—dijo Emilia á su hermana,—que nosotras, ya que Vicente no quiere hacerlo, obremos por nuestra cuenta á fin de ver si podemos ganar alguna cosa.

Clara miró llena de asombro á su hermana, y la dijo:

—¿Y qué quieres que hagamos nosotras?

—Trabajar, hija mía, trabajar; no comprendes tú

todo lo agradable que puede ser el que traigamos al cabo de la semana algunas pesetas á ese pobre Vicente diciéndole:—«Mira, esto lo hemos ganado nosotras, no trabajes tanto que ya somos grandecitas y podemos ayudarte.»

—Y el pobre Vicente nos abrazará y se pondrá más alegre que unas pascuas. ¡Oh! sí, sí; vamos Emilia, vamos á ganar ese dinero.

—¡Oh! no tan deprisa, señorita, que para eso lo primero que hay que pensar es lo que vamos á hacer; porque tú comprenderás que nádie nos va á dar ese dinero por nuestra linda cara.

—¡Calla! pues es verdad.—exclamó Clara con desaliento.

—Ya sabes lo que te he dicho; tú entrarás en casa de una modista, y yo como que por mi edad no puedo hacer otra cosa, buscaré una casa para entrar de niñera. ¿Eh? ¿qué te parece?

—Que no estaremos juntas,—respondió Clara, temblando una lágrima entre sus párpados.

—Es verdad,—dijo Emilia;—pero algún sacrificio hemos de hacer, hermana mía; porque ya tú ves, no puedes todavía entrar de niñera en ninguna parte, y tampoco es fácil encontrar una casa donde necesiten dos niñeras.

—Sí, pero tú podrías venir á trabajar conmigo.

—¡Justo! ¿Y tú crees que encontraremos una modista que necesite dos aprendizas al mismo tiempo? Sobre todo, hija, aquí lo que se necesita cuanto antes es ganar algún dinero para el pobre Vicente, y para eso el más pronto es el salario que á mí me puedan dar.

—Sí, pero tener que separarnos...

Y Clara rompió á llorar, abrazando á su hermana.

Esta también sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Pero haciendo un esfuerzo, dijo después:

—Vamos, Clara, hermana mía, no seas así; somos unas pobres niñas huérfanas que hemos sufrido mucho, y éste no es más que un nuevo sufrimiento que nos proporciona la suerte. Dios nos dará fuerzas para soportar esta separación. Ya tú ves, nos las ha dado para ver morir á nuestra madre en medio del campo, sola y abandonada, conque...

Y Emilia no pudo proseguir, porque el recuerdo que acababa de evocar ahogó la voz en su garganta.

Durante algunos segundos las dos hermanitas estuvieron llorando.

Pero Emilia, cuyo carácter era más enérgico como ya hemos dicho, sacudió su linda cabeza, se enjugó las lágrimas, y dijo:

—Vamos, así no adelantamos nada; es preciso hacer algo por Vicente, y comc que es santo y noble nuestro deseo, Dios nos ha de dar fuerzas para realizarlo. Anda, hija mía, anda; aprovechemos ahora que no está aquí Vicente para marcharnos á buscar acomodo.

—Pero ¿dónde vamos á ir?—objetó tímidamente Clara.

—Yo ya me he informado en la tienda ¿sabes? y dicen que los memorialistas son los que tienen el encargo de las casas que necesitan criados.

—¿Y quienes son los memorialistas?—preguntó Clara.

—Unos señores que escriben cartas: ¿no has visto tú algunos portales donde hay anuncios de memorialistas?

—¿Yo? no he reparado.

—¡Oh! yo sí; y precisamente no muy lejos de aquí hay uno.

—Bien; pero ¿y yo?

—¿Tú? Vamos á ir primero á casa de una modista.

—¿Conoces tú alguna?

—Yo no; pero, ya verás, Vicente dice que el que tiene lengua á Roma va, y preguntando alguien nos dará razón.

—Pero querrán ver á Vicente y él no nos querrá dejar.

—¡Oh! que tengamos casa, que yo después ya haré entrar en razón á nuestro protector.

Y efectivamente, las dos niñas arreglaron la casa, llevaron á la escuela á los hijos de Vicente, encargaron á una vecina que tuviera cuidado si alguien llegaba á la casa, y se dispusieron á salir de ella.

—Y vosotras ¿dónde vais?—les preguntó la vecina, que sabía perfectamente lo mucho que Vicente se interesaba por las huérfanas.

—Vamos á hacer un encargo.

—¿Un encargo? extraño es que Vicente os deje ir de esa manera.

—Pues él nos lo ha dicho,—repuso Emilia, que no pudo menos de ponerse encarnada al pronunciar aquella mentira.

—¿Vais muy lejos?

—¡Cá! no señora, muy cerquita.

—Pues cuidado, niñas, mucho cuidado; porque vosotras, como criaturas, todo os llamará la atención, y no conocéis Madrid.

—¡Vaya! sí, señora, ¡pues no hemos salido veces que digamos!

—Sí, pero con Vicente ó con su pobre mujer, que en paz descanse.

—Ya verá usted, ya verá usted como volvemos en seguida.

—No tardéis mucho.

—Al momento volveremos; no tenga usted pena.

—Cuidadito con los coches.

—Si no vamos lejos. Hasta después.

Y las dos niñas se lanzaron á la calle.

CAPITULO VII

El encuentro

Las dos hermanas salieron á la calle, y durante los primeros momentos anduvieron muy deprisa.

Pero al llegar al sitio donde cruzaba otra calle, se detuvieron, diciendo Emilia:

—El caso es, que yo no sé si es por la derecha ó por la izquierda donde estaba el portal en que ví al memorialista.

—Debemos tener mucho cuidado,—repuso Clara,—con las calles por donde vamos, para que sepamos volver á casa.

—¡Qué tonta eres! con saber el nombre de nuestra calle y el número, pronto estamos en casa.

—Sí, pero eso de ir preguntando...

—Pues preguntando tenemos que ir.

Y uniendo la acción á la palabra, Emilia se acercó á un zapatero remendón que había en un portal, y le preguntó:

—Dígame usted, buen hombre; ¿podría darme razón de un memorialista?

El zapatero miró á las dos criaturas, y creyendo que se burlaban de él, les contestó:

—Váyanse los arrapiezos á preguntar á otra parte por un memorialista. ¿Tan mocosas y ya andáis preguntando por los memorialistas?

Clara, aterrorizada, se refugió detrás de su hermana.

Pero ésta, haciendo acopio de valor, le dijo:

—Oiga usted, buen hombre; si nosotras preguntamos por un memorialista, es porque yo quiero ponerme á servir.

—A servir, á servir,—murmuró el remendón;—¡válgame Dios! cuando están ellas para que las sirvan. Andar, andar, y que os lleve vuestra madre á la escuela.

Las dos criaturas se alejaron del portal, diciendo Clara con voz alterada:

—¡Vaya un modo de tratarnos que ha tenido ese tío! sabes que si todos son así.

—No tengas cuidado, mujer, que ya encontraremos alguien que nos dé razón de lo que queremos. Ven conmigo, y no tengas miedo.

Clara, no muy tranquila, á pesar de las seguridades que le daba su hermana, se dejó guiar por ésta, que iba buscando por todas partes el portal del memorialista.

—Pero mujer,—la decía su hermana,—¿no decías que estaba tan cerca de casa?

—Pues ¡ya lo creo! En fin, vamos á preguntar por la modista, que ya veremos después.

Y comenzaron á preguntar, y al cabo de un buen espacio les dieron razón de una.

Las dos niñas palmotearon de alegría y llegaron á su casa.

—¿Qué queréis muchachas?—las preguntó de mal talante la criada que salió á abrir la puerta.

—Quisiéramos hablar con la señora,—repuso Emilia,—y si usted hace el favor de decirle que hay aquí dos niñas que desean hablar con ella...

—¡Justo! en seguida va á salir á recibir á las dos marquesas. Vaya, vaya, marcharse de aquí, que ya sabemos lo que se esconde tras esas peticiones.

Emilia no comprendió el verdadero valor de las palabras que había dicho la criada; pero desde luego supuso que aquélla, sin duda, equivocaba el objeto que allí las conducía, y se apresuró á decir:

—Es que nosotras no venimos aquí si no para ver si la señora querrá tomarnos como aprendizas.

La criada las midió de alto abajo, con esa mirada insolente que caracteriza á los criados de ciertas casas, y después soltó la carcajada, diciendo:

—¡Vaya un par de apuntes para un desempeño!

Y cerrando la puerta, dejó á las dos criaturas en la escalera, completamente desconcertadas.

Durante algunos segundos permanecieron inmóviles.

Emilia había fruncido el entrecejo, mientras que su hermana sintió los ojos llenos de lágrimas.

Después comenzaron á bajar la escalera, murmurando:

—¡Qué mal corazón tiene esa gente!

Y cuando estuvieron de nuevo en la calle, se detuvieron.

—Vámonos á casa,—dijo Clara.—ya ves lo que nos ha dicho esa mujer.

—¡Y por eso nos hemos de ir á casa!—dijo Emilia, alzando fieramente la cabeza.

—¡Pero si nos maltratan!

—¿Y qué? ¿todo el mundo ha de ser lo mismo? No; sigamos adelante, que no debemos desanimarnos porque nos haya salido mal nuestra primera tentativa.

Y otra vez volvieron á emprender su peregrinación.

Cruzaron una porción de calles, hasta que de pronto exclamó Emilia:

—Mira, mira, ahí hay un memorialista.

Efectivamente; en un portal inmediato se veía el biombo de un memorialista, con diversos carteles, que Emilia se puso á leer.

—Tú ves,—dijo á su hermana,—si Dios no podía abandonarnos; este buen señor nos va á decir ahora mismo todo lo que necesitamos.

Y la niña entró resueltamente en el biombo del memorialista.

Este alzó la cabeza y preguntó con voz soñolienta:

—¿Qué buscáis?

—Diga usted, señor,—repuso Emilia;—¿no sería posible que usted me proporcionara una casa dónde poder servir?

—¿Quién va á servir, tú?

—Pues ¡quién ha de ser!

—Pero muchacha, ¿tú que sabes hacer para ponerte á servir?

—¡Toma! ¡toma! yo sé lo que saben otras muchachas de mi edad: sé barrer, lavar, poner un cocido. Mire usted, en nuestra casa, desde que se murió la pobre mujer

que nos servía de madre, entre mi hermana y yo lo hemos hecho todo. Y Vicente no tenía que quejarse jamás. Ni él ni sus hijos han dejado un día de encontrar á punto la comida, y limpia y arreglada casa.

—Pues si tanta falta haces en ella, ¿por qué quieres ponerte á servir?

—Pues verá usted; porque el pobre de Vicente está matándose para ganar unos tristes diez reales y con ellos tiene que mantener á sus tres hijos y á nosotras dos. El pobre no quiere separarse de nosotras, pero ya ve usted, señor, si sería una falta de consideración de nuestra parte seguir consintiendo que el infeliz se sacrifique así, y por eso yo le digo á ésta, que es mi hermana: «Mira, vamos á buscar, yo, una casa para servir, y tú, alguna modista que quiera tomarte como aprendiza, y de ese modo, no solo dejamos de ser gravosas al pobre Vicente, sino que todavía le ayudaremos.»

El memorialista miró enternecido á Emilia y la dijo:

—Chiquita, tienes buen corazón; pero hija mía, en este mundo, por desgracia, son muy pocos los que pueden vivir con él.

La niña le miró cual si no comprendiera y le dijo:

—Conque diga usted, señor; ¿podré yo encontrar esa casa para servir?

—Puede, por más que tú no podrás servir más que de niñera.

—¡Toma! pues naturalmente, no crea usted que yo quiera hacer lo que no pueda.

—Nada; pues mira, hija mía, dime tu nombre, pásate por aquí dos ó tres veces al día, por si sé de alguna casa, y cuando estés colocada me darás una peseta; pero ten bien entendido que ese Vicente, que según tú di-

ces es la persona en cuya casa estás, se presente aquí y me diga que realmente tu comportamiento es digno de que yo responda de tí.

Conforme había ido hablando el memorialista, fué nublándose el rostro de la niña.

—¿Es decir, que no puede usted colocarme en seguida?

—Eso es imposible; ¿crees acaso que las casas están dispuestas para el primer momento que uno las necesita?

—¿Y Vicente quiere usted que venga también?

—Sí, mujer.

—¡Oh! es que entonces él no querrá que me ponga á servir.

—¿Y por qué has de contrariarle entonces?

—¿Pues no lo ha oído usted? porque el pobre trabaja mucho y nosotras somos una carga para él.

—Pues hija, yo no sé qué decirte; porque ya comprenderás que en la casa donde vayas á servir han de querer informarse, ¿comprendes lo que quiero decir?

—Pero si yo soy buena, si de mí no tiene nadie que decir nada.

—¡Oh! no basta que tú lo digas,—contestó sonriéndose el memorialista.—En fin, dime donde vives y ya procuraré yo hacer algo por tí.

—Pero ha de ser muy pronto, señor.

—Está bien, no tengas cuidado.

Emilia dió al memorialista su nombre y las señas de su casa, y después le preguntó:

—Y dígame usted, ¿no conocería á ninguna modista para que mi hermana pudiera entrar en su casa?

—Sí; pero si lo que sobran son aprendizas.

—Pero una más no hará estorbo, y si usted quisiera decirme dónde vive alguna de las que conoce, yo se lo agradecería mucho.

El memorialista enternecido por el acento de Emilia y por aquella ingenuidad encantadora, le dió las señas de una modista que vivía cerca de allí.

Las dos hermanas abandonaron el portal, dirigiéndose inmediatamente hacia la casa indicada.

Pero precisamente la modista estaba enferma y no la pudieron ver.

Las dos niñas salieron á la calle otra vez profundamente desconsoladas.

—¡Válgame Dios!—decía Emilia,—y que poca fortuna hemos tenido hoy. Y yo que creía que podríamos llevarle alguna noticia al pobre Vicente.

—Vámonos á casa,—dijo Clara,—otro día saldremos.

—Sí; pero si somos tan afortunadas como hoy.

Y las dos hermanas demostrando en sus semblantes la aflicción que les causaba el poco resultado de sus gestiones, comenzaron á andar en dirección, según creyeron, de su casa.

Pero después de un buen rato se detuvieron diciendo Emilia:

—¡Calla! ¿y por dónde iremos á nuestra casa? yo no conozco estas calles.

—Ni yo tampoco,—añadió Clara.

—Mira; no tendremos más remedio que preguntar á alguna persona de estas.

Y se dirigieron á un caballero, preguntándole hacia dónde estaba la calle donde vivían.

Pero la persona á quien preguntaron las rechazó bruscamente y continuó su camino.

Dirigiéronse á otro que no supo darles razón de lo que preguntaban, y de este modo preguntaron á tres ó cuatro personas.

Precisamente por aquellos días habían circulado órdenes muy severas á los agentes de la autoridad para que prohibiesen la mendicidad, y la pareja que se hallaba en aquella calle, creyó que las dos criaturas eran unas de tantas mendigas como mortificaban á los transeuntes.

Esto les obligó á acercarse á las niñas, diciéndoles:

—¿Qué hacéis muchachas?

—Ya lo ve usted, preguntando.

—Pidiendo limosna, ¿eh?—interrumpió el agente,—ya conocemos vuestras mañas, venid con nosotros.

—¿Dónde?—preguntó Clara.

—A San Bernardino, allí es donde debéis estar; allí aprenderéis á trabajar y no á ser unas holgazanas perdidas.

—¿A San Bernardino ha dicho usted?—exclamó Emilia.

—Sí, muchachas, y no empecemos con lamentos. ¡Ea! venid con nosotros.

—Pero ¡si nosotras tenemos nuestra casa! Si Vicente estará ya esperándonos.

—¿Y quién es ese Vicente?

—¡Toma! pues ¿quién ha de ser? nuestro protector, el hombre más honrado del mundo.

—Sí, ¡valiente truhán está el tal Vicente cuando os deja vagamundear por la calle!

Este pequeño incidente había llamado la atención de algunos transeuntes, que se habían detenido.

—Ya os he dicho que vengáis con nosotros,—repuso uno de los guardias.

—¡Oh! no, señor, no señor,—dijo Emilia con acento tembloroso,—nosotras no vamos con ustedes, nos vamos á nuestra casa.

—Vosotras vendréis aunque sea arrastrando. ¡Pues no faltaba más!

—Yo no quiero ir,—dijo Clara rompiendo á llorar.

—¿Qué es eso, guardia?—preguntó un joven que se había detenido también mirando con interés aquella escena.

—Sálvenos usted, caballero; nosotras no hemos hecho daño á nadie,—dijo Emilia, desasiéndose bruscamente de la mano del guardia que la tenía cogida y abrazando al joven, que las miraba bondadosamente;—nosotras no pedimos limosna; hemos salido de nuestra casa y nos hemos extraviado; preguntábamos á las personas que veíamos, y estos hombres se han creído otra cosa.

—Yo no quiero ir donde me llevan ustedes,—decía Clara con sollozante acento.

—No, si se hace usted de miel,—dijo uno de los guardias dirigiéndose al joven,—ya verá usted lo que son esas mozuelas.

—¿Pues no dicen que tienen casa y que no son mendigas?—preguntó el joven.

—¡Toma! si usted les hace caso, todas dicen lo mismo.

—Vamos á ver, hijas mías: ¿es verdad que tenéis casa y padres?

—Lo primero sí, señor; lo segundo, por desgracia, no; pero nos recogió Vicente, y el pobre estará con mucho cuidado al ver que á estas horas no hemos vuelto á casa.

—¿Dónde vivís?

—Pues mire usted, en la calle de la Redondilla.

—Si que está lejos.

—¿Y quién les hace caso?—dijo el guardia.

—Yo creo que debieran ustedes averiguar si es verdad lo que dicen esas criaturas.

—Pues tiene razón este *cabayero*,—dijo una mujer del pueblo que también se había detenido;—sino que estos guardias á veces toman el rábano por las hojas. Si á mano viene ahí más arriba estarán robando en alguna casa, mientras que aquí se las están echando de valientes con esas dos criaturas.

—Calle usted y no se meta en lo que no la importa.

—Yo me encargo de estas niñas,—dijo el joven dirigiéndose á los guardias;—estoy empleado en el Gobierno civil y ahí tienen ustedes mi tarjeta por si acaso; yo las acompañaré á su casa.

—Pero...

—Ya les he dicho todo lo que tenía que decirles. Venid, hijas mías,—prosiguió el joven cogiendo á las dos niñas de la mano,—vamos á ver á ese pobre Vicente por quien tanto os interesáis.

CAPITULO VIII

Un desconocido que al fin resulta conocido

RAZÓN tenían las niñas en sospechar que Vicente estaría desesperado ignorando donde podían estar aquellas dos criaturas por quienes tanto se interesaba.

Efectivamente: el buen hombre había regresado de su trabajo y llamó á la puerta de su casa.

Pero en vez de abrirle Emilia ó Clara, según sucedía siempre, fué la vecina del cuarto inmediato la que abrió la puerta de su habitación, diciéndole:

—Tome usted, señor Vicente, tome usted la llave.

—Pues ¿cómo es esto?

—¡Toma! como que Emilia me dió la llave diciéndome que iban á un recado que usted les había mandado.

—¿Yo?

—Ya me extrañaba á mí, sabiendo, como sé, que á usted no le gusta que vayan solas á ninguna parte.

—¡Calla usted, señora Tomasa; que las había yo de mandar! ¿Y hace mucho que han salido?

—¡Pues ya lo creo! lo menos hace dos horas.

—¿Qué dice usted?

—Lo que oye.

—¡Pero si eso no puede ser! si yo no las he mandado á ningún sitio; si creo que no tenían que salir para nada.

—Como las pobrecillas salen tan poco, es muy posible que si se han separado un poco más de lo conveniente, de esta calle, se hayan extraviado.

—No me lo diga usted, *señá* Tomasa, porque eso sí que sería una desgracia.

—¡Toma, pues apenas tienen lengua las niñas! No tenga usted cuidado, que ya sabrán ellas venir á su casa.

—No lo crea usted.

—Vamos, vamos, señor Vicente, no lo tome usted así.

—¡Ay, *señá* Tomasa, que cuando la desgracia entra en una casa!...

—Dígamelo usted á mí.

—Crea usted que si esas criaturas se me extraviaran tendría un disgusto.

—Pero ¿por qué se han de extraviar?

—Hay tan mala gente en este Madrid...

—Eso sí, y como la Emilia está ya tan adelantadita y es guapilla...

—¡Calle usted, calle usted!

Y el pobre Vicente se paseaba de un lado á otro dando muestras del disgusto que experimentaba.

—¡Pero serénese usted, hombre; no sea usted así!

—No puedo: me parece que voy á marcharme á ver si las encuentro.

—Pero ¿dónde va usted á ir, hombre de Dios?

—No lo sé.

—Vamos, tenga usted calma, que las chicas ya volverán.

—No puedo, no estoy tranquilo.

—Pero ¿y si mientras usted va por un lado, ellas vuelven por otro?

—Que no se muevan de aquí si vienen, haga usted el favor de decírselo de mi parte.

—Lo que es para mí hace usted una locura, señor Vicente, que quiere usted que le diga.

—Pero no comprende...

—Sí, señor; que estará usted impaciente, ya lo sé; pero no hay motivo para tanto, hombre. Si fueran sus hijos de usted...

—Dios me perdone, pero me parece que si fueran mis hijos no había de sentirlo tanto.

—¡Jesús María!

—Lo que usted oye, *seña* Tomasa; esas niñas en el mero hecho de que no tienen en el mundo á nadie más que á mí...

—¡Pobrecillas!

—No lo sabe usted bien, *seña* Tomasa.

—Pero, en fin: de todas maneras...

—¡Nada, que me voy á buscarlas!

—Pero hombre, si no sabe usted donde estarán.

—Yo las buscaré.

—De todos modos, hará usted mal en marcharse ahora.

—Pero, señor, ¿dónde habrán ido estas criaturas?

—Como usted las tiene siempre tan metidas en casa...

—Sin embargo, yo las llevo á paseo.

—Sí, una vez al cabo de cuando.

—Bien ve usted, *señá* Tomasa, que yo no tengo tiempo para todo lo que quisiera.

—Eso es verdad, que lo que es usted está dándose una vida...

—Y aun así...

—¡Ya, ya! que me dirá usted, si el mantener una casa no sabe lo que cuesta más que el que lo ha de pagar.

—¡Ya lo creo!

—Y todo está cada día más caro, y nadie se hace cargo de nada.

—Yo lo único que la sé decir,—exclamó Vicente,—es que aun ganando gracias á Dios algo y trabajando del modo que usted ve, me cuesta mucho trabajo salir adelante.

—¡Ya lo creo! como que tiene usted un familión extraordinario, y sobre todo esas dos muchachas, que, vamos, ya podría utilizarlas para alguna cosa.

—¡Calle usted, señora Tomasa! ¡qué he de utilizar á las pobrecillas! ¿para qué?

—¡Hombre! para que le ayuden á usted.

—¿Y le parece que hacen poco? ¿Quién sino ellas cuidan la casa y lo arreglan todo como mi difunta lo hacía?

—Bien, sí, para eso podía servirle á usted la Clara; pero en cambio Emilia podría trabajar en cualquier parte.

—¡Ni por pienso! Lo que yo siento es no poderles dar todo lo que yo quisiera y lo que ellas se merecen. Pero ¡Jesús, y como tardan estas criaturas!

—Lo que le he dicho á usted; han salido á la calle, se han encantado mirando alguna cosa, se han ido alejando y andarán por ahí dando vueltas como dos palominos atontados.

—Pero tanto tiempo...

—En cuanto caigan de su burro no tenga usted cuidado, que ellas mismas empezarán á preguntar, y verá que aprisita que se vienen.

—No, no; no esperaré yo tanto.

Y Vicente cada vez más inquieto se disponía ya á salir de su casa para ir á buscar á las niñas, cuando en aquel momento sintió que hablaban en el portal.

—Ya están ahí,—dijo la señora Tomasa.

—¡Emilia! ¡Clara!—gritó Vicente desde la escalera.

—Aquí estamos,—contestó Emilia.

Efectivamente; un momento después las dos niñas acompañadas del joven que vimos las había sacado de manos del guardia, aparecieron en el rellano de la escalera.

—¡Anda, anda! que buen susto le habéis dado al pobre Vicente,—exclamó Tomasa dirigiéndose á las criaturas con acento de reconvención,—¿por qué me engañasteis diciendo que ibais á hacer un encargo? ¡Buen encargo nos dé Dios!

—Mire usted, señora Tomasa, no ha sido culpa nuestra si no vinimos más pronto; y si hemos venido, ha sido gracias á este caballero.

—Pero ¿dónde habéis estado?

—Ya se lo diremos á usted.

—Suplico á ustedes que no reprendan á las niñas, que harto atribuladas vienen las pobrecillas,—dijo el

desconocido.—Afortunadamente yo he podido conseguir que no se las llevaran los guardias.

—¡Cómo los guardias!—exclamaron Vicente y la señora Tomasa.

—¡Vaya! nada menos que eso querían, señora,—dijo Clara que todavía, como vulgarmente se dice, tenía el susto metido en el cuerpo.

—Pero pase usted, caballero, pase usted,—dijo Vicente al desconocido,—que aunque pobre esta casa, todavía hay en ella una silla para que descanse.

—Y sino la mía también está á su disposición,—repuso la Tomasa.

—Mil gracias,—contestó el joven entrando en la habitación de Vicente.

—Pero vamos á ver, ¿dónde habíais ido?—preguntó éste á las niñas.

—Mira, Vicente, ya lo sabrás todo; pero no nos riñas porque si tú supieras el miedo que hemos pasado...

—Es verdad,—contestó el desconocido,—y sobre todo puede usted estar seguro de que la idea que ha obligado á estas niñas á salir de su casa sin que supiera nada, ha sido tan generosa y tan digna, que solo merece que las abrace, en vez de reprenderlas.

—Luego usted lo sabe.

—Sí, señor; algunas palabras que se les han escapado mientras yo las acompañaba, me han hecho comprender la verdad, y precisamente para esa misma razón he deseado hablar con usted.

—¡Conmigo!—exclamó sorprendido Vicente.

—Sí, señor.

—Usted dirá.

—Según he podido entender, parece que ustedes proceden de Avila.

—Sí, señor,—contestó Vicente mirando con recelo la franca fisonomía de su interlocutor.

—Según las niñas me han dicho, su madre murió en el camino, cuando se dirigían á la posesión del duque del Solar.

—¡Vosotras habéis dicho eso!—exclamó Vicente sobresaltado mirando á Emilia lleno de enojo.

—Naturalmente,—contestó ésta;—como que este caballero nos preguntó quienes eran nuestros padres.

—No tenga usted recelo alguno,—repuso el joven con acento insinuante;—yo he conocido mucho al señor duque del Solar, noble y digna persona á quien su sobrino y un miserable amigo han hecho horriblemente desgraciado; y ¡Dios me perdone si pienso mal! hasta me parece que ellos mismos deben haber tenido participación en su muerte.

—¡Qué dice usted!

—Eso es para hablarlo más despacio. Ahora voy á decirle las razones que he tenido para venir y hablar con usted. En primer lugar me ha sorprendido en grado extraordinario el gran parecido que he encontrado entre esa niña y un retrato que había en casa del señor duque que yo había tenido ocasión de ver muchas veces y cuya historia había podido penetrar.

—Luego usted conocía al señor duque.

—Como que he sido su secretario durante algunos años.

—¡Usted!

—Sí, señor; Leonardo Rodríguez, que no debía más que atenciones al señor duque, por quien me hubiese sacrificado gustoso, si mi sacrificio hubiera podido serle de alguna utilidad. Ya supo el infame de su sobrino lo que hacía obligándome á saltar de la casa.

—¡Qué dice usted! Ahora recuerdo que cuando yo estuve en el Solar el portero me habló de usted.

—¡Ah, sí! el pobre Juan, ¡ya lo creo que le hablaría! Si yo hubiese estado en la casa, no sé por qué, pero me parece que no habría muerto el señor duque.

Y el acento con que el joven pronunció estas palabras, llamó poderosamente la atención de Vicente.

CAPITULO IX

Buen principio y mal fin

Las dos niñas estaban contemplando afanosas á su desconocido protector, que, según se desprendía, era conocido de Vicente.

Algunas de sus palabras habían llamado la atención de Emilia, que tanto por su edad como por su inteligencia precoz, se hallaba en mejor situación que su hermana para apreciar el valor de ciertas frases.

De pronto exclamó Emilia:

—¿Conque usted ha conocido á mi papá?

—¡Niña!—exclamó Vicente palideciendo de espanto.

—Déjela usted, Vicente, déjela que me pregunte y no tenga usted recelo alguno. Si amigo sincero y leal pueden tener estas niñas después de usted, ninguno mejor que yo. Bien había presumido al fijarme en estas facciones que nunca se han podido borrar de mi memo-

ria. Sí, hija mía, he conocido mucho á su papá de usted y conocía también á su mamá, más por sus desgracias que por otra cosa.

—¿Pero sabe usted, caballero,—dijo Vicente,—que el secreto que la imprudencia de estas niñas ha revelado puede ser terrible para ellas si llega á traslucirse?

—Sí, señor; lo presumo porque conozco á las personas que han sido causa de su desgracia.

—No sabe usted todavía todo lo de horrible que hay en la historia de estos últimos tiempos.

—Por eso deseo que me hable con franqueza; que me tenga usted por un amigo y que me permita que proteja á estas huerfanitas, demostrando así al que ya no puede escucharnos, todo lo grande del afecto que le profesaba.

El acento de Leonardo al decir estas palabras vibró de un modo, que no podía dejar lugar á duda alguna.

La sinceridad resplandecía en él.

El hombre que así hablaba, no podía ser ningún bribón.

—Mire usted, caballero,—dijo Vicente fijando su franca y leal mirada en el semblante del joven;—tengo muy poco mundo y no se puede esperar otra cosa de una persona tan ruda como yo y cuya educación ha sido tan escasa; pero me parece que en usted brilla la sinceridad y quiero creerle. Las pobres niñas necesitan quien les otorgue una protección más decidida y más eficaz que la mía, y por lo tanto acepto de buen grado lo que usted me ofrece.

—Y no tendrá usted por qué arrepentirse de ello. Ahora deseo que me dé usted algunos antecedentes respecto á cómo se encuentran estas niñas en su poder y

qué es lo que ha pasado desde que yo salí de la casa del señor duque. Por los periódicos supe su muerte, cosa que esperaba ya desde el momento en que le hube dejado en poder de sus enemigos.

—Mejor que yo, quien se lo podrá explicar será Emilia, especialmente hasta el momento en que llegaron á la casa del señor marqués.

Leonardo se dirigió á la niña y ésta le refirió aquella odisea de desgracias que era el carácter distintivo del viaje que había emprendido su madre desde Bruselas.

Nada le omitió, ni el continuo sufrimiento de aquella pobre madre que se había visto arrojada del techo conyugal, negada la legitimidad de su matrimonio, así como también la de sus hijas, hasta el momento en que, sintiendo que sus fuerzas se agotaban y temerosa de dejar sin amparo alguno á aquellos dos pedazos de su alma, había emprendido el viaje para España.

Más de una vez, durante su relato, tuvo que llevar Leonardo el pañuelo á sus ojos para secar la lágrima que brillaba en ellos.

Profundamente conmovedora aquella relación, aun hecha por una persona extraña, tenía que serlo mucho más, tratándose de la tierna actora de aquella peregrinación.

Y sobre todo, cuando llegó el momento en que la infeliz mujer espiraba casi en el límite de la Tierra Prometida, entre la nieve y la soledad, Leonardo no pudo contenerse y exclamó con la voz temblorosa de cólera y de dolor:

—¡Oh! ¡miserables, infames! ¡y qué no merecen los autores de tamaña villanía! ¡pobres criaturas!—prosiguió el joven atrayendo hacia sí á las dos niñas,—nada

puedo, nada soy, nada valgo, pero yo os juro consagrarme de tal modo á vosotras, que no descansaré un momento y perderé la vida si es necesario por devolveros la posición á que tan legítimo derecho tenéis.

—¡Gracias, señor, gracias!—exclamó Vicente con acento conmovido,—así seremos dos para protegerlas.

—Y para vengarlas. Ahora dígame usted todo lo que pasó desde que las niñas llegaron á su casa.

—¡Qué había de pasar! que Juan, el ayuda de cámara del marqués, las rechazó, que éste se enteró de que iban á la casa del señor duque del Solar, que concibió alguna sospecha sin duda, y me ordenó que las fuese á buscar.

—Y las encontró usted, por lo visto.

—Y muy á tiempo sin duda, porque si así no hubiese sucedido, es muy posible que las pobres criaturas hubiesen muerto de hambre y de frío en medio de la carretera como á su pobre madre le había pasado.

—¡Pobres niñas!

—¡Oh, sí! Pero Vicente nos cuidó mucho y á él le debemos lo que no podremos pagarle jamás.

—¿No han dicho ustedes que llevaban unos papeles?

—Sí, señor.

—¿Y dónde están?

—Esos fueron los que se quedó el marqués, y sin duda ellos le revelaron quienes eran las dos niñas, y dió orden á Juan, su mayordomo, para que las hiciese desaparecer.

—¡Qué horror!

—Sí, señor; horrible crimen que Juan no quiso cometer y que me encargó á mí, en buena hora, para la salvación de las huérfanas; porque esté usted seguro

que si le da el encargo á cualquier otro de los bribones que había en la quinta, lo hubieran realizado sin escrúpulo alguno de conciencia.

—Lo creo.

—Juan y yo salimos de la quinta, y como que me había enterado por las niñas del objeto de ese viaje, apenas me quedé solo para llevar á cabo el criminal propósito, lo primero que hice fué dirigirme al palacio del Solar.

—¿Y vió usted al señor duque?

—No pude verle. Había fallecido ya; y por el portero supe que su sobrino era el heredero, y oí al pobre hombre lamentarse de la desdicha que había caído sobre aquella casa.

—Ya lo creo; como que según he podido presumir, y por todo lo que supe en casa del señor duque, entre su sobrino y el tal Montesinos mediaba algún enjuague muy gordo.

—No puedo decir á usted más que la orden que yo había recibido. Con la noticia que tuve de la muerte del señor duque, puede usted comprender cómo me quedaría.

—Desde luego.

—Pero como no quería abandonar á las niñas, que las pobrecitas no tenían culpa de nada, aprovechando el mismo dinero que para el crimen se me había facilitado, emprendí con ellas el camino de Burgos.

—¿Y para qué fué usted allí?

—Porque mamá me había dicho que allí había una marquesa que era parienta nuestra,—repuso Emilia.

—¡Ah! sí, es verdad; la marquesa del Valle. Una excelente señora, según he oído.

—Pero tampoco la encontramos. Parecía que la suerte se había empeñado en contrariarnos, y la señora marquesa estaba en el extranjero, y regularmente permanecería allí.

—¿Y el marqués no llegó á sospechar?...

—No lo creo, porque Juan me estaba esperando en Cebreros á que yo concluyera mi operación, y no había de regresar á la quinta hasta que no estuviésemos reunidos.

—¿Volvió usted á verle por lo visto?

—Sí, señor; pero las niñas ya las había dejado en Avila y tenía formada mi resolución.

Y Vicente después de esto, refirió á Leonardo lo que hizo hasta el momento en que las niñas le encontraron.

Leonardo le tendió su mano cuando hubo concluido, y le dijo:

—Amigo Vicente; es usted un hombre honrado. Ahora voy á decirle lo que estas pobres criaturas trataban de hacer cuando han salido á la calle sin su permiso.

—¡Calle usted, señor!—dijo Emilia bajando la vista, ruborizada.

—No, hija mía;—contestó bondadosamente Leonardo,—lo que debe ocultarse es lo malo, pero lo bueno y lo honrado, eso no debe ocultarse jamás.

Y el joven refirió á Vicente lo que ya conocen nuestros lectores, y que las niñas le habían referido cuando con él se dirigían hacia su casa.

El pobre Vicente no pudo menos de echarse á llorar como un niño, abrazando á las huerfanitas que también unieron sus lágrimas á las que él derramaba.

—Vaya, vaya,—dijo Leonardo,—basta de llanto y vamos á pensar en algo de provecho. Aquí lo primero que hemos de hacer es procurar que estas niñas reciban una educación propia de su clase. Yo, estoy empleado y protegido por un antiguo amigo del señor duque. Soy solo y vivo en una casa de huéspedes. Buscaremos una casa y vendrán ustedes á vivir conmigo. Más tarde pensaremos en la manera de hacer valer los derechos de las hijas de mi antiguo protector.

Vicente se opuso, no queriendo ser, según decía, una carga para aquel joven tan generoso y tan bueno.

Pero éste insistió, y quedaron por fin, en que al día siguiente pasaría por allí, y convendrían en lo que debía hacerse en definitiva.

Cuando Leonardo salió de casa de Vicente, iba murmurando:

—¡Gracias, Dios mío! gracias porque habéis permitido que pueda pagar, aun cuando en proporción muy pequeña, lo mucho que yo debo al señor duque del Solar.

Y salió á la calle, y al poner el pié en ella, observó que en la acera opuesta y mirando hacia los balcones de la casa de Vicente, había un caballero.

—¡Cielos!—exclamó lleno de sorpresa.

Y á su vez se puso á observar al que había llamado su atención.

Este apenas si reparó en Leonardo.

Absorto en la contemplación de la casa, parecía hallarse muy pensativo.

De pronto se fijó en una tienda de comestibles que había en la misma casa, y resueltamente se dirigió á ella.

Allí permaneció algunos momentos, y cuando salió sacó una cartera, apuntó sin duda el número de la casa, y una sonrisa diabólica entreabrió sus labios.

El hombre que tanto había llamado la atención de Leonardo, era el marqués del Pino.

CAPITULO X

En presencia de un cadáver

TENEMOS necesidad de retroceder al primer capítulo de nuestra obra.

Recordarán nuestros lectores que el misterioso habitante de la posesión inmediata á la villa de Arévalo, sorprendido por el descubrimiento del féretro que, según se desprendía de la placa encerraba el cuerpo del duque del Solar, habíase desvanecido significando que aquel era su hermano.

Efectivamente, conocidos ya como nos son todos los antecedentes respecto al duque del Solar y á su hermano, no hay necesidad de que continuemos dejando envuelta en el misterio la figura del anciano cazador, cuyo perro había hecho el lúgubre descubrimiento que tanto le impresionó.

Aquel extraño personaje que con nadie se visitaba,

que había adquirido sin regatear la posesión que ocupaba, que no tenía en su casa más que un criado, la mujer de éste y un hijo de ambos, era el célebre doctor Andrés del Cerro, hermano del duque del Solar y á quien éste había herido instigado por las villanas insinuaciones de Montesinos.

¿Cómo se había verificado su salvación? ¿Dónde había estado durante el lapso de tiempo que medió entre aquel suceso y el momento que volvió Arévalo?

Esto es lo que vamos á decir en breves palabras.

Segun vimos en otro lugar, Andrés, en el momento mismo en que pudo ponerse en camino, abandonó en seguida la casa de su amigo el médico de Avila, y llegó á Madrid haciéndose conducir á la casa de Ricardo.

El andaluz que había procurado averiguar qué había sido de Andrés y que más de una vez había preguntado á Marcelo, su criado, y aun venciendo la repugnancia que le inspiraba el hablar con Montesinos, con él había hablado también preguntándole por el hermano del duque, sin obtener respuesta satisfactoria de uno ni de otro, sintió una alegría extraordinaria al verle entrar en su casa.

Pero esta alegría fué de cortísima duración.

Apenas se fijó bien en el rostro de Andrés, sospechó que algo grave le ocurría, y esta sospecha quedó completamente confirmada cuando el mismo Andrés le refirió todo lo que había pasado.

Ricardo se puso incondicionalmente á su disposición.

Y le suplicó que dispusiera de él para cuanto pudiera necesitar.

Pero Andrés, nada quería; únicamente le dijo que

enviara á llamar á Marcelo, y que á nadie, absolutamente á nadie, revelara que estuviese en Madrid.

Una vez que Marcelo estuvo en presencia de su señor, éste le dió las instrucciones necesarias, y poco después, provisto de una buena cantidad de dinero, Andrés acompañado de su criado, salió para Portugal.

Allí se embarcó para el Brasil, y por espacio de seis ó siete años, estuvo viajando por América y Asia, haciendo estudios interesantísimos, formando admirables colecciones en los tres reinos de la naturaleza, compuso algunos medicamentos de admirables resultados, y cuando el dolor por una parte, el estudio por otra, las fatigas y las penalidades de todo género le hubieron transformado de joven, enérgico, arrogante y varonil, en anciano, envejecido más por el peso de los dolores que por el tiempo, dijo un día á Marcelo:

—Marcelo, amigo mío, ya es hora de que volvamos á nuestro país.

Y efectivamente, regresaron á España y como alguna que otra vez había solido recibir carta de Monte-Sagrado, de Ricardo ó de Juan Antonio, quiso ir á Andalucía á pasar con ellos algunas semanas.

En ese período, Ricardo, se había casado con Marieta, y después de haber estado viajando algún tiempo por Italia y Alemania, y curada ya de su pasión la antigua cantante, fué Ricardo á establecerse en Sevilla, donde ya le había precedido algún tiempo antes Juan Antonio.

Algunas veces solían reunirse ya en la feria de Sevilla, ya en las de Granada, el conde y su esposa, la encantadora duquesa de la Vega, Ricardo y Marieta y Juan Antonio é Inés, y siempre en sus conversaciones

solía consagrarse algún recuerdo á aquel pobre Andrés desterrado en lejanas tierras y alejado de la madre patria por la dureza de su destino.

Así fué, que la llegada del desterrado, en medio de ellos, fué un acontecimiento, cuya alegría no pudo menos de turbarse viendo la prematura vejez de aquel á quien algunos años antes dejaron tan lleno de vida y de juventud.

Por ellos supo Andrés, que su hermano había tenido un lance con Montesinos del cual uno y otro habían resultado tan gravemente heridos que llegó hasta desconfiarse de su salvación, que el duque había despedido políticamente á su sobrino alejándole de su lado y que se había refugiado en el Solar, donde estaba haciendo una vida de anacoreta.

—¡Pero y de sus hijas! ¡y de su mujer! ¿no saben ustedes nada?—preguntó Andrés.

—Absolutamente nada,—contestaron Ricardo y Monte-Sagrado, cuyas noticias sobre aquel particular, habían sido completamente infructuosas.

Andrés, permaneció en Andalucía cerca de un año, en cuyo espacio se casó Marcelo con una doncella de Marieta, y una vez verificado el enlace, dijo Andrés:

—Es necesario que te marches á Arévalo, tú y yo estamos lo suficientemente desconocidos para que nadie nos recuerde; busca una casa aislada, lejos de la de mi hermano, y que reuna las condiciones que tú sabes que yo necesito. La compras si es posible y si por acaso la quiera vender su dueño, y cuando todo lo tengas arreglado, iremos á instalarnos en ella mis colecciones, tu mujer y yo.

Y así lo hizo Marcelo, y encontró á legua y media de

distancia del Solar en el lado opuesto de la villa de Arévalo, una hermosa casa que adquirió y en la cual se instaló su señor al cabo de algunos meses.

Dos años transcurrieron desde su instalación, sin que ni hubiese tropezado nunca con su hermano porque éste salía muy raras veces de su hermosa posesión, ni hubiese sido reconocido por ninguna de las personas con quien se encontraba.

En este estado, le sorprendió el hallazgo de aquel féretro, estando ignorante de la muerte del duque del Solar, lo cual probaba la retirada vida que hacían los habitantes de la casa del *Mudo*, como habían dado las gentes del país en calificar su morada.

El desvanecimiento de Andrés, fué de corta duración.

El perro que tanto había contribuido para aquel descubrimiento, al ver la inmovilidad de su amo y como si su instinto le hubiera indicado que sus caricias podían volverlo en sí, comenzó á lamerle el rostro lanzando de tiempo en tiempo algún aullido lastimero, dirigiendo sus miradas en dirección á la casa que habitaban, como si de allí esperase algún socorro.

Por fin, Andrés, recobró el conocimiento, y con él la conciencia de lo que ocurría.

Volvió á mirar la placa del ataud, y exclamó:

—Pero ¡Dios mío! ¿qué quiere decir esto? ¡será realmente cierta la muerte de mi hermano! y si así es, ¿quién ha traído aquí su féretro y le ha sacado del panteón de la familia? Que crimen es el que esto supone, porque indudablemente con un objeto determinado se ha hecho esto, y este objeto no puede menos de ser criminal.

Y Andrés, sentado dentro de aquella extraña fosa, estuvo reflexionando durante un buen espacio.

Después alzó la cabeza y exclamó:

—Sea lo que quiera, yo no debo dejar que permanezca aquí este ataud. Si de crimen se trata, yo juro castigar á los criminales cuésteme el tiempo que quiera, y opónganseme toda clase de obstáculos. Pero ¿cómo saco de aquí este ataud?

Y reuniendo sus fuerzas, trató de mover la pesada caja.

Pero no lo pudo conseguir, y murmuró:

—Es necesario que venga Marcelo en mi ayuda.

Y sacando una cartera de su bolsillo, escribió en una hoja algunas palabras, dobló el papel después, y metiéndolo entre el collar del perro, le dijo señalándole el camino de la casa:

—Anda Leal, lleva eso á Marcelo.

El perro fijó su inteligente mirada en el semblante de su amo, y cual si hubiera comprendido lo que éste le decía y más que todo la indicación que le hizo, saltó de la fosa, y echó á correr en la dirección que su amo le indicara.

Jadeante llegó el animal al cabo de un cuarto de hora de furiosa carrera, á la casa de su amo.

Marcelo, estaba paseándose precisamente por el zaguán de la casa, cuando entró el perro.

—¿Qué es eso, Leal? ¿viene ya el amo?—dijo.

Y salió á la puerta creyendo que llegaría Andrés.

El perro, fué siguiéndole tratando de llamar su atención.

Marcelo, sorprendido al ver que su amo no venía, exclamó:

—Pues entonces, ¿cómo vienes tú solo?

—Sí, sin duda que esperas que te conteste el animal, —le dijo su mujer que se hallaba á pocos pasos de él.

—¡Ya lo creo que me contestará! Catalina, ya sabes que te he dicho muchas veces que los dos perros de mi amo hablan, y si hubieras estado con nosotros en las praderas americanas ó en los bosques de la India, ya habrías visto si los perros hablaban. Vamos á ver, Leal, —prosiguió Marcelo mirando fijamente al perro,—tú has venido aquí para algo, ¿qué es lo qué quieres?

El animal, cual si hubiera comprendido la pregunta, puso término á sus saltos y bajando la cabeza, procuró que Marcelo se fijara en el papel que su amo había fijado debajo del collar.

—¡Ya!—contestó Marcelo reparando en él, y volviéndose hacia su mujer prosiguió:—¿Tú ves? mira si el perro habla.

Y le quitó el papel que llevaba en el cuello.

CAPITULO XI

Las noticias de Marcelo

Lo que había escrito en el papel que se puso á leer Marcelo, era lo siguiente:

«Marcelo: Engancha inmediatamente el carro, pon dos ó tres sacos de paja en él, tráete una azada y ven al momento.

»El perro te servirá de guía.»

—¡Demonio!—exclamó el criado,—¿qué le habrá pasado á mi amo?

—¿Qué te dice?—le preguntó Catalina sorprendida.

—Que vaya á buscarle. Mira, mujer, llena dos ó tres sacos de paja mientras que yo aparejo la *Blanquilla* para engancharla en el carro. ¡Ah! no te olvides de poner también un azadón ó un par de ellos, en el carro, entre la paja.

—¿Un par de azadones? ¿pues que vais á derribar alguna tapia?

—No lo sé; pero mira, cosas más grandes ha hecho mi amo cuando estábamos allá entre los *Pieles rojas*. Conque anda, anda, que la cosa urge.

Poco después el carro estaba enganchado y dentro de él la paja y las herramientas que pedía Andrés.

—Vamos, Leal,—dijo Marcelo al perro que no se había separado de él,—vamos á buscar al amo.

El perro comenzó á brincar delante de la caballería, y emprendió el camino hacia el sitio de donde su amo se había quedado.

No tardaron mucho en llegar.

Entretanto, Andrés había salido fuera de la fosa y se paseaba por el camino, murmurando:

—¿Si la casualidad habrá hecho que los mismos criminales se hayan delatado, creyendo ocultar su crimen? Estoy deseando ya que venga Marcelo para sacar de aquí este féretro, y una vez que estemos en casa hacerle que averigue lo que ha ocurrido en casa de mi hermano.

Cuando vió venir por el camino á Marcelo, se adelantó á su encuentro, y le dijo:

—Marcelo, ¿cuántos días hace que no has estado en Arévalo?

—Pues ocho días justos. Fuí á recoger los últimos encargos que nos trajeron de Madrid, y no he bajado más.

—¿Ni Catalina tampoco ha estado?

—No, señor; la carne ya sabe usted que nos la suben de la villa cada dos días, y todo lo demás lo tenemos en casa.

—Pues hoy vas á marcharte á Arévalo, y no has de volver sin traerme todas las noticias que necesito.

En aquel momento llegaron al punto en que estaba la extraña fosa donde Andrés había encontrado el féretro de su hermano.

—Es necesario quitar el carro del camino y que entre por este lado,—dijo el doctor.

Marcelo hizo lo que su amo le indicaba, y al llegar cerca del hoyo, exclamó sorprendido:

—¡Qué es eso señor! ¡un ataud!

—Sí,—contestó secamente Andrés,—es el que nos vamos á llevar en el carro.

—Pero ¡cómo es que hay un ataud en este sitio!

—Pues mayor sorpresa ha de causarte otra cosa.

—¿El qué? señor.

—Fíjate y mira la placa que hay sobre la caja.

—¡Jesús!—exclamó Marcelo después que hubo leído el nombre grabado sobre la plancha de metal,—¡el señor duque!

—Ya ves si hay razón para que yo recoja ese ataud.

—Pero ¿quién puede haberle traído aquí?

—Eso es lo que necesitamos averiguar. Anda, Marcelo, vamos á sacar ese ataud y le pondremos en el carro, le cubriremos con la paja que has traído, y vamos á llevarle á casa. ¿Has traído el azadón?

—Sí, señor; y dos por falta de uno.

—Con eso te podré ayudar.

Y efectivamente, entre los dos se pusieron á separar la tierra que había alrededor del féretro, sacáronle, después, y le colocaron en el carro, cubriéndole inmediatamente con la paja.

En aquel momento, empezó á nevar.

—¡Magnífico!—dijo Andrés,—la nieve presumo que facilitará en gran manera el que nadie se fije en la tierra removida. Ayúdame á rellenar esa fosa.

Y los dos hombres se pusieron á trabajar, consiguiendo sin grandes esfuerzos, desempeñar su cometido en breve espacio.

Cuando concluyeron, la nieve caía con extraordinaria violencia.

La marcha del fúnebre convoy, se verificó sin novedad.

La circunstancia de ser un camino vecinal donde se había verificado el encuentro, poco frecuentado generalmente y mucho menos en aquellos días, por la crudeza del tiempo, impidió que nadie pudiera presenciar lo que había ocurrido.

Así fué, que llegaron á la casa sin tropiezo.

Una vez el carro dentro del ancho portalón del edificio, dijo Andrés:

—Marcelo, cierra la puerta que no hay necesidad de que nadie se entere de nada.

Obedeció el criado y Catalina que se había aproximado al carro mirando con curiosidad lo que dentro de él había, al observar que se trataba de un ataud, no pudo menos de exclamar llena de terror:

—¿Qué es eso señor? ¡una caja de muerto!

—Sí, Catalina, sí,—repuso Andrés bondadosamente; —pero no te alarmes ni á nadie reveles nada, porque esa caja pertenece á mi hermano.

—¡Cómo! el señor duque...

—A lo que se ve, ha muerto.

Y Andrés, dirigiéndose á Marcelo que acababa de cerrar la puerta, continuó:

—Anda, Marcelo, vamos á llevar esta caja al laboratorio y encárgale mucho á tu mujer, que no deje escapar una sola palabra que sirva de indicio para descubrir lo que hemos hecho.

—Pero ¿qué es lo que intenta usted, señor?—preguntó Marcelo con esa familiaridad que caracteriza á los criados antiguos.

—Ya lo verás.

Y entre los dos llevaron el ataud al laboratorio de Andrés, vasta pieza abovedada y en la cual se veían toda clase de instrumentos y utensilios como retortas, alambiques, filtros, etc., necesarios para los experimentos á que se entregaba.

El ataud fué depositado sobre una vasta mesa cuyo tablero de mármol, le servía para sus operaciones anatómicas.

—Ahora,—dijo el médico dirigiéndose al criado,—te vas á marchar á Arévalo.

—¿Y qué he de hacer allí, señor?

—Averiguar con destreza cuando murió mi hermano, cuando se le enterró, y si te es posible, procura penetrar en el panteón y ver si está allí el féretro.

—¡Cómo puede estar, si precisamente lo tenemos aquí!—dijo Marcelo.

—Haz lo que te digo y nada más. No sé por qué, presiento que estamos en presencia de uno de esos crimenes, digno coronamiento de los que ya se han cometido por esos miserables.

—¿Qué quiere usted decir?

—Tal vez cuando vengas pueda explicarte alguna cosa; lo que has de hacer es averiguarme todo lo que te he dicho. También sería conveniente,—prosiguió An-

drés después de algunos momentos de reflexión,—que te llegaras al Solar; pero esto, después de haberte cerciorado de la muerte del duque.

—¿Y qué he de hacer en el Solar?

—Averiguar, Marcelo, averiguar. No te he dicho que presiento que estamos en frente de un crimen,—continuó Andrés con severidad.—Deber nuestro es adelantar cuanto sea posible nuestros descubrimientos. Si vas al Solar es preciso que te enteres de las personas que han asistido á mi hermano, de ese modo podremos juzgar á quien interesaba su muerte, y ¡quién sabe hasta dónde pueden llevarnos las noticias que tú traigas!

Marcelo no hizo observación alguna á su señor; comprendió perfectamente todo lo delicado de la misión que se le confiaba, y poco después, á pesar de la nieve que seguía cayendo, emprendió el camino de Arévalo.

Entretanto Andrés comenzó á pasearse por la habitación, contemplando algunos momentos el ataud, hasta que por fin dijo:

—Vaya, no dudemos más. El secreto de todo esto es fácil que se encuentre ahí dentro. Tengamos valor para llegar hasta el fin. Los que han realizado la sustracción de este ataud, indudablemente lo han hecho con algún objeto; éste ahí es únicamente dónde le podré descubrir.

Y Andrés se aseguró de la disposición en que estaba la cerradura del féretro, y dijo:

—Complicada es, pero ya encontraremos medio de abrirla sin estropear gran cosa de la caja. Quisiera saber,—prosiguió después,—quién ha intervenido en la compra de este ataud, y dónde se ha verificado. Este podría ser un nuevo indicio, y cuando venga Marcelo, según lo que me diga, así obraremos.

Entonces Andrés pasó á una habitación inmediata, comenzó á buscar destornilladores á propósito para el objeto que se proponía, y regresó de nuevo al laboratorio.

Al poner el destornillador sobre la caja, temblaban sus manos.

—¡Dios mío!—murmuró alzando los ojos al cielo,—¡perdóname si voy á cometer un sacrilegio violando el último asilo de un cadáver; pero tú que ves mi pensamiento, ya comprendes que no es interesado el móvil que me guía, sino que busco la huella de un crimen que presiento, y que para descubrirle no tengo otro remedio que este. ¡Préstame tu auxilio, señor!—prosiguió al cabo de algunos momentos,—para llegar hasta el fin que me he propuesto.

Y fortificado por esta invocación, en la cuál iba envuelta la manifestación de los verdaderos móviles que le impulsaban, comenzó á destornillar los goznes que unían la tapa del ataud.

CAPITULO XII

Más noticias

No fué mucho el trabajo que hubo de emplear Andrés para conseguir el objeto apetecido.

Los tornillos cedieron fácilmente y la cerradura á pesar de la complicación que ofrecía, quedó también al descubierto, y la tapa del ataud en disposición de poderse levantar.

Sin embargo, Andrés se detuvo inmóvil delante de la caja, murmurando:

—¡Parece imposible que me falte el valor en estos momentos, y sin embargo, he avanzado ya demasiado para retroceder! ¡Ea, valor!

Y cogiendo con temblorosa mano, á pesar del aliento que él mismo trataba de infundirse, aquella tapa la separó, dejando al descubierto el inanimado cuerpo de Julián.

Un estremecimiento de terror se apoderó de él, y arrojando lejos de sí la tapa, se quedó contemplando el rígido cadáver, murmurando con indefinible acento:

—¡Pobre hermano mío! Seguro estoy de que en tus últimos momentos y quizás antes también, te arrepentirías de lo que conmigo hiciste. ¿Pero te habrías arrepentido también de la injusticia cometida con aquellas tiernas criaturas, hijas tuyas, y á las cuales rechazastes con tanta dureza?

Pero de pronto su vista experimentada se fijó en algunas manchas que aparecían en el semblante del cadáver, y aproximándose á él exclamó:

—¡Oh! bien había yo presumido que se trataba de algún crimen.

Y se puso á examinar más atentamente aquellas manchas, diciendo después:

—No tiene duda, esta es la acción del veneno que se le ha estado administrando, sabe Dios cuánto tiempo, y también quién ha sido el encargado de suministrarlo. Sin embargo, el cielo me dará fuerzas para llegar hasta el fin, y llegaré hasta él cuésteme lo que quiera.

Entonces Andrés comenzó á buscar los instrumentos necesarios, y cuando los tuvo reunidos se aproximó al ataud diciendo:

—Es preciso tener valor.

Y reuniendo sus fuerzas sacó el cadáver del ataud y lo extendió sobre la mesa, murmurando al mismo tiempo:

—Extraño capricho el de mi hermano ó abandono horrible de sus criados si así lo amortajaron. ¿Fué acaso que la muerte le sorprendió con el mismo traje que llevaba en su casa? porque de otro modo no comprendo esto.



—¡Pobre hermano mio!

Y razón tenía para sorprenderse Andrés, porque según recordaremos, en el capítulo XXIV del primer tomo José Ramón, que así se llamaba el mayordomo del duque, había manifestado á Carlos y al marqués del Pino que su señor, presintiendo su próxima muerte, había dicho que no quería que le enterrasen sino con el mismo traje que llevaba en su casa.

Lo único que había fué que el duque había hecho un encargo á su mayordomo, encargo del cual, éste, en medio de su dolor, no se acordó en los primeros momentos.

—Antes de enterrarme,—había dicho á José Ramón, —registra todas mis ropas y guarda lo que en ellas encuentres, después de haberte enterado.

Y no pudo decirle más porque casi inmediatamente entró en el período de la agonía.

Pero Andrés, que ignoraba esta circunstancia, lógico era que se sorprendiese al ver el traje que había servido de mortaja á su hermano.

Una vez colocado el cadáver sobre la mesa, Andrés comenzó á despojarle de sus ropas.

De pronto exclamó:

—Parece que aquí hay algún papel.

Y registró el bolsillo interior del chaquetón y efectivamente, extrajo de él varios papeles.

—¿Qué es ésto?—dijo.

Y se puso á examinarlos.

—¡Ah! ¡infame!—exclamó leyendo uno de ellos que por las arrugas y los dobleces comprendió que el duque debía haberlo leído muchas veces y haberlo extrujado lleno de cólera.

Aquel papel era la carta que Federico había escrito á Emilia y que ésta remitió desde Bruselas á su marido,

carta que determinó el duelo que había mediado entre Federico y Julián.

—Mi pobre hermano se conoce que quería conservar siempre esta carta y no se separaba de ella.

Y siguió el examen de los papeles.

—Hé aquí algo muy importante también,—dijo recogiendo otro que envolvía la mitad de una moneda de oro.

Decía así:

«José Ramón: Tú que has sido el único testigo de mis dolores, tú que tanto te has interesado por la duquesa y por mis hijas, recoge este papel y esta media moneda, preséntate con ellos en casa del escribano don Marcelino Ortiz que vive en la calle Mayor, número 60, en Madrid, y te entregará mi testamento que en pliego cerrado conserva en su poder.

»Tú eres el ejecutor de las disposiciones que en él se hallan consignadas.

»Cumple como de tí espera tu señor,

»*El Duque del Solar.*»

—¡Oh! aun cuando tarde quiso el infeliz remediar el daño que había hecho.

Los demás papeles se referían á algunas notas que carecían de importancia.

—¡Oh, Providencia!—exclamó Andrés,—¡por qué caminos tan misteriosos nos llevas al descubrimiento de la verdad!

Y el médico se enjugó una lágrima que brillaba en sus ojos, recogió aquellos papeles y algunos otros objetos que encontró en los bolsillos de la ropa que vestía su hermano, se dirigió á su despacho, los guardó cuidadosamente y volvió de nuevo al laboratorio.

Más de dos horas empleó en la disección del cadáver,

extrayendo las entrañas donde pudo comprobar la existencia del veneno que había puesto término á la vida de su hermano.

Las separó cuidadosamente y hecho esto, procedió á la operación de embalsamar aquel cuerpo con arreglo á un procedimiento que había aprendido durante sus viajes.

Cuando terminó aquella operación, la noche había cerrado por completo.

El cuerpo de su hermano estaba depositado de nuevo en la caja.

Durante todo aquel día el doctor no había tomado alimento alguno y la naturaleza empezó á reclamar imperiosamente sus derechos.

Entonces cerró la puerta del laboratorio y salió en busca de Catalina, cuya inquietud era extraordinaria viendo que no llegaba su marido y que su señor no salía del laboratorio.

—¿No ha venido Marcelo?—preguntó.

—No, señor; y me extraña mucho que tarde tanto.

—¡Oh! no querrá volver sin traerme todas las noticias que le he pedido.

Y tomó algún alimento y volvió á su despacho donde sepultando la cabeza entre sus manos, quedó sumido en profundas reflexiones.

De ellas le sacó la llegada de Marcelo.

El fiel servidor, como el médico había dicho perfectamente, no quiso salir de Arévalo hasta no haberse enterado de todo.

Al ver aparecer al criado el médico levantó la cabeza y dijo:

—¿Qué hay?

—Señor, desgraciadamente es cierta la muerte del señor duque.

—Ya lo sé, he visto su cadáver. ¿Has podido entrar en el panteón?

—Sí, señor; y lo asombroso es que allí existe un féretro igual al que nosotros tenemos en casa.

—Lo cual se explica perfectamente. Los autores del horrendo crimen, temerosos, sin duda, de que algún día pudiera descubrirse han sustituido este ataud con otro exactamente igual, lleno, quizás, de piedras ó de tierra. Está bien, ya encontraremos á los asesinos.

—Pero también ha sido muy poca precaución por parte de esa gente ir á depositar el cadáver donde lo han hecho, porque si no hubiésemos sido nosotros, otras personas podían haberle descubierto.

—¿Y tú que sabes los propósitos que esos miserables tendrían? Quizás eso no haya sido más que provisional y mañana ó pasado vayan á recoger este féretro cuando ya hayan pensado lo que de él han de hacer.

—Puede que sí.

—¿Has estado en el Solar?

—También.

—¿Con quién has hablado?

—Con José, que ni me ha conocido siquiera. Es verdad que el pobre con los años y con los disgustos está mucho más viejo que nosotros y más abatido también, por efecto de la muerte de su señor.

—¿Qué te ha dicho José?

—Ya puede usted imaginarse que todo se habrá referido á la misteriosa enfermedad de su señor.

—¿Con que pretexto te has presentado á él? ¿No le has dado lugar á que sospeche?...

—No, señor; recordando la afición que siempre ha tenido su señor á los caballos, me he presentado allí fingiéndome un chalán de Avila que iba á proponer al señor duque la compra de un hermoso alazán.

—Bien pensado. ¿Y qué te ha dicho respecto á la enfermedad?

—Que hacía ya tiempo que el señor duque presentía que iba á morir. Su tristeza y su dolor no conocían límites.

—¿Y no te ha hablado de sus herederos?

—Sí, señor; porque yo también he procurado meterle los dedos todo lo posible y comprendo que todo su dolor consiste en que esa riquísima herencia pase á poder de don Carlos.

—Eso ya lo veremos.

—Parece que le han telegrafiado á Londres dándole noticias de la muerte de su tío.

—Noticia inútil, porque indudablemente él debía saberla ya.

—Es decir, ¿qué usted cree?...

—Sí, Marcelo sí, entre Carlos y el marqués han muerto á mi pobre hermano; tengo esa seguridad.

—Pero eso sería horrible.

—Como todo lo que ha sucedido en la existencia del pobre Julián. ¿Has visto los criados que hay en la casa?

—Muy pocos y todos de los antiguos.

—Esto es muy extraño,—murmuró Andrés,—porque estoy seguro que ninguno de los antiguos servidores de mi hermano ha sido capaz de cometer semejante villanía. ¿Y no te han dicho si Carlos estuvo aquí hace poco?

—No, señor; lo menos creo que hace dos años.

—Muy extraño, muy extraño,—volvió á decir el doc-

tor.—Es necesario, Marcelo, estar muy prevenidos y no perder de vista ninguno de los actos que aquí se van á realizar. Dentro de pocos días vendrá Carlos, y es menester que sepamos todo cuanto sucede.

—Y diga usted, señor, ¿no cree oportuno que observáramos por las inmediaciones del lugar donde hemos encontrado el ataud?

—No, ya encontraremos á los culpables sin necesidad de eso. Preveo que no hemos de tardar mucho en darnos á luz y entonces obraremos como debemos obrar.

CAPITULO XIII

Nuevas pruebas

Los descubrimientos que Andrés había hecho, le tenían profundamente preocupado.

Desde luego, la existencia del testamento de su hermano, le hacía presentir que sin duda, el duque había pretendido enmendar la injusticia cometida con sus hijas.

Tal vez había llegado á comprender su error.

Pero demasiado orgulloso para confesarlo, había querido sin duda, dejar para su muerte, la rehabilitación de la infeliz mujer á quien tan desgraciada hiciera, y de aquellas niñas de las cuales había renegado.

El uso que de aquellos papeles había de hacer, era el que le preocupaba.

Porque para ello tenía necesidad de hablar con José Ramón, y descubrir quién era, y lo que había hecho.

Esto no le agradaba.

Comprendía que mientras estuviera en la sombra, tendría una gran fuerza, fuerza que quizás perdería en el momento que se rompiera el incógnito.

Pero como que era preciso obrar, y obrar con rapidez, escribió una larga carta á Ricardo y al conde, explicándoles la muerte del duque, aun cuando sin decirles como lo había descubierto, ni que en su poder estaba el cadáver, y les rogaba que en obsequio á su amistad, hicieran circular profusamente por todos los periódicos extranjeros un anuncio, diciendo que las personas que se creyeran con algún derecho á la herencia del difunto duque del Solar, se presentaran ó escribieran al juez de primera Instancia de Arévalo, manifestando su derecho.

Para obrar de este modo, tenía la razón de que si Emilia residía en el extranjero, y á su noticia llegaba, pudiera dar alguna noticia de sí.

Al mismo tiempo, también el juez, en virtud del intestato del duque, hacía insertar en el *Boletín Oficial* y en *La Gaceta*, anuncios parecidos.

Andrés esperó á que llegase esto, y al momento y por su cuenta, escribió á los periódicos de Madrid y á todos los de provincias, para que reprodujeran aquellos mismos anuncios, pagándolos de su bolsillo.

Pero ni una ni otra gestión produjeron ningún resultado.

El médico pasaba días horribles.

La seguridad del crimen que se había cometido con su hermano y la obligación que se había impuesto de callar hasta el momento en que pudiera castigar, le mortificaba en gran manera.

Supo que Carlos y el marqués del Pino habían estado

en el Solar, y finalmente que el juez había puesto á Carlos en posesión de la herencia.

Al mismo tiempo, le dijo Marcelo, que fué quién le comunicó estas noticias:

—El señorito Carlos ha marchado á Madrid acompañado de su ayuda de cámara, el cuál parece que era el picador que tenía el difunto señor duque.

—¿Cómo has dicho?—preguntó Andrés, á quién aquellas palabras habían llamado la atención.

—Sí, señor, era picador; es un francés muy inteligente en caballos, el cuál parece que vino una vez al servicio del señorito, y tan prendado quedó el señor duque de sus conocimientos, que su sobrino se lo dejó cuando él se volvió á París.

—¿Y ese francés ha permanecido hasta ahora en casa de mi hermano?

—Así me ha dicho José.

—Ya sabemos entonces quién ha sido el asesino de mi hermano,—repuso el doctor con un acento tal de convicción, que no pudo menos de llamar la atención de Marcelo.

—¿Qué dice usted, señor?—preguntó éste.

—Ya lo has oído; ese francés ha sido el asesino de mi hermano.

—En ese caso ya sabemos por donde debemos empezar y á quién tenemos que atacar. ¡Cuanto antes, señor, cuanto antes!

—No tan pronto, mi buen Marcelo, no tan pronto, que es preciso que demos el golpe en firme, y todavía no podemos hacerlo.

—Una cosa he oído, señor, que me ha llamado la atención. José me lo ha dicho lamentándose, y creo que también á usted ha de producirle muy mal efecto.

—Difícil es que á mí me produzca ya mal efecto nada. Habla, ¿qué te ha dicho José?

—Que parece que se trata de vender el Solar.

—¿Qué dices?

—Sí, señor; según supone José, quien se lo va á quedar es el marqués del Pino.

—¡Oh!—exclamó Andrés con voz trémula de ira dando un puñetazo sobre la mesa;—eso sí que no será mientras yo viva.

—Hasta ahora nada se sabe de cierto, pero parece que alguno de los criados á oído algo mientras han estado allí don Carlos y su amigo.

—Está bien.

Y Andrés ya no volvió á hablar una palabra.

En cambio quedóse muy sombrío, y Marcelo que no cesaba de observar, la dijo á su mujer:

—Es menester que yo no pierda de vista al señor, porque como le conozco, temo que no intente hacer alguna de las suyas.

—¿Qué quieres decir?—preguntóle Catalina sobresaltada.

—Nada, nada; déjame hacer, que no quiero que esos tunantes se salgan con la suya.

Y el fiel criado desde aquel momento, no perdió de vista á su señor.

Precisamente por aquellos días las sospechas que Juan el mayordomo del marqués del Pino había concebido respecto á éste, tomaron mayor cuerpo con motivo de la desaparición de las niñas, según recordamos de los primeros capítulos de nuestra obra, y temeroso de que le arrebatase la vida su amo, resolvió ocultar algunos documentos de que había ido apoderándose, en un

lugar seguro y donde pudiera recogerlos en el caso de que tuviese necesidad de hacer uso de ellos algún día.

Según vimos en el capítulo XXIII del primer tomo, Juan salió de la casa de su señor bajo el pretexto de adquirir algunas noticias respecto á Gontrán y cruzando la villa de Arévalo, llegó hasta la tapia de una gran posesión que llevaba el nombre de «Hacienda de los Cipreses.»

Allí hizo una escavación y ocultó los papeles que había encerrado preventivamente en un canuto de hoja de lata, y después marchó á Avila donde escribió una carta, cortó una tarjeta, y carta y mitad de aquélla, las dejó en poder de un notario.

Juan creyó dejar su depósito completamente seguro en el sitio donde le enterrara, pero no fué así.

Precisamente la posesión en que se había fijado, era la de Andrés.

La circunstancia de no haberse éste hecho visible de un modo notable, hacía creer que aquella casa estaba deshabitada, ó cuando menos que sus habitantes no se paseaban siquiera por su posesión.

Pero Andrés había elegido para sus habitaciones una especie de pabellón adosado á la tapia, pabellón que se alzaba más de tres metros sobre ésta, con dos ventanas que daban al campo.

En la parte baja dormía Marcelo y su mujer.

A corta distancia de aquel pabellón estaba el cuerpo principal de la posesión donde solían estar por el día, y desde aquella parte del edificio al pabellón, Andrés hizo construir una especie de galería, para evitar la intemperia al cruzar de uno á otro sitio.

Cuando Juan llegó al pié de la tapia, Andrés estaba velando en su habitación.

Su oído acostumbrado á distinguir en las praderas americanas hasta el más imperceptible rumor, no se engañó al oir el paso del caballo que montaba el mayordomo del marqués.

—¿Quién será?—exclamó.

Y al observar que el rumor se había detenido, añadió:

—Parece que se ha parado en este sitio.

Y se levantó, apagó la luz, y pasó á la habitación inmediata donde estaba una de las ventanas.

La disposición en que ésta estaba le permitió distinguir perfectamente, aquella parte de tapia.

Por otra parte, la blancura de la nieve permitía distinguir perfectamente no sólo las personas que por allí cruzaran, sino hasta los movimientos que hacían.

Merced á esto, Andrés pudo ver claro todo cuanto Juan hizo, y apenas le vió que se alejaba, exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Qué es lo que ese hombre ha escondido á ese sitio? Parecía un tubo de lata, y...

Y como si se le asaltara una idea repentina, exclamó retrocediendo y alejándose de la tapia:

—¿Será que los asesinos de mi hermano habrán descubierto mi existencia y pretenden deshacerse de mí por medio de un crimen? ¿No podía ser ese tubo un cartucho de dinamita y de un momento á otro volar esta habitación? ¡Oh! es necesario salvar á esos inocentes.

Y bajó precipitadamente las escaleras, llamó á Marcelo á quien dijo lo que había visto; despertó á Catalina y á su hijo, y todos se alejaron inmediatamente de allí.

Pero la explosión temida, no llegó.

Los temores fueron poco á poco desvaneciéndose, pero en cambio quedó la curiosidad.

Y tan luego como amaneció, seguros ya de que no había peligro alguno, amo y criado se dirigieron hacia la tapia, y después de algunos esfuerzos consiguieron apoderarse del tubo de hoja de lata que tanto temor les causaba.

CAPITULO XIV

El canuto de hoja de lata

Andrés daba vueltas entre sus manos á aquel objeto que tanto llamara su atención.

—¿Qué querrá decir esto? ¿qué significa este depósito confiado á la tierra y precisamente junto á las tapias de mi casa? Comprendería este depósito, hecho lejos de aquí, conforme los otros depositaron el cuerpo de mi hermano en un lugar donde no podían creer que nadie lo encontrara; pero dejarlo junto á una posesión, donde cualquier incidente podría descubrirlo, eso si que ya no lo entiendo.

Y el médico miraba una y otra vez aquel tubo de hoja de lata no atreviéndose á destaparlo.

—¿Tengo yo derecho acaso,—decía,—para violar el secreto que esto representa? ¿Quién sabe el misterio que

aquí se encierra? Pero por otra parte, la persona que obra con tanta impremeditación se expone á que el que lo observe se aproveche de su secreto, y considerado lo que ha sucedido bajo este punto de vista, con mayor motivo habiéndose verificado casi dentro de mi propiedad, toda vez que el entierro ha tenido lugar al mismo pié de las tapias de mi casa, yo tengo el derecho de inspeccionar todo cuanto encuentre en mi dominio. ¿Si tendrá algo que ver este tubo de hoja de lata con la muerte de mi hermano? Pero si nadie sabe que vivo aquí, si no hay nadie que pueda sospechar mi existencia, ¿por qué habían de venir y hacerme un depósito semejante?

Y otra vez volvió Andrés á dar vueltas entre sus manos á aquel objeto.

—Tentado estoy por volver á depositarlo en su sitio, y que la tierra sea la guardadora de un secreto que no soy yo quien debe descubrir. ¿Pero si como antes decía, tuviera esto relación con el crimen que intento perseguir? No vacilo más; sea lo que quiera; si el secreto no me importa ya le sepultaré en el fondo de mi pecho y volveré á dejar esto en el mismo lugar en que estaba.

Y una vez formada por Andrés esta resolución procedió á destapar el canuto de hoja de lata.

—¡Hola!—exclamó,—¡papeles! ¿Qué se encerrará en estos documentos? ¿Obro bien ú obro mal apoderándome de ellos? ¡Ea! ya he avanzado demasiado para retroceder, veamos que es esto.

Y sacó los papeles y su sorpresa no conoció límites cuando empezó á leer el contenido de alguno de ellos.

Efectivamente, razón tenía para sorprenderse.

Entre ellos, el que había cogido era precisamente un relato hecho por Juan durante su permanencia en el

correccional de Alcalá, donde había conocido á Carlos.

Allí refería la vida que llevaba, el escalo proyectado en virtud del cual debía fugarse Carlos con ellos; cómo el joven había sido sacado del correccional por su amigo Federico Montesinos; la cita que le dió para cuando se fugara del presidio; su presentación á Montesinos y cómo había pasado á su servicio.

También refería los encargos que le hizo su amo referentes á la duquesa del Solar á fin de tener con ella á solas una entrevista y todo lo que ya conocen nuestros lectores.

Pero lo que verdaderamente sorprendió á Andrés fueron algunos párrafos de aquella especie de confesión que decían así:

«Hoy han tenido una cuestión muy acalorada el sobrino del señor duque y mi señor.

»Se trataba por lo visto de la herencia del señor duque del Solar.

»El marqués le decía á su amigo:

—»No seas tonto y no trates de ponerte mal conmigo porque ya sabes que toda tu fortuna depende de mí y si en un momento de mal humor se me antoja revelarle al duque, que ni tu madre era tal hermana suya ni podía serlo, porque en mi poder obra la carta en que el difunto duque le decía á tu abuela que rechazaba semejante paternidad, puesto que tu abuelo y ella misma lo habían confesado así, ya puedes figurarte donde irás á parar.

»Estas palabras exasperaron á don Carlos, que le dijo:

—»Sí, tú podrás decirle eso; pero como que la carta del difunto duque está bien clara y es bien explícita, nada conseguirías con ello.

—»Pues ya lo creo,—repuso el marqués,—no me costaría mucho demostrar que aquella letra está falsificada, que es una carta falsa á todas luces y que únicamente siendo un tonto de capirote, como ha sido, es y será Julián, ha podido creer en ella. Desengáñate, Carlos, que estás unido á mí con lazos indisolubles y esa herencia que te ha de corresponder á no tardar mucho, tienes que partirla conmigo.

»La conversación fué agriándose, pero como mi señor tenía razón en lo que decía, don Carlos no tuvo más remedio que ceder.»

—¡Qué infamia, Dios mío, qué infamia! —exclamó Andrés con un acento imposible de describir.—¡Pobre hermano mío y cómo te han estado explotando estos miserables!

Y siguió leyendo aquellos papeles, tropezando poco después con estas palabras:

«Tengo motivos para desconfiar mucho de mi señor.

»Me ha confiado demasiados secretos y estoy temiéndome que el día menos pensado ha de querer deshacerse de mí como se ha deshecho de todas las personas que le estorbaban.

»Quizás si no lo ha hecho ya, es porque ha comprendido que estoy en guardia siempre y que no es fácil que me deje vencer.

»Por esta razón necesito hacerme dueño de algo que pueda justificar algún día la verdad de mis palabras.

»He visto mucho, y sé mucho, respecto al noble marqués del Pino.

»El ha tenido la culpa de la muerte de su padre.

»El pobre anciano no había creído jamás que fuera

su hijo un bribón de tan mala especie y ha tenido que convencerse porque se presentó en su casa uno que había estado en la cárcel con él, que había seguido paso á paso su vida, desde el momento en que le reconoció en Madrid y precisamente vino aquí en ocasión en que el señorito estaba pasando una temporada al lado de su padre.

»La escena que sucedió entre los dos debió ser terrible, en términos que las voces que daban llamaron la atención del anciano que pasaba en aquellos momentos inmediato á las habitaciones de su hijo; incitóse su curiosidad por conocer qué era aquello y, según parece, escuchó tanto, que no le quedó duda de lo que era su hijo.

»Pero por si alguna duda le quedara, el día siguiente se encontró al tal individuo muerto de una puñalada á corta distancia de nuestra casa y el anciano en el cuarto de su hijo encontró los puños que éste llevaba y alguna prenda de ropa manchada de sangre.

»Esto me lo refirió el mismo don Federico, añadiéndome como una advertencia que me hacía:

—»De esta manera castigo yo á todas las personas que tengan la imprudencia de revelar mi pasado ó que pretendan saber tanto como yo.

»La advertencia no ha caído en saco roto.

»Yo le aseguro al señor marqués que no ha de hacer conmigo lo que ha hecho con otros, ó cuando menos, si yo muero, lo que es él no ha de pasarlo muy bien aun cuando tenga mucho dinero.»

Andrés separó sus ojos de aquellos papeles y no pudo menos de decir:

—¡Cuánto más hubiera valido que el encuentro de

estos papeles se hubiera verificado un mes antes! Sin embargo, quién sabe todavía lo que esto me puede servir.

Y volvió á leer, exhalando de pronto un grito.

Lo que había motivado aquella explosión era lo siguiente:

«¡Qué casualidad! Ha llegado el momento que menos podía esperar y en el que voy á encontrarme en el más horrible de los compromisos.

»Ayer, en medio de la horrible ventisca que hacía, se han presentado en esta casa pidiendo auxilio, nada menos que las dos hijas del duque del Solar, cuya madre acababa de morir de hambre y de miseria en medio de la carretera.

»Algunas palabras de las criaturas han llamado la atención de mi señor, que las ha acogido bondadosamente, que ha encargado á Vicente que las trate á cuerpo de rey y que se ha apoderado de los papeles que llevaban aquellas criaturas para justificar ante el duque, su padre, á cuya casa se dirigían, el parentesco que les unía.

. . . .

»¡Cuánta infamia, señor, cuánta infamia,—decía en otra parte del manuscrito,—¡pues no ha tenido valor este hombre de ordenarme que dé muerte á estas pobres criaturas!»

—¡Jesús qué horror!—exclamó Andrés.

Y durante otro rato suspendió la lectura, permaneciendo en actitud pensativa.

—Es necesario,—dijo,—que yo acabe de leer todo esto porque ¡quién sabe la importancia que representa este hallazgo! Yo que tanto estaba preocupándome por

la suerte de estas criaturas. ¡Pobre Emilia, qué desgraciada ha sido! ¡Ni aun el triste consuelo de morir en la casa donde tenía derecho para residir, le ha sido concedido! Con diez vidas que tuviera Montesinos no pagaría todos los crímenes que ha cometido.

Y de nuevo se puso á leer aquellos papeles.

«¡Qué bien hice,—proseguía aquella especie de confesión hecha por Juan,—apoderándome de aquellos tres papeles que llevaban las niñas antes de entregárselcs á mi señor!

»Al menos si viven podrán justificar sus derechos.

. . . .

»He tenido una incomodidad con el marqués.

»Cada vez me parece más horrible la vida que llevo, y es menester que vea la manera de romper este yugo que ya se me hace insoportable.

»Yo quiero salvar á estas niñas y no sé de qué modo hacerlo.

. . . .

»Ya he encontrado la solución que necesitaba: Vicente, el jardinero, que todo me lo debe y con cuya amistad puedo contar, va á encargarse de estas criaturas.

»Les ha cobrado afecto, y como que ya le he dicho el peligro que corren y lo que el marqués pretende, cuando menos él les salvará la vida.

»Yo, á mi vez, creo que tengo la mía muy en peligro.

»Sin embargo, no moriré sin venganza.

»El *Pito* será mi ejecutor testamentario.

»Es un corazón que no está pervertido todavía, que á mí me debe su salvación y que tengo la seguridad de que hará lo que le digo.

»El será el encargado de recoger estos papeles, en el caso de que yo sucumba.

»Aquí hay la carta del padre del señor duque del Solar dirigida á la madre de Carlos, en la cual explica las causas de su rompimiento y niega la paternidad que le querían achacar, de la hija de aquella mujer. También hay otra carta de don Carlos á mi señor diciéndole las infamias que había cometido en el Solar con la esposa del señor duque; está igualmente la partida de matrimonio del señor duque y las dos del nacimiento de sus hijas.

»También hay diversas notas aclaratorias de muchos de los puntos que abraza esta relación en virtud de la cual yo acuso al señor marqués del Pino tanto de la muerte de la señora duquesa, de la del hermano del señor duque y de la de éste, así como también la causa de la mía, puesto que únicamente por haberse verificado ésta, es por lo que tendrá valor esta declaración que hago.

»He resuelto ya ocultar estos papeles en el lugar que juzgue más á propósito para su seguridad; depositar en Avila en casa del notario D. Antolín Cañaveras otra nueva declaración con el lugar donde los oculte, para que el *Pito* se presente á reclamarla con una contraseña especial que ya determinaré, á fin de que ejecute esta mi voluntad. Si el *Pito* la cumple, estoy seguro que Vicente salvará á las niñas y quizás algún día las pueda encontrar. De todas maneras, ni el marqués ni Carlos disfrutarán una herencia que á ninguno de los dos les corresponde.

. . . .

»Lo que yo había pensado se ha realizado ya.

»Vicente ha desaparecido con las niñas.

»El marqués está furioso.

»Tengo motivos muy graves para temer por mi vida.

»Esta noche guardaré todo esto y después hablaré con el *Pito*.

»Si muero, que Dios tenga piedad de mi alma, y juro por mi fe de hombre desgraciado, más que criminal, que todo cuanto dejo aquí consignado es la pura verdad.

»En la posesión del señor marqués del Pino firmo el presente á 15 de Enero de 18...

»Juan Antonio Rodríguez.»

CAPITULO XV

Diligencias

Cuando concluyó Andrés de leer aquella declaración, se pasó la mano por la frente, inundada de frío sudor.

—¡Válgame Dios, y cuánta desdicha!— exclamó.— ¡Y pensar que este miserable está disfrutando de la consideración general, no siendo otra cosa que un bribón de tan ruín especie!

Después se puso á examinar los papeles á que hacía referencia Juan en su declaración, murmurando:

—Estas son las partidas que yo había enviado á Emilia. Verdaderamente que todos estos documentos forman un capítulo de cargos contra Federico. ¡Bien había yo sospechado siempre de Carlos! Imposible parece que mi hermano se dejase coger en un lazo tan grosero. Hé aquí que mi vida tiene ahora un objeto al cuál voy á consa-

grarme en absoluto. Es necesario encontrar á esas niñas.

Andrés guardó aquellos papeles cuidadosamente; se entregó después á profundas reflexiones, y más tarde, hablando con Marcelo, le dijo:

—Marcelo, necesito ahora de toda tu inteligencia.

—Diga usted,—contestó sencillamente el criado.

—Es menester que me averigues por medio de los criados de casa el marqués del Pino, qué se ha hecho su mayordomo llamado Juan Rodríguez.

—Sí, me parece que le he visto alguna vez en Arévalo, según ya le dije á usted.

—Haz lo que te digo, y no te ocupes de más. Que tú hayas visto en Arévalo á ese hombre, no es una razón para que con posterioridad á tu entrevista, le haya ocurrido algún percance.

—Tiene usted razón, señor.

—Por lo tanto, es necesario que me traigas alguna noticia precisa, respecto á ese hombre.

—La tendrá usted.

—Al mismo tiempo es menester también, que tomes informes de algún otro criado que debe haber en su casa que lleva el sobrenombre de *Pito*.

—¡Valiente tunante será él!

—Ya sabes que te tengo dicho que omitas dar tu opinión respecto á persona á quién no conozcas,—repuso Andrés severamente.—También tengo interés en saber qué se ha hecho Vicente, el jardinero del marqués.

—Pues dígame usted entonces, que necesita datos sobre todos los criados de la casa, y así terminaremos más pronto.

—Creí que con la edad te habías corregido del defecto

de hablar. Si hubiera querido saber algo de los demás criados, te lo hubiera dicho. Me circunscribo á esos, y nada más.

—¿Cuándo quiere usted que le averigue lo que desea?

—Mañana ó pasado, porque no es cuestión de momento; puedes emplear el tiempo que quieras, con tal que durante la noche estés aquí.

—Ya sabe usted que eso no puede hacerse en un momento, y cuando menos he de emplear tres ó cuatro días para esperar ocasión propicia de hacer las preguntas que necesito.

—Por eso te he dicho que durante el día hagas todas esas pesquisas á fin de que por la noche regreses para prestar un servicio de gran utilidad.

—Está bien, señor.

—Querido Marcelo, presumo que han llegado para nosotros días de prueba. Se han cometido muchos crímenes, y es necesario que los venguemos; se han cometido muchas injusticias y todas ellas deben repararse. A la tranquilidad de que hemos venido disfrutando, va á suceder la actividad y el movimiento; en su consecuencia, prepárate, porque la tarea ha de ser ruda.

—Y peligrosa, por lo visto.

—Desde luego.

—Lo siento por usted, que va á exponerse.

—Dios que me ha sacado adelante en situaciones tan difíciles como las que hemos atravesado, tengo también la seguridad de que nos sacará ahora, máxime cuando la misión que nos imponemos, es tan noble y tan digna.

Marcelo no dijo nada, y dos días después regresaba al anochecer á la casa de los Cipreses, diciendo á su señor:

—He terminado más pronto de lo que yo creía, el asunto que usted me había encomendado.

—¡Cómo! ¿sabes ya algo de Juan?

—De todos.

—¡Hombre! mejor que mejor.

—En primer lugar, Juan parece que se ha marchado con su señor á hacer una excursión por Segovia.

—¡Qué se ha marchado!—exclamó Andrés un tanto pensativo.

—Sí, señor; parece que el marqués tuvo un percance en Avila, de resultas del cuál tuvo que quedarse en una posada hasta que se halló en disposición de ser trasladado á su casa.

—¿Y ese percance?

— Fué una caída del caballo. Pero en cuanto se ha repuesto, ha marchado.

—¿Y sabes la posada donde estuvo en Avila el marqués?

—No, señor; pero eso no es difícil de saberlo.

—Pues, mañana me lo averiguas.

—Está bien.

—¿Y respecto á los demás criados?

—Vicente se ha marchado de la casa del señor marqués.

—¿Qué se ha marchado?

—Sí, señor; se ha llevado á su mujer y á sus hijos, y se ha ido á establecer en una posesión, creo, que en la provincia de Segovia.

—En la provincia de Segovia, ¿y allí se ha dirigido el marqués y Juan? Verdaderamente que esto llama mi atención.

Y Andrés se quedó pensativa algunos momentos.

Después alzó la cabeza, y dijo:

—Y respecto á ese muchacho, el *Pito*, ¿qué has sabido?

—Es una cosa insignificante en casa del marqués. A lo que he podido entender es un granujilla recogido en Madrid por el mayordomo de don Federico.

—Pues no es tan insignificante el dato como tú crees. ¡Quién sabe si ese granujilla tendrá que darnos mucho juego para lo sucesivo!

—Puede, porque yo no estoy en antecedentes.

—Ya los tendrás cuando llegue el caso. Por ahora, limítate á hacer lo que te he dicho. Mañana has de averiguarme en que posada de Avila ha estado el marqués.

—Si fuera la de la Robustiana, ya estaríamos bien.

—Mucha casualidad sería. Ahora, vamos á otra cosa.

—Diga usted.

—Esta noche presumo que estás cansado, y que no puedes ocuparte de nada. Todavía velaré yo hoy.

—¡Cómo velar!—exclamó Marcelo sorprendido.

—Sí, es necesario día y noche no perder de vista la tapia donde está el pabellón que habitamos.

—¡Cómo! ¿teme usted algo?

—No es que tema, sino que es preciso que esperemos á un individuo que indudablemente debe venir á recoger un depósito, del cual ya debe tener noticia.

Marcelo miró á su amo sin comprenderle.

—Pero si ese depósito,—dijo,—lo tiene usted.

—Hoy sí; pero él lo ignora y vendrá á buscarle al lugar donde cree tenerlo y en el momento que llegue, es menester que le veamos para entendernos.

—Confieso á usted señor, que no comprendo una palabra de todo esto.

—Lo creo, mi buen Marcelo, lo creo; pero no tengas cuidado que de sobras tendrás que entenderlo, dado el sesgo que van tomando estos negocios. Por de pronto, he de decirte que las hijas de mi pobre hermano y su mujer, han estado muy cerca de nosotros.

—¡Qué dice usted, señor! ¡La señora duquesa!

—Sí, la señora duquesa ha muerto en medio de un camino, de hambre y de miseria, como la mendiga más infeliz.

—¡Jesús! ¿es posible eso?

—Sí, Marcelo; sus hijas no han seguido la misma suerte que su madre, porque han encontrado quien las protege.

—Pero ¿dónde están?

—Eso es lo que necesitamos averiguar. A eso tienden todas las diligencias que estamos practicando, porque es menester atar muchos cabos para llegar al fin que nos proponemos.

—¿Y dice usted que van aquí á venir á buscar ese depósito?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Lo ignoro, pero si mis presentimientos son ciertos, mucho temo que ese viaje á la provincia de Segovia del marqués y de su mayordomo, apresure el momento de la venida de esa persona.

Marcelo, se quedó mirando á su amo porque todo cuanto estaba oyendo le parecía tan extraño, que no acertaba á darse explicación alguna.

—Todo lo sabrás, amigo mío, todo lo sabrás cuando sea necesario,—le dijo Andrés comprendiendo lo que significaba la expresión de su rostro.—Por ahora, con-

téntate con lo que te he dicho. Mañana muy temprano á Avila y por la noche tu velarás, porque francamente, llevo ya tres días de pasar la noche en vela.

—Pues me quedaré esta noche.

—No, cuando se tiene sueño y cansancio no pueden desempeñarse á gusto ciertas comisiones; duerme hoy para velar mañana.

Al día siguiente cuando Marcelo regresó de Avila, dijo alegramente á su señor:

—Decididamente la fortuna, parece que se ha empeñado en protegernos.

—¿Qué quieres decir?

—Que el marqués estuvo curándose en casa de Robustiana. La caída del caballo, tuvo lugar á la puerta de su casa.

—Muy bien, tienes razón, la Providencia nos protege y esto es de buen agüero. ¿No le has preguntado á Robustiana nada referente al marqués?

—Como no tenía instrucciones para ello me he limitado á cerciorarme de lo que usted me había dicho. La pobre mujer no ha hecho más que preguntarme por usted, y está tan deseosa de verle.

—Mañana satisfaré su deseo. Ahora vete á descansar hasta la hora en que te has de poner á observar.

—Pero esa observación ¿dónde la he de hacer?

—En la biblioteca; precisamente al pié de ella se halla el sitio donde han de venir á buscar ese depósito.

—¿Al pié de la tapia que da al campo?

—Justamente.

—Y si alguien llega ¿qué he de hacer?

—Avisarme al momento, porque como el individuo que llegue, ha de emplear algún tiempo en la operación

que necesita para descubrir el objeto que busca, también nos le dará á nosotros para que salgamos á sorprenderle.

—Siendo así...

Y Marcelo obedeciendo las indicaciones de su señor fué á descansar hasta las diez, hora en la cual le despertó Andrés.

CAPITULO XVI

Las noticias de Robustiana

TAMPOCO la noche que se quedó velando Marcelo, se presentó nadie por la casa de Andrés.

Este no pudo menos de decir:

—Sin duda no le ha pasado todavía á Juan lo que presumía, por cuanto no se ha presentado ese mozo á recoger su herencia. Por supuesto, que tampoco me fío yo mucho de lo que pueda hacer ese granuja, según le califican los criados del marqués. Cuando le tratan de ese modo, sus razones tendrán para ello. En fin, veremos hoy lo que me dice Robustiana.

Y el médico comenzó á vestirse para marchar á Arévalo, donde había de coger el tren para ir á Avila.

Marcelo le dijo:

—Y yo ¿qué he de hacer hoy?

—Permanecer en casa por si alguien viene, ó por si

ocurre algo que sea conveniente que resuelvas de momento.

—¿Si se presenta ese individuo á buscar su depósito...?

—No lo creo; porque de día no es muy fácil que se arriesgue.

—Pero como está tan solitario y precisamente esa parte de la finca es la que todo el mundo cree deshabitada, podría...

—No lo pierdas de vista, por si acaso, por más que, como te he dicho, no creo que venga.

—Está bien; aquí permaneceré hasta que usted regrese.

—Posible sería que no viniera esta noche. En tal caso, es inútil que te diga que debes estar observando.

—¡Ya lo creo que lo haré! Y si ese hombre se presenta, en tal caso, saldré y le traeré aquí, de grado ó por fuerza.

—Justamente.

En virtud de este acuerdo, Andrés marchó á Avila, y resueltamente se dirigió á la posada de Robustiana.

Recién instalado el doctor en su casa, estuvo Robustiana en Arévalo, donde tenía unos parientes, á fin de que el médico que allí había y que pasaba por ser una especialidad en las afecciones de las piernas, la curara una llaga que hacía muchos años que la estaba haciendo padecer.

Pero, ó el médico equivocó la afección, ó la enfermedad había hecho ya rápidos progresos; el caso fué que empeoró en muy breve espacio y el médico manifestó que no había más remedio que cortar la pierna.

Puede comprenderse bien el efecto que semejante anuncio había de producir en la posadera.

Aquella operación representaba su ruina.

Vacilando entre lo que había de hacer, oyó hablar de aquel misterioso personaje que habitaba en la casa de los Cipreses y que había hecho tan portentosas curas.

Ella misma hizo que la condujeran á su casa, y de tal modo suplicó, que Andrés consintió al fin en hacerse cargo de su enfermedad.

Y no tan solo no hubo que cortarle la pierna, sino que á los tres meses la pobre mujer andaba perfectamente y había desaparecido su llaga.

Inútil es decir el agradecimiento de Robustiana, tanto más cuanto que Andrés no quiso cobrarle nada por la curación.

—Da albergue cada día á un pobre,—le dijo el médico, y con esa limosna ya me consideraré suficientemente recompensado.

Y la posadera lo hizo así, y el médico se complacía en oir los elogios que hacían en todas partes de la caridad de Robustiana.

Esta sólo deseaba que se le presentase ocasión de servir á su salvador, como ella le llamaba, y cada vez que Andrés iba á Avila, hacía esfuerzos para que se quedara en su casa.

Pero el médico pretextaba siempre que se marchaba en seguida, y la verdad era que se iba á otra parte, porque no quería ser gravoso á su agradecida enferma.

Sin embargo, en el día que vamos hablando Andrés no obró del mismo modo que hasta entonces.

Apenas llegó á la ciudad, se dirigió á la posada.

Al verle la posadera, exclamó, con las muestras de la mayor alegría:

—¡Válgame Dios! Señor doctor, ¡qué placer tan grande me ha dado usted! ¡Hoy sí que no sale de aquí! ¡Vaya, pues no faltaba más! Hacía lo menos dos años que no tenía el gusto de verle. Entre usted, entre usted, que aquí hace un frío de mil diablos.

Y volviéndose á una de las criadas, prosiguió:

—Mira tú, Higinia; arregla al momento la sala del número 5, para el señor doctor. Y pon allí un buen brasero; ¿lo entiendes?

—Vaya, Robustiana,—repuso Andrés bondadosamente;—no hagamos locuras, porque me marcho á otra parte. Aquí tienes la razón de por qué no quiero venir á tu casa.

—¿Y todavía tiene usted valor para decirlo? Esta casa y todo cuanto en ella hay, aun cuando muy pobre y muy poco para lo que usted se merece, todo está á su disposición. Aquí es usted el amo.

—No, aquí soy el huésped nada más. Un viajero como otro cualquiera á quien se le da lo que hay en la casa.

—¡Estaría eso bueno! Cuando yo digo que usted no quiere acordarse de lo que hizo...

—No hablemos más, y veamos el cuarto que me has destinado.

—Sí, señor; pero antes ha de beber usted un traguito y tomar una guindita en aguardiente, que este año las tengo muy buenas. Con eso entrará en calor.

—¡Ea, pues vaya por la guinda y el traguete!—repuso Andrés con acento de buen humor.

Y se dejó guiar por Robustiana hasta la cocina, don-

de ésta le hizo sentarse junto al hogar, mientras le arreglaba la habitación.

La posadera estaba loca de alegría, como vulgarmente se dice, teniendo en su casa al hombre que le había salvado la vida, según decía.

—Vaya, vaya, señor don Andrés, mire usted que no querer venir por aquí... ¡vamos que no se lo perdono á usted!

—Pues lo siento, porque ya sabes que te quiero.

—Muy poco se conoce. Y vamos á ver, ¿cuánto tiempo va usted á estar en Avila?

—Algunas horas no más,—repuso Andrés sonriéndose, comprendiendo la explosión que iban á producir sus palabras.

—¿Qué? ¿qué ha dicho?—exclamó la posadera;—¿algunas horas no más? ¿y para eso ha venido usted una sola vez al cabo de tantos años?

—Si no te conviene, me marcharé á otra parte.

Y Andrés al decir estas palabras se levantó de su asiento, como si tratara de realizar lo que acababa de decir.

—Vamos, vamos, señor don Andrés, que eso no está bien hecho, ni debía usted decirlo siquiera.

—Pues no lo diré. Vengo á tu casa para demostrarte que no te olvido, ¿y todavía no estás contenta?

—Pues ya se ve que no lo estoy; mire usted que la acción es buena.

—No tengas cuidado, mujer, que quizás ahora me veas con alguna frecuencia.

—¿De veras? Pero vamos, eso me lo dice usted por engañarme, sin duda.

—No,—repuso gravemente Andrés,—es muy posible como te he dicho, que nos veamos más á menudo.

—Y eso que el señor Marcelo no me quiso decir nada ayer cuando estuvo aquí; ¡vaya, que eso está muy mal hecho! y cuidado que le estuve preguntando por usted y lamentándome de que en tanto tiempo no hubiese venido por aquí. Ya le diré yo cuando le vea cuantas son cinco.

—Es que Marcelo no sabía, ni que yo pensaba venir siquiera.

—Eso es otra cosa.

En este momento entró en la cocina la criada, diciendo:

—Ya está preparada la habitación.

—¿Has puesto buen fuego en ella?

—Sí, señora.

—Como que hace tanto frío, si no tomamos esa precaución, por más que todo está muy esterado...

—Ya está bien, Robustiana; ¡no sé qué necesidad hay de todo eso!

—¡Pues ya lo creo que la hay! Si se tratara de un viajero cualquiera, pase, pero con usted, primero preferiría tener yo cualquier cosa, que se encontrase usted mal en mi casa.

—Vamos, vamos á la habitación, y no diga más tonterías.

—Un momento, señor doctor.

—¿Qué?—preguntó el doctor deteniéndose en la puerta de la cocina.

—Vamos á ver, ¿qué es lo que quiere usted comer?

—Lo que quieras; ya sabes que no soy muy gastrónomo.

—Sin embargo, hay cosas que pueden apetecerle mejor que otras; y como precisamente puedo hacer un

cochifrito muy apetitoso, porque tengo ahí unos cabritos que me trajeron esta mañana; si usted quiere...

—Lo que quieras.

—Bueno, pues entonces le haré un buen plato de sopas de ajo.

—Ya he dicho que cualquier cosa.

—Bueno, pues entonces ya me despacharé yo á mi gusto.

—Lo que deseo es que subas luego por la habitación.

—En seguidita voy; en cuanto lo deje todo dispuesto, allí me tiene usted.

Efectivamente, poco después la posadera entraba en la habitación de Andrés, diciéndole:

—Vaya, que ahora ya lo tengo todo arreglado, y puedo estarme aquí tan y mientras que usted me necesite.

—Hemos de hablar de algo muy importante, y para ello es preciso que no nos interrumpan.

—¡Toma! y ¿quién quiere usted que nos interrumpiera? ¡no faltaba más sino que aquí subiese nadie sin que yo se lo mandase! ¿Qué es lo que usted necesita, señor don Andrés? Dígamelo con franqueza, que la hija de mi madre nunca fué desagradecida.

—No se trata de lo que tu crees; se trata de algo más interesante para mí.

El acento con que Andrés pronunció las anteriores palabras, vibró de tal manera, que Robustiana no pudo menos de mirarle sorprendida.

—¿Qué quiere usted decir, señor doctor? ¿sabe usted que ese acento, vamos como si dijéramos, me ha llegado aquí al corazón? Usted tiene algún pesar; eso está

viéndose tan claro como la luz del día, y si yo puedo servir para aliviarlo, eche usted ya por esa boca, no se detenga.

Andrés no pudo menos de contemplar enternecido á aquella pobre mujer, que efectivamente estaba revelando en su rostro lo dispuesta que se hallaba á complacerle.

—Mucho me agrada, querida Robustiana, escucharla así, porque no solo necesito de tí para que me comunique ciertas noticias, si no que al mismo tiempo me es indispensable tu sigilo.

—Pues disponga usted del uno y de lo otro. Vaya, hable usted ya.

Entonces Andrés después de asegurarse de que la puerta estaba cerrada, y de que nadie podía escucharles, se puso á hablar con Robustiana del asunto que allí le había conducido.

CAPITULO XVII

Continuación del mismo asunto

Con gran asombro contemplaba la posadera á su interlocutor, asombro que subió de punto cuando le oyó decir:

—Conque vamos á ver, querida Robustiana; ¿quieres decirme que es lo que ha pasado en esta casa durante el tiempo que el marqués del Pino, estuvo enfermo en ella?

Si recordamos la sorpresa que en Robustiana habían causado las palabras de Vicente y después algunas indicaciones de Juan como tuvimos ocasión de ver en el tomo primero de nuestra obra, se comprenderá perfectamente todo el efecto que había de producirle la pregunta de Andrés.

Durante algunos segundos estuvo la pobre mujer sin saber qué contestar.

Andrés la contemplaba con alguna impaciencia, y no pudiéndose contener más, la dijo:

—Pero vamos á ver, Robustiana; ¿acaso he preguntado alguna inconveniencia?

—No, señor; pero es el caso que si viera usted el efecto que esta pregunta me produce...

—¿Por qué?

—No sabe usted el genio que tiene el marqués, y como que una necesita estar bien con todo el mundo... Ya me comprende usted lo que quiero decir.

—Lo que yo quiero,—repuso Andrés severamente,—es conocer toda la verdad, pero toda, Robustiana; y ten presente que de tú contestación, es muy posible que dependa la suerte de algunas personas.

La posadera no pudo menos de impresionarse al escuchar las palabras de su interlocutor.

—¡Pero señor doctor!—exclamó,—¡mire usted que es terrible lo que acaba de decir!

—Lo sé, y precisamente por eso lo he dicho. Tú eres una buena mujer dispuesta siempre á prestar ayuda y socorro al que lo necesita, y si en estos momentos callases, no te quepa duda, Robustiana, que cometerías un gran pecado.

—¡Pero es posible que me diga usted eso!

—Por otra parte recuerda que tienes contraída una obligación...

—¡Oh! no me la recuerde usted, ya sabe usted señor don Andrés que todo cuanto de mí dependa, mi vida, si me la pidiera, se la daría sin vacilar.

—Pues ya ves, si te pido menos que la vida.

—Diga usted, don Andrés,—dijo la posadera bajando la voz y aproximándose al anciano,—pero ¿es verdad lo que decía Vicente y lo que dice Juan?

—¡Vicente!—exclamó sorprendido el médico.

—Sí, señor; Vicente, el jardinero del señor marqués.

—Luego, ¿tú le conoces?

—¡Toma, pues ya lo creo! como que somos parientes.

—¿Y sabes dónde está?

Y la agitación de Andrés fué tan visible, que la posadera no pudo menos de decir:

—¡Qué tiene usted, señor!

—Contéstame, Robustiana, contéstame por favor; ¿sabes dónde está Vicente?

—El me dijo que se marchaba hacia Segovia. Pero ¡Dios mío!—prosiguió la pobre mujer cada vez más atribulada,—el caso es que no sé lo qué ha hecho Vicente, para que todos ustedes anden tan preocupados con él. El señor marqués el otro día, después Juan, ahora usted.

—Pero vamos á ver, Robustiana, hablemos con calma y no te asustes porque no ha de seguírsele ningún perjuicio; ¿cuándo estuvo aquí Vicente? No me ocultes nada porque ya me conoces y sabes que soy incapaz de hacerle daño á ninguna persona honrada.

—Y yo tampoco, señor don Andrés, ya sabe usted que yo hago todo el bien que puedo, y sin embargo, hace poco tiempo que estoy pasando cada susto...

—Pues tranquilízate, que de todo cuanto me digas, no ha de resultarle mal ninguno. Y es más, si alguien por más elevado que sea, te llega á amenazar algún día, no tengas cuidado que aquí estoy yo para defenderte en todo y por todo.

—¡Oh! eso si que lo creo, porque usted es muy bueno, y yo no tengo más que motivos para elogiarle. ¿Y quién cree usted que me pueda amenazar?

—Esto no es más que una suposición. Pero hasta ahora no me has contestado á la pregunta que te hice. ¿Cuándo estuvo aquí Vicente?

—Pues mire usted, primero estuvo él solo con las dos niñas que había encontrado. ¡Pobrecitas de mi alma! sin padre ni madre y abandonadas por esos caminos. El pobre las recogió y mucho me temo que eso le produzca algún mal.

—No tengas cuidado; nunca el hacer un bien puede producir daño ninguno,—repuso Andrés, enjugándose una lágrima que había brillado en sus ojos.—¿Y esas niñas...?

—Pues aquí estuvieron mientras él fué á despedirse del señor marqués.

—¿Y después?

—Después vinieron todos aquí, recogieron á las criaturas y se marcharon.

—¿Dónde?

—Ellos dijeron que á la provincia de Segovia; pero la verdad es que no he sabido nada más, y por lo tanto, no es fácil que estén donde me dijeron.

—¡Válgame Dios qué desgracia!—exclamó Andrés, como hablando consigo mismo.

—¿Una desgracia?—exclamó Robustiana, sorprendida por la exclamación del anciano.

—Sí, Robustiana; es una gran desgracia que no sepamos dónde ha ido Vicente, porque esas niñas tienen un gran porvenir, y mira tú por dónde, si supiéramos su paradero, Vicente tendría la recompensa que merece su noble acción.

—Luego usted sabe que esas niñas...

—Yo sé mucho; pero, por desgracia, si no las encuentro, nada puedo hacer.

—Y diga usted, ¿por qué tiene el señor marqués tanto interés en averiguar qué ha sido de Vicente?

—¡Por Dios, Robustiana! aun cuando algún día llegaras á saber dónde está, guárdate muy mucho de decírselo, porque quizás, sin comprenderlo tú misma, te harías cómplice de algún horrible crimen.

—¡Jesús!—exclamó la posadera temblando por el acento que había empleado el anciano al pronunciar las anteriores palabras.

—Ahora, cuéntame todo lo que sucedió con el marqués del Pino. Según me ha dicho Marcelo, estuvo curándose en esta posada.

—Sí, señor.

Y Robustiana refirió entonces á Andrés la caída de Federico casi á la puerta de su casa, la conversación que con él había tenido y en la cual con la mayor inocencia le dijo que Vicente había estado allí con las niñas, el efecto que en el marqués produjo aquella noticia, la escena que después medió entre el marqués y Juan y lo que éste le dijo, y finalmente, que hacía dos ó tres días que el marqués se había marchado con su mayordomo hacia Segovia.

Con profunda atención había estado escuchando el anciano todo el relato de la posadera.

Y cuando hubo concluido, dijo:

—Gracias, Robustiana; gracias por estas noticias, y quiera el cielo que el marqués no encuentre á esas criaturas.

—Pero ¿qué interés tiene él contra ellas? porque, por lo visto, si las llegase á coger...

—Las daría muerte.

—¡Por Dios, don Andrés, no diga usted eso; porque

se necesita tener un corazón de piedra para dar muerte á unos angelitos como aquellos!

—Ya has oído á Juan como se expresaba, y supongo que Vicente también te diría alguna cosa.

—No, señor, Vicente nada me dijo; Juan sí, ese ya fué algo más claro, pero sus temores eran respecto á él.

—Y temores bien fundados, por cierto.

—¡Pero cómo! ¿cree usted que á Juan le sobrevenga algún contratiempo?

—Del marqués hay que esperarlo todo, Robustiana; yo le conozco mucho, muchísimo, y sé todo lo que puede dar de sí.

—¡Qué! ¿le conoce usted y no le trata?

Y la posadera miraba cada vez más sorprendida al anciano.

—Y lo que primero te encargo y te ruego mucho que no lo olvides jamás, es que no hables nunca, pero nunca, al marqués de nada que se refiera á mí, y mucho menos de la entrevista que acabamos de tener.

—¡Pero Dios mío! entre unas cosas y otras, todos ustedes van á conseguir que cuando vea al marqués tiemble como una azogada.

—Lo que yo necesito es, y ahora voy á hablarte en un lenguaje distinto del que hasta ahora he usado, que me avises inmediatamente que sepas alguna cosa referente al marqués, á su criado Juan ó á Vicente. De éste sobre todo.

—Descuide usted, que por la cuenta que á mí me trae también, á nadie diré una palabra de lo que aquí hemos hablado. Pero usted que tan bueno es, no me desampare, señor.

—No tengas cuidado por eso; ya te he dicho que no

te asustes por nada. En cuanto sepas alguna cosa, no tienes más que enviar á buscar á Marcelo ¿comprendes? porque recibiendo Marcelo un recado para que se llegue á esta posada, seré yo el que vendré.

—No pase usted pena que todo lo sabrá usted al momento. ¡Pobres niñas! ¡Cuánto daría yo porque pudiéramos saber donde paran!

—Pues une tus esfuerzos á los míos, y ya veremos si conseguimos descubrir donde están.

CAPITULO XVIII

En el Solar

ANDRÉS regresó á la casa de los Cipreses, según había dicho á Marcelo, con el tren de la noche.

Las noticias que había adquirido, no carecían de interés.

Por de pronto, conocía la existencia de las hijas de su hermano, y su primera idea fué, que Vicente se habría ido á Madrid con ellas.

—No es posible,—decía,—que él se haya detenido en ninguna de estas provincias inmediatas, conociendo como conocía, los propósitos del marqués. Cuando él se decidió por abandonar la casa de su amo y marcharse de la comarca, prueba los temores que tenía, y en su consecuencia, es lo lógico que haya procurado alejarse todo lo posible de aquí. Por lo tanto, en Madrid es donde los debo buscar. Y los buscaré, ya lo creo,

en cuanto José Ramón pueda marchar para recoger ese testamento de mi hermano yo me iré con él.

Marcelo, al verle entrar en su casa, comprendió en su semblante que no iba de buen humor, y se abstuvo de hacerle pregunta alguna.

—Sí, sí,—le decía su mujer,—vete ahora á hacerle preguntas. Cuando él nada dice, malo, muy malo. En fin, mañana veremos como está.

A la mañana siguiente, Marcelo entró en la habitación de su señor y encontró á éste sentado ante la mesa, leyendo una vez más todos aquellos documentos que había encontrado en el canuto de hoja de lata.

—¿No has observado nada mientras yo he estado fuera?

—Nada, señor. ¿Y usted ha conseguido algo? ¿Tiene usted alguna buena noticia?

—Como buenas, no tengo ninguna; pero he podido formar concepto respecto á una cosa.

—Y si no es indiscreción, ¿puedo yo saber?...

—Sí, buen Marcelo, sí; tú puedes saberlo todo, porque tú eres mi fiel compañero hace muchos años, y sé que tu pecho es arca cerrada, cuya llave es únicamente mi voluntad.

—Ya lo sabe el señor, que únicamente de una cosa tengo que arrepentirme en mi vida. De haberme dejado engañar por el bribón del marqués del Pino, cuando vinieron á quitarme al hijo del señor conde de Monte Sagrado.

—Aquello fué cosa de muy poca importancia. Ahora se trata de algo mucho más grande.

—No, ya he visto lo que ha pasado con el señor duque, y...

—Pues eso es poco todavía. Las hijas de la infeliz Emilia, viven.

—¡Qué dice usted, señor!

—Viven, y el marqués está persiguiéndolas, del mismo modo que persiguió á su pobre madre.

—¡Oh! pues es necesario correr en su auxilio, ya lo creo;—contestó Marcelo con arranque.

—Ya hubiéramos acudido si supiéramos donde paran.

—¡Toma! pues eso siguiendo al marqués...

—Es que el marqués tampoco lo sabe.

—Pues entonces nosotros lo descubriremos. ¿No hemos sabido descubrir en las praderas las huellas de los pieles rojas? Pues también descubriremos esto, que al fin y al cabo no es tan difícil como aquello.

—Estás en un error, querido Marcelo, esto es mucho más difícil.

—Pues entonces, ¿qué vamos á hacer?

—Ya marcharemos á Madrid dentro de poco, y entonces veremos lo que nos conviene hacer.

—¡Cómo! ¡dice usted que vamos á marchar á Madrid!

—Sí.

—¿Y vamos á abandonar nuestra morada tan tranquila?

—Sí, Marcelo, sí, vamos á abandonarla; es necesario encontrar á esas niñas, aun cuando tengamos que volver á nuestras antiguas expediciones. ¿Acaso no te encuentras con valor para emprender aquella vida?

—Sí, señor; con usted, ya lo sabe. He de morir á su lado, con que lo mismo me da en uno que en otro sitio.

—Ahora escucha bien lo que tienes que hacer mañana.

—Diga usted.

—Es preciso que averigues si está en el Solar, ese Carlos, que se titulaba sobrino de mi hermano.

—¿Qué se titulaba?

—Sí.

—¿Pues acaso no lo era?

—No, un malvado semejante era imposible que llevara sangre de mi hermano en sus venas.

—Pero señor, entonces...

—Ese es otro de los muchos misterios que han tenido lugar en nuestra familia, y que tanto daño nos han causado.

—¿Sabe usted que me sorprende con lo que está diciendo?

—Pues más han de sorprenderte todavía otras cosas. Ya sabes lo que tienes que hacer, y sobre todo Marcelo, te encargo muchísima prudencia, y que no dejes que de tu labio se escape una sola palabra de todo cuanto hemos hablado.

—Ya sabe el señor que puede contar con mi discreción.

Cuando al día siguiente regresó Marcelo á la casa de los Cipreses, dijo á su amo:

—Don Carlos, parece que ha marchado á Madrid acompañado de ese Gontrán, de quien le hablé á usted.

—¡Ya! el asesino de mi hermano.

—¡Señor! ¡pero es posible!

Y Marcelo fijó una mirada llena de asombro en su señor.

—Sí, ese hombre ha sido el asesino del pobre Julián.

Ya le encontraremos cuando convenga, no tengas cuidado, Marcelo, que he de ser tan inexorable como ellos lo han sido también. ¿Y cuándo han marchado?

—Parece que ayer; pero volverán en seguida, porque no sé qué cosas tienen que hacer todavía en el juzgado.

—¿No has podido saber cuántos días estarán fuera?

—No, señor.

—Está bien.

Aquella tarde, Andrés se presentó en el Solar.

Al llegar á la verja de la soberbia posesión, aquel hombre que tantas pruebas de valor había dado en su vida, se sintió profundamente conmovido, en términos, que tuvo que agarrarse á los hierros de la verja para no caer.

Una vez que se hubo repuesto, llamó á la puerta de la posesión.

Un criado salió á preguntarle que quería.

—Desearía hablar con el señor José Ramón, si es que está en la casa.

—¡Vaya si está!—contestó el criado.—Entre usted y le llevaré á su habitación.

Y abrió la verja y Andrés se encontró en el interior de aquella posesión que tan conocida le era.

—Espere usted aquí,—le dijo el criado,—que voy á avisar al señor José.

Poco después, el anciano mayordomo, se adelantó hacia á Andrés, preguntándole á la par que le miraba con ansiedad.

—¿Es usted quién me buscaba?

—Sí,—contestó secamente Andrés.

—Pues diga usted.

—No es este sitio para que hablemos, José; lo que tengo que decirle, no es para tratado en este lugar.

El mayordomo sorprendido por el sonido de aquella voz, fijó una mirada escrutadora en él que hablaba, y murmuró:

—¿Quién es usted? porque yo esa voz la he oído, y como mi vista está tan débil ya...

—Vamos á otra parte, vuelvo á repetir, y allí sabrá usted quién soy.

El mayordomo, cada vez más agitado, repuso:

—Venga usted, venga usted, si tanto le interesa.

Y fué guiándole hasta el interior del edificio, haciéndole entrar en un pequeño salón.

Una vez allí, le dijo:

—Ahora ya estamos en otro sitio, ¿quiere usted decirme quién es?

—Venga usted aquí,—dijo Andrés cogiendo de la mano al mayordomo, y llevándole cerca del balcón,—¡es posible que no me conozcas todavía! ¡José, mi buen José, tanto me han desfigurado los años y los dolores, que no conservas idea alguna de mí!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó el pobre viejo, abriendo desmesuradamente los ojos y mirando fijamente al médico; ¡será posible, sí, es mi!...

—¡Calla! se apresuró á decirle el médico estrechándole entre sus brazos, no hay necesidad de que pronuncies mi nombre, no hay necesidad de que nadie sepa que yo vivo.

—¿Pero por qué no ha venido usted antes, señorito? el señor duque estaba tan arrepentido...

—¡Calla, José! no hablemos de eso, que tenemos algo más importante de que tratar.

—Supongo que ya sabrá usted la desgracia que hemos tenido.

—Sí, todo lo sé. Sé que mi hermano ha muerto asesinado.

—¡Señorito!

—Lo que te digo, el duque ha muerto envenenado.

—Pero repare usted, que esas palabras...

—Tengo la prueba, y tú mismo has de convencerte de ello en el momento que quieras. Aquí se ha cometido un crimen, José, crimen horrible, que por el nombre que llevo, yo te juro que no ha de quedar impune.

—Pero yo no sé...

—Tú no sabes muchas cosas, mi buen José, y por esa razón, es por lo que he venido á verte. Mañana inventa un pretexto, y vente á Arévalo. Marcelo estará esperándote á la salida del pueblo junto á la fuente, él te llevará á la casa que habito, allí sabrás muchas cosas que ignoras y convendremos lo que se ha de hacer. A las once estará Marcelo esperándote.

CAPITULO XIX

José no acierta á volver de su asombro

EL anciano mayordomo estaba escuchando á Andrés como si no le comprendiera.

Verdaderamente que todo aquello era tan nuevo para él y tan terrible al mismo tiempo, que el pobre hombre ni aun se daba cuenta de lo mismo que estaba escuchando.

Solamente la presencia de Andrés cuando ya se le había considerado como muerto, ó cuando menos como totalmente alejado de aquel país, constituía de por sí un acontecimiento, de sobra importante.

Y si á esto añadimos los descubrimientos que el médico acababa de hacerle, aquella sorpresa y aquellas indicaciones, tomaban unas proporciones tales, que como hemos dicho, el pobre viejo no sabía qué pensar.

Andrés volvió á decirle:

—Amigo mío, tranquilízate, procura serenarte, porque la verdad es que han llegado para nosotros los días de prueba. Todo lo que ha sucedido hasta ahora y que tú conoces tan bien como yo, significa muy poco en comparación de lo que tiene que sobrevenir. Hoy no solo tenemos que vengar los crimenes cometidos, sino que hemos de reparar también colosales injusticias.

—Pero ¿es posible, señor, es posible que sea verdad lo que ha dicho usted?

—Sí, y como no puedo ni debo detenerme aquí más tiempo y es en mi casa precisamente donde tengo las pruebas que te pueden convencer, te he dicho que mañana vayas á Arévalo, donde encontrarás á tu antiguo amigo Marcelo, á quien no has conocido, á pesar de haberte hablado varias veces.

—He sufrido tanto, señor, han sido tan repetidos los golpes que éste pobre viejo ha llevado durante tan pocos años, que ni aun sé siquiera como vivo.

—Todos hemos sufrido, José,—repuso Andrés.

—Ya lo creo, pero con lo que yo no puedo transigir, es con que esta hermosa posesión donde yo he nacido, donde se conservan todos los recuerdos de mis señores, salga del poder de la casa para ir á constituir patrimonio de ese infame marqués del Pino.

—Luego es verdad esa noticia que también había llegado á mis oídos.

—No lo sé; algo me han indicado, algo he oído; pero crea usted, mi querido señor, que no lo dudaría después de todo lo que he visto y estoy viendo.

—Pues no tengas cuidado, José, yo te prometo que el Solar no irá á poder de Federico Montesinos; es más, que permanecerá perteneciendo á los legítimos herederos de mi hermano.

—¡Cómo! ¿qué ha dicho usted?

—Tú, querido José, cometiste una ligereza muy grande, no registrando los bolsillos del chaquetón con que enterrasteis al duque.

—¿Qué dice usted?—preguntó el anciano mayordomo mirando á Andrés.

—Mañana cuando vayas á casa podré ser más explícito; por ahora basta que sepas, como te he dicho, que el Solar no lo disfrutará un asesino de tan ruín condición como el marqués, y es más, tendrás derecho para arrojar de aquí á todos los que entren en esta casa, incluso á este orgulloso y perverso sobrino de mi hermano.

—¡Dios mío, si eso fuera verdad!

—Mañana lo sabrás; pero antes de marcharme tengo que hacerte una advertencia.

—¡Una advertencia! Diga usted más bien que tiene que darme una orden.

—Tómalo como quieras, que para el caso es igual, puesto que has de obedecer. Nadie, absolutamente nadie, debe saber que yo existo, ¿lo comprendes?

—Pero entonces como vamos á hacer que esa gente reconozca...

—Tú no te cuides de nada de eso, ya te explicaré cómo y de qué manera esa gente no tendrá más remedio que obedecer tu voluntad. Ni una sola palabra que te se escape referente á mí, no hagas amenazas en mi nombre, ni digas donde vivo. La mayor parte de nuestra fuerza ha de existir en que ignoren los culpables mi existencia.

—Está bien, señor.

Poco después, Andrés abandonaba el Solar, dirigién-

dose profundamente pensativo por el camino que conducía á Arévalo.

Al día siguiente, Marcelo estaba á la hora convenida esperando en las afueras de la población al anciano mayordomo.

Y cuando éste llegó, se apresuró á decirle:

—Conque tanto hemos cambiado mi amo y yo que ya no nos conocías, José.

—Es verdad, querido Marcelo,—exclamó el mayordomo abrazando á su antiguo camarada,—han sido tan difíciles los tiempos que se han desplomado sobre la familia del Solar, que todos nosotros hemos tenido que sufrir las consecuencias y gracias que hemos podido resistir.

—Y eso que tú no te has movido de aquí, que si hubieses tenido que arrostrar los peligros y penalidades de todo género que nosotros hemos tenido que sufrir en esos viajes y por esos países completamente salvajes, y todo esto llevando la desesperación en el alma, ya sabrías entonces lo que era bueno.

—¿Acaso crees que aquí no hemos tenido que sufrir penalidades y desesperaciones tan violentas como las vuestras? Desengáñate, Marcelo, que es lo que te he dicho antes, en la mala suerte que se ha desplomado sobre esta casa todos hemos tenido que vernos envueltos por el huracán de la desgracia. Sin embargo, todavía debo dar gracias á Dios porque en medio de todo me ha permitido el placer de abrazar á tu señor.

—Todavía, viejo amigo, me parece que hemos de disfrutar de algún otro placer.

—¿Cuál?

—Ver castigar á los bribones autores de tantas desgracias.

—Pero dí, Marcelo, ¿será verdad lo que ayer decía el hermano de mi señor? ¿será verdad que se hayan cometido crímenes?

—Sí, horribles.

—Pero ¿por quién?

—¡Por quién ha de ser! por los mismos que armaron el brazo de tu señor contra el mío.

—Vamos, vamos pronto á la casa de don Andrés porque estoy impaciente por conocer los detalles de todo lo que ayer me indicó.

—Grandes sorpresas te esperan, amigo José.

—Y dime, ¿habéis sido vosotros más felices que nosotros lo fuimos sabiendo algo de mi pobre señora.

—Tienes que rezar también por ella. Desde que yo lo he sabido,—prosiguió Marcelo con la voz profundamente alterada,—puedes creer que todavía no he podido calmar mi dolor.

—¿Qué dices?

—Sí, la infeliz ha muerto hace pocos días de hambre, de miseria, de frío, casi á las puertas de la posesión del Solar.

—¡Dios mío, que horror!

Y el pobre viejo se cubrió el rostro con las manos, permaneciendo durante un buen espacio como abrumado por el peso de tamaña desdicha.

Entretanto, como habían ido andando, llegaron á la casa de los Cipreses.

Allí estaba esperándoles Andrés, lleno de impaciencia.

Como que la situación iba haciéndose cada vez más tirante, Andrés deseaba dejarla completamente clara en el menor espacio posible.

Tenía necesidad de ponerse en marcha para ocuparse de aquellas infelices huérfanas.

Pero esto no podía hacerlo mientras no conociera el testamento de su hermano.

Y aquel testamento no le podía obtener sino por medio de José.

Cuando vió llegar á los dos ancianos, exclamó:

—¡Gracias á Dios!

Momentos después, José entraba en el laboratorio de Andrés.

—¿Pero es verdad, señor,—dijo el mayordomo,—lo que Marcelo me acaba de contar que la señora duquesa...?

Y el anciano no pudo continuar sofocado por la misma emoción que le embargaba.

—Sí, la pobre Emilia fué tan desgraciada durante su vida como lo ha sido también en su muerte. Cuando venía á pedir un asilo, no para ella tal vez, si no para sus hijas, la muerte la sorprendió en medio del camino.

—¿Pero y las niñas?

—Esas son las que tenemos que buscar.

—¿Dónde?

—Dios nos indicará el camino. De eso hablaremos después, ahora vamos á lo más importante.

—¿Pues acaso hay algo más importante que el descubrimiento de esas inocentes, perseguidas por la implacable mano de la desgracia?

—Sí, hay algo más importante que eso.

—No comprendo.

—Te dije que mi hermano había muerto envenenado y te lo voy á demostrar.

—Pero tenga usted presente, señor, que al decir eso,

á quién acusa usted es á mí, porque el único que cuidaba á mi señor, era yo.

—De tí ya sé que no puedo dudar.

—Pues entonces.

—En tu casa estaba Gontrán, á quien mi hermano distinguía también.

—¿Y quiere usted suponer que Gontrán?...

—Sí, Gontrán era hechura de Carlos y del marqués, y Gontrán aprovechándose de la confianza de mi hermano y de los momentos en que tú descansaras, fué realizando poco á poco su criminal tarea.

—Pero ¡Dios mío! ¿cómo ha sabido usted eso? ¿quién se lo ha dicho?

—Un muerto, José, un muerto ha sido quien me lo ha revelado todo.

El anciano mayordomo fijó una mirada escrutadora en el semblante de su interlocutor.

Tal vez cruzó por su imaginación la idea de si éste se había vuelto loco, porque realmente le parecía asombroso lo que estaba oyendo.

Andrés comprendió el pensamiento del anciano, y le dijo, sonriéndose:

—No estoy loco, José, todo esto que acabo de decirte me lo ha revelado mi mismo hermano, mi pobre Julián, á quien sus asesinos, para evitar que se conociera el crimen, abandonaron en medio del campo.

—Vamos, señor,—repuso el mayordomo con tristeza, —siento tener que decirle que ha sido engañado lastimosamente; por desgracia, mi señor reposa en el panteón del cementerio de Arévalo.

—Así lo crees, ¿no es verdad?

—Si yo mismo le acompañé.

—Pues acompañastes un féretro fingido. Dentro de él iba no sé qué otro objeto, pero el cadáver de mi hermano, fué encontrado por mí á una legua de esta casa, y la prueba de ello aquí la tienes.

Y al decir Andrés estas palabras, cogió al mayordomo de la mano y le condujo á una habitación inmediata cubierta de negros paños y en medio de la cual y sobre una especie de túmulo, estaba el ataud encontrado por Andrés del modo que vimos, en el primer capítulo de nuestra obra.

A la vista del féretro, el mayordomo exclamó con un estremecimiento de terror:

—¡Dios mío, si esa es la misma caja en que estaba mi señor!

CAPITULO XX

Continúa la sorpresa de José

DURANTE algunos segundos, reinó un silencio extraordinario en la reducida habitación.

Después se aproximó Andrés al ataud, le abrió, levantó la tapa, y dijo:

—Mira.

El cadáver del duque, admirablemente embalsamado como ya dijimos, se ofreció á la asombrada vista del mayordomo, que no pudo menos de exclamar:

—¡Dios mío, si parece que está durmiendo! ¡Pobre amo mío!

Y la interrogadora mirada del mayordomo, se fijó después en el semblante del médico.

Este comprendió la interrogación y se apresuró á decir:

—Necesitas una explicación de esto y te la voy á dar para que veas que ni yo he profanado la sepultura de

mi hermano, ni es sobre mí, sobre quien debe recaer la acusación de sacrílego.

Entonces Andrés refirió en breves palabras todo lo que ya conocen nuestros lectores, hasta llegar el momento en que de la autopsia que había verificado resultó patente la muerte por envenenamiento del duque.

Mezcla de ira, de sentimiento y de terror, experimentaba el anciano mayordomo, conforme iba avanzando en su relato el médico.

Y cuando hubo terminado, sus ojos, en los que resplandecía el fuego de la juventud, se fijaron sobre el cadáver del duque, y extendiendo la mano hacia él, exclamó:

—¡Amo mío, yo juro ante tu cadáver que consagraré los pocos días que me restan de vida á buscar á tus asesinos y á castigarles!

—Antes que tú,—repuso Andrés,—hice yo este mismo juramento y puedes creer que algo llevo adelantado ya. Ahora tratemos del asunto principal y para el cual he querido que hablemos aquí.

José fijó sus ojos en el médico.

—Te dije ayer,—prosiguió éste,—que habías cometido una ligereza injustificable, no habiendo registrado antes las ropas que llevaba tu señor.

—Le había oído decir siempre, y de aquella manera que usted sabe que el decía las cosas, que quería ir á la tumba sin lujo, sin ostentación, con el mismo traje que llevaba en casa, con las mismas ropas que vestía y como yo tenía la seguridad de que en ellas no encerraba nada de interés, no se me ocurrió registrarle.

—Pues si lo hubieses hecho te habrías evitado en estos momentos una escena violenta para tí, puesto que

tienes que justificarla de algún modo, que ya lo buscaremos.

El mayordomo se quedó mirando á Andrés sin comprenderle.

Este prosiguió:

—En el bolsillo interior del chaquetón de mi hermano había esta carta para tí.

Y Andrés sacó del cajón de una mesa, la carta que ya conocen nuestros lectores.

Cuando el mayordomo la hubo leído, exclamó:

—¿Y qué vamos á hacer ahora? porque si ese testamento existe, esa gente es muy capaz de impugnarlo ó de suponer...

—No supondrán nada porque en último caso me vería yo obligado á intervenir de un modo directo y entonces ya sería algo peor la situación para esos miserables.

—¡Oh! pues hágalo usted, señor, hágalo usted y vamos á castigar inmediatamente á los que son tan dignos de castigo.

—No, emplearemos todos los medios antes y creo que podremos conseguir lo que apetecemos, sin recurrir á esos extremos.

—No se conformará don Carlos.

—Don Carlos tendrá que callar, porque al mismo tiempo que se encuentre ese documento te daré una carta que supondrás también que estaba encerrada en el mismo pliego donde está el testamento.

—Pero.

—Lo que necesitábamos saber es el tiempo que Carlos piensa estar en Madrid.

—Ya verá usted, el juez dijo que hasta dentro de

ocho días, término de los anuncios que se habían puesto en la *Gaceta*, llamando á los que se creyeran con derecho á la herencia del señor duque, no podía poner á don Carlos en posesión de los bienes de una manera legal. Este término espira dentro de cinco días y don Carlos, de fijo, que estará aquí para esa fecha.

—Entonces, si nosotros salimos en el tren de esta noche para Madrid, podemos estar aquí de vuelta mañana. De ese modo, podremos haber recogido el testamento y arreglado ya todo lo que necesitamos.

—Es decir, que está usted resuelto á que marchemos á Madrid

—¡Ya lo creo! como que es precisamente ese documento la piedra angular del edificio que tenemos que levantar contra esos miserables.

José estaba, como vulgarmente se dice, como quien ve visiones.

Era tan inesperado todo aquello, se le habían revelado en tan breve espacio crímenes de tal magnitud, que el pobre hombre no hacía más que exclamar á cada momento:

—¡Necio de mí! no haber llegado á sospechar nada de esto.

—Ya lo ves, José,—le decía Andrés,—quizás si tú hubieres encontrado estos papeles no hubiese habido necesidad de hacer diligencia alguna, y es muy posible que se hubiera evitado también algún otro crimen que estoy temiendo que se cometa por ese miserable marqués.

—¿Otro crimen?

—Sí.

—Y no lo evita usted.

—Es imposible, para esto sería necesario que poseyera detalles que ignoro y que tampoco puedo buscar por el momento, porque hay intereses más grandes que llaman mi atención.

Y Andrés no quiso decir nada más respecto á los temores que abrigaba sobre el mayordomo de Federico.

Aquella misma noche, según habían acordado, Andrés y José tomaron en Arévalo el tren que se dirigía á Madrid.

Desde la estación tomaron un carruaje que les condujo á la casa indicada en la carta del duque.

Efectivamente en aquella notaría y á la presentación de la contraseña encontrada también por Andrés en el bolsillo de su hermano, se entregó un pliego cerrado y sellado, de cuya entrega se tomó acta firmando el recibo la persona para quien estaba consignado el documento.

Desde la casa del escribano, dirigiéronse nuestros amigos á la fonda; allí abrieron el pliego y efectivamente en él se encontraba un testamento en toda forma extendido tres años antes por el duque en Barcelona, donde había ido á pasar una temporada.

En él instituía por herederas de su fortuna á sus hijas legítimas Emilia y Clara, y para en el caso de que estas hubieran fallecido y su fallecimiento se comprobara de una manera legal, era su voluntad que si algún día se conocía el paradero de su hermano Andrés del Cerro, fuese él quien disfrutase de aquella herencia.

Después se extendía en mandas diversas para los criados, para asilos benéficos, etc., correspondiéndole á José una parte no despreciable que demostraba como su señor sabía apreciar sus servicios.

—Tú ves José,—le dijo Andrés después que hubieron leído aquel documento.—Ya pueden impugnar todo lo que quieran este testamento, porque parece que mi hermano tuvo la intuición de precaver todo lo que suceder pudiera y este testamento hecho hace tres años y en ocasión de hallarse en Barcelona, está demostrando que no se trata de ninguna superchería.

—¿Y ahora qué hemos de hacer?—preguntó José.

—Absolutamente nada. Con este testamento te vas al juez y le dices que registrando uno de los muebles de la habitación de tu señor, precisamente aquella papelera antigua que hay en la sala de la biblioteca, que tiene varios secretos, como tú no debes ignorar, dices que te lo has encontrado y que te has apresurado á llevarlo. De este modo, cuando venga Carlos ya se encontrará la diligencia del juzgado.

—Pero si las niñas no parecen.

—¿Pues no han de parecer? no habría Dios permitido todo esto para que tuviéramos que renunciar á su encuentro; porque desengáñate que en todo lo que aquí ha sucedido es preciso que reconozcamos la mano de la Providencia.

—Es una verdad.

—Además, y por si Carlos intentara jugarte alguna mala partida, puedes decirle también que en el mismo secreto de ese mueble has encontrado esta carta que yo escribí á mi hermano desde las praderas americanas hace dos años acompañándole esta otra.

Y al decir esto, Andrés entregó al mayordomo una carta en la cual le decía á su hermano que Carlos no era sobrino suyo, acompañándole copia de la carta que el duque difunto había escrito á la abuela de Carlos.

—Pero ¿esto es verdad?—exclamó José cuando hubo leído la carta.

—Sí, mi pobre José, todo eso es por desgracia mucha verdad. Parece que mi hermano ha estado destinado siempre á ser explotado por miserables que le han traído á la desdichada situación que ha determinado su muerte.

—Lo que me sorprende es que el señor, después de la prueba que en este testamento da de su imparcialidad y de reconocer el mal que había hecho, no diga una sola palabra referente á su esposa.

—Es que, desgraciadamente, hemos de convenir en que Julián no había querido á Emilia. Las pérfidas insinuaciones de Federico determinaron su compromiso; el respeto que me tenía le obligó á casarse; cuando estaba cerca de ella no podía resistir el influjo de su bondad y de sus encantos; pero una vez que estaba lejos, era para él un objeto de tedio hasta el recordarlo.

—¡Pobre señorita!

—Sí, muy pobre y muy desgraciada.

Y después, Andrés, como si hablara consigo mismo continuó, enjugando una lágrima que temblaba entre sus párpados:

—Quizás yo tuve la culpa de todo. Mis estúpidas vacilaciones fueron causa de que la infeliz se fijara en Julián, tal vez por despecho.

El mayordomo le miró sin comprenderle.

Ignoraba á lo que podía referirse el médico.

Este salió de la fonda poco después, en un carruaje, y se hizo conducir á la casa del presidente de la Audiencia territorial de Madrid, pariente suyo aun cuando muy lejano, en cuya casa permaneció más de dos horas.

Cuando salió de allí y volvió á reunirse con José, le dijo:

—Ahora ya no tenemos nada que hacer en Madrid, el juez recibirá una carta que le obligará á obrar en este asunto con arreglo á la ley. Tú, por tu parte, haz todo cuanto te he dicho.

CAPITULO XXI

La aparición del testamento

El día señalado, Carlos se presentó en el Solar acompañado de Gontrán.

Aquella misma mañana, Andrés recibió un aviso de Robustiana, aviso dirigido á Marcelo, según habían quedado, que le obligó á ponerse en marcha inmediatamente para Avila.

Apenas llegó, la posadera le dijo:

—Ya ve usted que en el momento en que ha ocurrido algo le he enviado á buscar. Yo hubiese querido ir á verle para que usted no se molestara; pero como me había dicho...

—Sí, que era mucho mejor que yo viniese. Pero vamos al caso, ¿qué es lo que hay?

—Muchas cosas, señor.

—¿Has tenido noticias de Vicente?

—Absolutamente ninguna; parece que á ese infeliz se lo ha tragado la tierra.

—Entonces...

—Las noticias son de otro género, me parece que tenía usted mucha razón al decir que el marqués era un criminal de los peores.

—¿En qué te fundas para dar crédito á lo que yo te había dicho?

—En primer lugar, figúrese usted que hace cuatro días se presentaron aquí el marqués y Juan diciendo que iban á hacer una expedición á Oropesa.

—¿Y qué?

—Me sorprendió que Juan andaba muy macilento, y mucho más el encargo que me hizo.

—¿Qué encargo fué?

—Que si por casualidad le sucedía alguna cosa ó se hablaba de su muerte, que inmediatamente enviara un recado á la casa del marqués y preguntara por el *Pito*, que es un criado que allí había.

—Continúa, continúa, — dijo Andrés impaciente, viendo que se detenía la posadera.

Y al decirme esto, Juan me entregó un papel para que se lo entregara á dicho sujeto.

—¿Y lo hiciste así?

—Ayer se presentó aquí el señor marqués, afectando un gran dolor y diciendo que el pobre Juan se había despeñado en los montes de Oropesa, en ocasión que estaban recorriendo aquel país. Juzgue usted como me quedaría yo después de los presentimientos de que Juan me había hablado en dos ó tres ocasiones. Yo no sé como el marqués no advirtió algo en mi cara.

—Mal hecho en mostrarte conmovida, quizás advirtiría algo y...

—Como que el señor marqués sabía el afecto que todos profesábamos á Juan.

—¿Y qué pasó?

—Yo recordé en seguida el encargo que el pobre me había hecho, y mientras el señor marqués estaba descansando, envié uno de los chicos en busca del *Pito.*

—¿Y vino?

—Sí, señor, por la noche, cuando ya el marqués estaba durmiendo, porque se quedó aquí. No se me olvidará nunca la expresión que tomó el rostro del pobre muchacho cuando habló conmigo.

—¿Qué dijo?

—Yo le referí todo cuanto había pasado, significándole que obraba así por encargo del mismo Juan.

—Pero él le diría á usted alguna cosa...

—Sí, señor, y por cierto que sus palabras no se han podido borrar de mi memoria. No hubiese podido creer nunca que aquel muchacho con aquella apariencia, fuera capaz de decir lo que me dijo.

—Pero bien, ¿qué fué ello?

—Señora Robustiana,—me dijo cogiéndome de la mano,—tomo á usted por testigo del juramento que hago en este instante. Juro consagrarme en absoluto á cumplir el deseo de mi desgraciado amigo Juan, y ó lo vengo cumplidamente, ó pierdo yo la vida en mi empeño.

—Y después, ¿qué hizo?

—Me pidió antecedentes respecto al lugar donde había tenido efecto la muerte del pobre Juan.

—¿Conocía usted el sitio?

—Según lo que me dijo el señor marqués, debió ser por las montañas que dominan á Oropesa, y como precisamente yo he nacido por allí, no me fué muy difícil dar al *Pito* todos los antecedentes que necesitaba.

—¿De modo que entonces se marchó?

—Sí, señor.

—Está bien.

—¿Qué le parece á usted, señor don Andrés, cree usted que sea verdad el desgraciado accidente de Juan?

—No.

—Entonces...

—Entonces, no tenemos más remedio que creer que la muerte de ese infeliz, no ha sido otra cosa que el resultado de un crimen.

—Pero ese crimen ¿quién lo ha cometido?

—Por ahora no puede saberlo nadie más que Dios y el que lo ha cometido. Más adelante, quizás le conozcan algunas otras personas.

La posadera se quedó mirando á Andrés.

Esta, la dijo:

—Gracias, Robustiana, gracias por todo, y no dejes de comunicarme todo cuanto sepas, y sobre todo, el mayor silencio en cuanto á mí se refiera. Estamos siguiendo la pista á unos criminales que saben mucho y que pueden mucho también; por lo tanto, todas las precauciones que guardemos, todas son pocas.

—¡Caramba! ¿sabe usted, señor don Andrés, que me tiene asustada desde el otro día?

—No tienes que temer nada. Mientras no dejes percibir á los que todo lo observan que sabes algo, puedes abrigar la seguridad de que no han de meterse contigo. Ahora, adiós, porque es necesario que cuanto antes esté

en mi casa. ¿Cuándo dices que pasó eso con ese muchacho?

—Ayer.

—Perfectamente, gracias por todo.

Momentos después, el médico se dirigía precipitadamente á la estación, á fin de coger el tren que había de dejarle en Arévalo.

Antes de la noche, Andrés había llegado á su casa.

Al verle Marcelo, le dijo:

—¡Caramba! señor, no haga usted esos viajes tan precipitados, porque á su edad no son convenientes. Yo creí que se hubiera usted quedado en Avila.

—Era imposible, Marcelo.

—Vaya, vaya, pues ahora á cenar y á descansar.

—No puede ser; precisamente esta noche y durante algunos días, hemos de estar en vela. Es preciso observar lo que va á suceder.

—¡Lo que va á suceder!—exclamó Marcelo sorprendido.

—Sí; el desenlace que yo esperaba, ha comenzado á realizarse. El mayordomo del marqués del Pino, ha muerto asesinado.

CAPITULO XXII

Continuación del mismo asunto

La sorpresa que produjo en Marcelo lo que su amo acababa de decirle, se estereotipó de un modo extraordinario en su fisonomía.

Y durante algunos segundos nada pudo decir.

Por fin, dominando aquella impresión, exclamó:

—¡Dice usted que Juan ha muerto!

—Sí.

—¿Y quién ha sido su matador?

—Quien tenía interés en que Juan no revelara lo que sabía.

—De modo que el marqués...

—El marqués ha hecho lo que era de esperar. Conque vamos, Marcelo, díle á tu mujer que prepare la cena,

y mientras yo hago esa ligera colación, no dejes de observarme la tapia, que yo iré á relevarte después.

Marcelo salió del aposento, y poco después su mujer servía la cena al doctor.

Casi al mismo tiempo que esta escena tenía lugar en la casa de los Cipreses, en la quinta del marqués del Pino tenía lugar otra no menos interesante.

Recordaremos que el marqués, según vimos en el capítulo XLII del primer tomo, después de haber representado la farsa que representó en la posada de Robustiana respecto á la muerte de Juan, durmió aquella noche, y al día inmediato se dirigió á la quinta.

Allí, con los demás criados, representó el mismo papel que en Oropesa y Avila, y todos deploraron la muerte del pobre Juan, de quien unos más, otros menos, todos habían recibido favores.

Más tarde, el marqués, solo en sus habitaciones, paseábase con aspecto meditabundo, murmurando:

—Ahora ya no volverá ese hombre ni á propasarse ni á causarme la menor inquietud con sus ridículas amenazas. Sabía ya demasiado y no se le podía tolerar. Hoy mismo Carlos entrará en posesión de sus bienes, ultimaremos nuestro contrato, él se marchará del Solar donde yo me instalaré tranquilamente, y por fin habré conseguido mi objeto de recoger la mayor parte de la herencia de aquel estúpido, que durante algún tiempo me creyó su amigo. Sin embargo, algo me ha costado correr todo ese camino. Pero en fin, el caso es que he llegado al objeto que me proponía, después de haber separado todos los obstáculos que se me oponían. ¡Qué tontos todos los que creyeron que habían de conseguir vencerme! Si hasta la suerte parece que se ha empeñado

en protegerme con enviarme á esas criaturas á mi misma casa. Es verdad que no sé qué ha sido de ellas; pero ya las encontraré, por más que sin documentos de ningún género, ¿cómo van á competir conmigo?

Y el marqués, como si nada hubiese hecho, con la mayor tranquilidad del mundo, comió aquel día esperando el momento en que fuera su amigo Carlos á participarle que ya era legalmente dueño de los bienes de su tío.

Pero las ilusiones del marqués iban á recibir un golpe terrible.

De sobre mesa estaba, soñando por decirlo así, con la ventura de que iba á disfrutar, cuando de pronto, la campana de la verja le anunció la llegada de una persona.

—Vamos, ya está ahí Carlos, que vendrá lleno de alegría por haber conseguido su objeto. No sabe él, que aun de los mismos bienes que le corresponden, tengo yo la seguridad de llevarme la mayor parte. Ya se ve, el juego y las mujeres, le arruinarán en cuatro días.

En aquel momento, Carlos se precipitó en el aposento de su amigo con el semblante descompuesto y revelando desde luego el trastorno de que era víctima.

Su amigo alzó la cabeza, y al verle, no pudo menos de incorporarse, diciéndole:

—¡Qué es eso! ¡qué tienes! ¡qué te ha pasado!

—Todo está perdido,—repuso Carlos con voz sorda.

El marqués se alzó vivamente de su asiento, corrió hacia él, y le dijo con acento indescribible.

—¡Desgraciado! ¡qué has dicho!

—La verdad.

—¡Pero qué verdad es esa! ¡qué significa eso de que todo se ha perdido!

—Que todo se ha perdido, que el duque había hecho testamento.

—¿Qué?

—¡Pero no lo estás oyendo! que el duque había testado en favor de sus hijas.

—Vamos, tú estás loco,—repuso el marqués con alterado acento.

—Ojalá que lo estuviera.

—¿Pero de dónde ha salido ese testamento? ¿quién lo ha visto? ¿quién lo tiene?

—José lo ha encontrado registrando uno de los muebles de mi tío.

—Eso es falso. ¿Y tú has podido creer semejante superchería?

—Mira, Federico, déjame que repose, porque te aseguro que no sé dónde tengo la cabeza. He tomado un caballo y en dos horas y media he recorrido la distancia que hay desde aquí al Solar; ya puedes comprender por esto como estaré.

—Serénate en buen hora, y cuéntame todo lo que ha pasado.

Carlos, se dejó caer sobre una butaca, y se pasó repetidas veces las manos por la frente como si tratara de conciliar las importunas ideas que se le ocurrían.

Su amigo, entretanto, frunciendo el entrecejo y revelando en su rostro la contrariedad que sufría, se paseaba por el aposento mirándole de cuando en cuando.

De pronto, se detuvo delante de él.

—Vamos á ver, ¿estás ya más tranquilo? habla.

—Tranquilo no puedo estarlo. Cuando llegué anoche

al Solar, José se apresuró á decirme con un acento en el cual parecía que vibraba la maligna alegría de que se hallaba poseído, que registrando un mueble antiguo que había en la casa, en uno de los secretos, había encontrado algunos papeles que llamaron su atención.

—Mentira, y mentira grosera. ¿Cómo no los habíais encontrado vosotros cuando os hicisteis cargo de la casa?

—Precisamente ese mueble como algunos otros, no los registramos, eso ya es verdad; pero lo que es el testamento, no te quepa duda, de que es bien positivo.

—Vuelvo á decirte que no. ¿Cuándo se ha hecho ese testamento?

—Hace tres años que lo hizo estando en Barcelona, donde, como tú recordarás, pasó el duque casi todo el verano.

—Pero si eso no puede ser, y sobre todo, si el testamento ese existe, con inutilizarlo estamos fuera del paso. A José se le hace callar de una ó de otra manera.

—Es qué el testamento no obra ya en su poder.

—¡Cómo!

—El muy imbécil, por no decir otra cosa, se dirigió inmediatamente á Arévalo y se lo entregó al Juez.

—¿Y no has sabido romperle la cabeza de un silletazo á ese viejo insolente?—gritó el marqués, lleno de cólera.—¿No estás viendo en todo eso un decidido afán de perjudicarte?

—Es que hay más todavía, Federico; es que nosotros hemos estado durmiendo, y no sé quién ha estado trabajando en contra nuestra.

—No te entiendo.

—Todo eso que tú me dices respecto á José, se me ocurrió al oirle hablar, y hubo un momento en que Gontrán y yo hubiéramos dado buena cuenta de él.

—¿Y por qué no lo hicisteis?

—Porque José tenía en su ayuda á los demás criados.

—¿Pero no eres tú el amo? ¿A quién debían obedecer?

—Mucho me alegré, entonces, de no haber empleado aquellos medios, porque hoy por la mañana cuando he querido hacerlo, me he encontrado con que en virtud de una carta, también encontrada en el mismo mueble, carta de Andrés dirigida á su hermano desde América, se le descubre mi origen, y se le decía que se tenían todas las pruebas que lo demostraban.

—¡Cómo es eso!—exclamó con iracundo acento el marqués.

—Esa es la carta, y ya puedes comprender todo el efecto que ha producido en mí.

—¡Necio, más que necio! te has acobardado, y precisamente eso es lo que ellos pretendían.

—Mira, Federico, no me vengas ahora con recriminaciones, que esto aumenta mi disgusto. Todo se ha perdido en un momento.

—Pero bien; esa carta ¿qué ha hecho José de ella?

—La tiene en su poder.

—¿Pero no se la ha dado al Juez?

—No.

—Entonces nada se ha perdido.

—Sí; porque ya comprenderás que desde el momento en que en virtud de auto del Juez queda en suspenso la entrega de la herencia hasta que comparezcan

los herederos y se nombra depositario á ese mismo José, yo no puedo ni debo entrar más en el Solar; y es más, se me privará la entrada.

—Necio de mí, que he tenido esas criaturas en mi poder, y sin embargo, las he dejado escapar.

—No, no; aquí hay algo más que esas criaturas, Federico. Desde el momento en que desapareció el ataud del duque, algo se está urdiendo en la sombra, que nosotros no acertamos á ver. Ahí es donde está el peligro, eso precisamente es lo que tenemos que buscar.

El marqués, se quedó pensativo durante un buen espacio, y después dijo:

—Puede que tengas razón; de todos modos, yo no me conformo con lo que ha pasado, y desde este momento vamos á empezar la lucha contra ese fantasma.

CAPITULO XXIII

El Pito

Por el relato de Carlos, ya han visto nuestros lectores cómo se había verificado la lectura del testamento en el palacio del Solar.

Andrés que había llegado tarde á su casa, no pudo saber nada de lo ocurrido.

Como había dicho á Marcelo, apenas hubo cenado, se apresuró á relevarle en su observación respecto á la tapia.

Si se tiene en cuenta que había leído los papeles encerrados por Juan en el canuto de hoja de lata, y que en aquellos papeles se hablaba del *Pito* y se decía que él los iría á recoger, puede comprenderse muy bien que Andrés, después de lo que hubo sabido en casa de Robustiana, esperaba la presencia del mozuelo.

Pero aquella noche nadie se presentó por allí.

Al día siguiente, Andrés dijo á Marcelo:

—Es menester que averigues lo que ha pasado en el Solar.

—¡Cómo, señor!—repuso el criado,—¿tiene usted noticia de alguna nueva desgracia? ¿presiente usted algún suceso importante?

—Puede que sí,—contestó Andrés con su reserva habitual.

Estas palabras en boca del médico, eran de una gran significación para el criado.

Conocía demasiado á su señor y aquel «puede que sí,» queria decir que muchas y muy grandes eran las novedades que debían haber ocurrido.

Adoptando todo género de precauciones, se dirigió al Solar y pudo hablar con José.

Y su sorpresa no conoció límites, cuando éste le dijo, que en virtud de auto del Juez quedaba nombrado depositario de todos los bienes del duque hasta que pareciesen las hijas de éste, respecto á cuyo paradero iban á hacerse toda clase de averiguaciones.

También añadió que Carlos y Gontrán habían salido para siempre del Solar y que no volverían á entrar en él; que se lo manifestase así á su amo, diciéndole que esperaba sus órdenes para obrar.

—Pero señor,—decía Marcelo, á la par que se dirigía á la casa de los Cipreses,—¿qué demonios ha pasado aquí para que así se haya vuelto la tortilla? Vamos, que mi amo, es necesario conocer que vale mucho.

—¿Qué ha sucedido?—le preguntó Andrés, tan luego como le vió entrar en su aposento.

—¡Toma, toma! señor, pues si ya debía usted saberlo.

—Si lo supiera, no te habría enviado á que lo averiguaras,—contestó secamente Andrés.—Habla ¿qué te ha dicho José.

El criado se mordió los labios y refirió lo que ya conocen nuestros lectores por la relación que Carlos había hecho á Federico.

—Perfectamente,—contestó Andrés,—eso es lo que debía suceder.

—También me ha dicho José que esperaba órdenes de usted para obrar.

—Pocas tendré que darle. Ya está amparado por la ley y sabe perfectamente lo que debe hacer.

—De modo, señor, que el señor duque tenía hecho testamento,—dijo Marcelo.

—Sí.

—¿Y las niñas viven todavía?

—No lo sabemos, y eso es precisamente lo que hemos de averiguar.

—¡Demonio! eso si que me parece un poco difícil, digo yo.

—Y tan difícil como es; pero otras cosas tan difíciles hemos intentado y las hemos conseguido.

—Cierto.

—Esta noche,—dijo Andrés después de algunos momentos,—será posible que ocurra alguna novedad, por lo tanto, ni tú, ni yo debemos dormir.

—Pero, señor; reflexione usted, que ya lleva muchas noches sin descansar, y francamente, su salud puede resentirse. Si al menos durmiera usted de día, tal cual.

—No importa; ya sabes, Marcelo, que en las praderas no dormíamos tampoco todo lo que queríamos.

—Bien; pero á pesar de eso no debe usted abusar.

—Nada, ya te he dicho lo que tenemos que hacer esta noche.

Y Andrés con estas palabras, puso término á las observaciones de Marcelo.

Como el médico había presumido bien, aquella noche el *Pito* se presentó en el lugar donde Juan había depositado el canuto de hoja de lata.

Si recordamos los primeros capítulos de nuestra obra, se comprenderá que los buenos instintos del mozuelo, excitados por el agradecimiento que profesaba á Juan, á quien debía favores que nunca había olvidado, habían de sublevarse ante la infamia cometida por el marqués.

«Véngame,» le había dicho Juan en el papel que le escribió antes de morir y al llegar aquel papel á sus manos, el mozuelo se convirtió en hombre.

—Es necesario cumplir lo que le había prometido, —dijo.

Y recogiendo el dinero de que Juan le había hecho donación y sin querer sacar ni una hilacha de ropa de la que en aquella casa le habían hecho, se marchó antes de que llegara el marqués, temeroso de encontrárselo y de no poder contenerse al verle.

Y como que las instrucciones que tenía eran tan precisas, una vez que estuvo en Avila pasó aquella noche en otra posada distinta de la de Robustiana, y al día siguiente se compró un traje más decente que el que llevaba y entonces se dirigió á la casa del notario, cuyas señas le había dado su protector.

A la presentación de la contraseña, que como sabemos tenía ya, el notario no vaciló en hacerle entrega del pliego que Juan le confiara.

El joven le recibió temblando.

Salió de la casa del notario y se apresuró á regresar á su posada.

Tenía afán por conocer la última voluntad de su amigo, y apenas estuvo en su habitación, rompió el sobre bajo el cual había otro, que roto á su vez dejó al descubierto un buen paquete de billetes de Banco y una carta.

Debemos decir en honor de Pepe, pues ya sabemos que así se llamaba el joven, que maldito si hizo caso de los billetes y que toda su atención se fijó en la carta que se puso á leer, y que decía así:

«Querido Pepe: cuando leas esta, será señal de que el marqués del Pino, don Federico Montesinos, me ha dado muerte.

»A él y solamente á él acuso por ella.

»Me ha muerto porque conocía toda su vida y milagros, porque temía que algún día pudiera comprometerle y ha querido de este modo ahogar la única voz que hubiese podido descubrir sus crímenes.

»Sí, querido Pepe, sus crímenes porque son muchos los que ha cometido y de los cuales voy á decirte para que me vengues y cumplas como hombre honrado, los más importantes.

»De todos ellos encontrarás algunas pruebas en otro lugar que te diré y las demás has de buscarlas con las indicaciones que encontrarás también.

»Mucha paciencia, mucha astucia he tenido que emplear para conseguir reunir documentos que tú mismo verás lo interesantes que son, pero al fin lo he conseguido. Tú verás el uso que has de hacer de ellos.

»En primer lugar, acuso al marqués del Pino de ha-

ber urdido una trama grosera é indigna para hacer que su amigo Carlos pase por sobrino del duque del Solar, trama formada para que la herencia de éste se la puedan partir entre los dos.

»El tal Carlos, estuvo conmigo en el Correccional de Alcalá, y de allí salió por las muchas influencias del marqués.

»Este también había estado en la cárcel y, testigos de ello, son Braulio Ramírez, que se halla extinguiendo condena en Ceuta, y Remigio Gómez, que está en el penal de Cartagena. Estos le conocen muy bien.

»En segundo lugar, le acuso de haber calumniado á la esposa del señor duque del Solar y al hermanastro de éste, el doctor D. Andrés del Cerro, calumnia á consecuencia de la cual el doctor quedó gravemente herido por su hermano, y la infeliz esposa y las tiernas criaturas hijas del duque, cuyas actas de nacimiento lo mismo que la de casamiento de la duquesa, fueron destruidas por el marqués, arrojadas ignominiosamente de su casa, privándolas de aquel modo de los medios que hubieran tenido para acreditar sus derechos.

»Finalmente, le acuso de haber envenenado al señor duque del Solar, de acuerdo con su falso sobrino Carlos, por medio de Gontrán, un francés que estaba al servicio de éste.

»El marqués del Pino es el hombre más perverso que existe. Hace el daño por el placer de hacerlo; no porque tenga necesidad para nada.

»Había sido muy amigo del duque del Solar y, sin embargo, por la ambición de poseer parte de sus bienes y porque pretendía á su esposa, le ha hecho todo el daño que ha podido.

»Pepe, es preciso que repares todas las injusticias y todas las infamias que ese hombre haya podido realizar.

»Hace pocos días llegaron á la casa del marqués dos pobres niñas pidiendo socorros para su pobre madre que acababa de espirar en medio del camino.

»Aquellas niñas dijeron que iban á la casa del duque del Solar, y esta frase que oyó el marqués le hizo acoger á las niñas y enterarse de quién eran.

»Precisamente, su infeliz madre, les había confiado los papeles que acreditaban su nacimiento.

»La pobre había conseguido reunir su partida de casamiento y las de bautismo de sus hijas, y con una larga carta que había escrito al señor duque, le pedía que reparara la injusticia que había cometido.

»El marqués me encargó que recogiese aquellos papeles mientras él acariciaba á las niñas, y yo tuve una inspiración y separé algunos que, unidos á otros que ya tenía, encontrarás en el lugar que te indicaré.

»Después, el marqués me dió orden de que matara á las dos niñas, único medio de verse libre de ellas para siempre.

»Combatí esta resolución, pero después, temeroso de que se lo encargara á otro de sus criados y que el crimen se verificase, fingí aceptar y me hice acompañar de Vicente, á quien le manifesté lo que había.

»Vicente se marchó con las niñas y, el buen hombre, queriendo salvarlas, se las llevó consigo, abandonando la casa del marqués.

»Este ha sabido que las niñas viven y están en poder del jardinero, y á la par que las buscará por todas par-

tes, creo que ha formado el propósito de quitarme la vida.

»Si este caso llega, no dejes día y noche de buscar á esas criaturas; se llaman Emilia la mayor y Clara la segunda.

»No sé por qué me dice el corazón que Vicente debe habérselas llevado á Madrid. Allí es donde debes buscarle, bien por medio de los carteros, bien por los padrones, por todos cuantos medios te dicte tu inteligencia.

»Más de mil duros reunirás con el dinero que te dejo y, un muchacho como tú, sobrio y honrado, con esa cantidad puede hacer mucho.

»Sobre todo, procura que el marqués no te conozca nunca. Disfrázate y evita encontrarte con él, aun cuando te encargo que le vigiles mucho, porque quizás él pueda encontrarlas y las diligencias que él haga podrías utilizarlas tú.

»Los papeles que encontrarás en un canuto de hoja de lata, que he escondido al pié de la tapia de la casa de los Cipreses, que es un edificio aislado que está á media legua de Arévalo, á la derecha de la carretera de Avila, te han de servir mucho.

»Sírvate de guía un árbol que está solo cerca de la tapia. A tres pasos de él, caminando hacia la tapia, cavas y á media vara de profundidad le encontrarás.

»Guarda bien los papeles y, hasta si lo crees conveniente, depositálos en casa de algún escribano, después de haber sacado copias de todos ellos.

»Piensa, querido Pepe, que es mi venganza la que te lego, venganza que al mismo tiempo envuelve un acto de justicia que Dios te premiará.

»No te arredren los obstáculos ni te desanimes por la ineficacia de tus primeros pasos.

»La causa que vas á defender es honrada y buena, y estoy seguro que el cielo ha de ayudarte.

»El marqués y Carlos son las dos personas á quienes has de perseguir, y con las cuales tienes que luchar.

»El día que les pongas en poder de la justicia, habrás vengado á tu pobre amigo

»Juan González.»

CAPITULO XXIV

Nuevos descubrimientos

TODAVÍA aquella carta encerraba otras dos caras, llenas todas ellas de recomendaciones respecto á hechos del marqués y de Carlos, á las personas de quienes el joven debía desconfiar y de las que debía valerse, y entre ellas había una que llamó su atención.

Decía así:

«Si acaso llegas á encontrarte, y esto no te será difícil hacerlo si practicas diligencias, con un joven que fué secretario del señor duque del Solar, llamado don Leonardo Rodríguez, no vaciles en fiarte de él.

»Ese Leonardo, es hijo de un primo segundo mío y todo lo que yo, por mi desgracia, he tenido de malo, él por su suerte lo ha tenido de bueno.

»No nos tratábamos; pero sé que el señor duque le

quería mucho, y fácil es que él sepa alguna cosa y que te pueda servir.

»De todos modos, si os unís los dos, podréis conseguir mucho.

»También hay en Madrid otro pariente del señor duque que, según tengo entendido; es magistrado de la Audiencia, y finalmente, en Burgos ó en Madrid, residen los marqueses del Valle, parientes también del señor duque y que han de interesarse por sus tiernas hijas.»

—¡Perfectamente!—exclamó Pepe, besando profundamente conmovido la carta de Juan,—yo te juro otra vez, ¡pobre amigo mío! que voy á consagrar la vida á la realización de la misión que me confías. Esta misma noche iré á buscar esos documentos de que me hablas y mañana marcharé á Madrid.

Y el joven durante todo aquel día no hizo más que pensar en la línea de conducta que seguiría, murmurando más de una vez:

—El caso es que lo primero que yo debo hacer es proporcionarme una personalidad diferente de la mía; porque si el marqués sospecha algo y da parte, me expongo á ser detenido, en cuyo caso todo mi plan fracasaría.

Pepe, después de haber estado reflexionando mucho sobre esto, salió á la calle y con él pretexto de que se trataba de hacer una comedia en un pueblo inmediato, compró en una peluquería dos barbas diferentes y *crepé* para poder cambiar á su gusto la expresión de su semblante, adquirió también dos pelucas diferentes y anteojos de vista natural, azules y ahumados, y provisto de todo esto se volvió á la posada.

El resto del día lo empleó en equiparse convenientemente y cuando llegó la noche se marchó á Arévalo, aprovechando uno de los trenes que salían de Avila.

Serían las diez de la noche cuando llegó á la villa.

Inmediatamente se dirigió á la posada donde debía pasar la noche después de haber terminado su cometido y allí se orientó algún tanto, respecto al sitio en que estaba la carretera de Avila.

Como el chico era dispuesto y no carecía de ingenio, también supo averiguar sin excitar sospechas, hacia que parte caía la casa de los Cipreses, y después de haber cenado, con el pretexto de ir á tomar café, salió de la posada y se encaminó hacia el sitio donde Juan le anunciaba que tenía depositados los papeles.

Las indicaciones eran tan precisas que no le fué difícil dar con la tapia, murmurando:

—Pues señor, aquí debe ser, no tiene remedio. Vamos á descubrir todo lo que resta de este horrible misterio.

Y como ya había ido provisto de instrumento á propósito para remover la tierra, púsose á trabajar con ardor, diciendo:

—Parece que esta tierra está removida hace pocos días, y según el tiempo que hace que Juan me habló de sus temores, debiera estar más dura, mucho más con las nevadas y los hielos de estos días.

Pero á pesar de esto el joven iba ahondando el terreno por diversos puntos, murmurando al mismo tiempo:

—Señor, si según la profundidad que Juan determina en su carta ya debía haber dado con el canuto de hoja de lata. ¿Qué es esto? ¿habrá alguien extraído de aquí esos papeles?

Y un estremecimiento febril acometió á Pepe al ocurrírsele semejante idea, desplegando nuevo ardor en la tarea en que estaba ocupándose.

De repente suspendió su trabajo.

Habíale parecido percibir rumor de pasos que se aproximaban hacia él y se incorporó vivamente.

No le había engañado su presunción.

Dos hombres se aproximaban, uno por cada lado, hacia el lugar donde él estaba.

—Estoy cogido,—murmuró el joven.

Y trató, por medio de un salto, de ganar el centro del camino, procurando ver si por una rápida carrera se podía salvar.

Pero una voz que resonó en medio del silencio de la noche, le hizo detener.

Esta voz era la de Andrés.

El médico y Marcelo, cada uno por su lado, se acercaban hacia donde él estaba.

—No se canse usted, amigo,—dijo Andrés,—los papeles que busca están en mi poder, y hace ya muchas noches que le estaba aguardando. No tema usted, soy un amigo que puede ayudarle mucho en su empresa y que está vivamente interesado en ella.

El muchacho se quedó inmóvil, no acertando á explicarse el verdadero sentido de aquellas palabras.

Sin embargo, comprendió que tampoco podía salvarse ya, aunque intentara huir de aquellos dos hombres y, en su consecuencia, resolvió esperar los acontecimientos para resolver.

Andrés y Marcelo se aproximaron á Pepe, diciéndole el primero:

—Usted se llama José Corrales, ¿no es así?

—Sí, señor,—contestó el joven sorprendido de que aquel individuo supiera su nombre.

—¿Y tenía usted el apodo de el *Pito*, con el cual parece que le conocían las gentes del marqués del Pino?

—Pero ¿quién le ha enterado?...

—Ya ve usted,—repuso Andrés sonriéndose,—si le doy datos para que me crea y tenga confianza en mí. Hágame usted el favor de acompañarme hasta mi casa y allí le explicaré quién soy y lo que espero de usted.

Pepe, dominado por la situación, no se atrevió á decir una palabra, limitándose á seguir á su interlocutor.

Silencioso fué el corto viaje hasta penetrar en la casa de Andrés.

Este condujo al joven á su despacho y una vez allí, le dijo:

—Siéntese usted, y como que para establecer confianza entre ambos es necesario que principie por decirle quién soy, el interés que me une á la causa á que usted se va á consagrar y la razón que he tenido para apoderarme de los papeles de Juan, principiaré diciéndole que soy el médico Andrés del Cerro, hermano del duque del Solar y tío, por lo tanto, de las dos pobrecitas huérfanas cuyo paradero ignoramos en estos momentos.

El mozuelo, lleno de sorpresa por lo que estaba oyendo, fijó los ojos en su interlocutor.

Y en la fisonomía de él encontró tanta bondad y tanta nobleza, que se sintió dominado y apenas sí tuvo fuerzas para decir:

—Si Juan me dice en su carta que había sido usted herido...

—Sí, por mi hermano, á consecuencia de las infamias cometidas por el marqués. Hace años que regresé

á España y me sepulté en esta casa, cerca de la de mi hermano, después de haber hecho infructuosos esfuerzos para encontrar á mi cuñada y á mis sobrinas.

—¿Y no supo usted que las niñas habían estado en casa del marqués?

—No; precisamente en estos momentos estaba preocupado con el crimen que se había cometido con mi hermano. La casualidad ó la Providencia, porque en ella únicamente es en la que debemos creer, me hizo encontrar el féretro que esos miserables habían depositado en medio del campo para ocultar las huellas de su crimen. ¿No sabe usted nada de eso?

—Juan, que en paz descanse, dice en la carta que me dejó escrita que acusa al marqués y á don Carlos de la muerte del señor duque, y poco antes de morir, Juan me había dado el encargo de parte del señor marqués de vigilar atentamente el palacio del Solar y de seguir cuidadosamente á cualquier persona que saliera de él durante la noche.

—¡Ya! les sorprendería la desaparición del féretro del punto donde lo habían enterrado, y querrían averiguar.

—Yo no ví nada, y por lo tanto, nada les pude decir.

—Según Juan manifiesta en los papeles que he tenido ocasión de revisar, usted debía recoger un pliego en casa de un notario de Avila.

—Sí, señor.

—¿Y le ha recogido usted?

—Esta misma mañana.

—¿Tiene usted la bondad de mostrármelo? porque supongo que ha de llevarle consigo, porque documentos semejantes no se abandonan con facilidad.

Pepe vacilaba en acceder á la demanda de Andrés.

Este comprendió perfectamente las razones que había para los recelos del joven y dijo:

—No tenga usted reparo de ningún género, joven; he dicho á usted quien soy y esto solo debe bastarle para comprender todo el interés que he de tener en el castigo de los asesinos. Además, mi cooperación puede serle de gran importancia por muchísimas razones que no se han de ocultar á su inteligencia. Para la empresa que vamos á acometer, porque yo también voy á ponerme en campaña, se necesita dinero y prestigio, y precisamente esto yo se lo puedo proporcionar en abundancia.

—También mi pobre amigo había consagrado todos sus ahorros para esta empresa y yo dispongo de fondos para ello.

—Lo sé; pero esos fondos son insuficientes. Y ahora, antes de que entremos de lleno en el terreno de los hechos, hábleme usted con franqueza; ¿está usted firmemente resuelto á cumplir la voluntad de su protector, y más que todo, á consagrarse en absoluto á una causa tan justa y tan santa como esta? Tenga usted presente, joven, que á tiempo está usted de eludir este compromiso, que puede usted retirarse de una empresa, en la cual quizás tendremos que arrostrar graves peligros y que luchar con serias dificultades.

—Mire usted, señor,—contestó Pepe, interrumpiendo á Andrés,—yo me explicaré con torpeza quizás, porque mi educación ha sido, por desgracia, descuidada y si algo he aprendido ha sido porque ha llegado un día en que comprendí que debía hacerlo; pero tenga usted presente lo que le voy á decir. Yo no había nacido para ser un bribón, mis padres eran muy pobres, pero muy

honrados; sin embargo, la muerte de mi padre me dejó en cierta libertad y casi sin tener conciencia de lo que hacía, comencé á seguir una senda que tal vez me hubiera conducido al precipicio á no cruzarse en mi camino ese pobre Juan.

—Que tampoco era muy bueno.

—No me toca á mí juzgarle. Ha muerto ya y á Dios habrá dado cuenta de sus actos. En mi corazón, respecto á él hay algo... que sé yo, así como el culto que se tiene á Dios, porque él fué para mí más que un padre y á él le debo estos sentimientos que en mí despertó, desde el momento en que me hizo comprender todo lo que de mí esperaba. Soy un muchacho todavía, pero le aseguro á usted, señor, que tengo tanta formalidad como el primero y he jurado realizar lo que Juan me ha encargado y aunque supiera que la muerte me esperaba al salir ahora al camino, esté usted seguro que no retrocedería.

CAPITULO XXV

Andrés se pone en campaña

El doctor había adquirido gran conocimiento de las personas, para dejar de comprender todo lo que se encerraba en el franco lenguaje de aquel joven. Su corazón se trasparentaba de tal modo en sus palabras, que no había lugar á duda alguna respecto á su sinceridad.

La corteza podría ser dura, pero en cambio el fondo era completamente sano y así lo apreció Andrés, porque le dijo tendiéndole su mano:

—Perfectamente, hijo mío, le creo á usted, y en prueba de ello que aquí tiene mi mano y siempre tendrá mis consejos y mi apoyo.

El *Pito* estrechó lleno de profunda emoción la mano del doctor, diciendo con tembloroso acento:

—Gracias, señor, por la honra que usted me hace,

y yo espero poderle demostrar algún día este agradecimiento.

Y sacando del bolsillo de su traje el pliego que había recibido en casa del notario, añadió:

—Aquí tiene usted la carta que he recibido hoy, y en ella verá lo que me decía el pobre Juan. Las acusaciones que hace son terribles. En ella habla de usted también.

El médico cogió aquella carta, la leyó detenidamente y después estuvo reflexionando durante un largo espacio.

—Hé aquí,—dijo después,—un punto que es necesario aclarar inmediatamente que lleguemos á Madrid.

—¿Cuál, señor?

—El de este joven que estaba de secretario de mi hermano y que tanto recomienda el difunto. Cuando lleguemos á Madrid veremos si damos con él.

A su vez Andrés manifestó á Pepe el contenido de los papeles que había en el canuto de hoja de lata, y después le hizo ver el ataud donde estaba el cuerpo de su hermano.

Larga fué la conversación que sostuvieron el médico y el ejecutor testamentario, digámoslo así, de Juan, conversación que se prolongó algunas horas quedando finalmente convenidos en que al día siguiente Pepe marcharía á Madrid llevando una carta de Andrés para su pariente el magistrado á fin de que éste proporcionara á Pepe documentos que justificaran su personalidad y que le prestara su ayuda en todo cuanto intentara, protegiéndole hasta que él llegase á Madrid.

Al mismo tiempo, le dijo también entregándole un talón del Banco de España:

—El dinero que ha recibido usted de Juan es muy suyo y no tiene necesidad de emplearlo en la causa de que se trata. Soy yo quien debe sufragar todos los gastos que esto origine y con esto puede usted cobrar en el Banco la suma que representa, hasta que yo llegue á Madrid y podamos entonces trabajar unidos.

Pepe Corrales quiso resistir, pero el médico permaneció inexorable y más de las doce eran ya cuando el *Pito* salió de la casa de los Cipreses para regresar á Arévalo.

—¡Pobre muchacho!—murmuró Andrés cuando le vió alejarse,—me parece que haré de él un hombre de provecho.

Al día siguiente envió á Marcelo al palacio del Solar, para que dijera al mayordomo que pasara á verle.

José no se hizo esperar.

Antes de salir de su casa, envió, como explorador, á uno de los antiguos criados del duque despedidos por Carlos, pero que él, en el momento en que se puso de acuerdo con Andrés después de conocido el testamento de su amo, había vuelto á admitir, así como también á todos los demás que en su caso se encontraban.

Porque las instrucciones de Andrés sobre este particular, habían sido sumamente claras y precisas.

—Tienes necesidad, José,—le había dicho,—de rodearte de una servidumbre que te sea totalmente adicta, porque has de tener en cuenta que esa gente recurrirá á todos los medios para vengarse de tí; por lo tanto, tu seguridad depende de las personas de quien te rodees.

—En cuanto á eso, no tenga usted cuidado, señorito, —había contestado el viejo mayordomo,—porque aun

cuando viejo, todavía soy capaz de dar algo que hacer á quien me ataque.

—No importa, haz lo que te digo, y créeme á mí.

Y efectivamente, José, fué buscando á todos los criados, les hizo ir al Solar, y cuando llegó Carlos, creyendo que iba á entrar en posesión inmediatamente de la herencia de su tío, encontróse con aquel inesperado testamento, con la famosa carta en la cual constaba su verdadero origen y, finalmente, con unos criados que le eran completamente hostiles.

José instaló la casa del mismo modo que estaba en vida de su señor, y no disimulaba su alegría ante el inesperado cambio que tan de repente se había presentado.

—Ahora sólo falta,—decía á sus compañeros,—que parezcan las hijas de mi señor, y entonces será completa mi alegría.

Cuando recibió el recado del doctor, como hemos dicho, se apresuró á dirigirse á la casa de los Cipreses.

—¿Qué sucede, señorito?—le dijo al entrar en la estancia.

—Sucede, que mañana mismo me marcho á Madrid, que voy á empezar las diligencias para encontrar á mis sobrinas, que la lucha entre esos miserables y yo se va á entablar y es preciso que tú aquí vivas muy prevenido para cualquier cosa que pueda ocurrir.

—¡Oh! lo que es por mí, no tenga usted cuidado. En el Solar no entrará nadie, ni yo obedeceré orden que no venga por parte de usted. Inútil es que le diga que todos los fondos que se recauden, estarán siempre á la disposición de usted.

—Consérvalos, porque yo no he de necesitar ningu-

no. Al fin y al cabo, todos mis bienes han de ser para esas criaturas si la suerte me permite encontrarlas.

—Pero diga usted, señorito, no sería mucho mejor que desde el primer momento entregáramos esos dos hombres á los tribunales, teniendo pruebas como tenemos de sus crímenes, ¿por qué guardarles tantas consideraciones?

—Porque precisamente pienso utilizarlos para la misma obra que voy á emprender.

El mayordomo, miró al médico sorprendido, porque no comprendía lo que éste había querido decir.

Andrés, adivinó lo que aquella mirada significaba, y le dijo:

—Parece que encuentras muy extraño lo que te he dicho.

—Francamente, señor, si que me sorprende.

—Pues bien, escucha. Indudablemente, lo mismo Carlos que el marqués han de dedicar todo su afán á encontrar esas dos criaturas.

—¡Oh! eso es lo que no debemos permitir.

—Sí, porque precisamente todos los pasos que ellos den, hemos de utilizarlos nosotros.

—¿De qué manera?

—Haciéndonos dueños de la persona ó personas de quienes ellos se valgan.

—¿Y de quién han de valerse ellos? de algún miserable bribón.

—Perfectamente. Sí se trata de un bribón, ya sabemos que esa gente es de quien más le paga, y como que ningún hombre honrado puede prestarse para servir esos criminales proyectos, podemos abrigar la seguridad de conseguir lo que deseamos.

—En fin, usted sabrá lo que hace.

—Ahora, quiero que me des algunos antecedentes respecto á una persona á quien me parece que tú conoces bastante.

—¿Quién es?

—Un tal Leonardo, creo que era secretario de mi hermano.

—¡Oh! sí, señor, ¡lástima de joven! ese tunante de Carlos, tuvo la culpa de que se fuera.

—¿Qué clase de persona es?

—La lealtad, la honradez y la virtud personificada. ¿Sabe usted dónde pára?

—No, pero pienso buscarle y por eso te he preguntado la persona que era.

—Mire usted, señorito, yo creo que nadie como él conoció desde el primer momento á don Carlos, y éste á su vez debió comprender qne el otro le había conocido y comenzó á minarle el terreno, hasta que le obligó á saltar.

—Pero mi hermano...

—El señor duque, desgraciadamente apenas si se cuidaba entonces de las cosas de la casa, y Leonardo tuvo la prudencia suficiente para marcharse sin revelarle la verdadera razón que para ello tenía.

—De modo, que tú crees que ese Leonardo...

—¡Oh! si él llegara á saber lo que sucede, esté usted seguro que se pondría á trabajar con usted como un desesperado.

—¿Y no sabes dónde ha ido á parar?

—A mí me dijo que se iba á Avila, pero que regularmente estaría allí muy poco tiempo. El quería irse á Madrid.

—¿Cuánto tiempo hace que se marchó?

—Hará unos tres años poco más.

—En fin, veremos si la casualidad hace que demos con él.

—Una gran ventaja sería. ¿Y no puede usted colegir dónde hayan ido á parar esas criaturas?

—Presumo que deben estar en Madrid.

—Vaya usted á echarles un galgo allí, que es tan grande aquello.

—Pues, sin embargo, José, yo tengo, no sé por qué, la esperanza de que las he de encontrar.

—Y es natural, como que Dios no puede permitir que triunfe la iniquidad de esos hombres.

—Otra cosa antes de que te marches, José.

—Diga usted, señorito.

—Necesito que venga á instalarse en esta casa una persona de toda tu confianza, ¿quién te parece que puede servir para ello.

—¿Pues no se queda la mujer de Marcelo?

—No, me la llevo á Madrid también, porque tendré necesidad de poner casa.

—¿Sabe usted quién puede venir? el hijo de Tomás, el jardinero del Solar, ¿se acuerda usted?

—Sí.

—Se ha casado hace poco, y el muchacho tiene que vivir con los suegros, y la vida es bastante dura.

—Pues envíamele mañana mismo.

Efectivamente, al día siguiente, Rosendo, que así se llamaba el hijo de Tomás, fué á la casa del doctor, y aquella misma noche quedaba ya instalado con toda su familia en la casa de los Cipreses.

Andrés había cerrado perfectamente el laboratorio,

la caja donde reposaba el cuerpo de su hermano fué guardada á su vez en un armario, cuya cerradura no podía abrirse no conociendo el secreto que tenía, y Andrés, seguido de Marcelo y de su mujer y del hijo de ésta, se dirigió á Avila, resuelto á no regresar á aquellos lugares hasta que no fuera ya acompañando á sus sobrinas para ponerlas en posesión de sus bienes.

CAPITULO XXVI

Preparativos de marcha

ANDRÉS se detuvo en Avila dos ó tres días á fin de ver si podía adquirir algunas noticias respecto á Leonardo.

Como población pequeña, creyó que si allí estaba, pronto podría dar con él.

Pero sus diligencias fueron inútiles, y al cabo de los tres días dijo á Marcelo:

—No tenemos más remedio que marchar á Madrid.

Sin embargo, antes de emprender el viaje, quiso pasar por la posada de Robustiana.

Esta, al ver al doctor, se apresuró á decirle:

—¿A que no adivina usted, señor doctor, quién estuvo ayer aquí de paso para Madrid?

—¿Quién?

—El señor marqués del Pino.

—¿Y vino aquí?—preguntó Andrés haciendo esfuerzos para dominar el efecto que le causaba la noticia.

—Sí, señor, aquí estuvo él y otro amigo suyo que, por cierto, tiene una cara de condenado, que ya, ya.

—¿Cómo se llamaba?

—Don Carlos, creo que le oí que le decían.

—¡Ah! ya sé quién es.

—¿Lo conoce usted?

—Sí.

—¿Y no es verdad lo que yo digo, que tiene una cara?...

—Sí, como los hechos.

—Conque es malo, ¿verdad?

—¿Y no dijo nada el marqués respecto al objeto de su viaje?—preguntó Andrés desentendiéndose de la pregunta de Robustiana.

—Estuvo haciéndome infinidad de preguntas respecto á Vicente y á las niñas, y á la familia de Vicente, y qué sé yo... Por supuesto, que á buena parte iba; aun cuando hubiese sabido algo, ya puede usted estar seguro que no se lo hubiera dicho.

—De modo que, realmente, nada sabes.

—Nada, no, señor. Han caído en un pozo lo mismo mi pariente que las dos criaturas.

—Yo también marcho á Madrid; la primera diligencia que haré desde allí será escribirte para que si sabes alguna cosa de Vicente me escribas inmediatamente. No olvides este encargo, Robustiana, ya sabes todo lo que te tengo dicho.

—Descuide usted, señor doctor. Y crea usted que siento muchísimo que se marche.

—No hay más remedio, la misión que me he impuesto me obliga á no detenerme. Quizás el tiempo que estoy pasando aquí, sea perjudicial para las personas á quienes pretendo servir.

—¡Caramba, señor doctor! ¿sabe usted que es terrible lo que está diciendo? ¿Y va á estar mucho tiempo en Madrid?

—Lo ignoro, eso depende de las circunstancias.

Y Andrés se apresuró á salir de la posada murmurando:

—Mis presunciones eran exactas, esos infames quieren encontrar á las niñas para cometer quizás, un nuevo crimen. ¡Dios mío! ¡Dios mío! préstame tu ayuda para que yo las pueda encontrar.

Como había dicho Robustiana perfectamente, el marqués y Carlos, habían estado en Avila de paso para Madrid.

Después del terrible desengaño sufrido por los dos amigos, el marqués había estado reflexionando largamente.

Ya vimos en otro lugar el estado de ánimo en que Carlos había llegado á la posesión de su amigo, y la necesidad que tenía de reposo.

Su espíritu hondamente perturbado, no estaba en aquellos momentos en disposición de poder ayudar á su amigo, y por lo tanto, se recogió en la habitación que éste le había destinado.

En cambio el marqués, llevóse largo rato meditando como hemos dicho, la mayor parte de la noche, y después dijo:

—Vaya, aquí es necesario obrar con energía y con prontitud. Es menester encontrar á esas muchachas y quitarlas de en medio, y es necesario también encontrar quien nos haga un nuevo testamento que invalide el que ese viejo condenado ha ido á sacar ahora.

Y como si esto hubiera sido la síntesis y el resultado

de todo el trabajo de su pensamiento, su rostro expresó la satisfacción que aquello le causaba.

Cuando Carlos se despertó, ya el marqués también lo estaba, y dijo á su amigo:

—Vamos á ver, ahora ya estarás más tranquilo y podrás pensar lo que se ha de hacer; porque tú comprenderás que es muy triste, que después de haber adelantado tanto, hayamos tenido que retroceder de ese modo.

—No me hables, porque todavía creo que me encuentro bajo la presión de las palabras pronunciadas por aquel maldito viejo, y por la resolución del Juez.

—Es decir, que tú te resignas á perderlo todo.

—Pero qué le he de hacer, ¿tengo algún medio acaso para hacer desaparecer ese testamento y recoger esa maldita carta de que me ha hablado ese hombre?

—Y por cierto, que esa carta no sé cómo ha salido de mi poder; yo la tenía...

Y el marqués, estuvo pensando breves segundos, hasta que de pronto, exclamó:

—¡Ya sé de donde ha salido! Por eso aquel bribón galleaba tanto. ¡Qué bien hice en quitarle de en medio! lo único que me duele es no haberlo hecho antes. Pero señor, ¿de qué medio se valdría para quitarme esa carta? Ahora lo que tengo que ver es qué otros papeles me ha quitado también, porque lo que es él, estoy seguro que no se contentó solamente con eso. En fin, ese es un asunto que ya lo veré más tarde, porque de todas maneras ya no tiene remedio. Hablemos de lo esencial. ¿Dices que no te se ocurre nada? Entonces ¿qué es lo que piensas hacer? ¿cómo piensas vivir?

—No lo sé, porque te aseguro que aquel porvenir tan

risueño que veíamos, se ha trocado de un modo extraordinario.

—¿Y no ves manera de cambiar ese porvenir? ¿tan pobre es tu ingenio que no encuentras solución para esa desdicha? ¿tan fácil eres de contentar que te resignes á perder la prebenda con que habías soñado? Vamos, habrá que convenir en ese caso, que eres muy poco ambicioso.

—Calla, porque tus palabras me están produciendo un efecto más terrible todavía que la misma desgracia que me aflige.

—Pues ¿qué quieres que te diga? si tú que eres el principal herido, en ese asunto, no encuentras medio para salir de él, ¿qué puedo yo hacer, sino elogiar tu resignación y tu cortedad de ingenio?

—Vamos á ver, Federico, abrevía ironías y sarcasmos que á nada conducen, y si tienes algún proyecto y crees que sea de resultado, dílo y no tontées más.

—Es decir, que yo he de ser siempre quien tenga que pensar por tí.

—Me parece que en el estado en que estoy...

—Pues mira que la desgracia me parece que nos hiere á los dos.

—Sí; pero ¡cuánta diferencia entre las dos heridas! Tú tienes un patrimonio y yo carezco de él, y aun cuando á tí te falte la parte que tenías asignada en nuestro contrato, no te quedas por eso sin comer, mientras que yo...

—¿Y crees acaso que no me perjudico? pues qué, ¿el dinero que he gastado?...

—De todos modos, desengáñate, que no existe igualdad entre nuestras dos situaciones.

—En fin, como tú quieras.

—El caso es que me habías dicho...

—¿Qué?

—Me pareció que me ibas á dar alguna idea.

—La que te se debía haber ocurrido á tí desde el primer momento.

—¿Cuál?

—¿No hay dos razones que se oponen á que entres en posesión de esa herencia?

—Sí.

—Y esas razones, ¿en qué consisten? En un testamento y dos chiquillas.

—¿Y te parece poco?

—No, que me parece demasiado y, por lo mismo, es preciso encontrar á las unas y anular el otro.

—¡Federico!

Y Carlos no pudo menos de mirar á su amigo lleno de asombro.

—¿Por qué te sorprendes?—le dijo éste,—cualquiera diría que he dicho un disparate.

—Pero ¿tienes algún indicio para encontrar á esas criaturas?

—Ninguno; pero en Madrid daremos con ellas, porque yo creo que Vicente debe habérselas llevado allí. Aquel es un pozo muy grande donde todo se confunde y se desvanece, y es lo más lógico que allí haya ido á parar.

—Pero, vamos á ver; supongamos por un momento que las encontramos, ¿qué vamos hacer con ellas?

—Vaya, hombre; eso no se pregunta, se las quita de en medio y nada más.

—Pero queda el testamento.

—Por eso se busca quien haga un testamento, en el cuál conste que en caso de haber fallecido las dos hijas del duque, pasen sus bienes á tí. Este testamento lleva una fecha posterior á la del otro, se tiene muy buen cuidado de recoger las partidas de defunción de esas niñas, y ya está todo arreglado.

Carlos abrió desmesuradamente los ojos.

El proyecto de su amigo, le llenaba de admiración.

—Chico,—le dijo al cabo de algunos momentos,—verdaderamente que tu proyecto me admira de un modo extraordinario. No se me habría ocurrido jamás semejante cosa.

—Lo que prueba que sirves muy poco para las situaciones difíciles.

—No, no; te confieso con ingenuidad que aun cuando hubiera estado pensando días y días, es muy posible que no se me hubiese ocurrido eso que es tan sencillo en medio de todo.

—Pues mira, ya tienes resuelto el problema en un momento. Desde ahora mismo, voy á principiar á preparar el terreno.

—¿Cómo?

—Voy á enviar un explorador inteligente, que estoy seguro que ha de servirnos mucho para el caso.

—¿Quién es?

—Un bribonzuelo que tengo en casa, que por cierto me lo proporcionó el bribón de Juan.

Y el marqués llamó á su criado para que fuese á buscar al *Pito*.

CAPITULO XXVII

En Madrid

Con gran sorpresa del marqués, el criado á quien éste le había encargado que avisara á Pepe, le dijo:

—¿Pues no sabe el señor marqués que el *Pito* no está ya en casa?

—¡Qué dices!—exclamó Federico mirando con irritados ojos al criado.

—Si nosotros creímos que el señor lo sabía.

—Pero ¿qué había de saber, imbécil? Habla, ¿dónde está ese muchacho? ¿cuándo se ha marchado? ¿qué causa ha habido para ello?

—Si nosotros no sabemos nada.

—Pero ¿sabéis cuando se ha marchado?

—El mismo día que llegó el señor marqués, es decir, hace tres días.

—¿Y por qué se marchó?

—Si no dijo nada, si nosotros no nos apercibimos de su marcha hasta que vimos que no parecía á la hora de cenar.

—Pero alguien le vería salir.

—Sí, señor; salió como salimos todos, con la diferencia de que nosotros regresamos y él no.

—¡Qué extraño es esto!—murmuró el marqués frunciendo el entrecejo.

Después, alzando la voz, preguntó:

—¿Y nadie le vió llevarse la ropa ni reparó en lo que sacaba de esta casa?

—Pues eso es lo grande, que no se ha llevado absolutamente nada.

—Entonces, quizás esa desaparición reconozca alguna otra causa.

—Por eso creímos nosotros que quizás el señor marqués le habría dado algunas órdenes.

—¡Qué le había de dar yo orden alguna! Está bien, vete.

Y cuando se quedaron solos Carlos y él, exclamó:

—Pues señor, voy encontrando á cada momento cosas tan nuevas, que por la primera vez en mi vida, me confunden y no sé qué pensar.

—Verdaderamente que es extraña la desaparición de ese muchacho. Sería conveniente que vieras si te ha quitado alguna cosa.

—Difícil es, porque el dinero lo tengo de modo que ni él ni otro que fuera más listo, lo podría encontrar; además, tengo aquí algún criado de aquellos antiguos de mi padre, que son los que se quedan en mis habitaciones cuando yo me marcho. Otra cosa es lo que me preocupa.

—¿Sabía algo ese chico de nuestras cosas?

—No.

—Entonces...

—Mira, Carlos; tú has tenido siempre la desgracia de no parar tu atención en el enlace de ciertos acontecimientos, y ese es un mal.

—No sé qué me quieres decir con eso.

—En primer lugar se nos presenta el extraño misterio del ataud del duque, que desaparece como si se lo hubiera tragado la tierra; al mismo tiempo, esas dos chiquillas que yo tuve en mi poder y que las condené como debía condenarlas, se salvan y desaparecen también; el criado en quien yo tenía más confianza y que sabía la mayoría de nuestras cosas, empieza á chasquearme, me da lugar á que sospeche y me obliga á que le dé muerte; tú te presentas en casa del duque, se te reconoce como el presunto heredero, se busca por todas partes si había algún testamento, y, efectivamente, no hay nada; pero héte aquí que al ponerte en posesión de la herencia, surge, sabe Dios de donde, un testamento cuya existencia se ignoraba antes y además de ese testamento una carta que obraba en mi poder y que sin duda me fué sustraída no sé por quién, ni de qué manera; en ese testamento se hace mención de esas dos niñas cuya existencia no había querido reconocer su padre, puesto que de acuerdo con él, se hicieron desaparecer las partidas de bautismo; y, finalmente, este muchacho con quien yo creía poder contar, me desaparece también dejando toda su ropa en esta casa, y sin dejar huella alguna de su paso.

—Y bien, con todo eso, ¿qué es lo que has querido decir?—preguntó Carlos que había seguido con profundo interés el relato de su amigo.

—Quiero decir, Carlos, que en el fondo de todo esto hay algo que nosotros no vemos; algo que es preciso hacer que salga de la sombra en que se envuelve á fin de que podamos combatirlo, porque si no, créete que va á darnos más de un disgusto.

—¿Pero quién puede ser esa persona que tú crees que está en la sombra?

—No lo sé; si principio porque no sé si es persona ó personas; si es hombre ó mujer; si es pariente ó amigo del duque. Yo no te digo más sino que hay algo que se agita contra nosotros y ese algo es indispensable que le conozcamos y que le inutilicemos.

—Haremos todo cuanto sea posible para conseguirlo; pero desde luego debes comprender que es sumamente difícil descubrir un fantasma.

—No tan difícil como crees. Es necesario un acto ostensible llevado á cabo por tí y de tal magnitud que obligue á esa persona á abandonar el incógnito. Este acto puede ser el testamento que antes te dije.

—Puede que sí.

—Es necesario marchar á Madrid cuanto antes para establecer allí el cuartel general de nuestras operaciones.

—Pues cuando quieras.

—Creo que ahora la condesa del Romero está en gran predicamento con el ministro de la Gobernación.

—Eso he oído.

—La condesa era muy amiga mía hace años; veremos si podemos utilizar esas relaciones.

El marqués dió sus disposiciones para el viaje á Madrid, y se llevó consigo dos criados que podían servirle para toda clase de empresas. Dejó en su casa los más

precisos, y marchó á Avila deteniéndose en casa de Robustiana algunas horas, al objeto de averiguar si había sabido algo de Vicente, y salió aquel mismo día en dirección á Madrid.

Desde el primer momento que llegó, hizo que Carlos se dirigiese á todas las redacciones de los periódicos, y pusiera un anuncio rogando á todos los de provincias que lo insertaran, inquiriendo el paradero de dos niñas que se decían hijas del duque del Solar, y suplicando á cualquier persona que de ellas pudiera dar noticias, que se las comunicaran al sobrino del duque, difunto, cuyas señas iban en los mismos sueltos.

Andrés leyó aquellos anuncios, y no pudo menos de sonreirse, diciendo:

—¡Qué necio es esto! Por este medio trata de conocer el paradero de esas niñas; sin embargo, bueno será evitar que surtiera efecto antes de que yo estuviera prevenido.

Y cogió la pluma y dirigió un comunicado á todos los periódicos, diciendo que según resultaba de documentos exhibidos en el acto de abrirse el testamento del difunto duque del Solar, no era aquel sobrino la persona á quien convenía que las niñas, en caso de ser habidas, se presentaran, si no que debían hacerlo al Juez de primera instancia de Arévalo.

Este comunicado, firmado con un nombre supuesto, llevado á los periódicos por Marcelo, que pagó religiosamente en todos ellos su importe, al ser conocido por el marqués y por Carlos, no pudo menos de llenarles de ira, diciendo el primero:

—Ya estamos otra vez en presencia de lo desconocido.

—¿Quieres decir?...

—Sí; la mano que ha puesto este comunicado, es la misma que ha contribuido al encuentro del famoso testamento, que ha hecho desaparecer el ataud de tu tío, y que quizás tiende á destruirnos también.

—¿Crees lo que estás diciendo?—preguntó Carlos estremeciéndose.

—¡Vaya si lo creo!

—Pues si esa mano pretende permanecer oculta, mal ha hecho en exhibirse tan pronto; porque este comunicado, con la firma al pié, está demostrando...

—Nada por esa firma; estáte seguro que es mentira.

—¡Cómo!

—Tú mismo te convencerás. Vete á la primera redacción, infórmate respecto á la persona que ha llevado el comunicado, ve á su casa, y no le encontrarás ni podrás dar con él.

Y efectivamente, asi lo hizo Carlos, y las presunciones del marqués quedaron plenamente justificadas.

—Aquí no hay más remedio,—dijo Federico á su amigo,—que cambiar de táctica y seguir otro camino.

—¿Cuál?

—Hoy mismo voy á ver á la marquesa, á fin de que por medio de su amante, ponga á nuestra disposición un agente de policía, de esos que sirven para todo, ¿comprendes?

—No está mal pensado.

—Es el único medio, ya que nos ha inutilizado el anuncio de los periódicos. Veremos la clase de hombre que es el que nos recomiendan, y fácil será que consigamos por ese medio conocer á otra persona que necesitamos para completar nuestro plan.

—¿Qué persona es esa?

—Un escribano que nos haga el testamento que necesitamos.

—Tienes razón.

—Tienes que desengañarte, Carlos, que si no fuera por mí...

—No te lo niego; precisamente sabes que siempre te he dicho que á tí te debía todo lo que era.

—Pues me parece que me has de deber mucho más todavía, porque lo que es hoy, veo tan mal parado tu pleito, que si no nos vamos por el camino que acabo de indicarte, no sé si lo podrás ganar.

Efectivamente, Federico estuvo á ver á la dama de quien había hablado á Carlos, y que en realidad estaba altamente favorecida por la benevolencia del ministro de la Gobernación.

Como se comprenderá muy bien, Federico no dijo á la dama el objeto verdadero de su demanda, pero el resultado fué como esperaba.

La protegida del ministro le prometió que tendría el más diestro de los agentes que había en el Cuerpo de seguridad, y efectivamente, cumplió su promesa.

Tres días después, provisto de una tarjeta de la marquesa, presentóse á Federico un individuo con quien aquél se encerró en su gabinete.

CAPITULO XXVIII

El Ratón

VEAMOS quién era el personaje que el ministro recomendaba, ó, cuando menos, ponía á disposición del marqués para que le ayudase en sus investigaciones.

Santiago Ortiz había sido en sus primeros años un curial vicioso, holgazán y pendenciero, que tenía más afinidades con los presos á quienes iba á ver con motivos de las causas que tenían en la escribanía donde estaba, que con el trabajo de la oficina.

Nadie como él estaba familiarizado con la fraseología carcelaria de los reclusos, ninguno como él estaba tan ducho en el manejo de la navaja, ni con los diversos procedimientos del robo, ni otro había que conociera mejor que él á todos los criminales que había en la villa y corte.

Con todos hablaba, de todos recibía cigarros y copas y monedas, y, sin embargo, cuando llegaba el caso, también sabía decir á la autoridad dónde se les podía cazar.

No había casa de encubridores que él no pudiera descubrir, ni inteligencias que le fueran desconocidas, ni señas que no le fueran familiares.

En cambio, como hemos dicho, en la oficina se quejaban de su incumplimiento, cada día tenían que reprenderle, le despedían á cada momento, y, finalmente, llegó un día en que ya no tuvo escribanía donde presentarse á pedir trabajo.

Era delgado, bajito, pelo rubio, ojos pequeños pero sumamente vivos, boca un tanto hundida, delgados los labios y sumamente pequeños y blancos los dientes.

La flexibilidad de sus miembros y la excesiva movilidad de su fisonomía, había sido el origen del mote conque le designaban sus compañeros, y, efectivamente, el *Ratón*, que así le llamaban, no podía estar mejor aplicado.

Valiente, audaz, frío y cruel cuando llegaba el caso, todos sabían que el *Ratón* no se dejaba mojar la oreja por nadie y que la navaja en sus manos era una arma terriblemente poderosa.

El día en que se encontró sin recursos porque ya no quisieron admitirle en ninguna oficina, entró en cuentas consigo mismo y resolvió vivir en lo sucesivo á costa de los demás.

Empezó por convertirse en baratero y *gancho* y concluyó por convertirse en agente de policía secreta el día en que después de una pendencia que tuvo con otros de su oficio, recibió una herida á traición, que le retuvo en el hospital cerca de dos meses.

Como agente de policía no tenía precio.

Vivía entre los bandidos y cuando llegaba el caso los denunciaba, hasta que, conocido su juego por éstos, se reunieron unos cuantos una vez y le arrimaron una paliza que creyeron dejarle por muerto.

Pero el *Ratón* tenía los huesos muy duros, como él decía, y de la paliza sanó y poco después uno por uno de los que le habían pegado eran cogidos por él mismo y conducidos á la cárcel.

El *Ratón*, como todos le llamaban, llegó á hacerse verdaderamente necesario para las autoridades.

Ninguno como él para descubrir la pista de cualquier personaje político, ni había otro tan á propósito para urdir una conspiración si al gobierno le convenía que así apareciese, para sus fines políticos.

Por supuesto, que esto no quitaba, que si él veía que podía sacar algún partido, avisase diestramente á los perseguidos ó amenazados para que tuvieran tiempo de escaparse, lo cual, como debe comprenderse, le proporcionaba ganancias por dos partes.

No tenía escrúpulo para nada, hacía toda clase de papeles, sabía metamorfosearse según le convenía y había llevado á un extremo tal su estudio para los disfraces, que por medio de un calzado especial que se mandó hacer, su estatura, que pudiera haberle denunciado en algunas ocasiones, la acrecentaba de modo que no era posible creer que fuese el mismo hombre.

Tal era el personaje que estaba en el despacho del marqués del Pino.

Este al verle fijó en él una larga mirada; mirada de inteligente, que conocía inmediatamente el que era objeto de ella.

Así fué que antes que Federico le dijese nada, el agente con aquella audacia que le caracterizaba, se apresuró á decir:

—Vaya, maestro, yo soy el que le conviene.

El marqués no pudo ménos de morderse los labios al ver que había sido adivinado.

—¿Por qué ha dicho usted eso?—le preguntó.

—Muy sencillo; usted está observándome con mirada inteligente y yo quiero ahorrarle ese trabajo mostrándome tal como soy y demostrándole que también le conozco.

—¿Que me conoce usted?

—Sí, señor.

—¿De qué?

—Quien lleva tantos años como yo tratando cierta clase de personas, difícilmente se engaña, señor marqués. Usted necesita un hombre que le sirva, así para lo que puede decirse, como para lo que debe ignorarse; por lo tanto, aquí me tiene usted, que si algo se puede ganar, yo estoy á su disposición.

—¡Hombre! Ese lenguaje...

—Es el que debe usarse entre personas que marchan unidas por un mismo negocio. Conque ahorremos palabras inútiles, y puesto que le he conocido á usted y sabe ya quién soy yo, dígame lo que de mí desea.

—¿Es decir que usted se pone incondicionalmente á mi servicio?

—Según y cómo.

—¿Pues no dice usted?...

—Sí, señor; pero necesito saber lo que voy ganando, porque ya comprenderá usted que uno ha de mirar por sí.

—La recompensa estará siempre en relación con el servicio que me haga.

—Eso es un poco lato y yo quiero algo más concreto. Lo que deseo saber es el servicio que va usted á exigirme.

—El servicio es encontrar á dos niñas huérfanas; de diez años, la una, y de ocho, la otra, que se llaman Emilia aquélla y Clara ésta, hijas del difunto duque del Solar.

—Las cuales,—prosiguió el *Ratón*,—no deben presentarse, en el caso de que parezcan, á su pariente, el sobrino del señor duque, sino al Juez de primera instancia de Arévalo, ¿no es esto?

El marqués miró lleno de asombro á su interlocutor.

—¿Es decir,—exclamó,—que sabe usted?...

—Yo sé todo lo que me conviene. Diga usted si eso es cierto.

—Lo es, efectivamente.

—Ahora necesito una explicación.

—¿Cuál?

—Cómo y qué interés tiene usted en este asunto.

—Muy sencillo, soy íntimo amigo de Carlos, el sobrino del difunto duque del Solar.

—Y quiere usted que parezcan esas dos criaturas, ¿no es esto?

—Sí, señor.

—Muy bien,—repuso el *Ràtón* mirando fijamente al marqués.—Ya tenemos la parte pública, digámoslo así, del negocio. Veamos ahora la parte secreta.

El marqués no pudo menos de palidecer al escuchar á su interlocutor.

—No comprendo lo que quiere usted decir.

—¡Ya lo creo que lo comprende!—repuso éste con su imperturbabilidad que aumentaba la turbación del mar-

qués.—Y la prueba de que lo comprende, es la misma palidez de su semblante, la misma impresión que le ha causado mi pregunta. Señor marqués, — prosiguió el *Ratón* con firmeza,—conmigo hay que jugar á cartas vistas. Yo no me asusto por nada y estoy dispuesto á todo, mientras haya dinero que ganar; conque así suelte la lengua sin reparo, que yo le diré si puede hacerse ó no, lo que usted pretenda.

—Pero si ya se lo he dicho; hay que encontrar á esas dos criaturas.

—¿Cuándo han desaparecido de su casa, y en virtud de qué razones han desaparecido?

—Mas...

—Necesito saberlo todo para poder apreciar el hecho.

—Pero si los antecedentes no son necesarios. Aquí sólo se trata de lo presente.

—En ese caso me veré obligado á declinar la honra que me ha hecho mi jefe, y me retiraré, con su permiso, porque no quiero aventurar mi reputación en un asunto respecto al cual comprendo que no podría quedar airoso.

Y el *Ratón* al decir estas palabras, se levantó de su asiento disponiéndose á partir.

El marqués no tuvo más remedio que darse á partido.

—Muy exigente es usted,—dijo.

—Debo serlo porque tengo la conciencia de lo que valgo. Otro cualquiera aceptaría de primera intención.

—En fin, puesto que cree usted indispensable conocer esa historia, se la referiré en breves palabras.

—No necesito más que los términos generales ¿com-

prende usted? Dígame solamente las *ies* que yo ya les pondré los puntos.

El marqués refirió á su interlocutor como se había verificado el casamiento del duque, las circunstancias en virtud de las cuales éste había creído que debía arrojar de su lado á su esposa y sus hijas, como había fallecido después ignorando dónde se hallaban aquéllas, y, finalmente, como al presentarse Carlos á tomar posesión de la herencia se había encontrado con aquel testamento del duque, instituyendo por herederas de sus bienes á sus hijas.

Con profunda atención estuvo escuchándole el agente.

Y cuando concluyó, le dijo:

—Ahora ya me parece que veo claro el asunto.

—Me alegraré que así sea.

—A ustedes les conviene que las niñas hayan desaparecido realmente, ¿no es así?

—A mí me tiene sin cuidado que parezcan ó no; aquí, como usted comprenderá, se trata de un amigo íntimo que...

—Vamos, señor marqués, que no soy ningún niño de teta á quién fácilmente se puede engañar. Usted lleva en este negocio tanto interés como su amigo, ó quizás más todavía.

—Sus suposiciones son terribles.

—Pero exactas; esas niñas no deben parecer, es decir, deben parecer dos partidas de defunción que acrediten que han muerto. Eso es lo que ustedes quieren.

—No estaría mal que la casualidad hubiese hecho eso,—dijo el marqués.

—Pues si la casualidad hace á veces unas cosas tan raras...

—Por eso mismo.

—Ahora, como le he dicho, veo algo más claro el asunto y meditaré sobre él. Yo le contestaré.

—¿Cuándo?

—Dentro de poco. Quizás de aquí dos ó tres días.

—¿Tanto tiempo necesita usted para formar su plan?

—Sí, señor.

—Pero hombre, ¿usted sabe lo urgente que es resolver ese negocio?

—Sí por cierto. No puedo ir más deprisa.

—Como usted quiera. Pero ya que va usted á estudiar, por decirlo así, lo que puede hacer, permítame que le haga una observación que usted podrá madurarla también.

—Diga usted.

—¿No podría hacerse un testamento con fecha posterior al que existe, el cual se consignara que en el caso de fallecimiento de las legítimas herederas?...

—¡Ya! pasasen los bienes al sobrino del duque; ¿no es esto?

—Justamente.

—Bien,—repuso el *Ratón* al cabo de algunos momentos.—También pensaremos sobre ello.

Poco después el agente de policía, abandonaba la casa del marqués.

CAPITULO XXIX

Los trabajos del Ratón

Cuando el agente de policía salía de la casa del marqués, iba murmurando:

—No creas que me engañas. Yo sabré todo lo que me conviene, antes de aceptar compromiso alguno. No sé por qué veo aquí algo parecido á una lluvia de billetes de Banco, y es menester saberla aprovechar. Yo no he tenido noticia nunca, ni tampoco me ha hecho falta para comer, conocer á ese señor duque del Solar, pero ahora es necesario que nos hagamos muy amigos, porque indudablemente de sus millones, alguno me ha de tocar.

Y el *Ratón*, que como vulgarmente se dice, sabía por donde había de empezar, tomó el tren aquella misma noche, y se dirigió á Avila.

Allí le dieron algunas noticias; pero para completarlas se marchó á Arévalo.

Y no se dirigió á un cualquiera para adquirir informes, sino que se presentó al mismo Juez, solicitando hablar con él; una vez en su presencia, le dijo:

—Supongo que le extrañará á usted que una persona desconocida, haya mostrado tanta insistencia por hablarle, á pesar de habérseme dicho que estaba usted muy ocupado.

—Este es un juzgado en que hay mucho trabajo siempre,—repuso el Juez,—y crea usted que á pesar de mis buenos deseos de recibir á todo el mundo, me veo obligado muchas veces á hacer esperar á las personas que vienen á favorecerme con sus visitas.

—Procuraré ser muy breve, porque sé de sobra el valor del tiempo, en cargos como el que usted ejerce.

—Ahora ya no tengo prisa, y suplico á usted que no vaya á tomar mis palabras como un pretexto para eludir la conversación.

—De todos modos, yo tampoco puedo disponer de mucho tiempo y si aquí he venido, ha sido para darle, aun cuando muy pequeña, alguna noticia respecto á esos anuncios que han circulado en los periódicos sobre el paradero de unas niñas, hijas del difunto duque del Solar.

—¡Cómo! ¡sabe usted algo!

—Le diré á usted, algo me parece que sí; pero no sé hasta dónde podrá servirle á usted esto.

—Hable usted, hable usted,—exclamó el juez, vivamente.

Aquella noticia tenía para él un valor extraordinario, y desde el primer momento el *Ratón* había adquiri-

do proporciones verdaderamente extraordinarias para él.

—Yo soy,—dijo el polizonte,—un propietario de la provincia de Salamanca, Roque Pardiñas, para servir á usted.

—Muy señor mío,—contestó el juez, saludando al rico propietario.

—Hace un mes, ó cosa así, en ocasión que me hallaba visitando algunos campos de mi propiedad, cerca de Ledesma, que es donde yo resido, y donde tiene usted su casa, tropecé con un pobre hombre que iba con dos niñas, precisamente de la misma edad que indica el suelto que se ha puesto en los periódicos, y digo de la misma edad, porque al preguntárselo, el mismo anciano me lo dijo.

—Es decir que usted habló con ellos.

—¡Pues ya lo creo! Habíame sentado junto á la misma margen de mi posesión, y como en los pueblos ya sabe usted que todo llama la atención y uno es curioso hasta por necesidad, me acerqué á ellos y de ver la gana con que se estaban comiendo un pedazo de pan y un poco de queso, casi casi me entraron ganas de tomar parte en su frugal banquete. Y así se lo dije.

—¿Y qué le contestaron á usted?

—El viejo me ofreció muy cortesmente, y las niñas, que eran muy lindas, por cierto, se apresuraron á dejarme un lugar entre ellas.

—Y en seguida usted les preguntaría...

—Lo que era natural en casos semejantes.

—Se comprende. ¿Y qué le dijeron á usted?

—El viejo me dijo que era viudo y entonces le pregunté si aquellas eran sus hijas.

—¿Y contesto...?

—Que no lo eran, sino dos huerfanitas que había recogido.

—¡Eso dijo! ¿Y dónde se dirigían?

—Según me indicó á Portugal.

—¡A Portugal! pues que, ¿tenía familia allí?

—Al hacerle esa pregunta, se mostró un poco reservado, y no sé por qué me figuré que aquel hombre debía tener alguna razón poderosa para salir de España.

—¿Y no pensó usted que pudiera ser?...

—¿Acaso algún criminal?

—No por cierto; otros son los criminales. Si era ese hombre el que yo me figuro, no se alejaba de España por haber hecho nada malo, si no tal vez, por librar á esas pobres criaturas de sus infames perseguidores.

—¡Qué dice usted!—exclamó el *Ratón,* simulando la mayor sorpresa.

—Sí, señor; esas pobres niñas, en el caso de ser las que estamos buscando...

—Yo diré á usted, yo oí que se llamaban entre sí Clara y Emilia, y como precisamente esos nombres son los que se citan en el periódico... Ellas iban vestidas de luto.

—Son las mismas, señor don Roque, son las mismas; mil gracias por los datos que me acaba usted de proporcionar.

—Pero de veras ¿es tan importante el hallazgo de esas criaturas?

—Como que de él depende el castigo de algunos crímenes.

—¡Cómo! ¡Crímenes dice usted!

—Sí, señor. El destino de esas pobrecitas ha sido bien malo desde su nacimiento. Pudiendo disfrutar de

una posición muy desahogada porque el señor duque difunto, era riquísimo, las infelices han tenido que andar como mendigas por esos mundos de Dios.

—¿Pues y su padre?

—Esa es toda una historia dolorosísima, historia de infamias que le horrorizaría á usted si la conociera.

—Pero si no puedo volver en mí del asombro que me causa lo que está usted diciendo, señor Juez. ¿Cómo el señor duque pudo dejar á sus hijas de esa manera? ¿dónde estaba su madre que así se resignaba á vivir lejos de sus hijas? ¿No tenían estas niñas parientes ni nadie que se interesara por ellas?

—De tal modo se las había aislado, que no tenían á nadie; un miserable amigo se había apoderado por completo del señor duque, y éste no veía ni pensaba más que como á su amigo le convenía.

—¿Y qué intención se llevaba ese hombre?

—Pues, sencillamente, la de vengarse de la esposa de su amigo que había rechazado como mujer honrada sus indecorosas indicaciones, y vengarse también de un hermanastro del señor duque, modelo de honradez y de lealtad, que había castigado como mereció, al infame amigo de su hermano.

—Vamos, ya me parece que empiezo á comprender...

—No, señor, don Roque, no lo comprenderá usted, porque no es posible que nadie se imagine la perversidad con que fué urdiéndose la trama, que dió por resultado la desgracia de toda esa familia.

—Pero sabe usted que eso es horrible.

—¡Ya lo creo! ¿Cómo se las pudo componer aquel miserable, que en un momento dado, el duque sorprendió

á su hermano hablando con su mujer, y creyéndoles culpables, á él le dió una puñalada dejándole por muerto; á ella la echó de su casa con sus hijas y aprovechándose de que su casamiento no se había publicado, hizo desaparecer de los libros parroquiales las partidas de bautismo y de matrimonio respectivamente, y esa pobre familia se hundió en la desgracia más espantosa que usted se puede imaginar.

—Pero si parece una novela lo que está usted contando.

—Pues historia y bien verídica es por cierto.

—Pero bien; todos esos crímenes se habrán castigado y...

—Ya se castigarán; la Providencia ha permitido que todo vaya aclarándose, y el día en que las niñas se encuentren, caerá el castigo sobre los culpables.

—Luego hay más de uno,—dijo el *Ratón*, para quien no pasaban desapercibidas ninguna de las palabras del Juez.

—¡Ya lo creo! como que ese hombre se había buscado un cómplice, en un falso pariente que había proporcionado al duque.

—Pero eso es un tejido de infamias.

—Sí, señor, sí; no de infamias solamente si no de crímenes.

—Pues señor, me deja usted completamente parado, y si yo hubiera podido sospechar semejante cosa, ¿cómo era posible que hubiese dejado salir de mis tierras á aquel pobre hombre y á las niñas?

—Desgracia ha sido; pero de todas maneras esa indicación de usted puede servirnos de mucho, y hoy mismo me dirigiré á las autoridades portuguesas á fin

de ver si podemos dar con las huellas de las personas que buscamos.

—Pero permítame usted, señor Juez, que le haga una pregunta.

—Las que usted quiera, señor don Roque.

—¿Por qué, si la autoridad conoce al autor ó á los autores de todos esos crímenes, no los ha castigado ya?

—Porque espera que las pesquisas que esa gente ha de hacer sin duda alguna para encontrar á esas niñas y deshacerse de ellas, le sirvan para descubrir su paradero.

—¡Ah, ya! Esa gente, sin duda, tendrá interés en encontrarlas...

—Para quitarlas de en medio, porque esos dos individuos de quien le hablo, habían pensado partirse la herencia del señor duque; pero les ha salido la criada respondona, como se dice vulgarmente, por efecto del testamento que ha parecido, en virtud del cual, todos los bienes se los deja á sus hijas, y únicamente si éstas fallecen irán á parar á su sobrino.

CAPITULO XXX

El Ratón sigue adquiriendo inapreciables noticias

IMPRESIONARON de tal modo al polizonte, á pesar de todo el dominio que tenía sobre sí, las últimas palabras del Juez, que no pudo menos de lanzar una exclamación de asombro.

Su interlocutor sorprendido por ella, le dijo:

—¿Qué es eso?

El *Ratón* se contuvo inmediatamente, y contestó con el mayor aplomo:

—Francamente, señor Juez, ese último golpe del duque, me reconcilia un poco con su memoria, porque vamos, si le he de ser á usted franco, me subleva á que haya hombres en el mundo que así se dejen supeditar por otros.

—Por supuesto que el duque ya tuvo ocasión de convencerse, de lo que era el tal amigo.

—¡Ah! sí.

—¡Toma! como que se batieron, y parece que la suerte no le fué muy favorable al que tanto daño le había hecho.

—La lástima fué que no le dejó en el sitio,—repuso el polizonte con una indignación magistralmente fingida.

—Pero crea usted que ya pagó también bien caro lo del desafío.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que se supone y aún no se supone, si no que se tienen pruebas, de que la muerte del duque no fué natural.

—¡Jesús!

—Sí, señor, sí; lo que usted oye.

—¿Pero es posible que todavía subsista ese mónstruo?

—Déjele usted que ya le conocemos, y sabemos cómo y cuándo encontrarle.

—Y dígame usted, señor Juez, y usted dispense todas estas preguntas que le hago, con las cuales le estoy á usted entreteniendo y haciéndole perder un tiempo preciosísimo tal vez.

—Usted es muy dueño y no me mortifica en lo más mínimo. Por el contrario, tengo un verdadero placer en hablar con la persona que tan espontáneamente ha venido á proporcionarme noticias de tanta importancia.

—Lo que yo siento, como le he dicho, es el no haber sabido algo de esto siquiera, cuando encontré á esas criaturas.

—De todos modos el dato es tan interesante, como oportuno.

—Pues iba á preguntarle á usted una cosa que ha llamado mi atención durante su relato.

—¿Y es?

—¿Murió el hermano del señor duque? porque como le he oído á usted hablar en plural al referirse á la parte que han de tomar en el castigo de los culpables, he sossospechado si se tratara del hermano del señor duque.

El Juez, no pudo menos de turbarse ligeramente.

El *Ratón* que le contemplaba atentamente, sorprendió aquella turbación y una imperceptible sonrisa vagó por sus labios.

El Juez se repuso en seguida, y dijo:

—No, eso ya es una costumbre que tengo. Del hermano del señor duque no se ha vuelto á saber nada, absolutamente nada.

—Tal vez haya muerto,—dijo el polizonte.

—Puede que sí.

—Sería lástima, porque siendo como usted ha dicho un hombre tan recto y tan honrado, casi, casi, podría ser un enemigo muy terrible para... para esos criminales de quien me ha hablado usted.

—Desde luego,—repuso el Juez que desde el momento en que la conversación había llegado á aquel punto, se mostraba ya un tanto reservado.

El *Ratón* lo comprendió, y sin duda sabía ya lo suficiente porque no pretendió prolongar más su visita.

Salió de allí, y se apresuró á dirigirse á la posada.

Una vez en ella, sacó su cartera y estuvo escribiendo en ella durante un buen espacio.

—Interesantísimas son todas las notas que he consignado aquí, y presumo que con todos los datos adquiridos voy á construir admirablemente la historia de ese

señor marqués que tanto interés tiene en encontrar á esas niñas. Todavía necesito saber algo más.

Y guardándose cuidadosamente la cartera, sacó de la maleta de mano que llevaba una barba y unos anteojos azules, se los guardó en el bolsillo, y salió de Arévalo, dirigiéndose en virtud de las indicaciones que se le dieron, hacia la posesión del Solar.

Una vez allí, preguntó por el mayordomo del difunto duque.

Habíase enterado oportunamente de que éste era el depositario nombrado por el tribunal.

José, le recibió afablemente y le dijo mirándole con curiosidad.

—¿En qué puedo servir á usted?

El *Ratón* entonces aproximándose á él, le dijo en voz baja y afectando gran misterio:

—Vengo en nombre del hermano del señor duque.

—¿Qué? ¿qué ha dicho usted? ¿en nombre de don Andrés?

—Justamente, de don Andrés.

Y la sorpresa que se retrató en el semblante del anciano, acabó de corroborar la idea que ya había germinado en su imaginación en casa del juez.

Porque la sorpresa de José no era la que se experimenta cuando se habla de una persona de quien no se han tenido noticias en mucho tiempo, sino la que se recibe de una noticia ó un encargo, sin haber sido previamente avisado.

Es decir, que el *Ratón* comprendió que José sabía que existía el hermano del duque, que estaba en relaciones con él y que lo único que había llamado su atención era que él se hubiese presentado allí sin haberle prevenido antes.

—He dicho á usted,—prosiguió,—que me envía don Andrés.

—Y bien, ¿qué es lo qué quiere?—dijo el anciano.

—Saber si tiene usted alguna noticia referente á las niñas.

—¿Eso le ha dicho á usted?

Y la mirada de José, escrutadora y llena de desconfianza, se clavó en el rostro del *Ratón*.

Y tan intensa fué, que éste á pesar de toda su serenidad no pudo menos de inmutarse.

—Me parece,—dijo el mayordomo,—que usted se ha equivocado.

—¿Quién? ¿yo?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Porque no debe ser á mí á quien le ha dirigido esa persona de quien usted habla.

—¿Pues no es usted el mayordomo del señor duque?

—Sí, señor.

—¿Y no está usted en relaciones con don Andrés?

—Hace muchos años que don Andrés desapareció de España y no tengo noticias de que haya vuelto. Si usted lo sabe, puesto que viene de su parte, alguna prueba me traerá de ello.

—¿Qué prueba quiere usted que yo le traiga? No ha hecho más que decirme que le vea á usted en su nombre y que le haga esa pregunta; me parece que la prueba no puede ser mejor, cuando juntos están ustedes ocupándose en descubrir el paradero de esas criaturas.

—No soy yo quien se ocupa, porque eso es la autoridad quien lo hace. Yo entregué al señor juez el testamento de mi difunto señor, y nada más.

—Pero si don Andrés me ha dicho...

—Suplico á usted que no hablemos de don Andrés, porque es un nombre para mí muy venerado, le he llorado ya por muerto, y mientras no tenga una prueba exacta de su existencia, juzgo inútil que sigamos hablando sobre el particular.

—¿Es decir que desconfía usted de mí?

—Me guardaré muy bien de hacer semejante cosa, máxime cuando no tengo el gusto de conocerle si no es para servirle.

—Yo puedo asegurarle que he hablado con don Andrés.

—Muy extraño me parece que no haya venido por aquí.

—Por eso me ha enviado á verle en su nombre. El mismo me ha dicho todas las diligencias que están ustedes practicando.

—Pues vamos, caballero, siento decir á usted que ha sido víctima, sin duda, de alguno que ha querido jugarle una broma un poco pesada por cierto.

—Pero...

—Vuelvo á repetirle á usted que don Andrés ha muerto sin duda, y que no es decoroso por ningún estilo invocar el nombre de los muertos para asuntos de esta especie.

CAPITULO XXXI

Condiciones del Ratón

El acento con que José pronunció las anteriores palabras, fué tan firme y tan resuelto, que el agente de policía no pudo menos de comprender que nada adelantaría siguiendo por aquel camino. Y como de otro modo no sabía cómo tratar aquel asunto, prefirió batirse en retirada, dándose aires de estar profundamente ofendido.

—No creí,—dijo,—que don Andrés me expusiera á semejante desaire.

—Es lo que he dicho á usted; se han querido reir sin duda, ó tal vez le han hecho á usted víctima de una mala fe que no comprendo.

—Le repito á usted que la persona que me ha enviado se llama D. Andrés del Cerro.

—A veces hay coincidencias de nombres y de apellidos, y quizás esta sea una de ellas.

—No, señor; se trata del hermano del señor duque.

—Pues bien; cuando ese hermano, como usted dice, se me dé á conocer y yo tenga la seguridad de que realmente es él, no sólo le reconoceré, si no que obedeceré la menor de sus indicaciones como es obligación mía el hacerlo; pero de otro modo, ya comprenderá usted que esto sería hacerme yo mismo cómplice en una superchería, cuya verdadera razón no puedo adivinar.

—Supongo que con esas palabras, no tratará usted de ofenderme.

—Muy lejos de mi pensamiento está semejante cosa. Le digo á usted lo que hay de verdad en lo que pienso, y nada más.

—Pues siento infinito no haber caído en que necesitaba una credencial, digámoslo así, para ser reconocido por usted,—repuso el *Ratón*, con acento cuya ironía trataba de encubrir el despecho.

—Verdaderamente,—repuso José con extremada cortesía,—que si hizo usted mal en no haber pensado que en los años transcurridos y teniendo en cuenta los acontecimientos que en esta casa han tenido lugar, habíamos de vivir muy prevenidos y no se había de dar crédito á la primera persona que viniera anunciándose como que era D. Andrés del Cerro ó que venía en representación suya. Habrá sido una distracción, yo lo comprendo perfectamente; pero ¿qué quiere usted que le diga? es una distracción imperdonable, y yo creería faltar á mi deber si admitiera como cierta, por su dicho únicamente, la aparición de don Andrés, y mucho menos puedo admitir á usted con el carácter de enviado suyo.

—Muy bien, veo que efectivamente es usted un modelo de previsión y de cordura y á pesar de lo mal que

me ha tratado usted le recomendaré muy eficazmente á mi amigo don Andrés, porque los buenos servidores escasean y cuando se encuentra uno, es necesario conservarle.

—Yo no hago más que cumplir con mi deber y no creo que en mi comportamiento se encierre nada de particular.

—Pero vamos, ahora dejando aparte el carácter con que yo he venido á esta casa y que usted no quiere reconocer con muy justísimas razones, á la verdad, ¿ha sabido usted algo de esas niñas sobrinas de mi amigo?

—No, señor, yo no sé nada; y si algo se supiera, esté usted seguro que yo sería la última persona á quien se confiarían semejantes noticias.

—¿Por qué?

—Porque eso es cosa de los tribunales; yo no soy más que un mero administrador de estos dominios hasta que se presenten los verdaderos herederos.

—¡Ya! pero á pesar de eso me parece que está usted interesado igualmente...

—En que se depure la verdad y en que parezcan las hijas de mi difunto señor, eso desde luego; pero ya le digo que por mi parte ni puedo hacer nada en ese sentido, ni sé nada absolutamente.

—Vamos, veo que estoy de desgracia en todo.

Y el *Ratón*, comprendiendo que nada recabaría de aquel hombre, disimulando á duras penas su despecho, salió del Solar dirigiéndose á Arévalo donde tomó el tren que había de conducirle á Avila.

Entretanto José había cogido la pluma y se puso á escribir á Andrés una larga carta dándole cuenta de la extraña visita que había tenido y de lo que había

mediado en su entrevista con el desconocido personaje.

Y no paró en esto lo hecho por el anciano mayordomo.

Aquella misma tarde se marchó á ver al Juez de Arévalo, á quien le dijo lo que le había ocurrido.

Sin saber por qué, aquella autoridad encontró cierta analogía entre la visita que tuvo José y la que él también había tenido del rico propietario de Ledesma.

—Pues yo también he tenido,—dijo el Juez,—otra visita en la cual se me han dado algunas noticias respecto á las niñas. ¿Qué señas tenía ese individuo que según dice ha estado á verle?

Dióselas José y el Juez moviendo la cabeza á uno y otro lado, repuso:

—No, no coinciden con las del que ha estado á verme.

José no pudo menos de mirar sorprendido al Juez.

—¿Y qué le ha dicho á usted?

—Pues ha venido, en virtud de los anuncios puestos en los periódicos, á decirme que hace un mes próximamente, encontró dos niñas que iban acompañadas por un hombre, coincidiendo la edad y los nombres de las criaturas, con los de las hijas del duque.

—¡Un mes!

—Próximamente, eso me ha dicho.

—Pues vamos, ese señor se ha engañado sin duda.

—¿Por qué?

—Porque hace dos meses muy cerca que las niñas desaparecieron de Avila, no en compañía de un hombre solo, sino de toda una familia como era el marido y la mujer, y creo que uno ó dos muchachos. Y según opina don Andrés, debieron dirigirse á Madrid.

El Juez no pudo menos de comprender que no carecía de razón, en lo que decía José.

—De todos modos,—dijo,—ya podría ser que emprendiesen el camino hacia Madrid hace dos meses, y que con posterioridad los viese ese caballero en sus tierras de Ledesma.

—Malo, señor Juez; me parece que entre la persona que ha hablado con usted y la que ha venido á verme, debe existir más de un punto de semejanza.

—Lo que es las señas, no coinciden.

—Pero el modo misterioso de uno y otro, el pretexto con el cual han venido aquí para adquirir noticias quizás, y han ido al Solar con el mismo objeto, parecen ofrecer cierta analogía, y si esto es así hemos de convenir en que esa gente presiente que está amenazada, y trata de sacar el mejor partido posible.

—Quizás tenga usted razón; pero verdaderamente que se necesitaría una audacia de primer orden, para dar todos estos pasos.

—¡Oh! señor Juez, usted no conoce á esos bribones. Son de lo peor que existe, porque tienen habilidad, inteligencia y maldad suficientes para envolvernos á todos, si no vivimos prevenidos.

El Juez no pudo menos de reconocer en su interior que había obrado con alguna ligereza, respondiendo á ciertas preguntas de las que el *Ratón* le había hecho.

Pero se guardó muy bien de decir nada á José, formando el propósito para lo sucesivo, de no hablar con nadie sobre aquel particular.

José, á su vez, regresó al Solar y encargó á todos los dependientes de la posesión que ejercieran una gran vigilancia y sobre todo que á nadie contestaran, pregun-

táranles lo que quisieran respecto á la familia del duque.

Sin embargo, ya había sabido bastante el agente de policía.

Con las noticias que adquirió en Arévalo, en Avila las completó, tomando antecedentes respecto al marqués del Pino y á Carlos.

Inmediatamente se dirigió á Madrid, y allí comenzó á hacer las pesquisas en diferente sentido.

Recordó lo que se le había dicho respecto á la desarreglada conducta que el marqués había llevado, y valiéndose de su carácter de agente, comenzó á rebuscar en los archivos de la sección de orden público y fué encontrando más de un escándalo en que había tomado parte cierto Federico Montesinos, encontró también el nombre de Carlos mezclado en alguno de ellos, vió que los dos habían estado en la cárcel alguna vez, y que el segundo estuvo también en el correccional de Alcalá, y dijo después de haber adquirido todos estos datos:

—Pues señor, de muy necio he de pecar si no sé sacar partido de todo esto. Por de pronto comienzo á ver claro lo que hay aquí. En primer lugar, reuniendo estas noticias con las que ya tengo del mismo Juez ese sobrino cuyo parentesco no encuentro en la época que estuvo en el presidio, debe ser algún sobrino de ocasión y que entre los dos formaron el proyecto de apoderarse de la herencia del duque. Hoy ven que la herencia se les escapa y quieren recobrarla haciendo desaparecer esas niñas á las cuales también está buscando el doctor Andrés. Que éste existe es indudable, porque, por más que me ha dicho aquel mayordomo, soy muy buen fisonomista y he visto el efecto que mis palabras le produjeron. Si yo pudiese saber dónde pára ese hom-

bre, estaría mucho más simplificada mi operación. En fin, ya veremos todo lo que podemos hacer, que indudablemente es mucho.

Y el agente de policía llevóse meditando un buen espacio antes de decidirse, por presentarse en casa del marqués.

Este le esperaba lleno de impaciencia.

Así fué que al recibir el anuncio de su visita, se apresuró á presentarse en el saloncito donde le esperaba. diciéndole:

—Vamos, amigo mío, que bien ha tardado usted en resolverse. Desde anteayer le estoy esperando.

—Ha de tener usted en cuenta que el asunto de que se trata no puede resolverse con la premura que usted desearía. Es muy delicado.

—Pero vamos á ver,—exclamó Federico con impaciencia,—¿usted lo ha pensado ya?

—Sí, señor.

—Pues entonces, podrá decirme desde luego si acepta ó no.

—A eso he venido.

—¿Y acepta usted?

—Sí, señor; en el caso de que mis condiciones sean aprobadas.

CAPITULO XXXII

El Ratón va adquiriendo cada vez mayores proporciones

DEMOSTRÓ desde luego á Federico, el acento con que el agente de policía pronunció las anteriores frases, que aquel hombre no estaba dispuesto á transigir, sino mediante alguna cantidad excesivamente crecida.

Pero como que él necesitaba la cooperación suya, estaba dispuesto de antemano á aceptarlo todo.

Así fué que le dijo:

—Hable usted, que me parece que no ha de quedar descontento de mí.

El *Ratón* reflexionó durante algunos momentos, y después dijo:

—En todo negocio, señor marqués, hay siempre dos caras. Una que se ve, y otra que permanece oculta. Si se juzga por la primera, la importancia siempre suele

ser pequeña, pero si se consigue ver la segunda, entonces es cuando puede apreciarse debidamente el verdadero valor que representa.

El marqués no pudo menos de mirar lleno de asombro á su interlocutor.

Las palabras de éste, tal vez para otra persona habrían carecido de importancia, pero para él la tenían y muy grande.

Desde luego argüían que el polizonte pretendía haber adivinado de lo que se trataba.

Y si así era, había que estar muy prevenido porque las exigencias podrían ser ó muy grandes, ó bien negarse á representar el papel que él pretendía hacerle jugar en aquel negocio.

El agente esperaba la contestación del marqués á la indicación que él acababa de hacer.

Así lo comprendió Federico, y dominando del mejor modo que pudo el efecto que le había producido, dijo:

—Ya tiene usted razón; todos los negocios tienen una importancia real y otra relativa.

—Por lo mismo, es necesario estudiar, más bien aquélla que ésta.

—Me parece que en el de que nosotros estamos tratando...

—Dispénseme usted, señor marqués; en el que nosotros tratamos, quizás más que en otros, la importancia real es la que verdaderamente debemos estudiar.

—Me parece que le hablé á usted bien claro.

—Sí, señor; usted me dijo aquello que creyó conveniente decirme.

—El servicio que yo deseaba de usted.

—Dispénseme; pero el servicio de que usted me hablaba, no es el que necesitaba.

—Si usted lo ha adivinado, en ese caso puede formularme sus proposiciones.

—Vamos á cuentas, porque hablando de este modo no llegaríamos á entendernos, y yo tengo formado ya mi plan.

—¡Oh! usted ha formado ya un plan.

—Para hablar con usted.

—Creí que para aceptar el encargo.

—Eso será después que hayamos hablado.

—Pues entonces, empiece usted.

—Señor marqués, parece que andamos jugando al escondite, y le advierto á usted que conmigo es inútil esa clase de juego.

—No comprendo lo que quiere usted decirme.

—Necesito que se me hable muy claro, que no se me usen rodeos de ningún género, y que se me diga la verdad, sin ambaje alguno.

—Me parece que le hablé bien claro, que le dije que tanto mi amigo como yo, teníamos un verdadero interés en encontrar á esas niñas, que al fin y al cabo son primas de mi amigo.

—Dispénseme usted; pero no comprendo esa clase de parentesco, cuando no consta que el señor duque del Solar estuviera casado.

—Eso no importa.

—Muchísimo; porque cuando se hicieron desaparecer las partidas de matrimonio y de bautismo respectivamente, de la esposa y de las hijas del señor duque, prueba ya que había la intención determinada de borrar su estado civil, y no comprendo, como le digo, por qué

se invoque ese parentesco, si entonces se hizo desaparecer.

El marqués quedó un tanto desconcertado con aquella salida que no esperaba.

—No sé qué me quiere usted decir con eso.

—Contésteme usted á esta sola pregunta. ¿Es ó no verdad que usted, ú otro cualquiera, hicieron desaparecer esas partidas?

—No tengo noticia...

—En ese caso,—dijo el *Ratón* levantándose de su asiento,—me parece que es inútil que continuemos esta conversación. No nos podríamos entender, y como usted debe tener otras cosas de que ocuparse y yo también, no debemos prolongar una conversación que á nada ha de conducir.

—Pero que es eso; ¿se marcha usted?—dijo Federico cada vez más sorprendido.

—Sí, señor. Yo profeso aquella máxima inglesa de que el tiempo es dinero, y el que aquí perderíamos hablando de tonterías, vale más aprovecharlo en algo de verdadera utilidad. Conque estoy á las órdenes de usted.

Y el polizonte dió algunos pasos en dirección á la puerta.

—Pero oiga usted, amigo mío; me parece que todavía no ha formulado usted sus proposiciones.

—Envolviéndose en esta reserva, ¿cómo quiere usted que yo haga proposición de ningún género?

—No sé á qué reserva alude usted. Vamos, acérquese y hablemos como dos personas que reunen condiciones para entenderse.

—Si usted se propone ser franco, puede que nos entendamos.

—Lo seré.

—En ese caso hablemos.

Y el *Ratón* volvió á tomar asiento cerca del marqués.

—Estábamos diciendo que hay un verdadero interés en encontrar á esas dos niñas.

—¿Para qué?

—¡Hombre! semejante pregunta...

—Volvemos á las nebulosidades. Vaya, tendré yo que hablar, porque sino quizás no conseguiríamos entendernos.

—Pues hable usted.

—Siento cansarle, porque precisamente uno de mis defectos es cuando he de tratar un negocio, recordar historias ya pasadas, pero que sin embargo se relacionan ó pueden relacionarse muy bien con ciertos hechos presentes.

El marqués miró sorprendido á su interlocutor, mirada que éste comprendió muy bien, y que le obligó á decir:

—Comprendo que le sorprende á usted mi lenguaje y que está usted preguntándose dónde trataré de ir á parar; pero pronto lo comprenderá usted. Como en la policía se saben muchas cosas que la generalidad desconoce, y yo hace muchos años que pertenezco á ella, sé, tal vez más que otros, muchas, muchísimas historias interesantes por más de un concepto. Una de estas se refiere á dos jóvenes que hace ya bastantes años eran muy amigos, casi del mismo pueblo, ricos los dos, noble el uno y plebeyo el otro. Quizás de esta diferencia de condiciones sociales debió nacer cierto antagonismo, digámoslo así, del plebeyo respecto al noble, que pudo servir de base para todos los sucesos que se desarrollaron después.

—Veo, amigo mío,—dijo el marqués sonriéndose,—que tiene usted condiciones inapreciables de narrador.

—Por lo menos procuro no entretener á mis oyentes con digresiones inútiles. El plebeyo debía tener muchos vicios, porque llevaba en Madrid una existencia muy accidentada y en esa existencia conoció á otro individuo, un cualquiera, uno de esos seres que brotan entre el fango de las grandes poblaciones, que toman forma más ó menos seductora, pero que siempre están revelando la primera materia que contribuyó á su formación. Como se hizo la unión de estos dos seres, como simpatizaron, como vivieron, cómo y por qué circunstancias estuvieron juntos en la cárcel, como el uno fué á presidio y el otro procuró sacarle de él, todo esto no es cuestión de que lo tratemos detenidamente, pero sí puedo asegurarle que aquellos dos personajes estaban íntimamente ligados y, finalmente, el plebeyo rico, con el propósito, tal vez, de crearse un auxiliar que secundase sus propósitos cerca de su paisano el noble, adjudicó un parentesco *sui generis* al plebeyo pobre, y de la noche á la mañana lo metió en casa de su amigo, previo, sin duda, algún contrato, en virtud del cual habrían de repartirse la piel del león en el momento en que se la arrancaran. ¿Qué le parece á usted, señor marqués?

Federico comprendía demasiado todo aquello que quería decir el agente de policía.

Sin embargo, resistiéndose hasta el último momento contestó, afectando la mayor indiferencia:

—Confieso á usted que no comprendo gran cosa. No sé dónde puede usted ir á parar con esa historia.

—Lo siento. En fin, quizás después lo comprenda usted.

—Mucho me alegraré.

—El noble encontró en su camino una mujer de quien se enamoró, pero su amigo el plebeyo rico, á quien no convenía que aquel sintiera una verdadera afección, se las compuso de modo que la pobre niña fué villanamente engañada y abandonada después. Pero un hermano del noble, persona que siempre había sido altamente antipática al plebeyo, quizás porque le conocía mucho, encontró medio de arreglarlo todo, y un día supieron tanto el plebeyo rico como su compañero, el sobrino postizo del noble, que éste se había casado. Y ya puede usted comprender lo que uno y otro hablarían al ver que sus esperanzas se destruían.

—¿Es decir que usted cree que esas esperanzas existían?—dijo Federico.

—¡Ya lo creo que lo sé! ¿no ve usted que de todo estoy enterado?

—¿De todo?—preguntó Federico intencionadamente.

—De todo,—contestó con seguridad el *Ratón*,—y dentro de poco juzgará usted de un modo exacto si estoy enterado ó no.

CAPITULO XXXIII

Continúa el Ratón su historia

El marqués empezaba á estar violento.

Ya veía que el polizonte estaba sobradamente enterado de todo; pero no podía adivinar lo qué pretendía después de haber terminado su historia.

Si sabiéndola, como ya no podía quedarle duda, estaba allí y hablaba con él, no podía llevar una intención siniestra, es decir, no pensaba hacer uso de su autoridad para prenderle; esto era indudable.

Pero si no era para esto, forzosamente habría de ser para explotar aquel secreto, que por razón del cargo que ejercía, podía haber descubierto.

Mas, ¿en qué forma y por qué medios trataba de realizar aquella explotación?

Esto era lo que preocupaba á Federico.

El polizonte le contemplaba profundamente.

Y su mirada turbaba de un modo extraordinario al marqués.

—Los dos amigos,—prosiguió el polizonte,—formaron entonces el plan, plan verdaderamente lógico, dadas las circunstancias especiales en que se hallaban, de esterilizar todos los esfuerzos hechos por el hermano del noble, procurando sembrar la desconfianza en el corazón de éste respecto aquél y anulando al mismo tiempo, la natural influencia que la esposa debiera tener sobre el marido. Hubo más todavía. ¡Mire usted que fué diabólico el plan que se les ocurrió! querían que apareciesen culpables de adulterio la pobre esposa y el hermano honrado.

—No estaba mal pensado,—dijo el marqués comprendiendo que debía entrar ya de un modo resuelto en la situación, puesto que ésta se iba acentuando cada vez más.

—Por de pronto consiguieron relegar á la pobre esposa á una posesión lejana de Madrid, que tenía el noble.

—Ya era buen principio.

—A usted le parece así, ¿eh?

—Desde luego.

—Pues ya verá usted el fin. El noble tuvo una hija, y esto, como es consiguiente, acababa de destruir las esperanzas que los otros habían formado. Mas no desistieron por ello; al contrario, entonces era menester, no solamente anular al hermano y á la esposa, sino quitar los derechos á la hija.

—¡Trabajo tendrían!—repuso Federico con un acento indescribible.

—Sí; pero aquellos hombres eran muy hábiles; sabían ocultar tan perfectamente su juego, que no sólo alcanzaron lo que se proponían respecto al hermano y á la esposa, sino que también hicieron desaparecer del libro de bautismos y del de matrimonios, las partidas que les estorbaban. La pobre esposa fué arrojada ignominiosamente del hogar doméstico, sin que tuviera derecho á reclamación de ninguna especie, puesto que legalmente no podía justificar su derecho, y los dos hombres consideraron ya su triunfo asegurado.

—¡Ya lo creo!

—Y sin embargo, no fué así. El noble debió sospechar algo de lo que había pasado y un día abofeteó á su amigo; de esto resultó un duelo, tras el cual el noble se retiró á su posesión, y su amigo, tal vez entonces, formó el proyecto, con el falso pariente, de abreviar los días de aquél, como así sucedió.

—¿Pero no se ha podido probar?

—¡Oh! Cuando el crimen existe, esté usted seguro que siempre se encuentra medio para probarle.

El marqués palideció.

Y esta palidez no pasó desapercibida para el polizonte, que no dejaba de observarle.

—Y lo más peregrino del caso,—prosiguió éste,—fué que casi en los momentos en que el noble moría, la esposa y las hijas habían llegado á España en un estado sumamente miserable, y la pobre madre murió en el camino, cerca, muy cerca de la casa que habitaba el plebeyo que había contribuido tanto para su desgracia. Para que vea usted qué cosas tan raras suceden en el mundo; precisamente las niñas fueron á buscar amparo á la casa de ese mismo individuo.

—Sí, coincidencias raras,—repuso el marqués mordiéndose los labios.—Pero ¿sabe usted que observo una cosa?—continuó, con un acento en que vibraba la más punzante ironía;—¿sabe usted, repito, que está usted muy enterado de toda esta historia?

—¡Pues no he de estarlo!... ¡y de otras muchas cosas también, señor marqués! En este mundo, suele servir de muchísimo el saber ciertas cosas.

—¡Ya lo creo! porque de ese modo es más fácil exigir...

—Con la seguridad de que se atiendan las exigencias que uno pueda tener.

—Vaya; pues vamos á cuentas, señor mío,—repuso Federico, rompiendo ya resueltamente por todo;—¿qué es lo que usted quiere?

—Parece que ha comprendido usted ya que estaba enterado de toda la historia...

—Usted contésteme á lo que le digo.

—Y ha conocido usted también el fin á qué tendía.

—Vamos, vamos, señor de Ortiz; terminemos, y dígame resueltamente qué es lo que pretende.

—Dispénseme usted que le diga una cosa.

—¿Qué?

—Que lo primero de todo ha de ser que usted me diga lo qué quiere.

—Creo que ya se lo dije.

—No, señor.

—¡Cómo! ¿pues no le signifiqué á usted desde nuestra primera entrevista cuál era el objeto de ella?

—Vuelvo á repetirle que no lo sé.

—Vamos, hombre, ¿querrá usted decirme á mí...?

—Sí, señor, que no lo sé; porque, después de todo

lo que yo conozco, lo que usted pretende hacerme creer, no puede ser verdad. Me parece que no puedo hablarle más claro.

—Pero...

—Mire usted, yo sé que cuando ustedes creían tener ya asegurada la herencia del duque del Solar, ha aparecido un testamento de éste, en virtud del cual lega todos sus bienes á esas niñas y les deja á ustedes, como vulgarmente se dice, con un palmo de narices.

—Bien, ¿y qué?

—¿Y querrán ustedes hacerme creer á mí, á mí que conozco quizás más que ustedes mismos á la humanidad en general, que buscan á esas niñas con el desinteresado objeto de ponerlas en posesión de la herencia?

—¿No era la voluntad del difunto?

—Sí, pero la de ustedes fué la de desheredarlas.

—El tiempo suele modificar las ideas y los propósitos.

—Pero el tiempo no modifica en nada las de ustedes. Si pretenden encontrar á esas criaturas, es para hacerlas desaparecer.

—¡Hombre, hombre! Mucho adelanta usted.

—Es que para tratar con ustedes es preciso adelantar. Por eso le dije al principio que todo negocio tiene dos caras, una que se ve y otra que es necesario ver, y yo me he ido más bien á buscar ésta que aquélla.

—¿Y está usted dispuesto á entrar en negocio, considerándole bajo el prisma de la segunda?

—Según y cuánto.

—¿Cuánto? no he de ser yo quien lo ha de decir,— repuso el marqués, acentuando sus palabras del mismo modo que lo hizo el *Ratón*.

—El cuánto debe regularse por el valor que representa el servicio.

—Desde luego.

—Y además por los riesgos ó por las contingencias que la cosa pueda ofrecer.

—Me parece que esas contingencias en este caso no son de gran importancia.

—De eso ya hablaremos después.

—En fin, formule usted su petición.

—La herencia del duque, en números redondos, sube á unos seis millones de pesetas.

—Por ahí, por ahí.

—Pues bien; depositenme ustedes un millón en el Banco, y entonces podremos hablar.

Al escuchar la proposición, el marqués no fué dueño de reprimir un movimiento de sorpresa.

—Le sorprende á usted la exigencia, ¿no es así?—repuso Ortiz,—pues esta cantidad no se refiere más que á la cuestión de las niñas.

—¿Pues acaso hay alguna otra?

—Puede que sí.

—¿Y quiere usted que esa otra se la pague separadamente?

—Sí, señor.

—Pues entonces diga usted que la herencia del duque va á ser para usted.

—Será para los dos en tal caso, porque usted ya tenía formado su plan de que fuese suya.

—No señor, sería de Carlos.

—Pero aquí entre los dos, marqués, ¿no sabe usted lo mismo que yo, que es muy cuestionable el derecho de Carlos á la herencia del duque? ¿no sabe usted también que no hay tal parentesco?

La confusión de Federico, iba en aumento.

Lo que aquél hombre sabía le aterraba.

¿Quién le había enterado de todos aquellos detalles? ¿cómo lo había sabido? ¿con qué objeto se había enterado de ellos?

Era inútil tratar de fingir en él.

En su consecuencia le dijo:

—No sé quién ha podido decir semejante cosa.

—Usted y yo lo sabemos.

—Y bien, aun cuando eso sea verdad, ante el mundo Carlos...

—Carlos no es nada; aquí usted lo que pretende es heredarle en todo y por todo, y francamente, para que sea usted quien se lo coma, vale mucho más que seamos los dos, si es que nos lo dejan comer.

—No sé quién lo impediría si esas dos niñas desaparecen.

—Ahí es donde está la madre del cordero, señor marqués, y me sorprende que usted que de tanta previsión ha dado muestra, no se le haya ocurrido acertar, ó cuando menos pensar en ciertas coincidencias dignas de tenerse en cuenta.

CAPITULO XXXIV

Las suposiciones de un agente de policía

Las palabras pronunciadas por el *Ratón*, sorprendieron á su interlocutor, que se le quedó mirando.

Este continuó al cabo de algunos momentos:

—Yo, que no me encontraba en el caso de usted, he pensado y no sé, pero creo haber acertado.

—Pero haber acertado ¿el qué?

—Antes de todo es menester que dejemos resuelta la primera cuestión.

—No comprendo.

—Yo le he hecho á usted una exigencia, á ella no me ha contestado; ultimémosla si á usted le parece y después podremos hablar de lo demás.

—Es verdad, no me acordaba. Me parece que le dije que la exigencia era demasiado grande.

—Pues si á usted le parece así, podemos dejarla y que no se hable más del asunto.

—¡Pero, hombre! ¿es posible que con usted no haya medio de transigir? ¿Tiene usted acaso palabra de rey?

—Tengo mi palabra y nada más; pido una cosa, y como tengo la convicción de que lo que pido es justo, ni modifico, ni disminuyo, ni transijo. Si conviene se acepta y si no se deja.

—¿De modo que exige usted ese millón?

—Sí, señor.

—Pues bien, dígame usted en cambio qué es lo que por esa cantidad me promete.

—Lo que usted desea: encontrar á esas dos niñas, ó mejor dicho, recoger dos partidas de defunción á fin de que la herencia llegue á su poder.

—¿Pero usted sabe algo respecto á estas criaturas?

—No, señor.

—Yo puedo darle á usted algunos antecedentes. Lo que siento es haber perdido la pista del modo que la perdí.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que las encontré hará cosa de un mes y no supe aprovechar el encuentro.

—¡Hombre! si que es raro que interesándole á usted como le interesaba un hallazgo tal, lo dejara usted perder.

—Figúrese usted que iba yo por la calle, cuando de pronto ví á dos chiquillas que iban hablando con un joven. Me sorprendió el metal de su voz y maquinalmente me puse á seguirlas, hasta que las ví entrar en una

casa de la calle de San Vicente alta. Excitada mi curiosidad, entré en una tienda que había junto á la misma puerta de la casa y supe todo lo que necesitaba. Eran las dos chiquillas, las que tanto había buscado, las que tuve en mi poder y que se fueron de mi casa por una necedad mía.

—¿Y con quién estaban?

—Con el mismo que se las había llevado; con Vicente el jardinero que había estado en mi casa.

—¿Y qué hacía ese Vicente en Madrid?

—Estaba de mozo de oficios en un ministerio.

—Ha dicho usted que estaba, ¿luégo no está en el día?

—¡Cá! no, señor; figúrese usted que al día inmediato envié yo una persona de mi confianza á la casa, porque sabía que las chiquillas se quedaban solas en ella y me encontré con que la tarde anterior habían salido fuera de Madrid.

—¿Dónde habían ido?

—Dijeron que á Vicente le habían dado un destino en Aranjuez. Pero ¡cá! en Aranjuez no había tal hombre ni desde entonces se ha vuelto á saber nada de esa familia. Ya ve usted si es raro.

—No por cierto, yo lo encuentro sumamente natural.

El marqués miró asombrado á su interlocutor.

—¿No sé por qué dice usted eso?—repuso.

—Sencillamente, porque lo que sucedió sin duda fué que Vicente le vería á usted, sospecharía; tal vez en la misma tienda le dirían que usted había estado informándose, y asustado por las consecuencias de aquel encuentro, para hacerle á usted perder las huellas, fingi-

ría ese viaje á Aranjuez, pero estoy seguro que lo que ha hecho ha sido trasladarse á otro barrio.

—Puede que tenga usted razón, — repuso Federico.

—En fin, eso ya me encargaré yo de averiguarlo.

—De modo que estamos entendidos sobre ese particular.

—Todavía no, porque no hemos concertado lo del depósito.

—¡Cómo, lo del depósito!

—He dicho á usted que quería un millón depositado en el Banco.

—Pero hombre, ¿de dónde quiere usted que saque esa cantidad?

—¡Ya lo creo! si no en metálico, la tiene usted en valores, en escrituras de fincas. Precisamente la fortuna de usted, que también la conozco, representa doble de esta cantidad. Si no hubiese sabido que la operación había facilidad para llevarla á cabo, puede abrigar la seguridad de que nada le hubiese dicho.

El marqués estaba cogido.

No tenía otro remedio que aceptar, so pena de perder la eficaz cooperación de aquel hombre.

En su consecuencia, le dijo:

—Está bien; se hará el depósito de esos títulos de propiedad en el Banco; pero, como usted debe comprender, ese depósito ha de tener un término. Vamos á ver qué plazo se le ocurre fijar para ultimar el negocio.

—Cuatro meses como máximum.

—¿Y si al cabo de esos cuatro meses nada ha conseguido usted?

—Puede estar seguro que lo conseguiré; porque como aquí lo válido han de ser las partidas de defunción, ya encontraremos la manera de hacerlas.

—Está bien; en ese caso, el día en que Carlos entre en posesión de la herencia, dispondrá usted de esa cantidad.

—Antes de eso, y para todos los gastos que se ocasionen, que han de ser excesivos, como usted debe comprender, será preciso que me dé usted...

—Lo sé; desde luego, puede contar con lo que sea preciso.

—Pues entonces, estamos corrientes. Vamos ahora á la segunda parte, que para ustedes es la más esencial...

—¿Cuál es?

—La de las coincidencias que le había indicado, y en las cuales no se ha fijado usted sin duda.

—No sé á qué puede usted referirse.

—¿No le ha parecido á usted muy extraño que tanto José, el mayordomo del difunto duque, como el juez de Arévalo, tan dispuestos en los primeros momentos á poner á don Carlos en posesión de la herencia de su tío, cambiaran tan súbitamente de modo de pensar, y apareciese un testamento del cual no se había hablado antes, y que precisamente fuera á encontrarse después que don Carlos había salido del Solar?

—¡Pero hombre! ¿quién le ha dicho á usted todo eso? ¿cómo sabe usted todas esas cosas?

—Ya le he dicho que yo sé todo aquello que tengo necesidad de saber. No trate usted de averiguar ahora cómo y por qué lo he sabido; lo que ha de hacer es contestarme á la pregunta que acabo de hacerle.

—Según dijo José, la casualidad le había hecho descubrir aquel documento.

—¡Extraña casualidad!

—Sospecharía usted...

—Otra pregunta.

—Usted dirá.

—¿No han tratado ustedes de averiguar, pero de un modo exacto, qué fué de aquel hermano del duque, que desapareció de un modo tan misterioso?

—La opinión general es que murió.

—Bueno; pero la opinión no significa nada. Esas cosas deben comprobarse siempre.

—Pero ¿de qué manera? Si empezamos por ignorar el lugar en que estaba.

—Yo creo que decían que se hallaba en América.

—Eso dijeron.

—¿Y ustedes no le han preguntado nada á José?

—No, porque hemos comprendido que era completamente inútil. ¡Si el duque nada sabía!

—¡Quién sabe!

—Pues vamos á ver, Ortiz; ¿es que usted sabe algo?

—Tratando de saber estoy; porque, francamente, lo que á ustedes no se les ha ocurrido es lo que á mí me está preocupando.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que para mí, Andrés vive.

—¡Cómo!

Y el marqués dió un respingo sobre su asiento, mirando fijamente á su interlocutor.

—Y no solamente vive, sino que está en España.

—¡Pero Ortiz! Mire usted que esas palabras...

—Y no solamente está en España, sino que está de acuerdo con el juez y ha visto á José, y él ha sido quien ha puesto esos anuncios en los periódicos para que las niñas se dirijan al juzgado de Arévalo. Esta es mi opinión, y puede usted estar seguro que se halla tan próxima á la realidad, que más no puede ser.

CAPITULO XXXV

El marqués empieza á comprender que va acertado el agente de policía

VIBRABA con tal convicción el acento con que pronunció el *Ratón* aquellas palabras, que Federico no pudo menos de sentirse vivamente impresionado.

Su interlocutor saboreó, por decirlo así, el efecto que había producido y dijo después:

—Ya ve usted si yo me he estado ocupando del negocio en el corto espacio que ha mediado desde nuestra anterior entrevista.

—Sí, sí; ya veo que efectivamente ha pensado usted en ello.

—Y sobre todo me parece que he acertado.

—En cuanto á eso ya discrepamos, porque si Andrés, como usted cree, estuviera en España, no es de los que

acostumbran á esconder el rostro. Ya se hubiese presentado en Arévalo ó en Avila y es posible que nos hubiese dado que hacer.

—Pues lo dará, no les quepa á ustedes duda.

—Yo no lo creo.

—¡Pero hombre! si todo está demostrándoles á ustedes que hay alguna cosa oculta en la sombra, que es la que se agita y la que contraría los propósitos que ustedes han formado. Vamos á ver, ¿quién ha dicho y de dónde ha partido la especie de que Carlos no era tal sobrino del duque? ¿Ustedes se lo han dicho á alguien?

—¡Hombre! ¿y á quién se lo habíamos de decir?

—Por lo mismo ¿no procede de alguien que se encuentra muy enterado?

—Es que Andrés nada sabía.

—Sin duda que se lo iría á decir á ustedes.

—¡Oh! sí, bien se ve que usted no le ha conocido. Si Andrés hubiese sabido en su época, que Carlos no era lo que aparentaba, tenga usted la seguridad de que se lo hubiera manifestado á su hermano sin rodeos de ninguna especie.

—Pero el que no lo supiera entonces, no es una razón para que haya dejado de saberlo después. Veo que es usted un tanto obcecado y este es un mal cuando se trata de negocios de esta magnitud. Hay que ponerse siempre en lo peor y precisamente lo peor que ustedes pueden tener en este asunto es que el médico se mezcle en su juego.

—Ya lo creo que sería un mal.

—Y en su consecuencia, por donde hemos de empezar es por descubrir á ese hombre.

—¿Tanta fe tiene usted en que realmente sea Andrés quien mueva todo esto?

—Ya se ve que la tengo, sino lo creyese así no se lo diría, y al descubrimiento de esta incógnita es precisamente á lo que voy á dedicarme antes todavía que á la cuestión de las niñas.

—No conseguirá usted nada.

—Lo veremos.

—¿No ve usted que yo conozco perfectamente á Andrés y sé que si él estuviese aquí ya se habría presentado?

—Por lo mismo que sabe que usted le conoce y conociéndole podía precaverse de sus tiros, es por lo que se ha propuesto permanecer en la sombra.

El marqués comenzaba á vacilar en su creencia.

Realmente en lo que decía Ortiz no iba descaminado.

Y él todavía mucho más que el agente, tenía motivos para preocuparse y para dar crédito á lo que aquél decía.

Porque ya recordaremos que algunas veces al hablar con Carlos respecto á los sucesos subsiguientes á la muerte del duque, se había sorprendido y hasta había sospechado que algo se agitaba entre la sombra, que les era contrario.

Aquella desaparición del cadáver del duque del sitio en que Carlos y Gontrán le dejaran, la actitud en que se había colocado Juan respecto á él, actitud que finalmente le había puesto en el caso de librarse de su confidente del modo que lo hizo; la desaparición de Vicente con las chiquillas, el que éste preparase pistas falsas á fin de que no le pudiera coger, fueron sucesos que llamaron su atención y que al relacionarlos ahora con los otros que citaba el *Ratón*, verdaderamente parecían demos-

trar la existencia de una persona que á favor del misterio estaba trabajando para destruir todos sus proyectos.

—Parece,—dijo el *Ratón* viéndole que se había quedado un tanto preocupado,—que mis palabras le han producido algún efecto.

—Sí, señor, no se lo niego y usted me ha hecho caer en algunas incidencias á que no había dado importancia y que ahora con lo que me ha dicho parecen ya tener alguna relación.

—Para mí, vuelvo á repetirle que es innegable la existencia de Andrés en España y tal vez muy cerca de nosotros.

—¡Si tal supiera!

—No podría usted hacer más ni menos que lo que yo pretendo, desde el momento en que me pongo á su servicio.

—Es decir que usted...

—Sí, señor; con su cuenta y razón también; porque ha de tener presente que tratándose como se trata de un servicio de ese género, la cosa varía ya de precio. ¿Comprende usted?

—¿Todavía quiere usted más?

—Es lo natural. Si por casualidad acierto en mi suposición, si Andrés realmente existe ¿cree usted que podrían triunfar aun en el caso de que encontrásemos á esas niñas ó de que las hiciéramos aparecer muertas con todos los documentos necesarios para justificarlo? Contésteme usted con entera franqueza.

—No, señor.

—Pues entonces ya ve usted si tiene importancia el quitar de en medio á la persona que podría inuti-

lizar en absoluto cuanto nosotros tratáramos de hacer.

—No se lo puedo negar.

—¿Y no merece eso que aumentemos la cantidad anterior en unos cuantos miles de duros más?

—No quiero que diga usted que regateo el servicio. Cuanto usted quiera, tendrá, si se realiza lo que pretende.

—Y se realizará, porque ahora voy á emprender la campaña por otro estilo.

—¡Cómo!

—Lo primero que hay que hacer aquí, es obligar á ese hombre á que se descubra.

—Si él se empeña en permanecer oculto, será muy difícil.

—¡Quién sabe!

—¿Qué intenta usted hacer?

—Por el momento lo ignoro; pero exijo de usted y de Carlos una cosa muy necesaria para el logro del objeto que perseguimos.

—¿Qué?

—Necesito una obediencia absoluta para todo cuanto yo les diga.

—Es natural; la parte de acción será para mí; pero ustedes tienen que contribuir necesariamente á preparar las cosas de la manera que yo les diré.

—Por mi parte tenga usted la seguridad de que una vez encargado de estas gestiones, me tendrá á su disposición para todo.

—Necesito que me dé usted algunos antecedentes más.

—Todos cuantos usted quiera.

—¿Sabe usted si hay fuera de la casa del duque, alguno de sus criados que se hubiese marchado de allí por algún resentimiento?

—No, porque precisamente los que Carlos puso, al hacerse cargo de la casa cuando salió de ella la madre de esas criaturas, volvió el duque á llevarlos después que tuvo el duelo conmigo.

—Y usted, ¿qué criados son los que tiene?

—De los míos ninguno puede servir para nada. Unicamente tenía uno que estaba demasiado enterado, y tuve la buena suerte de que muriera en los montes de Toledo.

—¡Ya!

Y la entonación de Ortiz, al pronunciar este monosílabo, fué tal, que el marqués se turbó algún tanto.

—Ese es el inconveniente que tiene el saber ciertas cosas de los amos,—prosiguió el agente de policía, haciendo un gesto harto significativo.

—Ahora que me acuerdo, he de decirle á usted una cosa, que quizás le pueda servir de mucho.

—¿Qué es?

—Yo tenía en mi casa un muchacho muy listo, madera bien dispuesta para cualquier cosa.

—¿Y qué pasó con este muchacho?

—Que de la noche á la mañana, creo que á los dos ó tres días de haber muerto ese otro criado que le digo, desapareció de mi casa sin que hubiese mediado como motivo que justificara su desaparición la más mínima incomodidad ni la cuestión más pequeña.

—¿Cómo se llamaba ese muchacho?

—José Corrales, pero sus compañeros le llamaban el *Pito*, porque era bastante alto y muy delgado.

—¿Y no sabe usted dónde se marchó?

—No por cierto.

—Ya veremos de encontrarlo.

Todavía continuaron hablando durante un buen espacio Ortiz y el marqués, tomando el agente de policía cuantas noticias creyó pertinentes para su objeto.

CAPITULO XXXVI

Qué hacía Andrés entretanto

AJENO se encontraba el doctor del Cerro de las apreciaciones que respecto á él estaban haciéndose.

Llegó á Madrid, estableció su casa, según sabemos que pretendía hacerlo, é inmediatamente envió al *Pito* un aviso para que fuese á verle.

José Corrales, puesto que este era el nombre que tenía el mozo, había sufrido una transformación completa en los pocos días que habían transcurrido desde su salida de casa del marqués.

Ya dijimos en otro lugar, que el jovenzuelo era materia perfectamente dispuesta para el bien ó para el mal, según el impulso que recibiera.

En medio de todo, es necesario conceder, que para

el bien tenía más predisposición, si recordamos los primeros años del joven y el cariño que profesaba á su madre.

La memoria de ésta, no se había borrado de su pensamiento ni un solo instante.

Para poder llevar á su madre las medicinas que necesitaba, Pepe se dejó arrastrar por el camino que conduce al crimen.

Sin embargo, le repugnaba lo que hacía, y únicamente le movía á ello la carencia de otro medio más honrado y la necesidad de su madre.

Felizmente para él, tropezó con Juan en el momento más crítico de su vida.

Si cuando al mayordomo del marqués se le ocurrió reclamar al muchacho como su pariente, no lo hubiese hecho, el *Pito* habría sido conducido á la cárcel, allí habría completado su educación y habría llegado á ser uno de los miembros podridos que, por desgracia tanto abundan en nuestra sociedad.

A pesar de sus cortos años, no dejó el mozo de comprender lo mucho que debía á Juan, y de aquí el cariño que le profesaba, la gratitud que por él sentía y lo dispuesto que estaba á obedecer el más mínimo de sus mandatos.

Todo el cariño que hubiera profesado á su madre, cuyo recuerdo como hemos dicho no se borraba de su pensamiento, lo había reconcentrado en aquel hombre, á quién debía su salvación.

Obedecer la última voluntad de Juan, era para Pepe un deber ineludible, y vengar su memoria otro deber más sagrado todavía.

Después de su conversación con Andrés, la transfor-

mación que ya comenzara á verificarse en él desde las primeras confidencias de Juan, tomó mayores proporciones, y según hemos dicho, al llegar á Madrid era difícil reconocer en aquel joven grave y profundamente preocupado, al atolondrado mozallón que estaba sirviendo en casa del marqués del Pino.

Cuando se presentó en casa de Andrés, éste no pudo menos de contemplarle con una marcada expresión de complacencia.

—Vamos á ver, hijo mío,—le dijo,—¿qué has hecho desde que has llegado á Madrid?

—Recorrer todos los sitios donde he creído que podría encontrar á las personas que necesitamos.

—¿Y las has encontrado?

—Ayer ví al marqués del Pino.

—¿Y su amigo? ¿vive con él?

—No, señor.

—Pues, es necesario que veas de encontrar una habitación próxima á la del marqués.

—La misma idea se me había ocurrido, y como si la suerte se hubiera empeñado en favorecerme, ví un cuarto desalquilado frente por frente á la casa que aquel ocupa.

—Pues, es preciso tomarlo.

—Hay otra circunstancia que también llamó mi atención, y que podría servirnos de mucho si á usted le parece.

—¿Qué?

—La casa en cuestión forma esquina, y la que tiene al lado por la calle inmediata, se conoce que debe ser quizás del mismo propietario, porque tiene la misma distribución que ésta á que me refiero.

—¿Y qué quieres decirme con eso?—preguntó Andrés que no acertaba dónde pensaba ir á parar el joven.

—Los dos entresuelos de esta segunda casa que le digo, están desalquilados. Si tomásemos el que da á la parte del que usted dice que alquile, y abriésemos una comunicación interior, podríamos tener dos casas con dos salidas diferentes, que en realidad no sería más que una.

El doctor se quedó pensativo algunos momentos.

Después, dijo:

—Quizás tengas razón.

—A mí me ha parecido que esto podía ser muy conveniente.

—Y lo es en efecto, sí; desde luego, apruebo tu idea.

—En su consecuencia, si á usted le parece, veré al propietario y bajo el pretexto de establecer unas oficinas... de cualquier cosa, le propondré la apertura de esa comunicación.

—No,—contestó Andrés después de haber reflexionado;—eso no puede ser, porque las oficinas no existirían, esto podría excitar alguna sospecha y precisamente eso es lo que no conviene.

—Pues entonces...

—Aquí se han de tomar esas dos habitaciones desde luego y bajo nombres diferentes y por personas distintas.

—Entonces ya no tenemos caso, me parece á mí, porque si el objeto es tener dos salidas...

—La comunicación la abriremos nosotros, para cuyo efecto ya se le pedirá al amo permiso para hacer algunas obras, y la comunicación se hará sin que nadie se entere de que existe. Aquí hay que tener en cuenta que

hemos de luchar con enemigos sumamente diestros que tienen una astucia igual á su habilidad y que si empiezan á sospechar de nosotros, sería muy fácil que llegaran á descubrirnos.

—Me parece que todos procuraremos evitar que esa gente se aperciba de nada.

—¡Oh! sí, por lo mismo que siempre hemos de estar recelando, hemos de vivir muy prevenidos.

—Yo me ceñiré en un todo á las instrucciones que usted me dé.

—Por lo pronto, hijo mío, aquí hay necesidad de darte una personalidad completamente distinta. Tu verdadero nombre hay que ocultarle bajo otro nombre de combate.

—¿Y cómo he de hacer eso?

—Ya me encargaré yo de ello. Al mismo tiempo, es menester que en tu semblante introduzcas alguna variación que te desfigure algún tanto, porque la casualidad, que á veces se encarga de destruir las mejores combinaciones, podría hacer que te encontrase el marqués.

—A Dios gracias, tengo la vista muy perspicaz, y le veré desde lejos.

—De todos modos, hay que hacer lo que te digo. También me encargaré de proporcionarte alguna buena mujer anciana para que te sirva de ama de gobierno, porque como te he dicho, es preciso cubrir en todo y por todo las apariencias.

—He dicho á usted que incondicionalmente me tiene á sus órdenes, disponga usted de mí, señor, porque mi único deseo es conseguir encontrar á esas pobres niñas y vengar á mi pobre amigo.

—Todo lo conseguiremos si Dios nos ayuda.

El doctor, se ocupó efectivamente en todo lo que había dicho á Pepe.

Pocos días después, el *Pito* tenía todos los documentos que necesitaba para acreditar que era Alejandro Martínez, hijo de un antiguo empleado en Filipinas. A este nombre tomó el entresuelo de la casa de que habló á Andrés, y compró la casa de la otra calle, alquilando el entresuelo á un tal don Jerónimo Jiménez.

Cuando supo esto Pepe, dijo:

—¿Pero va usted á venir á habitar esa otra casa?

—No,—repuso el médico.—Don Jerónimo es una bellísima persona de quien se me han hecho los mayores elogios y que realmente puede servirme por las circunstancias especiales que en él concurren. A tí mismo podrá servirte de experto guía.

Pepe, significó á don Andrés, que el tiempo que le quedara libre en las diligencias que había de practicar, quería dedicarlo á instruirse, resolución que el médico elogió en gran manera.

CAPITULO XXXVII

Quién era D. Jerónimo Jiménez

ANDRÉS, según manifestamos en otro lugar tenía lejano parentesco con el presidente de la Audiencia de Madrid, el cual le había servido ya, como sabemos, en la cuestión del juez de Arévalo.

A éste se dirigió también para la nueva personalidad del *Pito* y para que le proporcionase una persona á propósito para ama de gobierno del joven.

Y, efectivamente, doña Ramona Castañeda, viuda de un modesto empleado en Gobernación, respondió cumplidamente á las aspiraciones del doctor.

Afectuosa, honrada, circunscribiéndose á cumplir con su deber, impuesta por Andrés, en parte, de lo que éste intentaba, era la persona más á propósito que podía haber encontrado para su objeto.

José simpatizó con ella desde el primer momento.

Aquella buena señora, le recordó á su pobre madre, y así fué que la dijo:

—Mire usted, señora, en esta casa, en lo que esencialmente se refiera á mí, puede usted obrar con entera libertad. Repréndame usted cuando cometa alguna inconveniencia, aconséjame cuando lo crea conveniente; obre en fin como podría obrar mi pobre madre si viviera.

—¡Por Dios don Alejandro, no diga usted eso!

—Otra súplica debo hacerla; no me llame don Alejandro, suprima usted ese don, que ninguna madre pone á su hijo.

—Pero...

—Si yo pretendo que usted ocupe cerca de mí el lugar de mi pobre madre. Usted tiene un hijo que hace muchos años está ausente; yo procuraré en cuanto me sea posible, llenar ese vacío que en su corazón ha mantenido abierto constantemente su ausencia.

La pobre mujer no pudo menos de sentir que las lágrimas acudían á sus ojos á la evocación de aquel recuerdo y exclamó:

—¡Pobre hijo mío!

—Su hijo de usted está trabajando lejos de aquí para adquirirse un nombre; déjeme que yo le reemplace hasta que vuelva á reunirse con usted.

Y Ramona no pudo menos de bendecir aquel joven, tan bueno y tan cariñoso, que desde el primer momento abjuraba de todos sus derechos de amo de casa, para contraer el deber de agradarla y complacerla.

Andrés supo esto y no pudo menos de felicitarse por la buena elección que había hecho de la persona que juzgaba como el primer elemento para encontrar á sus sobrinas.

Hablando aquel día con el magistrado, le dijo:

—Necesito una persona que conozca perfectamente á todos los bribones que tanto abundan en la corte; un agente de policía pero honrado y leal, que acostumbrado á seguir, con la tenacidad que debe distinguir á las personas de su clase, la pista de un crimen, pueda yo ponerla sobre la de esas criaturas, sin temor que se pase al bando del marqués, atraído por la mayor ganancia que ellos puedan prometerle.

—Ya sabes,—le contestó su pariente,—que nuestros agentes de policía no están en el mismo caso que los franceses ó ingleses; la organización de esta clase en España no está en las mismas condiciones que en aquellos países, y si bien tenemos agentes que no carecen de destreza y de perseverancia, son los menos. Sin embargo, ya veré si puedo encontrarte alguno como tú deseas.

—Una cosa he de advertir á usted,—repuso el médico,—que si ese agente pudiera ser uno que ya no perteneciera al cuerpo, sería mucho mejor.

—¡Hombre! me parece que tengo lo que deseas. No sé dónde andará ahora ni en que sé ocupará, pero ya me enteraré. Si le encontramos tú verás lo que vale. Precisamente por valer tanto estaba siempre postergado, y, finalmente, se separó del cuerpo. Yo le conocí mucho y he tenido ocasión de apreciarle en lo que verdaderamente valía. Como en nuestro país, por desgracia, la política lo domina todo, mi buen Jerónimo, que así se llama, gustaba más de perseguir al verdadero criminal que al político conspirador y esto le ocasionó más de un disgusto. A mí me daba noticias muy interesantes que me sirvieron de mucho para el descubrimiento de muchos crímenes. No tengas cuidado que hoy sabré dónde pára.

Efectivamente, don Jerónimo Jiménez era sin disputa alguna el hombre que más valía en el ramo de policía.

Si alguna vez ha podido decirse que una persona nace con aptitudes especiales para una profesión determinada, en ningún caso pudo estar mejor aplicado que tratándose de don Jerónimo.

Desde sus primeros años demostró un espíritu de observación y una memoria prodigiosa.

Su padre era oficial de una escribanía de cámara, y como es consiguiente, apenas el chico estuvo en disposición fué á ayudar á su padre.

Y con él iba á hacer notificaciones á los presos y escuchaba las conversaciones que abogados y jueces solían tener en la escribanía y seguía con diligente atención la marcha de cuantos procesos célebres ocurrían, y cuando llegó á los diez y ocho años, era una especie de archivo ambulante de cuanto había ocurrido de notable no sólo en la Audiencia Territorial de Madrid, sino en todas las de España.

Conocía las causas célebres del extranjero, le eran completamente familiares los nombres de los criminales más famosos, había ido haciendo unos apuntes de todo ello, donde estaban clasificados con suma escrupulosidad fechas, hechos, personas, señas particulares, procedimientos para la comisión de los diversos crímenes, etc., etc.; y que muchas veces le había hecho exclamar á su padre:

—Este chico, para agente de policía, no tendría precio.

Jerónimo estudiaba Derecho y todo hacía esperar en él una verdadera eminencia, porque respecto al código había hecho y estaba haciendo unos estudios especiales.

Desgraciadamente para él, murió su padre, tras penosísima y costosa enfermedad, y se quedó el mayor de cuatro hermanos, jefe de la familia.

Antes que pensar en seguir la carrera tuvo que pensar en sostener á su madre y á sus hermanos, y Jerónimo supo mostrarse á la altura de las circunstancias.

Le dieron la plaza que su padre desempeñaba en la escribanía, pues el escribano conocía perfectamente las aptitudes del joven, y así pudo ir atendiendo á las necesidades de su casa.

Más tarde, un juez que le quería muchísimo y que sabía lo que verdaderamente valía, fué nombrado gobernador de una provincia importante, y se lo llevó consigo de jefe de orden público.

De una probidad intachable, recto, atrevido y valiente para cumplir con su deber, Jerónimo, una vez puesto en el verdadero terreno de sus aspiraciones, bien pronto comenzó á llamar la atención.

Se le dieron diversas comisiones, y en todas demostró su sagacidad y su astucia, y esto le valió el pasar á Madrid de jefe especial del ramo.

Si en provincias que desconocía, y donde como fácilmente se comprende, había de tropezar con grandes dificultades, tuvo ocasión de prestar grandes servicios, en Madrid, donde conocía á todos los criminales, donde sabía sus guaridas, sus costumbres, su modo de ser, en una palabra, sus servicios fueron de gran valor.

Por desgracia para Jerónimo, en la cuestión política era completamente intransigente.

—A mí destínenme ustedes siempre á la persecución de criminales,—decía á sus jefes,—en ese terreno creo saber mucho, quizás más que otros; el crimen, por más

misterioso que se presente, por más oscuridad que haya en su comisión, no me ofrece dificultades; pero no me encarguen ustedes que vaya á prender á ningún reo político ni que me ocupe en descubrir una conspiración. Ni sirvo para eso, ni lo podría hacer aun cuando sirviera.

Hubo algunos gobernadores que hicieron caso de esta advertencia del honrado jefe de orden público, con tanto mayor motivo cuanto que los servicios que prestaba en la parte criminal eran de consideración, y los criminales habían llegado á cobrarle miedo porque no les dejaba sosegar.

Los gobiernos de Francia y de Inglaterra le habían otorgado diversas distinciones por servicios prestados para la captura de criminales que estaban refugiados en España, y realmente, como había dicho el magistrado pariente de Andrés, era una especialidad en su género.

Así pasó algunos años.

Se casó. De su unión tuvo dos hijas y un hijo, y si no pudo hacer grandes ahorros, al menos podía vivir con cierto desahogo.

Pero llegó un momento en que el gobierno trató de extremar su rigor con los periodistas y los hombres políticos, y Jerónimo recibió órdenes que no cumplimentó, ó que lo hizo tan mal, que no dieron resultado alguno.

De aquí resultaron reconvenciones y, finalmente, que se le dejara cesante.

A partir de este momento, ya llegaron las alternativas de estar colocado un año y cesante dos hasta que, por fin, otros más intrigantes ó con mejores padrinos que él, fueron adelantando mientras que él quedaba postergado.

Esto fué disgustándole más cada vez, hasta que por fin se buscó un empleo en una casa de comercio y allí estaba en el momento en que Andrés pidió á su pariente que le proporcionara un hombre de sus condiciones.

Jerónimo, á pesar de seguir retirado de la vida anterior, conservaba, sin embargo, sus aficiones, y continuaba haciendo sus apuntes y seguía la marcha de ciertos procesos y cuando sabía que no se encontraba la pista de algún crimen que había adquirido cierta celebridad, solía exclamar:

—No han sabido, no saben buscar. Si yo estuviera al frente del negociado, ya estarían cogidos los culpables.

Jerónimo había sido el blanco de diversos atentados por parte de los criminales á quienes con tanta inteligencia como encarnizamiento había perseguido, pero siempre prevenido y dotado de gran valor, había sabido castigar á los que pretendían asesinarle.

Su mujer y sus hijos, á pesar del cambio de posición que sufrían, estaban contentos porque había cesado aquella existencia de peligros y zozobras que llevara por espacio de tantos años.

Porque toda la familia del ex-jefe de orden público era tan honrada, tan buena y tan cariñosa como él.

CAPITULO XXXVIII

Proposiciones aceptadas

El magistrado averiguó donde estaba Jerónimo y le envió á buscar.

Le puso al corriente de lo que se trataba, añadiéndole:

—Amigo Jimenez, aquí hay algo muy loable para usted, si se consigue el objeto que perseguimos para el cual tiene usted condiciones especialísimas, pero además hay otras razones que no podemos perder de vista.

—Ya sabe usted que precisamente eso no ha sido para mí acicate que me obligue nunca. La razón, la justicia, la legalidad, han influido siempre más que todo y diciéndome que es justo lo que se pretende, ya me ha dicho usted lo suficiente.

—De todos modos mi deber es hablarle así, porque al consagrarse usted á la causa que mi primo persigue, ha de perder la colocación que tiene y justo es que sea remunerado como merece.

—Ya sabe usted que en todo y por todo me tiene á su disposición; ustedes comprenderán lo que más me conviene.

El magistrado dió á Jerónimo las señas de la casa de Andrés y éste al fijar su mirada perspicaz en la persona recomendada por su primo, comprendió que efectivamente podía tener confianza en ella.

También á Jerónimo le fué simpático el médico.

—Mi primo me había hablado de usted en términos muy ventajosos y precisamente como la persona que podía secundar mis proyectos.

—No puedo decir á usted nada respecto á ellos, porque los ignoro. Su señor primo me ha hablado en términos generales. Me ha hecho comprender que se trata de reparar una horrible injusticia, que es necesario descubrir á los autores de uno de esos crímenes, sin nombre, que por desgracia suelen cometerse en nuestra sociedad y me ha pedido mi cooperación. Débil es mi esfuerzo, escasos mis conocimientos pero, sean como quieran, dispuesto estoy á servirles.

—Antes de todo permítame usted que le diga lo que pretendo y lo que por ello va usted á percibir.

—Esta segunda parte puede venir más tarde.

—Error, amigo mio, error,—repuso Andrés,—conozco perfectamente la injusticia con que ha sido usted pagado hasta ahora y no quiero que al ser aliado mío, encuentre usted la misma ingratitud que encontró en el gobierno.

—¡Pero por Dios, caballero!

—Soy rico, y usted es pobre, amigo mío. Usted tiene una familia á quien sostener, y yo estoy solo en el mundo; va usted á consagrarse á una causa donde los peli-

gros es fácil que se presenten con alguna violencia quizás, y es preciso estar prevenido para todas esas probables contingencias. Por otra parte, en la guerra que vamos á emprender, es menester usar muchos ardides, porque el enemigo es sumamente astuto; tenemos auxiliares que no carecen de inteligencia, pero que sin embargo, no conviene por ningún estilo que aparenten estar relacionados cuando por la misma índole del negocio y para la mejor marcha de él, es preciso que obremos todos de completo acuerdo; y para este objeto he comprado una casa que debe usted ocupar y en la cual hay una comunicación con otra que da á una calle distinta.

—Pero todas esas precauciones...

—Sí, señor, comprendo lo que me quiere usted decir, necesitan una explicación que es la que debo darle después que le haya manifestado cómo pienso asegurar la posición de usted.

—Vuelvo á decirle que no pensemos en mis honorarios. Usted puede hacer lo que quiera después que esté servido.

—Señor don Jerónimo, yo necesito un administrador para mis bienes y como todos los informes que respecto á usted tengo, me satisfacen por completo, le ofrezco á usted esa plaza con un sueldo de treinta y seis mil reales al año. El trabajo será regular, porque precisamente hemos de ocuparnos en la distribución del dinero á que han ascendido las rentas acumuladas durante algunos años que yo he permanecido lejos de España, y hoy la colocación de capitales siempre es un poco penosa.

—Pero señor, también el sueldo que usted me ofrece...

—¿Le parece poco á caso? dígalo usted, que no hemos de reñir por eso.

—¡Oh! no por cierto, me parece demasiado.

—Es el mismo que tenía el administrador anterior que tuve, por lo tanto, no pienso hacer disminución en él. ¿Quedamos en que acepta usted? ¿Tendrá usted suficiente para que su hijo pueda continuar la carrera de ingeniero, que tan trabajosamente está haciendo hoy?

—¡Ya lo creo! si con doce mil reales que tengo en la casa de comercio donde estóy, encontramos medios para hacerle que siga estudiando, con lo que usted me ofrece ¿no he de poder hacerlo mucho mejor?

—Bueno, pues, ya tenemos resuelta esa cuestión. Vamos ahora á tratar de otra; la casa que van ustedes á habitar, es mía, por lo tanto, como que también el administrador anterior tenía casa franca en una de las de mi pertenencia, casa franca tendrá usted, con más, la molestia que pueda ocasionarle la comunicación que antes le hablé, pero comunicación que es muy necesaria por las razones que le daré oportunamente.

—Esperándolas estoy, y crea usted que me interesan en gran manera, no tanto por el interés que hoy deben inspirarme porque entro á su servicio, cuanto porque indudablemente deben ser de gran importancia para que tome usted tantas precauciones.

—¿De modo que está usted resuelto á ser de los nuestros?

—Ya se lo he dicho á su primo de usted; como es natural y como desea todo padre de familia, deseo proporcionar á la mía el mayor bien posible. ¿Cómo podría negarme á aceptar una ocupación que me permite ponerla al abrigo de ciertas contingencias?

—Yo le aseguro que no tendrá por qué quejarse de abandonar el destino que hoy ocupa. Ahora voy á decirle á usted el verdadero asunto que motiva la unión de tantas fuerzas y la adopción de tantas precauciones.

Y entonces Andrés se puso á referir á Jerónimo, la historia que ya conocen nuestros lectores.

Nada le ocultó, dándole cuenta de los documentos que obraban en su poder y del compromiso contraído por José Corrales, que desde aquel momento, como ya sabemos, tenía la representación de Alejandro Martínez, y que había de ser uno de sus auxiliares más eficaces.

Con profunda atención estuvo escuchando el antiguo jefe de policía.

Y cuando hubo concluido, le dijo:

—Si la memoria no es infiel, me parece que alguno de los nombres que ha pronunciado usted me es ya conocido. Ese Federico Montesinos, ese Carlos, Juan, que como dice usted hay sospechas de que haya sido muerto por su amo, y hasta ese mismo Gontrán, ese francés que estaba al servicio de su hermano de usted, todos ellos me parece que figuran en cierto registro que yo, por curiosidad, he llevado desde hace muchos años. Ya lo repasaré, porque todos esos personajes irán ligados en determinados hechos que pueden servir quizás en alguna ocasión.

—Lo primero que tenemos que hacer, es ver si podemos ponernos sobre las huellas de esas criaturas.

—Eso es lo principal. Por supuesto que si están en Madrid no tardaremos mucho en saberlo. Conservo algunas relaciones en el cuerpo, y hay en él agentes subalternos que si se les dirige bien, pueden hacer mucho.

—Pues queda usted autorizado para buscar las personas que crea más idóneas para que nos ayuden.

—Desde luego creo muy conveniente que nos encontremos, en cuanto nos sea posible, al corriente de lo que hacen el marqués y su compañero. Tal vez los mismos pasos que ellos den nos sirvan.

—Sí, señor, estoy muy conforme y de eso algo había hablado con Pepe. Otra cosa quiero que haga usted.

—Usted dirá.

—Que me averigue si es posible, el paradero de un joven llamado Leonardo Rodríguez, secretario que fué de mi difunto hermano, el cual creo que estaba empleado aquí, en un ministerio. Ese joven puede darnos alguna luz respecto á lo que oyó ó presenció en casa de mi hermano.

—Lo sabremos también, no le quepa á usted la menor duda.

—Ahora prepárese usted cuanto antes para tomar posesión de su nueva casa. En el momento que esto suceda, formaremos nuestro plan de campaña, y nos pondremos á trabajar.

Cuatro ó cinco días después de esto, Jerónimo con su familia se había instalado en la casa de Andrés, casa que éste, por una feliz casualidad encontró de venta y se apresuró á comprar á fin de facilitar mucho más aquella comunicación, con la en que se hallaba Pepe.

El mismo día de su instalación, Jerónimo decía á Andrés:

—Ya tenemos un agente diestro como el solo y honrado á carta cabal.

—Y yo á mi vez tengo que decirle á usted otra cosa que ha de sorprenderle.

—¿Qué?

—Que nuestros enemigos se ponen en campaña de un modo resuelto, según he visto ayer por esta carta que me escribe José, antiguo mayordomo de mi hermano.

Andrés, al decir estas palabras, puso en manos del antiguo jefe de orden público, la carta que, como sabemos, aquél le había escrito después de la visita que el *Ratón* le había hecho.

—Ya veo que esta gente va derecha al bulto. ¿Y sabe usted que pienso una cosa?

—¿Qué?

—Que el marqués y Carlos comienzan ya á sospechar respecto á usted; es más, tienen la seguridad, por lo que de aquí se desprende, de que usted se agita cerca de ellos; pues á demostrarles que no se han equivocado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que se muestre usted tal como es, que abandone el incógnito y que sepa todo Madrid que el doctor D. Andrés del Cerro ha regresado á España.

—Me alegro que estemos tan de acuerdo en nuestro modo de ver y de apreciar ciertos hechos. Yo también pensaba haberlo hecho así.

—Eso tiene una ventaja y es la de evitar que establezcan una vigilancia respecto á usted, que podría distraerles de las pesquisas sobre las niñas, mientras que desde el momento en que le vean franca y desembozadamente, todos sus esfuerzos convergerán en aquel objeto.

—Pues nada, nada, mañana mismo comenzaré á mostrarme por todas partes, haré que hablen los periódicos sobre mi llegada. Veamos ahora la noticia de usted.

—Ese D. Leonardo Rodríguez, de quien me habló, ha parecido ya.

—¡De veras!—exclamó Andrés con alegría.

—Sí, señor, está empleado en el Gobierno civil, y todos los informes que de él he podido adquirir, no pueden ser más favorables.

—¡Oh! cuánto me alegro. Hoy mismo le veré.

CAPITULO XXXIX

Esperanza perdida

Andrés, una vez que se hubo separado de Jerónimo, se apresuró á pedir á Marcelo su ropa de calle, y tomando un carruaje se marchó al Gobierno civil.

Preguntó al portero por Leonardo, y se le franqueó el paso hasta la oficina donde aquél estaba.

—¿El señor D. Leonardo Rodríguez?—le dijo Andrés aproximándose á él.

—Servidor de usted,—se apresuró á contestar el joven mirando atentamente la fisonomía del médico.

—Tendría necesidad de hablar con usted particularmente, y como no es la oficina el sitio más á propósito, me tomo la libertad de proponerle que nos veamos donde usted guste.

—Dispénseme usted que le diga que no he de ser yo

quien señale el sitio y la hora, sino usted. Por más que si se trata de un asunto relacionado con el destino que desempeño, ningún lugar más á propósito que éste.

—Precisamente porque no es cuestión de oficina, es porque le he indicado que deseaba verle fuera de aquí.

—Pues en ese caso usted dirá.

—Si usted me hiciera la merced de pasarse por casa...

—Desde luego, dígame usted dónde es.

—Aquí tiene usted mi nombre y las señas de su casa.

Y al decir estas palabras, el doctor sacó una tarjeta que entregó á Leonardo.

Al fijar éste sus ojos en ella, no pudo menos de exclamar:

—¡Oh! ya me lo había figurado. Encontraba algo en el semblante de usted que me estaba recordando el de mi querido protector, cuya memoria no se ha borrado nunca de mi pensamiento.

—Pues si tan buena memoria guarda usted de él, gran interés tendrá por acudir á esta cita. Hemos de hablar de muchas cosas.

—Y yo también he de contarle á usted algo que es muy fácil que le sorprenda.

—Entonces cuanto más pronto nos veamos...

—Sí, señor, será mucho mejor. Yo salgo de aquí á las cinco.

—Pues á esa hora le espero á usted en casa.

Y efectivamente, Leonardo, no faltó á la hora convenida.

Andrés estuvo durante el tiempo que transcurrió desde su salida del Gobierno civil haciendo varias visitas,

exhibiéndose, por decirlo así, y viendo á algunos periodistas, antiguos amigos suyos, á fin de que anunciaran su regreso.

A poco de haber llegado á su casa, penetró en ella Leonardo.

El joven estaba profundamente emocionado.

—¡Válgame Dios, señor don Andrés!—exclamó estrechando las manos del médico,—cuánto placer he tenido al verle. Bien pensaba su hermano de usted algunas veces.

—¿Acaso mi hermano me recordaba?—exclamó el médico con voz conmovida.

—Sí, señor; y estoy seguro, segurísimo, que en su fuero interno estaba profundamente arrepentido de lo que había hecho.

—¡Pobre Julián! Y á que extremo le habían conducido esos miserables.

—Tiene usted razón. Ellos, solamente ellos, son los culpables.

—Yo le prometo que han de pagar caro su crimen.

—Sus crímenes, porque la verdad es que han hecho mucho, pero muchísimo daño. Solamente por haber condenado la existencia del señor duque á perpétua soledad, donde si algo se agitaba y conmovía á aquella especie de cadáver que andaba, era el remordimiento, el grito de la conciencia, grito implacable que causaba al pobre señor horribles sufrimientos, merecían esos hombres toda clase de muertes.

—Precisamente he buscado á usted para que nos unamos en la obra que he emprendido.

—Dispuesto estoy á secundarle con todas mis fuerzas. Y pensar,—prosiguió Leonardo con un acento lleno

de tristeza,—que he tenido tan cerca de mí á las pobres niñas y las he vuelto á perder.

—¡Cómo! ¡qué dice usted!—exclamó Andrés lleno de asombro.—¿Que ha tenido usted á mis sobrinas cerca de sí?

—Sí, señor.

—Pero ¿cómo ha sido eso? ¿cuándo?

—Hace cinco ó seis días.

—Pues si ya estaba yo en Madrid.

—¿Qué quiere usted que le diga? yo lo ignoraba y, además, providencialmente tuvo lugar el encuentro.

—Pero ¿de qué modo tuvo lugar? ¿Conocía usted acaso las niñas?

—¿No está usted oyendo que todo ello fué puramente providencial?

—Como no me dé usted alguna explicación más...

—Como siempre, en este caso, el marqués del Pino ha debido tener la culpa de que las perdamos.

—¡El marqués!

—Sí, señor.

Entonces Leonardo refirió á Andrés por qué extraña circunstancia había podido encontrar á las niñas, la conversación que había tenido con Vicente y de la cual nos ocupamos en uno de nuestros capítulos anteriores, y cómo al salir de la casa se había encontrado con que el marqués del Pino estaba observando precisamente aquella misma casa.

El marqués no había ido en aquel momento porque hubiera visto á las niñas y éstas hubiesen llamado su atención.

La noche anterior, y en ocasión en que Vicente salía del ministerio para retirarse á su casa, el mar-

qués, que iba en dirección opuesta, hubo de tropezar con él.

Vicente, fatigado del trabajo de todo el día y preocupado por su misma desgracia, no reparó en aquel caballero que con él acababa de cruzarse.

Pero este, en cambio, sí reparó, y deteniéndose á los pocos pasos, exclamó:

—¡Demonio! parece que ese hombre es Vicente.

Y maquinalmente se fué siguiéndole, hasta que llegó á su casa.

Lo avanzado de la hora no le permitió tomar informe de ningún género.

Vicente abrió la puerta de la calle, y poco después el marqués, que seguía mirando para enterarse bien de la casa, vió luz en un pequeño balcón del tercer piso.

Esto le hizo exclamar:

—Ahí es donde vive.

Y procuró ver el número de la casa, y al día siguiente se dirigió á ella en el momento que creyó más conveniente para hacer sus investigaciones.

Las preguntas que hizo en la tienda de comestibles, satisfacieron por completo sus esperanzas, tomó todas las notas respecto á la casa y horas en que las niñas estaban solas, noticias que la tendera, sin desconfianza de ningún género, se apresuró á comunicarle, y cuando se alejó de allí no pudo menos de restregarse las manos lleno de satisfacción, murmurando:

—Vean ustedes por donde, cuando menos lo podía esperar y sin trabajo de ningún género, me encuentro con lo que tanto buscaba. Ahora lo que hay que pensar es el modo de quitar de en medio á esas criaturas.

Y apresuradamente se dirigió á la casa de Carlos.

Leonardo había observado, según ya dijimos en el capítulo á que nos referimos, las muestras de alegría hechas por el marqués, y comprendió muy bien todo lo que significaba.

En su consecuencia, fué siguiéndole un buen rato, hasta que le vió entrar en la casa de Carlos.

—¿Qué vendrá á hacer aquí?—se dijo el joven.

Y se le ocurrió preguntar al portero el nombre de los inquilinos que había en la casa.

Un duro puesto en manos del cancerbero,le hizo soltar la lengua perfectamente, y nuestro amigo supo que allí vivía Carlos.

—Ahora lo comprendo,—exclamó el joven cuando salió del portal;—este ha venido á decir á su compañero el descubrimiento que ha hecho. ¡Oh! pues yo os aseguro que no os habéis de salir con la vuestra.

Y el joven se dirigió precipitadamente á su casa, sacó de su baul sus pequeños ahorros que en junto ascendían á unos doscientos cincuenta duros, y volvió á la casa de Vicente.

Cuando llegó, éste se iba á dirigir hacia el ministerio.

—¿Otra vez usted por aquí?—le dijo Vicente.

—Sí, señor, y por cierto que el asunto que me trae es no muy satisfactorio.

—¿Pues qué hay?—preguntó Vicente alarmado por el acento de Leonardo.

—Lo peor que nos podía haber ocurrido.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que el marqués conoce el paradero de ustedes.

Vicente palideció de espanto.

—¡Jesús! ¡qué dice usted!—exclamó.

—Sí, señor, cuando he salido de aquí me lo he en-

contrado en la puerta observando bien la casa, ha entrado después en la tienda que hay al lado, y se conoce que las noticias que ha recibido han debido serle muy satisfactorias, porque de aquí se ha alejado para dirigirse á la casa del sobrino del señor duque, que es otro bribón como él, á comunicarle sin duda, el hallazgo.

—¡Oh! pues entonces estamos perdidos.

—No por cierto.

—Si yo estoy sin recursos para poder hacer nada, señor.

—Pero los tengo yo para ustedes, y en prueba de ello, que ya he estado en mi casa, he recogido todo el dinero que tenía y aquí se lo traigo.

—Pero...

—No hay más remedio sino que esta misma noche salgan de aquí y se marchen á Aranjuez. Yo le daré una carta para un amigo mío que está empleado en el Patrimonio, y le dará colocación en los jardines. Allí no es posible que nadie sospeche que están ustedes.

—Pero ¿y los muebles y todo esto?

—Todo es cuestión de actividad. Ahora mismo va usted á buscar un carro y se los lleva á la estación, por supuesto que tenga usted mucho cuidado de decir á nadie absolutamente, ni aun á las niñas, donde van ustedes.

—¿Pues qué diremos?...

—Que se mudan ustedes al barrio de Chamberí, porque no pueden pagar tanto de casa. La cuestión es que esta misma noche estén ustedes en Aranjuez. Dentro de ocho días iré yo á verles.

CAPITULO XL

La decepción

ATENTAMENTE estaba escuchando Andrés todo esto que el joven le decía, y no pudo menos de exclamar tendiéndole la mano:

—Gracias, amigo mío, gracias en nombre de mis pobres niñas que tanto deben haber padecido. ¿Y estarán en Aranjuez sin duda?...

—No, señor,—exclamó tristemente Leonardo.

—¿Pues no se marcharon?

—Sí, señor, yo mismo estuve en la estación á despedirlas.

—Pues entonces...

—Parece que la fatalidad está contra nosotros. El amigo para quien yo le dí la carta á Vicente y que me creía que continuaba allí, lo habían dejado cesante hacía

diez días, y se conoce que Vicente llegó, se encontró con esa novedad, y no juzgándose seguro tal vez, permaneciendo allí solo y aislado, debió marcharse á algún otro sitio que no conozco.

—¡Jesús! ¡qué horrible fatalidad!

Y el semblante de Andrés que antes se había dilatado al escuchar el encuentro descrito por Leonardo, volvió á nublarse, reflejando el desaliento.

—De modo, ¿que se han vuelto á perder las huellas de esas criaturas?

—Sí, señor. Pero ahora las buscaremos, y muy desgraciados hemos de ser, si no las descubrimos.

—Sí, sí, amigo mío, es necesario no descansar un momento.

—Ya sabe usted cual es mi posición. Todas las horas que tenga disponibles, se las consagro desde ahora.

—No es suficiente eso, Leonardo, yo no puedo aceptar ese trabajo tan limitado.

—Entonces...

Y Leonardo miró lleno de sorpresa á su interlocutor.

—Necesito mucho más,—prosiguió éste.—Necesito un secretario y ninguno mejor que el que lo ha sido de mi hermano. ¿Comprende usted ahora? Es menester que dimita el destino que tiene y que se venga aquí. De este modo podremos trabajar.

—Como usted guste.

—Esto es lo que debe hacerse; así seremos cuatro, que le aseguro á usted que podremos hacer muchísimo.

—¡Ya lo creo!

—Conque nada, nada, haga usted lo que le digo y esto cuanto antes, porque una vez que estemos ya re-

unidos todos y dispuestos á emprender la marcha, no debemos detenernos ni un solo instante.

Lo que había pasado, era precisamente lo mismo que había supuesto Leonardo.

Vicente manifestó á las niñas que se iban á mudar de casa, lo que igualmente dijo á todos los demás vecinos, y como el miedo le aguijoneaba, tan buena diligencia se dió, que todo estuvo dispuesto para la hora en que había quedado con Leonardo.

—Pero ¿dónde vamos, Vicente?—exclamó Emilia viendo que se dirigían hacia la estación, en vez de la casa donde les dijo que se mudaban.

—Ya lo veréis, hijas mías, ya lo veréis;—contestaba el pobre hombre apretando el paso y mirando á todas partes como si temiera ser perseguido.

Y así llegaron á la estación.

Y al ver las niñas á Leonardo, exclamaron palmoteando llenas de alegría:

—¡Ay! ¿viene usted con nosotros también?

—No, hijas mías,—contestó Leonardo abrazándolas, —pero ya le he dicho á Vicente que dentro de ocho días iré á haceros una visita.

—¿Y por qué ha de tardar tanto tiempo en ir?

—¡Oh! es que no siempre uno puede hacer lo que quiere, señoritas; yo estoy empleado y no puedo así como así disponer de mí.

—Pues también Vicente está en el ministerio y ya ve usted si nos vamos.

—Es que Vicente está en un caso distinto del mío; de todas maneras, ya os he dicho que iré y no paséis cuidado que dentro de ocho días me tendréis allí.

Aun cuando no muy satisfechas, las niñas no tuvieron otro remedio que conformarse.

Leonardo, completamente tranquilo porque creía haber conjurado el peligro, se dirigió á su oficina.

Como había supuesto muy bien, el marqués había ido á avisar á Carlos del inesperado hallazgo que había tenido.

—¡Pero es posible!—exclamó Carlos lleno de sorpresa.

—Lo que te digo, chico; tú estabas tan dispuesto á dudar de tu suerte y ya ves por dónde ella misma nos ha salido al encuentro.

—¿Y qué es lo que piensas que hagamos ahora?

—Sencillamente, recoger á esas dos criaturas.

—¿Y después?—preguntó Carlos mirando fijamente á su amigo.

—De eso es precisamente de lo que tenemos que hablar.

—Yo creí que ya todo lo teníamos hablado respecto á ese asunto,—dijo Carlos sorprendido.

—Hay algunas modificaciones que hacer en el plan primitivo.

—¡Modificaciones!

—Sí; creo que podemos muy bien prescindir de quitarlas de en medio, al menos por ahora. Los crímenes inútiles no me han agradado nunca, y mientras puedan evitarse, créeme que es mucho mejor.

—Cuando quieras concluir de moralizar, entonces sabremos realmente lo que te propones,—dijo Carlos que lo que menos podía imaginarse era el punto donde su amigo iba á parar.

—Parece mentira que no lo hayas adivinado,—repuso el marqués.

—No por cierto; te digo que no adivino lo que te propones, si es que tú no me lo explicas.

—Las dos muchachas son muy bonitas, la una tiene ya nueve ó diez años y la otra ocho ó cosa así, ¿comprendes lo que quiero decir?

—No.

—Pues eres bastante torpe, amigo mío, porque tratándose de dos niñas que no son feas, que las tenemos en nuestro poder y respecto á las cuáles podemos ejercer la influencia que nos dé la gana, parece imposible que no te se ocurra que el mejor medio de evitar un crimen y de conseguir nuestro objeto, es el de casarnos con ellas.

—¡Jesús, María y José, que disparate! —exclamó Carlos.

—¡Ah! sí, ¿conque le llamas disparate á eso, que es sin disputa alguna, el mejor de los planes que yo he formado? Pues hombre, muchas gracias.

—Pero, chico, ¿será posible que tú pienses en casarte?

—¡Ya lo creo!

—¿Y crees que cumplirás como cumple un buen esposo?

—Eso todavía no lo he reflexionado y creo que tampoco hace al caso en estos momentos. Aquí la cuestión está en recoger á las niñas, conducirlas al Solar, ponerles allí los maestros necesarios, acostumbrarlas poco á poco á nuestra presencia, y no estando en íntimo contacto sino con nosotros, puedes tener la seguridad de que el casamiento vendrá por sí mismo. Yo desde luego, —dijo,—la mayor.

—Tú siempre imponiendo tu voluntad.

—Es la que también se halla en más relación conmigo. Soy mayor que tú...

—¡Ya, ya! te comprendo.

—Pues está convenido, y mañana mismo vas á dar los pasos necesarios para recoger á tus parientas.

—¿Pero y tú?

—Yo no puedo ni debo presentarme allí; necesito antes de todo saber lo que Vicente les ha dicho respecto á mí, á fin de que tú prepares el terreno convenientemente.

CAPITULO XLI

Desencanto

La solución que el marqués daba á aquel asunto, no satisfacía ni poco ni mucho á Carlos.

Veía la tendencia del marqués á apoderarse de lo más importante de la herencia del duque y hasta para la cuestión de elección entre las dos hermanas había elegido la mayor, ó sea el medio de entrar más pronto en posesión de lo que á la joven correspondía.

Pero como no tenía otro remedio que ceder, como que se hallaba á la merced absoluta de aquel miserable, era preciso que accediese á cuanto éste quisiera.

—Pero estoy pensando en una cosa,—dijo Carlos después de reflexionar algunos momentos,—¿cómo voy yo á justificar que realmente esas niñas son las que buscamos, si por ejemplo, á Vicente le da la gana de decir

que son parientas suyas ó que las ha recogido en medio de un camino ó cualquier otra cosa semejante?

—¿Y qué necesidad tienes tú de presentarte haciendo averiguaciones que no harían más que prevenir á Vicente? Tú te presentas en la casa á golpe seguro, á recoger á tus primas, y peor para Vicente si se opusiera á entregártelas, porque yo entonces tendría que mediar en el asunto, y su responsabilidad por haberlas sustraído de mi casa, sería muy grande.

—¡Oh! pero si él decía que las había sacado de tu casa con orden dada por tí para matarlas...

—Calla, tonto, ¿qué había de decir semejante cosa? ¿con qué justificaba su aserto? ¿qué documentos lo probaban? ¿Me crees á mí tan tonto que deje alguna huella tras de la cual me puedan seguir?

—En fin, tú sabrás lo que haces.

—De todos modos, en caso de que él opusiera alguna dificultad, siempre podrías ampararte de la autoridad y llevarte á las niñas. Nada, nada, ese es ya negocio seguro y de un modo ó de otro, sin cometer crimen de ningún género que nos pueda comprometer para más adelante, está todo listo.

—Realmente has tenido mucha suerte.

—Dí más bien que la hemos tenido.

—Es verdad, que á los dos nos alcanza.

Y Carlos esperó llenó de impaciencia el siguiente día para presentarse en casa de Vicente.

En virtud de las señas que el marqués le dió, llegó á la casa murmurando:

—Lo que es esto tiene muy pocas trazas de ser un palacio. En medio de todo, no le falta razón á Federico, porque las chicas al ver una transformación tan impor-

tante, por fuerza han de experimentar una gratitud extraordinaria hacia las personas que tanto bien les han hecho.

Y resueltamente llamó á la puerta de la casa de Vicente.

Pero nadie le contestó.

—Vaya, ahora sólo faltaba que no hubiese nadie en la casa;—dijo.—No voy á tener más remedio que volver,—prosiguió llamando de nuevo.

A los golpes salió una vecina de la habitación inmediata, preguntando:

—¿A quién busca usted, caballero?

—¿No vive aquí un tal Vicente que tiene consigo dos huerfanitas?

—Sí, señor, que se llaman Emilia y Clara.

—Justamente. ¿No están en casa ahora?

—¿Pues no es usted el que vino ayer con las niñas? —prosiguió la vecina que era la misma que el día anterior se hallaba presente cuando llegó Leonardo.

—No, señora; no había venido hasta hoy que he podido averiguar su paradero.

—Pues sí que ha tenido usted desgracia.

—¿Por qué? ¿porque no están? Ya volveré ó las esperaré si usted me permite.

—No quiero decir eso, sino que Vicente ya no vive aquí.

—¡Cómo!—exclamó Carlos palideciendo.

—Yo le diré á usted, verdaderamente que en todo esto, como yo le decía anoche á mi pariente, hay un intríngulis que yo no lo sé ver muy claro. Mi pariente, ya se ve, me dice que á mí qué me importa; pero ya verá usted, señor, mayormente cuando una es madre, se toma mucho interés por todas esas cosas.

—Sí, sí, ya lo comprendo,—repuso Carlos á quien la charla de la vecina comenzaba á mortificar,—pero si aquí no viven, de fijo que sabrá usted dónde se han mudado.

—¡Oh! eso sí, señor, porque el señor Vicente me estimaba mucho y no tenía secretos para nosotros. Unicamente en eso de las niñas es en lo que siempre le ví algo receloso.

—Pero bien, ¿dónde se han mudado?

—Pues al barrio de Pozas; ya ve usted que el salto no ha podido ser más grande.

—Sí, pero en el barrio de Pozas hay muchas calles.

—Aquí me parece que la tiene apuntada mi pariente, porque como yo tengo una memoria tan mala... ya se ve, cuando una tiene tantas cosas á que atender y dos ó tres grandullones á quien servir y á quien mantener, crea usted, caballero, que no se tiene cabeza para nada. Pues como le iba diciendo, ayer fué un día malo para el pobre Vicente; las chiquillas salieron por la mañana, se perdieron por esas calles de Dios, y cuando el pobre vino del ministerio, ¡anda y qué jaleo se armó! Ya estaba el hombre desesperado cuando cátate que se presenta aquí un señorito muy fino y muy guapo, sin agraviar á nadie, acompañando á las muchachas á quienes había encontrado, cuando esos picaronazos del orden público parece que se las querían llevar á San Bernardino. Ya ve usted, señor, para eso sirven nada más esos fantasmones. Le pegan á uno una puñalada que le dejan seco y nada, no parece ninguno; roban en una casa ó le quitan á un pobre señor el dinero que lleva encima, y si se busca á los de orden público no se encuentra ninguno ni para un remedio; pero en cambio, para quererse lle-

var á los ángeles de Dios como si fueran unas cualesquiera á San Bernardino, lo que es para eso son muy diligentes.

—Sí, sí, ¿pero quiere usted hacerme el favor de darme las señas?

—Sí, voy deseguida, sí, señor; como que para eso las apuntó mi pariente por si alguien venía preguntando por el señor Vicente. ¡Cómo que fué tan de pronto lo de la mudanza!

—¡Ah! sí, ¿fué de pronto?—preguntó Carlos á quien no dejó de llamar la atención aquella observación de la vecina.

—¡Toma, y tan de pronto! figúrese usted, caballero, que á la una no había pensado en nada de eso, y á las seis de la tarde pues ya se habían marchado.

—¡Caramba! si que fué rápido todo eso.

—Pues por lo mismo le he dicho yo á mi pariente, vamos que le dije; pues mira, Juanele, aquí hay gato encerrado, porque si Vicente hubiera pensado en mudarse, ya nos lo hubiera dicho desde el primer momento. Pero nada, aquí todo nació de la segunda vez que vino aquel señorito que había traído las niñas.

—¡Ah! con que volvió otra vez.

—Pero, ¡quiá! ¡si usted no sabe lo deprisa que subió! yo creo que no había pasado ni media hora desde que salió, cuando estaba aquí otra vez hablando con Vicente.

—¿Y después?

—¡Toma! pues, *náa;* que el señor Vicente volvió á salir, y volvió ya con un carro, donde cargaron los muebles, diciéndonos: vaya lo que ha oído usted.

Carlos no pudo disimular la contrariedad que había experimentado no encontrando allí á las niñas.

Y de tal modo se transparentó en su rostro lo que sentía, que la vecina hubo de decirle:

—Vaya, parece que le sabe á usted mal no encontrar aquí al señor Vicente.

—Sí por cierto.

—Y dígame usted, caballero, aunque sea curiosidad: ¿venía usted para hacerle alguna limosna al pobre? porque como yo sé que él había echado algunos memoriales para que le socorrieran, porque vamos, tristes diez reales para mantener cinco bocas como cinco buzones de correo, capaces de tragarse todo el pan que hay en la tahona, crea usted que es muy poco. Pues si soy yo que no tengo más que tres y mi pariente me gana cinco pesetas diarias y paso las de Caín, ¡cómo estaría el pobre!

—Sí, efectivamente, que con el propósito de mejorar su situación he venido aquí. Dígame usted, buena mujer; ¿qué señas tenía ese caballero que vino aquí con las niñas?

—También le llama á usted la atención, ¿no es verdad? vaya, que ya no soy yo sola quien se preocupa por el tal señor. ¡Eso por lo que decía mi marido! Pues ya se lo he dicho, una estatura así como la de usted, poco más ó menos; no iba tan bien vestido como usted, pero vamos, tampoco iba mal. No sé si llevaba bigote ó si llevaba toda la barba, pero el caso es, que el mozo era muy simpático, sí, señor. Y las niñas venían con él como si le hubieran conocido toda su vida; por supuesto, que esto no tiene nada de extraño, porque al fin y al cabo las había sacado de un grave apuro, y como dijo el otro: «quién no es agradecido es mal nacido,»¿ no es verdad, usted señor?

—Sí,—contestó distraidamente Carlos.—¿Pero me dá usted esas señas?

—¡Ay! voy en seguida.

—Sí, porque tengo prisa.

—Y yo también, como que mire usted, todavía tengo que echar las patatas al puchero, porque no tardará en venir mi marido, y lo mismo él que los chiquillos que también los tengo aprendiendo oficio, vienen todos con un hambre, que siempre les parece poco cuanto hay en la casa. Y ya se ve, más vale que se lo gasten en comer, que no en botica, porque crea usted, caballero, que lo que más me asusta es pensar que cualquiera de ellos se me pueda poner malo.

—¿Pero me da usted ese papelito?

—¡Ay! voy, voy en seguida. Usted dispense, señor; ¡ya tiene razón mi marido, en cuando yo empiezo á mover la sin hueso!... Pero usted me dispensará.

Y la pobre mujer comenzó á buscar por todas partes el papel donde su marido había apuntado las señas que le diera Vicente, hasta que por fin lo encontró y se lo entregó á Carlos.

Este apuntó las señas en su cartera, y poco después abandonaba aquella casa bastante preocupado.

CAPITULO XLII

Pasos en balde

El joven se dirigió inmediatamente á casa del marqués, que le esperaba con impaciencia para saber el resultado de su misión.

Al verle entrar en sus habitaciones adivinó, por la expresión de su rostro, el mal resultado que había tenido su gestión.

—¿Qué es eso, chico?

—Las chiquillas han tomado soleta ayer por la tarde.

—¡Qué dices!—exclamó Federico dando un salto sobre su silla.

—Lo que oyes.

—Pero ¿cómo ha sido eso?

—¡Qué sé yo!

—Pero ¿es que se han mudado de casa?

—Sí.

—¿Y sabes las señas de la nueva?

—Aquí están.

—Pues entonces no se ha perdido nada. ¿Por qué no has ido á esa casa?

—He preferido venir á verte, porque me figuro que en esa casa no las voy á encontrar tampoco.

—De figurártelo á saberlo de un modo definitivo, hay mucha diferencia y, una vez en la calle, has debido ya cerciorarte. Por supuesto que yo no estoy en antecedentes y quisiera saber...

—Sí, lo que ha pasado, ¿eh?

—Desde luego.

—Pues para mí, alguien se ha terciado por medio y se ha llevado á las chicas sabe Dios dónde.

—Vaya, vaya, no digas tonterías.

—Juzga por lo que te voy á decir.

Y Carlos refirió á su amigo lo que la vecina le había estado contando.

—Ya tú ves,—le dijo al concluir,—si no hay motivos para creer que la visita de ese joven está relacionada con la desaparición de las muchachas.

—Puede que sí, —repuso el marqués pensativo,—y ahora que recuerdo, tengo una idea, aun cuando muy confusa, de que ayer, mientras estaba observando la casa, salió de ella un joven cuya fisonomía no me es desconocida, el cual se me quedó mirando. Pero yo entré en la tienda que hay en la misma casa y tomé algunos informes, y cuando salí no le ví ya.

—Pues no te quepa duda de que ese joven te conoció.

—¿A mí? ¿de qué? Y aun cuando me conóciera, ¿qué podía decir?

—Entonces, ¿cómo te explicas que volviese al poco

tiempo, que saliera Vicente y que á su regreso le acompañara el carro para llevarse los muebles?

—Pero señor, ¿quién puede ser ese hombre?—dijo el marqués que se había quedado hondamente preocupado.

—¡Hola!—le dijo Carlos,—parece que también le das importancia á ese individuo.

—Aquí lo que parece desprenderse de lo que dices es que ese hombre salió á la calle, me conoció y me vió observando la casa y después, cuando me vió alejarme de allí, subió de nuevo, avisó á Vicente, y como éste tiene motivos para temer un encuentro conmigo, de fijo que salió escapado en seguida y en la primera habitación que encontró, lo más lejos posible de aquel sitio, metió los muebles.

—¿Y tú no ves más que eso?—dijo Carlos.

—¿Qué más quieres que vea?

—Muchísimo más; porque realmente lo hay.

—Pues yo no lo sé ver.

—En primer lugar, Vicente debía encontrarse en las peores condiciones del mundo para mudarse; porque ya tú ves, estamos á veinte y con la escasa paga que él tiene, ya comprenderás que no es posible que se tengan ahorros de ningún género.

—¡Toma! y eso ¿qué tiene que ver?

—Muchísimo, que para mudarse se necesita dinero y si él lo tuvo, sería porque quizás el otro, que te conoce por lo visto y que debe encontrarse muy enterado de tus disposiciones con relación á esas criaturas, debió dárselo; y para que una persona haga todo eso es menester que tenga un interés determinado contra tí ó contra nosotros.

—Cierto, cierto, veo que no discurres mal.

—Por eso te he dicho que no creo que encontremos á Vicente en la casa donde indican estas señas.

—Quizás esas señas sean para hacernos perder la pista; ya tienes razón.

—¡Ya lo creo que la tengo!

—De todos modos, es conveniente que nos cercioremos.

—Yo creo que lo primero que hemos de hacer es ponernos en guardia y que busquemos quien nos sirva para atacar en el momento en que el combate se inicie.

—Sí, ya sabes que eso lo estamos buscando y se espera de un momento á otro.

—Tenemos enemigos invisibles y no sé hasta qué punto pueden llegar sus fuerzas.

—Lleguen hasta donde quieran no han de conseguir vencernos; de eso ya te respondo yo. Ahora, lo que conviene, es que hagas lo que hemos dicho; averigua si verdaderamente vive esa gente donde dice.

—Pero hombre, parece mentira que todavía sospeches.

—Si no sospecho, es que quiero adquirir la evidencia completa; no basta que tengamos la presunción. Las razones que tú has dado las encuentro tan aceptables, que desde luego me parecen sumamente lógicas; pero veamos si por casualidad nos hemos engañado.

Carlos lo hizo así, y efectivamente resultó como se habían imaginado.

Allí no vivía Vicente ni nadie sabía de él.

El marqués se fué al Ministerio á ver si por allí podía averiguar alguna cosa, pero se encontró únicamente con una carta que había escrito, diciendo, que habiéndosele

proporcionado otra colocación que reunía mejores ventajas y que le permitía atender con alguna mayor holgura á sus necesidades, se veía obligado á hacer dimisión de la plaza que ocupaba.

—Pues señor,—dijo á su amigo,—positivamente es lo que nos habíamos creído; aquí hay alguien, no se quién ni cómo, que está metido en nuestro juego y que es muy posible que nos dé que hacer; en su consecuencia, lo primero de todo que hemos de hacer, es descubrir quién es.

—Pero si no lo conseguimos y sigue entorpeciendo todas nuestras operaciones.

—No seas tonto, Carlos; aún el más previsor tiene siempre un momento de debilidad ó de imprevisión; ese es el que nosotros debemos aprovechar.

Con posterioridad á esto, el *Ratón* se presentó en casa del marqués, y ya hemos visto cómo se había celebrado el contrato entre ellos.

Cuando Vicente llegó á Aranjuez siguiendo en un todo las instrucciones que Leonardo le había dado, al día inmediato se dirigió á las oficinas del Patrimonio en busca de aquel amigo para quien le había dado Leonardo la carta.

Pero desgraciadamente hacía seis días que había recibido la cesantía y se había marchado á su pueblo.

Vicente volvió á encontrarse en una situación completamente comprometida.

En los primeros momentos no se le ocurrió más que escribir á Leonardo, diciéndole lo que le había ocurrido.

Pero en su obcecación, olvidó las señas que el joven le había dado, y le puso la carta á otra oficina distinta de la que estaba.

Resultado de esto, que ni al día siguiente ni al inmediato, recibió contestación de Leonardo, que juzgó que quizás habría sido víctima de alguna asechanza del marqués, y temeroso por las niñas, se apresuró á decirlas:

—Hijas mías, es necesario que nos marchemos inmediatamente de aquí.

—¡Cómo! ¿pues no iba á venir Leonardo á buscarnos?

—Sí, pero mucho me temo que nuestros enemigos le hayan cogido.

—¿Qué quieres decir, Vicente?

—Sí, hijas mías, le he escrito y no me ha contestado, por lo tanto nosotros somos los que debemos obrar exclusivamente por nuestra cuenta.

—Sí, pero ¿qué vamos á hacer?

—Por de pronto salir de Aranjuez al momento.

—Pero si no tenemos dinero.

—Si que tenemos, hija mía, sí que tenemos lo bastante para poder vivir algún tiempo y quizás emprender algún negocio, y esto lo tenemos, gracias á este pobre don Leonardo á quien verdaderamente no sé cómo hemos de pagar todo el bien que nos ha hecho.

—Pero tú debías escribirle otra vez,—dijo Emilia.

—Si lo he hecho ya, y cuando él no ha contestado, una de dos, ó es que no quiere hacer más por nosotros, ó es que se encuentra incapacitado para hacer nada, merced á las malas artes de esa gente.

—¡Jesús, Dios mío! ¡y qué desgraciadas somos!

—Si que es verdad; pero de todos modos en estas circunstancias todavía podemos cantar victoria. Vamos, vamos á hacer nuestros preparativos para marcharnos.

—¿Pero dónde?

—A un pueblo no muy lejos de aquí; yo conozco todos estos alrededores y sé dónde estaremos mejor.

Y efectivamente, Vicente tenía un amigo en Ocaña y hacia allí se dirigió.

Precisamente en los momentos de llegar al pueblo, una pequeña tienda de comestibles acababa de cerrarse porque había muerto el dueño de ella.

Vicente, con el dinero de Leonardo, adquirió aquella tienda, y el mismo día en que el joven conforme les había prometido, se dirigía á Aranjuez para pasar el día con ellos, él inauguraba el nuevo establecimiento, creyendo haber asegurado con aquello la tranquilidad de sus pobres niñas.

Puede juzgarse el efecto que produciría en Leonardo llegar á Aranjuez y encontrarse con que su amigo no estaba allí.

Precisamente aquel era el hilo conductor para encontrar á Vicente.

Perdido aquel hilo, cuantas diligencias practicó en la pequeña población, fueron inútiles.

Dió con la posada donde habían parado las tres personas que buscaba, pero de allí salieron para ir al tren sin decir hacia que parte pensaban dirigirse, y el joven tuvo que regresar á Madrid con el profundo dolor de haber encontrado á las hijas de su protector para perderlas de nuevo.

CAPITULO XLIII

Principian las operaciones

Si inquietos estaban Carlos y el marqués por la desaparición de Vicente y de las niñas, esta inquietud se acentuó mucho más cuando una mañana Carlos, que había cogido casualmente un periódico que había sobre la mesa de su amigo, leyó un suelto en el cual se anunciaba el regreso del ilustre doctor don Andrés del Cerro, hermano del difunto duque del Solar.

—Ya pareció el enemigo misterioso,—exclamó Carlos con emocionado acento.

—¡Eh! ¿qué dices?—exclamó el marqués.

—Mira lo que dice el periódico.

Y leyó.

—¡Ah!—exclamó el marqués,—ahora ya está explicado todo. Pues es necesario saber tratar esta cuestión,

porque sino, querido Carlos, me parece que tu herencia se la lleva el demonio.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Es menester pensarlo mucho, porque la situación es muy grave. Este hombre no ha llegado ahora á España, está aquí hace mucho tiempo y ha dejado la sombra, tal vez porque ha sabido que tenemos á nuestro lado á Ortiz.

—Quizás por algún manejo de éste lo haya sabido. Ya sabes que él dijo que era necesario antes de todo descubrir á nuestros enemigos.

—Sin embargo, yo veo en esto algo confuso todavía, porque es indudable que él no sabe dónde paran las chicuelas; porque si lo supiera...

—¡Oh! sí, ya se habrían presentado al juez reclamando sus derechos.

—Desde luego.

—Por lo tanto, debe encontrarse en el mismo caso que nosotros.

—Y quizás ese terror que les ha inspirado mi presencia, nos haya sido beneficioso para que él no las encontrase, porque á la par que se han perdido para nosotros también se han perdido para él.

—Seguramente. De todas maneras es muy conveniente, pero muchísimo, que se le avise á Ortiz.

—Y por cierto que hace tres ó cuatro días que no le hemos visto.

—Indudablemente está ocupándose de nosotros.

—Puede; pero qué quieres que te diga, me parece que ese hombre presume demasiado.

—Pues no será porque no se hace pagar bien caro.

—Ya que este asunto lo tocamos, debo decirte lo que

antes no te había dicho. Me parece, querido Federico, que has obrado con bastante ligereza en ese asunto. Has ofrecido demasiado, mejor dicho, no es que has ofrecido sino que has accedido á lo que te pedía.

—¿Y qué querías que hiciese?

—Regatear.

—No puede ser: prescindiendo de que aun cuando caro, tengo la seguridad de que ese hombre ha de responder cumplidamente á lo que de él esperamos.

—Puede; pero lo dudo mucho.

—Conozco á las personas más que tú, querido Carlos, y en ese terreno, Ortiz vale más oro que pesa.

—Una cosa es que lo valga y otra cosa es que vayamos á darle la mayor parte de nuestra fortuna.

—No hay más remedio, hijo; empeñada la partida en las condiciones que está, no podemos andar con distingos de ningún género. O renunciamos en absoluto á esos bienes, en cuyo caso tú verás cómo te las compones, ó es preciso que sacrifiquemos...

—No, dí más bien que sacrifique, porque al fin y al cabo los bienes sacrificados aquí son los que deberían pertenecerme.

—¡Pero hombre, por Dios! ¿qué te había de pertenecer después de esa dichosa carta que obra en poder de esa gente?

—Si esa carta hubiese estado en mi poder, puedes estar seguro que no habría llegado á manos de esa gente. Tú, con ese afán de quererlo absorber todo, de reunir elementos para tenerme en tu poder, de incapacitarme para que pudiese intentar nada por mí, has producido el daño.

—Vaya, vaya, chico, no me vengas ahora con recon-

venciones cuando tanto me habré yo perjudicado ó quizás más que tú. Esa carta, y quién sabe si algunos otros documentos, me los debió haber extraído aquel bribón de Juan, á quien cada día estoy más contento de haber castigado. Y no hablemos más de todo eso, porque me enoja que me hagan cargos, máxime cuando tu interés únicamente ha sido quien me ha inspirado en todo.

Carlos iba á contestar quizás con alguna violencia, porque demasiado comprendía lo que representaba aquel tan decantado interés de su amigo, pero felizmente se contuvo y se contentó con decir:

—Sí, tienes razón; vale más que doblemos la hoja, y dejar que suceda lo que quiera.

—Lo que tú tienes que hacer ahora es ir á ver á Andrés.

—¡Yo!

—Tú, sí; ¿acaso estás reñido con él? No por cierto; tú no puedes ser responsable de lo que hizo el duque.

—Sin embargo, es una visita que me agrada poco.

—Pero es muy necesaria.

—No sé por qué.

—Por de pronto, puede darnos alguna luz.

—¿Sobre qué?

—Sobre la actitud de ese hombre.

—Ya puedes comprenderla; resuelta para hacernos todo el daño posible.

—Es que aun cuando así lo comprendamos y aun cuando te increpe duramente, sus mismas palabras quizás puedan servirnos para apreciar los elementos de que dispone. Por otra parte, no creo que suceda así.

—¿Por qué?

—Porque Andrés tiene más conchas que un galápa-

go y quizás trate de descubrir tu juego acogiéndote afectuosamente.

—Me parece que no lo hará.

—No veo la razón.

—Sí tal; ¿dejará de haber sabido por José que nosotros hemos estado juntos en el Solar y lo que se dijo de que tú tratabas de quedarte con aquella posesión?

—¿Y qué de particular tiene eso?

—Muchísimo; porque arguye, desde luego, la amistad que nos une y la inteligencia en que estamos.

—De todos modos, es muy conveniente que hagas lo que te digo, porque si no vas, es declararte desde luego en completa rebelión con él. Vale mucho más que el rompimiento sobrevenga á consecuencia de alguna inconveniencia suya, que no porque tú lo inicies con tu falta de cortesía.

Esta observación produjo más efecto en Carlos que las razones que antes le diera su amigo.

Efectivamente que después de la publicidad dada á la llegada del doctor, parecía lo lógico que Carlos acudiera inmediatamente á verle.

No hacerlo así, equivalía á declararse reo y, por lo tanto, podía excitar alguna sospecha.

—Nada, nada, haré lo que dices,—contestó por fin;—pero no te respondo de las consecuencias que pueda tener esa visita.

—No te entiendo.

—Muy sencillo; si Andrés me trata de un modo inconveniente, fácil es que yo me ponga al mismo diapasón, y entonces no sé lo qué sucederá.

—Harás muy mal.

—Es decir que, según tú, si me acusa, si me ofende,

he de inclinar la cabeza y he de soportar todas sus ofensas.

—Tanto como eso...

—Pues es lo que va á suceder.

—Si vas con esa prevención...

—Conozco á Andrés y puedes comprender que ahora ha de venir doblemente irritado.

—En todo caso, contra quien lo estaría sería contra mí.

—¿Contra tí?

—Es natural; ¿á quién puede achacar la escena que sucedió entre él y su hermano? A mí, sólo á mí; pero contigo, no sé por qué.

—¡Hombre! por la amistad que nos une; porque no le avisé; porque yo mismo fuí al Solar á arrojar de allí á Emilia y á sus hijas.

—¿Y cómo puede saber eso?

—Muy sencillo; si ha ido allá, ya puedes figurarte que José no habrá callado.

—Suceda lo que quiera, yo estoy en que debes ir.

—Conformes; yo comprendo que debo visitarle, eso desde luego; pero no respondo de lo que sobrevenga después.

—En fin, contente todo lo que puedas, y sino, adopta el temperamento que mejor te convenga; pero de todos modos, procura recoger y estudiar bien todas las frases que diga, porque tal vez, como te he dicho, nos den alguna luz. Precisamente en los momentos de cólera es cuando suelen cometerse todas las imprudencias, y de eso hemos de aprovecharnos nosotros.

—Veremos lo qué puedo adelantar.

—Te advierto una cosa.

—¿Qué?

—Que esa visita debes hacerla hoy mismo.

—¿Tan pronto?

—¡Es natural, hombre; es natural! Hoy han salido esos sueltos en los periódicos, y lo natural es que inmediatamente de haberlos leído te presentes en su casa hasta mostrándote quejoso porque no te haya avisado su llegada. Es menester emplear la mayor corrección en tu proceder, á fin de que resalte mucho más la conducta que observe contigo.

Carlos reflexionó algunos momentos, y después dijo:

—Comprendo que tienes razón.

—¿Lo ves, hombre, lo ves? ¡Si al fin no tienes otro remedio que dármela!

Iba á replicar Carlos, cuando entró un criado y entregando al marqués una tarjeta, le dijo:

—Ese caballero está esperando ahí fuera.

Miró el marqués la tarjeta, y exclamó, entregándosela á Carlos:

—Precisamente estábamos hablando de él hace un momento. Que pase.

CAPITULO XLIV

Las observaciones de Ortiz

La tarjeta que Carlos estaba mirando, llevaba el nombre del agente de policía, puesto incondicionalmente al servicio de aquellos dos individuos.

Como había dicho muy bien el marqués, hacía tres ó cuatro días que no le habían visto.

El *Ratón* había querido reservarse su libertad de acción, no ateniéndose para nada á las observaciones ó á los planes del marqués, queriendo seguir en todo y por todo sus inspiraciones.

El marqués, que realmente era un gran fisonomista dentro del terreno de la criminalidad, había adivinado desde luego en aquel hombre, condiciones especialísimas para lo que él pretendía.

Había perspicacia, sutileza, astucia, una inteligencia

clarísima, y una voluntad indomable para conseguir el objeto que se propusiera.

Al mismo tiempo había ambición, y como él tenía elementos para podérsela satisfacer, como podía darle el oro que apetecía, era indudable que aquel hombre realizaría hasta lo imposible, para llegar á su objeto.

De aquí que el *Ratón* fuera la verdadera palanca con que el marqués contaba para remover los obstáculos que se le pudieran presentar en su camino.

Al verle entrar en el despacho, se apresuró á decirle:

—Ya imaginaba que vendría usted hoy.

—¡Ah! sí, por la noticia que ha visto usted en los periódicos, tal vez.

—Justamente.

—Pues, sin embargo, esa noticia ya la sabía yo hace dos días.

—¡Cómo! ¿usted sabía que estaba Andrés en Madrid?

—Sí, señor,—contestó sencillamente el agente.

—Y no nos había usted dicho nada,—dijo Carlos.

—¿Para qué?

—¡Hombre! me parece que la cosa merecía que nos pusiéramos de acuerdo.

—Pero, vamos á ver; ¿quién ha de realizar el objeto que ustedes se proponen, ustedes ó yo?

—Creo que todos hemos de contribuir.

—No, señor; asunto en que yo intervenga, como ya les dije á ustedes, y más especialmente al señor marqués, pretendo resolverlo por mí solo; por eso quiero llevar la dirección de ellos. Si salen mal, mía será la culpa, y yo perderé, puesto que no he de cobrar la cantidad estipulada, y si salen bien, quiero también tener la gloria de haber sido quien los ha realizado.

—Pero vamos á ver, Ortiz,—dijo el marqués,—explíquenos usted cómo ha sabido que estaba aquí Andrés.

—De un modo muy original, como á mí me sucede siempre con todas las cosas.

—¿Cómo?

—Desde el momento en que me puse al servicio de ustedes, procuré encontrar por todas partes fotografías, que indudablemente debía haberlas, de retratos que se hubiesen hecho lo mismo el duque que su hermano.

—¿Y las encontró usted?

—¡Ya lo creo!

—Pero es que Andrés ha de estar sumamente cambiado.

—Sí, señor, y lo está, y yo me puse á estudiar el retrato y fuí haciendo en mi imaginación otro retrato nuevo suponiendo todos los cambios y alteraciones que los disgustos, los viajes, el cambio de climas y el transcurso del tiempo, podían haber introducido en aquella fisonomía.

—Sabe usted que la observación podrá ser ingeniosa, pero es muy aventurada. Hay semblantes sobre los cuales resbala el tiempo sin estampar en ellos la huella más insignificante, y en cambio hay otros que en un día envejecen un año.

—Es verdad; pero en este caso, mi cálculo me ha salido de una exactitud tal, que apenas me fijé en el semblante de don Andrés, en seguida encontré el parecido del retrato.

—Pero ¿dónde lo vió usted?

—En el Gobierno.

—¿En el Gobierno? ¿y qué fué á hacer allí?

—No lo sé, porque yo había ido á tomar la orden y salía ya cuando él entraba; me chocó, como digo, aquel parecido, le esperé á que bajara, fuí siguiéndole hasta que llegó á su casa; entonces pregunté resueltamente al portero y hé aquí de qué modo supe la existencia de nuestro hombre y, por lo tanto, la mano oculta que ha estado trabajando todo este tiempo y cuya existencia había yo sospechado.

—¿Y qué opina usted que debemos hacer?

—Antes es necesario que les ponga á ustedes en muchos antecedentes que deben conocer, para evitarse cometer alguna imprudencia.

—¿Es decir, que sus descubrimientos de usted no se han circunscrito exclusivamente á la cuestión de Andrés?

—Poco hubiera hecho entonces cuando tengo necesidad de hacer tanto, y les aseguro á ustedes que hay muchísimo, pero muchísimo que hacer, porque el mozo es de oro; los elementos que tiene á su lado son de primer orden; pero sin embargo, veremos quién lleva el gato al agua.

—¿Sabe dónde están las chiquillas?

—Eso quisiera él.

—Lo que yo te había dicho,—dijo Carlos dirigiéndose al marqués.

—Pero crean ustedes, sin que esto sea presunción mía, que si no estuviera al lado de ustedes, no pasaban quince días que él no supiera ya dónde podía encontrar á esas criaturas.

—Pero ¿qué elementos son los que dice usted que tiene?

—En primer lugar uno con el cual nosotros no podremos contar y mucho menos si de la crisis actual resulta que cae el ministro de la Gobernación.

—Es decir, ¿que cuenta con el Gobierno?

—Si no con el Gobierno con el presidente de la Audiencia que es pariente suyo.

—Es verdad,—exclamó Carlos,—yo no había caído en eso.

—Pues ese desde luego es un elemento que no saben ustedes la fuerza que tiene.

—Ya me lo figuro; pero usted posee condiciones.

—Yo sé lo qué valgo; pero también sé apreciar lo que valen los demás, y al lado de don Andrés hay uno que si conforme le dió por el lado bueno, le hubiese dado por el malo, crea usted que yo sería niño de teta á su lado.

—¡Diablo! ¿sabe usted que nos asusta?

—Pero en fin, ¡qué demonio! la cosa ya no tiene remedio y es preciso que lleguemos hasta el fin; mucho vale don Jerónimo, sí, señor, pero hasta ahora yo también he hecho algo que ha valido la pena.

—¿Y quién es ese don Jerónimo?

—Un jefe de orden público que sabe más, y mire usted que es decir, que todos los agentes que hay en España.

—Vamos, usted exagera.

—Pregúntelo usted á quien quiera y verán ustedes lo que le contestan, y esto se lo digo para que no crean que trato yo ahora de hacer valer por esta causa mis trabajos, se lo digo porque es verdad. Pero don Jerónimo ha tenido el mal de no quererse meter en la cuestión política, y esto le tenía separado del ramo hace ya tiempo.

—Pues entonces, poco valor puede tener en el día.

—Los hombres como don Jerónimo, desengáñense ustedes, que valen siempre mucho, y les repito lo que

antes les dije, suerte que yo estoy mezclado en esto, que sino, vaya, ni aun quince días tardaba don Jerónimo en dar con las chicas.

—Pues hombre, hagamos una cosa entonces,—dijo Carlos.

—¿Qué?

—Dejémosle á él que trabaje y aprovechemos nosotros sus trabajos.

—Más bien aprovecharía él los nuestros si llegara á ponerse en nuestras aguas, que nosotros los suyos. No saben ustedes lo que es ese hombre.

—Pero en fin, para un hombre hay otro.

—Es que todavía tiene ahí don Andrés otro mozo cuya pinta es de primera.

—¿Quién es?

—No lo sé; un estudiante que se llama Alejandro, que parece que es muy rico y joven; pero es un muchacho que en sus ojos ya se está leyendo lo listo que es. Sin embargo, me parece que he descubierto el flaco suyo y ese flaco nos lo ha de entregar atadito de piés y manos.

—¿Dónde vive ese muchacho?—dijo el marqués.

Ortiz le dió las señas de la casa que habitaba Pepe Corrales, añadiendo después:

—Y para que vea usted lo qué son las cosas, á muy corta distancia, en la calle inmediata, vive también don Jerónimo.

—¡Ya! habrá querido Andrés poner á sus agentes uno cerca de otro para tenerlos más á mano.

—Puede que sí.

—¿Y son todos esos los elementos con que cuenta?

—Hasta ahora esos son.

—Pero ¿cómo ha descubierto usted que el uno y el otro son agentes suyos?

—Sencillamente; porque los he visto entrar en su casa y salir juntos, y sobre todo porque el joven ha estado en la casa donde usted me había dicho que vivió Vicente, y ha tomado muchos informes respecto á esa familia. Ya ven ustedes que tengo una vigilancia bien establecida.

CAPITULO XLV

Instrucciones

El marqués y Carlos miraron llenos de admiración á aquel hombre, que parecía conocer tan á fondo los elementos de que disponía Andrés; que le había reconocido, cuando si á mano viene ellos habían pasado por su lado diferentes veces sin advertir quién era, y que no estaba desanimado por el valor de las personas que le prestaban á aquél su eficaz concurso.

—De modo, que usted ha tratado de utilizar aquella indicación que le hice respecto á la casa donde vivía Vicente...—dijo Federico.

—Yo he utilizado otras muchas en que ustedes no han podido pensar. Por de pronto, sé que Vicente y las muchachas no están en Madrid.

—¿Pues dónde?

—¡Oh! eso es ya más difícil.

—¿Y cómo ha podido usted entonces saber que no están en Madrid?

—Porque como para hacer una mudanza lo primero que se necesita es un medio para trasladar los muebles, yo he buscado ese medio.

—Un carro creo que me dijo la vecina á quien ví,—repuso Carlos.

—Justo; y como que ese carro debía tener un dueño á ese precisamente fué á quien busqué.

—¿Y lo encontró?

—Mis trabajos me ha costado, porque en Madrid hay gran número de carros; pero dí con él.

—¿Y qué?

—Que los muebles fueron conducidos á la estación del Mediodía.

—En ese caso, allí puede saberse para dónde fueron facturados.

—Sí, señor; pero da la coincidencia de que en el mismo día se facturaron muebles para cuatro puntos diferentes: para Valdemoro, para Alcázar de San Juan, para Valencia y para Aranjuez.

—Pero los nombres...

—Ninguno está á la orden de Vicente.

—Pues alguno de ellos ha de ser, puesto que el carretero dice que los llevó allí.

—De todos modos, la huella se ha perdido por esa parte, y es necesario que la busquemos por otra.

—¿Sabe usted que estoy pensando una cosa?—dijo de repente Carlos.

—¿Qué?

—Que ya tenemos, indudablemente, al joven que encontró á las niñas y que dió aviso á Vicente de la presencia del marqués en aquella calle.

—¿Acaso crees que pueda ser ese Alejandro que ha dicho Ortiz?

—¿Por qué no?

—Porque eso equivaldría á suponer que Andrés conoce el paradero de sus sobrinas.

—Bien podría ser,—contestó Ortiz, que se había quedado pensativo.

—¡Imposible!—repuso el marqués.

—Me guardaría yo mucho de asegurarlo de ese modo,—contestó el agente de policía.—Pues mire usted, —prosiguió dirigiéndose á Carlos;—me ha dado usted una idea.

—¿De veras?

—Sí, señor. He estado devanándome los sesos buscando al individuo ese que dió el aviso y que sin duda también les facilitó los cuartos para la marcha, y no podía dar con él. Sin duda alguna, debe haber sido ese muchacho que yo digo.

—¿Qué señas tiene?—preguntó Carlos.

—Delgado, bigote negro, pelo negro, guapo y bastante elegante.

—Eso me dijo la vecina; de mi estatura, poco más ó menos.

—Una cosa así.

—Pues no le quepa duda; ese mozo es el que usted buscaba.

—Puede que sí, y cuanto más lo reflexiono, me convenzo más.

—Con lo cual quedaríamos en que Andrés ha tenido parte, ó mejor dicho, ha sido el autor de la desaparición de las chicas.

—¿Pero para qué esa desaparición?—dijo el marqués,

que no se apresuraba tanto como sus compañeros á dar crédito á aquella suposición.—Si Andrés había dado con las chiquillas, ¿qué inconveniente podría tener en hacer ostensible su hallazgo? Vamos á ver; lo razonable es que inmediatamente las hubiese puesto en posesión de su herencia, y que se hubiese hecho nombrar por los tribunales su tutor.

—Eso es cierto,—dijo Carlos, que efectivamente no podía menos de reconocer lo atinado del razonamiento de su amigo.

—Diré á usted; yo lo veo de otra manera, y en mi concepto, sin que trate de hacer prevalecer mi opinión, supongo que así debe haber sido. Andrés sabe perfectamente que ustedes son enemigos encarnizados de las niñas, como ayer lo fueron de sus padres; es indudable que él ha venido aquí para vengar á las personas que han muerto de un modo tan desgraciado; pero carece de pruebas para formular una acusación concreta y realmente formidable, y estas pruebas son las que espera conseguir no descubriendo el paradero de esas niñas, para que ustedes se interesen en su busca, y hasta quizás puede muy bien que llegue á facilitarles una pista falsa para que se lancen ustedes por ella y cogerles con las manos en la masa, como se dice vulgarmente.

—¡Demonio!—exclamó el marqués,—¿sabe usted que quizás tenga razón?

—Me alegro que lo comprenda usted así.

—Sí, señor; yo no había caído y reconozco mi error.

—En este caso, es necesario que andemos con piés de plomo.

—Por esto les digo á ustedes que ahora más que nunca, reclamo para mí una independencia completa, no

hagan ustedes nada sin que yo se lo ordene ó sin que antes me lo consulten. Yo conozco ya los elementos auxiliares de ese caballero, esta circunstancia y la opinión que he formado, me obligan á variar notablemente todo mi plan.

—Ya lo creo.

—Yo pretendo ahora, que sean ellos mismos los que me digan dónde están las niñas.

—Eso es muy fácil.

—O muy difícil.

—No lo se ver así.

—Sin duda, que se creerán ustedes, que sin más ni más, van á dirigirse al lugar donde estén ocultas, para que nosotros podamos espiarles y averiguarlo. No son tan cándidos, ni nosotros tan crédulos, para que nos dejáramos coger en un lazo tan grosero.

—Pues entonces...

—Entonces lo que hay que hacer por parte de ustedes, es obrar con mucha diplomacia.

—No comprendo.

—Aparentar que de nada se ocupan.

—Yo he dicho á Carlos, que debe ir á ver á Andrés.

—Y yo temo esa entrevista, porque estoy seguro que va á recibirme con una dureza extraordinaria, y según la disposición en que me encuentre, yo le he de contestar más duro todavía.

—¿Usted lo cree así?

—Si conozco su carácter.

—Pues siento decir á usted, que está en un error. Don Andrés no le recibirá como usted supone. Más que ofendido, se mostrará indiferente; pero tenga usted mucho cuidado lo que habla, porque bajo aquella indife-

rencia tratará de ocultar su penetración, y la palabra más insignificante, la impresión más débil, tenga usted por seguro que la comprenderá.

—Me parece que están ustedes equivocados. Conozco á Andrés mejor que ustedes. Pero puesto que opinan que debo ir á verle, iré, sí, señor.

—Pues vaya usted prevenido en el sentido que acabo de indicarle.

—Puede que tenga razón Ortiz, Carlos; estoy pensando cada una de sus palabras, y me figuro que conoce la situación y los personajes que juegan en ella, mejor que nosotros mismos.

—Por lo menos puedo asegurarles á ustedes que he estado haciendo un estudio completo de todo eso.

—Ya lo veo.

—Ahora me resta hacer á usted otra advertencia, señor marqués.

—¿A mí?

—Sí, señor.

—¿Sobre qué?

—Sobre ese joven de quien hablábamos antes. Esa es una presa que le arrojo á usted y á la cual inutilizaremos á las primeras de cambio.

—No sé cómo.

—Ese joven es socio del Casino, pertenece además á la sociedad de los *Alegres*, ¿comprende usted? y allí le encontrará en una ó en otra. Tenemos el carnaval encima, la estación se presta para juergas por todo lo alto y por todo lo bajo, y al chico le gustan las mujeres, ¿va usted comprendiendo?

—Un poco, un poco.

—Unas cuantas copas de Champagne y los ojos de un

par de mozas espabiladas, hacen soltar la lengua con una facilidad asombrosa; utilícelo usted por ahí, y me dará las gracias.

—Aprovecharé el aviso.

—¿Y en cuanto á ese don Jerónimo?—preguntó Carlos.

—De ese me encargo yo; es una especie de anguila que se deslizaría por entre las manos de ustedes, sin que pudieran cogerle nunca. Conmigo ya es distinto.

—Como usted quiera.

—Usted, señor don Carlos, debe cultivar con sumo cuidado y con mayor destreza todavía, las relaciones de don Andrés.

—Pero si esas relaciones quedarán rotas hoy mismo.

—Le digo á usted que no.

—Lo verán ustedes; y mal que les pese, tendrán que darme la razón.

—Si así sucede, permítame usted que le diga que será porque usted habrá cometido alguna imprudencia.

—Como ustedes quieran.

—Pero hombre, cualquiera creería que tenías interés en que sucediese lo que presumes.

—Les prometo á ustedes hacer todo cuanto humanamente me sea posible por contenerme, y lo único que siento es, que no puedan presenciar nuestra entrevista.

—Ya me dirá usted lo que ha sucedido. Yo voy á salir esta misma noche para Arévalo, y sabré si ocurre algo nuevo en el Solar.

—¡Cómo!

—Quiero cerciorarme de si están ó no las niñas.

—Cuente usted que si Andrés ha dado con ellas, allí estarán.

—No lo creo; mucho me engañaría si estuviesen allí. Más bien creo que puedan estar en casa de alguna persona de la gran intimidad de Andrés. Y eso ustedes que le conocen, podrán decirme si recuerdan alguna.

—¡Caramba! me hace usted caer en una cosa. En Granada reside el marqués de Monte-Sagrado, que es un amigo íntimo suyo, y ya podría ser que las hubiera enviado allí.

—Déjeme usted que tome nota, porque eso no está de más conocerlo.

—Pero supongo que su estancia de usted en el Solar, será de cortísima duración.

—Y tan corta. Si salgo esta noche, pasado mañana estoy aquí.

—¿Y sabrá usted?...

—Si en Avila, en Arévalo ó en el Solar, existen esas dos niñas, ese viejo y sus dos ó tres hijos, que tanto nos preocupan por el momento.

—Tenga usted muy presente, que los duques del Solar tienen otras posesiones por allí también, y que todos los arrendadores ó los encargados de ella, pertenecen, ó cuando menos quieren, mucho á Andrés.

—Conozco perfectamente todas las posesiones á que usted se refiere, y no debe abrigar temor alguno de que pase nada desapercibido. Cuando vuelva les diré algo seguro.

—Y yo le diré á usted también el estado de mis gestiones respecto á ese Alejandro,—dijo el marqués.

—Y yo la ruptura con mi excelente tío.

—Entendidos.

Y Ortiz salió de la casa del marqués.

CAPITULO XLVI

La policía de Jerónimo

Como ya hemos dicho, el antiguo jefe de orden público, instalado en la casa de Andrés, celebraba largas conferencias con Alejandro, nombre que seguiremos dando á Pepe Corrales, puesto que semejante estado civil le había impuesto Andrés.

La comunicación interior de las dos casas, facilitaba el que uno y otro pudieran verse sin que nadie se apercibiera de ello.

En el momento en que tenía lugar en casa del marqués la escena que acaban de presenciar nuestros lectores, de conferencia también estaban don Jerónimo y el joven.

—De manera,—decía don Jerónimo,—que en la estación han dicho que ya habían ido á preguntar por el mismo equipaje.

—Sí, señor.

—Eso prueba que Ortiz ha tenido la misma idea que yo, pero lo que á él no se le ha ocurrido, sin duda, es lo que á mí.

—¿Y qué es lo que se le ha ocurrido á usted, don Jerónimo?

—Que marche usted á Aranjuez en el tren que sale á las tres, que se vaya usted á las posadas donde dice Leonardo que estuvieron parando las personas que buscamos, y que se entere allí, qué se ha hecho el equipaje que de aquí salió consignado para ser recogido en la estación. Es indudable que Vicente debió recoger ese equipaje, y llevarlo consigo donde quiera que fuere.

—Es verdad.

—Por lo mismo, esa noticia nos es de mucha importancia.

—Pues la sabrá usted á la mayor brevedad.

—Si encuentra usted la huella, siga adelante.

—De modo, ¿que no ha dado resultado la investigación que ha girado usted por todos los pueblos de estas inmediaciones?

—Ninguno. Estoy temiéndome que ese hombre, después del quebranto sufrido al llegar á Aranjuez, haya pensado que aquí se podría ocultar mejor que en ninguna parte, y se haya vuelto á Madrid.

—Eso sería una gran cosa.

—No sea usted así, hombre; ¿cree usted tan fácil encontrar aquí á una persona que pretende ocultarse y que, como Vicente, tiene tanto miedo de que le descubran? Más fácil nos hubiera sido en cualquier pueblo, donde una persona que va de fuera llama siempre la atención.

—Confieso mi error; dice usted muy bien. ¿Y no ha sabido usted nada de nuevo respecto á esa gente?

—Ortiz sabe ya que yo estoy trabajando en favor de Andrés y sabe también que usted es otro de los que coadyuvan á nuestros esfuerzos.

—En ese caso, ¡estamos espiados!

—Sí, señor,—repuso tranquilamente el antiguo jefe de orden público;—pero ignoran muchas cosas, y me parece que las seguirán ignorando por mucho tiempo.

—¿Qué?

—En primer lugar, la comunicación que hay entre estas dos casas; en segundo, ignoran también quién es Leonardo, y en tercero, los agentes secundarios que nosotros tenemos. Esto es una gran ventaja para nosotros, porque mientras sabemos todo lo que ellos hacen, no pueden saber lo que pasa en el interior de nuestras casas. Usted no tiene más que á esa buena señora, á quien nadie arrancará una palabra de cuanto aquí sucede; yo no tengo ninguna criada, y ni mi mujer, ni mis hijas, han de hacernos traición; en casa de don Andrés no hay más que Marcelo y los dos criados que se trajo del Solar, callados como dos muertos. De modo, que podemos tener la seguridad absoluta de que no sabrán ellos jamás sino aquello que á nosotros nos convenga dejarles ver. En cambio, poseemos aquí noticias curiosísimas que no pueden suponer que las sepamos.

—Y todo lo ha hecho usted casi sin moverse de aquí.

—En cambio, ese pobre Ortiz se agita y anda y corre y vuela, agitándose en medio del vacío. Y tenga us-

ted presente que si en el ramo de policía hay alguna persona que realmente valga, es Ortiz, porque como inteligencia, como sutileza, como penetración y como energía, no hay nadie que le supere.

—¡Ya lo creo que lo hay!—repuso Alejandro;—usted le supera.

—¡Oh! pero yo no estoy dentro del cuerpo. Hablemos de otra cosa,—dijo don Jerónimo, separando la conversación del terreno en que estaba;—¿no ha visto usted al marqués todavía?

—No, señor; anoche, cuando llegué al Casino, acababa de marcharse, y cuando después estuve en el círculo de los Alegres, no había ido todavía. Tuve que marcharme de allí porque no me sentía bien, y no sé si acudiría después.

—Prepárese usted para el momento en que le vea. A ver de qué modo sostiene usted la primera acometida.

—No tenga usted cuidado; me encuentro tan desconocido en esta nueva situación en que me hallo, que dudo que nadie me pueda conocer.

—Sin embargo, un momento de turbación al sentir fija en su rostro la mirada del marqués, podría dar al traste con todo nuestro trabajo.

—Vuelvo á repetirle que no pase pena en ese sentido.

—Pues en seguida que venga usted de Aranjuez, es necesario á todo trance que trate usted de intimar con él.

—Ya lo sé.

—Nunca se es más expansivo que cuando se tienen unas copas dentro del cuerpo, y usted debe tener el arte

suficiente para hacer beber al marqués y no beber usted.

—Ya sabe usted, don Jerónimo, el gran interés que tengo por vengar á mi primer protector, como ya le he contado, y para responder dignamente á la confianza que en mí ha depositado don Andrés; todas estas consideraciones son de tal naturaleza, que me dan una seguridad tal en mí mismo, que casi no vacilo en asegurarle que por mucha maldad, por mucha astucia, por mucho mundo que tenga el marqués, no ha de conseguir vencerme.

—Cuidado, hijo mío, cuidado con la presunción; pues á veces suele tener malas consecuencias.

—No, don Jerónimo, si yo no tengo presunción. Como le he dicho, lo que tengo es el convencimiento íntimo de lo que valgo. El día en que el pobre Juan me dió parte de sus recelos y me confió la misión de vengarle si moría y de reparar las injusticias y las infamias del marqués, yo no sé lo qué sentí, pero me creí transformado en un hombre lleno de energía, de fuerza y de conocimientos, capaz para todo lo que pudiera contribuir á realizar la misión que se me confiaba.

—Pues nada, adelante, y realice usted su viaje para ponerse frente á frente del marqués.

En este momento sonaron dos golpecitos dados discretamente á la puerta del aposento, y un momento después entraba la esposa de don Jerónimo, llevando un papel en la mano.

Lo recogió éste, salió la esposa, y extendiendo el papel sobre la mesa, Jerónimo vió que la hoja estaba completamente en blanco.

Sacó de uno de los cajones, el antiguo jefe de poli-

cía, una botellita, echó unas cuantas gotas de su contenido en un platillo de cristal, empapó una esponja, y después lo pasó sobre el papel.

Inmediatamente aparecieron sobre él, algunos caracteres que leyó don Jerónimo.

Después alargó el papel á Alejandro, diciéndole:

—Vea usted lo que me comunican.

El joven cogió el papel, y leyó lo siguiente:

«Ortiz ha estado más de una hora en casa del marqués; también estaba allí don Carlos. Minuto, le va siguiendo.»

El joven no pudo menos de mirar á su interlocutor lleno de asombro.

Don Jerónimo puso una fecha y la hora en que había recibido aquel papel; sacó una carpeta y le encerró en ella.

Apenas había terminado aquella operación, volvieron á sonar otros dos golpecitos en la puerta, y la esposa de don Jerónimo volvió á entrar con otro papel.

La misma operación practicada en el anterior, dió un resultado idéntico en éste.

—Oiga usted también lo que me dicen de casa del marqués.

Y leyó lo que sigue:

«Gran conferencia entre Ortiz, Carlos y el marqués.

»No puedo oir mucho, y se me pierden algunas palabras.

»Hablan de usted, de un tal Alejandro y del Presidente de la Audiencia, como auxiliares de un don Andrés.

»Suponen que éste ha encontrado á unas niñas y que las tiene ocultas.

»Dicen no sé qué cosa, de ese don Alejandro, para que el marqués le haga hablar por medio de unas mujeres.

»Ortiz sale esta noche para Avila y no sé qué otros puntos, para ver si las niñas están allí.»

CAPITULO XLVII

Andrés y Carlos

CON el mayor asombro, había escuchado el joven la lectura de aquel aviso.

Don Jerónimo clasificó aquel papel como el anterior, y dijo á su interlocutor:

—Ya lo ve usted; parece que hay un plan preconcebido respecto á usted.

—Veremos.

—Todo esto ha de servirle para estar prevenido.

—Me parece que no he de pecar por falta de precaución.

—Un consejo, querido Alejandro; cuando quiera usted salir de su casa para ir á algún sitio, no elija usted jamás el camino recto.

—¡Cómo!—exclamó el joven, no comprendiendo el verdadero sentido de aquellas palabras.

—Lo que le digo; siempre vaya dando rodeos, procu-

re usted más bien mirar detrás que delante y, sobre todo, use usted mucho los carruajes; pero hágase usted siempre llevar unas veces al pasaje de la calle de la Montera, que le permita tener salida por la de las Tres Cruces; otras al Ministerio de Hacienda, que le da paso á la calle de la Aduana, y siempre en sitios que le permitan, como le he dicho, salir por una calle distinta, dejando parado el carruaje junto al sitio por donde ha entrado. Esto sirve para despistar al que le vaya siguiendo, y como que ya puede usted estar seguro que hay alguno que le espía, no está de más que tome esa precaución.

—Ya se ve que la tomaré.

—¿Dónde va usted ahora?—preguntó don Jerónimo, viendo que el joven se disponía á salir de la estancia.

—A prepararme, porque ya son las dos, y si he de marcharme á Aranjuez...

—Tiene usted razón; pero no se olvide de que para ir á la estación del Mediodía, es menester que vaya usted á la del Norte. ¿Comprende usted lo que quiero decirle?

—Sí, señor; está comprendido.

Poco después Alejandro salía de la estancia.

Inmediatamente don Jerónimo sacó de la carpeta el segundo papel que había recibido, y se puso á mirar algunas líneas que no había leído al joven.

Después se fué al teléfono, cuyo aparato estaba en un rincón de la estancia, y se puso en comunicación con Andrés.

—¿Qué hay?—le preguntó éste.

—Carlos le visitará,—contestó don Jerónimo:—espera recibimiento frío. Va dispuesto á romper si le trata

con dureza; conviene que suceda lo contrario. Correo interior, detalles.

—Está corriente,—repuso Andrés;—se hará como se pide; vengan detalles.

Terminada la comunicación, don Jerónimo se puso á escribir una carta cifrada. Pocos momentos después, iba él mismo á echarla al correo.

En ella le decía á Andrés lo de la visita de Ortiz, la ignorancia en que estaban lo mismo Ortiz que sus compañeros respecto á la participación que tenía Leonardo y todo lo demás que se le decía en los avisos que hemos visto, así como también la resolución que había tomado respecto al viaje de Alejandro.

Merced á este sistema, Andrés estaba al corriente de todo, sin moverse de su casa.

Apenas hubo recibido el despacho telefónico, llamó á Marcelo y le dijo:

—Hoy espero visita.

—¿La recibirá el señor?—preguntó el criado.

—Sí.

—¿Quién es? si lo puedo yo saber.

—Carlos.

Al escuchar este nombre, alzó Marcelo la cabeza vivamente.

—¡Cómo! ¿el señor va á recibir á ese hombre?

—Sí, ya lo oyes.

—¿Pero á qué viene aquí?

—Pues á verme, ¿no lo has oído?

—No sé si podré ponerle buena cara.

—Pues conviene que se la hagas buena.

—Señor...

—Se la voy á hacer yo...

—Pero francamente; saber lo que ha hecho y recibirle aquí...

—Es necesario, y vuelvo á repetirte que no ha de advertir en nosotros hostilidad de ningún género.

—No sé si podré resistir á las tentaciones que, de fijo, voy á experimentar.

—¡Ya lo creo que las resistirás!

—Ya sabe usted, señor, que yo no soy ningún santo.

—Ni yo tampoco.

—¡Oh! pero usted tiene una fuerza de voluntad...

—Como yo quiero que tú la tengas.

—En fin, haré lo que pueda; pero esté usted seguro que voy á hacerme una violencia extraordinaria.

Andrés estudió, si así podemos expresarnos, la carta que poco después recibía por el correo interior, murmurando:

—Hábiles son el tal Federico y ese Ortiz, de quien ya me había hablado Jerónimo; pero más hábiles somos nosotros cuando hemos conseguido tener confidencias dentro de su casa y confidencias respecto á las cuales no pueden abrigar sospecha de ningún género. Veremos si esa diligencia que Pepe Corrales va á emprender, nos da algún resultado, por más que no lo creo. Vicente ha cogido un miedo cerval y queriendo salvar á las niñas, de fijo que las ha escondido tanto, que nos va á ser completamente imposible el dar con ellas. En medio de todo, bueno es que Ortiz siga una pista falsa. Si al menos cuando reconozca su error hubiéramos encontrado nosotros á mis pobres sobrinas...

Y Andrés no puedo continuar porque entró Marcelo, diciéndole en voz baja:

—¡Ya está ahí ese cara de judío!

—¡Calla!

—Le aseguro á usted que se me pasan unas ganas.

—Aguántate y acompáñale hasta aquí.

Momentos después, Carlos entraba en el aposento, exclamando:

—Pero ¡válgame Dios! ¿es posible que haya tenido que saber por los periódicos que estaba usted en Madrid?

—En primer lugar, que yo ignoraba dónde podría usted estar y en segundo, que no era tan necesario mortificar á nadie por un asunto tan baladí.

—¡Pero por Dios, señor don Andrés, no diga usted eso!

—Ya sabe usted mi modo de apreciar las cosas, y no he prestado importancia alguna, á nada de cuanto á mí se refiera.

—Pues debe usted comprender, que para nosotros, es decir, para mí siquiera, por el parentesco que me unía con el señor duque, ha de interesarme en gran manera, todo cuanto á usted se refiera.

—Mil gracias.

—¿Pero dónde ha estado usted tanto tiempo, sin darnos noticias suyas?

—¿Para qué? ¿á quién le hacían falta? Mi hermano no las necesitaba, y usted lo que menos se habrá preocupado, habrá sido de la suerte que podía haberme cabido.

—Pues está usted en un error; porque muchas, muchísimas veces habíamos hablado con mi tío respecto á usted. Como desapareció usted de un modo tan inesperado, sin despedirse de nadie...

—Pues, sin embargo, ya hubo alguien que me despidió, y crea usted que todavía fué mejor mi despedida

que la que usted, según tengo entendido, hizo á la infeliz esposa de mi hermano y á sus hijas.

Carlos no pudo menos de palidecer.

Había llegado el momento.

Por más esfuerzos que estaba haciendo Andrés, se advertía en la vibración de su acento la impresión que le dominaba.

—No me recuerde usted ese suceso,—contestó el joven,—porque le aseguro que no se ha borrado de mi memoria. Yo no pude hacer más ni menos que obedecer las órdenes que se me habían dado. Traté de dulcificar la situación, quise interponer mi escasísima influencia para hacer que desistiese el señor duque de aquella disposición; pero todo fué inútil.

—Ya me lo figuro.

—Y la prueba de lo mucho que me afectó aquella disposición, la tiene usted en las diligencias que estoy practicando para ver si descubro el paradero de esa infortunada familia. Si á costa de mi vida pudiera encontrar á mi tía y á mis primas y darles la posición de que las privó la fatal obcecación del que ya ha dado cuenta á Dios de sus actos, crea usted firmemente que lo haría.

—Pero como eso es imposible...

—Yo no desconfío.

—Es extraño que no sepa usted que la pobre Emilia murió de hambre y de frío en medio del camino que conduce á la posesión del Solar.

—¡Qué dice usted!—exclamó Carlos tratando de encubrir bajo aquel aspecto de sorpresa su verdadera impresión.

—Sí, señor; murió dejando solas y abandonadas en medio del camino á sus dos hijas, ó sus dos primas de usted, según dice.

—Pero señor, eso es horrible.

—¿Y acaso hay algo que no lo sea en todo lo que ha pasado en casa de mi hermano? Crea usted que me extraña mucho, muchísimo, que ignorase usted ese detalle.

—Juro á usted...

—No, no jure usted nada, le creo bajo su palabra. Yo hace un mes que estoy en España, y he sabido por lo visto, más que usted, que no se había movido de aquí y que es tan íntimo amigo del marqués del Pino, á cuya puerta llegaron esas pobres criaturas pidiendo amparo, y de dónde salieron para ser conducidas á la muerte. ¡Ya ve usted si estoy bien enterado!

Carlos empezaba á desconcertarse.

La calma, la tranquilidad con que Andrés iba enumerando todas aquellas circunstancias que él conocía tan perfectamente, le producían un malestar extraordinario.

Hubiera preferido, tal vez, que el médico le increpara duramente y le arrojase al rostro su proceder.

Pero aquella conversación tranquila, aquella lisura con que le exponía los hechos, el ligero timbre irónico que vibraba en sus palabras le llenaban de asombro y no sabía qué pensar ni qué actitud adoptar dado el sesgo que iba teniendo la cuestión.

CAPITULO XLVIII

Carlos no sabe qué pensar

ANDRÉS jugaba distraídamente con algunos papeles que había encima de la mesa.

Carlos trató de reponerse algún tanto, para decir:

—Parece que trata usted de hacerme algún cargo por esa ignorancia en que estaba, y es necesario que se lo desvanezca inmediatamente. En primer lugar que yo he pasado en París mucho tiempo...

—Sí, por efecto de un choque que tuvo usted con mi hermano; mejor dicho, porque después del desafío que éste tuvo con Federico, comprendió que no podía usted inspirarle gran confianza. Conozco también la existencia que llevó usted en París, existencia por cierto algo aflictiva, y que hizo necesaria en algunas circunstancias la amistad de Federico para que pudiera usted salir de algunos apuros.

—Ya ve usted, locuras de jóvenes.

—Sí, pero mi hermano seguía pagándole á usted su pensión.

—Cierto, y yo devolví al marqués las sumas que me prestó, y nuestras relaciones no han sido tan estrechas como usted cree.

—Pues, según he oído decir, el marqués pretendía quedarse con el Solar y quizás con alguna otra posesión, por efecto de compromisos anteriores contraídos entre ustedes.

—¡Jesús, qué disparate! Y una prueba de lo contrario tiene usted en que yo mismo, espontáneamente, en el momento en que supe la última voluntad de mi tío, me apresuré á poner anuncios en los periódicos, á fin de averiguar el paradero de mis primas.

—También yo los puse; pero, por desgracia, hasta hoy nada se ha descubierto; digo, á no ser que las gestiones que debe estar practicando el señor marqués con la cooperación de usted...

—¡Por Dios, señor don Andrés! Yo le ruego,—se apresuró á interrumpir Carlos,—que no me juzgue de ese modo. Mis gestiones son mías exclusivamente; mis relaciones con el marqués no pasan de ser las mismas que con otras muchas personas, y aun si he de ser franco, en estas circunstancias, le he visto tomarse un interés verdadero por el hallazgo de esas niñas.

—Quizás para ver si la segunda tentativa le salía mejor que la primera. Desengáñese usted que el marqués ha sido el ángel malo de la familia de mi hermano, y tal podrían venir las cosas que esa fatal influencia también le alcance.

—¡A mí!

—Tantas cosas como esas se han visto en el mundo...

—Pero si yo puedo asegurarle que mis relaciones con el marqués...

—No pretendo por ningún estilo averiguarlas, ni tampoco es esta ocasión para ello. Le advierto á usted únicamente, para que esté prevenido.

—Lo que me sorprende, y con mi franqueza habitual he de confesárselo, es que se halle usted tan enterado de incidentes que yo, estando aquí, como ha dicho usted muy bien, no he llegado á conocer.

—Eso le probará que cuando á uno le interesa una cosa y pone verdadero empeño en averiguarla, esté usted seguro, amigo Carlos, que la averigua. Me parece que conoce usted ya la tenacidad de mi carácter y una vez que me haya propuesto llegar hasta el fin, tenga usted la seguridad que llegaré.

—¿Es decir que usted ha venido con un plan preconcebido, por lo visto?

—¿Por qué se lo he de negar? trato de rehabilitar á mis sobrinas, ya que por desgracia no puedo hacerlo también con mi cuñada.

—Ya sabe usted que conmigo ha de contar para todo.

—¿Para todo?—dijo Andrés, mirando fijamente á Carlos.

—Sí, señor,—contestó éste, procurando dominar el efecto que aquella mirada le producía.

—Está bien; me alegro oirle á usted expresarse de este modo, porque esto desvanece ciertas prevenciones que tenía respecto á usted.

—¡Prevenciones!

—Sí, señor.

—No sé.

—Había llegado á mi noticia que entre usted y el marqués del Pino existía un contrato cuyas condiciones no me las han sabido explicar; pero que desde luego argüían que sus relaciones eran tan estrechas que apenas si daba usted un paso sin que él lo supiera.

—¡Pero qué disparate!—repuso Carlos, haciendo esfuerzos para dominar la impresión que le causaban, lo mismo las palabras que la mirada de Andrés.

—Yo me alegro mucho que no sea verdad eso que dicen.

—Puede usted abrigar la seguridad de que he tenido un verdadero placer en reanudar estas relaciones y como le he dicho en ponerme incondicionalmente á su disposición para que veamos de encontrar á esas pobres criaturas.

—Yo confío en encontrarlas.

—Según las disposiciones que haya usted tomado para ello.

—Más que todo confío en la casualidad.

—Pues permítame usted que le diga que si no ayudamos á la casualidad, difícil es que esta responda tan cumplidamente como necesitamos.

—De todos modos, ¿crea usted que las niñas parecerán?

—No lo dudo; pero más pronto podrían parecer quizás si emprendiéramos algunas expediciones por diferentes puntos.

—Y si estuvieran en Madrid.

—¡Cómo! ¿cree usted que puedan encontrarse aquí?

—Lógico es suponer que la persona á quien su amigo de usted había dado el encargo de deshacerse de ellas y que las quiso salvar, juzgara que ninguna población

más á propósito que ésta para ocultarse. ¿No le parece á usted lo mismo?

—Sí, señor; no va usted descaminado,—repuso Carlos, tratando, por decirlo así, de sostener aquella confianza en Andrés, para separar su atención de cualquier otro sitio.

A su vez el doctor observaba atentamente la fisonomía de su interlocutor cual si pretendiera adivinar por su expresión, lo que pensaba.

En cambio su fisonomía estaba cubierta por una especie de máscara de hielo que no dejaba percibir de su pensamiento sino lo que él quería.

—Y dígame usted, don Andrés,—preguntó Carlos de repente,—¿no ha dado usted ningún paso para descubrir el paradero de las niñas?

—Sí, la autoridad se está ocupando de ello.

—Malo, malo, no tengo mucha confianza en las gestiones de la autoridad.

—Pues entonces, ¿qué pretendería usted hacer?

—Obrar por nosotros.

—También puede hacerse.

—Y en este sentido, me pongo á la disposición de usted para todo. Usted, con más reflexión, en mejores condiciones que yo para pensar, estudie el plan que crea más oportuno y deme sus instrucciones. Usted será la cabeza y yo el brazo, y de este modo me parece que conseguiremos el fin que nos proponemos, más pronto quizás, que si confiamos en las gestiones de la autoridad.

—Doy á usted mil gracias, así por su buen deseo como por la cooperación que me ofrece, y que si he de serle franco, no la esperaba.

—Ya se ve; me ha juzgado usted tan mal...

—¡Oh! hijo de los antecedentes que tenía. Y usted que ha estado en el Solar, usted que por lo visto conservó relaciones con mi hermano, ¿no le había sido posible hablar nunca de esas niñas ni de su madre? Yo creo que usted, que había sido el ejecutor de sus órdenes, y ejecutor, por cierto, sobradamente severo en el cumplimiento de ellas, estaba autorizado para decirle alguna cosa, aun cuando él no la dijese.

—¡Ay! demasiado sabe usted que mi tío no admitía observaciones de ningún género cuando había formado una resolución. Hablarle, ya comprenderá usted que más de una vez le había de hablar, que más de una vez había de tratar de influir en favor de aquellos desgraciados; pero todo era inútil.

—¡Válgame Dios, y qué fatal obcecación la de mi pobre hermano! Por supuesto, que la culpa no era solamente de él; otros fueron los culpables.

—No pensemos ya en ese pasado que no puede producir más que disgustos. Ya que la suerte ha querido que salga usted ileso de tantas amarguras y de tantas penalidades, tratemos únicamente de ver si podemos encontrar á esas desgraciadas tan dignas de mejor suerte.

Y Carlos, que realmente estaba asombrado del recibimiento de Andrés, procuraba por todos los medios posibles ir acentuando su adhesión para que éste depositara en él su confianza y poder descubrir algo respecto á sus proyectos y á todos aquellos auxiliares de quienes Ortiz les había hablado.

Pero el doctor no era fácil que se dejara sorprender. De pronto, dijo:

—Se me olvidaba decir á usted una particularidad que el otro día advertí en el marqués, y que por el mo-

mento no llamó mi atención: pero ahora, por lo que usted me ha dicho, casi, casi, voy dándole alguna importancia.

—¿Qué?

—El marqués vino á verme, y después de hablar de una porción de cosas recayó la conversación sobre las herederas de mi tío.

—¿Y qué?—preguntó Andrés, poniéndose en guardia inmediatamente.

—Me dijo que él también quería servirme y que creía haber encontrado una huella.

—¿Eso dijo?

—Sí, ahora voy recordando algo; porque yo, como no he dado nunca mucho crédito á nada de lo que Federico ha dicho, no puse cuidado entonces.

—Muy mal hecho; porque en este mundo, crea usted que no debe dejarse pasar desapercibido nada; hasta aquello que parece más insignificante, esté usted seguro que siempre puede servir de mucho. ¿Y qué fué lo que dijo el marqués?

—Que había confiado sus gestiones á un agente de policía que pasaba por muy listo, y que según éste, había encontrado rastro de las personas que buscaba, en una casa, aquí mismo, en Madrid.

—¡Hombre, hombre! ¿Y no se le ocurrió á usted comprobar la exactitud de la noticia?

—Confieso á usted ingenuamente que no le dí crédito alguno, y esto le probará el concepto en que tengo y he tenido siempre á Federico.

—Pues amigo mío, me parece que ha hecho usted muy mal. Esta es mi opinión, y si está usted dispuesto á unirse á mí y á servir la causa de la justicia y de la

razón, como dice, es menester que utilice todas las noticias, sea el que quiera su origen.

—No tenga usted cuidado, que desde ahora yo procuraré...

—Sí, sí; vea usted si puede saber quién es ese agente y utilizar los mismos recursos que él emplee; porque tenga usted por cierto que si el marqués se ocupa en buscar á las personas que tanto nos interesan, no lo hace por afecto á ellas, ni por servirle á usted, sino que lo hace por su cuenta y razón, para deshacerse de ellas.

—¿Y qué iría ganando con eso?—preguntó Carlos.—Porque si él hubiera de heredar todavía se comprendería. Pero si eso no ha de suceder...

—¡Quién sabe las esperanzas que todavía puede tener ese hombre! De todos modos, es muy conveniente que no se le pierda de vista, y para eso ninguna persona mejor que usted.

—Desde luego, y una vez que estamos unidos, ya comprenderá que he de hacer cuanto pueda para conseguir el resultado que pretendemos.

CAPITULO XLIX

Pepe Corrales y el marqués

Después de haber salido Carlos de la casa de Andrés, no pudo menos de decir:

—Efectivamente que no he tenido un recibimiento como el que esperaba, pero en cambio tampoco he podido descubrir nada de lo que quería. Este hombre tiene más conchas que un galápago. Para que yo consiga inspirarle confianza, va á ser necesario que me sujete á un trabajo que ni es para mí, ni después de todo, creo que sea necesario. Si nosotros tenemos elementos para llegar hasta el fin sin necesitarle, ¿por qué hemos de hacer todo esto?

Y se dirigió á la casa de su amigo, á darle cuenta del resultado de su entrevista.

Entretanto Alejandro, ó sea el *Pito*, se había dirigido á Aranjuez, á fin de ver si obtenía algún indicio que pudiera servir al objeto que perseguía.

Todo aquel día y el siguiente los pasó el joven haciendo diligencias que resultaron completamente infructuosas.

Vicente había borrado sus huellas de tal modo, que era completamente inútil cuanto se hiciera para descubrir su paradero.

Al regresar, comunicó sus noticias á don Jerónimo, y después, insiguiendo las instrucciones de éste, se dirigió al Casino, á fin de intimar con el marqués.

Esta primera entrevista era el caballo de batalla, digámoslo así, del joven.

El tiempo que había transcurrido desde que saliera de casa del marqués, era insuficiente para que hubiese podido producir en su rostro un cambio que, cuando menos, produjera cierta duda en Federico, que tanto le debía conocer.

Sin embargo, la diferencia de traje, el bigote que se había puesto y el barniz, digámoslo así, de educación y de trato de gentes adquirido merced á su misma disposición, y, finalmente, más que todo, su aplomo y su serenidad, podían cuando menos contrabalancear cualquier idea que se le ocurriera al marqués.

Si Alejandro, y como ya hemos dicho así seguiremos llamándole, podía resistir la primera prueba, estaba salvado.

Mas si se turbaba ó no sabía contestar á alguna de las frases que su antiguo amo le dirigiera, entonces estaba perdido.

El marqués ya sabemos que tenía interés también en conocer á aquel agente de Andrés, según le había revelado Ortiz, y como que los dos se buscaban, necesariamente hubieron de encontrarse.

Precisamente hablaba Alejandro con un amigo de Federico, y éste se aproximó á ellos, inclinando ligeramente la cabeza para saludar á Alejandro.

Pero al fijar su mirada en la fisonomía del joven, un recuerdo hirió su imaginación, y exclamó:

—¡Caramba! Me parece haber visto la fisonomía de usted en otra parte.

—Podrá ser,—contestó Alejandro con una serenidad extraordinaria;—pero yo no recuerdo haber tenido el gusto antes de ahora.

—¿No ha estado usted en Avila?

—No, señor.

—¡Muy extraño me parece!

—No había salido de mi país hasta que vine á Madrid á estudiar. He viajado algo, pero precisamente en esa ciudad no he estado nunca.

—El señor,—dijo el amigo con quien hablaba Alejandro,—es el señor marqués del Pino.

Y volviéndose á éste, continuó su presentación, añadiendo:

—Don Alejandro Martínez, que está á punto de terminar su carrera de ingeniero, hijo de un rico propietario de Almería.

Los dos caballeros se saludaron, diciendo el marqués:

—Tengo una verdadera satisfacción en conocer á una persona tan distinguida.

—No es menor la mía,—repuso Alejandro,—con mayor motivo cuanto que, si no personalmente, conocía ya al señor marqués por lo que alguno de mis amigos me había dicho.

—¡Oh!—repuso el que acababa de presentarles,—pre-

cisamente del marqués no se acabaría nunca de hablar si á hablar de él nos pusiéramos, y ya puede tener usted la seguridad de que para introducirle en el gran mundo y hacerle conocer los encantos de la vida madrileña, nadie podrá servirle mejor que Federico Montesinos.

—No digas eso, Joaquín, que tú también eres profesor experimentado.

—Pero nunca como tú; reconozco tu primacía en eso.

—Convengamos, señores, en que los dos pueden servir de mucho á un inexperto provinciano como yo.

—¡Anda, anda! ¡inexperto se llama! Y si le hubieras visto la otra noche en casa de Rosa...

—¡Hola! ¿también ha estado usted en casa de la hermosa viuda?

—Me llevó Joaquín.

—Chico, fué un provinciano que hizo más efecto que nosotros, hombres conocidos ya y avezados á tratar con esas señoras.

—Pues mire usted, que la sociedad que se reune en casa de Rosa es...

—Sí, de primer orden,—contestó sonriendo Alejandro.

—Es un mar aquella casa tan lleno de escollos, que si el que navega por él no tiene pericia, naufraga á las primeras de cambio.

—Eso pude observar desde un principio.

—Y tuvo la habilidad bastante, como te digo, para hacer naufragar á alguna de las deidades de aquel edén.

—Pues hijo ha entrado usted con buen pié; ya puede usted tener la seguridad de que su fama circulará por todas partes.

—No tengo tal pretensión, ni creo que la opinión de todas esas señoras me sirva de nada absolutamente.

—¿Olvida usted que en Madrid la mitad de la posición de un hombre ó quizás las tres cuartas partes, se debe á la influencia de las mujeres?

—No he tenido nunca la pretensión de que me sirvan más que para amar.

—Es que por medio del amor...

—No puede obtenerse más que el amor.

—Es que con el amor puede descuidarse la carrera.

—Yo no descuido nada de aquello que me interesa.

—¡Cá, chico!—repuso Joaquín,—si tú no te puedes imaginar lo que es este pollo, aquí donde le ves. La otra noche en nuestra *Peña* empezó á beber Champagne y cuando todos estábamos ya poco menos que debajo de la mesa, él estaba tan sereno como ahora.

—Y cuidado que allí hay buenos puntos.

—Pues no te digo nada jugando.

—También, también.

—Por compromiso,—contestó modestamente Alejandro,—ni el juego, ni las mujeres, ni la bebida me dominan. Tomo de todo ello por no hacer un mal papel, pero hasta ahora ni he encontrado una carta que se me ponga contraria, ni una botella que me embriague, ni una mujer que me domine.

—Y tiene veintitres años, chico,—dijo Joaquín.

—Buena cabeza.

—Lo que decía la otra noche el barón de San Carlos.

—¿Qué decía?—preguntó el marqués.

—Con su voz aguardentosa y sin poderse tener, nos preguntaba á todos: «¿De qué gallinero ha salido este pollo?»

—Vaya, vaya, señores; permítanme ustedes que les diga que no merezco por ningún estilo que se ocupen tanto de mí. He venido á Madrid para estudiar y quizás para alguna otra cosa; por lo tanto, déjenme ustedes seguir mi camino, sabiendo que pueden disponer de mí en absoluto, en todo y para todo.

—¡Hola, hola!—dijo el marqués,—misterios tenemos.

—Puede.

—Pero misterio de mujer.

—¡O de hombre! Pero como que esto á nadie más que á mí le interesa, lo guardo en mi pecho, y de él no saldrá nunca.

—Dispense usted, amigo, que yo no había querido decir...

—No, no; si esto lo digo siempre y sabe Joaquín que con más franqueza que yo he hablado, no creo que lo haya hecho nadie.

—Por esa razón se le puede dispensar todo,—repuso el aludido,—porque eso sí, no he visto una persona que obre con más lealtad, ni que sea más sinceró que Alejandro.

—Pues tiene usted todas las condiciones que á mí me agradan en un hombre,—repuso el marqués.

—Y usted á su vez,—se apresuró á decir Alejandro,—reune las circunstancias que yo busco siempre en mis amigos.

—De este modo nuestra amistad...

—Comienza hoy para terminar... cuando termine.

—Con la muerte,—contestó sonriendo Federico.

—Todo podría ser,—repuso Alejandro con una entonación que no dejó de producir algún efecto en el marqués.

A partir de aquel momento, ya no se separó Federico de su nuevo amigo.

Varias veces durante la conversación en el Casino, y más tarde entre el calor de la orgía, trató el marqués de ver si conseguía que se le escapase al joven alguna palabra para poderse coger á ella; pero inútilmente.

Cuando á las cuatro de la madrugada el joven se dirigía á su casa, le dijo el marqués:

—¿Quiere usted que le acompañe en un carruaje?

—No, mil gracias. Yo tengo siempre la costumbre de regresar solo á mi casa.

—¿Guarda usted en ella contrabando?—preguntó sonriéndose Federico.

—No por cierto; ya puede registrar todo el resguardo del mundo en la modesta habitación que ocupo, que no ha de encontrar en ella nada absolutamente que poder decomisar. Pero es una costumbre adquirida ya en mi país;jamás me ha acompañado nadie, porque tampoco he tenido necesidad de que me acompañen.

Cuando el marqués entró en su casa, se dejó caer en una butaca, exclamando:

—Pues señor, si ese no es el *Pito*, no he visto dos personas más parecidas. Y lo que es el mozo es de primera fuerza. Mucho cuidado, marqués, mucho cuidado, porque esto empieza á enredarse, y podría ser que tomara un giro contrario á mis intereses. Andrés, según Carlos, no deja de ver ni la cosa más insignificante de su juego; este otro es una púa que donde se clave ha de hacer mucho daño, y ese otro jefe de orden público de quien Ortiz me hablaba, forman una trinidad que no sé lo qué puede conseguir; pero que por de pronto envuelve en el misterio sus actos, y ese misterio puede serme muy perjudicial.

Al día siguiente Ortiz le decía al marqués después que este le hubo contado el juicio que le había merecido Alejandro:

—¿Quiere usted conseguir algo?

—¡Ya lo creo!

—Pues renuncie usted á hacerle pregunta de ningún género, procure usted entibiar sus relaciones con él y en cambio échele usted en su camino dos ó tres mujeres que lo mareen, que se apoderen de él por completo, y que aprovechen los momentos de debilidad para saber lo que pretendemos.

—¡Cá, hombre, cá! si ese mozo es capaz de desesperarlas á ellas.

—Déjese usted de cuentos que si la mujer vale, no hay hombre que se resista. En los anales de la policía, y ya ve usted que yo puedo hablar por experiencia, las mujeres han prestado más servicios que los más diestros agentes y que los jueces más astutos y sútiles. Si conseguimos que una mujer forme empeño en tumbar á ese niño, no tenga usted cuidado que nos le tumba. A él le gusta divertirse, lo cual ya es una ventaja.

—Sí, pero se divierte haciendo perder la cabeza á los otros y sin perderla él.

—Pues ahí está la habilidad, en que los demás hagan como que la pierden para engañarle mejor.

—¡Demonio!—exclamó el marqués á quien no se le había ocurrido aquello,—¿sabe usted que me parece que no va desacertado?

—Piense usted sobre ello y obre en consecuencia.

CAPITULO L

El baile

EL período del Carnaval, como hemos dicho en otro lugar, había llegado, y con él la animación de los bailes y el furor de la diversión.

Alejandro á pesar de asistir constantemente á las cátedras porque se había propuesto terminar una carrera como había dicho á su protector, siguiendo su papel de calavera, dispuesto estaba para cualquier partida de placer á que le invitaban sus amigos.

Un día hablando con don Jerónimo, le decía:

—¿Sabe usted que advierto una cosa?

—¿Qué?

—Que el marqués no se muestra tan afectuoso conmigo como lo estaba al principio; parece que sus relaciones se han entibiado algún tanto y no sé á qué pueda atribuirlo.

El antiguo jefe de orden público frunció el entrecejo y movió la cabeza á uno y otro lado, diciendo:

—Malo.

—¿Cómo?

—Cuando el marqués ha cambiado, prueba de que piensa poner en práctica algún otro plan.

—¿Y qué plan puede emplear? Más fácil es que se haya convencido de que de mí no puede sacar partido y desista.

—¿Desistir? ¡parece imposible, hijo mío, que usted que tiene tanta penetración y que debe conocerle más que yo, diga semejante cosa! Lo que ha hecho el marqués no es más ni menos que un cuarto de conversión para buscar otro medio que le dé más resultado.

—Pues que se vaya con tiento, porque lo que es yo no soy tan fácil como él había creído.

—No hable usted muy fuerte, querido Alejandro, porque castillos más altos hemos visto derrumbarse. Ese hombre es muy malo, pero muchísimo, créalo usted.

—Sí, señor, sí, no lo dudo; pero también usted ha de convencerse de que tenemos adelantado mucho desde el momento en que le conocemos.

—Eso es lo único que podrá usted decir. Pero por su propio bien de usted y por el interés que debemos tomarnos por don Andrés, le aconsejo que vaya con mucho cuidado. Ese cambio me escama.

—El se explicará.

—Con tal de que no busque el medio de que usted se explique.

—Ya debe comprender que llevo en mis labios un candado cuya llave no obedece más que á mi voluntad.

Y diga usted, don Jerónimo, ¿se sabe algo de Carlos, ha vuelto á ver á don Andrés?

—Sí; pero me parece que ese también va á desaparecer el día menos pensado. Creyó que el doctor creería en sus fingidas muestras de arrepentimiento y le facilitaría alguna noticia que le sirviera, pero ha visto que nada puede saber y no sé en lo qué va á quedar esto.

—¿En qué ha de quedar? en que el uno y el otro comprenderán que se les conoce y no tendrán más remedio que desistir.

—Allá veremos. Usted por de pronto, es necesario que obre con más cautela hoy que antes.

—Me parece que hasta ahora no podrá tener queja de ningún género.

—No por cierto; pero esto no excluye que en lo sucesivo siga usted extremando su desconfianza.

Aquella noche se habló en el Casino de ir al teatro Real al baile de máscaras y Joaquín dijo á Alejandro:

—¿Supongo que tú serás de los nuestros?

—¿Para qué?—preguntó Alejandro que estaba balanceándose en una mecedora, fijando su mirada distraída en las espirales que formaba el humo del rico veguero que estaba fumando.

—Para ir al baile.

—¿Dónde?

—Al Real.

—¡Ah! sí; desde luego que iré. ¿Dónde nos reuniremos?

—Donde quieras; si quieres que yo pase por tu casa, ó si quieres que nos veamos aquí...

—No; iré directamente allá.

—¿A qué hora?

—No lo sé, porque tengo compromiso para ir un rato á una reunión, y cuando salga iré al baile.

Cuando Alejandro llegó al teatro Real, el baile estaba en el período álgido.

Dejó el abrigo en el palco de sus amigos, y poco después descendió al salón acompañado de Joaquín, del barón de San Carlos, de Paco Herrera, que era uno de los jóvenes más en moda á la sazón, y del marqués del Pino.

Apenas había dado una vuelta por el salón, cuando una máscara se cogió de su brazo, diciéndole:

—Adiós, Alejandro; ¡qué tarde has venido, hombre! Se conoce que Rosita te ha detenido más de lo conveniente.

—Estás en un error, hermosísima máscara,—repuso Alejandro, fijando una curiosa mirada en su compañera.

—Mira, no principies ya diciendo lo que no sabes.

—¿Y qué es lo que no sé?

—Si soy hermosa ó fea.

—Es que la hermosura se presiente, y sobre todo, si quieres que me convenza de lo contrario, fácil es el remedio: déjame que contemple tu rostro.

—De nada te serviría, porque no me conoces.

—¿Y tú sí?

—Ya lo ves, cuando te hablo de una de tus amigas.

—Es que hay tantos que conocen á Rosa...

—Pero no con tanta intimidad como tú. Es verdad que tú conoces íntimamente á muchas personas; porque, sin ir más lejos, ahí está Pepita Alvarez.

—No hables de Pepita en este sitio, porque el que yo me honre con la amistad de una persona, no es razón

para que por ello se formen juicios sobradamente aventurados.

—Te advierto que yo no hago más que decir lo que todo el mundo dice.

—No hagamos caso de lo que dice el mundo.

—Pues entonces, ¿de qué hemos de hacer caso?

Joaquín, en aquel momento, dijo en voz baja á Alejandro:

—¿Sabes quién es esa?

—No.

—Es verdad que tú no la conoces tampoco. Es una mujer preciosísima, una andaluza que hace poco ha llegado á Madrid y ya se la están disputando todos los calaveras.

—Pues no pretendo hacerles la competencia.

—Mira, Joaquín, ¿qué estás diciendo á Alejandro?—exclamó la máscara.

—Que eres preciosísima.

—¡Pero si no sabes quién soy! ¡si ninguno de vosotros me conocéis!

—Yo sí; éste es muy posible que no te haya visto todavía; pero yo puedo asegurarte que eres de las mujeres más graciosas y más bonitas que hay en Madrid.

—Lisonjero estás. Por supuesto, que de tus lisonjas debe hacerse muy poco caso.

—¿Por qué?

—Porque las prodigas demasiado para que sean verdaderas.

—Y yo, que no te he dicho nada, ni he dirigido tampoco palabra alguna á Alejandro, ¿no mereceré de tí alguna frase de afecto?

—Calla, barón, que valiera más que en vez de estar

aquí fueras á consolar á la pobre Ernestina, que te está esperando desde que te pidió aquella *victoria*, de marras.

—¡Anda, anda! barón; toma esa y vuelve por otra,— le dijo el marqués;—eso tiene el mostrarse tacaño con las mujeres.

—¡Pero si la *victoria* la habían ya vendido!

—Naturalmente; si tardaste ocho días en ir á verla...

—Las mujeres son terribles, querido barón; son niños mimados, á quienes hay que dar todos los juguetes que quieren.

—Pues mira, que tú puedes hablar, marqués,—repuso la máscara;—también perteneces al montón.

—¿Al montón de qué?

—De los que no sirven para nada.

—Mucho me conoces entonces, mascarita,—repuso Federico, mordiéndose los labios.

—¡Demasiado! ¡Más de lo que tú te figuras! Desengañaos, que os conozco á todos y tengo la seguridad de que á mí no me conocéis ninguno.

—Si te digo quién eres,—dijo Paco Herrera,—¿serás tan franca que me lo digas?

—Sí, pero has de decírmelo en voz baja.

—Pero después se ha de publicar,—dijo Joaquín.

—Entonces no tendría gracia,—repuso Paco;—adivinadlo vosotros como yo lo adivino.

—Me parece que vas á equivocarte como los demás.

—Lo veremos. Con permiso, señores...

Y Paco Herrera separó á la máscara de sus compañeros, y la dijo:

—Eres Lola, la gaditana.

—¡Jesús! ¡qué disparate!—contestó con una carcajada la máscara.—¿Tú conoces bien á Lola?

—¡Ya lo creo!

—¿Sabes que tiene un lunar junto á la barba?

—Sí; preciosísimo lunar que da cada tentación...

—Pues mira á ver si lo tengo yo.

Y levantó el raso de la mascarilla, dejando ver una líndisima barba con un graciosísimo hoyuelo en el centro, pero sin lunar de ninguna especie.

—Tienes razón,—exclamó Paco;—me he equivocado por completo.

—Si te lo decía...

—De modo, ¿que tampoco tú sabes quién es?—dijeron todos sus compañeros.

—No, lo confieso con entera ingenuidad; pero de una cosa sí estoy seguro.

—¿De qué? ¿de qué?—preguntaron todos.

—De que esta máscara es hermosísima, y no sólo es hermosa, sino que tampoco pertenece á la vulgaridad de lo que suele venir al teatro Real.

—Razón de más para que no la dejemos en toda la noche,—dijo el marqués.

—Eso no puede ser,—contestó la máscara.

—¿Por qué?—preguntaron el barón y Joaquín.

—En primer lugar, porque habrá otras mujeres que vendrán á buscaros, y yo no soy de las que con ellas se pueden tratar, y en segundo, que he venido aquí para hablar con Alejandro.

—¿Para hablar conmigo?

—Sí.

—¡Oh! eso no puede ser,—exclamó el barón;—en un baile público no deben hacerse distingos; máscara encontrada, pertenece á los que la encuentran.

—Sí, pero como no me habéis encontrado... Creo que he sido yo quien se ha acercado á vosotros.

—En eso tiene razón,—contestó sonriéndose Alejandro.

—Ya sé ve; como que tú eres el favorecido...—dijo el marqués.

—No por cierto; sino que es la verdad.

—Mira,—dijo la desconocida, apoyándose en el brazo de Alejandro;—dejemos á esos y escucha lo que tengo que decirte.

—Pero hija, ¡por Dios! si no me conoces, ¿qué puedes tener que decirme?

—Te he dicho que te conozco más de lo que tú crees, y cuando quiero hablarte, algo tendré que decirte.

—Pero señores, no debemos dejar marcharla así como así,—dijo el barón;—máscaras de esta especie, no es conveniente dejarlas perder.

—¿Pero no tienes ninguna compañera?—dijo Paco Herrera.

—Ninguna; estoy yo sola en el baile.

—¡Qué lástima! porque si al menos hubieses traído una compañera que te se pareciese...

—Como que no la he encontrado, no la he traído.

—Dices bien,—contestó el marqués;—como tú no hay dos.

—Dices bien, marqués; como tú no hay otro en el mundo.

—Gracias por el concepto.

—Espera, que todavía no he concluido: he querido decir en lo malo.

—¡Ja, ja, ja! Recoge esa banderilla, marqués,—dijo Joaquín.

—Mascarita, ¡sabes que eres terrible!—exclamó Federico.

—Aun no lo sabes bien.

—No podía yo imaginarme que la hermosura tuviese uñas tan afiladas.

—Pues ¿con qué se defendería entonces?

—Es que aquí no tratamos de hacerte ningún daño, —dijo Joaquín.

—Porque no dejaré yo que me lo hagáis. Si os conozco á todos... si sois unos culebrones, que desdichada la que se deja caer en vuestras manos.

—No debemos dejar escapar esa mujer,—dijo el barón, dirigiéndose á sus amigos.

—Os digo que es una barbiana de primer orden,—añadió Paco Herrera.

—Y tiene una lengua de oro.

—Nada, nada; que no se la lleva Alejandro.

—Mira el pollo ese y que suerte tiene.

—Vaya, caballeros; buenas noches,—dijo la máscara tratando de separar de allí á Alejandro.

—Pero oye, ¿es que te marchas?

—Ya lo ven ustedes,—dijo Alejandro;—es necesario saber lo que esta señora tiene que decirme.

Y antes de que ninguno de ellos lo pudiera impedir, aprovechando un momento de confusión producido por un grupo de máscaras que se precipitó sobre el marqués y sus amigos, pudieron alejarse Alejandro y su compañera.

CAPITULO LI

Tres mujeres para un hombre

REALMENTE la máscara que iba apoyada en el brazo de Alejandro, debía ser, á juzgar por lo que permitió ver la mascarilla, una mujer encantadora.

El rico capuchón de raso negro, al entreabrirse por efecto de los movimientos de la multitud, dejaba ver un vestido elegantísimo, bajo el cual se adivinaban esculturales formas, emanando de aquella mujer ese perfume de elegancia y distinción que únicamente pueden apreciar los que frecuentan determinados círculos sociales.

Alejandro, hacía poco que había entrado en ellos, pero sin embargo tenía ya acostumbrado el gusto, si esta frase podemos usar, y no se equivocaba en sus apreciaciones.

Aquella máscara difería en gran manera de las muchísimas que había en el salón.

—¿Sabes que tus amigos son sobradamente inconvenientes?—dijo apoyándose dulcemente en el brazo del joven.

—Hay que disculparles, hija mía, porque tú sabes muy bien á lo que autoriza un baile de máscaras.

—Nunca autoriza para que se mire á todas de igual manera. Lo que has de decir es que parece que no han tratado nunca sino á cierta clase de mujeres y sin embargo, ya sabes que pertenecen á lo más distinguido de la sociedad.

—En fin, alejémonos de ellos, porque no quisiera volverlos á encontrar.

—Vamos donde tú quieras, que puesto que la suerte se ha empeñado en protegerme, no quiero hacerme indigno de ella. ¿Dónde quieres que vayamos?

—Mira si hay algún palco, porque tengo que hablar contigo.

Alejandro hizo lo que la máscara deseaba, y se lanzó fuera del salón.

Pero en el momento de ir á salir por una de las puertas, otra máscara que llevaba un precioso traje de *Fortuna*, inclinóse al pasar, al oído de Alejandro y le dijo rápidamente y en voz baja:

—Desconfía de esa.

—¡Qué! ¿qué te ha dicho?—preguntó la máscara que se apoyaba en su brazo.

—¿A mí? nada absolutamente,—contestó Alejandro dominando el efecto que le había producido la advertencia de la Fortuna.

La del capuchón negro volvió la cabeza y vió como la otra se confundía entre la muchedumbre.

Momentos después Alejandro y su pareja entraba en uno de los palcos del segundo piso.

—Antes de todo,—dijo la máscara,—he de advertirte una cosa.

—Antes de todo, lo que has de hacer,—exclamó el joven tratando de coger una mano de su pareja,—es quitarte esa máscara, que aquí ya no te hace falta alguna.

—Precisamente á eso se refiere la advertencia que te iba á hacer.

—¿A que vas á quitarte la máscara?

—No, á que no me obligues á hacerlo. Por más que no encuentres muy correcta quizás, según vuestro modo de ver las cosas, mi conducta respecto á tí, ten muy presente que no soy de eso que anda por el baile; unicamente el interés que me has inspirado, ó mejor dicho, que me ha inspirado lo que respecto á tí se tramaba, me ha obligado á dar este paso.

—¡Pero por Dios! hermosa máscara; ¿no comprendes que con todo lo que me dices excitas mucho más mis deseos por conocerte? ¿no comprendes que si tratas de hacerme un bien vas á hacerme un mal, no sabiendo quién es la persona á quien se lo debo?

—Con eso te será más grato mi recuerdo. Todo lo misterioso encanta; cuando el misterio desaparece, se pierde la ilusión, y yo me convertiría á tus ojos en una mujer vulgar en el momento en que me quitase la máscara. Por lo tanto, te suplico que respetes mi incógnito y que me escuches.

—Empiezo por escucharte y me reservo mi libertad de acción para lo segundo.

—No empezaré lo primero, si no me concedes lo último.

—¡Pero hija! Eso es mucha crueldad ó mucha exigencia, como tú quieras.

—Pues no hay más remedio; si no prometes, no hablo.

—No puedo prometer lo que no sé si podré cumplir.

—En ese caso, me marcho.

—¿Querrías, acaso, dejarme en medio del teatro solo y á oscuras?

—¡Solo, entre tanta gente! ¡á oscuras, en medio de tanta luz!

—Naturalmente; desde el momento en que tú desaparecieras de mi vista, te llevabas la luz de mis ojos, y al separarte de mi lado, la única compañía con quien contaba.

—No está mal dicho todo eso; pero no es razón bastante para que yo desista de mi propósito.

—Pero vamos á ver, mascarita; cuando has venido á buscarme, es porque algún interés te inspiro; y este interés debe nacer, indudablemente, de que me conoces, y conociéndome, debes saber que si tú no perteneces á la vulgaridad de las máscaras, yo tampoco pertenezco á la vulgaridad de los hombres que andan por ahí; por lo tanto, sabré respetar á la mujer que tan señalado servicio viene á prestarme. Vamos, no vaciles y déjame ver tu rostro.

—¡Imposible! ya te lo he dicho. Sé todo lo que vales, pero también sé todo lo que me debo. Si así quieres escuchar mis confidencias, sea en buen hora; si no, ya te lo he dicho que me alejaré.

Alejandro vaciló algunos momentos.

Después dijo:

—Pues bien; para que veas que con máscara ó sin

ella tienes sobre mí un poder con el cual yo no podía haber soñado siquiera, obra como te plazca. La magia de tu acento llegará del mismo modo hasta mi corazón; el brillo de tus ojos, de igual manera se reflejará en los míos, y el fuego de tus labios de igual modo también abrasará mi rostro. Habla, que el recuerdo de esta noche no ha de borrarse de mi mente.

—Gracias por tu confianza. Dime, Alejandro, ¿tú tienes algo que ver con el hallazgo de unas niñas, herederas de una gran fortuna?

Alejandro no pudo menos de inmutarse.

Sin embargo, por más interesado que estuviera en aquella aventura, por más que realmente la mirada de aquella máscara estaba encendiendo su deseo, aquella pregunta fué como una ducha, que inmediatamente apagó su entusiasmo y le hizo volver en sí.

—¿Qué has dicho?—preguntó con un acento de sorpresa, admirablemente fingido.

—Que si estabas interesado en el hallazgo de unas niñas.

—No, hija; á tí te han informado mal, sin duda; no sé de qué niñas me hablas, como no sean las niñas de tus ojos, que realmente las estoy buscando desde el momento en que te he visto. ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

—Mira, Alejandro, que no se trata de burlas; mira que he oído afirmar lo que te acabo de decir, y que te están siguiendo los pasos, y que saben que eres muy amigo y el agente más sagaz y más peligroso que tiene un pariente de esas niñas, que es quien verdaderamente desea encontrarlas.

—¡Pero hija mía, por Dios! ¿quién te ha contado to-

das esas historias, y cómo tienes valor de venir á referírmelas en una noche de baile? Digo, á no ser que eso entre en la broma que me quieres dar.

—¿Es decir, que tú no eres ese á quien se referían las personas á quienes yo oí?—repuso la máscara, con un timbre de voz en el cual se advertía algo muy parecido al despecho.

Y al decir estas palabras, su mano, que antes la había retirado de la de Alejandro, se encontró con la del joven.

—Ya te he dicho que no soy el que tú buscas, por lo visto,—repuso éste.

—Vamos... que sí,—prosiguió la máscara, y por un movimiento inadvertido, el antifaz de seda se desprendió de su rostro, dejando ver la peregrina belleza de aquella mujer.

—¡Jesús, qué hermosa eres!—exclamó Alejandro, tratando de impedir que la desconocida volviera á ponerse la mascarilla.

—De poco puede servir mi hermosura,—dijo ésta, —no siendo tu persona á quien venía buscando. Lo siento; me he equivocado, y lo único que me resta es suplicarte que me dispenses por el mal rato que te he dado.

Y la máscara fijaba en el joven una mirada enloquecedora.

Alejandro no podía resistir el fuego de aquellos ojos.

La desconocida había entreabierto algún tanto el capuchón y dejaba al descubierto el torneado cuello.

El joven estrechó entre las suyas aquella mano que tan sin reparo se le abandonaba, y murmuró:

—¡Oh! no te alejes de mí. No son súplicas lo que debes hacerme, sino órdenes, que yo cumpliré gozoso. Si has venido á darme la vida, ¿por qué dices que te dispense el mal rato que me has dado?

—Si tú no eres el que yo busco, no puedo permanecer junto á tí.

—De modo, que si lo fuera...

—¡Oh! entonces...

Y todo un mundo de encantadoras promesas brilló en los ojos de la máscara.

CAPITULO LII

La Fortuna

ALEJANDRO estaba deslumbrado.

Jamás había podido soñar con una esplendidez de encantos como los que á su vista se ofrecían.

Aquella mujer en su delicioso abandono era realmente temible.

—Déjame que me marche, porque he de buscar al que deseo.

—¿Y el que tú deseas, es ese de quien dices...?

—Que anda comprometido en el encuentro de esas niñas y que está por ello amenazado de los mayores peligros.

—¿Pero tú podrías amar á ese hombre?—preguntó Alejandro, trémulo el acento y encendida la mirada por el fuego del deseo.

—¡Quién sabe todos los sacrificios que yo podría hacer por él!—repuso la joven, aproximando por un movimiento involuntario su rostro al de su interlocutor, que sintió en su mejilla el aliento de aquella mujer.

—¡Oh! pues dime que me amas.

—¿Pero eres tú el que yo busco?

—Yo...

Y de repente Alejandro se llevó las manos á la frente, como si quisiera sacudir aquella atmósfera de embriaguez en que su pareja trataba de envolverle, y alzándose de su asiento, continuó:

—No, hija mía; no soy el que buscas.

La desconocida no pudo menos de demostrar en su semblante la contrariedad que experimentaba.

—Lo siento,—dijo.

—¡Más lo siento yo!—repuso Alejandro, que se había repuesto y trataba de no volver á dejarse alucinar;—más lo siento, que cuando ya soñaba con la inmensa dicha de estrechar entre mis brazos tanta belleza, tengo que renunciar á ella.

—No será mía la culpa,—dijo con picaresca sonrisa la máscara volviendo á ponerse el antifaz.

Alejandro no intentó detenerla.

Y no fué, por cierto, porque no le doliera haber de renunciar á tan preciada posesión.

Pero tuvo tiempo de reflexionar y se contuvo.

La desconocida se levantó, y dijo:

—Adiós, Alejandro. Puede que te arrepientas algún día de no haber tenido confianza en mí.

—Si la tengo, máscara; tú eres la que sin duda me has equivocado con otro.

—Puede...

Y la máscara abrió la puerta del palco y salió de él, sin que el joven intentara detenerla.

Este, cuando aquélla se alejó, dejóse caer sobre una silla y murmuró con una expresión indefinible:

—El lazo no podía estar mejor urdido. Felizmente lo he sabido evitar á tiempo. ¡Y es lástima! Porque es una mujer deliciosa. Buena tentación han escogido los que se interesan, por lo visto, más de lo que conviene por los asuntos de don Andrés. Pero si esa mujer parecía que no era muy amiga del marqués... Cuidado, Pepe, cuidado porque no todos los peligros que te rodean proceden del puñal de un asesino ó de la bala de un revólver.

Y distraidamente se aproximó al antepecho del palco.

Su mirada se perdió en el vasto salón que parecía un hormiguero, tal era la muchedumbre que en él se agitaba.

De pronto llamó su atención un grupo formado por tres personas.

La máscara que había estado hablando con él momentos antes, iba apoyada en el brazo de un individuo vestido con un dominó azul con cintas negras y á los cuales iba siguiendo la máscara disfrazada con el traje de Fortuna que le había hecho la extraña advertencia de que desconfiara de su pareja.

La Fortuna parecía prestar gran atención á lo que iban hablando las dos máscaras que iban delante de ella.

—¡Hola!—exclamó Alejandro,—indudablemente esa gente se va ocupando de mí. Tentaciones me dan de bajar al salón y buscar á esa Fortuna y hacerla que hable; porque es positivo que ella conoce á los otros.

Y ya se disponía el joven á ejecutar lo que pensaba

cuando de súbito se abrió la puerta del palco y una mujer vestida con un lindísimo traje de Hechicera, á juzgar por los simbólicos signos de que llevaba bordada la oscura falda, y la caperuza que cubría su hermosa cabeza, apareció en el umbral diciendo con un marcado acento chulesco que estaba revelando desde luego su procedencia de los barrios bajos de Madrid:

—¡Que no te vayas, Pepe Corrales, porque quiero yo decirte la buenaventura, *barbián*!

El golpe había sido dirigido tan certeramente y tan desprevenido estaba para recibirlo nuestro amigo, que hubo un momento en que quedó totalmente desconcertado.

¿Quién sabía en Madrid que él se llamaba Pepe Corrales?

Para esto era preciso remontarse á la época en que andaba merodeando por la corte.

Mas esto no era admisible.

Desde que había salido de ella, un gran cambio se había verificado en él.

Era un mozuelo desharapado, delgaducho y descarado cuando lo recogió Juan y había vuelto, admirablemente vestido, grueso, y con todas las formas extensas de una brillante educación.

¿Cómo era posible que nadie de los que le conocieron en otro tiempo le hubiera podido reconocer?

Alejandro, como hemos dicho, estaba dispuesto para tódo, con mayor motivo después de lo que le había ocurrido con la máscara del capuchón, pero no para el disparo á quemarropa de la Hechicera.

Así fué que palideció y dió un paso hacia la espalda.

—Pues mira, *Pito*, hijo mío,—prosiguió la máscara, —¡que no eres tú poco asustadizo! ¡No te creía yo así! No te espantes, prenda, que no voy yo á delatarte á los del Orden Público.

Alejandro miraba con curiosidad á aquella mujer.

Y no se atrevía á decir una palabra, porque no se advirtiese la alteración de su voz.

Quería recobrar su serenidad, á fin de poderse hacer dueño de la situación.

Y á la par, observaba y calculaba quién podía ser aquella mujer.

Esta continuó:

—Pero oye, tú; ¿es que al cambiar de palomar has perdido las máximas del hombre galante? Todavía no me has ofrecido asiento. ¿Y sabes que estás guapo, *Pepiyo*?

—Máscara,—repuso por fin el joven,—me parece que te has equivocado; pero á pesar de eso, eres demasiado linda para que yo deje escapar ave tan encantadora como tú y que por la casualidad ha venido á detenerse en mi jaula. Siéntate y dime la buenaventura, por más que yo no sea el que buscas.

—¿Conque no, eh? Vaya, chiquillo, no me hagas reir. Mira que no ser tú Pepe Corrales...

—Te digo que me llamo Alejandro.

—Como que estamos en carnaval, también te has disfrazado el nombre, muchacho. ¡Si tú y yo nos conocemos más de lo que tú crees! Yo también voy disfrazada; ¿no lo ves?

—Si te quitases la careta, podríamos hablar mejor.

—¡Que si quieres! Quítate la tuya y te prometo que verás mi cara.

—Que debe ser preciosa.

—¡Phsé! dicen que no es mala.

—Pues déjame verla.

—Cuando tú me dejes ver la tuya.

—¿Acaso no la estás viendo? Precisamente yo no estoy disfrazado.

—¡Decir tú que no estás disfrazado!... Más que yo, *barbián*, pero mucho más; yo *diquelo* desde lejos; ¿estás? Y á mí no me la das tú, ni otro que tenga más *pesqui* que tú. ¿No lo comprendes? Yo sé quién tú eres y todo lo qué has hecho, y por qué saliste de Madrid y cómo te marchaste á Avila y... Vaya, hombre... que te *cayes*, y no me vengas con infundios, *mayormente* cuando te conozco, como te he dicho.

—¿Conque tú me conoces, eh?—repuso Alejandro, tratando de hacer esfuerzos para dominar el efecto que le causaban aquellas palabras;—eso es lo que yo quiero hacer contigo, prenda; quiero conocerte, porque si por lo que veo he de juzgar lo que me ocultas, es necesario convenir que vales muchísimo.

—¿Qué si valgo? ¡no lo sabes tú bien todavía!

—Pues eso es lo que deseo.

—¡Qué si quieres, hijo! Este cuerpo y esta personita no se han hecho para *gilis* como tú; ¿estás?

—Estoy pasando un martirio que tú no te puedes imaginar, hermosa hechicera; porque tener tan cerca el agua y no poderla beber, puedes creer que es un tormento horrible.

—Pero oye, *salao;* ¿es que tú te quieres quedar conmigo?

—No; lo que yo deseo es que te quedes tú conmigo.

—¡Jesús! hombre, ni que fueras un Adonis; mira tú

que el *Pito* ser el dueño de este cuerpo... límpiate, *guasón*. ¡No ves tú que te conozco!

—Pues si me conoces, razón de más para que no te separes de mí.

—¿Para qué? ¿para que me dejaras, como dejaste al marqués del Pino?...

Y la máscara miró fijamente á su interlocutor.

CAPITULO LIII

De Scila en Caribdis

AQUELLA palabra, pronunciada imprudentemente, quizás, por la máscara, reveló desde luego á Alejandro su procedencia.

Y no pudo menos de sonreirse, comprendiendo que por distintos caminos el marqués, sin duda, pensaba conseguir el objeto apetecido.

—Más enterada estás tú, por lo visto,—dijo el joven, —de lo que sucede en casa del marqués del Pino, que yo que soy su amigo.

—¿Quién? ¿tú? ¡que tú eres amigo del marqués del Pino? Vaya, hombre, que eso no es verdad.

—¿Por qué?

—Mira tú, que ser el *Pito* amigo del marqués... ¡Jesús! si eso sería un pueblo...

—Vamos, hija; me parece que has equivocado la per-

sona á quien te diriges; pero sea yo ó no ese de quien hablas, como qùe has entrado en mi palco para algo, yo que también había tomado este departamento para algo, aprovecho esta ocasión para decirte que no me hables de ese Pepe, ni de ese *Pito*, ó flauta, que se conoce que tanto te preocupan. Tú eres una buena moza, á lo que puedo juzgar; yo tengo aquí cincuenta duros para gastarlos alegremente; pues á disfrutar de la noche, ya que en la noche estamos, y no intentes tomarme el pelo, porque, hija mía, debo advertirte también otra cosa, y es que conmigo no se divierte nadie.

—Pues ya tú ves si me estoy divirtiendo contigo: yo te conozco, mientras que tú, por más que te devanes los sesos, no has de conseguir conocerme.

—¡Ya lo creo que lo conseguiré!

—¡Ay, qué gracia! ¿Y de qué modo ha de ser eso, prenda?

—Pues quitándote la careta.

—¡Qué si quieres! si soy más fea que una noche de truenos.

—Y yo presumo que puede ser una noche de gloria. Conque así, déjame ver tus hechicerías reales, que deben valer mucho más que las aparentes, y no te ocupes de nada más.

Y Alejandro se sentó al lado de la hechicera tratando de llevar la mano á la mascarilla.

Pero la joven se separó bruscamente, diciendo:

—Aparta, niño; respeta mi incógnito. Esas cosas no las hace ningún caballero.

—Si el caballero, como tú dices, tiene el corazón de nieve, puede que no lo haga; pero por mi parte te aseguro que el fuego de tus ojos está abrasándome.

—Pues los cerraré para que no te ofendan.

—No, que el mundo se quedaría á oscuras, y considera tú lo que sucedería entonces.

—¿Sabes que has aprendido mucho desde que saliste de casa del marqués?

—¿Y sabes tú que si la lección que traes aprendida se reduce á eso, tiene muy pocas variaciones?

—Es que puedo decirte mucho más todavía.

—Mira, si todo es por el mismo estilo, puedes suprimirlo, porque ni yo soy el que tú crees, ni aun cuando lo fuese te lo iría á revelar de buenas á primeras. Por lo tanto, como te he dicho antes, tomemos el mundo tal como es y una noche de baile de máscaras, como debe ser.

—Pues oye tú, hermoso, ¿cómo debe ser una noche de baile?

—Alegre y placentera.

—¿Y qué sabes tú el placer que yo puedo proporcionarte si eres el que me figuro?

—Como que no lo soy, no me lo puedes proporcionar.

—Mal haces en querérmelo negar. Mira tú que yo he venido aquí por esa mala personita únicamente ¿estás tú? porque aunque tú no lo creas, yo siempre te he tenido mucha estimación. Digo yo, y cuando á un hombre, pongo por caso, como tú, se le quiere, á una le sabe muy mal que traten de jugarle una mala partida. ¿Vas entendiendo? Por eso he venido para verte y para decírtelo, y para que sepas guardarte de quien te quiere mal, y... para que sepas quien te quiere bien. Vaya, ¿lo quieres más claro todavía?

Y la Hechicera dejó caer su cabeza sobre el hombro

de Alejandro, que no pudo menos de estremecerse á su contacto.

—Pero ven aquí, hija mía,—le dijo pasándole el brazo por la cintura,—si aquí quien está fingiendo lo que no es, eres tú, porque te empeñas en que yo te diga lo que no soy. Vuelvo á repetírtelo, me gustas; eres muy guapa, aun cuando digas lo contrario: yo siento algo en mi corazón que me lleva hacia tí, no porque me conozcas ni dejes de conocerme, sino porque eres una hembra de las que á mí me gustan, ¿lo entiendes tú, niña mía? ¡Pues si tienes unos ojos que harían morir de tentaciones al más ascético anacoreta! ¡si esos labios parece que están suspirando por un beso! Vaya, déjate querer, y vamos á pasar lo que resta del baile un poco mejor que lo hemos pasado al principio.

—Apártate, criatura, que me parece que te vas poniendo malo, y yo no soy el médico que á tí te conviene. Para Pepe Corrales podría yo ser... pues, lo que él quisiera, pero para tí ya es distinto.

—Tanto para mí como para él, tú no serás más que una mujer hermosísima capaz de convertir las más oscuras tinieblas en torrentes de brillantísima luz.

—No, hijo mío; para tí yo no soy nada.

—Pues bien; no lo seas ya que no quieres,—repuso Alejandro cambiando súbitamente de entonación y dominando por medio de un violento esfuerzo de su voluntad la impresión que los encantos de aquella mujer le había causado.—No he acostumbrado nunca á rogar tanto á una mujer, y puesto que dices que no puedes quererme, déjame en paz que yo no he de ir á buscarte.

—Pobrecillo, tú podrás no ir á buscarme; pero ten presente lo que te digo, quien te irá á buscar seré yo,

porque ya estás chalaito por mí, si te se está conociendo en los ojos. Nos volveremos á ver otra vez, y entonces estáte seguro que no has de negarme quien eres.

Y la hechicera salió del palco de la misma manera que poco antes había salido la máscara del capuchón.

—Pues señor, — murmuró Alejandro, cerrando la puerta y aproximándose al antepecho del palco,—parece que esos hombres van á enviarme aquí toda la seducción posible. ¡Qué interés tienen en conocer quién soy y lo qué estoy haciendo! Parece que al marqués le ha llamado la atención mi presencia. La lucha con este hombre, si emplea esas armas, va á serme un poco más difícil de sostener que si empleara otros recursos; porque al fin y al cabo uno es de carne y hueso como los demás, y estas mujeres saben demasiado el poder que tienen sus encantos. Héme aquí convertido en un nuevo José, pero que tengo que ser casto por fuerza. Veremos á ver hasta cuándo va á durar esto.

Y mirando hacia el salón, prosiguió después:

—¿Qué se habrá hecho la Fortuna, que iba siguiendo á aquellos dos? La presencia de esta Hechicera me hizo perderlos de vista, y lo que es ahora, vaya usted á saber dónde demonios estarán. Y no sé por qué había llegado á interesarme esa mujer.

De pronto, Alejandro exhaló una exclamación de sorpresa.

La Hechicera iba entonces del brazo del marqués, y detrás de ellos hablando con el barón de San Carlos, pero como si fuera prestando atención á lo que la Hechicera hablaba, iba aquella Fortuna que tanto había llamado su atención.

—¡Oh! es necesario que yo descubra lo que esto significa.

Y llamó al acomodador de los palcos y le entregó algunas monedas, encargándole que le trajera un dominó.

Poco después el acomodador volvía con el objeto pedido.

Alejandro había procurado no perder de vista, en medio de la muchedumbre que invadía el salón, á las personas que le convenían.

En un palco principal vió á la máscara del capuchón que estaba hablando con el mismo individuo del dominó con quien le viera antes.

—¡Hola! estos parece que se han retirado á descansar.

De pronto vió que la máscara del capuchón dirigía la mirada hacia el palco en que él estaba.

—Vamos, ahora están hablando de mí,—pensó...

Y se retiró hacia el antepalco, se puso el dominó, y poco después salía de él, diciendo al acomodador que no dejara entrar á nadie allí.

Poco después estaba en el salón.

Su mirada buscó á la persona que quería, pero sólo vió al barón que estaba hablando con tres ó cuatro máscaras que le embromaban.

—¡Calla! ¿pues dónde ha ido á parar mi Fortuna? ¿si la habré perdido otra vez? Tampoco veo á la Hechicera ni al marqués.

Y mirando casualmente al palco en que estaba la del capuchón, dijo:

—¡Hola! ya hemos descubierto el nido; allí están.

Efectivamente, en aquel palco se hallaban el marqués y la Hechicera.

—Pero señor, ¿y mi Fortuna dónde está?—volvió á decir Alejandro.

Precisamente al lado del palco en que estaban los cuatro personajes que llamaron la atención de Alejandro, había otro desocupado.

—¡Qué demonio!—murmuró el joven;—si yo pudiese saber lo que hace ahí esa gente...

Y salió precipitadamente del salón.

Subió al piso principal, buscó al acomodador de los palcos, y le dijo:

—Necesito el palco núm. 8.

Precisamente era el número que él había visto que estaba desocupado.

—Imposible, caballero.

—¿Por qué?

—Porque está alquilado toda la noche.

—Pero si no hay nadie.

—Le digo á usted que está alquilado y que hay dentro una máscara.

Una idea se lo ocurrió á Alejandro.

—¿Hace mucho que ha entrado esa máscara?—preguntó.

—Hace poco, y me ha pagado el palco, encargándome que no deje entrar á nadie en él.

—¡Naturalmente! Como que me está esperando á mí,—contestó.

—¿A usted?

—Sí, señor.

Y al decir estas palabras, Alejandró sacó un billete de cinco duros, que puso en manos del acomodador.

Esta clase de llaves suelen abrir generalmente las cerraduras más difíciles.

El acomodador tomó el dinero y dijo:

—Pase usted.

Y abrió la puerta del palco.

Al ligero rumor producido por el llavín, la persona que allí estaba, levantó el cortinaje del antepalco.

Alejandro estuvo á punto de exhalar una exclamación de alegría.

Su presunción se había realizado.

La Fortuna, á quien él buscaba, estaba allí.

CAPITULO LIV

Lo que puede escucharse en un palco

El primer movimiento de la máscara fué el de querer salir.

Pero Alejandro que lo adivinó sin duda, se apresuró á quitarse la careta diciéndola rápidamente y en voz baja:

—Soy yo.

—Salga usted, caballero, salga usted,—le dijo la Fortuna con tembloroso acento.

—No puede ser, hija mía,—contestó el joven,—he entrado aquí, en primer lugar, porque mi corazón me decía que eres tú la que ocupabas este palco y después porque tenía necesidad de saber lo que se habla aquí al lado. Tú también estabas haciendo lo mismo por lo que veo.

La Fortuna llevó un dedo á sus labios, como recomendando el silencio á su compañero y se aproximó á

la división del palco, por medio de la cual llegaban á sus oídos algunas de las frases que allí se pronunciaban.

Alejandro hizo lo mismo.

—Pues señor,—decía el marqués en aquel momento, —está visto que el mozo la sabe muy larga.

—Es decir, que ésta tampoco ha podido conseguir nada,—dijo el dominó con quien había visto Alejandro á la primera máscara.

—Absolutamente nada, chico,—contestó la Hechicera, —está cerrado como una ostra y no hay Dios que le saque una palabra del cuerpo. Y mira tú que he trabajado.

—Como yo,—contestó la del capuchón.

—Y sin embargo al chico le gustan las mujeres.

—¡Qué si le gustan! decídmelo á mí que sé perfectamente lo que me ha costado librarme de sus garras.

—Pues mira tú que yo...

—El mozo comenzaba á apretar demasiado.

—Es la primera vez que un hombre no ha hecho lo que yo quisiera.

—Pero vamos á ver, Matilde, ¿tú no has podido comprender si realmente lo que le has dicho le impresionaba?—preguntó el marqués dirigiéndose á la del capuchón.

—¡Ya lo creo! pero inmediatamente el muy tuno se puso sobre sí y no hubo Dios que le hiciera abrir los labios para lo que tú querías.

—Yo estoy segura de que hablará,—dijo la Hechicera.

—¡Pues no eres poco presuntuosa, hija!—dijo Matilde,—¿sin duda que te creerás que tus gracias han de tener poder para resucitar á los muertos?

—Puede, como que ese hombre no está muerto.

—Peor que muerto; ya tú ves si le he conocido en el

poco tiempo que le he hablado, porque cierra los labios de una manera que es inútil intentar abrírselos.

—Es decir, que tú renuncias.

—Por ningún estilo; pues bonito genio tengo yo.

—Ni yo tampoco,—contestó Concha.

—Pero y la *marquesa* ¿dónde se ha metido?

—¡Qué sé yo! á esa le ha dado por lo sentimental. Por ahí andaba, no sé si le habrá atrapado.

—Lo que es de esa, me parece que no sacaremos partido alguno,—exclamó el marqués.

—Ya nos trajo tu amigo Paco Herrera, una ganga.

—El la había lanzado y natural era que la trajera á vuestra compañía.

—Pues es una compañía que maldita la gracia que nos hace, porque no sirve para nada.

—Con tal de que sirva para sacarle algo á ese mozo.

—¡Qué ha de servir!

—Yo estoy en la firme inteligencia,—repuso el marqués,—por más que todos digáis lo contrario, que ese chico es el *Pito* á quien yo tuve en mi casa.

—Yo puedo asegurarte que le he visto ponerse pálido cuando he pronunciado ese nombre,—dijo la Hechicera. —Pero tampoco he visto una persona que se reponga más pronto. Y cuidado que tiene conchas el mozo, porque mirar que no le he dejado respirar, pero ¡cá! siempre estaba á los quites y nunca pude ponerle un par, donde yo quería.

—De modo, hija, que eres una torera de mala suerte...

—Cuando los toros son tan *marrajos*, se expone uno á eso. Conque oye, marqués, ¿nos llevas á cenar ó qué?

—Cuando queráis.

—Por ahí he visto á Carmen la Florera y á Santos.

—¡Ah! pues entonces, ya tiene el barón lo que le hace falta.

—Y Joaquín lo mismo.

—Pero falta Paco Herrera.

—Pues ya tiene ahí á su *marquesa*.

—A saber dónde habrá ido á parar con ese sietemesino.

—Conque ¿vamos á cenar, Carlos?—dijo Dolores.

—Vamos allá,—contestó el del dominó.

Y las dos parejas salieron del palco.

Alejandro fijó entonces sus ojos en la máscara, que á su vez también había alzado los suyos para mirar al joven.

—Razón tuviste para decirme que desconfiara,—la dijo Alejandro.

—Me alegro mucho que mi advertencia te haya servido.

—Y no sólo me ha servido, sino que de tal manera ha excitado mi curiosidad y tanto interés me inspiras, que te he estado buscando hasta que mi buena suerte me ha traído aquí.

—¡Tu buena suerte, dices!—exclamó la Fortuna, con un acento en que vibraba el sentimiento.

—¡Pues ya lo creo! ¿Acaso no es una suerte venir á un baile de máscaras y tropezar con la Fortuna?

—¡Mal tropiezo has tenido, Alejandro! Créeme; has utilizado ya de esa Fortuna á que aludes, todo lo que necesitabas. Aléjate de ella, porque el refrán dice que no es bueno tentarla muchas veces.

—¡Apenas te he visto y ya exiges de mí que me ale-

je! No será así, por cierto. La Fortuna debe completar sus dones.

—Me parece que no te puedes quejar de ella.

—Por eso que no quiero quejarme, es por lo que te digo que no puedo alejarme de tí, según pretendes.

—Mira, Alejandro; comprendo muy bien que mi manera de presentarme, todo lo que esta noche ha sucedido, cuanto has oído y has visto, te haya hecho formar cierta idea respecto á mí. Yo te suplico que deseches esa idea, si te ha ocurrido; soy ya sobradamente desgraciada y no pretendo envolver en mi desgracia la de otros.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿De qué desgracia hablas?

—De la mía.

—¡De la tuya! ¡y así me lo dices, cuando acabas de prestarme un servicio tan señalado! Si de desgracia estás herida, razón de más para que yo me aproxime á tí.

Y Alejandro miró con doble interés á aquella máscara cuyo lenguaje tanto difería del que había escuchado á las dos anteriores.

Verdaderamente que en ella había algo que se armonizaba con aquella desgracia á que había hecho alusión.

Parecía emanar de aquella mujer ese perfume de distinción que con nada se confunde, así como al mismo tiempo el de un horrible sufrimiento.

La frase que había pronunciado al oído del joven, fué contenida y temblorosa.

Cuando él la vió que iba siguiendo á la pareja formada por Carlos y la máscara del capuchón, había algo de zozobra, de inquietud, algo que la muchedumbre no podía comprender, entregada al bullicio y animación

del baile, y que ni aun él mismo se pudo explicar tampoco en el primer momento que lo vió, hasta que ella habló de su dolor.

A través de los agujeros de la careta, veía el joven unos ojos grandes rasgados, negros, ojos hermosísimos que parecían formados para derramar amor á raudales, y en los cuales brillaba, sin embargo, una expresión de tristeza indefinible.

La mirada de aquellos ojos estaba revelando el luto del corazón.

Como que el semblante de aquella mujer no iba cubierto más que por el antifaz, veíasele también una boca de niño con unos labios encendidos como una cereza, encerrando unos dientes blancos, pequeños é iguales.

La sonrisa de aquellos labios debía ser encantadora; pero al entreabrirse para dirigir al joven las palabras que acabamos de oir, aquellos labios parecían plegarse bajo la influencia de un sufrimiento insoportable.

Todo en aquella mujer era poderosamente encantador; el mismo traje que vestía era de un gusto irreprochable; y sin embargo, aquella Fortuna estaba revelando en todo, como hemos dicho, algo de triste y melancólico que impresionaba á quien la miraba, con la atención que Alejandro lo estaba haciendo en aquellos momentos.

CAPITULO LV

El principio

Las palabras pronunciadas por la desconocida unidas á la impresión que Alejandro estaba experimentando mirando aquella mujer, tuviéronle suspenso algunos momentos.

La máscara, observando su silencio, intentó levantarse á fin de salir del palco.

Pero el joven se lo impidió, diciéndola:

—Dispénsame máscara; pero ya que la casualidad ó la suerte ó la Providencia, porque no sé á cual de estas tres cosas achacarlo, te ha puesto en mi camino en circunstancias tan beneficiosas para mí, ya comprenderás que no es posible que termine del modo que tú pretendes, una noche que empezó tan bien.

—¿Y acaso concluye mal cuando has conseguido saber los proyectos de tus enemigos y las asechanzas que piensan tenderte? Me parece que el conocimiento de eso

basta y sobra para que puedas felicitarte por la terminación que ha tenido esta noche.

—¿Tú lo crees así?

—Me parece que es como debo creerlo.

—Pues estás en un error. ¿Quieres que te sea franco?

—No tengo pretensiones de ello, porque al fin y al cabo tu franqueza ¿de qué puede servirme ni en qué puede modificar mi situación?

—Si tú no quieres aceptar modificación alguna, en ese caso, desde luego. Pero debo decirte una cosa, máscara. No sé quién eres, quizás no te habré conocido nunca, ó tal vez seas persona á quien haya visto alguna vez; pero puedo asegurarte con la ingenuidad que me caracteriza, que la impresión que me has producido, el efecto que me está causando tu mirada, tu acento, algo que hay en tí que no me explico, pero que sin embargo lo siento, no sé por qué me están diciendo que tu existencia va á formar una época en la mía.

—¡Desdichada época sería!—exclamó la máscara.

—No he de calificar yo si esa época puede ser de ventura ó de desgracia; únicamente te he dicho eso porque es la convicción que tengo. Hay en tí algo que está revelándome que no perteneces á la vulgaridad de esas otras mujeres que hace un momento estaban en ese otro palco, y debes comprender que cuando se recibe un servicio como el que yo he recibido de tí, la curiosidad primero y la gratitud después empujan precipitadamente todos los demás sentimientos, y en un momento lo que parecería inconcebible en cualquiera otra situación, es posible en la que nosotros nos hallamos.

—Te suplico que no continuemos; te he servido, nada me debes porque he creído cumplir con un deber;

uno y otro estamos en posiciones distintas, ocupamos escalones diversos en la escala social, y no debemos volver acordarnos de lo que ha pasado esta noche. Por lo tanto, permite que me aleje.

—¿Vas acaso á reunirte con esas mujeres que se han ido á cenar? ¿Eres tal vez esa *marquesa* de quien hablaba y por quien tanto se interesa Paco Herrera?

—Sí.

Había algo en la entonación con que aquella mujer pronunció el anterior monosílabo, que daba frío.

Era una mezcla de desprecio, de dolor, de vergüenza y de desesperación, que no pudo menos de sorprender á Alejandro.

En aquel sí pronunciado por la máscara, se encerraba todo un poema.

El joven permaneció algún tiempo como aturdido por el choque que acababa de experimentar.

La idea que encerraba la pregunta que hizo, se le había ocurrido en el mismo instante de hacerla.

Y si hubiéramos de dar forma al fenómeno que estaba verificándose en el corazón de Alejandro, diríamos que algo parecido á un sentimiento de celos, le hizo formular aquella pregunta.

La afirmación de la desconocida, le hirió de tal modo que no pudo menos de decir con un acento imposible de describir:

—¡Una como las demás!

Y se dejó caer sobre un sillón del palco ocultando la frente entre sus manos.

La desconocida se levantó de su asiento, se aproximó á él, é inclinándose ligeramente, murmuró con voz temblorosa:

—No me desprecies.

Alejandro, percibió aquel acento al mismo tiempo que una lágrima había caído sobre su mano.

Alzóse súbitamente y quiso detener á la máscara.

Pero ésta había pasado ya la puerta del palco, y desapareció por el corredor.

Alejandro salió tras ella, bajó al salón, entró en el restaurant, pero no la pudo encontrar ya.

Cansado de inútiles pesquisas, se dirigió al guardaropa, recogió su abrigo y abandonó el baile.

El frío de la madrugada no fué suficiente á templar la ardiente fiebre que le consumía.

La última frase de aquella mujer y aquella lágrima que parecía abrasarle la mano, no se borraban de su pensamiento.

Alejandro, empezaba á vivir, y precisamente al entrar de nuevo en el campo de la vida, lo hacía ya bajo la presión de la empresa que había acometido y á la cual tenía que consagrar todos sus esfuerzos.

Pensando en ella, no había tenido tiempo para pensar siquiera en el amor, que á su edad y especialmente con los elementos que él contaba y la clase de sociedad en qué vivía, era una necesidad.

No pensaba ni veía más que la venganza de su antiguo protector y compañero Juan, y el hallazgo de aquellas dos niñas que tanto le había recomendado su pobre amigo.

Lo que menos podía ocurrírsele, era que en su pecho existiera algo que pudiera estremecerse y avasallarle al contacto de una mujer, al sonido de una voz ó á la mirada de unos ojos.

Había tratado de resistir toda clase de seducciones.

No tenía más que un objetivo y hacia él se proponía caminar sin que nada fuera bastantemente poderoso para separarle de él.

Aquel doble deber que tenía, creyó que le serviría de invulnerable coraza que había de preservarle de todos los peligros.

Cuando don Jerónimo le había dicho algunas veces:

—Cuidado, amiguito, que en el mundo suele ser más temible la mirada de una mujer que el puñal de un hombre.

El se había reído desdeñosamente, contestándole:

—No hay calor en mi corazón, más que para la misión que me he impuesto. Todo lo demás es muy secundario.

Sin embargo, los breves instantes que había pasado al lado de aquella máscara, fueron suficientes para derretir el hielo de su alma, encendiendo voraz hoguera en que se abrasaba con un fuego desconocido hasta entonces.

Había estado al lado de aquellas otras dos mujeres llenas de encantos y que habían tratado en vano de hablar á su sentido.

Tuvo junto á ellas momentos de ofuscación; gritaba la materia, pero, sin embargo, supo sobreponerse, y cuando de él se separaron no conservó ni aun el recuerdo.

Pero con aquella máscara le había sucedido lo contrario.

Breve espacio había estado junto á ella, las frases cambiadas entre ambos no fueron incitantes, ni apasionadas, ni ardientes, y sin embargo, como la chispa enciende la pólvora, la mirada de aquella mujer triste y

dolorida y su acento melancólico y apesarado hiciéronle estremecerse.

¿Qué le había dicho aquella mujer? ¿Qué clase de confianza le había hecho? ¿Qué esperanzas le había dado?

Ninguna. Y sin embargo, Alejandro creía conocerla ya de toda la vida; forjábase una historia de violencias y de dolores en medio de la cual se destacaba como víctima interesante y simpática la desconocida.

Y decimos esto, porque para él lo era completamente.

Por no saber nada, hasta ignoraba su nombre.

Había oído á las otras hablar de la *marquesa*, ella misma le dijo que era ella, pero ya no sabía más.

Y como que no había de ir preguntando á nadie por una mujer á quien llamaban con aquel título, nuestro joven la verdad era que no sabía nada.

Es decir, sí, sabía mucho.

Mucho respecto á lo que por él pasaba, no respecto á lo demás.

Comprendía que en su existencia acababa de verificarse un cambio extraordinario, cambio sobradamente brusco para que dejase de producirle gran efecto.

El dormido corazón había despertado, y Alejandro comprendía que por la primera vez amaba á esa mujer.

Pero ¿qué clase de mujer era aquella?

Aquí se estrellaban todos los esfuerzos del joven.

A pesar de que, según se desprendía de las palabras que escuchara, la *marquesa* debía tener íntimas relaciones con Paco Herrera, la verdad era que de un modo tan misterioso aparecía ante Alejandro, que para éste, como ya hemos dicho, era totalmente desconocida.

Cuando Alejandro entró en su casa era ya de día.

Había pasado las últimas horas de la madrugada corriendo calles sin apercibirse ni del tiempo que transcurría, ni de la helada temperatura.

Su corazón y su cabeza estaban llenos con aquella mujer, á quien sólo había entrevisto un solo momento y que, sin embargo, estaba llamada á ejercer una gran influencia en su vida.

CAPITULO LVI

Los Enemigos del Alma

ALEJANDRO no pudo reposar en todo el día.

A pesar de que cuando llegó á su casa trató de hacerlo, al poco tiempo de haberse acostado volvió á levantarse.

Doña Ramona, que como sabemos así se llamaba la señora que estaba al frente de su casa, no pudo menos de extrañarse, y cuando se apercibió que estaba levantado, entró en su habitación y le dijo:

—¿Pero qué es eso, don Alejandro? ¿Está usted enfermo?

—No por cierto,—repuso el joven;—¿por qué me hace esa pregunta?

—Me desperté cuando usted llegó esta mañana, le oí dar paseos por su cuarto, creí que ahora estaría usted durmiendo y veo que ya se ha levantado. ¡Si apenas ha estado usted dos horas en la cama!

—Ya sabe usted que he de ir á clase y...

—Sí, pero la clase no es hasta las doce y media, y siquiera hasta las doce podía usted haber estado durmiendo. Eso no está bien hecho; después de una noche de baile, el cuerpo está cansado, y...

—Yo me encuentro perfectamente.

—Usted lo cree así... ¡Vaya un color que tiene usted! ¡Y qué ojeras! Vamos, lo que es por hoy, deje usted la clase y á descansar, que buena necesidad tiene de ello. Ya se ve; durante la noche siempre se cometen excesillos, se bebe, se come, y el cuerpo forzosamente se ha de resentir.

—¡Oh! no tenga usted cuidado por eso; soy fuerte, y por otra parte, esté usted segura que, aun cuando muy joven, no soy de los que cometen excesos.

—Vaya, pues usted dirá lo que quiera, pero la verdad es que algo anormal le sucede á usted.

—No sé por qué dice usted eso...

Y Alejandro no fué dueño de dominar el rubor que coloreó sus pálidas mejillas.

—Mire usted, don Alejandro; estoy muy acostumbrada á leer en el rostro de mi hijo, y como que á usted le aprecio y me parece que he llegado á conocerle lo suficiente para poder adivinar lo que una madre adivina siempre en su hijo, no sé por qué me figuro que á usted le ha pasado algo esta noche.

—¡Por Dios, Ramona! no diga usted eso; ¿qué puede haberme sucedido en un baile?

—Pues precisamente en los bailes es donde más cosas pueden ocurrir.

—Pues á mí nada me ha pasado, y prueba de ello que estoy dispuesto á marcharme á la calle y á ocuparme de todos mis negocios, como si tal cosa.

—En fin, quizás tenga usted razón y sea yo la equivocada; pero en todo caso ya comprenderá usted que mi buen deseo y el afecto que le profeso es el que me ha obligado...

—¡Por Dios, doña Ramona! Ya sabe usted lo que le dije desde el primer día; considéreme usted como un hijo, y aprecio muchísimo el interés que por mí se toma.

Alejandro estaba violento.

Su malestar habíase traslucido de tal manera en su rostro, que doña Ramona lo había adivinado, y esto no le convenía.

¡Qué dirían de él don Jerónimo y el doctor, y qué opinión formarían de su firmeza, viéndole vacilar por una pequeña contrariedad ocurrida en un baile!

Se apresuró á salir de su casa, procurando hacerse superior á las impresiones recibidas.

Durante aquel día no volvió á su casa.

Por la noche estuvo á ver á don Jerónimo, á quien le dijo:

—¿Sabe usted que anoche trataron de sorprenderme en el baile?

—¡Cómo!—exclamó el antiguo jefe de policía, mirando fijamente á Alejandro.

—Sí, señor; el marqués y su dignísimo compañero, por medio de dos mujeres hermosísimas, por cierto, trataron de sonsacarme, creyendo en la influencia de sus encantos.

—Ya sabe usted que algo de esto se nos había dicho.

—¡Qué torpe es esa gente! ¡Creer que con tanta facilidad iría á soltar la lengua!...

—¡Oh! amigo mío, el anzuelo está bien pensado y no debe usted mostrarse muy orgulloso por el triunfo que pudo conseguir anoche, porque quizás esa seducción vuelva á presentársele el día menos pensado bajo una forma á la cual no pueda usted resistir.

—¡Quiere usted callar!

—No, hijo, no, que no es usted ningún San Antón; la naturaleza es flaca y el arma que esas mujeres suelen emplear es irresistible. Cuénteme usted, cuénteme usted cómo sucedió.

Alejandro refirió entonces sus aventuras con las dos máscaras primeras, reservándose, como se comprenderá perfectamente, todo lo referente á la última.

Su interlocutor le estuvo escuchando atentamente, tomó algunos apuntes, y después dijo:

—Pronto sabremos quiénes son esas mujeres, lo qué hacen y si tenemos algún medio para dominarlas antes que nos dominen.

—Por mi parte, esté usted seguro que ninguna de ellas ha de conseguir nada.

—De todos modos, crea usted, amigo mío, que siempre es conveniente estar prevenido.

—¿Y ha sabido usted nada de nuevo?—preguntó Alejandro, deseando separar la conversación del terreno en que se había colocado.

—Nada, y lo único que me consuela en medio de todo, es que al marqués le sucede lo mismo que á nosotros. Todos esos pasos que está dando, eso mismo que me ha dicho, respecto á esas mujeres, me está demostrando que tratan por todos los medios de ver si nosotros hemos descubierto alguna cosa.

—Pero señor; parece mentira que con tantas diligen-

cias que hemos practicado, y teniendo un punto de partida como el que teníamos por Leonardo, no hayamos podido descubrir nada.

—Para mí es indudable que Vicente, asustado por lo que Leonardo le dijo, y profundamente descorazonado cuando al llegar á Aranjuez vió que el amigo para quien le había dado Leonardo la recomendación no estaba allí, trató de poner á salvo á las dos niñas, cambió de nombre quizás, y como tenía algún dinero, se marchó sabe Dios dónde.

—Pero esté donde quiera, si nosotros le buscamos con afán, fácil nos ha de ser encontrarle.

—No tan fácil, porque usted debe de comprender que Vicente se habrá marchado á alguna gran población lejana como Valencia ó Barcelona, seguro de que en esos puntos puede permanecer más ignorado.

—Pero bien; ¿qué idea puede llevarse ese hombre obrando así? porque lo que es las niñas, siguiendo ese sistema, jamás podrán hacer valer sus derechos.

—Es que él ya no piensa en esos derechos, únicamente lo que pretende es salvarles la vida.

—De todos modos obra de una manera muy desacertada. Al menos, ¿por qué no escribe á Leonardo diciéndole donde está?

—Ya verá usted, querido Alejandro, las cosas debemos mirarlas tal como son. A nosotros nos parece desacertado el proceder de Vicente porque lo miramos bajo el punto de vista de nuestro interés; pero colocándonos en su situación, veremos que es muy distinto. El vivía tranquilo aquí en Madrid con las niñas. De pronto apareció Leonardo, le prometió su ayuda, y precisamente coincidiendo casi con su aparición, llegó la del marqués

que obligó á Leonardo á facilitarle todos los recursos que tenía, obligándole á salir de Madrid.

—Sí, pero él no podía dudar de Leonardo.

—Ya se ve que no dudaba; pero el caso fué que hasta entonces el marqués no le había encontrado. Fué una casualidad, sí, señor; pero fué. Llegó á Aranjuez y experimentó nueva contrariedad. Hombre de cortos alcances, indudablemente debió achacar una influencia desdichada al pobre Leonardo, que verdaderamente le facilitó los elementos para salvarse, porque si no hubiera sido por él, de fijo que el marqués da con ellos y sabe Dios si á estas horas las niñas estarían en su poder.

—De modo que usted cree...

—Yo sí, señor, si las diligencias que en estos momentos están practicando mis agentes que, á la par que obran por sí, van siguiendo también la pista á los de Ortiz, no dan resultado, es necesario renunciar á buscarlos por estos alrededores; es preciso dirigir nuestro vuelo á esas poblaciones que le he indicado, y quién sabe si á este hombre se le habrá ocurrido marcharse de España aprovechando todas esas fabulosas ofertas que hacen las agencias de emigración.

—Eso sí que era lo único que nos faltaba.

—Pues no crea usted, que estoy muy tentado de creerlo.

—Eso sería terrible.

—Y tanto, en términos, que si por todo este mes no obtengo algún indicio que pueda reanimar mi esperanza, yo, que no quiero que presuma don Andrés que trato de vivir á su costa, me retiraré de su servicio y abandonaré una misión para cuyo buen resultado me creo impotente.

—¡Oh! eso no, don Jerónimo: no haga usted seme-

jante cosa, si todos pensáramos del mismo modo, dejaríamos abandonado á don Andrés. El pobre señor tiene su confianza depositada en nosotros y si al primer contratiempo nos abatimos y nos decorazonamos...

—Querido amigo: usted es joven y todo lo ve bajo el prisma de la juventud. Yo lo veo de otra manera. Precisamente hemos perdido el único hilo conductor que teníamos que era el de Leonardo. En estos momentos estamos dando manotadas al aire y nada más. Si Vicente ha realizado la idea que á mí se me ha ocurrido y se ha marchado á Oran si es que se ha ido á Alicante desde Aranjuez, ó si desde Barcelona se ha marchado á Buenos-Aires ó el Brasil, ¿cómo le vamos á encontrar, cómo puedo yo dirigir una pesquisa en localidades que no conozco y con gentes cuyas aptitudes me son también totalmente desconocidas? Desengáñese usted, que mi delicadeza en el momento que adquiera la convicción de que por aquí no descubrimos nada, me obliga á decirle á don Andrés que no sirvo para el caso.

—Eso no lo diga usted, porque esa misma desgracia nos alcanzará á todos y á él mismo el primero. Yo no dudo ni he dudado jamás de que conseguiríamos nuestro objeto. Cómo, de qué manera y por qué medios, eso es lo que no sé; pero esté usted seguro que al fin nos hemos de salir con la nuestra.

Don Jerónimo movió la cabeza á uno y otro lado con aire de duda, y cuando Alejandro salió de su casa, murmuró:

—La juventud ve las cosas siempre bajo el prisma de color de rosa, mientras que yo, por desgracia, he recibido ya bastantes desengaños para que me deje seducir por la impresión del momento. Muy difícil ha de ser

que consiga don Andrés lo que desea y lo que yo también quisiera que encontrase. Mucho ha hecho por mí y sería yo el más indigno de los hombres si continuara abusando de su generosidad.

Entretanto, Alejandro llegó á su casa, y doña Ramona le entregó una carta muy perfumada, diciéndole á la par que se sonreía:

—Vamos, aquí tiene usted una misiva que no sé por qué me figuro que ha de estar relacionada con el mal estar que advertí en usted esta mañana.

—¡Qué cosas tiene usted, doña Ramona!—contestó el joven sonriéndose;—ya la dije que no tenía nada. ¿Quién ha traído esta carta?

—Una jovencita que tenía todo el aire de doncella de una casa principal. Parecía muy lista...

—Veamos.

Y el joven entró en sus habitaciones, llevando aquella carta en la mano.

La abrió y buscó la firma.

Esta, no decía más que *Los tres enemigos del alma.*

CAPITULO LVII

La visita

ALEJANDRO no pudo menos de quedarse algunos momentos suspenso ante la originalidad de aquella firma.

Después, murmuró:

—¡Los tres enemigos del alma! Esto me huele á anónimo; pero lo que es el que usa este seudónimo, no me parece que ha de ser muy temible.

Y se puso á leer la carta, que decía así:

«Alejandro: Dirás que es un capricho, y quizás no te falte razón.

»Tres mujeres hemos formado decidido empeño en derritir el hielo de tu corazón.

»A dos las conoces ya; te falta conocer la tercera, que en nada, por cierto, desmerece de sus amigas.

»Nos has desdeñado, y precisamente lo que más ofende á la mujer es el desdén de un hombre.

»Con él nos has arrojado un guante que recogemos.

»En su consecuencia, prepárate para la lucha, que va á ser encarnizada y terrible.

»No dirás que te herimos á traición, puesto que te avisamos de antemano.

»Mañana recibirás una visita; si en tí hay un átomo de galantería, no te irás de tu casa antes de las doce.

»Prepárate, porque contra tí están afilando sus armas *Los tres enemigos del alma.*»

—Vamos, ya está visto el juego. ¡Qué ajenas están esas mujeres de que conozco el verdadero móvil que las impulsa! Porque son, indudablemente, las mismas de anoche. ¿Pero quién será esta tercera? porque efectivamente, yo no ví más que dos.

Y Alejandro se quedó pensativo.

Y quizás se le ocurrió una idea, que desechó inmediatamente, porque exclamó:

—No, no puede ser.

Mala fué la noche que también le cupo pasar á nuestro pobre amigo.

Aquella carta, aquella visita y aquella trinidad de mujeres, sobre todo la que constituía la tercera persona, eran causa bastante para que el joven estuviera desvelado, inquieto é impaciente.

Al día inmediato, levantóse á su hora acostumbrada, y con gran asombro de Ramona, la metió prisa para el almuerzo, pretextando que quizás tendría alguna visita antes de las doce.

Y sin que él mismo pudiera darse cuenta de ello, á pesar de no haber cambiado su traje de mañana, puso en él más cuidado que de costumbre.

Y más de una vez miró el reloj y prestó atención á los rumores que se percibían en la escalera.

Por fin, y precisamente en el momento de sonar la primera campanada de las doce en el precioso reloj que tenía en su cuarto, sintió que sonaba el timbre de la puerta.

Y sintió una comezón extraordinaria por salir á ver quién era.

Pero supo dominarse, aun cuando no acallar los latidos de su corazón, al sentir los pasos de doña Ramona, que se aproximaba.

—¿Quién es?—dijo el joven, al verla aparecer en la puerta del aposento.

—¡Ah, picarillo!—exclamó doña Ramona, con acento jovial.—¿Es esa la visita que esperaba usted? ¡Y tres nada menos!...

—¿Qué quiere usted decir, doña Ramona? ¿De qué tres habla usted?

—Sí, sí, hágase usted ahora el desentendido; tres señoras han llegado, que desean verle.

—Pues que pasen,—contestó Alejandro, haciendo un poderoso esfuerzo para mostrarse indiferente.

Doña Ramona salió para cumplir la orden que acababa de recibir, murmurando al mismo tiempo:

—¡Buenas estarán esas señoras, cuando vienen á visitar á un hombre soltero! ¿Qué querrá decir esto?

Alejandro no se movió para salir al encuentro de las damas, que por lo visto comenzaban á realizar la promesa que habían hecho en su carta del día anterior.

De pié, apoyándose en una silla, esperó la aparición de aquellas mujeres, preguntándose en su interior quién sería la tercera.

Por fin se alzó el portier que cubría el hueco de la puerta, y tres mujeres aparecieron en la estancia.

Necesario era hallarse tan sobre sí como lo estaba Alejandro, para no exhalar una exclamación admirativa ante la maravillosa hermosura de las personas que acababan de mostrarse ante su vista.

Cada una de ellas ofrecía un tipo distinto, pero tan rico de encantos y tan poderosamente seductor, que parecía imposible que en personas de tan diferentes condiciones físicas, pudieran atesorarse tantas maravillas de belleza.

Las tres se detuvieron cerca de la puerta, mientras Alejandro las decía galantemente:

—Suplico á ustedes que ya que han venido á honrarme, no deben detenerse en ese sitio ni permanecer de pié.

—¡Oh! no tiene usted que esforzarse para mostrar su educación,—dijo la que estaba en el centro, hermosísima morena de negros y rasgados ojos, cuya mirada encerraba todo un poema de pasión, y en cuyo acento encontró Alejandro parecido al de la primera máscara que había estado con él en el baile. Nuestra estancia en esta casa ha de ser muy corta.

—Apenas han llegado ustedes, ¿y ya me amenazan con su ausencia?—contestó el joven, sonriéndose;—eso es lo mismo que hacerle á uno entrever el cielo, para conducirle después al infierno.

—Es que usted, amigo mío, no sabe reconocer el cielo, por lo visto, más que con los labios; es decir, habla usted mucho de él, pero lo desdeña.

—No sé cuándo; porque no comprendo que exista un hombre que conociendo el cielo lo desprecie. ¿Pero no quieren ustedes hacerme el obsequio de tomar asiento?

—¿Para qué? si nos vamos á volver en seguida,—contestó otra de las damas, trigueña, de ojos garzos y pelo castaño, formando bucles alrededor del rostro, y en la cual no le fué difícil al joven recordar á la segunda que, afectando cierto aire desdeñoso, había entrado en el palco en que estaba.

—Desgracia es para mí recibir tan encantadora visita, para tan breve espacio. En fin, como ustedes quieran: lo único que deseo es que me digan lo que de mí pretenden y en qué puedo complacerlas.

—Ya debe usted comprenderlo por la carta que nos ha servido de introducción. Usted cometió anteanoche un delito de lesa galantería, rechazando lo que tantos y tantos han estado pretendiendo en vano. Esto ha herido nuestro amor propio, y hemos venido á declararle la guerra, pero guerra sin cuartel, hasta que caiga usted completamente vencido ante nosotras. ¿No es esto, amigas mías?

—Justamente,—contestó la que iba disfrazada de Hechicera la noche anterior.

La tercera de las tres jóvenes hizo una señal de asentimiento, inclinando la cabeza.

Cabeza encantadora que había llamado la atención de Alejandro desde el primer momento, porque efectivamente, había en ella mucho de aquella belleza poética y melancólica de la Fortuna, que no borraba de su pensamiento.

Aquel bosque de cabellos rubios, que estaban sirviendo de marco á un semblante oval y sombreando la blanquísima frente en la cual se destacaba una levísima arruga, como la manifestación de algún doloroso pensamiento, era demasiado característico, por decirlo así, para que no lo reconociera.



—Somos los enemigos del alma.

Aquellos ojos grandes, azules, sombreados por largas pestañas; aquella boca de niña de sonrosados labios; aquella garganta primorosamente modelada; todo el aspecto, en fin, de aquella mujer revelaba algo que la hacía distinta de sus compañeras, en términos, que aun cuando estrechamente unidas como lo estaban en aquel momento, parecía mediar entre ellas una inmensa distancia.

—¿Conque han venido ustedes á declararme la guerra?—dijo Alejandro sonriendo.

—Sí, señor; guerra sin cuartel, y para la cual emplearemos todas las armas de que podemos disponer.

—¡Pero por Dios, señoras! para que exista guerra, lo primero que se necesita es que haya enemigos que se quieran pelear. Pero si aquí no existen adversarios, si yo no puedo ser enemigo de ustedes, si me declaro vencido desde el primer momento, ¿cómo es posible que exista lucha?

—Esa confesión no es aquí donde nosotras la apetecemos.

—¿Pues dónde, entonces?

—En nuestro terreno; allí es donde ha de deponer usted sus armas y confesarse esclavo de aquella de nosotras que haya realizado el milagro de su conversión.

—Para que yo me convirtiera era necesario que antes hubiese sido increyente, y precisamente me he considerado siempre admirador y entusiasta de la belleza en general.

—Pues amigo mío, como que ese plural es terrible, es menester singularizarle. Somos los enemigos del alma, según dicen algunos; pero la verdad es que no de-

bemos ser enemigos tan malos, cuando los hombres nos buscan con tanto afán.

Y la expresión con que la joven pronunció estas palabras y la provocativa mirada de sus ojos, completaron de tal modo el pensamiento, que Alejandro no pudo menos de decir:

—Verdaderamente que el hombre que permaneciese insensible á tantos encantos, merecería...

—¿Qué?

—Cegar, para que no pudiese contemplarlos más; porque de fijo ese sería el mayor tormento á que se le podría condenar.

—Si hubiéramos de creer sus palabras, nuestra conquista estaría asegurada.

—Poco menos.

—Pero bien, ¿por cuál de las tres se decide usted? porque me parece que no ha de ser tan ambicioso que aspire á las tres.

—Yo no sé si soy ambicioso ó no; pero sí puedo asegurarlas que he verme sumamente comprometido para decidirme por alguna. Este es un nuevo juicio de Paris al que ustedes quieren sujetarme, y no sé á cuál de las tres he de arrojar la manzana.

—Esta no es más que la continuación de la broma de la otra noche, con la diferencia de que aquella empezó con careta y esta...

—Y esta me parece que tiene todavía una careta más tupida que la de anteanoche.

—¿Por qué dice usted eso?—preguntó la que hasta entonces había hablado más de las tres mujeres, un tanto desconcertada por el acento que había empleado Alejandro.

—Porque así me lo parece; por supuesto que ya pueden ustedes abrigar la seguridad que con careta ó sin ella, más impenetrable ésta que la otra, para mí la aparición de tres hadas en mi humilde habitación brindándome lo que jamás podía haber soñado, ha de constituir una época en mi existencia.

—Esto que acaba de decir nada significa, mientras que los hechos no correspondan á las palabras.

—¿Y de qué modo quieren ustedes que les dé esa prueba ostensible del irresistible efecto que me han causado sus escantos?

—Asistiendo á nuestra casa donde será usted recibido como merece la persona que tuvo valor para desdeñar nuestros encantos la otra noche.

—Es decir, que tratan ustedes de castigarme.

—Sí, señor.

—Pero, dónde y cómo.

—¿Dónde? ahí tiene usted las señas de su casa; ¿cómo? haciéndole sufrir el suplicio de Tántalo que es el que usted merece.

—¡Para tan leve falta, tan cruel castigo!

—Lo que usted merece y nada más.

—¿No comprenden ustedes que amenazándome de ese modo, tal vez me llegara á acobardar y no tuviera valor para asistir?

—Ya lo creo que asistirá usted, sino por otra cosa por curiosidad al menos.

—Jamás pequé de curioso; pero confieso que los encantos de ustedes, más que todo lo raro de la aventura, pueden ser poderoso incentivo para que acuda á tan hermosa cita. Antes de que se separen de mí, quiero pedirlas un favor.

—Diga usted.

—Quisiera conocer el nombre de las tres gracias que han venido á arrebatarme la calma.

—Esta se llama Concha,—dijo la que estaba en el centro señalando á su compañera de la izquierda,—esta otra Angeles y yo Matilde.

—Bonitos nombres que armonizan perfectamente con los que las llevan, no los olvidaré.

—Peor para usted si lo hiciera.

—¿Qué me sucedería?

—Si la cólera de una sola mujer suele ser siempre tan terrible para la persona que ha incurrido en ella, ¿cuánto más temible ha de ser la de tres?

—Es verdad, tienen ustedes razón; procuraré no incurrir en ella.

—Pues entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y Alejandro no pudo menos de mostrarse un tanto sorprendido al observar que Angeles, que precisamente era en la que él se había fijado desde el primer momento, le hacía una seña casi imperceptible como significándole que no fuera.

Matilde advirtió cierta ligera vacilación en su interlocutor y se apresuró á decirle:

—¿Qué tiene usted?

—Nada,—contestó secamente el joven,—he dicho que iré y no soy de aquellos que cuando sueltan una palabra, tienen por costumbre retroceder.

—Perfectamente.

Y las tres mujeres salieron de la casa de Alejandro.

CAPITULO LVIII

La advertencia

Cuando se quedó solo, el joven se dejó caer en una silla murmurando:

—¿Qué quiere decir esto? ¿qué lazo es el que aquí se me tiende? porque indudablemente, la venida de estas mujeres obedece á algo que yo no comprendo. Hermosas son las tres, pero sobre todo Angeles. Esa es sin duda mi salvadora de la otra noche. Sus ojos me han dicho que no asistiera. He comprendido perfectamente lo que me querían decir y parece que quiere continuar su benéfica misión cerca de mí. ¿Quién es esa mujer? ¿qué hace al lado de esas otras dos que no son indudablemente más que dos desgraciadas de las muchas que abundan en la corte? Ni su aspecto ni su educación parecen hallarse en armonía con sus compañeras, y, sin embargo, va con ellas y parece que está iniciada en su vida, en sus costumbres y en su manera de ser. Mucho

cuidado, Alejandro, mucho cuidado, porque me parece que el lazo está bien tendido.

Y el joven se quedó silencioso y pensativo durante un buen espacio.

El rumor que produjo doña Ramona al entrar en el aposento, le sacó de aquel estado.

—Pero don Alejandro, ¿no va usted hoy á clase?

—Sí, tiene usted razón,—exclamó el joven alzándose vivamente de su asiento,—estaba tan distraído.

—¡Ay! amigo mío, cuando yo le decía á usted que los bailecitos suelen dejar siempre huellas un poco significativas.

—¡Oh! no crea usted semejante cosa, doña Ramona; aun cuando yo soy muy joven no dude usted que sé perfectamente lo que me conviene.

—Pues mire usted que esas tres niñas son capaces de volver loco á cualquier hombre; lo comprendo.

—Son muy bonitas, sí, es verdad.

—No, no son bonitas, son preciosísimas; pero ¿qué quiere usted que le diga? ya sabe usted que yo le he de hablar siempre con franqueza usando para ello la autorización que usted mismo me ha dado.

—Presumo lo que va usted á decirme.

—Lo que no me gusta es que jóvenes solas vengan á visitar á un joven soltero.

—No, se trataba de un asunto benéfico.

—¡Ya!

Y la manera que tuvo doña Ramona de pronunciar este monosílabo, demostraba de un modo palpable que no aceptaba la interpretación dada por el joven á aquella visita.

—De todos modos,—prosiguió la anciana,—crea us-

ted un poco en mi experiencia y en mi maternal afecto; no enrede usted su corazón en aventuras de ese género, don Alejandro, su corazón de usted es oro finísimo y el de las mujeres que vienen á visitarle á su casa, crea usted que no debe estar muy sano. Le digo á usted esto lo mismo que se lo diría á mi pobre hijo si estuviese aquí.

—Muchas gracias por su advertencia, puede estar segura que la agradezco en lo que verdaderamente vale; conozco lo que son esas personas de quienes usted me habla y en prueba de ello que ya ve usted no voy á clase y en cambio me voy á ir á ver á don Jerónimo.

—Así me gusta. Segura estoy que don Jerónimo no ha de darle más que buenos consejos.

—Lo mismo que usted; por lo tanto, teniendo tan buenos apoyos, debe usted comprender que no es fácil que me deje caer en la tentación.

—¡He visto en el mundo tantos que pensaban tambien como usted, y que, sin embargo, la mirada de una de esas mujeres les ha hecho vacilar y caer finalmente!...

—No quiero yo ser una excepción, ni mucho menos; pero tengo una ventaja quizás, y es que las conozco y sé lo que pretenden.

Y con estas palabras Alejandro puso término á la conversación.

Un momento después estaba en el despacho de don Jerónimo.

Este al verle, le dijo:

—Amigo mío, es menester que viva usted muy prevenido.

—¡Hola, hola! ¿pues qué hay?—exclamó el joven alegremente.

—No lo tome usted á broma, no; por ahora las maquinaciones se dirigen contra usted.

—¿Las maquinaciones de quién?

—Del marqués y de Carlos, y sobre todo las del *Ratón,* que es quien en realidad ha puesto el dedo sobre la llaga.

—De modo que ese señor Ortiz, á quien yo no conozco, es mi principal enemigo. Vamos, un *Ratón* es un enemigo que fácilmente se puede aplastar con el pié.

—Cuidadito, cuidadito, Alejandro, que la presunción suele producir también grandes males. El *Ratón* no es tan despreciable como á usted le parece, y, sin que esto sea jactancia, si yo no estuviera por medio es muy posible que á estas fechas, á pesar de lo mucho que puede nuestro protector y amigo don Andrés, sabe Dios lo que habría pasado.

—Pues bien, ¿en qué se funda usted para decir que estoy amenazado?

—En las noticias que me comunica Suárez, refiriéndose á las conversaciones que ha oído.

—Y esas conversaciones...

—En ellas juega el nombre de usted. Lo mismo para el marqués que para Ortiz es usted Pepe Corrales, no Alejandro, y estando convencidos ellos de eso y comprendiendo que de usted deben recelar mucho daño, quieren inutilizarle por completo.

—¡Pobre gente! Trabajo les mando, si con semejante intención se presentan; porque le aseguro á usted que para dejarme matar es menester que antes haya muerto alguno.

—No diga usted eso, porque no conoce ni las formas ni los medios que esa gente emplea.

—Sean los que quieran, como que no voy desprevenido, sabré resistir.

—Contra la traición, es inútil la resistencia.

—En fin, que hagan lo que quieran, que ya veremos por dónde salimos. Yo también vengo á contarle á usted una visita que he tenido.

—¿Una visita?

—Mejor dicho, tres visitas en una.

—Vamos, siempre está usted de broma.

—No señor, que le digo la verdad; han venido á verme tres mujeres al mismo tiempo, y las tres con la pretensión de que vaya á su casa.

—¡Diablo! ¿nada menos que tres?

—Sí, señor, y muy hermosas y muy resueltas á conseguir lo que pretenden.

—¿Y qué es lo que pretenden?

—Lo mismo, sin duda, que querían las del baile; porque precisamente han sido ellas mismas.

Don Jerónimo frunció el entrecejo.

—Ahí tiene usted el peligro de que yo le hablaba antes. Esas mujeres son el anzuelo en el cual ha de quedar usted cogido.

—Si no me escurro sin dejarme tocar.

—Difícil es poder resistir una triple seducción, y para ello creo que lo mejor es que no asista usted á esa cita.

—Por el contrario, asistiendo es la única manera de saber lo qué quiere esa gente.

—Pues ya se lo puede usted figurar.

—No por cierto; yendo á su casa y oyéndolas, podré explorar el campo y saber de un modo positivo hasta dónde llegan sus pretensiones.

—No es prudente, repito, el que dé semejante paso.

—No pase usted temor.

—¿Y si eso fuera una emboscada?

—¿Una emboscada en una casa del barrio de Salamanca, según dicen estas señas?

Y el joven mostró á don Jerónimo la tarjeta que Matilde le había dado.

—Buena casa es, en la calle de Serrano; creo que la conozco.

—Pues ya ve usted si es posible que en un sitio semejante puedan tenderme un lazo.

—¡Ay! que hasta en los mismos palacios se han tendido muchas veces. Mi opinión es esta; usted, sin embargo, hará lo que crea más conveniente. Después de lo que le he dicho, después de las advertencias que se me hacen, juzgo aventurado semejante paso.

—Ya verá usted, don Jerónimo; en la empresa que hemos acometido no es posible andar con vacilaciones ni retroceder ante el amago del peligro, porque si así lo hiciéramos, difícil sería que consiguiéramos el objeto propuesto. Por mi parte, le debo á don Andrés todo lo que soy, me he consagrado en absoluto á la causa que él patrocina y llegaré hasta el fin ó hasta donde la vida me permita llegar. ¿Cómo quiere usted que ahora que se me presenta una ocasión para ver el alcance que tienen las tramas de esa gente, vaya á renunciar á ella? ¡Vaya si iré! y hasta fingiré dejarme seducir por alguna de aquellas mujeres; esa seguridad puede usted tenerla.

—Mal hecho, mal hecho,—repuso don Jerónimo.—La juventud presume de una fuerza de que realmente carece.

—¿No resistí en el baile?

—¿Y quién le asegura á usted que podrá resistir una segunda vez á esa seducción que se le presentará á usted más poderosa en un encantador aposento donde puedan reunirse todas las voluptuosidades y todos los encantos imaginables? Hay ocasiones, querido Alejandro, en que el retroceder no es cobardía, sino prudencia.

—De todos modos, esté usted seguro que yo voy allí.

—Como usted quiera.

Y don Jerónimo se encogió de hombros.

CAPITULO LIX

La desgracia de una familia

LEONARDO á pesar de la ineficacia de sus primeras pesquisas, de las que posteriormente había hecho Alejandro y de los descalabros, por decirlo así, que estaban experimentando, había querido emprender otra expedición por los alrededores de Madrid, á pesar de que, como don Jerónimo había dicho, no era fácil ó cuando menos no lo creía razonable que Vicente se hubiese quedado por aquellas inmediaciones.

El resultado fué el que esperaba ya el antiguo jefe de orden público.

Leonardo regresó á Madrid con el disgusto de no haber podido encontrar el más leve indicio respecto á las personas que buscaba.

Andrés le había escrito una carta, diciéndole que extendiese su excursión hasta Alicante ó Valencia, á ver

si por casualidad en aquellos puntos podía descubrir sus huellas.

Así lo hizo el joven, pero todo inútil.

Parecía materialmente que habían desaparecido sin dejar huella de ningún género.

Era una cosa inconcebible que cinco personas se perdieran del modo que había pasado con aquella gente.

Leonardo se presentó en casa de Andrés profundamente descorazonado.

—Lo que más me duele,—decía,—es haberlas tenido como quien dice, en mi poder y haberlas dejado escapar.

—No tenga usted cuidado, amigo mío,—decía Andrés; —hay algo en mi corazón que está diciéndome que las hemos de encontrar. ¿Cuándo, dónde, de qué manera? no lo sé; pero tenga usted presente que yo he tenido mucha fe siempre en esos presentimientos. La desgracia ó la ventura, me la ha anunciado siempre mi corazón, y por lo mismo, abrigó la esperanza de que un día ú otro hemos de encontrarlas.

—¡Dios quiera que así sea! pero desde luego yo auguro muy mal de todas cuantas gestiones practique de mi parte.

—¿Por qué?

—Porque usted no sabe, señor don Andrés, lo desgraciado que soy para tódo cuanto he emprendido. Asombrado estoy de permanecer tanto tiempo empleado en el Gobierno civil con un destino que me permite vivir con cierta holgura, y sobre todo, de haber encontrado á usted que es para mí una verdadera felicidad.

—Pues entonces, si encuentra usted ya dos sucesos que, según usted mismo manifiesta, le son favorables, ¿por qué se queja usted de la suerte?

—Porque tengo muchos motivos para ello. De mi vida no conoce usted más que lo que se refiere á la época en que me ha conocido, y crea usted que lo anterior á ella es verdaderamente horrible.

—Generalmente todas las desgracias que nos suceden, las creemos muy superiores siempre á las que les pasan á los demás. Todavía no he oído hablar á una sola persona lamentándose de su suerte, que no haya dicho lo mismo que usted dice.

—Si usted conociera mi existencia...

—Vería una como otras muchas, más ó menos herida por el dolor; pero nada más. Es usted muy joven, querido Leonardo, y no ha tenido usted ocasión, todavía, ni quisiera tampoco que la tuviese usted, de conocer esos grandes dolores que hay en la vida. Se quejan ustedes de muy poco, cuando empiezan á vivir, y no tienen en cuenta que hay otros muchos cuya existencia es más larga que la de ustedes y que, sin embargo, no han tenido en tantos días como cuentan un solo rayo de sol que les haya prestado calor y consuelo. Cuénteme usted esa historia, y de ese modo podré apreciar la gravedad del mal á que se refiere.

Precisamente esta escena tenía lugar por la tarde de aquel mismo día en que Alejandro había recibido la visita de las tres mujeres.

En el momento en que iba á contestar Leonardo á la exigencia del doctor, Marcelo entró en la estancia, diciendo:

—Don Jerónimo desea ver al señor.

—¡Don Jerónimo!—exclamó sorprendido Andrés.—¡Algo muy grave debe ocurrir, para que se decida á venir á verme!

—¿Quiere usted que me retire?

—Sí, porque tal vez nuestra entrevista se prolongue más de lo que podamos creer, y no es cuestión de que usted esté mortificándose aquí; mañana le espero, porque no olvido que me es usted deudor de una historia.

—Historia que demostrará á usted la verdadera causa de esa tristeza y de ese dolor que algunas veces ha llamado su atención, y sobre los cuales me ha hecho alguna pregunta.

—Ya encontraremos medio para aliviarle.

—No lo crea usted; no hay medio alguno.

Y el acento con que Leonardo pronunció estas palabras, no dejó de impresionar al doctor, que le dijo:

—Diré á usted: si uno se muestra rebelde á todos los medios que se le propongan, desde luego que ya tiene usted razón.

—No, es que usted mismo se ha de convencer de la verdad de mis palabras. Cuando conozca usted la historia, veremos si encuentra usted ese remedio que yo no he sabido hallar.

—Allá veremos.

Leonardo se despidió de Andrés, y éste se apresuró dirigirse á la habitación donde estaba don Jerónimo.

El antiguo jefe de orden público, completamente metamorfoseado, había pasado á su casa desde la de Alejandro, y por ella salió á la calle, sin que nadie pudiera sospechar que aquel caballero tan moreno, con el pelo y la barba gris, mirando con fiereza á cuantas personas pasaban por su lado, afectando el aire de un perdonavidas, era el bondadoso y afable don Jerónimo, un poco calvo ya, con el bigote rubio y el aire más pacífico del mundo.

El doctor se fijó en aquella transformación y se alarmó, porque con ella le demostraba ese hombre de confianza, que se cernía algo grave en la atmósfera de sus proyectos.

—Amigo don Jerónimo,—le dijo,—¿á qué milagro se debe su presencia de usted en esta casa?

—Razón tiene usted en decirlo; porque, efectivamente, si no es por efecto de ningún milagro, es porque conviene muchísimo que hablemos.

—Eso ya me lo figuro; porque desde el momento en que se ha decidido usted en venir, es porque, indudablemente, hay urgencia en lo que ha de decirme.

—Sí, señor; la hay.

—¿Pues qué sucede?

—No lo sé; pero presiento que algo muy grave nos amenaza.

—¡Algo grave!

—Sí, señor.

—¿A quién afecta esa gravedad?

—A Alejandro.

—¡Cómo! ¿Ha cometido, acaso, alguna imprudencia?

—No, señor; pero es muy fácil que se la hagan cometer.

—¿Quién?

—Los agentes de Ortiz.

—¡Oh! para contrarrestarlos tenemos nosotros los nuestros.

—Es que él se vale de unos agentes contra los cuales no tenemos lucha posible.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Andrés, frunciendo el entrecejo;—¿pues acaso las personas de quienes disponemos no son tan buenas ó mejores que las bue tiene Ortiz?

—En los hombres, desde luego.

—¡Cómo! ¿pues qué quiere usted decir? ¿á quién se refiere?

—Ortiz ha puesto ahora en juego unos adversarios colosales.

—¿Qué adversarios son?

—Las tres aventureras más encantadoras que hay en Madrid.

—Exagera usted.

—No, á fe mía.

—Pero bien; ¿qué es lo que ese hombre se propone?

—Sencillamente, hacer que Alejandro hable.

—¿Y por qué Alejandro, precisamente, y no cualquier otro?

—Porque Ortiz ha adivinado perfectamente y tiene la seguridad de que ese chico es el *Pito*, que estuvo al servicio del marqués. Excuso decir á usted la importancia que tiene para ellos ese muchacho, desde el momento en que tal cosa se les ha ocurrido.

—Verdaderamente que ya tiene usted razón. La situación reviste cierta gravedad y es menester que meditemos un poco sobre ella.

—Es que hay más todavía; si se tratara de eso solamente, no hubiese venido á llamarle la atención y á alarmarle, como es consiguiente.

—Querido Jerónimo, en cuanto á alarmarme, una sola cosa sería capaz de conseguirlo, fuera de esa, crea usted que quien ha pasado algunos años en las praderas americanas ó en los bosques de la India, ya no se alarma por nada. Dígamelo usted todo, con la seguridad de que nada me puede sorprender. Me sorprendería, se lo

confieso, saber que el marqués estaba sobre las huellas de mis sobrinas, mientras que nosotros ignorábamos donde estaban; pero por lo demás, deje usted que sobrevengan contratiempos, que resignación y fuerzas sobradas, tenemos para resistirlas.

CAPITULO LX

Qué efecto produjeron en Andrés las noticias de Jerónimo

El antiguo jefe de policía no pudo menos de mirar lleno de sorpresa á Andrés.

Aquella serenidad le asombraba, porque precisamente él, que en su época había pasado por ser un modelo de calma y serenidad, en aquellos momentos y después de lo que le había dicho Alejandro, la había perdido en absoluto.

Su instinto de hombre práctico en las costumbres y en la manera de ser, de gente de la clase á que pertenecían las mujeres que fueron á ver á Alejandro, estaba inquieto, porque no se le podían oscurecer los peligros que para el joven ocultaba aquella cita.

Y si se tienen en cuenta los antecedentes que él tenía

ya, por lo que sus agentes de la casa del marqués le habían dicho, puede comprenderse muy bien que estos temores, tomando mayores proporciones, le obligaran á dirigirse á la casa de Andrés.

De aquí que la serenidad de éste llamase su atención.

—Vamos, vamos, don Jerónimo,—le dijo el doctor viendo que se había quedado silencioso,—dígame todo cuanto le sucede, nada me oculte y conjuraremos esos peligros que usted cree que existen y que yo no dudo, desde el momento en que usted los ve así.

—En primer lugar, figúrese usted, que como ya le dije, sabía que en casa del marqués se había tratado de usar el arma del placer ó del vicio, para hacer hablar á Alejandro.

—Un arma á la cual los viciosos le prestan una fuerza de que realmente carece, cuando se tropieza con personas honradas y leales. Prosiga usted.

—Pero una arma de excelentes resultados cuando se esgrime contra una persona de corazón, impresionable, que hace sus primeras armas en el campo de la vida y que tiene toda la inexperiencia consiguiente á su juventud.

—También tiene usted razón en eso.

—Pues en ese caso se encuentra Alejandro.

—Por eso tenemos el deber de velar por él.

—Eso es lo que estamos haciendo.

—Pues entonces, no debemos abrigar temor alguno.

—Yo, sí, señor, le abrigo y muy grande.

—Pero ¿por qué?

—Por ese mismo corazón, por esa misma impresionabilidad, y sobre todo por esa audacia propia del convencimiento que cree tener de su fuerza.

—Pero vamos, quizás usted exagere el peligro.

—No, señor, le veo tan claro, como le estoy viendo á usted en este momento.

—Pero ¿en qué se funda usted?

—En todo.

—Eso no es decir nada, amigo don Jerónimo.

—No, si es que voy á precisarle á usted las razones en que me fundo.

—Deseo conocerlas.

—Y usted que ha asentido ya á algo de lo que antes dije, tengo la seguridad de que ha de reconocer que hay causa bastante para mi preocupación.

—Pero lo que no comprendo, y permítame usted que así le hable, es que comprendiendo usted ese peligro y que viendo usted las cosas bajo el prisma que las ve, no haya procurado ya ponerles un remedio.

—Es que no fiándome de mí mismo, no creyéndome con la luz suficiente para iluminar ese caos, vengo á consultar con usted lo que debo hacer.

—¡Hola! ¿conque de caos tratamos? Pues sabe usted don Jerónimo, que en brevísimo espacio el lago tranquilo en que creíamos navegar, ha sufrido una transformación violenta.

—Y tan violenta.

—En fin; explíquese usted.

Don Jerónimo refirió al doctor lo que le había ocurrido á Alejandro en el baile, la visita que había tenido aquella mañana, la aceptación por parte del joven del reto que le habían dirigido las tres mujeres, y finalmente, la resolución de Alejandro de ir á casa de Matilde.

Con profunda atención le estuvo escuchando Andrés.

Más de una vez durante la relación frunció el entre-

cejo, y cuando su interlocutor hubo concluido, su semblante revelaba la impresión que recibiera con aquel relato.

Don Jerónimo se calló esperando á que el doctor preguntase:

—¿Y quiénes son esas tres mujeres?—dijo por fin Andrés.

—En el momento mismo en que me disponía á salir de casa, he recibido esta comunicación, contestando á las preguntas que había hecho.

Y sacó del bolsillo un papel que entregó á Andrés

Este leyó lo siguiente:

«Matilde Cabreras, gaditana, hija de un torero y de una gitana, fué cigarrera en Sevilla; un señorito la lanzó al mundo, y vino á Madrid hace cuatro años.

»El conde D. la puso un gran tren, tuvo maestros para leer y escribir, pues hasta eso ignoraba, aprendió francés, y como era dispuesta, adquirió cierto barniz de buena sociedad.

»Sabe que es encantadora y utiliza admirablemente sus encantos.

»Es vengativa, cruel, no perdona ni olvida, es tenaz en sus empeños, es astuta y es una mujer terrible por todos conceptos.

»En la actualidad está enredada con el marqués del Pino, á quien dejará arruinado si no rompe pronto con ella.

»Concha la torera, fué carnicera en el Rastro, es tan hermosa como Matilde, pero menos instruida que ella, es envidiosa y colérica.

»Ha estado ya dos veces en la cárcel y no será difícil que vaya la tercera.

»Tiene padrinos poderosos, porque sus amantes los ha elegido siempre entre los señoritos de la buena sociedad.

»No carece de inteligencia, pero es muy envidiosa.

»Detesta á Matilde, pero sin embargo, va con ella porque á su sombra siempre aprende algo, y sobre todo porque así puede espiar todos los actos de aquélla.

»La considera su amiga, lo cual sin embargo, no será óbice para que el día en que tenga algún resentimiento con ella, la arranque el moño ó le haga alguna otra cosa peor.

»En la actualidad es querida del sobrino del duque del Solar.

»La tercera de quien se piden noticias, debe ser Angeles García, conocida por la *marquesa*.

»Difiere de un modo notable de sus compañeras.

»Es, quizás, más hermosa que ellas, y cuando menos mucho más distinguida.

»No se tiene ningún antecedente de ella.

»Se ignora su procedencia; es sumamente instruida, y llama la atención por la expresión de melancólica tristeza que siempre se advierte en su semblante.

»Su aspecto le ha granjeado el irrisorio título que se la da.

»En la actualidad es la querida de Paco Herrera, el hijo del banquero que murió hace tres años.»

—Perfectamente, — exclamó Andrés, después que hubo leído aquellas notas;—veo, amigo mío, que está usted admirablemente servido.

—Envié á pedir esos informes inmediatamente que Alejandro salió de mi casa; dí los nombres de esas mujeres, y á las tres horas la contestación obraba en mi poder.

—Pues señor, de todas estas mujeres, no veo ninguna temible, y sin embargo, lo son las tres.

—Para mí, más que ellas, lo son las personas que las hacen jugar.

—¡Oh! eso desde luego. ¿Y piensa Alejandro, según usted dice...?

—Acudir á la cita.

—¿Dónde viven esas mujeres?

—En la calle de Serrano, en un hotelito, que lo conozco por cierto... Yo le he aconsejado que no vaya.

—¿Por qué?

—Porque me temo que se le tienda un lazo.

—¿En qué sentido?

—En el de que la seducción le venza, en cuyo caso es usted el perjudicado; ó de que se resista á la seducción, en cuyo caso la cólera que han de experimentar los directores de esa farsa, podría poner á nuestro amigo en un grave compromiso.

—Para lo primero, creo que Alejandro tiene la fuerza de voluntad suficiente para saber resistir la seducción; y para lo segundo, tiene corazón bastante para saber rechazar cualquiera agresión de que fuera objeto.

—De modo que usted opina...

—Que debe ir, si tiene corazón para ello, y como esa seguridad la tengo, no veo dificultad de que se someta á esa prueba.

—Pero mire usted que la prueba es muy difícil y muy expuesta.

—Lo sé.

—Alejandro es joven, es muy impresionable, como le he dicho, el amor todavía no ha llamado á las puertas de su pecho, y quién sabe lo qué puede suceder.

—Lo que quiera que suceda, si no sucede con esas mujeres, podría suceder con otras. Si su corazón es débil y cede, poco puede importarnos; no será, en todo caso, más que un instrumento que arrojaremos á un lado como mueble inútil.

—Es que la prueba es muy ruda.

—Por eso que si la resiste, sabremos ya hasta dónde llega su fuerza.

—El espera vencer.

—Y yo también lo espero.

—A las observaciones que le hice, me contestó que tenía el ineludible deber contraído con usted y contraído consigo mismo, de llegar hasta el fin, y que hasta él llegaría, aun cuando le costase la vida.

—¿Ve usted? lo que le he dicho.

—¡Pero es que yo me temo que realmente le cueste la vida!

—¿Y para qué servimos entonces nosotros? ¿Acaso no hemos de velar por él?

—¿Pero de qué modo velaremos, si por ejemplo, él se resiste y en esa casa hay alguien escondido, y no por medio del amor, sino por medio de la fuerza, pretenden hacerle hablar?

—No tenga usted cuidado. ¿Cuándo ha de ser la cita?

—Mañana por la noche.

—Está bien. Mañana tendremos una orden del gobernador autorizando algunos registros, para cuyo efecto irá un delegado especial.

—Que seré yo.

—No, amigo mío; será Leonardo.

CAPITULO LXI

Donde se ve que los temores de don Jerónimo tenían razón de ser

Don Jerónimo no pudo menos de mirar lleno de asombro á su interlocutor.

Aquella seguridad con que hablaba, aquel aplomo con que decía ciertas cosas, aquella facilidad en concebir planes, llamaba su atención de un modo extraordinario.

—¿Y qué es lo que se propone usted,—dijo,—con esa delegación especial?

—Muy sencillo. ¿No sospecha usted que puede haber un peligro para nuestro amigo, en uno ú en otro caso?

—Sí, señor.

—Pues bien; para conjurarle, no hay más que el medio que yo he pensado.

—No comprendo.

—Pues es muy fácil de comprender. Alejandro va á

casa de esas señoras, entra, y cuando prudencialmente se crea que debe haber ocurrido, ó bien su embriaguez por efecto de la pasión, ó bien que ya debiera haber salido de allí, entran los agentes de la autoridad, practican un registro en la casa y sacan de ella al que por una ú otra razón no debe permanecer allí. ¿Va usted comprendiendo ahora?

—Sí, señor.

—¿Y lo aprueba usted?

—En todas sus partes.

—Pues entonces, amigo don Jerónimo, no tenemos que hablar más de este particular. Alejandro obra como debe, y si no sabe sostenerse como esperamos, culpa será de la humana naturaleza, que tiene sus debilidades, que debemos disculpar, aunque nos perjudique por el momento.

—Tiene usted razón.

—Ahora, hablemos de otra cosa, puesto que de ésta creo que ya no debemos ocuparnos más.

—Merced á la solución que usted le ha dado y que á mí no se me había ocurrido.

—Las noticias que ha traído Leonardo no tienen nada de satisfactorias. Parece que á ese pobre Vicente y á las niñas, se las ha tragado la tierra. Leonardo está desesperado y cree que todo se ha perdido ya.

—Es que yo también voy perdiendo la esperanza, y en ese sentido quería hablarle también, señor don Andrés.

—Pues vea usted lo que son las cosas. Yo tengo la seguridad de encontrarlas.

—No se lo niego. Quizás encuentre usted otros elementos más valiosos que nosotros y que consigan lo que nosotros no hemos podido conseguir.

—¿Y qué quiere usted decirme con eso?—preguntó Andrés, fijando una mirada escrutadora en el semblante de su interlocutor.

—Mire usted, don Andrés; yo he tenido siempre un modo de ver las cosas, tal vez exagerado, ridículo, como usted quiera llamarle. Creo que el hombre debe tener criterio suficiente para comprender si gana ó no el pan que se le da.

—Y piensa usted muy bien.

—Yo creo que en la actualidad no gano el que usted me ha proporcionado, y por lo tanto, no tiene necesidad de estar haciendo un sacrificio que, al fin y al cabo, de nada le sirve.

—De modo que, según usted...

—Estoy de más en su casa. Esta es mi opinión. Cuantos esfuerzos hemos hecho para conseguir el objeto que deseamos, todos han resultado inútiles. ¿Por qué ha de seguir usted gastando y yo siéndole una carga enojosa? Vale más que lo dejemos así, y en el caso de que algún día encontremos algún indicio que nos permita reanudar nuestros trabajos, vuelva usted á utilizar mis servicios como lo ha hecho ahora.

—Es decir, que usted me propone que le separe de mi lado.

—Como que no le sirvo de nada, puede usted ahorrarme...

—Vamos, vamos, don Jerónimo; calle usted, y no hable más de ese asunto.

—¡Pero si yo no hago nada! ¡si me parece un cargo de conciencia cobrar el sueldo que usted me da!

—Pues cóbrele usted en buen hora, que yo le daré ocupación para que no le parezca que le doy lo que no gana.

—¡Pero señor don Andrés! ¡si mis gestiones no han dado resultado alguno... si yo soy el primero en reconocer que le soy totalmente inútil! ¿por qué no suprimir mi personalidad, que no le causa más que un gasto superfluo?

—A usted le parece así, y á mí no. Ya le he dicho que continúe usted del mismo modo; á mi lado siempre hay que hacer; créame usted.

—He creído de mi deber hacerle presente...

—Aprecio su delicadeza de usted en lo que verdaderamente vale, y no me sorprende, porque la esperaba. Conozco bastante á los hombres, y aun cuando no me hubiese usted sido recomendado por mi pariente, también le habría apreciado, sin temor de equivocarme.

—Mil gracias...

—Conque ese otro asunto también queda resuelto ya. ¿Tenemos que hablar de alguna otra cosa?—preguntó Andrés, separando la cuestión del terreno en que la quería colocar don Jerónimo.

—No me ha dicho usted si don Carlos ha vuelto á visitarle.

—Ayer estuvo ahí.

—¿Y le dijo algo referente á sus diligencias?

—No. Me ofreció de nuevo su cooperación; yo fingí admitirla, y quedamos en que si tenía necesidad le enviaría á buscar. Me figuro que no volverá más, porque le hice alguna indicación respecto á la nulidad de su parentesco con mi hermano.

—Se pondría furioso...

—Se desconcertó bastante; pero se contuvo, porque creía que yo seguiría hablando, y por ese medio podría saber por dónde y cómo sabía yo lo que había pasado.

—¡Ya, ya!

—Y cuando se convenció de que yo no quería hablar, entonces fué cuando se marchó, ofreciéndoseme para todo aquello que yo creyera que le podía utilizar.

—Ese muchacho, á pesar de ser muy malo, no lo sería tanto á no tener el marqués á su lado. Este es el verdaderamente terrible.

—¡Y pensar que yo pude haberle muerto en buena lid y que no lo hice!...

Y el semblante de Andrés expresó el disgusto que aquello le causaba.

—Sin embargo, yo creo,—dijo don Jerónimo,—que no es de mano de usted, ni de ninguna otra persona honrada, como debe morir ese hombre.

—¿Pero cuándo llegará eso? ¡Sabe Dios, amigo mío, el tiempo que tardaremos en poderlo conseguir!

—Lo que es hasta ahora, ellos se encuentran en el mismo caso que nosotros respecto al fin que perseguimos.

—Ahí tiene usted una de las razones que hay para que no deje usted el encargo que le tengo confiado. Los agentes que tenemos lo mismo en casa del marqués que en todas partes, es preciso que continúen allí; es necesario que sepamos todo cuanto hace esa gente, porque si en sus pesquisas fuesen más afortunados que nosotros y encontrasen lo que no hemos podido encontrar, ¿quiere usted decirme lo qué sucedería, ignorando nosotros lo que había pasado?

—Eso es verdad; pero también nos exponemos á estar sosteniendo un gasto extraordinario sin ninguna utilidad.

—¡Qué le hemos de hacer! Es un gasto del cual no podemos prescindir.

Y la conversación continuó todavía un buen espacio, consiguiendo finalmente don Jerónimo que Andrés le diera algún otro trabajo que justificara la retribución que percibía, tranquilizando de este modo su conciencia, que, como había dicho poco antes, le remordía por estar percibiendo un sueldo que no ganaba.

También al mismo tiempo que esta entrevista tenía lugar en casa de Andrés, otra, no menos interesante, se celebraba en la casa del marqués del Pino.

Ortiz estaba allí, cuando llegó Matilde.

El agente de policía había sido el alma de toda aquella intriga del baile y de la visita verificada por las jóvenes á la casa de Alejandro.

El, como hemos dicho en otro lugar, fué quien desde el primer momento encontró cierta analogía entre el *Pito* y el antiguo criado del marqués.

Cuando éste le vió en el Casino y comenzó á intimar con el joven, empezó á dar la razón á Ortiz, porque á pesar de las notables diferencias que parecían existir entre el *Pito* y Alejandro, no era Federico tan mal fisonomista que no supiera apreciar alguno de esos rasgos que difícilmente se pueden alterar.

—Oye, marqués,—dijo Matilde, entrando en la habitación donde aquél estaba;—¿van á durar mucho estos papeles que me estás obligando á hacer?

—Querida mía, todo el tiempo que sea necesario; ya te lo he dicho.

Matilde hizo un gesto de disgusto, y Ortiz la preguntó:

—Vamos á ver, Matilde; ¿ha estado usted allí?

—Hemos estado.

—¿Y qué?

—Me parece que ese pollo es muy duro de pelar.

—Parece imposible,—contestó sonriéndose el agente de policía,—que ante unas gracias como las que ustedes pueden desplegar ante él, permanezca tan insensible.

—Pues hijo, con todas estas gracias, el mozo parece un sorbete.

—¿Qué ha dicho al recibir la visita?

—Nada.

—¡Cómo nada!—exclamaron sorprendidos.

—Lo dicho.

—¿Acaso os ha recibido mal?—preguntó Ortiz.

—No, ha estado muy galante; pero no ha pasado de ahí.

—De modo, que no irá á tu casa...—dijo el marqués.

—Sí.

—¡Oh! pues entonces, es nuestro,—se apresuró á decir el *Ratón;*—porque una buena cena y tres mujeres como ustedes, derriban en tierra...

—A cualquier otro que no sea ese niño,—contestó Matilde con acento de profunda convicción.

—Mira, hermosa, no trates de exagerar las condiciones de ese muchacho para hacer valer más tu servicio.

Matilde fijó en el marqués una mirada desdeñosa, y le dijo:

—¿Crees, acaso, que yo necesito el miserable puñado de oro que tú me des, para que vaya á decirte lo que no siento? He despreciado otros que valían más que tú, como lo sabes muy bien, y si te sirvo hoy, más que por tí, lo hago por mí misma, porque ese mozo ha herido

mi amor propio, y... vamos, que tengo yo empeño en hacerle que sucumba.

—Pues eso es suficiente,—dijo Ortiz,—y lo que una mujer como usted se propone...

—Hay ocasiones en que no lo puede conseguir, y esta me parece que es una de ellas.

—Entonces, entraremos nosotros en juego,—dijo el marqués.

—También me parece que os ha de costar trabajo reducirle.

—Pero señor, ¿quién es ese muchacho en el cual encontráis condiciones tan especiales? No parece sino que en él se han concentrado todas las fuerzas y todas las energías de la humanidad.

—Ese es un hombre,—añadió Ortiz,—sujeto á las mismas debilidades que todos los demás. Podrá costar más ó menos trabajo vencerle, pero esté usted seguro que al fin se quebrará toda su energía entre nuestras manos.

—Ese niño,—dijo Matilde,—es de finísimo acero, y estén ustedes seguros, pero muy seguros, de que podrá doblarse, pero romperse, es muy fácil que se rompan ustedes antes.

—Como no os pongáis alguna de vosotras de su parte...

—Ni la Concha, ni yo, puedes estar seguro que lo hagamos. Somos fieles á los nuestros, y únicamente el día en que rompiéramos nuestro compromiso con vosotros, tal vez pudiéramos hacer algo por él.

—Pero como no le romperán...

—Eso sí que nadie puede asegurarlo. Yo soy más clara que el agua, y ya sabe éste lo que le dije cuando

me comprometí con él. Yo quiero tener mi libertad de acción, y el día que un hombre me hace una, ya no vuelve á hacerme dos.

—Pero como yo no te he de hacer esa una...

—¡Quién sabe!

—Me parece que hasta ahora no te puedes quejar.

—Vale más que no hablemos de eso, porque tú, al fin y al cabo, eres como todos.

CAPITULO LXII

Alejandro comienza á vacilar

El marqués iba á contestar, quizás con alguna violencia, á Matilde, cuando Ortiz medió diciendo á ésta:

—He observado que ha dicho que de usted y de Concha respondía. ¿Quiere decir con eso que la *marquesa* no la inspira gran confianza?

—No sé qué decir, porque la *marquesa* ya saben ustedes las genialidades que tiene, lo que hace, y lo poco comunicativa que es.

—Me carga esa mujer,—dijo el marqués,—y creo que lo que es á Paco, no debe tenerle muy satisfecho tampoco.

—He reparado una cosa,—dijo Matilde,—que no ha dejado de llamarme la atención, y que me demuestra hasta dónde llega el talento de esa muchacha.

—Si que es raro,—repuso el marqués sonriéndose,—que tú reconozcas talento en otra mujer.

—Y lo que siento es no haberle yo tenido para eso.

—No comprendo.

—Angeles, tiene supeditado de tal modo á Paco, que éste no hace más que lo que ella desea, y cuidado que le zapatea de lo lindo.

—Me parece que estás equivocada, porque lo que es Paco hace de ella el mismo caso que de lo que me encontré esta mañana, que no fué nada.

—Pues yo te digo, que una cosa es en público, y otra cuando están solos los dos, ó por lo menos, cuando creen que nadie les observa.

—Pero bien, nada de eso nos importa,—repuso Ortiz;—usted ha dicho que no tenía gran confianza en la *marquesa*, y como es precisamente uno de los tres puntales en que descansa nuestro trabajo...

—Pues es un puntal, que aun cuando se perdiera, importaría muy poco y precisamente he hecho otra observación que me gusta menos todavía.

—¿Qué observación es esa?

—Que Alejandro fija en ella su atención con alguna insistencia.

—Eso, en todo caso, no sería tan malo. Ya respondería á nuestro plan de que sea una de vosotras la que se apodere de él.

—Es, que como ya dije antes, la *marquesa*, no es como nosotras, y si ella cree que no debe hacer una cosa, estad muy seguros de que no la hace, así os pusierais todos en cruz delante de ella, ó así la amenazarais con los mayores tormentos. Cuidado que yo tengo muy buen ojo para esas cosas, soy mujer y conozco á

las mías. La *marquesa* no está en nuestra vida ni por afición al lujo, ni al placer, ni á ninguno de esos atractivos que para nosotras han tenido tanta fuerza.

—Pues entonces,¿por qué es querida de Paco Herrera?

—Eso ellos se lo sabrán. Yo les digo á ustedes que de esa mujer no sacarán ningún partido.

—¡Tonterías!

—Sí, sí; ustedes júzguenlas así, y mientras tanto, que llegue un día en que ella y ese pollo se entiendan.

—¡Jesús, qué disparate! ¡Pobre Alejandro si Paco llegara á sospecharlo siquiera! Por más que él maldito el caso que hace de ella.

—De todos modos,—dijo Ortiz que se había quedado pensativo,—ya podría ser eso un contratiempo y de mucha importancia.

—Pues se la elimina de nuestro círculo, y quitamos el peligro. En fin, lo principal es que esta noche acuda Alejandro á tu casa.

—Eso es seguro, él ha dado su palabra y no faltará.

—Pues entonces, cumplir vosotras con vuestro deber, que tampoco faltará por allí quién cumpla con el suyo si hay necesidad de ello.

—Allá os arregláréis. ¡Ah! marqués, se me olvidaba decirte que al venir á tu casa, he pasado por casa de Samper, y he dicho que me envíen una pulsera que me ha gustado mucho.

—¿De cuánto es ese gusto?—preguntó Federico.

—Eso no se pregunta. ¿Y tú presumes de buen tono y haces preguntas semejantes á la mujer con quien tienes relaciones? Yo no me he ocupado de preguntarlo.

—Como que no lo has de pagar.

—¿Oye usted, Ortiz? diga usted si eso es de buena

educación. Vaya, hijo, que te alivies, y no merecerías siquiera que te mirara la cara.

Y la joven hizo un gracioso mohín al marqués, saludó á Ortiz, y salió del aposento.

Una vez solos Federico y el agente de policía, dijo aquél:

—Lo que es esta mujer, me arruina si no trato de poner coto á sus gastos.

—Lo que es por ahora, no tiene usted más remedio que dejarse arruinar, porque si la deja usted escapar, es muy capaz de pasarse al enemigo con armas y bagajes, y estas mujeres tratándose de un muchacho inesperto como Alejandro, crea usted que no tienen precio. Se entiende, para lo que nosotros pretendemos de ella.

—Ya, ya, demasiado que lo veo. ¿Ha estado usted en lo que ha dicho respecto á la *marquesa?*

—Demasiado.

—¿Y qué opina usted de eso?

—Tomaré noticias, y ya la obligaremos á que haga lo que debe.

—De todos modos, la considero peligrosa.

—Y puede que lo sea. Pero un peligro conocido, como usted comprenderá, es sumamente fácil de evitar.

—Sin embargo...

—No tenga usted cuidado por eso.

—Una pregunta, Ortiz; ¿qué le parece á usted si yo le dijese algo á Paco Herrera?

—¿Sobre qué?

—¡Hombre, respecto á su querida! me parece que es de eso de lo que estamos hablando.

—¿No le ha preguntado á usted nunca?

—Hemos hablado así, en términos generales.

—¿Y qué le ha parecido observar en él?

—Ahora que caigo, por efecto de lo que hemos hablado, he creído encontrar en él cierta reserva.

—Pues entonces, no le pregunte usted nada.

—Es decir, que nos hemos de atener...

—A las noticias que yo he de adquirir, noticias que como usted comprenderá, siempre han de ser mejores que las que su amigo pueda darle.

—Supongo que esta noche habrá en casa de Matilde un par de hombres resueltos para si hay necesidad de emplear otros medios que el de la seducción.

—No tenga usted cuidado, que la ratonera está bien preparada.

—Lo que importa es que no se escape ese mozo. Si conseguimos que se descubra, ya sabemos entonces la procedencia de los papeles que me quitaron.

—Para mí, como le he dicho siempre, eso es positivo; ese Alejandro no es más ni menos que el *Pito*.

—Pero no basta la presunción solamente, si no que necesitamos la seguridad.

—Y después que la tengamos, ¿qué hemos de hacer?

—Pensar amigo Ortiz, en lo del testamento. ¿Ha encontrado usted ya el escribano?

—Me parece que sí.

—Caro ¿eh?

—Bastante.

—Mientras sepa hacer las cosas bien hechas...

—¡Oh! como él se comprometa, no tenga usted cuidado, que no debemos abrigar temor alguno.

—¿Es decir, que todavía no está resuelto?

—Ni yo he querido apretar demasiado, hasta no hablar con usted.

—¿Pero no tiene usted carta blanca para obrar? ¿Cuánto quiere?

—Veinte mil duros.

—¡Demonio! ¡caro es!

—Ni un céntimo menos.

—¿Y las partidas de defunción de esas niñas?

—También se encontrarán. Pero no vaya usted tan deprisa, que todas las cosas no se pueden hacer de un golpe. Por otra parte, es preciso meditar un poco acerca del sitio y las condiciones en que se han de hacer esas partidas de defunción.

—Usted mismo.

—Por eso que soy yo quien tengo que pensarlo y meditarlo bien, es por lo que no podemos proceder de ligero.

—Yo tengo plena confianza en usted, y por lo tanto, confío en el éxito de todo.

—Como que yo estoy interesado también.

Poco después, el *Ratón* abandonaba la casa del marqués.

Aquella tarde, Alejandro se retiró á su habitación después de haber anochecido ya, al objeto de vestirse para asistir á la cita de casa de Matilde.

Iba entrar en el portal, cuando una mujer vestida de negro y cubierto el rostro con el espeso velo del manto, alargó su mano como para pedir una limosna, al mismo tiempo que decía en voz baja:

—Caballero, no vaya usted esta noche á casa de Matilde.

—¡Qué!—exclamó Alejandro deteniéndose inmediatamente y mirando á la mendiga.

—Que no vaya usted esta noche á la casa donde le esperan.

—¡Quién es usted!—exclamó Alejandro, á quien la voz de la desconocida llamó la atención mucho más que el sentido de sus palabras.

—No se ocupe usted de mí; pero oiga usted un consejo, y no vaya donde le esperan con mal fin.

—¡Pero!...

—Nada más me pregunte usted, ni llame la atención, porque quizás nos observen. En aquella casa está la muerte.

Y antes de que Alejandro pudiera volver de su asombro, la desconocida se separó de él.

CAPITULO LXIII

En casa de Matilde

LA querida del marqués, ocupaba un lindísimo hotelito del barrio de Salamanca.

Federico sostenía á aquella mujer sin cariño, sin afecto alguno.

Era un mueble de lujo que le convenía sostener, porque desgraciadamente en las condiciones de la sociedad á que él pertenecía, una querida como Matilde acababa de formar la reputación de un hombre.

Ella, por su parte, hacía cuánto era posible para gastar, siempre bajo la fórmula de que obrando así daba prestigio á su amante.

Y considerándolo de esta manera era la verdad que Federico iba arruinándose á ojos vistos, porque realmente sus rentas no le permitían el inmoderado derroche que estaba haciendo.

Su padre le había dejado una fortuna más que regu-

lar, fortuna merced á la cual hubiese podido vivir holgadamente.

Pero los gastos inmoderados, las locuras de todo género á que se había entregado, su afán de exhibirse ante la sociedad bajo un aspecto superior á sus recursos, le habían obligado á enajenar ó empeñar mucha parte de su patrimonio.

Esto también entraba por mucho en su deseo de encontrar una solución respecto á la herencia de Carlos, puesto que, como hemos dicho, él contaba con que mucha parte de aquella herencia, ó quizás el todo, fuese á parar á él.

Es verdad que Ortiz le daba ya un gran pellizco según el contrato que habían celebrado; pero aun en este mismo contrato, el agente de policía, á pesar de ser tan largo, había quedado completamente engañado.

Porque si tenemos presente la primitiva entrevista celebrada entre Ortiz y Federico, recordaremos que aquel se había contentado con que la imposición que se hiciera á su nombre, para garantir la cantidad que había pedido, lo fuera con títulos de propiedad del marqués.

Este había buscado precisamente algunas fincas cuyo valor había decrecido considerablemente desde la época en que se compraran, y merced á esta circunstancia se encontró con que todavía resultaban á su favor más de dos millones.

Ortiz ignoraba el verdadero estado de aquellos terrenos; vió las escrituras, se convenció de que eran buenas y que precisamente no tenían ningún gravamen y creyó positivamente asegurada su fortuna.

De todos modos la tenía hecha, porque solamente con lo que quedaba, ya le representaba lo que él no podía

haber soñado jamás; pero de todos modos el marqués también había hecho su negocio.

Este era un jugador de primer orden.

Pero no siempre procedía en sus jugadas con estricta legalidad.

Carlos le ayudaba en gran manera y si bien esto les permitía sostener un poco mejor el tren de casa que uno y otro tenían, como se comprende facilmente, también había que tener quiebras en el oficio.

En Monte-Carlo, donde había querido Federico hacer uso de sus mañas, encontró maestros que le dieron veinticinco vueltas y concluyeron por hacerle perder lo que él contaba haber ganado, y aun cuando más tarde, en París, consiguió resarcirse de algo, también hubo de sostener un duelo con un individuo de la nobleza que no encontró nada correcta la forma en que había tenido el marqués la fortuna de ganarle algunos miles de francos.

Como quedó vencedor Federico, y precisamente en la sociedad á que él pertenecía se considera que tiene la razón aquel que triunfa, aun cuando en buena ley lo que merecía era haber sido expulsado de todos los buenos círculos, por el contrario, aquello constituyó nueva aureola, y el marqués siguió disfrutando del favor del público.

Tras este incidente vino su encuentro con Matilde.

La joven se encontraba en París en aquellos momentos, donde la había llevado un inglés que la encontró en Sevilla.

La *Española*, como la llamaban, había adquirido gran fama, lo mismo en el bosque de Bolonia que en el teatro de la Opera.

El inglés gastaba con ella sumas fabulosas, y se decía que no había medio alguno de poderle desbancar en el corazón de aquella mujer.

Federico se empeñó en realizar lo que se consideraba irrealizable, y efectivamente, después del éxito que había obtenido en el desafío de que dejamos hecho mérito, la conquista de Matilde formó *pendant* con aquel otro suceso.

Esto le costó tener que habérselas con el hijo de la nebulosa Albión, que no se conformaba fácilmente con la pérdida de la *sandunguerra andalusa*, como él decía; pero por desgracia, la vieja Inglaterra tuvo que abatir el pabellón ante la habilidad hispana y cierta estocada que el marqués había aprendido de un maestro portugués, llegó en su ayuda para dejar tendido á su contrincante, el cual no sólo perdió la querida, sino que por muy poco las lía también para el otro mundo.

Resultado, que las dos aventuras metieron gran ruido, que como el escándalo pasa las fronteras con más facilidad que las buenas acciones, esto se supo en Madrid y es inútil decir cómo fué acogido el marqués cuando se presentó en el Casino y en los demás círculos formados por la *hig life* madrileña.

Matilde, preciso es convenir que le servía admirablemente en la obra que él estaba realizando.

La hermosa horizontal era agradecida á su manera.

Sabía que el marqués estaba haciendo poderosos sacrificios para sostenerla en las condiciones que ella pretendía, y ya que le ayudaba á derrochar su fortuna, quería ayudarle también á rehacerla.

No había un *gancho* más terrible en Madrid que Matilde, y bajo el pretexto de las reuniones íntimas que

en su casa tenían lugar, se jugaba de una manera escandalosa, y como es consiguiente, para una vez que, por el buen parecer, perdiera Federico, la mayoría salían, como vulgarmente se dice, con las manos en la cabeza, los desdichados que entraron allí atraídos por aquellas encantadoras sirenas.

Porque á Matilde, la Sevillana, se había unido poco después Concha, la Torera, y si una sola había causado tantos estragos, desde el momento en que fueron dos las tentadoras la cosa tuvo ya mayores proporciones.

Hubo algún gobernador que, puesto que de cartas se trataba, quiso tomárselas en el asunto, y esto produjo más de un disgusto y aun quizás alguna quiebra en aquella comandita del vicio, del interés y del descaro; pero aquel gobernador desapareció, vino otro más complaciente, y *Jorge*, á pesar de los tirones que le daban de la oreja, continuó dominando en el hotel del barrio de Salamanca.

Más tarde, llegó la tercera persona de aquella trinidad que hemos visto en el teatro Real, y Angeles, á quien llamaban la *marquesa*, fué á constituir nuevo atractivo en aquellos preciosos salones.

Concha la Torera, había sido presentada allí por Carlos.

Angeles lo fué por Paco Herrera.

Si la seducción puede tener tres encarnaciones distintas, éstas existían en las tres mujeres de que hablamos.

Las tres eran hermosas, según hemos dicho ya, las tres poseían encantos irresistibles y sin embargo, las tres eran completamente diferentes.

Matilde era la seducción audaz, descarada, uniendo á la belleza del cuerpo la cultura de la inteligencia.

Era razonada, calculadora, ardiente en el momento de la fascinación; fría y profundamente egoísta después que había conseguido el objeto que se proponía.

Concha era la seducción puramente sensual, descarada, sin forma púdica y sin atavío de inteligencia.

La *marquesa* era la antítesis de sus dos compañeras; si en el sensualismo puede existir algo ideal, indudablemente esto era la base del poder que aquella mujer tenía.

En la mirada de sus ojos había algo tan poderosamente fascinador, que no se sabía cómo definirlo; porque no era ni la ardiente llama de la sensualidad, ni el purísimo destello de la mirada de una virgen.

Y sin embargo aquella mirada encendía el deseo, aquella mirada fascinaba y enloquecía.

Sus esculturales formas no ostentaban esa exuberante expresión que caracteriza las de determinadas mujeres; ocultábalas con atavíos modestos, y sin embargo parecían más desnudas, más atrayentes, más incitantes que las de sus compañeras.

Una tinta de melancólica tristeza bañaba constantemente sus facciones, y aquella tinta que hubiera podido ser repulsiva para los que sólo ven en el rostro de una mujer el cristal donde se transparenta el placer que puede dar, en ella constituía otro nuevo encanto y otra atracción más dominadora.

De más talento que ninguna de sus compañeras, parca en el decir, acre en el censurar, sutil y acerada en la crítica, cortés y fina con todo el mundo, Angeles, sin

pretenderlo, era la que más brillaba, la que se buscaba más y respecto á la cual no solía propasarse ninguno de los que acudían á aquellas bulliciosas reuniones.

Tales eran las tres mujeres con quienes hemos de hacer un conocimiento más extenso en el decurso de nuestra obra.

CAPITULO LXIV

Terceto discorde

MATILDE y Concha estaban reunidas hacía ya rato

La segunda había ido á comer á casa de su amiga, diciéndola:

—Pues mira, chica, aquí me vengo á comer contigo, porque como ese grandísimo *perdío* de Carlos se ha empeñado en que tenga un *franchute* por cocinero, hija, que te aseguro que ya me tiene harta con sus guisos. Él no se quiere convencer de que yo soy muy española, y así me tienes que cada día le armo una escandalera, que si tuviera dos dedos de frente no la aguantaría. Conque ya lo sabes.

—Pues hija, comerás lo que haya.

—Por otra parte, como que según nuestros hombres, hemos de seguir haciendo el *paripé* á ese don Lila á quien fuimos á ver...

—No tan lila, querida Concha, que el mozo tiene más conchas que un galápago, ahí donde tú le ves.

—¡Quiá! si eso no es más ni menos que un vaso de horchata de chufas vestido con frac. ¡Mira tú que decir que eso es algo!...

—Y más que algo, Concha. Siempre tuviste poco pesquis y ahora lo estás demostrando, hija.

—Ya volvemos á la de siempre. Yo podré no tener maneras como vosotras, vamos al decir, mayormente las que habéis estado en París de Francia; pero yo sé muy bien dónde me aprieta el zapato, y lo que es á mí no me la da ninguno, ¿sabes?

—Pero si no es eso, mujer.

—Pues ¿qué es, entonces?

—Que te falta conocimiento de los hombres.

—¡Mira tú que decir que á mí me falta!... Pues si precisamente estoy conociéndolos desde que tuve uso de razón.

—Por eso que los conociste tan pronto has perdido ya sin duda la memoria,—contestó Matilde con una ironía cuyo verdadero sentido no pudo apreciar Concha.

—En fin, como tú quieras; pero el caso es que si Carlos sigue obligándome á que yo le haga el bú á ese lila y él continúa de la mismísima manera, vaya, chica, que no me conviene; que busque un mono que le divierta, porque lo que es la hija de mi madre no sirve para esos papeles.

—¿Pero no tienes el amor propio para aspirar á vencer al que se empeña en no ser vencido?

—¡Ay, chica! pues si yo sé que en cuanto miro á un hombre de cierta manera, ya lo tengo más blando que un guante, ¿cómo quieres tú que yo me empeñe en con-

seguir que un don Mantequilla como ese, se las eche de *menistro* y venga desdeñando lo que otros quisieran á manos besadas?

—Pues yo soy lo contrario: ahí tienes tú lo que son las cosas.

—Porque eres caprichosa.

—No, porque soy tenaz en mis empeños.

—¿Y qué vas ganando con esa tenacidad?

—En primer lugar, que el marqués necesita que yo le ayude.

—También Carlos me dice á mí lo mismo.

—Y tienes el deber de hacerlo lo mismo que yo.

—¿Quién? ¿yo? Vamos, hija, ¡que eso se lo cuenten á San Bruno!

—¿Quién te da todo lo que tienes y satisface todos tus antojos?

—¡Toma! pues Carlos.

—Pues entonces tienes el deber de servirle.

—¡Toma! para eso le doy mi cuerpo. Me parece que estoy dentro del contrato.

—Es decir, que tú no ves más que la parte material.

—Mira chica, á mí no me vengas con infundios, porque yo no entiendo de eso de material, ni de ideal, ni ninguna de esas palabrotas que vosotras usáis tanto. Carlos me cogió cuando aquel contratista *condenao* se quedó por puertas. Me convinieron sus tratos, yo le convine á él y Cristo con todos. Mientras él haga lo que debe, Concha jamás ha faltado á su palabra; pero por lo demás, vaya, chica, que se limpie, porque no lo he de hacer.

—Pues ya has empezado.

—Si ese *gili* no cederá.

—Pero deber nuestro es intentarlo y conseguirlo.

—Lo que te he dicho, chica: es un vaso de horchata metido en un frac y que á todo le hace ascos.

En aquel momento avisaron que la comida estaba servida y las dos mujeres pasaron al comedor.

A los postres entró Angeles.

—Llegas á tiempo,—la dijo Matilde,—tomarás café con nosotras.

—No por cierto; lo he tomado ya y no acostumbro á tomarlo más que una vez, ya lo sabéis.

—Yo no sé por qué á ésta le dices *náa*, — repuso Concha,—si parece que tiene á menos el tomar nada en nuestra casa.

—Acabas de decir una de las tuyas,—contestó Angeles con un acento armonioso y tranquilo;—si hubiese venido á comer habría comido y habría tomado café, pero he comido en mi casa.

—Ya sabes que para tí siempre hay un cubierto en mi mesa,—dijo Matilde.

—Lo mismo que en la mía le hay para vosotras.

—Pero el caso es, y de aquí saco yo la consecuencia de lo que digo siempre, que tú no vienes nunca á nuestra casa á tomar nada para que nosotras no vayamos á la tuya.

—Ya me has dicho eso mismo una porción de veces.

—Porque es verdad.

—Pues estás en un error.

—Yo sé que una vez estuve en tu casa y no fuiste para ofrecerme siquiera un palillo para los dientes.

—Si ya habías comido, ¿cómo querías que te ofreciese nada?

—Si al entrar en tu casa parece que se entra en un cementerio. Si *tóo* se te ha ido en la *facháa*. Muchos

muebles, muchas alfombras y estoy segura que en la cocina no tenías más que el puchero.

—Puede que sí.

—Mira tú, Concha,—exclamó Matilde,—aquí no hemos venido para hablar de lo que hace cada una.

—Déjala, mujer. Ya sabéis que siempre os he dicho que yo he entrado en este mundo por una puerta que no conocéis, lo cual constituye una felicidad para las dos. Tuve la desgracia de franquear el umbral, y aunque me veis que me río llevo la muerte en el alma. Esto durará lo que dure; pero os aseguro, y á tí especialmente, Concha, que ni tus sarcasmos, ni tus burlas conseguirán hacerme modificar en nada la marcha que tengo ya establecida.

—Pues mira, peor para tí.

—Lo sé.

—Cuando se tiene un barbián como Paco Herrera, que no desea más sino que le pidas para darte...

—Demasiado me ha dado ya.

—Pues poco se te conoce. *Mía* esa otra con lo que sale.

—Te digo que me ha dado mucho, más de lo que yo merecía.

—Pero vamos, á ver que te ha dado.

—La deshonra; ya ves si me ha dado más de lo que merecía, cuando él me conoció muy honrada.

—Mira, hija, en cuanto á eso de honradas todas lo éramos antes de haber caído.

—Sí, pero es que hay quien cae por necesidad, ó por gusto, ó por amor.

—Y tú no caiste así.

—No,—contestó secamente Angeles.

—Perdona, mujer, que no quería ofenderte. Pareces una reina *destronáa*.

—Lo que parezco es una mujer sin pudor.

—Sabes hija, que el estar contigo parece que es estar en un entierro. ¡Jesús qué mujer! Pues ni que te tuvieran aquí atada con cadenas.

—Quizás más fuertes que las vuestras son las que á mí me retienen.

—En fin,—dijo Matilde,—no hablemos más de ese asunto y que viva cada una como quiera ó como pueda. Pero el caso es que aquí estamos reunidas para algo y por algo.

—¡Ya se vé!—contestó Angeles,—han mandado nuestros verdugos y tienen que obedecer las víctimas.

—Oye, tú, que ni mi Carlos es verdugo, ni yo tengo traza de víctima, ¿lo entiendes? estoy aquí y hago lo que él quiere, vaya, porque es mi gusto; lo quieres más claro.

—Pero si Carlos no te lo hubiera dicho, no estarías para lo que estás.

—Como que á él le conviene que ese mozo suelte la lengua.

—Y no la soltará.

—¿Tú qué sabes?—dijo Matilde.

—No es, ese mozo, como vosotras decís, de los que hablan cuando una quiere que hablen.

—¡Jesús, qué gracia! Valiente defensora se ha echado contigo el barbián. ¡Ya se vé! como que ayer te echaba unas miradas que parecía que te quería comer.

—Ni más ni menos que las que á vosotras os dirigía.

—Eso no,—dijo Matilde,—tiene razón Concha.

—No sé porque digáis eso.

Y Angeles, á pesar de lo que decía, no pudo disimular cierta ligera emoción, producida por las palabras de Matilde.

—Y precisamente eso que yo advertí lo mismo que ésta,—prosiguió la querida del marqués,—es lo que me hace esperar que tú has de ser la que ha de conseguir de ese muchacho lo que apetece Federico.

—Estáis en un error, soy la menos á propósito de todas para conseguirlo. Se lo he dicho á Paco, y ya sabéis que cuando yo digo una cosa es que tengo la seguridad de ella.

—No, lo que es ésta si se empeña nada conseguiremos,—dijo Concha.

—No es que me empeñe, es que no sé hacer nada que á mi corazón le repugne.

—Pues hija, entonces, ¿para qué has venido?—dijo Concha.

—Por lo que antes dije y que tanto te escoció. Por lo que tú has venido y por lo que Matilde se encuentra en su casa esta noche.

—¿Por qué?

—Porque no somos otra cosa que esclavas que obedecemos al látigo que nos castiga.

—Escucha, Angeles,—dijo Matilde,—tú me conoces bien y sabes que yo rompo el látigo y tiro los pedazos al rostro del que intente pegarme.

—Sí, hija, sí; pero para caer después bajo otro látigo quizás más fuerte que el que has roto.

—¡Mira tú que á mí pegarme con un látigo!... Vaya, mujer, que no ha nacido todavía el barbián que á mí me toque.

—¡Ay, hija! demasiado que te están pegando sin que tú misma te des cuenta de ello. Desengañaos, que somos unas ramas podridas del árbol social, que tenemos una vida ficticia, hasta que nuestra savia completamente corrompida nos haga caer de ese árbol para ir á parar sabe Dios dónde. ¿Hay mayor esclavitud que la nuestra? ¿Qué es lo que tenemos? ¿qué cifra representamos en la sociedad? ¿dónde iremos á parar mañana? ¿á quién inspiramos interés? ¿qué es lo que vamos dejando á nuestro paso por el mundo? Contestadme á eso. La pobre más pobre es más feliz que nosotras; tiene un esposo que la quiere y unos hijos que la acarician y unos amigos que la respetan. ¿Qué tenemos nosotras? trajes, joyas, dinero mientras nos le dan, un querido que nos engaña ó á quien engañamos, y después el hospital. ¿Qué interés hemos inspirado? ¿qué afectos hemos creado? ¿qué consuelos hemos de esperar y qué esperanzas para mañana podemos concebir? Decidme si nuestra suerte es tan envidiable como vosotras suponéis.

Estas palabras, pronunciadas por Angeles con un acento vibrante de amargura, no dejaron de impresionar algún tanto á las dos mujeres, que permanecieron silenciosas algunos momentos.

CAPITULO LXV

Continuación del mismo asunto

VERDADERAMENTE que en el fondo, las palabras pronunciadas por Angeles, eran de una verdad abrumadora.

Concha, á pesar de lo rudo de su corteza, no pudo menos de decir:

—Pues mira, chica, tal vez no te falte razón, pero ya verás ¿y después de *too* que le vamos á hacer?

—Eso mismo iba yo á decir también, —añadió Matilde.—Ahora ya es tarde para desandar el camino y no hay más remedio que seguir adelante.

—Lo sé,—contestó Angeles,—y la prueba de ello es que yo también, con mi cruz á cuestas, como cada una de vosotras, no puedo ya detenerme.

—Pero oye, *marquesa*,—dijo Concha,—¿tú habías tenido algo que ver con algún otro *gachó* antes que con Paco?

—No,—se apresuró á decir Angeles.

—Pues entonces, ¿por qué si quieres pararte, no te paras? Un tropezón cualesquiera le tiene, y al fin y al cabo muchas que presumen de muy señoras y muy *honrúas* han tropezado más de una vez.

—¡Ay! hija, cada una se sabe sus cosas.

—Sí, pero tú te callas las tuyas y eso no está bien, mucho más cuando tú sabes *toas* las nuestras.

—Pero si yo no os oculto nada, nada más que aquello que refiriéndose al corazón, no puede ser de dominio público.

—Es que nosotras,—dijo Matilde,—no debemos tener corazón.

—Por mi parte,—añadió Concha,—no sé qué es eso. Una sola vez me parece que sentí algo aquí dentro, al ver un hombre que estaba maltratando á una pobre criatura, me fuí á él como una fiera y me llevaron á la prevención porque había puesto como un Ecce-homo á aquel hombre con estos cinco mandamientos.

Y Concha mostraba sus dedos finos y sonrosados como los de un niño.

—Desde entonces,—prosiguió,—hice juramento de que ya podían hacer todo cuanto quisieran á cualesquiera delante de mí, que no me tomaría afán de ninguna especie y me va muy bien así.

—De modo, ¿qué tú eres feliz desde entonces?

—¡Ya lo creo!

—Pues yo no puedo serlo, ni lo seré nunca.

—Porque no querrás.

—¡Puede!

—Pero el tiempo se va pasando,—dijo Matilde,—y todavía no nos hemos puesto de acuerdo respecto á lo que vamos á hacer cuando venga el muchacho.

—Por supuesto, que lo que es á mí no me la da. Yo creo que lo que es ese, nos va á dar un mico de *mistó.*

—Pues yo tengo la seguridad de que viene,—dijo Matilde.

—Allá lo veremos.

Una doncella que penetró en aquel momento en el lindo gabinete donde estaban las tres mujeres, hizo decir á Matilde:

—¿Qué hay?

—Si la señorita puede salir un momento.

—Voy en seguida. Con permiso.

Matilde salió del aposento, regresando al poco rato para reunirse con sus amigas.

—Conque, vamos á ver,—les dijo,—¿habéis pensado alguna cosa?

—Pero mujer, ¿qué quieres tú que pensemos mientras no tengamos aquí al *barbián* ese? Yo, á pesar de lo que decís, me estoy temiendo mucho que no va á venir.

—Y yo aseguro que vendrá,—dijo Angeles con un acento tal de seguridad, que Matilde no pudo menos de preguntarla:

—Díme tú, *marquesa*, ¿es que te ha dado á tí palabra de venir?

—Me parece que nos la dió á todas, y yo á pesar de lo que vosotras decís, he creído conocer á Alejandro mucho mejor que le conocéis.

—Pero vamos á ver, ¿ese *chavó* se llama Alejandro ó el *Pito?* Porque la verdad es que nuestros hombres nos están haciendo jugar un papel que... vaya, no es *pa* ningún *nacío.*

—Pues hija, no haberlo aceptado,—dijo Matilde.

—Ya verás tú, si todas hubiésemos estado en lo mis-

mo, pues desde luego que no lo hubiera hecho; porque lo que es yo no he pensado todavía en ser de la policía secreta, ¿estás tú?

—Pero con todo eso ¿qué me quieres decir?

—Pues eso mismo; que yo ni sé lo qué quiere Carlos, ni lo qué hemos de averiguar.

—Pues ni yo tampoco.

—¿Qué no lo sabes tú y el marqués ha sido quien lo *armao tóo?*... Vamos, hija, que te calles y no seas más infundiosa. Dí que no quieres decirlo y santas Pascuas.

—Mira, Concha,— repuso Angeles de aquel modo tranquilo y reposado con que hablaba siempre.—¿Tú quieres saber de lo qué se trata?

—¡Pues ya lo creo!

—¿Lo sabes acaso?—añadió Matilde.

—Sí.

—¿Te lo habrá dicho Paco?—añadió Concha, y volviéndose á Matilde prosiguió:—¿Lo estás tú viendo? pues así es como me gustan á mí los hombres, que no tengan secreto de ninguna especie para las hembras que se encuentran á su vera. Porque es lo que yo digo, si uno no tiene confianza con la mujer que le quiere, ¿pues con quién la va á tener? ¿Y qué es lo que te ha dicho Paco?

—Nada absolutamente.

—¡Cómo! ¿pues no has dicho que lo sabías todo?

—Sí.

—¿Y no te lo ha dicho Paco?

—No.

—Entonces...

—Lo he descubierto yo, y me parece que no se necesita gran talento para comprenderlo.

—¡Oh! pues entonces no pasará de ser una aprecia-

ción tuya,—dijo Matilde un tanto alarmada por lo que acababa de decir Angeles.

—Podrá ser, porque yo no tengo la pretensión de acertar en mis juicios; pero qué queréis que os diga, casi me atrevería á responder de la verdad de mi suposición.

—Chica, pues tú dirás.

—Sencillamente, lo que nuestros hombres pretenden no es más ni menos que un crimen.

Matilde no pudo menos de palidecer.

—Mira, Angeles, que eso que acabas de decir...

—Es terrible, ¿no es verdad? lo sé, y ya tú ves si hablo con tranquilidad; estoy firmemente persuadida de que se trata de un crimen y voy á ayudaros á cometerle.

—Vaya, eso no puede ser,—contestó Concha.

—Puede que no lo sea, y más vale que te lo creas así.

—Es que la hija de mi madre no sería cómplice á sabiendas, de ningún crimen. ¡Eso sí que no!

—Mira que tienes un modo de decir las cosas...—esclamó Matilde.

—¿Por qué dices eso?

—Mujer, porque calificas de crimen el servicio que de nosotras exigen...

—Aquellos á quienes ese mismo crimen interesa.

—Pero ¿por qué les interesa? eso es lo que yo digo, —exclamó Concha,—y ya que has empezado debes de concluir, *marquesa*; porque eso de decir las cosas únicamente por decirlas...

—Vamos á ver; si no les importara, y mucho, al marqués y á Carlos descubrir si ese hombre se llama José Corrales ó Alejandro, ¿creéis vosotras que nos obligarían á hacer estos papeles? Y para que tanto les interese

saber si ese chico ha sido depositario de unos papeles que debió entregarle el mayordomo del marqués del Pino, ¿no creéis que esos documentos debían encerrar algo que al marqués le escueza mucho?

—Pues mira, me parece á mí que tienes razón, *marquesa*. No había yo caído en ello.

—Pero ¿quién te ha dicho que todo eso sea verdad?

—¡Toma! si precisamente es la misión que tenemos la de hacer esas averiguaciones, nadie lo ha dicho, y sin embargo, las tres tenemos la misma consigna: apoderarnos de los sentidos de ese muchacho, sea por medio de la embriaguez del vino ó de la pasión, y hacerle cantar si estaba sirviendo en casa del marqués del Pino, si Juan le dijo algo respecto á unas niñas, si conoce á un cierto señor llamado D. Andrés del Cerro que es médico, y si aquel Juan le había confiado unos documentos que sustrajo al marqués; ya veis si esos datos no son de una fuerza abrumadora.

—Bien, sí; pero esos documentos pueden ser papeles de familia.

—Sí, podrían ser; pero ahí se habla de dos niñas, en cuyo suceso, por lo visto, debió tener parte ese mismo Juan, y algún temor le inspira eso al marqués cuando tanto interés se toma en averiguarlo.

—Si nos empeñamos en tomarlo todo de esa manera, dí tú entonces que hasta en la acción más sencilla encontraremos motivos de desconfianza.

—No lo creas.

—¡Vaya si lo creo!

—Pues lo que es á mí,—dijo Concha,—no me *paece* que ésta va tan *desencaminaa* como tú supones, porque

vamos, hija, que emplearla á una en estas cosas, á la fuerza *tie* que significar algo muy gordo.

—En fin, sea lo que quiera, ya nos hemos comprendido, y no hay más remedio que hacer lo que nos han mandado.

—¡Ya! ¿pero y si mañana nos encontramos con que la justicia?...

—Calla, mujer, que los que nos han metido en este ajo, ya verían de sacarnos de él.

—Sí, sí, *míate* tú, Matilde, *pa* que ellos nos sacaran. Fíate de la Virgen y no corras, y verás lo que te sucede.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—¡Mujer! que si una ha de exponerse...

—Ya es tarde, hija, para venir con escrúpulos. Por supuesto que nosotras si no podemos conseguir nada, ya tenemos ahí dentro dos individuos que se encargarán de hacer entrar en vereda á ese mozo.

—En fin, lo único que me consuela alguna cosa, es el que no vendrá á pesar de lo que ésta ha dicho.

—Vendrá,—repuso Angeles,—y ahora, después de haber oído lo que ésta ha dicho, podéis estar seguras de que sentiré doblemente el que venga.

—¿Y por qué?

—Porque yo no he servido todavía para cometer traiciones y felonías.

Iba á replicar Matilde, cuando en aquel momento apareció en la habitación la doncella á quien ya vimos poco antes, anunciando:

—El señor don Alejandro Martínez.

CAPITULO LXVI

Seducción inútil

No pudo menos de impresionar de un modo diferente á las tres mujeres el anuncio hecho por la doncella.

Angeles palideció de una manera intensa.

Matilde la miró recelosamente, y después dirigió sus ojos á Concha, que había exclamado en voz baja:

—Lo dicho; este hombre es un *gilí* por haber venido.

—Cuidado, compañeras,—dijo Matilde rápidamente y en voz baja,—ya sabéis el compromiso que tenemos.

—Yo creí que era nuestro esfuerzo solamente el que había de jugar.

—Aquí se han de emplear todos los recursos, hija.

—Pero es una infamia.

—Calla.

En este momento apareció Alejandro en la puerta de la estancia.

Las miradas de las tres amigas se fijaron en él.

Y cada una de aquellas miradas tenía una expresión distinta.

En la de Concha brillaba una especie de cólera, unida á la compasión, que no dejó de chocar al joven que se había acostumbrado á observar y á sacar partido de lo que observaba.

La de Angeles, parecía ordenarle, pero de un modo muy elocuente, que se apresurase á salir de allí.

La de Matilde, por el contrario, era dulcísima, sonriente, acariciadora.

Allí estaba el verdadero peligro.

Así lo comprendió Alejandro.

Adelantóse sonriendo hacia Matilde, estrechó afectuosamente entre las suyas la mano que la joven le tendía, y dijo:

—Ya ve usted si he tenido palabra.

—Ya lo esperaba de usted.

—¿Qué es eso, Concha?—dijo Alejandro tendiendo su mano á la Torera,—¿No quiere usted saludarme?

—Como que por mi parte no le esperaba...

—¡Hola!

—Yo soy así; lo que siento, pues, lo digo, y á quien no le guste que lo deje.

—¿Y por qué creía usted que no vendría?

—Pues hijo, ¿usted *quié* que se lo diga? pues se lo diré, sí, señor; mayormente cuando ya está usted aquí. Si nosotras somos fuego y usted parece un sorbete, ¿cómo quiere usted que yo comprendiera que había de venir, cuando su sitio de usted, pongo por caso, es el Guadarrama, no esta habitación.

—Mala opinión tiene usted formada de mí. ¿Y usted,

Angeles?—prosiguió Martínez dirigiéndose á la tercera de aquel triunvirato.

—Yo, siempre dije que vendría usted.

—¿Es decir que usted ha sido la única que me ha hecho justicia?

—Como que sí,—contestó Matilde.—En la *marquesa* tiene usted una defensora decidida.

—Agradezco muchísimo el buen concepto en que me tiene; pero á la verdad, no creo que mi humilde persona merezca que tres mujeres tan encantadoras y que tan empleadas se encuentran según mis noticias, se ocupen de mí del modo que ustedes lo hacen.

—Eso le demostrará á usted que vale más de lo que cree.

—No lo creo, que ustedes me distinguen más de lo que yo merezco.

—Es que aquí, como ya le he dicho, hay un empeño formal entre nosotras.

—Deber ante el cual me rindo.

—Justamente,—repuso Matilde,—es un capricho de mujer, y más que todo, de mujer de nuestra condición. Estamos acostumbradas á que la mayoría de los hombres nos persigan, y cuando encontramos una especie de ave fénix como usted, formamos empeño de perseguirle hasta hacerle caer.

—Pues ya me tienen ustedes aquí caído por completo.

—¿Ante quien?

—Ante las tres, porque siendo de las tres el empeño, debe usted comprender, que sería en mí poco galante ofender á las otras dos, por declararme rendido ante una sola.

—Oye, barbián,—dijo de pronto Concha, poniendo una mano sobre el hombro de Alejandro,—¿qué tal te parezco?

—Hermosísima.

—Eso ya me lo han dicho muchos.

—Pues considera que yo soy uno más que te lo dice,—contestó Alejandro, siguiendo la conversación en el mismo terreno en que la Torera acababa de ponerla.

—¿Y tú serás capaz de quererme un poco?

—No, un mucho; porque á pesar de que me juzgues un témpano de hielo, también el hielo se derrite al calor de unos ojos como los tuyos.

—Lo que tú tienes me *paece* á mí, es mucha lengua, y si te has propuesto tomarme á mí el pelo, mira tú que conmigo no se queda nadie. Si tú me quieres, es menester que seas *pa* mí sola, ¿estás tú? y que no me tengas secretos de ninguna clase, y que yo sepa dónde vas, y qué haces y quién eres.

—¿Y nada más?—preguntó Alejandro con acento ligeramente irónico.

—Y cuanto ganas ó cuanto tienes, porque te prevengo, hijo, que yo soy muy cara.

—Como bueno y barato sería una verdadera ganga, y el tiempo de ellas ha pasado ya.

—Pero ¡válgame Dios! hijo, y que retepillo que eres. ¿Crees tú que yo no lo conozco?

—Pues si me conoces, deberás comprender que si sigues mirándome de esa manera, voy á chiflarme por completo, y no es justo también que por tí me olvide de estas otras, que las pobres también algo tendrán que decirme. ¿No es verdad, niñas?

Y Alejandro se volvió hacia Matilde y Angeles, que habían cambiado algunas palabras en voz baja.

—Lo que es nosotras,—dijo Angeles,—puede usted estar seguro que no hemos de sentir celos porque Concha obtenga la preferencia.

—Tú hablarás por tí, *marquesa*,—dijo Matilde,—porque yo fuí la primera ofendida la otra noche, y me parece que tengo derecho para luchar.

—Es que no hay lucha posible con quien se rinde á discreción.

—Es que yo tengo las mismas exigencias que tiene Concha. Es que yo quiero que sea exclusivamente mío el hombre en quien me fijo, y como que tú me has despreciado, es menester que me desagravíes.

—Queriéndote, ¿no es así?

—Desde luego.

—Pero entonces ¿y el marqués?

—¿Y á tí qué te importa el marqués?

—No; pero te importa á tí, porque yo presumo que no han de agradarle semejantes comanditas.

—Pues si no le agradan peor para él.

—No, peor para tí, vuelvo á repetirte, porque yo no soy rico ni mucho menos, y no podría sostenerte del modo que te sostiene el marqués.

—Es que yo sé perfectamente que tú tienes medios para hacer que el marqués te dé todo lo que tú quieras.

—¡Yo!

Y Alejandro se puso inmediatamente en guardia, porque empezó á ver algo del juego de aquellas mujeres.

Concha se aproximó á Alejandro y le dijo envol-

viéndole en una de aquellas miradas cargadas de sensualidad, cuyo secreto parecía poseer su ardiente naturaleza.

—Sí, hombre, sí; no seas tonto, porque aquí sabemos que una palabra que tú pronunciaras, bastaría para que el marqués te diera algunos de los millones que posee.

—Como que tú tienes unos documentos que te entregó Juan,—añadió Matilde,—y vamos que con esos papeles puedes tú llegar á donde quieras.

—Lo que yo quisiera,—repuso Alejandro, estrechando la mano que Matilde se guardó muy bien de retirar, —lo que yo quisiera, repito, sería poder llegar hasta el fondo de ese pecho.

—¡Pues si ya has llegado, hombre, si ya has llegado! ¿no lo estás comprendiendo?

—Es que me estáis poniendo en un compromiso, del cual francamente no sé cómo salir, porque si amo á la una, forzosamente ha de quedar desairada la otra.

—Y lo que es yo por mi parte, que no te dejo, hijo. ¡Vaya! porque me has hecho tú mucho de aquel, y tengo yo aquí en mi corazón un lugar para tí.

—Y después, Carlos me dará una estocada por haber pretendido entrar donde no me llamaban.

—Pues ese es el caso, ¡mira tú qué Dios! que yo te estoy llamando, y él no tendrá más remedio que callarse, pues, por aquello de que tú sabes, lo de las niñas...

—¡Lo de las niñas!—exclamó Alejandro, que á pesar de todo su dominio no pudo menos de inmutarse.

—Sí, hombre; lo de las niñas que desaparecieron y...

—De las niñas de tus ojos si que quisiera yo saber algo, porque esas son las que me encantan.

Alejandro había tenido tiempo de reponerse, y volvía de nuevo á sus galanterías que á nada absolutamente le comprometían.

CAPITULO LXVII

De grado ó por fuerza

Comprendía demasiado Matilde, lo que estaba pasando en el corazón de Alejandro.

Le veía que no perdía un solo momento de aplomo, y comenzaba á comprender que lo que es por aquellos medios nada iban á conseguir.

Por otra parte, Concha lo mismo que Angeles, eran dos auxiliares perjudiciales.

El marqués, que era quien había dirigido toda aquella intriga, había padecido una lamentable equivocación.

Quiso emplear las tres seducciones reunidas, y no tuvo en cuenta que tres fuerzas de aquella magnitud, tenían que contrabalancearse, y por lo tanto ninguna de ellas podría obtener el triunfo.

Llamábale la atención el obstinado silencio que guardaba Angeles, y dijo, padeciendo también en esto una equivocación no menos lamentable que la del marqués.

—Pero Angeles, ¿es que no quieres tomar parte en nuestra lucha?

—Yo no me peleo si no cuando tengo probabilidad de triunfo.

—¿Luego te declaras vencida?

—¡Ya lo creo! ¿cómo queréis que combata con vosotras? ni tengo encantos para ello, ni voluntad tampoco para luchar.

—¿Eso es decir que juzga el premio poco digno de usted?

—Podrá ser.

—¡Gracias!

—Lo digo como lo siento,—contestó la joven con sequedad.

—No la hagas caso,—dijo Matilde aproximándose al piano y óbligando á Alejandro á que la siguiera.

Concha, se colgó de su brazo y le dijo arrimando su rostro al del joven y abrasándole con su aliento:

—Esa *marquesa* es una *desaboría* que no sirve para nada.

—En cambio tú eres...

—Lo que tú quieras que sea para tí, barbián, porque te aseguro que estoy *chalaita* por tí, vamos, ¿lo quieres más claro?

—No, hija, ni tanto, porque no quiero privarte del bienestar de que disfrutas. Ya te he dicho que yo soy pobre.

—Porque tú quieres serlo.

—No, porque lo soy de veras.

—Pero ven aquí, tonto, más que tonto; si tú le puedes sacar, lo mismo al marqués que á ese otro que está *liao* conmigo, hasta la cerilla de los oídos, hombre.

—No lo veo yo así.

—Si en cuanto tú digas una palabra sobre eso de las niñas, pues boca abajo todo el mundo. Pide entonces cuanto quieras y todo te lo dan; si eso lo sé yo y ésta también. ¿Pues qué te crees tú que es lo que nos ha movido á nosotras á traerte aquí? pues el que sabemos lo que tú vales, y todo lo que tú puedes, y en fin, que es menester que te decidas por una de las dos ó de las tres.

—¡Pero oye, pollo,—dijo Matilde dejando de tocar el piano,—¿crees tú que estoy tocando aquí para que tú no me hagas caso?

—Pero si ésta no me deja.

—¿Sabes lo que podías hacer, Matilde?—dijo Concha.

—¿Qué?

—Pues que nos sirvan algunos dulces ó cualquiera otra cosa que se pegue al riñón, ¿entiendes? porque ya va siendo tarde.

—No digas más, que voy á servirte á medida de tu gusto.

Y Matilde abandonó la habitación.

—¡Oye tú, *marquesa,*—dijo Concha dirigiéndose á Angeles.—¿Es que te han dado cañazo? Porque mira que estás sin decir una palabra.

—Harto decís vosotras. ¿Qué falta os hago yo?

—Perdona, hija. Mira que estás esta noche que no hay quien te hable.

—Sentiría ser yo la causa de ese silencio,—dijo Alejandro mirando con interés á la joven.

—¡Usted! ¿Y por qué había de ser la causa de mi mal humor?

—¡Qué sé yo! Como por lo visto no tiene usted siempre el mismo carácter...

—Siempre, caballero. El carácter no se puede cambiar y el mío menos tal vez que otros.

—¿De modo que usted?...

—Siempre estoy seria y gusto poco así de gastar bromas, caso de que las gasten conmigo.

—Agradezco la advertencia.

—¡Jesús! hija, pareces un puerco espín.

—En cambio tú...

Y Alejandro apretó contra su pecho el brazo de Concha que se apoyaba en el suyo.

—Vamos, acaba hombre, acaba y no te quedes siempre á la mitad del camino.

—Ya te he dicho la razón.

—Y yo te digo que no tengas ningún temor. Pepe Corrales siempre será el dueño del marqués del Pino y de Carlos.

—Conque Pepe Corrales ¿eh?

—O el *Pito*, como tú quieres mejor llamarle.

—Vamos, vamos al comedor,—dijo Matilde entrando de nuevo en la estancia.

—¿Está todo dispuesto?—preguntó Concha.

—Ahora lo verás. ¿Vienes, Angeles?

—¡Cá! deja tú á esa que esta noche está de mala data.

—¿Y cuándo no es Pascua? Anda, anda, vente al comedor y beberás una copa á ver si te alegras.

—Imposible,—repuso fríamente Angeles,—ya sabéis que yo no bebo nunca.

—Pues no sabes lo que es bueno, ¿no es verdad, barbián?

—Siempre y cuando que tú bebas conmigo...

—¿Sabes, Alejandro,—dijo Matilde,—que no te portas muy bien que digamos con la persona que te ha invitado á su casa y que en primer término es la que tiene derecho á tus atenciones y... á tu amor si es que al fin te resuelves á concederlo á alguna de nosotras?

—Pero vamos á ver, hija, si la verdad es que me habéis puesto en un compromiso de todos los diablos. Si cuanto más os miro me gustáis más, y como que no puedo partirme en dos, no sé por cuál decidirme sin que se ofendan las restantes.

—Lo que es yo no te suelto, *gachó.*—dijo Concha.

—Ni yo renuncio á tí, buen mozo,—añadió Matilde cogiéndose del otro brazo de Alejandro.

—¡Bravo!—exclamó éste alegremente.—Hé aquí que estamos representando el paso del Prendimiento que sale en las procesiones de Semana Santa en mi país.

—Eso es; un mozo bueno entre dos buenas mozas.

—O bien un demonio entre dos ángeles,—añadió Matilde.

—O un ángel entre dos demonios,—repuso la *marquesa* con incisivo acento.

—Gracias, hija,—repuso Matilde disimulando á duras penas su despecho.

—La envidia la hace hablar así,—dijo en voz baja Alejandro dirigiéndose á Concha.

—Pues que rabie. Yo no te suelto, cariño.

—Ni yo tampoco,—añadió Matilde.

—Y el caso es que tú has de decidirte; pero muy pronto.

—En la mesa resolveremos.

—Eso, barbián, con la copa en la mano. ¡Bendito seas! porque has conseguido chiflarme por completo. Vaya, hombre, que si me hubiera dicho cualesquiera que yo había de verme tan *chalaita* como estoy por tí... ¡Ea! que no lo hubiera creído.

—Tú escúchame y no le hagas caso á esa,—decía á su vez Matilde envolviendo en una mirada de fuego á Alejandro, que realmente estaba haciendo heróicos esfuerzos para no dejarse arrastrar por aquella pendiente de seducción por la que le empujaban las dos mujeres. —Yo te quiero más que te ha querido mujer alguna en el mundo. ¿Tú sabes lo que es mi amor, prenda? Mira tú que le buscan los más ricos, los más nobles, los más apuestos señores de la corte y, sin embargo, yo creo que no quiero más que á tí.

Verdaderamente que la situación en que Alejandro se encontraba, era muy crítica.

Era hombre al fin, y aquellas dos mujeres que le solicitaban eran hermosísimas.

Por más que él comprendía lo que significaban aquellas solicitaciones, por más que ellas mismas se hubieran descubierto demasiado con las frases que pronunciaron aludiendo á los secretos que el joven poseía en su condición de José Corrales, lo cierto era que el deseo comenzaba á dominarle y era muy fácil que lo que se habían propuesto sus enemigos se realizara.

Es decir, que fuera vencido.

Que quedara á merced de aquellas mujeres que ya sabían sacar partido, especialmente Matilde, de su triunfo.

Concha, todo sensualismo, todo materia, excitándose

por efecto de la misma situación, no pensaba más que en satisfacer su grosero instinto.

Estaba jugando con el fuego y finalmente el fuego había llegado á abrasarla.

Pero Matilde era distinta.

Ni la pasión la cegaba, ni la violencia de la situación la hacía perder de vista el verdadero objetivo donde se dirigía.

Así era que de cuando en cuando y entre una mirada incendiaria y su roce voluptuoso dejaba escapar alguna frase que Alejandro negaba ya más débilmente, porque la doble embriaguez del vino y de la pasión se iba apoderando de él.

Angeles se había sentado en frente de Alejandro.

Y su mirada fija en él, parecía advertirle el peligro que corría.

Matilde la había dicho más de una vez:

—¿Pero es que tú no quieres hablar?

—¿Para qué?—respondía con su eterna tranquilidad. —Ya lo hacéis vosotras por mí. Y por cierto que estáis haciéndolo á las mil maravillas.

—Es que yo también te amo,—dijo Alejandro cuya imaginación comenzaba á oscurecerse.

—Lo siento,—repuso friamente Angeles,—porque yo no le correspondo. Si yo pudiera amar á algún hombre...

—¿Qué?—dijo el joven pasándose repetidas veces las manos por la frente como si tratara de desvanecer el velo que parecía oscurecer su inteligencia.

—Sería únicamente á Pepe Corrales.

—Y si... y si ese Pepe... fuera...

Y precisamente en el momento en que iba á pronun-

ciar la palabra sacramental, un violento golpe que recibió en la pierna por debajo de la mesa le hizo lanzar una exclamación, al mismo tiempo que fijando sus ojos en los de Angeles, vió algo en la mirada de ésta que le hizo estremecer.

CAPITULO LXVIII

Final de la orgía

Tanto Concha como Matilde, engañadas por las frases tan oportunamente pronunciadas por Angeles, no pudieron menos de reconocer la habilidad con que ésta había obrado.

Y comprendiendo Matilde especialmente que en el estado de embriaguez á que había llegado el joven, únicamente se necesitaba un pequeño esfuerzo para que la confesión brotara inmediatamente, al oirle las palabras que acababa de decir con balbuciente acento, tenían fija su atención en él, y no pudieron darse cuenta, por lo tanto, del extraño juego que había empezado bajo la mesa, para concluir en la mirada cambiada entre la *marquesa* y el joven.

—Bebe y acaba,—le dijo Matilde ofreciéndole una copa para animarle á continuar su revelación.—¡Ea! ya lo has oído, no puede querer más que á Pepe Corrales.

—Y como que tú no lo eres...—dijo friamente Angeles.

—Sí que lo es,—añadió Concha.—Y por mi parte, ya lo sabéis, barbianas, no dejo que nadie me lo quite. Anda, bebe, rico; que ya sabes que yo te quiero.

Pero Pepe rechazó violentamente las copas que le ofrecían, y recobrando algo de energía, exclamó poniéndose de pié:

—Pero vamos á ver, prendas, ¿qué es lo que vosotras os habéis propuesto conmigo?

—¡Vaya una gracia! ¡pues sin duda que no lo sabes! Vaya, ven aquí, tonto. Que no te separas de mi *lao*.

Y Concha cogió una mano del joven, tratando de hacerle sentar de nuevo.

—¡Pero válgame Dios, chiquillas!—repuso Alejandro deshaciéndose de aquélla;—¿qué os habéis creído vosotras que soy yo?

—Un hombre por quien las tres estamos *penaitas*, ¿lo entiendes tú?—dijo Matilde.

—¿Y nada más?—dijo el joven empapando una servilleta en una copa de agua y refrescándose con ella las sienes.

—Pero ¿qué haces?—le dijo Concha.

—Me habéis dado á beber fuego, y yo no quiero abrasarme.

—¡Jesús qué gracia!—dijo Matilde.

—¿Pues hay *naa* mejor que abrasarse uno entre el amor y el vino?

—Siéntate aquí, chiquillo, y á beber,—dijo Matilde.

Y á su vez, trató de coger el brazo de Alejandro, para obligarle á que se sentara de nuevo.

—¡Que no quiero sentarme ya!—exclamó el joven,

que á pesar suyo advertía que el mareo se apoderaba de él, teniendo necesidad de apoyarse en la silla en que poco antes estuviera sentado.

—Pero ¿por qué?

—Porque me habéis engañado,—dijo el joven con voz firme mirando á Angeles, que con su mirada parecía estarle animando.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Matilde frunciendo el entrecejo y levantándose á su vez de la silla en que estaba sentada.

—Esto quiere decir,—contestó el joven,—que la broma que empezó en el teatro Real, se ha concluido aquí. Ni yo soy lo que vosotras habéis creído, ni vosotras, á pesar de vuestros encantos, sois las mujeres que me agradan.

—Pero ¿qué estás hablando, grandísimo *piyo?*—dijo Concha levantándose á su vez y aproximándose con ademán amenazador al joven.—¿Oyes tú lo que nos dice, *marquesa?*

—Vosotras tenéis la culpa; le habéis emborrachado, y obra como borracho.

—Pero...

—No digas que nosotras le hemos emborrachado.

—Pues diré otra cosa.

—¿Qué?—preguntó Alejandro vivamente.

—Que ha sido usted un necio viniendo aquí, si tenía algún secreto que guardar.

Alejandro volvió á pasarse la mano por la frente, porque sentía que una extraña somnolencia pretendía cerrar sus párpados.

—¡Esto es infame!—dijo el joven con inseguro acento; —el vino que me habéis dado estaba preparado sin duda.

—Vaya, hijo, vete á dormirla, que buena la has *cojío.*

—Eso es lo que pienso hacer, pero antes quiero deciros una cosa.

—¿Qué has de decir tú, si ya no puedes con tu alma?

—¡Déjale que hable, mujer, déjale que hable!—dijo Matilde.

—Esa señora.—dijo Alejandro pronunciando trabajosamente las palabras,—ha dicho muy bien. He sido un necio, sabiendo el lazo que me tendiais, en haberme dejado coger en él. Sin embargo, ya podéis decirle al marqués del Pino y á Carlos y á todos los que quieran saber quién soy, que vengan ellos á preguntármelo, que vosotras, vamos, vosotras sois muy poco para hacerme á mí hablar.

—¿Habrase visto *perdío* como él? Vamos, chica; éste quiere que le enseñemos á tener educación.

—Ya me habéis enseñado bastante, prendas; pero conmigo tenéis perdido el pleito, porque os conozco muy bien. ¡Ea! acabad de pasar la noche como queráis, que yo no soy el que os habiais creído.

Y Alejandro dió algunos pasos hacia la puerta del comedor.

Matilde había palidecido de cólera.

Comprendió desde luego que todo su trabajo había resultado inútil y que aquel hombre se iba á escapar.

Angeles seguía mirando aquella escena, dominando á duras penas el interés que la producía.

Concha, vehemente en sus afectos, desde el momento en que la pasión había desaparecido, de buena gana hubiera arañado al hombre que acababa de burlarla.

Así fué, que dió algunos pasos para interponerse entre Alejandro y la puerta de salida, diciendo:

—Como que te creerás tú que vas á salirte así sin más ni más; no tendrías tú la culpa, sino nosotras, si te dejásemos salir.

—Vaya, apártate de ahí; porque ya te he dicho que es inútil cuanto intentéis. Si yo tuviera algún secreto que guardar, vamos, que no seriais vosotras las que me lo arrancaseis.

—Pero chica,—dijo Concha dirigiéndose á Matilde,—¿es que vamos á dejarnos burlar por este pelele?

—Déjale que se marche,—contestó Matilde.

—Pero...

—¡Que le dejes, te digo! A estos pájaros se les doma de otra manera.

—Te equivocas,—dijo Alejandro apoyándose en el quicio de la puerta para no caer;—los pájaros como yo, no se doman de ningún modo.

—Lo veremos.

—Pero si *paece* que nos está insultando.

—No que lo parece, sino que es verdad,—dijo Alejandro sin comprender las señas que estaba haciéndole Angeles para que callara.

—Vaya,—repuso Matilde;—á tí será necesario que te acompañen hasta la puerta.

—No, que ya saldré yo por mi pié.

—Si no puedes dar un paso, si estás más *alpistao* que quieres,—añadió Concha.

—Por eso necesita quien le ayude á andar,—repuso Matilde.

Y acercándose á otra puerta que había en el comedor, dijo:

—Ya pueden ustedes ayudar á ese hombre.

—¡Que no necesito ayuda!—volvió á decir Alejandro echándose fuera del comedor.

Pero en aquel momento, los dos hombres de quienes antes que llegara Alejandro habían hablado Concha y Matilde, se precipitaron sobre él, y tan inesperada fué la acometida, que Alejandro no pudo resistirla y en breve espacio quedó sujeto.

—¡Oh! ¡eso es una infamia!—exclamó Angeles alzándose de su asiento y dando un paso hacia la puerta con el propósito sin duda de auxiliar á Alejandro.

Pero Matilde se volvió hacia ella y la dijo:

—¿Dónde vas?

—Nosotras hemos venido aquí para averiguar algo de ese hombre, pero no para cometer una villanía como esa.

—Vaya, chica; no lo tomes tan fuerte,—la dijo Concha.—Me *paece* que tú te vas interesando mucho por ese *gachó*.

—Yo me intereso porque no se cometa un crimen.

—Tú, tienes que obedecer, como nosotras, las órdenes que se nos dan.

—¿Y si no quiero obedecerlas?

—Haberlo dicho antes.

—Pero lo digo ahora y protesto de lo que habéis hecho.

—Pues ya puedes protestar todo lo que quieras, porque yo estoy en mi casa y aquí no manda nadie más que yo.

Angeles no pudo menos de morderse los labios.

Por un momento pensó en alejarse de allí y salir de aquella casa para ir á dar parte á la autoridad de lo que acababa de presenciar.

Pero hubo una reflexión que la contuvo, y volvió á sentarse mientras Matilde decía á los que tenían sujeto á Alejandro:

—Pueden ustedes llevarle á esa habitación.

A pesar de la resistencia opuesta por el joven, sin gran esfuerzo consiguieron los dos individuos arrastrar consigo á Alejandro.

Los vapores del vino y mucho más los efectos del narcótico que Matilde había mezclado en él, concluyeron por inutilizar todos sus esfuerzos.

Momentos después, Matilde decía á uno de aquellos hombres:

—Ya sabe usted donde está el marqués; váyase á avisarle y dígale lo que ha ocurrido.

Salió el enviado y Matilde volvió á reunirse con sus compañeras, diciendo:

—Ahora vamos á esperar á ver lo que resuelven nuestros hombres.

CAPITULO LXIX

La protesta de Angeles

LAS tres mujeres abandonaron el comedor, dirigiéndose de nuevo al lindísimo salón donde habían recibido á Alejandro.

—Vaya, que no me quedaba otra que ver,—dijo Concha,—vaya un mozo testarudo.

—El se lo ha querido.

—No, lo habéis querido vosotras.

—Y dale si estás pesada con que hemos sido nosotras. ¿A tí que te ha dicho Paco Herrera?

—Si me hubiese dicho que á ese extremo habían de llegar las cosas, ten por cierto que á pesar de lo muy bajo que he caído, no habría accedido.

—¿Pero al fin y al cabo qué es lo que ha pasado?—dijo Concha.—¿Por qué te vienes haciendo la melin-

drosa ahora, si al fin y al cabo estás tan *manchaa* como lo estamos *toas*?

—Una cosa son las manchas del cuerpo, y otra las de la conciencia.

—Pero cualquiera se creería, oyéndote hablar, que aquí había pasado una cosa muy grande.

—¿Os parece poco?

—¡Ya lo creo!

—Déjala á esa que diga lo que quiera; si al fin y al cabo no ha de ser ni la suya ni la nuestra.

—Estás en un error, porque sobre mi conciencia, ni Paco ni nadie tiene derecho alguno.

—El que te paga, derecho tiene para mandarte.

—Estás en un error.

—Sí, sí; pues entonces anda y dile á tu hombre que no quieres hacer lo que él te dice, y tú verás.

—No veré nada, porque si sigo en esta vida, es... porque así lo quiere la suerte; pero Paco no tiene sobre mí derecho alguno.

—Pues siendo así, y teniendo tú puntos tan delicados no sé cómo te empeñas en alternar con nosotras.

—Si yo no me empeño.

—Vaya, chica; el demonio que te entienda. Hablemos de otra cosa. ¿Y qué es lo que vais á hacer de ese mozo?

—Ya veremos lo qué dice el marqués.

—¿Le has enviado aviso?

—Sí.

—*Pus* me *paece* que si se propone hacerle hablar, lo que es á ese no hay un Dios que le saque una palabra del cuerpo.

—Lo que es nosotras, de seguro que no.

—Ya os lo dije,—repuso Angeles.

—¿Pero es que tú habías hablado ya con él?

Y la recelosa mirada de Concha se fijó en el semblante de Angeles.

—Yo, no; ¿para qué le había de hablar?

—Como dices con tanta seguridad...

—Porque conozco más á las personas que vosotras.

—Ya se ve con tu *esperencia*. Pero vaya si eres presumida, mujer.

—Hasta ahora, cuanto os he dicho, todo ha salido.

—Menos lo que no.

—Os dije que vendría, y ha venido.

—Es que lo había ofrecido ya.

—Pero tú eras la primera que dudabas que lo cumpliera.

—Después de lo que había pasado en el teatro...

—Pues eso mismo debía demostrarnos que el hombre tiene carácter, y confianza en sí mismo.

—Pues mira tú de qué le ha servido esa confianza.

—Naturalmente; donde hay traición, precisamente esa misma confianza es quien la favorece.

—Pero...

—Pero ¿á qué hablar tanto de lo que ya pertenece á la historia?—dijo Matilde.—Toda nuestra responsabilidad cesa desde el momento que venga el marqués.

—Siento decirte que no piensas bien. Nuestra responsabilidad sigue siendo la misma, porque precisamente nosotras hemos sido las que entregamos á ese pobre muchacho atado de piés y de manos...

—Pero también si ese hombre posee algún secreto que pueda perjudicar á nuestros hombres, deber nuestro es ayudarles á que lo descubran.

—¿Y si ese secreto fuera un crimen?

—Vaya, no tanto, mujer.

—De ese mismo crimen todas nos habríamos hecho cómplices, desde el momento en que habíamos contribuido para la perpetración de otro.

—Y dale si estás pesada con tus crímenes; pues allá se las compongan unos y otros.

—Eso digo yo.

Iba á contestar Matilde, cuando en aquel momento penetraron en la estancia el marqués y Carlos.

Los dos estaban esperando al final de la calle de Serrano á que se les avisara lo que había pasado en aquella casa.

Al verles, dijo Matilde:

—Vaya, ya tienen ustedes el pájaro en la jaula.

—Pero vamos á ver, ¿qué ha pasado? porque según me ha dicho ese, ha sido necesario trincarle.

—Naturalmente; como que no habíamos podido rendirle de otra manera, ha sido necesario recurrir á los medios extremos.

—Es decir, realizar la infamia por completo,—dijo Angeles.

—¡Hola! ya salió la *marquesa* con alguna de las suyas,—dijo Carlos.

—No hubieran ustedes procedido mal, y no tendría yo que hablar así.

—Si tú nos hubieras dicho que para hacer una cosa debíamos haberte pedido tu parecer...

—En ese caso, estén ustedes seguros que no habría pasado esto.

—Pero en fin, ¿qué es lo que ha pasado? sepamos,—dijo Federico.

—¡Toma! que no ha querido picar el anzuelo. Como

ésta dice muy bien, es un pez que tiene mucha escama.

—Ya se ve que sí,—repuso Matilde.—¿Quién podía sospechar que de ese modo procediera?

—En fin, ahora ya está en nuestro poder y hablará.

—O no hablará,—contestó Angeles.

—Eso ya lo veremos,—dijo Carlos.

—Otros con más agallas que él no han tenido más remedio que hablar. Según los medios que se empleen, así dan el resultado.

—Ahí tenéis lo que os dije antes.

Y Angeles, al decir estas palabras, se dirigió á Concha y á Matilde.

—¿Y qué fué lo que dijiste antes, prenda?

—Que todas nosotras nos íbamos á ver envueltas en el crimen. Felizmente, yo no he sido más que espectadora...

—¿Pero de qué crimen se trata?

—Del que ustedes pretenden cometer y para el cual se han valido de éstas.

—Lo mismo que de tí.

—Mentira; yo he venido aquí engañada y tengo la seguridad de que Paco, si hubiese sabido de lo que se trataba, no consintiera en que yo viniese aquí.

—Vaya, no vengas ahora con tantos remilgos. Que lo mismo Paco que tú ya sabiais que no se trataba de ninguna obra meritoria.

—Sí, pues como Paco es tan bueno,—añadió Carlos.

—Quizás de sus maldades, es muy posible que no sea él solo el responsable.

—¿Qué quieres decir?

—Como yo no acostumbro á ocultar la verdad y siempre he dicho lo que he sentido, Paco, les debe á us-

tedes en gran parte, la situación en que se encuentra y la situación en que yo me hallo.

—¿Pero vosotros le hacéis caso á esa?—exclamó Concha.

—De lo que esa tiene ganas es de que Paco le pegue una patada y se la quite de delante.

—Eso es muy fácil de decir,—repuso Angeles palideciendo.

—Y lo mismo de ejecutar,—contestó Carlos;—pues si yo tuviese una mujer como tú, vaya, hombre, que ya sé yo dónde estarías á estas horas.

—Pues mira, hijo,—repuso Concha dirigiéndose á Carlos,—procura no hacerme muchas, porque puede que yo fuera peor que esta.

—¡Ea!—dijo el marqués;—pongamos término á estas cuestiones y vamos á ver lo que hacemos con ese hombre.

—Me parece que lo que es por ahora, no podéis hacer nada.

—¿Por qué?

—Porque debe estar durmiendo la mona.

—¿Y se ha emborrachado y no ha dicho nada?

—Calla, chico; si hubo un momento en que yo creo que ya la iba á soltar.

—¡Cómo!

—Es verdad,—dijo Matilde;—y no sé cómo demonios fué que se transformó de repente, y después, nada.

—Pues ahora hablará; no tengáis cuidado.

—No hablará,—dijo resueltamente Angeles.

—¿Pero tú oyes á ésta? no parece sino que está de acuerdo con él.

—Podría ser,—contestó con irónico acento.

—Vaya, vaya; vamos á ver el cuarto donde está ese hombre, y veremos el estado en que se halla.

Y el marqués y Carlos, se levantaron de su asiento disponiéndose á salir de la estancia.

Pero en aquel momento apareció en ella la doncella de Matilde, diciendo con voz alterada:

—¡Señorita! ¡señorita!

—¿Qué hay? ¿quién te ha llamado?—preguntó Matilde de mal talante.

—Es que acaba de llegar un delegado del Gobernador que desea hablar con usted.

CAPITULO LXX

Antecedentes

FUÉ extraordinario el efecto producido por las palabras de la doncella.

¿Qué quería el delegado del Gobernador á semejantes horas?

Durante algunos segundos, los cinco personajes allí reunidos no hicieron más que cambiar una mirada, en la cual expresaban la impresión que sentían.

La doncella estaba esperando.

—¿Qué ha dicho ese caballero?—preguntó por fin el marqués.

—Que deseaba ver á la señorita,—contestó la interpelada.

—¿Viene solo?

—No, señor. Le acompañan dos ó tres hombres.

Carlos y el marqués cruzaron otra mirada.

—¿Has dicho que yo estaba en casa?—preguntó Matilde.

—Como que la señorita no me había dado orden en contrario...

—Está bien,—repuso Federico;—que pase á la sala el delegado del Gobernador.

La doncella salió del aposento.

—Pero ¿á qué viene ese hombre?—dijo Matilde una vez que se quedaron solos, aproximándose al marqués.

—¡Toma! ¿y yo qué sé?—repuso Federico de mal talante.

—Pues vosotros debéis saberlo, porque yo no creo que aquí tenga nada que hacer la autoridad.

—A ver si por serviros, nos vamos á encontrar esta y yo *metías* en un *fregao* del cual no sepamos como salir, —añadió Concha.

—Todo lo que está mal hecho tiene siempre que dar mal resultado,—dijo Angeles con su acento monótono y frío.

El marqués y Carlos fijaron una mirada colérica en aquella mujer.

—¡Mira tú, ave de mal agüero, cállate!—dijo Concha.

—Ya sabéis que os lo había dicho.

—Pero ¿es que tú sabes á qué viene esta gente?

—Ni por pienso; pero me figuro que no ha de ser para nada bueno.

—Por esa razón,—repuso Matilde,—no quiero ir á ver á ese señor. Ya que estáis aquí vosotros entendéroslas con él.

—¡Cómo!—exclamó Federico.—¡Qué yo vaya á hablar con ese hombre! Si que estaría bueno. Me echaría á cajas destempladas.

—¿Por qué?

—Porque yo no soy el amo de la casa.

—De sobras que sabrá lo que representas aquí.

—Pero si á quién busca y por quién ha preguntado ha sido por tí. ¡Ea! anda y no tengas miedo, que aquí estamos nosotros para todo lo que ocurra.

—Lo que me parece es que vosotros tenéis más *jindama* que nosotras. Anda, chica; iremos las dos ya que estos señores son tan prudentes. ¡Válgame Dios y que par de valientes nos hemos *echao!*

—¡Qué sabes lo que hablas!—dijo Carlos;—cuando no salimos, alguna razón tendremos para ello.

—La prudencia, como ha dicho Concha muy bien. Ustedes han sido los causantes de todo. Han querido sacar las castañas del fuego con mano ajena y cuando el fuego nos ha quemado nos dejan en la estacada. Anda Matilde, ve á comprometerte por estos caballeros.

—Que no salgo, he dicho.

—No tienes más remedio que salir,—dijo el marqués después de arrojar una mirada de cólera á la *marquesa.* —Ya te he dicho que no pases temor de ninguna clase. Sobre que no te puedan hacer nada...

—Eso es lo que no sabemos.

—Yo sí, lo sé; y en fin, si algo ocurriera yo te sacaría adelante. No salgo contigo porque tendría que decirle á ese delegado, si se propasa, alguna cosa que podría comprometerme.

—¡Ya!—dijo Concha.

—Conque, anda, anda antes de que ese hombre se impaciente.

Y el marqués empujaba á Matilde, que malditas las ganas que tenía de ir á la sala donde estaba el representante de la autoridad.

—Vaya, lo que *haiga* de ser que sea pronto,—volvió á decir Concha;—ó vienes tú conmigo ó soy muy capaz de salir yo sola.

—Por ningún estilo,—repuso Carlos.—Es Matilde la que debe de ir.

—No te hagas esperar más,—añadió Federico.

Angeles contemplaba aquella escena sonriéndose irónicamente.

Su desdeñosa mirada pasaba desde el marqués y Carlos á sus dos compañeras, y finalmente dijo:

—¿Pero no ves Matilde que estos caballeros no quieren comprometerse? Sal y según lo que el delegado te diga, así obras. Dices la verdad y caiga quien caiga.

—¿Qué es eso de que caiga quien caiga?—preguntó Federico frunciendo el entrecejo.

—¡Toma! Que si algo se ha traslucido de lo que aquí ha pasado, Matilde debe decir que han sido ustedes los que lo han dispuesto, como es la verdad. Como cómplices podrán castigarnos, pero al menos á ustedes les tratarán como autores. Nosotras no teníamos nada que ver con ese muchacho; á ustedes era á quien convenía que él hablase, pues á ustedes les toca, en primer término, pagar los platos rotos; conque anda, hija mía, anda y salgamos pronto de dudas.

Matilde, aun cuando á regaña dientes, no tuvo más remedio que salir del aposento.

—¿Sabes *marquesa*,—dijo Federico,—que cada día eres más insolente?

—Lo que deseo es que no olvide usted,—repuso Angeles acentuando cada una de sus palabras,—que ni usted es Paco Herrera, ni yo soy Matilde.

—¿Y qué quieres significar con eso?

—Que á mí no me tutea más que la persona á quien autorizo para que lo haga.

Y la joven pronunció de tal modo estas palabras, que el marqués, á pesar de su cinismo, no pudo menos de impresionarse algún tanto.

Pero esto fué de corta duración.

Dirigióse á Angeles, y saludándola con irónica gravedad, contestó:

—Dispense usted, señora *marquesa*, si había olvidado las consideraciones que merece dama tan distinguida como la... la amiga de mi amigo Paco Herrera.

Angeles palideció bajo la grosería de aquel insulto, y mirando con desprecio al miserable que lo había lanzado, contentóse con decirle:

—Querida de un hombre no es tan infame como ser verdugo de niños.

Federico y Carlos se miraron, y tal vez el primero hubiese contestado con alguna otra inconveniencia más terrible, á no haberle contenido rumor de voces que parecía aproximarse.

Entre ellas se destacaba la de Matilde.

Poco después, ésta entraba en el aposento.

Parecía inquieta, y aproximándose al marqués, le dijo:

—Van á registrar la casa. Traen para ello una orden del Gobernador.

—Pero ¿por qué es ese registro? ¿Quién son ellos para realizarle?

—Parece que se trata de algo de política. ¿Quién habrá sido el bribón ó bribona que me habrá denunciado?

—¿Y qué?—repuso Carlos.—Si ha sido la denuncia por cosa política, presto se convencerá ese señor de que

aquí no se oculta ningún personaje político, ni mucho menos.

—Es que se oculta algo peor,—dijo Angeles con su acento incisivo y frío.

—¿El qué?—preguntó vivamente el marqués.

—Se ocultan los principios de un crimen.

—¡Angeles!—exclamaron á la par Carlos y Federico, dando un paso con ademán amenazador hacia la *marquesa*.

Pero ésta no se inmutó por ello.

Por el contrario, siguió mirándoles tranquilamente y dijo:

—Quisiera yo saber, si no es así, como calificarán ustedes lo hecho con ese pobre diablo, qué sabe Dios cómo estará en estos momentos.

—Mira, no le hagas caso á esa porque sería cuestión de estar riñendo siempre,—dijo Carlos.—Cuenta, Matilde, cuenta lo que ha pasado.

—¡Qué si quieres! Ahora voy yo á entretenerme aquí. Me está esperando esa gente. He venido solamente para avisaros.

—Pues anda, y acabar pronto.

Matilde había entrado en la sala donde estaba esperándole el delegado del Gobernador.

Este no era otro que Leonardo.

Antes de entrar en la sala, observó Matilde que cerca de la puerta había dos individuos que deberían ser de la policía.

En la antesala también habían otros dos.

Leonardo saludó cortesmente á la joven, diciéndola:

—Señora, yo siento mucho venir á molestarla, y la suplico me dispense si el deber me obliga á ello.

—Está usted dispensado; pero como no sé todavía á lo que viene usted, no puedo apreciar debidamente hasta qué punto llegará esa molestia de que me habla.

—Vengo delegado por el excelentísimo señor Gobernador de la Provincia, á cumplir una diligencia importante.

—¿Y qué tiene que ver el Gobernador Civil, conmigo?

—Señora, no es mi misión la de discutir las órdenes que recibo, sino la de cumplirlas.

—Pero de todos modos, me parece que no es mi casa...

—La autoridad tiene derecho á penetrar en todas, cuando persigue algún delito.

—Pero ¿qué habla usted de delitos? ¿Acaso es esto alguna guarida de criminales?

—¡Oh! no por cierto, señora; no se trata aquí de criminales, es sencillamente una cuestión política. Usted sabe, ó quizás lo habrá oído decir, que se conspira; se han descubierto algunos hilos de la trama, se han hecho varias denuncias, y su casa de usted es una de las denunciadas.

—¡Mi casa! ¡Jesús, qué disparate!

—También lo creo yo así; pero no tengo más remedio que cumplir las órdenes que se me dieron.

—¡Suponer que en mi casa se fraguan conspiraciones, ó que aquí se albergan conspiradores!... Vamos, señor delegado, permítame usted que me ría, porque no deja de ser peregrina la suposición.

—A veces no consiste todo en que haya ó deje de haber conspiradores en una casa. Puede haber proclamas, documentos importantes que puedan dar alguna luz sobre los mismos hechos que se persiguen...

—En mi casa no existe nada de eso, caballero,—repuso Matilde que se había ido tranquilizando conforme escuchaba á Leonardo.

—Lo creo, y tendré un verdadero placer en consignarlo así.

—¿Eso quiere decir?...

—Que únicamente por pura fórmula, y más que todo por los que me acompañan, practicaremos un registro.

—Pero si le digo que aquí no hay nada de lo que usted busca.

—Y yo le repito que lo creo.

—¿Entónces?

—Pero á pesar de eso, ya ve usted que yo no he venido solo. Esta gente podría sospechar lo que no existe, y por esa razón es menester cubrir las apariencias al menos.

—Pero diga usted, caballero; ¿no podría yo saber á quién le debo esa visita tan...?

—Tan desagradable, concluya usted,—dijo Leonardo sonriéndose.

—Si no desagradable por la persona que la hace, al menos por el objeto que le conduce. Desearía que me fuese usted franco y me dijera quién ha hecho esa delación, porque es indudable que alguien ha sido el autor de esto.

—Siento muchísimo no poder satisfacer su curiosidad. El Gobernador me ha dado la orden, y como no tenía necesidad de decirme nada más, si yo he supuesto que había existido alguna delación, ha sido por haber oído alguna cosa.

—Está bien; como que no hay más remedio que obedecer, permítame usted un momento que avise á algu-

nos amigos con quien estaba cuando usted ha llegado, para que no se sorprendan al ver semejante aparato. Soy con usted en seguida.

Entonces Matilde penetró en el aposento donde estaban sus amigos, y ya hemos oído lo que les dijo.

Leonardo, se aproximó á la puerta por donde Matilde había salido, murmurando:

—Ahora es muy posible que vaya á prevenir, quizás á Alejandro ó al marqués, y puede que intente marcharse de aquí. Pero chasco se llevan porque serán detenidos. Necesito saber lo que ha significado el aviso que llevó al marqués, el hombre que salió de aquí.

CAPITULO LXXI

La sorpresa

Cuando Matilde volvió á reunirse con Leonardo, le dijo:

—Usted me dispensará si le hice esperar; pero ya se ve, tanto mis amigas como el marqués del Pino y algún otro amigo que se encontraban ahí, han encontrado extraño semejante registro, y como es consiguiente, se han alarmado.

—Mal hecho, porque con esos señores no va nada absolutamente.

—Pues cuando usted guste...

—Cuanto antes, porque de ese modo más pronto también se verá usted libre de nuestra presencia.

Matilde indicó á Leonardo las habitaciones de la casa y éste, seguido de los dos individuos que estaban en la puerta de afuera de la sala, dió comienzo al registro.

Como indudablemente la misión de Leonardo era otra, según más adelante veremos, contentábase con mirar muy por encima armarios y mesas.

—Ya ve usted,—decía Matilde;—como que entre todos esos papeles no hay nada de lo que ustedes buscan, por lo visto; cuentas de diversas casas, cartas de amigos, etcétera, etcétera.

—Ya lo veo.

—Pues lo mismo encontrará usted en todas las habitaciones de mi casa; trajes, alguna alhaja y nada más.

—Yo me alegraré muchísimo poder participarle ese resultado al señor Gobernador.

—¡Oh! Desde luego puede usted ya decírselo.

—Dispénseme usted; pero yo acostumbro á cumplir á conciencia los encargos que se me dan, y por más que yo lo crea, como la dije antes, aun cuando abrigase la seguridad de que efectivamente nada he de encontrar de lo que busco, no tengo otro remedio que cumplir con mi obligación.

—Vaya, pues cúmplala usted de una vez,—repuso Matilde no pudiendo contener ya su cólera;—registre usted hasta mi alcoba, porque ya veo que con usted no hay otro remedio que ceder á todo.

—Señora, dentro del cumplimiento de mi deber no puedo tener ni tengo consideración de ningún género. Como ha dicho usted muy bien, registraré hasta la alcoba.

Matilde se mordió los labios llena de ira.

—Pues vengan ustedes,—dijo.

Y quiso llevarles hacia la sala.

Pero Leonardo observó que había una puerta cerra-

da en el corredor en que estaban en aquel momento, y dijo:

—¿Supongo que esta puerta será de alguna habitación?

—Sí, señor, — contestó secamente Matilde;— es el cuarto de uno de los criados.

—Muy bien,—repuso el funcionario con tranquilidad.—A ver, abran ustedes ese cuarto y vean ustedes qué hay en él,—prosiguió dirigiéndose á los individuos que le acompañaban.

Matilde no pudo menos de palidecer.

—¿Es criado de usted ese hombre que está ahí?—preguntó Leonardo señalando á uno de los dos individuos que habían sujetado á Alejandro.

—Sí, señor;—contestó la joven.

—Señor delegado,—dijo entonces uno de los agentes que le acompañaban.—Ese hombre no puede ser criado de esta señora porque precisamente hay un auto de prisión contra él por una causa de robo, y se nos escapó cuando íbamos á prenderle.

Al oir estas palabras la persona á quien se referían, quiso escapar por el otro lado del corredor.

Pero Leonardo que había prevenido este caso, sacó el revólver y apuntándole, dijo:

—¡Eh, alto, amigo! Aquí no hay medio de escapar. Dése usted preso.

Matilde dió un grito de espanto, mientras los dos agentes se apoderaban de aquel hombre, llamando al mismo tiempo á sus dos compañeros que habían en la antesala.

Estos se encargaron de él, y Leonardo, volviéndose hacia la dueña de la casa, la dijo:

—¡Ve usted como ya no se ha perdido el viaje!

—¡Oh! es que yo le juro á usted... ese hombre ha entrado en casa hoy mismo.

—Pues ¡buena alhaja tenía usted en casa! Diga usted después que no ha sido providencial nuestra visita. Veamos qué hay en ese cuarto.

Abrieron la puerta los agentes, y uno de ellos exclamó:

—¡Aquí hay un caballero tendido en la cama!

—¡A ver!

—Sí, es uno de los amigos que estaban con nosotros que se ha excedido un poco más en la bebida. Yo no sabía que estuviese aquí.

Y la turbación de Matilde era tan visible, que Leonardo la dijo nuevamente:

—Me parece, señora, que en su casa de usted, suceden cosas muy extrañas. Veamos á ese caballero. A ver si podemos despertarle.

Y se aproximó á la cama y reconoció detenidamente á Alejandro.

Al mismo tiempo uno de los agentes estaba sacudiéndole el brazo con fuerza.

Pero el joven no hacía el menor movimiento.

—Es muy extraño,—dijo el agente,—porque, ó la borrachera es muy pesada, ó el sueño de este caballero no es natural.

—Y sin duda,—dijo el otro,—este caballero ha debido sostener una lucha, porque, mire usted, señor delegado, tiene roto el puño de la camisa y el chaleco también, y aquí, en la cara, me parece que hay, así, como la señal de un golpe.

—Sí, naturalmente,—repuso Matilde balbuceando;—

ya saben ustedes lo que son los borrachos, y se ha resistido cuando los criados querían traerle aquí.

—¡Ya!—repuso nuevamente Leonardo.

Y volviéndose hacia uno de los agentes le dijo:

—Vaya usted, Romero, y traiga un coche, que suban los que están abajo, y que se lleve á este caballero á la casa de socorro.

—¡Oh! Eso si que no,—se apresuró á responder Matilde,—está en mi casa, y si algo es necesario, yo mandaré llamar al médico.

—Haga usted lo que digo, Romero,—contestó secamente Leonardo.

Salió el agente, y el delegado dirigiéndose á Matilde, la dijo:

—¿Tiene usted la bondad de decirme el nombre de este caballero?

—Pero...

—Suplico á usted que me conteste.

—Se llama Alejandro Martínez.

—¿Dónde vive?

—Como no he ido á visitarle, como usted comprenderá,—contestó con despechado acento la dama,—no se lo he preguntado.

—Muy bien; ya lo sabremos por él mismo.

—Entonces podía usted haberse excusado la pregunta.

—¿Qué más criados tiene usted en su casa?

—¿También tiene usted necesidad de enterarse de mi servidumbre?

—Pues ya lo creo; podríamos encontrarnos con algún otro como el anterior, y todavía le habríamos librado á usted de semejante canalla.

Matilde dominándose á duras penas la cólera que la embargaba, dió los nombres de sus criados, añadiendo después:

—¿Todavía tiene usted algo más que registrar?

—Ruego á usted, señora; que no tome el acto que estoy realizando, como obra de mi capricho, sino como el cumplimiento de mi deber.

—Dichoso deber, con el cual hace ya una porción de tiempo que está usted fastidiándome.

—Lo siento mucho. Conque si á usted le parece y para terminar lo más pronto posible ese fastidio de que se queja, pasaremos á hacer un ligero examen á las habitaciones que faltan.

—¿Es decir que todavía no hemos concluido?

—Yo creo que no hemos recorrido toda la casa.

—Pero hombre, ¿no tiene usted suficiente?

—¡Pero señora, por Dios! si para mí ni aun lo que he visto me hacía falta; pero ¿qué quiera usted que yo le haga llevando conmigo á esa gente que está usted viendo ahí? No puedo prescindir de hacer, tal vez lo que á mí mismo me mortifica.

—¡Ea! concluyamos.

Y Matilde, de un modo nervioso, fué guiando á Leonardo hasta la sala donde estaban reunidos los personajes que ya conocemos.

Carlos y el marqués no estaban muy tranquilos, que digamos.

Concha, más inquieta que ellos, se había asomado varias veces á la puerta del saloncito, deseando adquirir alguna noticia, que inmediatamente se apresuraba á trasmitir á sus amigos.

Cuando la prisión del individuo denunciado por el agente, Concha entró sumamente pálida, diciendo:

—Ya me temía yo algo por el estilo. Por supuesto que no tenéis vosotros la culpa, sino nosotras que os hacemos caso.

—Pero ¿qué hay?—dijo Carlos.

—Que allí se llevan preso á uno, á uno de esos que vosotros habéis traído. Y ahora van á descubrir al otro. Nada, que esta noche todos dormimos en la cárcel, y eso os lo hemos de agradecer á vosotros.

—¡Calla y déjanos en paz!—repuso Carlos.

— Lo que yo quisiera es que me dejaran á mí.

—Ya os lo había anunciado,—dijo Angeles con aquella frialdad que tan mal efecto producía en sus compañeros.

—Solo falta que vengas tú ahora mofándote del estado en que estamos.

—¡Pero que me he de mofar yo! ¿Acaso no es verdad lo que digo?

—¡Es que hay verdades!...

—Sí, que amargan, lo comprendo.

Y cuando Concha vió que habían entrado en la habitación donde estaba Alejandro, dijo al marqués y á Carlos:

—¡Lo que yo había temido! ¡Ahora sí que la hemos hecho buena!

—No salgas más, y déjanos en paz con tus simplezas,—repuso Carlos.

—¡Si yo me pudiera escapar!...

—¿Quién te lo impide? Véte si quieres, y no fastidies con tus advertencias y tus reconvenciones.

Concha se calló y siguió escuchando anhelante todos los rumores que hasta ella llegaban.

Por fin sintió que se aproximaban hacia el saloncito y exclamó con voz trémula:

—¡Ya los tenemos aquí!

Al aparecer Leonardo y Matilde, ocurrió una cosa extraña en que nadie pudo fijarse en los primeros momentos.

Angeles, apenas vió al delegado del Gobernador, incorporóse en la butaca en que estaba sentada, y su semblante se coloreó vivamente.

—El señor marqués del Pino,—dijo Matilde á Leonardo, señalándole al marqués.

—Y su amigo el sobrino del duque del Solar,—repuso Leonardo.—Ya tenía el gusto de conocerles.

—Mi amiga, Concha.

—También la conozco.

—Y mi otra amiga...

Y no pudo continuar porque al fijar Leonardo sus ojos en Angeles, ésta, cuyas mejillas habían pasado desde el encendido color de la rosa á la palidez de la azucena, lanzó un grito y cayó completamente desvanecida.

Leonardo se había quedado también inmóvil al verla.

CAPITULO LXXII

Cómo había ido Leonardo á casa de Matilde

Durante algunos segundos permanecieron mirándose unos á otros todos los personajes allí reunidos.

—Pero ¡qué quiere decir eso!—exclamó Matilde acudiendo en auxilio de su amiga.

—Un momento, señora;—la dijo Leonardo con un acento en que se revelaba la profunda emoción que sentía.—¿Cómo se llama esa señora?

—Angeles es su nombre,— repuso Concha;—pero nosotras la llamamos la *marquesa*.

—¡Ya!—contestó Leonardo;—y esa señora será...

—Mire usted, caballero, lo que es esa señora ya se lo puede usted figurar; pero si quiere más detalles puede pedírselos á Paco Herrera, que... vamos, es su amigo.

—Mil gracias.

Y Leonardo, cada vez más pálido, dijo á Matilde que procuraba hacer volver en sí á Angeles:

—Señora, doy ya por terminada mi visita y suplico á usted que me dispense la molestia que la he causado.

Y saludando á las demás personas allí reunidas, abandonó precipitadamente el salón, al mismo tiempo que dos agentes de policía sacaban á Alejandro para llevarlo al coche que poco antes habían ido á buscar.

La presencia de Leonardo en casa de Matilde, ya comprenderán nuestros lectores que no había sido más que la consecuencia de la conversación que Andrés tuvo con Jerónimo.

El médico no quería dejar abandonado á Alejandro y apenas se marchó Jerónimo de su casa, pidió el carruaje y envió á Marcelo al Gobierno Civil para que dijera á Leonardo que le esperase allí.

El presidente de la Audiencia dió á Andrés una carta para el Gobernador y éste no tuvo inconveniente en delegar á Leonardo para que prestara un servicio que podía servir para el esclarecimiento de unos hechos que estaba persiguiendo el tribunal de justicia.

También el Gobernador era amigo de Andrés; pero éste prefirió que la petición partiera de su primo, el magistrado, seguro de que había de quedar complacido inmediatamente.

El Gobernador llamó á Leonardo y le dijo que se pusiera á las órdenes del presidente de la Audiencia, para lo que éste tuviese á bien mandarle.

El joven, que nada sabía, quedóse sorprendido, pero esta sorpresa duró muy poco, pues Andrés, que le estaba esperando, le dijo al salir del despacho de su jefe:

—Leonardo, tenemos necesidad de hablar; así es

que espero á usted en Fornos tan luego como salga de aquí. Comeremos juntos. Ya sabe usted que para ir á Fornos debe dar antes mucho rodeo.

—Lo sé. No tenga usted cuidado, que por mi parte no se ha de omitir precaución alguna.

—Pues hasta luego.

—A las cinco y media ó á las seis estaré allí.

Y efectivamente, Leonardo fué puntual.

Andrés estaba esperándole y como que ya había encargado la comida en uno de los gabinetes particulares, pudieron hablar con entera seguridad.

—Amigo mío,—le dijo Andrés;—le habrá extrañado la comisión del Gobernador, pero esa comisión no tiene más que un objeto.

—¿Cuál?

—Librar á Alejandro si es que le amenaza algún peligro, según presumo.

—¿Qué dice usted?

—Lo comprenderá mejor por lo que voy á explicarle.

Y el médico refirió entonces á Leonardo lo que Jerónimo le había dicho y las presunciones que uno y otro tenía de que para algo formaban aquel empeño las tres mujeres.

Atentamente le estuvo escuchando Leonardo.

—Sabe usted que el anzuelo tendido á nuestro amigo puede ser terrible,—dijo.

—Por esa razón que lo comprendo, es por lo que quiero que no nos cojan desprevenidos. Usted elija los hombres de la ronda en quienes tenga más confianza, y con ellos va á situarse cerca de la casa de esa mujer.

—Comprendo. ¿A qué hora irá Alejandro?

—Cuente usted que siempre serán las nueve ó las diez.

—Pues á las ocho esté usted seguro que allí me encontrará, teniendo ya mi gente bien preparada.

—Usted verá entrar á Alejandro, y graduará perfectamente el tiempo que lleve allí, y si no le ve salir, penetra en la casa y regístrelo todo hasta encontrarle.

—¿Pero es que teme usted que traten de secuestrarle?

—Una de dos, amigo mío. O Alejandro habla, en cuyo caso es preciso que sepamos bien qué oídos le han escuchado, ó no habla y entonces no le dejarán salir de allí, hasta que hable, sea por uno ú otro medio.

—Mal ha hecho Alejandro en comprometerse.

—¡Qué quiere usted! Es joven, confía mucho en sus fuerzas, quiere llegar hasta el fin en esa aventura, y milagro será que salga con bien de ella.

—Mientras esa gente no averigue nada..

—Por eso, cuando haga un par de horas que esté dentro de la casa, se presenta usted. Esto no implica para que observe y obre como mejor exijan las circunstancias. Podría ocurrir que observase usted algo y que le obligara á intervenir antes del tiempo marcado.

—Ahora ya conozco lo importante, y no tenga usted cuidado que saldremos más airosos con nuestra empresa. ¡Ojalá! ¡y pudiéramos decir lo mismo respecto al encuentro de esas niñas!

—Confieso á usted que á pesar de toda mi esperanza, que nunca me ha faltado, hoy ya no sé qué decir. Cuidado que hemos dado pasos y hemos procurado encontrarlas por todos los medios posibles, y sin embargo, ya lo ve usted.

—Y no hay que decir que somos nosotros solamente

los desgraciados, porque en el mismo caso se encuentran los sabuesos del marqués.

—Empiezo á sospechar, si Vicente, para librar mejor á sus protegidas, se habrá embarcado para América.

—También á mí se me ha ocurrido. No parece sino que ese hombre haya caído en un pozo.

—En fin, por nuestra parte, no debemos desanimarnos.

—Yo, estoy consagrado á usted en cuerpo y alma, y lo que disponga, aquello haré. Por desgracia no tengo afección alguna en el mundo, estoy solo y usted constituye únicamente lo que ya podría llamar mi familia.

—¡Hombre! y á propósito de eso. Muchas veces he querido preguntarle si tenía usted algún pariente, si vivían sus padres y...

—¡Ay, señor don Andrés! Precisamente de eso dimana la profunda tristeza que siempre ha advertido usted en mí, y respecto á la cual tantas preguntas me ha hecho.

—Sí, señor; porque me inspiró, desde que tuve el placer de verle, gran interés.

—Mil gracias. Yo también, como le he dicho, experimento hacia usted un afecto casi igual al que profesaría á mí padre, si viviera. Respecto á esas niñas, á pesar de la distancia que entre nosotros media, crea usted que haré tantas diligencias para encontrarlas, como he hecho para encontrar á mi hermana.

—¡Ah! ¡tiene usted una hermana! ¿Y dónde está?

—Lo ignoro.

—¿Está casada?

—No lo sé,—dijo Leonardo tras una ligera vacila-

ción.—No sé si está casada, ni si vive, ni cuál puede ser su posición.

—¿Entónces...?

Y Andrés fijó una mirada interrogadora en el rostro de su interlocutor.

—¡Si supiera usted cuán penoso es para mí evocar estos recuerdos!...

Y el acento de Leonardo vibró de un modo tal, que el médico se apresuró á decirle:

—Por mí no haga usted esfuerzo alguno. Guarde ese doloroso secreto y tal vez algún día, cuando la violencia del pesar se haya templado, entonces me lo confiará usted, si es que me cree digno de ello.

—¡Oh! no diga usted eso,—se apresuró á contestar Leonardo.—En primer lugar que todavía salgo yo honrado con que sea usted el único depositario de mi dolor. Por otra parte, el pesar que siento no es de aquellos que el tiempo mitiga. Hace ya años que pasó lo que voy á referirle y, sin embargo, tan presente se halla hoy en mi memoria como el primer día.

Y una lágrima tembló entre los párpados de Leonardo.

Andrés le estuvo contemplando en silencio durante un breve espacio y después le dijo:

—Vamos, amigo mío, vamos; los hombres deben ser hombres siempre. Hable usted, y quién sabe si encontraremos medio de aliviar ese dolor.

—No lo crea usted; me parece imposible.

—Pero bien; ¿no tiene usted algún indicio respecto á la existencia de su hermana? ¿Con quién estaba? ¿Dónde vivía?

—En Avila, con mi pobre madre.

—¿Y acaso desapareció de su casa?

—Sí, señor;—contestó con voz opaca el joven.

—Empiezo á comprender,—repuso el médico con tristeza.—Tal vez algún seductor de esos para quienes la honra de una mujer nada significa...

—Sí, señor; tal he podido juzgar por las noticias que me dió mi madre.

—¡Y esas noticias!...

—Fueron tan vagas, que de nada me han servido. Según ella, parece que vieron un caballero que rondaba nuestra casa. Cuándo y cómo habló con mi hermana, nadie lo ha podido decir. Mi pobre Angeles, que así se llamaba ésta, había estado poco antes una quincena de días en Arévalo, en la feria, con unas amigas, pero nada advirtieron estas, según me dijo mi madre.

—¿Pero no dejó carta escrita ni nada absolutamente por donde ustedes pudieran venir en conocimiento?...

—No, señor; el mayor misterio envolvió su fuga. Lo único que supimos fué que con la desaparición de mi hermana coincidió la del individuo que rondaba nuestra casa. Mi pobre madre falleció á los pocos meses herida mortalmente por la desaparición de mi hermana, y desde entonces crea usted, señor don Andrés, que he practicado todas las diligencias imaginables, adquiriendo finalmente la triste convicción de que aquella desgraciada, ó no está en España, ó ha muerto.

—Parece imposible lo que me está usted contando, porque, francamente, para que su hermana de usted saliera de Avila del modo que usted dice, alguien debió favorecer su fuga. Esas mismas amigas con quienes estuvo en Arévalo, es lo más presumible también que supieran alguna cosa.

—Nada; no, señor; nada sabían. Mi hermana estaba dotada de un carácter enérgico, era resuelta y no participaba de esas timideces que, según y cómo, suelen ser una ventaja ó una desventaja para otras mujeres.

—¿Y qué quiere usted significar con eso?

—Que si se había propuesto abandonar su casa, á nadie, absolutamente á nadie, tenía necesidad de confiar su proyecto.

—Pero bien le diría á su madre de usted algo que justificara su salida, el día que desaparació.

—Mi hermana llevaba por completo el manejo de la casa. Trabajaba, salía y entraba conforme le parecía, ó según lo exigían las necesidades de la casa, y mi pobre madre no advirtió nada hasta que pasaron algunas horas y vió que su hija no regresaba.

—Y entonces, ¿qué hizo?

—Comenzó á preguntar, nadie supo darle razón, y lo único que se la ocurrió fué ponerme un telegrama para que fuese inmediatamente á Avila.

—Pero usted, una vez allí, daría parte á la autoridad.

—¡Ay, señor don Andrés! Si hubiera sido una persona de posición, fácil fuera que se hubiese encontrado á la fugitiva; pero como no lo era, y, por otra parte no teníamos ningún indicio en que poder fundarnos, todo resultó completamente inútil.

—¿Y ha desistido usted ya de hacer diligencias?

—¡Para qué! Mi pobre hermana, como ya le he dicho, ó está muy lejos de aquí, ó ha muerto.

Iba á replicar Andrés, cuando sacando Leonardo el reloj, dijo:

—Pero hablando de hechos que no tienen remedio, está pasándose el tiempo, y yo he de ir todavía al Go-

bierno para elegir los hombres que necesito para mi empresa. Esto por el momento es lo principal, y quizás algún día, si llegamos á encontrar á esas pobres niñas, tiempo tendremos para dar algunos pasos en pró de aquella otra desgraciada, perdida quizás como otras muchas. Por supuesto, que en medio de todo, créame usted, señor don Andrés, que no quisiera conocer al autor de nuestra desgracia.

Y tan implacable y tan terrible fué la expresión que tomó el semblante de Leonardo al pronunciar estas palabras, que el médico se apresuró á decirle:

—Cuidado, querido Leonardo, mucho cuidado con dejar que el resentimiento oscurezca la razón, que no merece nunca, ni puede merecerlo, ninguno de esos piratas de honras, que un hombre honrado se comprometa.

—¡He sufrido mucho, muchísimo! No puede usted imaginarse, bajo este aspecto tranquilo é indiferente aun cuando triste, con el cual me ha visto usted siempre, todas las lágrimas, todas las vergüenzas que existen. Después de todo esto, hasta la muerte de mi madre, de mi madre asesinada, porque esta es la verdadera palabra, por la desaparición de mi hermana. Juré sobre su cadáver que si algún día encontraba al seductor de mi pobre Angeles, darle muerte, y esté usted seguro que lo cumpliré.

Andrés nada dijo á Leonardo, comprendiendo que sería inútil cuanto le dijese en aquellos momentos.

Poco después el joven abandonaba la fonda para dirigirse al Gobierno Civil. Ya vimos en el capítulo anterior de qué modo cumplió su cometido.

CAPITULO LXXIII

Todo inútil

ALEJANDRO fué conducido por Leonardo á su casa.

Allí le dejó al cuidado de don Jerónimo y de Ramona, é inmediatamente, y dando infinitos rodeos, llegó á casa de Andrés.

Ya éste se había recogido cuando Marcelo entró en sus habitaciones diciéndole que Leonardo acababa de llegar.

Andrés le hizo entrar en su alcoba.

—¿Qué hay?—le preguntó al verle.

Leonardo le refirió cuánto había presenciado.

Desde su acechadero vió primeramente dos hombres que entraron en el hotel de Matilde.

Más tarde vió llegar á Alejandro y bastante tiempo después advirtió que uno de aquellos hombres abando-

naba el hotel, se dirigía á un café que había en la calle de Serrano, y al poco tiempo regresaba acompañando al marqués y á Carlos.

Esto le hizo sospechar que algo amenazador para su amigo se fraguaba en aquella casa, y creyó prudente intervenir como lo hizo, dándole el resultado que ya conocemos.

—Bien lo había temido,—dijo el médico cuando concluyó Leonardo su relato.—¿Qué ha dicho Jerónimo?

—Lo mismo que yo; ha creído que Alejandro estaba bajo la acción de un narcótico bastante fuerte y como él entiende bastante de medicina, me ha dicho que me alejara sin cuidado, que cuando despertara Alejandro ya le avisaría á usted por el teléfono.

—Perfectamente, veo que nuestro plan ha tenido buen resultado.

—Con tal de que Alejandro no haya dicho nada.

—Eso mismo del narcótico me prueba que nada ha dicho. Si hubiera hablado, esté usted seguro que le habría encontrado agasajado por aquellas mujeres. Pero se conoce que se ha resistido y entonces han acudido á ese medio para sujetarle, y tal vez para obligarle por medio de la fuerza á que hablara. Y á eso obedecía indudablemente la presencia de esos dos bribones y la llamada del marqués y de Carlos. Y ahora ¿qué es lo que debo hacer?

—Véase usted mañana con mi primo á fin de que éste hable con el Gobernador y todo esto se quede en tal estado.

—Está muy bien; así lo haré.

—Permítame usted que le dé las gracias y váyase á descansar, querido Leonardo, porque ha llevado usted

algunas horas que deben haberle sido muy pesadas.

—Difícil es que descanse esta noche, señor don Andrés, y ahora voy á decirle á usted una cosa á fin de que esté prevenido, por si acaso no volviéramos á vernos más.

—¡Qué ha dicho usted!—exclamó Andrés mirando sorprendido á Leonardo y advirtiendo entonces lo que en los primeros momentos no advirtiera.—¿Qué tiene usted?—prosiguió;—su semblante está alterado y parece que algo grave le ha ocurrido.

—Y tan grave.

—¿Qué ha sido?

—Que he encontrado á mi hermana.

—¡Qué! ¡qué ha dicho usted!

Y la impresión que Andrés recibió fué tal, que estuvo á punto de saltar de la cama.

—La he visto y sé quién es su seductor.

—¿Pero cómo ha sido eso? ¿dónde la ha encontrado?

—En el hotel de Matilde; es una de esas tres mujeres, de esas tres desgraciadas que han tratado de seducir á nuestro amigo.

—¡Jesús!

—Y todo está ya justificado y todo lo he visto cuando me han dicho el nombre de ese infame. ¡Y como se habrá reído de mí tantas veces como le he encontrado en la calle!

—¿Quién es?

—Paco Herrera, el de Arévalo.

—¡Cómo! el hijo de don Francisco de Paula...

—Sí, señor; ese que vivía en Madrid dando que hablar siempre por sus calaveradas, que conoció allí á mi

hermana cuando estuvo durante la feria, que debió levantarla de cascos entonces, combinando quizás el rapto para cuando estuviera en Avila, como así sucedió.

—¿Pero cómo, estando su hermana de usted en Madrid, no la había visto?

—No lo sé; pero de seguro que mañana la veré, y mañana si tiene usted noticia de que me han llevado á la cárcel, ya comprenderá en seguida por qué ha sido.

—¡Leonardo, no diga usted semejante cosa!

—¡Oh! sí, señor, sí; puedo decirlo porque tengo la seguridad de que lo haré. No es el arrebato del momento el que me domina, no es la exaltación producida por la prueba evidente del crimen. No, señor.

—Es que usted no debe tomarse la justicia por su mano.

—Dispénseme usted, don Andrés, que esta es ya una cuestión resuelta con mi conciencia. Ese hombre debe morir, y morirá.

—¿Pero no comprende usted que se va á igualar con él en la senda del crimen?

—No, señor. Cuando uno encuentra un reptil venenoso que ha inoculado ya su ponzoña á un individuo, se le aplasta para evitar que haga lo mismo con otro. Es hacer un bien á la sociedad, librarla de seres semejantes.

—Sí, pero no es usted quien debe convertirse en caballero andante de la sociedad.

—No, señor; pero debo ser el vengador de mi honra, y lo seré. Ya ve usted con que calma le hablo, que ni me altero, ni en nada modifico mis propósitos. Como ya le dije antes, es cuestión resuelta por mí mismo, y por lo

tanto, es inútil cuanto se me pueda decir para hacerme desistir de ello.

—Es que yo impediré que cometa usted un disparate.

—Hará usted muy mal, porque si mañana intentara usted sustraer á ese hombre á mi justa venganza, esté usted seguro, segurísimo, que más tarde ó más temprano le encontraría aquí, ó donde se escondiera; porque he de consagrarme de tal modo, ahora que ya le conozco, á perseguirle, que no hay posibilidad de que se me escape.

—Leonardo, reflexione usted.

—No tengo nada que reflexionar, señor don Andrés, es una resolución tan meditada, tan firme, que puede decirse que constituye parte de mi vida.

—Si usted quisiera permitirme que tomara cartas en ese asunto...

—Dispénseme usted; pero en este asunto yo que soy parte, quiero ser el juez y el verdugo. En cualquier otra cosa, aceptaría gustosísimo la ingerencia de usted, en esta, sería completamente inútil. Por supuesto, que tenga la certeza de que antes de ir yo á buscar á ese hombre, habré dejado ya corrientes todos los negocios que llevamos entre manos. Primero daré cumplimiento á lo que se relaciona con lo demás, y cuando esto se encuentre resuelto, entonces será cuando atenderé á lo mío.

—Vuelvo de nuevo otra vez á suplicarle que medite...

—¡Si he tenido años para meditarlo! ¿cómo quiere usted que hoy lo haga nuevamente?

Andrés, no insistió, comprendiendo que tenía que habérselas con un carácter.

Sin embargo, resolvió impedirlo, y para este efecto, al día siguiente se marchó á ver á su primo.

Cuando llegó á su casa, ya había estado en ella Leonardo para darle cuenta de todo lo que había ocurrido.

El magistrado quedó en ver al Gobernador, y Leonardo debía redactar el parte en la forma que aquél le indicó.

Andrés refirió á su primo la situación en que se encontraba Leonardo, rogándole que fuera á ver al Gobernador, y que sin pérdida de momento viera de dar una comisión fuera de Madrid á Leonardo, para que le obligara salir al punto.

El magistrado comprendió la gravedad de la situación y se apresuró á seguir la indicación de Andrés.

Pero las cosas habían llevado ya un curso distinto del que ambos esperaban.

Leonardo redactó el parte, y comenzó á averiguar la casa donde vivía Paco Herrera.

Esto no le fué difícil, y no solo no le fué difícil, sino que supo también que tenía en su casa una mujer á quien llamaban la *marquesa*, muy conocida en ciertos círculos, donde llamaba la atención por su altanería y su orgullo, que eran los que habían granjeado aquel sobrenombre.

Con todos estos antecedentes adquiridos en brevísimo espacio, porque desde el momento que tenía ya un punto de partida, fácil era conseguir todo lo demás, Leonardo se dirigió á la casa de Herrera.

CAPITULO LXXIV

Angeles

En el momento en que Leonardo hubo salido del hotel de Matilde, mientras el marqués y Carlos expresaban su cólera con ademanes descompuestos, Matilde y Concha conseguían hacer que volviera en sí á Angeles, terriblemente herida por la inesperada presencia de su hermano.

—Pero chica,—decía Matilde á Concha;—¿has visto una cosa más rara?

—Como que aquí se conoce que la *marquesa* ha tenido que ver algo con ese, y quizás tema que la haga pagar cara su infidelidad.

—¡Cá! no es eso.

—Pues ¿qué es entonces?

—Aquí hay algo más grave, que ni tú ni yo podemos acertar.

—Y el caso es que ésta no vuelve en sí.

—En buena nos habéis metido con vuestras cosas,—dijo Matilde dirigiéndose al marqués y á su amigo.

—No, pues si á mí me dicen alguna cosa, yo os aseguro que no me comprometo por ninguno de vosotros.

—Está bien,—repuso el marqués, de mal talante.

—Y al fin y al cabo, ¿para qué ha sido todo esto?

—Para nada, tienes razón,—repuso Federico paseándose por la estancia.

—Y el caso es que si ese mozo habla, como hablará, cuando vuelva en sí...

—Lo que hable me tiene sin cuidado; pero lo que me duele es que se le hayan llevado de aquí, porque lo que es ahora ya no se deja coger tan fácilmente.

—¿Pero quién demonios habrá enviado á ese delegado del Gobernador?

—Eso precisamente es lo que yo estoy pensando.

—¿No lo habéis oído? ¿No ha dicho que se trataba de una conspiración?...

—Si ahora nadie habla de conspiraciones. Pues eso es lo que más ha llamado mi atención. Lo que ha dicho no ha sido más que un pretexto.

—Sea de ello lo que quiera, yo no quiero más belenes de estos.

En este momento Angeles abrió los ojos.

—¡Gracias á Dios, chica!—exclamó Concha;—nos has hecho pasar un rato...

—¿Pero qué ha sido eso?—dijo á su vez Matilde.

—¡Ay! ¡no lo sé!—contestó la joven con voz débil.

Y sus miradas se dirigieron á todos lados, como tratando de ver si estaba allí todavía Leonardo.

—¿Cómo te encuentras ahora?—dijo Concha.

—¿Se ha marchado ya?—preguntó Angeles con voz baja.

—¿Quién?

—Mi... ese hombre que estaba ahí.

—¡Ah, ya! el delegado, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Pero qué demonio tienes que ver con ese hombre?

—¿Se ha marchado ya?

—Pues apenas hace tiempo que se marchó.

Angeles pareció respirar con mayor libertad.

—¿Conoces á ese hombre, *marquesa?*—la preguntó el marqués.

—Sí, señor.

—¿Quién es?

—Un joven que se llama... Ya no me acuerdo de su nombre. Mi cabeza está tan trastornada...

—Pero bien; ¿qué ha producido ese trastorno? ¿Ha sido su presencia?

—Déjenme ustedes; les suplico que no me hagan pregunta alguna.

—¡Pero chica! ¿qué mosca te ha picado, para que estés así?

—Matilde,—dijo Angeles,—quisiera que me hicieses el favor de que fuesen á buscarme un carruaje á la parada inmediata. No me siento bien, y quisiera retirarme.

—Si quieres, yo te acompañaré,—dijo Concha.

—Como quieras.

—¡Vaya una noche bien aprovechada! Mira, hijo,—prosiguió Concha, dirigiéndose á Carlos,—en lo sucesivo, procura tú componértelas como puedas con tus belenes, y no me mezcles á mí en nada, mayormente cuando una viene á divertirse.

—Está bien.

Poco después, el carruaje que Matilde había enviado á buscar, se detenía delante del hotel.

Angeles, apoyándose en el brazo de Concha, entró en él y se hizo conducir á su casa.

Cuando se vió en su habitación, dejóse caer sobre una butaca y rompió á llorar amargamente.

Largas horas pasó así.

Cerca de la madrugada, llegó Pacó Herrera, que, como de costumbre, había estado en el Casino, donde siempre iba á recalar á última hora.

Angeles le oyó entrar en su cuarto, y por un momento pensó salir á su encuentro, porque dijo:

—¡Oh! ahora va á escuchar ese miserable mi última resolución.

Pero después se volvió desde la puerta, diciendo:

—En el estado de ánimo en que me hallo me sería imposible sostener dignamente esta entrevista. Dentro de poco será de día, y yo le aseguro que su despertar no ha de serle muy agradable. Ya es hora de que esto concluya. He sufrido mucho, he tenido paciencia hasta hoy, pero este encuentro con mi hermano ha venido á precipitar los sucesos.

Y la joven secó sus lágrimas y volvió á sentarse, cubriéndose el rostro con las manos.

¿Cuánto tiempo permaneció así?

No lo sabía sin duda, porque de pronto al separar las manos de su semblante, y herirle la luz del día que entraba por los balcones de la estancia, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Qué hora es!

Y miró el reloj y vió que eran las ocho de la mañana.

—Todavía no le puedo despertar,—dijo.

Y volvió á sumergirse en sus meditaciones.

Así transcurrió otro buen espacio.

Serían las once, cuando la joven dijo:

—Ha llegado el momento.

Y se dirigió resueltamente á las habitaciones ocupadas por su amante.

Este, al sentir bruscamente inundado su rostro por la luz, al abrir Angeles los balcones, se incorporó, exclamando con irritado acento:

—¡Quién anda ahí!

—Soy yo, Paco,—dijo la joven con tranquilo acento.

—¿Qué quieres?—la preguntó Herrera con mal reprimido enojo.

—Hablar contigo.

—Déjame dormir ahora, que tiempo tendremos para hablar.

—¡Imposible! Ya has dormido bastante. Te retiraste á las tres, son las once, luego estás durmiendo siete horas lo menos. Yo no he dormido todavía.

—Te he dicho que me dejes en paz.

—Y yo vuelvo á repetirte que no me moveré de aquí hasta que hayamos hablado.

Paco Herrera conocía sin duda la tenacidad de carácter de aquella mujer, porque murmuró:

—No, no se irá de aquí.

—Tienes razón,—repuso Angeles que había escuchado sus palabras,—no me moveré de aquí mientras no hayamos hablado.

—¡Demonio de mujer!

Y Paco Herrera, con un brusco movimiento, se echó al suelo.

Angeles se sentó tranquilamente en una butaca.

El caballero se puso un elegante batín de casa y rodeando su cuello con finísimo pañuelo de seda, dijo:

—Vamos á ver, ¿qué es lo que te se ha ocurrido para venir á despertarme de un modo tan inconveniente?

—Vas á saberlo. Esta noche pasada he visto á mi hermano.

—¿Y qué?—preguntó Paco frunciendo el entrecejo.

—¿Todavía te atreves á hacerme esa pregunta? ¿Ignoras que mi hermano es un hombre de honor, que no ha de poder transigir con la deshonra de su hermana y que dentro de poco, tal vez, se presentará aquí á pedirte cuenta de la vida de su madre, y del buen nombre de su casa?

—¿Y era para esto para lo que querías hablarme?

—¿Acaso te parece poco? ¿Acaso no crees que habré ganado bien el nombre que me ofreciste, con la serie prolongada de humillaciones y de deshonras á que me has obligado, con la esperanza única de que me llamaras tu esposa, como me habías ofrecido?

—Vamos, hija, te has despertado hoy sin duda con unas ideas muy extrañas. Ya hablaremos de eso otro día.

—No. Ha de ser hoy, ha de ser ahora mismo cuando ha de quedar resuelta esa cuestión. No quiero esperar más; la vida á que me has condenado me es ya insoportable. Por tí lo he sufrido todo, por tí he tenido que codearme con todas esas mujeres, cuyo sólo contacto me producía náuseas. Tú no solamente te has apoderado de mi cuerpo sino que me has abandonado á tus amigos para que les sirviera en sus infames planes respecto á personas, que ni me han hecho mal alguno, ni son dig-

nas más que de mi respeto y de mi consideración. Pero tú estabas lleno de deudas, el marqués te había prestado dinero y tú no tenías más remedio que acceder á lo que te ordenaba. Yo he cedido á todo porque tú me has ofrecido darme tu nombre; tú desde el primer día en que ciega, fascinada, enloquecida, caí en tus brazos subyugada por aquel acento que me hablaba de amores por la vez primera, me prometiste cubrir mi honra con tu nombre. Tú me obligaste á separarme de mi madre, siempre con la promesa maldita de ese casamiento que podía devolver la paz y la tranquilidad á mi familia y me has estado engañando villanamente. ¡Oh! me has hecho sufrir mucho, tanto, que no podrás jamás llegar á imaginártelo y si te lo imaginas y no has hecho lo que habías prometido, es porque eres sin duda el más miserable de todos los hombres.

CAPITULO LXXV

El escándalo

CONFORME había ido hablando Angeles, Herrera había demostrado en su semblante todo el mal efecto que aquellas palabras le producían.

Sus ojos despedían de cuando en cuando siniestros fulgores, y se comprendía perfectamente que la cólera que rugía dentro de su pecho, había de tener una explosión terrible.

Herrera se paseaba por la estancia, mientras Angeles hablaba, pero al pronunciar ésta las últimas palabras, detúvose delante de ella y la dijo con voz alterada:

—Cuidado, Angeles, cuidado, porque la mina está muy cargada y la menor imprudencia puede hacerla estallar. Ya sabes lo que te tengo dicho cuantas veces hemos hablado de esto. No es tiempo todavía.

—¿Y cuándo lo será?—preguntó irónicamente la joven.

-Nunca, Paco; por desgracia he llegado á conocerte cuando ya no tenía remedio. Muchas veces me hubieras ya arrojado de tu lado á no ser porque me necesitabas, porque halagaba tu vanidad, porque te convenía que supieran que tenías por querida á una de las mujeres más hermosas de Madrid. ¡Oh! Este ha sido el gancho de que te has valido para seducir á muchos. Han creído que conmigo te gastabas una fortuna y te han supuesto más rico de lo que eres, y de ese modo has estafado, sí, has estafado, porque esa es la verdadera palabra, á cuatro incautos. Aquí se ha jugado, y yo he sido el anzuelo de que te has servido para seducir á aquellos á quienes se arrebataba su dinero. Yo te he ayudado en todas las intrigas por miserables y vergonzosas que fueran, siempre con la esperanza única, de la oferta que me hiciste. Pero todo ha concluido ya, te he servido mejor que merecías, —prosiguió Angeles alzándose bruscamente de su asiento y aproximándose á Herrera.—Necesito que me pagues mi salario, pero sin dilación, sin subterfugio de ningún género, sin el menor aplazamiento. La situación ha llegado á su límite, y es menester que lleguemos hasta el fin.

—Conque pretendes que te dé mi mano, ¿no es esto?

—Sí,—contestó secamente la joven.

—¿Y si no creyera conveniente ceder á tus exigencias?—dijo Herrera mirando á la joven con insolencia.

—Cuidado, Paco, mucho cuidado, mira que estás jugando con fuego y sería muy fácil que te abrasaras.

—No eres tú la que ha de quemarme. Y ahora ya que tanto has hablado y que tantos insultos me has dirigido, pongamos las cosas en su lugar y veamos de parte de quien está la razón.

Angeles, quedóse mirando fijamente á su interlocutor y le dijo después:

—Pretendes echar una ojeada retrospectiva para hablarme del pasado. ¡Válgame Dios! y cuán equivocado andas suponiendo que he de salir mal librada en esa excursión por el campo de mis debilidades y por el de tus crímenes.

—¡Angeles!

—Me ratifico en la frase. No tienes necesidad de molestarte haciendo esa excursión. Yo misma te evitaré ese trabajo. Me conociste en Arévalo, mi corazón había permanecido completamente cerrado para el amor, me hablaste, me deslumbraste, un lenguaje al cual no estaba acostumbrada, unas miradas que jamás se habían fijado en mí, una ocasión buscada pérfidamente por tí y la falta de vigilancia y de cariño de mi madre que se había quedado en Avila, me llevaron á tus brazos. Cuando desperté, ví mi honra perdida, mancillado el buen nombre de mi familia, destruida mi reputación y destrozado mi porvenir. Caí en tus brazos niña inexperta, y me separé de ellos siendo mujer formada. Regresé á Avila, tú, no te resignaste á dejar escapar aquella presa á la cual todavía apetecía tu voracidad criminal. Fuíste tras de mí y me ofreciste tu nombre si me decidía por seguirte. Reflexioné y comprendí que entre la deshonra en mi casa, deshonra con la cual tenía que salpicarse el venerable rostro de mi madre y la deshonra ignorada, pero con la esperanza de poderse rehabilitar, era preferible ésta á aquélla. A tu lado, cerca de tí, haciéndote el sacrificio de mi vida, de mi juventud, de mi hermosura, era fácil quizás que consiguiera, con la abnegación y el cariño, lo que no podría obtener con la indiferencia y la

frialdad. ¡Qué necia fuí! Abandoné mi casa, mi madre, dejé tras de mí un reguero de lágrimas, y de desesperación, y te seguí, no pidiéndote en cambio de todo esto más que un nombre, el único medio de poder alzar mi frente como antes de conocerte la alzaba. ¿Y tú qué has hecho? Lo que antes te he dicho; humillarme, ultrajarme, obligándome á ceder á todo, siempre con esa maldita esperanza. Ya ves como no te he necesitado para que hagas esa ojeada retrospectiva hacia el pasado. Ahora ya es distinto. Había conseguido ocultarme á las miradas de los míos durante un largo período, pero la fatalidad ha hecho que estas miradas lleguen hasta mí. Mi hermano está en Madrid, mi hermano habrá sabido anoche mismo tal vez, quién soy y dónde vivo. Yo tengo necesidad de presentarme ante él, escudada con un nombre. Tú me lo debes y vengo á reclamártelo.

—¿Has concluido ya?—preguntó Herrera con una calma insultante.

—Sí; ¿qué contestas?

—Que pensaré sobre eso que me has dicho, y ya resolveré. Pero desde luego puedo asegurarte que lo que tú pretendes es imposible.

—Piénsalo bien, Paco, mira que la paciencia tiene sus límites y tú has abusado mucho de la mía.

—Si no te conviene esta existencia, puedas abandonarla cuando te plazca, franca tienes la puerta.

—¿Es esa tu última resolución?—preguntó Angeles, en cuyos ojos brilló algo de siniestro, que no pudo menos de advertir su interlocutor.

—Vaya, vaya, dejémonos de sandeces,—dijo éste,—y no provoquemos escenas melodramáticas, que al fin y al cabo á nada conducen.

—Puede que sí,—contestó la joven.

—Lo que véo es que tú me propones un rompimiento puesto que exiges lo imposible.

—¡Qué yo exijo lo imposible! ¿entonces de que sirve tu palabra? ¿Acaso te pido yo algo que no me hayas ofrecido tú mismo?

—Vuelvo á decirte que me dejes en paz.

—Por última vez, Paco, reflexiona, que lo que te pido me lo debes de derecho; que yo no he tenido más amor que el tuyo, que á tí te lo he sacrificado todo, honra, familia, reputación, belleza, y en cambio de esto, no te pido más sino lo mismo que tú me prometiste. Muéstrate generoso una vez siquiera. Dame tu nombre y yo te prometo alejarme de tí, dejarte en completa libertad de obrar, si es que apeteces esa libertad y esa independencia que quizás temes perder. Yo me alejaré de tí, me marcharé á Avila, me ocultaré en el rincón más retirado; pero déjame al menos que pueda presentarme á mi hermano escudada con tu nombre.

Iba á replicar Herrera, tal vez en términos no muy favorables, cuando un criado penetró en la estancia llevando una tarjeta en la mano.

—¿Qué es eso?—preguntó Paco.

—Este caballero desea hablar con los señores.

Cogió Herrera la tarjeta y exclamó:

—¡Leonardo Rodríguez!

—¡Qué!—dijo vivamente Angeles, palideciendo y arrancando la tarjeta de las manos de Paco.

—Que espere, que salgo en seguida.

Salió el criado, y Angeles aproximándose á su amante, le dijo en voz baja:

—Ahí está mi hermano, ¿qué le vas á contestar?

—Lo mismo que á tí,—contestó secamente Herrera.

—Antes que tú se lo diré yo.

Y la joven se precipitó fuera del aposento, dirigiéndose hacia el salón.

Herrera se detuvo algunos momentos, abrió después un mueble que tenía cerca de su cama, sacó el revólver, se lo guardó en el bolsillo y dijo:

—Vamos á ver qué quiere este tipo.

Entretanto, Angeles, había penetrado en la estancia donde estaba esperando su hermano.

Al ver éste á la joven, exclamó con acento indescribible:

—¡Angeles! ¡Es posible que vuelva á encontrarte aquí!

—¡Perdón, hermano mío, perdón!—dijo la joven tratando de arrojarse en brazos de su hermano.

Pero éste rechazándola dulcemente, la dijo:

—No es contigo con quien he de hablar ahora. Primero, he de hacerlo con el dueño de esta casa.

—Yo te juro que Herrera reparará el daño cometido; dime que estás dispuesto á llevarme contigo, y salimos inmediatamente de aquí.

—No, he venido resuelto á hablar con ese caballero, y no me iré de aquí sin haberle visto.

—Pues aquí estoy,—dijo Paco, apareciendo en la estancia.

Por los ojos de Leonardo pasó algo tan terrible y amenazador al ver al seductor de su hermana, que ésta, le dijo con voz suplicante:

—¡Leonardo!

—No tengas cuidado,—contestó éste, dominándose. —Supongo que este caballero adivinará fácilmente el objeto á qué aquí me trae.

—No he tenido nunca presunción de ser adivino, por lo tanto, puede usted decir lo qué desea, y cuanto más pronto mejor, porque tengo que hacer.

—Y tan pronto,—contestó Leonardo,—que muy pocas palabras han de bastar para entendernos. Supongo que ya conocerá usted los derechos que tengo respecto á Angeles.

—Derechos que yo no he negado nunca, y si viene usted á reclamármela, por mí, no hay ningún inconveniente para que usted se la lleve.

—Perfectamente, señor don Francisco; ha cogido usted el rico pedazo de tela, le ha extrujado entre sus manos, y cuando le ha convertido en guiñapo, lo arroja con desdén, como objeto inútil. Muy bien; pero yo debo decirle lo que he pensado respecto á usted, ya que usted me dice lo que ha resuelto respecto á mi hermana.

—Pero que sea breve ¿eh?

—Sí, señor. Hace algunos años fuí avisado por telégrafo y llegué á Avila para enterarme de la desaparición de esta desgraciada. Más tarde recogí el último suspiro de mi pobre madre muerta de dolor y de desesperación.

—Pero bien; con todo eso ¿qué quiere usted decirme?

Leonardo permaneció algunos momentos sin contestar; pero en cambio su rostro expresó de una manera tan gráfica lo que sentía, que Angeles volvió de nuevo á decir:

—¡Leonardo por Dios! ¡salgamos de aquí!

—No, si yo he venido para otra cosa. Déjame que explique á este caballero la resolución que formé desde el momento en que con el barro de que está formado y entre el cual ha vivido constantemente, salpicó nuestro rostro.

—Es que...

—¡Déjame! te digo.

Y Leonardo dirigiéndose á Herrera, prosiguió:

—Ante el cadáver de mi madre, caballero, comprendiendo que la desaparición de mi hermana no había reconocido por causa más que una seducción infame, un abuso inconcebible llevado á cabo, sabe Dios por quién, formé como le he dicho, un propósito, y este fué el de buscar á ese seductor miserable y darle muerte.

—¡Oh!—exclamó Angeles precipitándose sobre su hermano.

CAPITULO LXXVI

Contrariedades

Durante algunos segundos no se cambió palabra alguna entre los tres personajes allí reunidos.

Herrera contemplaba á los dos hermanos sin que en su rostro se advirtiera la más mínima emoción.

Leonardo rechazó á su hermana con dulzura, y prosiguió, dirigiéndose á su seductor:

—Ya ha oído usted la resolución que había formado.

—¿Y qué?—preguntó Paco con acento tranquilo.

—Que al venir á esta casa, he venido resuelto á cumplirla. Desde entonces, es decir, desde que tuvo lugar la muerte de mi madre, cada día que ha ido pasando, cada nuevo desengaño que recibía al no encontrar á mi hermana á pesar de las diligencias practicadas para ello, me afirmaba más en mi resolución, y puesto que ha

llegado este caso, va usted á contestarme sin rodeos á la pregunta que le voy á hacer.

—¿Y si no quisiera contestarle?—dijo Herrera mirando con insolencia á su interlocutor.

—El mal sería para usted.

—¿Para mí?... vamos, no me obligue usted á que tome alguna otra resolución que puede muy bien que no le agrade.

—Usted sabe,—prosiguió Leonardo desentendiéndose de las palabras pronunciadas por Herrera,—que mi hermana ha quedado deshonrada por usted. ¿Está dispuesto á devolverle su perdido honor de la única manera que un caballero honrado puede hacerlo? Es decir, ¿está usted dispuesto á darle su nombre?

—No, señor.

Leonardo palideció intensamente al escuchar aquella contestación.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó Angeles cubriéndose el rostro con las manos.

—Pues bien,—dijo su hermano con voz sorda,—usted mismo lo ha querido.

Y al decir estas palabras, metió la mano en el bolsillo de la americana.

—¡Leonardo! ¡Leonardo!—gritó la joven comprendiendo la acción de su hermano.

—Apártate,—la dijo éste rechazándola con dureza al mismo tiempo que en su mano derecha empuñaba el revólver que había sacado del bolsillo.

Pero antes que el suyo, Herrera disparaba sobre Leonardo, diciendo:

—Llega usted tarde, amigo.

—¡Oh!—exclamó Angeles queriendo arrojarse sobre Herrera.

Pero falta de fuerzas, al escuchar la detonación y al ver vacilar á su hermano, quedó inmóvil, sintiendo que faltaba la luz á sus ojos y la tierra bajo sus piés.

—¡Maldito seas!—exclamó la joven al caer desmayada sobre un sofá que había inmediato.

Al ruido de la detonación, acudieron precipitadamente los criados.

—Ese hombre,—les dijo Herrera,—ha venido á mi casa amenazándome, y yo he sabido librarme de él.

Momentos después los agentes de orden público y el inspector del distrito se personaban en la casa de Herrera.

Angeles fué trasladada á sus habitaciones.

Precisamente en aquellos momentos pasaba por la calle, Alejandro, que había despertado de su letargo la noche anterior, merced á los cuidados que le prestara don Jerónimo y Ramona, refiriendo al primero todo lo que le había ocurrido, y sorprendiéndose de encontrarse en su casa.

Don Jerónimo le explicó cómo sospechando que aquella cita fuera una emboscada, había don Andrés dispuesto que Leonardo se presentase cuando lo creyera oportuno, para librarle.

Alejandro no había podido olvidar á Angeles.

De todo cuanto aquella noche le había ocurrido, lo único que tenía presente era aquella mirada que no podía borrarse de su memoria.

Al día siguiente, á la hora de costumbre, se dirigía á la Universidad, y precisamente pasaba por la casa de Herrera cuando tuvieron lugar los sucesos de que dejamos hecho mérito.

Al ver la multitud que se agolpaba á la puerta de la



¡Maldito seas! esclamó la joven al caér

casa, la curiosidad le hizo preguntar y, como sucede en estos casos, abultando el suceso, le dijeron que en el cuarto principal de aquella casa un caballero había muerto á otro, añadiendo algunos que la causa había sido una señora que vivía con el dueño de la casa.

Como Alejandro sabía que allí habitaba Paco Herrera á quien conocía, se abrió paso por entre la multitud, subió la escalera y penetró en la casa donde ya habían llegado los agentes de orden público.

El primer espectáculo que se le ofreció al entrar en la casa, fué el de Leonardo tendido en el suelo brotando la sangre de la herida que tenía en el hombro, y en el otro extremo de la estancia Paco custodiado por un agente de orden público.

—¡Qué es esto! ¡qué ha pasado aquí!—exclamó Alejandro.

—Ya lo ves,—contestó Herrera.

—Pero ¡quién ha herido á Leonardo!—prosiguió el joven.

—¡Ah! ¿le conoces tú?—dijo Herrera.

—¡Pues no le he de conocer! es amigo mío, está empleado en el Gobierno Civil...

—Pues él ha tenido la culpa. Vino aquí con intención de matarme según dijo, y he procurado ahorrarle ese trabajo.

En aquel momento llegó el inspector, al mismo tiempo que en las habitaciones interiores se escuchaban gritos y sollozos.

—¿Qué es eso?—dijo Alejandro.

—Es la hermana de ese,—contestó con indiferencia Herrera;—entra y procura evitar que nos dé un espectáculo más.

Alejandro, aturdido por lo que estaba pasando, se dirigió hacia las habitaciones donde se percibían los gritos que había escuchado, y se encontró con Angeles, á quien en vano trataban de detener sus doncellas.

A todo trance quería salir para ver á su hermano.

Al ver á Alejandro, exclamó con acento indescribible:

—¡Oh! ¡amigo mío, amigo mío! ¡sálveme usted, ya que usted es muy posible que haya tenido la culpa de todo!

—¡Yo!—exclamó Alejandro sorprendido.

—¿Ha visto usted á mi hermano?

—¡A su hermano de usted!—exclamó Alejandro sorprendido.—¿Quién es?

—¿No le ha visto usted? ¿no ha visto usted que Herrera le ha muerto?

—¡Cómo! ¡Leonardo es su hermano!

—¿Usted le conocía?

—Sí, señora.

—¡Oh! corramos, yo no quiero que mi hermano se muera, no quiero ser su verdugo. ¡Dios mío, en qué hora más desgraciada nací!

Y la joven quiso de nuevo precipitarse fuera del aposento, hasta que presa de una nueva convulsión cayó en los brazos de las mujeres que la rodeaban.

Entretanto había llegado el juzgado, llegó el médico, reconoció la herida de Leonardo, y se dispuso el traslado de éste á la casa de socorro del distrito, para proceder á la extracción de la bala.

Procedióse á tomar las declaraciones necesarias, y Alejandro se vió detenido allí la mayor parte del día.

La declaración de Angeles fué verdaderamente terrible para Herrera.

Reveló en ella la verdad, y cuando el juzgado ordenó la detención de Herrera, y la joven vió que se iba á quedar en aquella casa, á pesar del estado en que se hallaba, dijo á Alejandro:

—Suplico á usted que me saque de aquí.

Alejandro, previa la venia del juez, envió á buscar un carruaje y condujo á la joven á la casa de don Jerónimo.

Sorprendido quedó el antiguo jefe de orden público escuchando el relato que le hacía el joven, é inmediatamente y por teléfono, se apresuró á comunicárselo á Andrés.

Angeles quedó provisionalmente instalada allí, mientras que Alejandro se dirigía á la casa de socorro á fin de conocer el estado en que se hallaba su buen amigo.

Cuando llegó á ella, encontróse ya con Andrés que, apenas hubo recibido el aviso de don Jerónimo se trasladó allí, deplorando que hubiese llegado tan tarde la orden del gobernador para que Leonardo pudiera salir inmediatamente de Madrid.

La opinión facultativa era que no existía peligro inmediato, pero que el estado del herido era grave.

La extracción de la bala habíase verificado con toda felicidad.

Alejandro se informó de si habría peligro en trasladar al herido á su domicilio, y al asegurarle que podía hacerlo sin riesgo, se apresuró á llevarle á la casa que Leonardo habitaba, donde algunas horas después quedaba también instalada su hermana para cuidarle.

Andrés se encargó de su asistencia, y ya sabemos lo que se podía esperar de su reconocida inteligencia.

—No tenga usted cuidado,—dijo á la joven,—la vida de su hermano de usted no corre peligro.

Después de esto se dirigió á su casa, donde con gran sorpresa suya, se encontró á Jerónimo que hacía una hora le estaba esperando.

Lo avanzado de la noche llamó su atención y le dijo:

—Pero ¿qué es esto Jerónimo? ¿qué novedad ocurre para que usted se encuentre aquí á estas horas?

—Una muy grave, al menos para mí.

—¿Qué hay?

—Entérese usted de este aviso que he recibido esta tarde, de parte de Lorenzo.

Y al mismo tiempo puso en manos de Andrés un papel, en el cual éste leyó lo siguiente:

«Hoy ha habido gran entrevista aquí.

»Ha estado hablando largamente con el marqués un tal Ramírez, que ha salido de la cárcel por mediación de Ortiz. Es un tunante muy largo y que, según ha dicho, le tiene á usted muchas ganas y posee medios para inutilizarle.

»El tal Ramírez ya le conozco también, y en otro tiempo me parece que fué aquel marqués de la Estrella, cuyos planes destruyó usted.

»Me apresuro á comunicárselo para que esté prevenido.

»Como que usted es la persona á quien más miedo le tienen, contra usted van á dirigir todos los tiros. Yo sigo observándolo todo, y le tendré al corriente. Ya sabe usted que es un enemigo formidable y unido á Ortiz puede darnos mucho que hacer.»

—¿Y quién es ese hombre?—dijo Andrés después que hubo concluido aquella carta.

—Para eso he venido, para que conozca usted mis relaciones con ese hombre, y para que acordemos lo que se debe hacer.

Poco después, Jerónimo refería á don Andrés una breve historia referente á aquel Ramírez de quien Lorenzo le hablaba, cuyo relato damos á continuación.

CAPITULO LXXVII

Acuerdo de bribones

Años antes de los sucesos que hemos narrado en los capítulos anteriores y en la época en que Jerónimo, según hubimos de manifestar, estaba desempeñando la plaza de oficial en la escribanía de cámara donde había estado su padre, una mañana en ocasión que se preparaba para dirigirse á la escribanía, entró la criada en su despacho, anunciándole que una señora deseaba hablarle.

—¿Pero le has dicho que ahora tengo muy poco tiempo disponible porque me voy á marchar?—exclamó Jerónimo dirigiéndose á la criada.

—Sí, señor; pero me ha contestado que era muy importante lo que tenía que decirle y, sobre todo, que despacharía pronto.

—No sé por qué has de decir á nadie que estoy en casa á estas horas.

Y Jerónimo que, á pesar de no contar á la sazón más que veintisiete años, en su gravedad y en su conducta representaba doble, se preparó para recibir á aquella señora, murmurando:

—Esto me va á obligar á ir á la escribanía media hora más tarde, y lo siento, porque no me gusta dar mal ejemplo á los demás.

Y no tuvo tiempo de añadir otra palabra, porque alzándose el portier que cubría el hueco de la puerta de su despacho, dejó paso á una señora modestamente vestida, cuyo rostro estaba cubierto por el espeso velo de la mantilla.

—¿El señor D. Jerónimo Jiménez?—preguntó la recién llegada.

—Servidor de usted.

—Desearía que me concediera usted aun cuando no fuera más que un cuarto de hora, para hacerle algunas preguntas de sumo interés para mí. Ya sé,—prosiguió la desconocida observando el movimiento hecho por su interlocutor,—que esta es la hora en que usted acostumbra ir á la oficina y que quizás le mortifique, pero le doy á usted palabra de no abusar.

—Ya que usted me dice eso, sin perjuicio de que esta entrevista se amplie en otra hora y en otro sitio si usted gusta, suplico á usted que tome asiento y me diga lo que tenga por conveniente.

—Mil gracias.

La desconocida, tomó asiento, y separando el velo de su rostro, dejó ver á la asombrada vista de Jerónimo, un conjunto de perfecciones encerradas en un semblante de una regularidad perfecta.

—Tal vez,—dijo,—mi nombre no le sea á usted des-

conocido; me llamo Sara, y soy hija del joyero de Mogador Abrahan.

—¡Cómo!—exclamó Jerónimo sorprendido.—¿Fué en casa de usted donde pasó Luciano los primeros años de su vida?

—Sí, señor.

—Ya advertí algo en el acento de usted que me demostraba la diferencia de su origen, por más que habla usted el español de un modo perfecto.

—No tiene nada de particular, porque ya en Mogador lo hablaba bastante bien, y después, al casarme con el duque del Sol, no tuve más remedio que seguir hablando en el mismo idioma de mi esposo. También al casarme y al adoptar el cristianismo, dejé mi nombre de Sara por el de Dolores, que es con el que hoy se me conoce en la sociedad.

—Es verdad, ahora recuerdo que Luciano me dijo alguna cosa sobre ese particular.

—¿Y no habló á usted Luciano jamás respecto á los primeros años de nuestra existencia?

—Luciano, no ha tenido jamás secreto alguno para mí, y aun cuando poco más joven que yo, ya sea por efecto de mi carácter ó de las circunstancias excepcionales en que me he encontrado, lo mismo Luciano que su hermano Fernando, me han considerado siempre como un hermano mayor, de quien se han aconsejado y con quien han consultado todos los actos de su vida.

—En ese caso, supongo que sabría usted las relaciones que entre nosotros mediaban.

—Algo me dijo Luciano, añadiéndome que diferencias de carácter produjeron entre ustedes un rompi-

miento, tras el cual usted á los dos ó tres años se casó...

—Habiendo enviudado á los dos años de casada, lo cual también sabía Luciano.

—He ahí una cosa que yo ignoraba.

—Luciano me había hablado una porción de veces de usted y de su señor padre; pero de usted especialmente, haciéndome elogios extraordinarios.

—El cariño siempre exagera las condiciones del objeto querido. Yo también le quiero mucho, y me he complacido siempre en reconocer las dotes que le adornan.

—Creo que dice un refrán castellano, que cada uno habla de la feria según le va en ella, y yo, respecto á Luciano, no puedo decir lo mismo que usted.

—¿Por qué? señora.

—Porque conmigo se ha portado muy mal.

—Será usted, quizás, la primera persona que hable así de Luciano.

—Habré tenido esa desgracia.

—Resentimientos de enamorados.

—Luciano, se portó conmigo de un modo indisculpable.

—No sé...

—Por esa razón, en brevísimas palabras le explicaré...

—Suplico á usted que no olvide la hora en que me he de marchar.

—Seré brevísima. Yo tenía concentradas en Luciano todas las afecciones de mi pecho. El era para mí toda mi familia, todos mis afectos, todas las aspiraciones de mi alma, y como yo había hecho respecto á él una abstracción tan completa de cuanto me rodeaba para no fi-

jarme más que en él, exigía con muchísima razón que él también hiciera lo mismo.

—Era natural; pero usted comprenderá también que cuando esas abstracciones se exageran un poco, es fácil que se caiga en el extremo contrario, y en vez de obtener ese cariño á que se aspira, se consigue excitar el enojo de la persona querida.

—No; Luciano no procedió conmigo con lealtad.

—Es usted la primera persona á quien he oído acusar á Luciano de desleal.

—Tengo motivos para ello, caballero.

—Motivos que yo respeto, por más que con mi franqueza acostumbrada la diga que no acierto á comprenderlos.

—Pregúntele usted á Luciano, y si quiere ser franco, me parece que le dirá alguna cosa que le hará modificar su opinión. Pero en fin, como este no es el objeto principal de mi visita, tiempo tendremos de hablar respecto á ello.

—Cuando usted guste.

—Luciano me había hablado muchas veces, como ya le he dicho, de usted, y entre los rasgos especiales que me determinaba, había uno que hubo de llamar mi atención.

—¿Cuál?—preguntó sonriendo Jerónimo.

—La facilidad que tiene usted para retener hechos, nombres y personas con quienes directa ó indirectamente haya tenido trato, y más particularmente en lo que se refiere á la profesión que usted ejerce.

—Es verdad; como que desde niño había estado al lado de mi padre en la escribanía y he tenido que tratar con tanto criminal, enterarme de tanto proceso y recor-

dar tanto detalle, he ido acostumbrando mi memoria y educándola de un modo extraordinario.

—Así me decía.

—¿Y es sobre esto el objeto de su visita?

—Sí, señor. Según me dijo Luciano, en Mogador, cuando tuvo lugar el asesinato de un cónsul español que había llegado poco antes, parece que éste era amigo de su papá de usted.

—¡Ya lo creo! y amigo íntimo. Y hasta dió la coincidencia de que cuando esa causa vino á Madrid, donde fueron remitidos los presuntos asesinos, fué precisamente á nuestra escribanía donde vino á parar.

—Justamente. Y por cierto que en esa causa hubo una porción de puntos oscuros, que no fué posible aclarar. En primer lugar, la hija del cónsul desapareció sin que se supiera dónde había ido.

—Cierto.

—¿Y qué sucedió con los asesinos?

—¡Oh! creo que fueron á cumplir sus condenas, porque aun cuando no se les pudo probar el delito, había indicios tan poderosos, que el tribunal no tuvo más remedio que condenarlos. López y Ramírez, así se llamaban aquellos dos hombres, secretario el uno y empleado en el consulado el otro, para mí eran los verdaderos asesinos.

—¿Y las riquezas que tenía el cónsul?

—Ese es otro de los puntos oscuros de que antes hablaba usted. Tampoco se supo nada de ellas.

—¿Está usted seguro de que están todavía en presidio esos hombres?

—Debo suponerlo al menos.

—¿No sería fácil averiguarlo?

—Si tanto interés tiene usted en ello...

—¿Les conocería usted si los viese?

—No lo sé; porque si bien estudié ese proceso detenidamente, y formé, como la he dicho, mi juicio respecto á él, no había visto mucho á los asesinos. Me parece que los ví únicamente una ó dos veces. Pero francamente, señora, permítame usted que yo á mi vez también la haga una pregunta.

—Hágala usted, está en su derecho.

—¿Qué interés tiene usted en este asunto?

—Que yo también, aun cuando quizás por razones distintas de las de usted, estoy preocupada con ese proceso. Mi padre era íntimo amigo del cónsul, y no sé por qué se me figura que he visto en Madrid, y en posición muy distinta, á uno de los asesinos.

—¡Qué dice usted!

—Tal me ha parecido al menos.

—Es que á veces existen semejanzas que le hacen á uno sospechar y formar juicios algo aventurados.

—Por esa razón es por la que he venido á molestarle.

—Ya sabe usted que no me molesta, y que, por el contrario, como amiga antigua de Luciano, tiene usted ya un título adquirido para mi afecto.

—Sin embargo, no crea usted que hoy sea muy amiga de Luciano.

—¡Oh! rencores de enamorados, carecen de gran importancia.

—No por cierto, y ya ve usted si le soy franca; yo ni puedo olvidar ni perdono. Y esto lo sabe muy bien Luciano, porque soy adversaria muy leal.

—Pero señora, semejante odio...

—Crea usted que está justificado.

—No sé qué justificación pueda existir para un sentimiento semejante. Yo creo, por el contrario, que cuando un hombre confiesa que en su pecho no existe amor suficiente para compensar el de una mujer, merece que se le admire y que se le agradezca el que no la haya querido engañar.

—Vea usted lo que son las cosas; yo lo aprecio de distinta manera. Ahora según parece va á casarse.

—Algo me ha dicho.

—Con una muchacha, que principia hasta por ignorar quién es su padre.

—De lo cual no tiene ella la culpa como usted comprenderá.

—De todos modos, Luciano, me parece que debía alguna cosa á su nombre y á su posición.

—Si él quiere á esa joven y comprende que ha de ser feliz con ella, me parece que eso es suficiente.

—A veces suelen surgir á última hora incidentes inesperados que destruyen todos esos bellísimos proyectos.

—No diré que no.

—Y cuando se han desatado ciertos vientos, desengáñese usted, que es muy fácil que sobrevengan furiosas tempestades.

Y al decir estas palabras la duquesa, se levantó de su asiento.

CAPITULO LXXVIII

Dos hermanas

No pudo menos de estremecerse Jerónimo, no tanto por la entonación que la duquesa diera á sus palabras, como por el sentido de ellas.

¿Qué tempestad era la que podía destruir la dicha de Luciano? ¿Qué incidente era el que podía surgir que impidiera la realización de aquel matrimonio en que él creía encontrar la felicidad?

—Francamente, señora,—dijo el curial al cabo de algunos momentos,—me sorprende mucho lo que acaba usted de decir, y si esas tempestades pueden ser producidas por el furioso huracán de los celos ó del despecho, permítame usted que censure su manera de obrar.

—Y yo por mi parte no le niego á usted, ni el derecho ni la razón de esa censura; pero tenga usted por

cierto también, que ni el uno ni la otra modificarán en nada mi propósito en el caso que lo tenga. Siento muchísimo haber entretenido á usted algunos momentos, impidiéndole tal vez á que fuera á la oficina á su hora acostumbrada.

—No debe usted sentirlo cuando yo he tenido un verdadero placer, como antes la dije, en conocerla y en ponerme incondicionalmente á su disposición.

—Tal vez me aproveche de esa oferta.

—Cuando usted guste.

—Por si acaso alguna vez quiere usted favorecerme con su visita, aun cuando Luciano lo mismo que su hermano Fernando saben donde vivo, aquí tiene usted las señas de su casa.

Y la duquesa sacó de una lindísima carterita de piel Rusia una tarjeta que la entregó á Jerónimo.

Poco después de haberla acompañado el curial hasta la puerta, volvía á entrar en el despacho murmurando:

—¿Qué ha querido decir esta mujer con esas palabras? ¿Qué objeto es el que ha tenido su visita, y por qué ese recuerdo respecto á aquel asesinato? Esta mujer según he podido observar, está cegada por su pasión, y sabe Dios hasta dónde puede llegar impulsada por ella. No sé por qué me figuro que la dicha de Luciano está amenazada. Afortunadamente estoy yo aquí, y ya veremos si podemos ponerle á cubierto de cualquier contratiempo. Ya Elisa me ha puesto á Fernando á dos dedos del precipicio, y ahora nos encontramos con que este otro también está enamorado. En fin, ya veremos cómo salimos de todo.

Y Jerónimo miró el reloj y se apresuró á dirigirse á su oficina.

Según hemos oído decir á la duquesa, Luciano estaba á punto de casarse con una joven que, como aquélla había dicho en tono despreciativo, por no tener, ni aun padre tenía.

Y efectivamente así era.

María y Antonia eran dos hermanas huérfanas, que vivían merced al trabajo á que se entregaban con un ardor infatigable.

Que las dos habían recibido una educación esmerada, comprendíase perfectamente desde el momento en que se las veía.

Hablaban dos ó tres idiomas, y poseían todas esas habilidades propias de jóvenes que han estado en colegios de primer orden.

Tres años antes había muerto su madre, y las dos jóvenes entrando animosamente en la lucha por la vida, siguieron trabajando para diversas tiendas; y siempre juntas, ni en la vecindad habían dado motivo para que nadie las censurase, ni se las había visto en diversión alguna hacía mucho tiempo.

En vida de su madre, aun cuando también habían llevado una existencia sumamente recogida, solían sin embargo ir los días de fiesta á dar algún paseo por las inmediaciones de Madrid.

Pero desde que aquel triste acontecimiento las privó de una madre cariñosa, no salían más que para ir á las tiendas á llevar la labor, ó para aquellas necesidades más imprescindibles.

Antonia, era mayor que su hermana, y las dos ofrecían tipos totalmente distintos.

A no ser por la identidad de sentimientos, nadie hubiera dicho que eran hermanas, si se hubiera debido

juzgar por un solo rasgo que fuera común en sus dos fisonomías.

María se parecía extraordinariamente á su madre, pero Antonia no tenía parecido alguno ni con ésta ni con aquélla.

Un día, ésta, que había ido sola á la tienda porque su hermana estaba enferma, tropezó, al regresar, con un caballero que varias veces había encontrado cuando iba acompañada de su hermana.

A pesar de que las dos jóvenes estaban ya predispuestas contra ciertas manifestaciones y espontaneidades puramente callejeras, la verdad era, que aquel caballero habíase mostrado tan prudente siempre, que no había dado lugar ni á que ellas le dijesen nada, ni á que la vecindad murmurase de su solicitud.

Limitábase á seguirlas hasta la tienda, esperar fuera de ella á alguna distancia, y acompañarlas después hasta cerca de su casa.

Fuera de esto, no se le volvía á ver ni pasear por la calle, ni llamar la atención de ningún modo.

Antonia, como hemos dicho, tuvo necesidad aquel día de ir sola á la tienda, y no sin cierta emoción advirtió que el desconocido estaba como todas las noches esperando en una calle inmediata á la suya, y que al verla sola había hecho lo mismo que todos los días; seguirla sin decir una palabra.

Despachó la joven en la tienda, recogió la nueva labor que le dieron, y cuando salió Antonia para dirigirse hacia su casa, comenzó á sentir á corta distancia de ella el rumor de las pisadas del desconocido.

Pero al contrario de lo que sucedía las demás noches, aquel rumor parecía que se iba aproximando cada vez más.

Por fin, después que hubieron pasado tres ó cuatro calles, Antonia escuchó un acento que la decía, de ese modo que obliga siempre á ser escuchado.

—Señorita, suplico á usted que me escuche cinco minutos no más.

Antonia, temblando y sin saber qué hacer, continuó su camino, sin contestar una palabra.

—Ruego á usted, señorita,—volvió á decir la misma voz,—que no me juzgue como suele juzgarse á todos esos galanteadores de oficio que tanto abundan en Madrid. Tanto usted como su hermana, me parece que deben haberme observado hace ya muchas noches, y han visto que nada las he dicho. Hoy, ya me es imposible callar, y la ruego que se detenga un solo momento.

Antonia se detuvo.

Había algo en la voz de aquel caballero que resonaba dulcemente en el fondo de su pecho, y contestó con voz ligeramente alterada.

—¿Pero para qué quiere usted que me detenga?

—Para decirle á usted quien soy, lo que pretendo y lo que estoy dispuesto á cumplir.

—Pero permítame usted que le diga que ni yo tengo necesidad de saber quién es usted ni de conocer sus pretensiones.

—Si las ignora usted, no sabe si pueden convenirle ó no.

—Mire usted, caballero; antes de todo, permítame usted que le manifieste que ni mi hermana ni yo somos de aquellas á quienes les agrada escuchar en la calle ciertas frases, que quizás á otras halaguen, pero que para nosotras no tienen valor alguno. Somos pobres, y sabemos muy bien que las personas de la clase que usted

pertenece, no pueden aproximársenos, sino para dejar impresa alguna mancha en nuestra reputación; por lo tanto, ruego á usted que se aleje.

—Por el contrario, Antonita; esa contestación me hace que con mayor motivo me aproxime á usted. Me llamo Luciano Carvajal, soy huérfano, tengo un hermano, y disfruto de una posición completamente desahogada. Soy completamente dueño de mis acciones, tengo ideas muy especiales respecto á la felicidad doméstica, creo que ésta la constituye una mujer á quien verdaderamente se ame y de quien sea uno verdaderamente amado, y desde el momento en que ví á usted comprendí que mi felicidad estrivaba en su cariño. Sin comprometerlas en lo más mínimo las he seguido; sé perfectamente lo que valen tanto usted como su hermana, y si usted quiere concederme su mano, me consideraré el más feliz y el más honrado de los hombres.

Antonia, no supo qué contestarle.

Era tal su emoción, tan grande el efecto que aquellas palabras le causaron, que durante algunos segundos, no se hubiera podido percibir entre aquellos dos personajes más que el agitado rumor de su respiración.

—Sentiría muchísimo,—dijo Luciano, puesto que ya sabemos que así se llamaba el joven,—haberla enojado con mi declaración; pero tenía deseos de despejar una situación que se iba ya prolongando demasiado. Con la franqueza que empleo en todos mis actos, la he hablado, y lo único que sentiría como la he dicho; sería haber incurrido en su enojo.

Antonia, si no pudo contestarle, fijó en cambio sus ojos en los de Luciano, y este pudo leer en aquella mirada lo que el labio no se atreviera á decirle.

—Antonia,—dijo después,—no quiero que me tache usted de exigente; mañana me contestará usted. Cuando vaya usted á la tienda con su hermana, nos encontraremos en este mismo sitio, y su contestación determinará mi felicidad ó mi desventura. También me tomaré la libertad de hacer que venga mi hermano conmigo; con eso tendré el gusto de presentárselo, y tal vez él que como médico tiene cierta gravedad de que yo carezco, es muy posible que acabe de convencerla.

—Como usted guste,—contestó Antonia agradeciendo á Luciano que no la exigiera una resolución inmediata.

Y se apresuró á proseguir su camino.

Luciano, la fué siguiendo como de costumbre, alejándose de allí cuando comprendió que estaba ya en su casa.

CAPITULO LXXIX

Los hermanos Carvajal

SEGÚN hemos oído á Jerónimo, amigos suyos muy queridos y más todavía que amigos casi hermanos, eran Luciano y Fernando Carvajal, menores que él los dos, pero que le querían y le respetaban cual si les hubiera duplicado la edad.

Habían quedado huérfanos siendo muy niños, se habían criado en casa de Jerónimo porque el padre de éste y el de aquéllos habían sido íntimos amigos, y si bien Luciano cuando ya tenía diez y seis años marchó á Mogador en compañía de un tío suyo, judío, porque judía había sido la madre de los dos hermanos, á los cinco años de estar allí, regresó á España para tomar posesión de sus bienes, toda vez que su hermano había cumplido ya la mayor edad y acababa de terminar su carrera de médico.

¿Qué había pasado en Mogador, según hemos oído

decir á Dolores en la visita que había hecho á don Jerónimo?

La hebrea no había dicho la verdad.

Luciano y ella se habían querido con el primer amor.

Cuando Luciano llegó á la casa de su tío, la joven estaba en toda la plenitud de su belleza.

Sin embargo, la hija del joyero, tenía un carácter altivo y orgulloso, mientras que el de Luciano era sencillo y complaciente.

Desde el primer momento, la hebrea dominó á su primo.

Y poco á poco, fué avasallándole de tal manera, que Luciano no tenía derecho para mirar á otra mujer, ni para hablar con nadie, ni para dar paso alguno sin pedirle antes permiso á su encantador tirano.

Todo esto, duró algún tiempo.

Luciano estaba fascinado, enloquecido por la espléndida hermosura de su prima, y no pudo hacerse cargo de los muchos defectos que tenía.

Voluntariosa, altiva, vengativa é implacable en sus odios, la joven desde el momento en que murió su padre, en ocasión precisamente en que se hallaba Luciano en su casa, comenzó á descorrer el velo que hasta entonces ocultara sus malas cualidades, y como natural consecuencia, empezó á disminuir el afecto de Luciano.

Precisamente poco tiempo antes de la muerte de Abrahan el joyero, un día al amanecer sintióse gran movimiento y agitación en la casa inmediata á la que aquél habitaba, casa en la cual vivía el cónsul español, viudo y riquísimo, según decían, el cual tenía una hija que á la sazón contaría ocho ó diez años.

Esta niña había estado en un colegio francés en Orán, en compañía de otra niña, hija precisamente del secretario que tenía el cónsul, secretario que había tomado posesión de su cargo dos ó tres días antes del en que tuvo lugar el suceso que vamos á referir.

La hija del cónsul había ido á reunirse con su padre, acompañada por el secretario, que se llamaba Manuel López.

La agitación y el movimiento que llamó la atención de la hebrea al despertar, procedía de que los dos ó tres criados del cónsul, al entrar en la habitación del señor, le habían encontrado horriblemente asesinado.

Al saber esto Sara, que como sabemos, así se llamaba la hebrea, precipitóse en casa de su vecino, entró en la habitación del difunto y su mirada abarcó en un momento todo el horrible cuadro que ante ella se ofrecía.

Según parecía, el cónsul debió sostener una lucha con sus asesinos, yendo á espirar cerca de una mesa donde había varios papeles.

Todos los cajones de diversos muebles que había en la estancia estaban abiertos, comprendiéndose que el robo había sido el móvil de aquel asesinato.

Sara, con un valor apenas comprensible en tan frágil cuerpo, se aproximó al cadáver, estuvo examinándole, y de pronto, parecióle distinguir entre sus crispados dedos un papel que llamó su atención.

A costa de grandes esfuerzos, consiguió arrancárselo.

Dirigió una mirada hacia su alrededor para asegurarse de que nadie la veía, y entonces desarrugó el papel y leyó lo siguiente:

«Muero asesinado por el secretario y por Ramírez, el intérprete.

»Me lo han robado todo.

»Creyeron que había muerto y se han alejado llevándose el producto del robo.

»¿Qué han hecho de mi hija Antonia? Lo ignoro.

»Me faltan las fuerzas.

»Si vive mi hija, todo el dinero que tengo en el Banco de España, cuya existencia no conocen mis asesinos, que sea para ella.

»*Francisco Rojas.*»

Y como si la pluma no hubiese podido obedecer ya á la voluntad del desgraciado que se sentía desfallecer, no pudo poner la fecha, que sin duda iba á seguir á aquel extraño testamento.

Sara guardó cuidadosamente aquel documento.

Recogió algunós otros papeles de los que vió esparcidos por la mesa, y salió de la casa, dirigiéndose á la suya, donde se puso á reflexionar acerca del extraño documento que la casualidad había puesto en sus manos.

Precisamente aquel intérprete, asesino, con el secretario, era íntimo amigo con su padre, al cual le había salvado la vida en dos distintas ocasiones y con riesgo de la suya.

Si ella presentaba aquel escrito, la suerte de Ramírez no era dudosa.

¿Cómo podía ella entregar al hombre á quien su padre le debía la vida? ¿Podía acaso con esto devolver ya la del cónsul asesinado?

Sara resolvió callar y dejar que los acontecimientos siguieran su curso.

Precisamente había entonces en Mogador un buque

de guerra español, y las autoridades marroquíes desde el primer momento procedieron á la detención de todos los dependientes y empleados del consulado, hasta el momento en que alguna autoridad española se presentase allí.

El comandante del buque, ejerciendo en aquellos momentos como autoridad, instruyó las primeras diligencias, y como le parecieran sospechosos algunos indicios que encontró en el intérprete y en el secretario, como hubo en sus respuestas algunas contradicciones, procedió á su detención y envió las diligencias, juntamente con los presos, á los tribunales de la península.

La circunstancia de ser el cónsul persona muy conocida en Madrid y estar emparentado con personas de gran representación en la magistratura, hizo que se llamase á Madrid la causa y de aquí que fuese á parar á la escribanía en que estaba el padre de Jerónimo.

Como había dicho éste muy bien, había indicios vehementes de la culpabilidad de aquellos dos hombres, pero no se tenía la seguridad absoluta, y como que se encontraron también algunos antecedentes que en nada favorecían á uno y á otro, fueron condenados á presidio, yendo á cumplir su condena al de Ceuta.

¿Qué había sido de la hija del cónsul y de la mujer y la hija de López el secretario?

Nadie supo nada.

Sin embargo, Sara pudo descubrir algún tiempo después que la mujer y la hija de López habían desembarcado dos días antes en Larache, y que la noche en que tuvo lugar el asesinato del cónsul, López había salido de Mogador llevándose consigo á la niña á la que dejó

en Larache, y que regresó al amanecer del día siguiente, á tiempo para presentarse en el consulado al circular por la ciudad la noticia de lo ocurrido.

Como hemos dicho, la hebrea guardó cuidadosamente aquel documento, creyendo de este modo prestar un servicio á Ramírez, puesto que á él era deudora de la vida de su padre.

Nada de esto supo Luciano; pasó tiempo, murió el joyero, y Sara, dueña ya de sus acciones, creyó un día oportuna la ocasión para decir á su primo qué era lo que pensaba.

Como dejamos ya anteriormente manifestado, en Luciano habíase ido operando un cambio bastante marcado.

Había ido conociendo poco á poco todos los defectos de su prima, y como tenía un criterio bastante recto, comprendió que no era aquella la mujer que á él le convenía.

Por aquellos días, llegó también á Mogador su hermano Fernando, á quien tampoco le fué muy simpática su prima.

Luciano confesó á su hermano el estado de su corazón, y éste le aconsejó que obrase en armonía con lo que aquél le dictara.

Así fué que al exigirle Sara una contestación clara y terminante, el joven se la dió con la lealtad que le caracterizaba.

¿La querría así la joven?

No, en aquella franqueza vió una ofensa.

Porque amaba á Luciano con todo su corazón, pero le quería de aquella manera exclusiva y avara que era la nota dominante de su carácter absorbente.

El golpe la hirió profundamente, pero se contentó con decir:

—¿Tú lo has pensado bien?

—Sí, y puedes creer que deploro el que tus mismas intemperancias hayan dado lugar á este enfriamiento de mi parte.

—Sin embargo de eso, yo tengo la seguridad de que me amarás algún día.

—No lo creas, prima; te he amado demasiado para que pueda amarte más.

—Es que yo quiero que me ames.

—Si el quererlo bastara, puede que todavía siguiera amándote.

—Tales cosas podré yo hacer.

—Cuanto hagas será inútil.

—Lo veremos.

—Pues lo veremos.

Y de esta manera terminó la entrevista de los dos primos.

Poco después los dos hermanos abandonaron el suelo africano para regresar á la península.

Sara, no olvidó su amor por Luciano.

Algún tiempo después, marchó á Orán con objeto de ver si descubría algún indicio referente á la familia de López.

Pero su empeño resultó inútil.

Nada supo; mas en cambio, tropezó con el anciano duque del Sol, riquísimo, y viajero infatigable, que había llegado á Orán con el propósito de hacer una excursión por el interior de Africa, que la vió, que se prendó de ella, y que renunció á la expedición si obtenía su mano.

Sara reflexionó, y dos meses más tarde recibía el agua del bautismo y se casaba con el duque.

Dos años más tarde, falleció éste, y Dolores, que tal era su nombre, que como sabemos había tomado al ingresar en la comunión católica, quedóse viuda, riquísima, y más avara que nunca del amor de Luciano.

CAPITULO LXXX

Para dos hermanas, dos hermanos

Dijimos que Antonia había entrado en su casa profundamente emocionada, en términos que su hermana María no pudo menos que advertirlo.

Antonia, con el semblante encendido de rubor, la refirió lo que había tenido lugar en la calle.

—¿Eso te ha dicho, hermana?—la preguntó María llena de asombro.

—Sí, lo mismo que te he dicho, y su acento era realmente el de la lealtad y el de la honradez.

—¿Y dices que mañana nos esperará?

—Así me ha dicho.

—¿Y qué piensas contestarle?

—No lo sé,—contestó Antonia.

—Pero ¿tú le amas?

—Hermana, yo no sé si será amor el placer que experimentaba cuando advertía que nos iba siguiendo todas estas noches pasadas; no sé si lo será la dulce satisfacción con que estaba escuchándole y el estremecimiento de mi corazón al sonido de su voz; no sé si lo será esa especie de atracción que para mí tenía su mirada. Si eso lo es, sí, hermana, yo le amo.

—Pues entonces ya sabes lo que le has de decir.

—¡Oh! pero ¿y si nos engañase?

—¿No estás diciendo tú misma que en sus palabras resplandecía la verdad?

—Sí.

—Entonces ¿por qué no corresponder á su franqueza con la tuya?

—¡Oh! sería tan horrible para mí sufrir más tarde un desengaño...

—Me parece que después de lo que ha dicho, no debes abrigar ningún temor.

—Mira, María, tú le oirás mañana y me aconsejarás. Por otra parte, es menester también que le hable con franqueza y que le diga la triste suerte que ha tenido nuestro padre. No puedes imaginarte el trabajo que va á costarme el hacerle esta revelación.

—Es verdad,—contestó tristemente María.—No había yo pensado en eso.

—Yo estoy pensándolo hace mucho tiempo, no sólo respecto á él, sino á cualquier hombre que nos quisiera, y cree que eso sería suficiente para que no pensase en aceptar el amor de nadie.

—Pues mira, Antonia, la verdad es que si algún hombre nos rechazase por eso, sería señal de que nos quería muy poco, porque nosotras no hemos tenido la culpa de lo que haya podido hacer nuestro padre.

—Eso es verdad; pero el mundo ve las cosas de un modo tan distinto...

—Nosotras debemos cumplir con nuestro deber.

—Tienes razón. ¡Dios quiera que al hablarle á ese caballero de semejante asunto, no se aleje de mí!

—Si te quiere de veras, no se alejará.

Al día siguiente fueron las dos hermanas á la tienda.

Luciano, acompañado de su hermano estaba esperando.

Al ver á Fernando, exclamó María ruborizándose:

—Antonia, Antonia, ese es el médico que asistió á nuestra madre.

—Es verdad. Y sin duda es hermano de Luciano, porque me dijo que vendría con él.

—¡Vaya una casualidad!

Cuando las dos jóvenes salieron de la tienda, aproximáronse los dos hermanos.

Inútil es decir que existiendo ya la simpatía, fácilmente se entendieron Luciano y Antonia.

En cuanto á Fernando, no pudo disimular su sorpresa al reconocer á las dos hermanas.

Precisamente en los momentos en que él había sido llamado para asistir á la madre de las jóvenes, estaba bajo la presión de un horrible desengaño.

Hija de humilde familia y que casi puede decirse que se había criado con ellos lo mismo que con Jerónimo, Elisa González, reunía á su belleza poco común, un corazón completamente de cieno.

Ídolo de barro, Fernando le había convertido en ídolo de oro, y le adoraba con locura.

Sin embargo, Elisa, con más cabeza que corazón y más vicios que virtudes, tenía una ambición ciega, des-

enfrenada por el fausto y la opulencia, y si fingía amar á su compañero de infancia era porque no se había presentado otra cosa mejor todavía.

De la noche á la mañana y en ocasión en que Fernando había ido á Alemania á asistir á un Congreso de Medicina, Elisa heredó algunos miles de duros de un tío, prestamista, con quien estaba, dinero adquirido por medio de la usura y amasado con las lágrimas de muchos infelices.

Coincidiendo con esto, presentóse ante la joven un marqués que hacía poco había llegado á Madrid, y enamorado de la joven, ó tal vez de su dinero, la hizo el amor.

El título de marquesa ofuscó á Elisa; su sueño de ambición podía realizarse, y no vaciló en sacrificar á Fernando por la corona de marquesa.

Cuando el médico lo supo, creyó volverse loco.

Fueron necesarios todos los consejos de Jerónimo y el afecto de Luciano para infundirle alguna resignación.

Un día Elisa se sintió enferma y envió á buscar á Fernando.

El médico fué sin sospechar que se trataba de Elisa y se quedó inmóvil al verla.

La ira, el amor, la cólera le dominaban, y fué necesario que ella hablase para que pudieran entenderse.

El marqués había salido de Madrid con una misión que le había confiado el gobierno para el extranjero y tardaría algún tiempo en volver.

Casada sin amor con el marqués, más de una vez había pensado en Fernando.

Al verse sola, estos pensamientos fueron tomando cuerpo, y finalmente le envió á buscar.

Durante algunos meses se consideró Fernando como el más feliz de los hombres.

Elisa, como hemos dicho, era una mujer hermosísima, y el médico estaba profundamente enamorado de ella.

Sin embargo, esta embriaguez tuvo su término.

Jerónimo había conocido á su antigua compañera de infancia y había censurado duramente su proceder.

Del mismo modo también había reprendido á Fernando, y llevó su generosidad hasta el extremo de cortar relaciones con uno y otra.

Elisa quedó embarazada y su situación era doblemente crítica, porque no estaba su esposo en Madrid.

El médico propuso á la joven que se marchara de la corte, que le siguiese á cualquier otro país donde podrían establecerse, completamente desconocidos, y él se consagraría exclusivamente á la madre de su hijo.

Pero Elisa conservaba algún fondo de probidad y no quiso engañar á su amante.

Comprendía que en su pecho no existía respecto á él amor de ningún género. Solamente en ella había dominado el capricho y pasado éste no quedaba nada.

Se negó á todo, y aun tuvo la crueldad de decir á Fernando que todo había concluido entre ellos y que la abandonara á su suerte, que ella vería cómo salía de la situación en que se encontraba.

El golpe que recibió Fernando fué terrible.

Cayó gravemente enfermo y entonces volvió Jerónimo á su casa, se constituyó en ella y fué para su amigo lo que siempre había sido.

La lealtad y la abnegación personificadas.

Supo lo que había pasado con Elisa y á pesar de la

repugnancia que le inspiraba el tratar con aquella mujer, fué á verla.

La habló con el lenguaje de la severidad, y la joven se burló de él.

Le contestó lo mismo que dijera á Fernando.

Que ella sola, sin necesidad de nadie, saldría de la difícil situación que ella misma se había creado.

Jerónimo salió de casa de la marquesa profundamente disgustado é inquieto, respecto á la suerte de aquel hijo de Fernando.

Y de acuerdo con éste y con Luciano establecieron un espionaje constante alrededor de aquella mujer, á fin de apoderarse de la criatura en el momento en que la diera á luz.

Pagándolo á peso de oro, tenía en la casa un criado, y cuando supieron quién era la comadrona con quien estaba en relaciones Elisa para cuando llegara el alumbramiento, con ella se entendieron también.

Y efectivamente, terminó el período de la gestación, llegó el parto y el niño que dió á luz fué á parar á poder de Fernando, que ya tenía buscada el ama que lo había de criar.

Para que la situación de Elisa fuera más crítica, el marqués llegó al día siguiente del parto.

Pero la joven, que durante el embarazo había dado pruebas de una destreza poco común, en términos que nadie pudo sospechar su estado, también tuvo la serenidad suficiente para que su esposo no advirtiese nada.

Es verdad también, que éste no se tomaba gran interés por ella.

El marqués, que como hemos dicho, tenía alguna mayor edad que su esposa, había cogido el dinero de

ésta y uniéndole al suyo, se había lanzado á ciertas empresas que en breve espacio aumentaran su capital.

Susurrábase respecto á sus relaciones con el gobierno, así como también á las comisiones que éste le confiaba, llegando á suponerse por algunos, que todo el favor de que disfrutaba, así como el título que tenía, era debido á los vergonzosos servicios que prestaba al gobierno sirviéndole de espía en otras naciones.

Por supuesto que esto se decía muy bajito, porque el marqués pasaba por ser hombre de mucho valor, y además contaba con la protección del gobierno.

Su mujer, pasada la primera impresión, fué para él un objeto secundario.

Algunas veces solía llevarla al extranjero; quizás le convenía para darse más visos de respetabilidad ó para mejor desempeñar la comisión que se le confiara; pero después de aquello volvía á dejarla, pasándose largas temporadas fuera de Madrid.

Esto tuvo para Elisa sus ventajas y sus inconvenientes.

Ventajas, porque tampoco amaba á su marido.

Inconvenientes, porque sola, presto se vió asediada por todos esos piratas de los salones que siempre están á caza de mujeres que se encuentran en situaciones parecidas á la de Elisa.

Y tras de Fernando tuvo otro amante y otro, y finalmente un día, el médico tuvo ocasión de encontrársela y como que no la había visto desde que con tanta rudeza había roto la cadena que les unía, su entrevista, dados los sentimientos que Fernando tenía, fué terrible.

Elisa quiso hacer alarde de aquel cinismo de que tan repetidas muestras diera ya.

Fernando, exaltado á su vez la increpó duramente por el abandono á que había condenado á su hijo, puesto que á la comadrona, en cuya casa había tenido lugar el alumbramiento, le diera orden para que lo llevara á la Inclusa.

Elisa, que creía que esto lo ignoraba Fernando, se quedó un tanto cortada en los primeros momentos; pero se repuso inmediatamente y contestó á su ex-amante en los términos que ella podía hacerlo.

Resultado, que Fernando en su exaltación la dijo que tenía en su poder el niño de quien ella había renegado y que temblara, no fuera que algún día, agotado ya su sufrimiento, la hiciera descender de aquel pedestal en que había querido elevarse.

Cuando Elisa se separó de Fernando, un nuevo proyecto germinaba en su cabeza; éste era el de apoderarse de aquella criatura que podía comprometerla el día menos pensado.

Fernando creyó que tal vez al saber Elisa que él tenía en su poder á su hijo, reflexionaría y quizás se presentara á él pidiéndole perdón y rogándole que le dejara ver á su hijo.

Pero pasaron los días, y la marquesa, si en algo pensaba, era en encontrar un medio para hacer desaparecer aquel niño, testigo irrecusable de su liviandad.

Y sucedió que el marqués llegó de una de sus expediciones.

Jerónimo, que no había asistido á la boda de Elisa, con quien había roto relaciones desde que ésta trató de casarse, no conocía al marqués.

Un día iba por la Fuente Castellana, de paseo, en

compañía de un amigo, cuando pasó por su lado Elisa con su esposo.

El curial se fijó en éste y le dijo:

—¡Valiente mujer se ha llevado ese tunante de Ramírez!

—¡Cómo! ¿Cómo has dicho que se llama ese caballero?

—Paco Ramírez, el marqués de Arana, hombre; si tú debes haberle oído nombrar. Apenas si tiene favor con el gobierno.

—¡Ramírez! ¡Ramírez!—murmuró el curial quedándose profundamente pensativo.

Y cuando aquella noche estuvo en su casa, empezó á registrar papeles de años pasados, y finalmente exclamó al leer uno de ellos:

—Eso es; Francisco Ramírez y Orozco, intérprete en Mogador.

CAPITULO LXXXI

Jerónimo cree producir un bien y causa un mal

A nadie reveló el buen curial el descubrimiento que había hecho, concretándose única y exclusivamente á comprobar notas y á adquirir algunas noticias que iba cuidadosamente consignando en aquella especie de registro que se había acostumbrado á llevar, referente á todos los hechos que le parecían dignos de conmemorar.

Pero otra inquietud se había apoderado de él de algún tiempo á aquella parte.

Fernando estaba cada día más triste y más abatido.

Su hijo permanecía en poder de la nodriza que le había buscado, y no se pasaba ni un solo día sin que fuese á verle.

En cambio, su madre, á pesar de conocer ya su existencia no había dado paso alguno para aproximarse á él.

Fernando tuvo durante algún tiempo la esperanza de que una vez sabido por Elisa que el niño estaba en su poder, despertaríase quizás en ella el sentimiento maternal y daría algún paso para saber por Fernando dónde estaba el niño y mostrar deseos de ir á verle.

Pero nada de esto sucedió, y el médico que, á pesar de los desengaños sufridos, todavía amaba á Elisa, no podía menos de sentir aquella falta de cariño.

Jerónimo conocía, porque su amigo se lo había referido, la entrevista que tuvo con la marquesa.

Le oyó quejarse de aquella indiferencia, y dedujo como consecuencia lógica que la tristeza y el decaimiento de Fernando, no procedían más que de aquello.

Se aseguró de la certeza de sus sospechas y un día paseándose por su despacho pensando en la situación del médico, decía:

—Pues señor, este chico sufre y sufre por esa mala pécora; es decir no padece por su abandono respecto á él, sino por el completo olvido de su hijo: ¿y qué vamos á hacer?...

Y el honrado curial volvía á cruzar la estancia y á formar cien proyectos nuevos.

—Si yo pudiese interesarla de algún modo para que viniese á verlo... ¡pero cá!... si desde que se ha hecho marquesa tiene un barreno que no hay quien la aguante... y después, es mala, rematadamente mala; es verdad que en eso poco tiene que echarse el tal matrimonio en cara. Si uno fuera á decir todo lo que sabe... pero no nos separemos de lo que importa; el caso es que ella venga; mas, ¿quién la hace venir? Aunque yo vaya, tal vez me eche á cajas destempladas; en fin, por mi amigo debo tentar todos los medios.

Y tomada esta resolución, Jerónimo trató de llevarla á cabo inmediatamente.

Se vistió de una manera más elegante que de ordinario en términos que sus hermanos al verle de aquel modo, decían:

—¿Dónde irá hoy Jerónimo que se ha puesto tan majo?

Pero el curial, ajeno á la sorpresa que inspiraba, salió á la calle y emprendió el camino en dirección á casa la marquesa de Arana.

Llegó á ella y subió la escalera llamando con desenfado á la puerta.

Cuando el criado se presentó á ella, nuestro amigo sacó una tarjeta del bolsillo y se la entregó encargándole se la pasase á su señora.

La respuesta no se hizo esperar mucho.

La marquesa le invitaba para que pasase á sus habiciones.

Hasta entonces todo iba bien.

El plan del curial no presentaba obstáculo alguno hasta aquel momento.

Ya hemos hecho en otro lugar el retrato físico de Elisa, y en cuanto á su retrato moral ya había podido juzgársela prácticamente por lo que hemos visto.

La volvemos á encontrar sola en su gabinete.

La misma expresión fría, indiferente y egoista con que la conocimos, tiene ahora su semblante.

Sin embargo, al ver aparecer en la puerta de su estancia á Jerónimo, sus mejillas se encendieron ligeramente.

Tendióle una mano con cierta dejadez un tanto afectada, diciéndole:

—Adiós Jerónimo, cuanto tiempo sin venir.

—¡Ay, Elisa! Como se conoce que tú no tienes que pensar más que en componerte y divertirte,—le contestó el curial.

—¡Bah! siempre están todos echándome en cara el ser rica; parece mentira que sean ustedes tan envidiosos.

—Los que lo sean Elisa,—contestó el curial severamente.—Yo demasiado sabes que no envidio al más rico capitalista del mundo y mucho menos á tí.

—¡Ea! no te incomodes y dime si has adelantado algo.

—Todavía no.

—Ya sabes que siempre soy la misma, cuando algo te falte ven á mí, quiero decir que yo no olvido á mis amigos.

El acento con que la joven pronunció estas palabras, no pudo menos de herir profundamente á Jerónimo.

Alzó vivamente la cabeza y dijo con fiereza:

—Oye, Elisa, en vez de recibir limosnas, demasiado sabes que yo soy quien las hace y tú tienes pruebas inequívocas de que son más los que me necesitan que los que yo necesito.

—Vamos, no te incomodes, ya me figuro que eres rico.

—Yo mismo ignoro lo que soy, y por lo tanto, también debe ignorarlo todo el mundo.

—¡Ya, ya!... ¡buen misterioso estás!

—Dime, Elisa, ¿has visto á Fernando?—le preguntó el curial decidido ya á abordar de frente la cuestión.

La joven no pudo ocultar una ligera turbación que trató de dominar inmediatamente, pero que no se escapó á la perspicacia de su interlocutor.

—Sí, le he visto, pero hace ya bastante tiempo,—le contestó,—¿por qué me lo preguntas?

—Mucho tiempo no debe hacer, porque no hace muchos meses que teníais relaciones bastante íntimas y como consecuencia de ellas fuiste á cierta casa donde mejoraste tu estado que era bastante crítico.

—¿Qué dices?—preguntó la joven sobresaltada.

—¿Y te acuerdas lo que sucedió la noche de que te estoy hablando?

Aquí le tocó de nuevo á la marquesa el inmutarse.

Pero haciendo un esfuerzo, dijo afectando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir:

—No comprendo á santo de qué viene el que me preguntes eso.

—¿Te acuerdas de lo que te sucedió aquella noche?—volvió á preguntar el curial.

—Pero ¿por qué esa insistencia? ¿Cómo me he de acordar de lo que hice entonces, siendo así que ni aun me acuerdo de lo que hice ayer?

—En primer lugar, que dos meses no es un año, y en segundo que aunque no te acuerdes de lo que ayer hiciste, debes tener muy presente y muy grabado en tu memoria lo que hiciste el día de que te hablo.

Elisa conoció que el curial sabía alguna cosa, y éste, era un enemigo terrible.

Conocía la inflexibilidad de sus principios, y temía, con razón, que la hiciese ver con harta severidad todo lo bajo y lo infame de su proceder.

Pero ¿quién podía haberle enterado de todo aquello?

Tres personas lo sabían únicamente, y ninguna de ellas podía habérselo dicho.

Entonces, ¿cómo lo sabía?

Esto era lo que ponía á la joven en un mar de confusiones y lo que la hacía dudar.

Su doncella estaba fuera de Madrid y tampoco conocía á Jerónimo.

De manera que, ¿quién se lo había dicho entonces?

Nadie, porque nadie más lo sabía.

Luego no eran más que suposiciones suyas y, en este caso, no convenía acobardarse y dar lugar á que sus suposiciones se trocasen en certezas.

Por lo tanto, le miró fijamente, y le dijo:

—¡Ah! ya recuerdo lo que quieres decir. ¿Hablas respecto á la venida de mi esposo?

—Al día siguiente llegó; pero te hablo de otro incidente que te ocurrió antes.

La marquesa comprendió entonces que todo lo sabía.

Sin embargo, no quiso declararse vencida, y dijo:

—No sé, pues, á lo que te refieres, ni comprendo tampoco á qué venga semejante interrogatorio.

—Veo que es necesario que me explique con más claridad.

—Precisamente es lo que estoy esperando hace un rato.

—Pues bien; aquella noche fuiste á dar á luz en casa de la comadrona, al hijo que llevabas en tu seno.

—¿Qué quieres decir?

—Que la que había sido mala hija, tenía que ser también mala esposa.

—¡Jerónimo!... Cuidado con lo que hablas.

—Puedes hacer lo que quieras, con la diferencia de que si llamas á tus criados, tendrás unos cuantos testigos más de tu deshonra.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Que la noche antes de que llegara el marqués, diste á luz un niño.

—¡Oh! ¡Qué infamia!

—¿Cuál? ¿la tuya? Ya sé hace bastante tiempo que eres muy infame.

—Y sin duda tu amigo, el caballero sin tacha, don Fernando, te habrá ido á contar semejantes proezas. ¿Sabes que puedes estar orgulloso con tu hermano adoptivo?... es muy propio de un caballero el haber ido á publicar la debilidad de una mujer.

CAPITULO LXXXII

¿Qué resultado tuvo el paso dado por Jerónimo?

Al pronunciar Elisa las anteriores palabras, estaba reflejándose en su semblante la cólera y el despecho.

Precisamente la condición que la joven había impuesto á Fernando cuando entró en relaciones con él, fué que Jerónimo no supiera nada.

Porque á pesar de toda su impudencia, á pesar de todo su cinismo, á pesar de su inmenso descaro, Jerónimo la imponía, y no quería verse obligada á bajar la cabeza delante de él.

El descubrimiento hecho por Jerónimo, la mortificaba y la llenaba de ira.

El curial permaneció silencioso algunos momentos, hasta que la dijo después:

—Bien sabes que Fernando no ha tenido jamás se-

cretos para mí, así como tú tampoco debieras haberlos tenido, y aun cuando yo sepa lo que ha pasado, creo que me conoces lo suficiente para no temer que vaya á descubrir tu secreto. Yo podré censurarte todo cuanto has hecho, lo mismo que censuro el proceder de Fernando; pero de eso, á publicar tu deshonra, hay una distancia inmensa.

—Pero vamos á ver,—dijo Elisa, resuelta ya á jugar el todo por el todo puesto que no tenía otro remedio.—¿Qué objeto has traído al venir aquí? Porque indudablemente no has venido para arrojarme al rostro mi proceder.

—Tienes razón, otro objeto he traído y te ruego que lo escuches y que lo atiendas, porque se trata del bien de todos.

—Sepamos qué es lo que pretendes,—dijo la joven aceptando la situación tal y como se presentaba.

Entonces Jerónimo la significó el profundo dolor que experimentaba Fernando por aquella dejación, digámoslo así, que había hecho de su hijo; la pintó con los más vivos colores, el afecto y la solicitud que él había desplegado respecto á aquella criatura miserablemente abandonada por su madre; trató de despertar sus sentimientos maternales, y finalmente la rogó que fuese á ver á su hijo.

Con profunda atención le estuvo escuchando Elisa.

Jerónimo, en la rectitud de sus intenciones y en la bondad de sus sentimientos, equivocó por completo lo que pasaba en el corazón de aquella mujer.

Al ver su abstracción, al observar la atención con que le escuchaba, parecióle que se conmovía, y que efectivamente, aquella mujer sería madre por fin.

Pero no la conocía bien.

Elisa á la par que escuchaba á su interlocutor, estaba sujetando su pensamiento á un trabajo que no podía apreciar Jerónimo, ofuscado como estaba por lo que creía felicísimo resultado de su gestión.

Elisa trataba de averiguar donde estaba su hijo.

Porque la idea que se la ocurrió fué la de arrebatárselo á Fernando.

Y una vez que esto se la hubo ocurrido, comprendió que debía fingir, que debía engañar á aquel hombre, y efectivamente, lo engañó.

Supo aparentar un enternecimiento extraordinario, averiguó dónde vivía la nodriza que lo tenía, y prometió á Jerónimo que iría á verle aquella noche.

Este salió de las habitaciones de Elisa, sumamente satisfecho, creyendo sinceramente en el arrepentimiento de la marquesa.

Creía haber dado un gran paso y asegurar por completo la felicidad de Fernando.

Atravesó algunas habitaciones, dirigiéndose hacia la puerta, cuando de pronto se sintió detenido por una persona que le dijo:

—Sígame usted.

—¡Calle!—exclamó Jerónimo sorprendido,—si es el señor marqués.

—El mismo,—contestó secamente el esposo de Elisa.

—Entonces, mejor que mejor.

Y ambos tomaron una dirección distinta, hasta que llegaron al gabinete del esposo de Elisa.

Una vez allí, se volvió éste á Jerónimo, y le dijo:

—Veamos ¿quién es usted?...

—Un hombre que conoce á usted mucho, señor don Francisco Ramírez.

—¿Qué dice usted?—preguntó sorprendido el marqués y palideciendo intensamente.

—La verdad; aunque hoy se llame usted el marqués de Arana, para mí siempre será el Francisco Ramírez, intérprete del agente consular que tenía España en Mogador hace bastantes años.

Estas palabras del curial, fueron un rayo para el marqués.

Su palidez se hizo lívida.

Sus ojos se dilataron extraordinariamente y lanzaron una mirada temerosa y débil sobre el joven.

En cuanto á éste, le contemplaba inmóvil.

Y así pasaron algunos momentos de un silencio extraño.

Nosotros nos aprovecharemos de él para trazar aun que á grandes rasgos, el retrato del interlocutor de Jerónimo.

Representaba unos cincuenta años.

Se conocía que en su juventud habría sido bastante buen mozo; pero que las orgías y los excesos le habían hecho envejecer antes de tiempo.

Sin embargo, aun joven, su fisonomía debía haber tenido una expresión repulsiva para cualquier observador.

En su mirada se leía la doblez y en las líneas pronunciadas de su rostro se veía ambición, orgullo y dureza de corazón.

En su boca estaba aposentado el sarcasmo y jamás salía de ella ni una palabra noble y generosa, ni un homenaje justo tributado al genio ó á la virtud.

Este era el marqués de Arana.

Aunque bajo la influencia constante de la mirada del curial, se fué reponiendo un poco Ramírez, puesto que ya sabemos que así se llamaba el esposo de Elisa, y al cabo de algunos minutos, dijo:

—Pero usted ¿quién es?

—Yo soy un hombre honrado á quien sublevan los crímenes y malas acciones que adornan al señor marqués de Arana.

—¡Miserable!

—Hace tiempo que sabía que lo era usted.

—Pero sabe usted lo que está diciendo;—dijo el marqués con los labios pálidos de furor,—sabe usted que estoy en mi casa y que tengo derecho para matarle.

—No haría usted más que imitar lo que hizo con el agente consular en Mogador.

—Pero usted ¿quién es?

—Jerónimo Giménez, escribano.

—Pero ¿cómo sabe?...

—El cómo nada le importa á usted; las pruebas de su crimen unidas á las del de López, obran en mi poder.

—¿También conoce á López?—preguntó el marqués con una sorpresa no exenta de terror.

—Si eran ustedes cómplices en la misma infamia, ¿no había de conocerle?

—¿Pero usted cómo sabe?...

—Vuelvo á decir á usted que nada le importa, y, á propósito, ¿qué han hecho ustedes de la niña del agente consular?

—¡Eh! ¿qué sé yo? pregúnteselo á López.

—¡López lo sabe!

—El fué quien se encargó de ella.

—Bien, pues si él la tiene yo sabré lo que quiero. Ahora vamos á ver que me quería usted.

—¿Para qué quiere usted que vaya á verle mi mujer esta noche?

—¡Hola! ¿también espía usted? Es verdad que el que tanto ha espiado en su vida no puede perder la costumbre.

—He llegado ya á las últimas palabras y lo siento, ¿dónde va esta noche mi mujer?

—No creo que le importe á usted mucho, y en todo caso se lo pregunta usted á ella.

—Tenga usted mucho cuidado en lo que contesta, porque sabe usted demasiado, y en estos tiempos, el saber suele costar muy caro.

—Es que aún no he dicho todo lo que sé.

—Ya le he dicho que me conteste.

—Y yo le digo á usted ahora que ni las amenazas me intimidan, ni nada es capaz de hacerme decir lo que no quiero.

—Es que obligaré á usted á que lo diga.

Y el marqués tirando violentamente de uno de los cajones de su mesa, sacó un revólver con el que apuntó al curial, diciendo al mismo tiempo:

—¡Ea! esto es necesario que concluya, ¿dónde iba mi mujer?

—No lo sé.

—Hable usted ó muere.

—Se guardará usted muy bien de atentar contra mi vida,—le contestó el curial con una calma pasmosa.

—¿Por qué?

—Porque si dentro de diez minutos no estoy yo en mi casa, todos los documentos que justifican los crímenes

cometidos por los dos estarán en poder de los tribunales.

—¿Qué dice?...—preguntó el marqués, desviando el arma.

—Cuando se va á entrar en la caverna del lobo no se deben descuidar ciertas precauciones.

—Pero mi mujer...

—Aquí creo que viene ella y podrá satisfacer esa curiosidad.

Efectivamente, en aquel momento, Elisa, no sospechando la escena que tenía lugar en el gabinete de su esposo, penetró en él.

Si sorprendida quedó la marquesa al encontrarse allí con el curial, no fué menor el disgusto que experimentó Ramírez al verla de repente entrar en su estancia.

Jerónimo fué el único que permaneció tranquilo.

Se volvió hacia Elisa y le dijo:

—Señora, el señor marqués tiene deseos, que me ha expresado de una manera bastante enérgica.

Elisa, cuya sorpresa iba en aumento, fijó su vista en Ramírez y vió el revólver en su mano.

Entonces casi adivinó lo que había pasado y dijo:

—¿Y cuáles son los deseos de mi esposo?

—Saber dónde ha de ir usted esta noche conmigo.

—¡Cómo!...—dijo Elisa, palideciendo.

—Yo nada le he dicho, por supuesto; ha tenido la debilidad de incomodarse; pero han sido tan buenas mis razones que se ha aplacado algún tanto.

El acento irónico con que el curial pronunció las últimas palabras, hizo estremecer de cólera al marqués.

Su mano apretó convulsivamente el arma y sabe

Dios dónde hubiesen llegado, si el curial que no perdía de vista ninguno de sus movimientos, no hubiese dicho con la más perfecta naturalidad, mirando el reloj:

—¡Calle! siete minutos me faltan para llegar donde tengo que ir. Vamos, señores, la compañía de ustedes me era tan grata que insensiblemente se me han pasado las horas.

Al escuchar el marqués la alusión que hacía el curial al tiempo transcurrido, sintió de repente inundarse su cuerpo de un sudor frío como el que precede á la muerte.

Sus manos cayeron inertes y su mirada antes amenazadora y altanera se clavó suplicante en el rostro su Jerónimo.

En cuanto á la marquesa dejaba vagar su vista desde el uno al otro, y aunque no sabía nada positivo, no la quedaba duda alguna de que entre aquellos dos hombres había algún misterio terrible.

Y ambos esposos, dominados por la sorpresa la una, y por el terror el otro, ni se atrevían ni podían hablar.

CAPITULO LXXXIII

Continúa el engaño

La que primero rompió el silencio fué Elisa, y dirigiéndose á Jerónimo, le dijo:

—Pero ¿quién ha dicho que yo iba á salir con usted?

—El señor marqués, no queriendo sin duda espiar por cuenta ajena, lo hace por cuenta propia.

—¡Oh! ¡qué bajeza!...

El marqués sintió que la sangre se agolpaba á sus mejillas.

Sus ojos brillaron de una manera siniestra.

Y de nuevo fué á dar un paso hacia el curial.

Pero éste volvió á mirar el reloj, y dijo:

—Señores, tengo el sentimiento de abandonar á ustedes; faltan cinco minutos para mi cita.

—¡Oh!... ¡esto es horrible!—murmuró el marqués.

—¿Sabe usted, señor marqués, que su proceder ha sido bastante indigno?—dijo la marquesa mirando á su esposo con altivez.

—Señora, déjese usted ahora de recriminaciones.

—Es que son justas.

—Es que yo, en mi casa, tengo el derecho de saber lo qué hacen todos los individuos de ella.

—Y para eso, nada más natural que recurrir al espionaje,—contestó el curial con ironía.

—Le aseguro á usted que jamás lo hubiera creído.

—Muchas cosas más irá usted viendo, marquesa,—añadió Jerónimo.

—¡Ea! basta ya de conversación inútil,—gritó el marqués temblando de furor;—estoy en mi casa vuelvo á repetir, y en ella no permitiré que nadie me insulte.

—Por eso me voy á marchar ahora mismo.

—Y sino yo le haré á usted que se marche.

—Un poco fuerte es eso, señor marqués.

—Si no hubiese sido por otras consideraciones...

—Que ha hecho usted perfectamente en guardar, porque el daño para nadie hubiese sido mayor que para usted.

—Pero señores, ¿qué significa?...—preguntó la marquesa cuya curiosidad estaba cada vez más excitada.

—Nada, que deba usted saber.

—Están ustedes á la recíproca,—añadió Jerónimo;—tampoco usted puede preguntar dónde va su esposa.

—Ya le he dicho que se marche.

—Y yo le contesto que estoy muy dispuesto á ello.

Y diciendo estas palabras, dió un paso hacia la puerta de la estancia.

Desde allí se volvió hacia la marquesa y la dijo:

—Señora, nada he dicho á su esposo respecto á la salida que tanto le ha sublevado; si cree usted oportuno calmar su agitación diciéndole algo, puede usted, á fuer de esposa condescendiente y leal, hacerlo; de ese modo se convencerá de lo injusto de sus sospechas.

Y tras estas palabras levantó el portier, y pocos minutos después el ruido de la puerta indicó que Jerónimo estaba en la escalera.

Conforme iba bajando ésta, murmuró:

—¡Diablo! Creo que nunca he corrido un peligro semejante; si no tengo serenidad me mata; no descuidaremos algunas precauciones, porque este Ramírez es malo.

Y sumergido en profundas meditaciones, tomó la calle adelante en dirección á su casa.

Entretanto, el marqués no había acertado á separar sus ojos de la puerta por donde había desaparecido su enemigo.

Cuando se cercioró de que ya no estaba en su casa, exclamó con el semblante contraído y apretando los puños con cólera:

—Esto no puede continuar así; es necesario que muera ese hombre.

—Lo mismo opino yo también,—le contestó Elisa con frialdad.

—¿Tú?...—la preguntó sorprendido su esposo.

—Sí; yo también lo deseo.

—No comprendo.

—Ni tampoco es necesario; tú tienes tus secretos y yo tengo los míos; á ambos nos conviene que ese hombre desaparezca.

—¡Oh!... en cuanto á mí, tiene en sus manos mi existencia.

—Pues bien; yo te libraré de él.

—¡Cuánto lo deseo!

—Respetemos nuestros secretos y hagamos una alianza ofensiva y defensiva.

—Por mi parte, con tal de verme libre de ese hombre, todo me parecerá poco.

—Entonces, vamos á buscar el medio que necesitamos.

Y los dos *buenos* esposos se dedicaron con ardor á pensar un nuevo crimen que les diese por resultado la muerte del curial.

Cuando se separaron, Elisa dijo á su marido:

—Ya me ocuparé de la realización de ese proyecto.

—En tí confío,—dijo Ramírez.

Y razón tenía en confiar porque, efectivamente, interesada estaba ella también en la desaparición de aquel hombre que, en un momento dado, podía ponerla en evidencia.

Sin embargo, por el momento al menos, la convenía aparentar cierto arrepentimiento como ya hizo en su entrevista particular con Jerónimo, para que éste creyera, y ver si por este medio podía descubrir más terreno.

Tenía necesidad de engañar á Jerónimo, de atraerlo, de conocer finalmente el lugar donde estaba el niño.

Porque ya tenía formado su plan,

Era preciso quitar aquel arma, antes de emprender las operaciones contra el que podía perderla.

Todo el afecto que en otro tiempo había profesado á Jerónimo, se había trocado en aborrecimiento.

Pero aborrecimiento implacable.

Mas este aborrecimiento era preciso que lo ocultase, por el momento al menos, á fin de conseguir mejor su objeto.

Esperó pacientemente la noche en que había quedado con Jerónimo que irían á ver al niño.

Y fué, en efecto.

Jerónimo, encantado con aquella acción, se lo dijo á Fernando y tuvo ocasión de convencerse de que no se equivocaba al suponer que la causa de la tristeza de Fernando procedía de la indiferencia de la madre, mucho más que de la herida producida por la amante.

Esta no olvidaba su proyecto.

Y sola, en sus habitaciones, ocupábase en buscar la persona que para ello le podría servir.

Y se desesperaba al tropezar con el obstáculo de que aquella comisión no podía desempeñarla sino una persona que la fuese completamente adicta.

Ella, había tenido durante su niñez y los primeros años de su juventud, trato con lo más perdido de Madrid, que acudía á la casa de su tío á empeñar todos los objetos robados, lo cual constituía la enorme ganancia que el prestamista realizara, y que más tarde había constituido el capital de Elisa.

Pero desde que había cambiado de posición, se comprende perfectamente que no hubiese vuelto á tener trato con aquellos canallas.

De pronto, Elisa, se dió una palmada en la frente.

—Nadie mejor que el Moreno,—dijo,—puede realizar lo que pretendo.

El Moreno era uno de los amantes de Elisa.

Quizás el único que había conseguido interesarle un poco.

Porque entre ambos, existía cierta identidad de origen que les hacía simpatizar el uno al otro.

Los dos se habían formado entre el lodo de las calles.

El Moreno era gitano, y su padre había muerto en la cárcel, encargando al padre de Jerónimo que dirigiera alguna mirada compasiva á su hijo que quedaba abandonado por efecto de su muerte, pues su pobre madre bien poco podía hacer por él.

El padre de Jerónimo lo hizo tan bien, que cogió la madre y el mozuelo y se los llevó á su casa.

Y no tuvo que arrepentirse de su acción.

La gitana, que profesaba á su hijo un cariño extraordinario fué servicial y honrada, y el muchacho recibió alguna educación al lado de Jerónimo, y de los hermanos Carvajal.

Pero al morir el padre de Jerónimo, hubo un cambio notable de decoración.

Fué necesario reducir los gastos, y entonces Jerónimo buscó una colocación para el Moreno en casa de un tratante de caballos, y como que el chico mostró grandes disposiciones para el negocio, pudo ya mantener á su madre si no con holgura, con decencia al menos.

El Moreno se había hecho lo que se llama un buen mozo.

Elisa volvió á verle con motivo de la compra de un tronco para su carruaje, y caprichosa como era, no fué muy difícil que el chalán adquiriese en su corazón títulos más agradables que los de la amistad que cuando niño les uniera.

En éste fué en quien Elisa pensó para realizar el rapto de su hijo.

Y la elección no podía estar mejor hecha.

Ella ejercía gran ascendiente sobre el Moreno, y tenía la seguridad de que sería obedecida sin vacilar.

Y sucedió tal como lo había pensado.

El mismo Moreno en compañía de otro amigo suyo, entraron en casa de la nodriza en ocasión en que ésta se hallaba sola, recogieron la criatura y se la llevaron consigo.

Elisa había dicho á su amante que depositara el niño en la Inclusa.

Pero el chalán, conmovido por el llanto de la criatura que le tendía sus bracitos como pidiéndole auxilio y protección, no tuvo valor para abandonar al niño, y se lo llevó á su madre á quien la dijo:

—Tome usted, madre: busque usted en seguida un ama que críe este niño, y cuidado con que diga usted á nadie de donde procede.

La pobre mujer lo hizo así, y el Moreno dijo á Elisa que su encargo estaba cumplimentado.

Sin embargo, la procedencia de aquella criatura y el interés demostrado por Elisa, respecto á su desaparición, no dejaron de preocuparle, y puede decirse que desde aquel momento empezó á calmarse la fiebre que hasta entonces le había devorado.

El dolor que recibió Fernando al saber la desaparición de su hijo, fué terrible.

Loco, delirante, completamente ciego y sin pensar en las consecuencias que de aquel paso podían resultarle, se dirigió á la casa de Elisa.

Pero ésta, adivinando lo que sucedería, habíase marchado de Madrid con el pretexto de pasar algunos días en Sevilla.

—No tengas cuidado,—le dijo Jerónimo viendo su dolor,—ya encontraremos á tu hijo.

Luciano trató de consolar á su hermano, y todos se pusieron con ahinco á buscar al niño.

Pero transcurrieron los días, y todos los pasos dados obtuvieron un resultado negativo.

—Ya le encontraremos,—decía Jerónimo.

Y como Fernando tenía una gran confianza en su amigo, esperaba siempre que algún día le diera parte del hallazgo.

Cuando Elisa regresó á Madrid, Jerónimo le dijo:

—A esa mujer ni una palabra. Evita el verla, y si á caso la ves, nada la digas.

—¡Imposible!—contestó Fernando;—¿cómo quieres que permanezca tranquilo en su presencia?

—Pues es necesario que lo estés.

Por fin, las reflexiones tanto de Jerónimo como de su hermano, hiciéronle comprender todos los inconvenientes que podrían resultar en el caso que cometiera alguna imprudencia, y supo dominarse cuando llegó el caso de que la casualidad le hizo encontrarse con la marquesa.

Poco después de haber ocurrido estos sucesos, fué cuando Luciano habló con Antonia, y á la noche siguiente, acompañado de su hermano, se reunió con las dos jóvenes.

El médico al verlas, recordó que efectivamente, había asistido á su madre.

Y si impresionada había quedado María desde aquel suceso, en favor del médico, también en éste causó alguna impresión la belleza de la joven.

Aquella noche, Antonia, más con su rubor y con la expresión de su fisonomía que con sus palabras, dijo á Luciano, que le amaba.

Pocos días después, Jerónimo y su madre fueron en nombre de Luciano á hacer la petición formal á las dos hermanas.

El curial había tomado minuciosos informes respecto á ellas, y todos estaban de completo acuerdo con los que ya había tomado Luciano.

—Es necesario,—había dicho Jerónimo á sus amigos,—que yo me ocupe de vuestra felicidad. Dejadme á mí, que yo procuraré arreglarlo todo.

—¿Pero qué vas á hacer?—preguntaba Luciano.

—Ya lo veréis.

—Pero es que no debes por ningún estilo de dilatar el día de nuestra boda.

—Pero tampoco por apresurarla deben omitirse diligencias que son muy necesarias. Hasta ahora no sabemos quién es el padre de esas muchachas.

—¿Y á mí qué me importa quién sea su padre ni lo que haya podido ser, si yo con quién me voy á casar es con ella?

—No seas tonto, y déjame á mí, que sé muy bien lo qué hago. Hasta ahora bien sabéis que no os ha ido mal con mis consejos, y ojalá que éste me hubiese escuchado siempre, ó hubiese tenido más confianza en mí; no le habría pasado lo que tanto estamos deplorando todos. Sin embargo, ahora me parece que pronto vamos á tener otra boda, y esta elección es algo mejor que la anterior.

CAPITULO LXXXIV

El descubrimiento de Jerónimo

RECORDAREMOS que Antonia había dicho á su hermana que á todo trance creía de su deber revelar á Luciano la situación en que su padre se encontraba.

Pero la verdad fué que no tuvo valor para ello.

Sin duda la historia que tenía que referir era bastante dolorosa, porque cuantas veces intentó hablar, las palabras expiraron en su garganta.

Sin embargo, fué menester decir algo, porque lo mismo Luciano que su hermano, hablaron seriamente de su matrimonio.

Jerónimo se lo manifestó así á los dos jóvenes, pidiéndole los documentos que se necesitaban para dar comienzo á las diligencias preliminares.

Entonces Antonia no tuvo ya otro remedio que despejar la situación.

—Señor don Jerónimo,—le dijo,—yo siento infinito verme obligada á descubrir el misterio de mi existencia: más que todo, por lo que se refiere á la pobre María que no tiene la culpa de nada.

—No comprendo lo qué quiere usted decir,—exclamó Jerónimo sorprendido.—¿Qué misterio es el que existe en su vida de usted? ¿por qué este misterio gravita más que en nadie, en María, que es su hermana de usted?

—Precisamente en eso existe el misterio. Ignoro por qué razón legalmente ó sea en virtud de los documentos que tenemos, yo aparezco como hija de los que no han sido mis padres.

—¡Qué! ¡qué ha dicho usted!—exclamó Jerónimo cada vez más sorprendido.

—Lo que usted oye.

—¿Pero quiénes han sido sus padres de usted, entonces?

—Un cónsul que hubo en Mogador hace algunos años, don Eduardo de la Rosa.

—¿Cómo? ¿qué ha dicho usted?—exclamó Jerónimo con emocionado acento.—¿Qué usted es la hija de don Eduardo de la Rosa? ¿del cónsul que murió asesinado?...

—Sí, señor; pero á pesar de eso, yo aparezco como hija de Manuel López y de María Ortega.

—Permítame usted que me asombre, porque no acierto á explicarme nada de lo que usted me dice. Si precisamente ese Manuel López de quien usted habla, fué...

—¿Quién, caballero? ¿quién fué?—preguntó vivamente Antonia.

Esta pregunta hizo comprender que la joven no sabía que López había sido el asesino de su verdadero padre.

Así fué, que no queriendo afectarla con aquella noticia, dijo:

—Ese López fué, si no recuerdo mal, un individuo cuya mala vida le llevó...

—Sí, señor; á presidio, según me había dicho la pobre mujer que me ha servido de madre.

—¿Pero cómo ha sabido usted su verdadero origen? ¿qué pruebas tiene usted para acreditarlo?

—Pruebas no tengo ninguna, la que yo había creído mi madre, poco antes de morir, nos llamó á mi hermana y á mí y nos reveló lo que le estoy á usted diciendo. Que su marido la había obligado á sustituir una hija que se les había muerto en Argel y que llevaba mi nombre, conmigo, que era hija del cónsul de Mogador, muerto por efecto de una desgracia, para cuyo efecto me llevaron desde Mogador á Larache, donde á la sazón estaban ellos residiendo. Y como yo recordaba, efectivamente, todo esto, como yo sabía que me había educado en un colegio en Orán, donde iba mi papá á verme algunas veces, y precisamente la misma noche en que según he podido comprender murió mi padre, López me sacó precipitadamente de Mogador y me condujo á Larache, comprendí muy bien la verdad de lo que aquella pobre mujer estaba diciendo.

—¿Pero y López?

—No le volví á ver desde aquella noche, ni creo tampoco que le volviese á ver la madre de María.

—Permanecimos en Larache algún tiempo, hasta que más tarde nos trasladamos á Orán. Allí supo la pobre María que su marido estaba preso, por causas que jamás nos quiso revelar, y afrontando entonces la situación tal y cómo se le presentaba, procuró ocultar los

vínculos que le unían á aquel hombre, que según me dijo más tarde, fué sentenciado á presidio, y trabajando animosamente nos fué educando poco á poco, hasta que estuvimos en edad de ayudarla con nuestro trabajo.

—¿Y cuándo se trasladaron ustedes á España?

—Hace ya cinco ó seis años. La habilidad que teníamos mi hermana y yo para los bordados, nos había permitido reunir á fuerza de economías algunos ahorros, y con ellos nos trasladamos primero á Cádiz y después á Madrid.

—¿Y no han sabido ustedes nada de López?—dijo Jerónimo, cuyo interés si recordamos la escena que había tenido lugar en su casa algunos días antes entre la duquesa del Sol y él, se puede comprender perfectamente.

—No, señor.

—De todos modos, ni Luciano ni yo hemos de encontrar en esa declaración hecha por usted y cuyo verdadero móvil comprendo, óbice alguno para que el matrimonio se verifique. Lo mismo Luciano que yo, no somos de los que hacemos responsables á los hijos de las faltas cometidas por los padres.

—Sin embargo, unir Luciano su nombre sin tacha á un nombre que verdaderamente lo está como es el que yo llevo, aun cuando en realidad no sea el mío, crea usted que ha sido objeto para mí de una preocupación grande, porque no quiero que jamás pueda arrepentirse de haberme dado su mano.

—¿Pero quién trata de eso? ¿por qué supone usted que ese arrepentimiento podría llegar algún día?...

—Es tan triste mi situación... ¿cómo ni de qué manera puedo yo justificar que no soy hija de ese hombre?

—No se preocupe usted por eso, que ya veremos más tarde de depurar lo que se refiere á su nacimiento.

Toda esta conversación Jerónimo se la refirió á los dos jóvenes y lo mismo el uno que el otro, contestaron del mismo modo.

Ambos amaban á las jóvenes por su honradez, por su belleza y por su virtud, y no se preocupaban en nada de lo que el mundo pudiera decir.

Sin embargo, Jerónimo empezó á practicar diligencias para llegar, en obsequio de sus amigos, al esclarecimiento de la verdad.

—Quiero que te cases,—le dijo á Luciano,—pudiéndole dar á tu mujer el verdadero nombre que la corresponda.

—Desengáñate, Jerónimo, eso va á dilatar mucho el matrimonio y no hay necesidad de que lo hagamos antes.

—Te digo que no se tardará mucho. Hoy he escrito á Ceuta, y si vive López todavía, me marcho, y en quince días tengo la declaración que puede simplificar mucho nuestro negocio.

Pero desgraciadamente los propósitos de Jerónimo tropezaron con un inconveniente capital.

Este fué que recibió de Ceuta la noticia de que López se había fugado del presidio, pasándose al campo del Moro.

—¿Tú lo ves?—le dijo Luciano, cuando supo la noticia,—hemos perdido un tiempo precioso esperando esa carta, para que al fin lo hagamos como habíamos pensado en un principio.

—De todos modos, yo no desisto y os prometo que ahora iremos más deprisa, porque voy á dirigirme al

cónsul de Argel pidiéndole la partida de defunción de la hija de López, de esa misma á quien ha sustituido Antonia.

—Nada conseguirás con todo eso.

Y Luciano, lo mismo que su hermano, hicieron todos los esfuerzos imaginables para obligar á Jerónimo á que desistiese de su propósito, ó cuando menos, que no interrumpiese en lo más mínimo las diligencias matrimoniales.

Pero Jerónimo era tenaz en sus propósitos y como que ellos le profesaban tanto respeto como cariño, no tuvieron más remedio que ceder.

Al mismo tiempo que tenía lugar esta última escena, en casa de la duquesa del Sol tenía lugar otra, que si Jerónimo hubiera podido presenciarla, le habría dado la clave de todo lo que para él era incomprensible y habría podido evitar algunos disgustos á nuestros amigos.

La duquesa estaba en sus habitaciones, hablando con su mayordomo.

En la mirada de éste y en la expresión general de su fisonomía, había algo de duro, mezcla confusa de maldad y de temor, de remordimiento y de astucia, conjunto indefinible de sensaciones que hacían de aquel hombre un sér totalmente incomprensible.

—¿Conque, vamos á ver, López?—decía Dolores,—puesto que ya sabemos que así se llamaba la duquesa,—¿cuál de las dos muchachas es tu hija?

—María, ya se lo he dicho á usted otra vez.

—Pero sin embargo, ¿Antonia figura como hija tuya?

—Sí, señora; y ya sabe usted que esto lo hice para librarla de la maldad de Ramírez.

—Bien; pero en los documentos que yo tengo,—repuso friamente la duquesa,—consta tu culpabilidad.

—Culpabilidad que yo rechazo, porque como la he dicho varias veces, yo no estaba en Mogador cuando se verificó el asesinato.

—Está bien; no hemos de discutir ahora respecto á lo que no hace el caso. Te he llamado porque quiero que me contestes categóricamente á lo que te voy á decir.

—Ya sabe usted que estoy dispuesto como siempre á hablarla con franqueza.

—¿Recuerdas bien las condiciones bajo las cuales entraste bajo mi servicio?

—Demasiado las recuerdo, señora,—contestó López con un acento que no estaba exento de amargura.

—Tú estabas en Ceuta sufriendo una condena que iba á prolongarse para toda la vida. Yo hice que alguien te hablara, y te propusiera una evasión, tras de la cual vendrías á mi servicio, donde estarías á cubierto de toda persecución.

—Así fué.

—Quedamos citados el día y la hora en que pasarías el campo marroquí, y yo te estaba esperando en una de las kábilas fronterizas, donde inmediatamente que llegaste, te recogí.

—Y semejante acción yo no la he olvidado nunca.

—No la has olvidado, porque realmente no tenías otro remedio que obedecerme y serme fiel. Así te lo dije desde el primer momento, ¿lo recuerdas bien?

—Perfectamente, señora, después usted me dijo que debía renunciar á ver á mi familia, á enterarme de su situación, que debía romper en absoluto con mi pasado para concretarme única y exclusivamente á su servicio, y así lo hice.

—Lo hicistes porque te demostré que poseía pruebas, no para ir á presidio sino para subir al patíbulo.

—Es verdad.

—Me ofreciste entonces todo cuanto te exigí.

—Y dispuesto estoy á cumplirlo, porque si alguna virtud he tenido, ha sido la de cumplir siempre todos mis compromisos.

—Pues bien; me parece que está próximo el momento de poner á prueba la verdad de tus ofrecimientos.

—Cuando la señora duquesa quiera.

—¿Dices que se están ya practicando las diligencias para el matrimonio de Luciano con Antonia?

—Sí, señora.

—¿Y no sabes cuándo se verificará ese matrimonio?

—Pronto, según dicen. Al mismo tiempo debe verificarse también el de Fernando, hermano de don Luciano, con mi hija.

—Ese me importa poco.

—Luego lo que la señora pretende...

—Es evitar el de Luciano con Antonia.

—¿De qué manera?

—Eso es lo que no he pensado todavía. He de meditar bien el plan, porque quiero que el golpe sea completamente seguro.

El mayordomo se encogió de hombros, esperando que la duquesa explanara más su pensamiento.

—Para esto,—prosiguió Dolores al cabo de algunos segundos,—me has de ayudar y como quizás la prueba que de tí exija pueda parecerte un poco costosa, he querido asegurarme primero de tus disposiciones respecto á mí.

—No comprendo porque la señora duquesa abrigue

duda de ninguna especie. Incondicionalmente me puse á su disposición; mándeme la señora lo que quiera, que estoy á sus órdenes.

—¿No te volverás atrás?

—Mientras no se trate de perjudicar á mi hija...

—Ya te he dicho que no va nada con ella. Mis tiros se dirigen á otra parte.

—Pues entonces la señora puede disponer de mí, como la he dicho.

CAPITULO LXXXV

Teodoro

LÓPEZ, puesto que ya hemos visto por qué medios había entrado al servicio de la duquesa, se retiró á sus habitaciones hondamente preocupado por los proyectos que aquella mujer tendría, y para los cuales pensaba utilizarle.

López, no era el criminal endurecido por los repetidos choques con el crimen.

Más que todo había sido uno de los muchos hombres que existen en el mundo completamente pervertidos por el contacto más ó menos íntimo con los vicios sociales, capaces de asentir á una infamia, de contribuir á su realización ya por debilidad, ya por codicia, ya por egoismo, pero incapaces de armar su brazo para herir á la víctima indefensa.

Había hecho estafas, se había comprometido en fal-

sificaciones, había servido de encubridor en diversos robos, pero sus manos no se habían teñido con la sangre de ninguno de sus semejantes.

De agradable exterior, con cierto barniz de buena educación, emigrado como estaba en Africa por algunas fechorías, aun cuando él decía que era por asuntos políticos, había conseguido entrar al servicio del cónsul de Mogador en calidad de secretario, donde tuvo ocasión de conocer al intérprete Ramírez.

Los hombres perversos suelen conocerse más pronto que los honrados, y Ramírez conoció perfectamente todo lo que podía prometerse de un hombre como aquél.

El cónsul tenía fama de ser rico. Casado con una judía de Argel, hija de un rico comerciante, la cual murió á los dos años de haber dado á luz á Antonia, había heredado las riquezas de su esposa.

Su hija estaba educándose en Argel, de modo, que en su casa vivía puede decirse, á merced de sus criados y dependientes.

Ramírez propuso el asesinato, y ya sabemos las condiciones en que se verificó.

López se había llevado á la niña del cónsul para darle muerte, en virtud del acuerdo celebrado con Ramírez, mientras que éste quitaba de en medio al funcionario español.

Pero le faltó valor para cometer aquella iniquidad, y de aquí el que la llevara á Larache y se la entregara á su mujer, á quien previamente había hecho que fuese á aquel sitio con el encargo de que la hiciera pasar por hija suya.

Después de ésto regresó á Mogador, y pudo recoger alguna cantidad que le entregó Ramírez.

Este y él también, precavidos por lo que pudiera ocurrir, habían escondido en diversos lugares las cantidades robadas, y cuando más tarde cada uno de ellos pudo escaparse de las penitenciarias donde estaban cumpliendo sus condenas, recogieron aquellos fondos.

Como que la parte de Ramírez había sido mucho mayor y era más diestro y más audaz que López, encontró medio de asegurarse la impunidad de su crimen poniéndose al servicio del gobierno, sirviéndole de espía en diversas cortes, y finalmente, tantos y tales fueron los servicios que hizo, que consiguió un indulto de su pena con mayor motivo, no habiéndose podido probar el crimen que cometiera.

En cambio López, encontró en la duquesa la protección que necesitaba, y sin volverse á acordar ya de su familia ni de aquel pasado tan abrumador para él, permaneció al lado de la hermosa viuda, hasta que los celos de ésta respecto á Luciano, excitados al conocer á la mujer á quien el joven seguía, la hicieron confiar á López que hiciese averiguaciones acerca de aquellas mujeres, y supo que la una era su hija y la otra la del cónsul asesinado y que también estaba pasando por hija suya.

Estas noticias fueron las que comunicó á Dolores, que con todo ello formó el plan, cuyos resultados veremos más adelante.

Luciano ignoraba, como fácilmente se comprende, lo que su enemiga estaba tramando en la sombra, y si de algo estaba disgustado, era de la lentitud con que iban las noticias que siempre estaba esperando Jerónimo.

Sin embargo, un incidente inesperado, le obligó á prescindir de aquellas noticias y apresurar su matrimonio con Antonia.

Dos días después de aquel en que tuvo lugar la conversación que han presenciado nuestros lectores entre él y Jerónimo, y en ocasión en que iba á salir de su casa, tropezó con un individuo decentemente vestido, jorobado, de fisonomía astuta y malvada, que le dijo:

—Señor don Luciano, tengo que hablar con usted.

El escultor reprimió á duras penas su disgusto, y repuso:

—Voy á salir ahora, Teodoro; si pudiese usted venirse en otra ocasión...

—Urge mucho que hablemos,—dijo el jorobado.

—Entonces, entremos en mi cuarto.

Y Luciano volvió á entrar en su casa y se dirigió á sus habitaciones seguido de Teodoro.

Cuatro palabras para decir á nuestros lectores quién era aquel hombre.

Teodoro era hijo del ayuda de cámara que había tenido el duque del Sol.

El jorobadillo, todo lo que tenía de deforme en su cuerpo, lo tenía también de deformidad en su corazón.

Era astuto, malicioso, lleno de envidia, claro de ingenio, pero malvado de sentimientos.

Las pasiones encerradas en aquel cuerpo deforme, eran verdaderamente terribles.

El día en que la hija del joyero de Mogador entró en casa de su señor, Teodoro se sintió deslumbrado, y un deseo voraz, insaciable, ardiente, germinó en su alma.

Por el amor de aquella mujer hubiera dado su vida entera si se la hubiera pedido, ó hubiese cometido los crímenes más repugnantes, si por medio de ellos pudiera haberla alcanzado.

Pero como que nada de esto podía suceder, sin per-

der la esperanza, se dedicó por todos los medios posibles á ponerse en condiciones de que llegara un día en que aquella mujer no tuviera más remedio que ponerse á su merced.

Pero se equivocó de medio á medio en sus apreciaciones respecto á Dolores.

Aquella mujer no dejaba ver de sí más que aquello que la convenía.

Resultado, que espiando incesantemente, aprovechándose de los momentos en que salía de su casa para registrar en su aposento, procurando sorprender en sus miradas, en sus frases, en sus acciones algo que le pudiera servir para el objeto que se proponía, si bien llegó á descubrir algo, fué incompleto.

De todos modos, mucho había adelantado.

A la muerte del duque, Teodoro continuó en la casa, y entonces se despejó algo más el horizonte.

Comprendió el amor inmenso que aquella mujer profesaba á Luciano, con mayor motivo, cuanto que él desempeñaba cerca de ella las funciones de secretario, que precisamente también había desempeñado con el difunto duque.

Sirviendo á la duquesa en algunas comisiones que ésta hubo de confiarle, se enteró de algo de lo ocurrido en Mogador. Supo quién eran las hijas de López, estudió atentamente al mayordomo, y recogiendo datos de aquí y de allá, haciendo deducciones, etc., llegó á formar una historia que si no era exacta en todas sus partes, la verdad era que se aproximaba mucho á la realidad.

Teodoro conoció á Luciano, á Fernando y á Jerónimo, estando en casa de Dolores.

Todos ellos, con sus contestaciones ó preguntas hábilmente deslizadas, contribuyeron á la formación de aquella historia que él se había forjado.

Llegó un día en que se creyó bastante fuerte para aventurar alguna frase.

Pero Dolores, cuya perspicacia era grande y que ya había observado en Teodoro algo que la inquietaba, apenas formuló algo de su pensamiento, le despidió de su casa, creyendo así haber conjurado males mayores.

Pero Teodoro había recibido aquel golpe con el odio y la cólera de la persona que ve que se le escapa una presa que había creído completamente segura.

Y aguijoneado por la cólera se propuso llegar al mismo fin, haciendo todo el daño posible á Dolores, y destruyendo todos sus planes.

Al preguntarle Luciano, un día, la causa de su salida de casa de la duquesa, el jorobado se la dijo sin rodeo alguno, le significó el amor que había sentido por aquella mujer, amor que de tal modo le avasallara, que había llegado el momento en que sin poderse contener, se lo había revelado.

A esto añadió otra serie de consideraciones referentes á lo que él sabía de ella, á las cuales puso término Luciano, diciéndole:

—Como que nada me importa de todo eso, Teodoro, no hay necesidad de que me lo diga. Deploro que haya usted perdido tan buen acomodo, y si de algo puedo servirle, ya sabe que me puede utilizar.

Teodoro le había visto dos ó tres veces después, pero se había abstenido de decirle todo cuanto él descubrió en aquella casa, donde mantenía algunas inteligencias con los criados que en ella había.

A Luciano le era antipático el jorobado, y por efecto de esto, su visita, precisamente en los momentos en que iba á ver á su amada, le fué doblemente inoportuna.

—Conque vamos á ver,—le dijo una vez que estuvieron en su habitación,—¿qué es lo que tiene usted que decirme?

—El asunto de que vamos á tratar es un poco largo, —contestó Teodoro.

—Pues ha elegido usted mala ocasión para esto.

—Lo siento, porque se trata de un asunto de interés para usted.

—¿Para mí?

—Sí, señor.

—Pues hable usted, pero que sea lo más breve posible.

—He de dar á usted un aviso que se relaciona mucho con el estado de su corazón, y un consejo que usted tomará ó desechará según crea más conveniente.

—¡Un aviso! ¡un consejo!—exclamó sorprendido Luciano.—¿Sobre qué?

—Se trata de Antonia.

—¡De Antonia!—exclamó Luciano frunciendo el entrecejo.

—Es en interés de ella y de usted.

—Y ese interés de que habla ¿qué causa tiene?

—La causa debe importarle muy poco, si lo que he de decirle redunda en beneficio de usted.

—En fin, Teodoro, acabe usted de una vez.

—Usted quiere mucho á Antonia, ¿es verdad?

—No sé por qué me dice usted semejante cosa.

—Para encargarle la mayor vigilancia.

—¡Vigilancia!

—Sí, señor. No debe usted perder de vista que es usted objeto del amor de una mujer, que...

—No hablemos de eso,—dijo Luciano haciendo un gesto de desagrado.

—Pues precisamente de eso es de lo que hemos de hablar.

—Pero...

—Esa mujer es extraordinariamente vengativa.

—No me importa.

—Esa mujer ni olvida ni perdona; ya sabe usted que se lo dije en otra ocasión.

—Pero vamos á ver, Teodoro, ¿á qué viene todo eso?

—A decirle que viva usted muy prevenido, que la duquesa conoce sus relaciones, y me parece que todavía usted, mejor que yo, que sabe de todo lo que es capaz, debía preocuparse respecto á lo que puede ocurrir tratándose de una joven tan inocente y tan honrada como Antoñita. Crea usted que este aviso que le doy, es por su bien. Se empieza á murmurar de ustedes, y esas murmuraciones están excitadas por la duquesa.

Las palabras del jorobado impresionaron algún tanto á Luciano, que inclinó la cabeza quedándose pensativo algunos momentos.

CAPITULO LXXXVI

El consejo

TEODORO, con esa doble vista debida á su astucia y maldad, había leído perfectamente lo que pasaba en el corazón de Luciano.

Y había sonreído diabólicamente.

Y Luciano, preocupado con sus pensamientos, no se había apercibido de aquella sonrisa.

Por fin el jorobado creyó llegado el momento de romper aquel silencio y dijo:

—¿Qué es eso, señor Luciano? Se ha quedado usted muy pensativo.

—Esas murmuraciones del vulgo, me impresionan un poco.

—No son del vulgo, que son de más elevados círculos.

—¿Y era eso todo lo que tenía usted que decirme respecto á Antonia?

—¿Y le parece á usted poco acaso?

—No me parece mucho.

—Es extraño que diga usted eso.

—¿Por qué?

—Porque en los rígidos principios de su delicadeza y pundonor, creí que entraba por algo el comprometer la honra de una mujer.

El escultor se mordió los labios.

Comprendió que el jorobado tenía razón.

—Además,—prosiguió éste,—que tengo también más que decir á usted respecto á esa señora.

—Hable usted.

—Usted la ama, ¿no es cierto?

—¿Y quién es usted para preguntarme semejante cosa?—dijo el artista frunciendo el entrecejo.

—Una persona que le ha dado un aviso y que ahora trata de darle un buen consejo.

—Pero ¿con qué derecho?

—Con ninguno, lo conozco; pero tiene usted demasiado buen criterio para comprender que cuando no se trata de hacer mal, sólo se quiere el bien de la persona á quien se habla.

—Explíquese usted más claro.

—Eso trato de hacer si usted me deja.

—Prosiga usted.

—Pues bien; estaba diciendo que usted se encuentra sumamente enamorado de esa joven.

—Pero...

—Suplico á usted que me deje concluir; ella también ama á usted.

—¿Y quién le autoriza á usted para que diga?...

—Yo mismo, que veo más de lo que parece y adivino más de lo que algunas personas quisieran.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó el escultor sorprendido por el acento con que Teodoro pronunció las últimas palabras.

—Nada. Estábamos en que ustedes se aman.

El artista estaba asombrado.

Hasta entonces todo cuanto el jorobado le había dicho era verdad.

Y sin embargo, él á nadie más que á Fernando y á su amigo Jerónimo, había revelado el estado de su alma.

Y desde luego que ninguno de èstos se lo había dicho al jorobado.

Así era que le sorprendía extraordinariamente que aquel sér deforme y repugnante, estuviese en todos los pormenores de su vida privada, que eran un misterio para todo el mundo.

Teodoro, prosiguió sin hacer caso del asombro de Luciano:

—Usted no se habrá olvidado que existe en el mundo una mujer que le ama con delirio.

—¡Dolores!...—murmuró con un acento indefinible el escultor.

—Justamente; veo que tiene usted buena memoria; es verdad que á mujeres como la duquesa, no se las olvida así como se quiera.

Y si sordo y extraño había sido el acento de Luciano, no lo fué menos el del jorobado, y la expresión de su fisonomía fué tan particular, que el escultor se le quedó mirando sin saber qué pensar ni qué hacer con aquel hombre, en que había observado y observaba tantas cosas originales.

Por fin le dijo:

—¿Y á qué viene ahora el nombrar á Dolores?

—Porque esa mujer es la espada de Dámocles, pendiente siempre sobre las cabezas de ustedes.

—No comprendo.

—Pues motivos tiene usted, y sobrados, para comprenderlo.

—Sé que su amor siempre me ha sido fatal.

—Y ahora también, si no anda usted muy listo.

—¿Cómo?

—Dolores, con su instinto de mujer celosa, ha descubierto que ustedes se aman y su venganza no se hará esperar mucho tiempo.

—¿De qué manera?—preguntó Luciano que comenzaba á inquietarse realmente.

—La manera no la conozco; pero sí sé que está furiosa, y demasiado sabe usted de lo que es capaz.

—Pero ¿qué interés le mueve á usted á decirme cosas que yo ignoraba y que tal vez tiendan á hacerme un favor, cuando entre nosotros no existe nada de común.

—Un deseo de venganza infinita.

—¡Venganza! ¿y de quién?

—De Dolores; de Dolores que se ha burlado impunemente de mí; de Dolores, por quien he estado á punto de perder la cabeza; de Dolores, que ha hecho que enloqueciera por ella durante algún tiempo; de Dolores, que ha envenenado mi vida, y de Dolores, de quién tarde ó temprano he de vengarme de una manera horrible, de la misma de que me he de vengar de todos cuantos me han ofendido.

Y la fisonomía del jorobado tomó una expresión tal de ferocidad, que Luciano no pudo menos de estremecerse.

—Pero ¿qué va á hacer esa mujer?...—preguntó al cabo de algunos momentos el escultor.

—Yo no lo sé; lo único que puedo decir es que trama algo y, este algo, tenga por seguro, Luciano, que no es nada bueno para usted.

—Pero ¿qué daño la hemos hecho para que nos persiga de semejante manera?

—No amarla.

—¿Y quién tiene la culpa de eso?

—Ella misma; pero de eso no se hace cargo, y si mañana la amase usted, volvería á lo mismo que antes ha hecho.

—¿Y qué cree usted que debo hacer?

—Toda vez que se aman, cásense ustedes.

—¡Qué está usted diciendo!

—La verdad; de ese modo la opinión, un tanto extraviada hoy porque no puede penetrar en el fondo de pureza que existe en las relaciones de ustedes, cambiará completamente y, por otra parte, desbaratará por completo los planes que la duquesa piense tramar contra ustedes.

—¡Quién sabe!

—Además, Antonia no es lo que á usted le ha parecido.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Luciano cuya sorpresa creció por momentos.

—Escuche usted, y me comprenderá perfectamente.

Y entonces el jorobado contó á Luciano las especiales circunstancias de que se halla rodeada la infancia de las que él consideraba hermanas; el abandono de López y su prisión por considerarle autor del asesinato del cónsul de Mogador y, finalmente, la fuga de éste del presidio de Ceuta.

Luciano le escuchaba atentamente.

Y su fisonomía expresaba enérgicamente las emociones que le causaba aquel relato.

Y Luciano, preocupado doblemente por lo que el jorobado le acababa de decir, se entregó á una profunda meditación, olvidándose casi de que no estaba solo.

Teodoro respetó su ensimismamiento.

Le contempló algunos momentos de una manera indefinible, y por fin se levantó de su asiento, diciendo:

—Nada, piense lo que mejor le parezca, y sabe usted, Luciano, que estoy dispuesto á servirle en todo, siempre que sea en contra de esa mujer.

—Gracias,—contestó el escultor maquinalmente.

Y el jorobado, después de haberle arrojado otra mirada de una expresión extraña, desapareció tras el portier que cubría el vacío de la puerta.

Luciano se quedó completamente solo.

Todo cuanto el jorobado le había dicho, resonaba aun en sus oídos.

Y pasó mucho tiempo en semejante estado.

Por fin levantóse de su asiento y, alzando la cabeza, en cuyo rostro se adivinaba había tomado una resolución, exclamó:

—Tiene razón, ante todo, debo casarme con Antonia.

. . . .

Luciano, á partir de aquel momento, comprendió que, efectivamente, estaba amenazada la tranquilidad de Antonia, tranquilidad que le preocupaba en gran manera.

Y se fué á ver á Jerónimo, á quien le dijo resueltamente:

—Mira, Jerónimo, es menester que se activen las diligencias de nuestro matrimonio y, que si puede celebrarse dentro de ocho días, no esperemos á que sean nueve.

—Pero chico, chico, ¿por qué tanta precipitación?

—Te digo que es necesario que ese matrimonio se verifique cuanto antes; tengo motivos muy poderosos para recelar de Dolores.

—¡Oh! pues si no es más que eso, ya puedes estar tranquilo; ¿qué puede hacer esa mujer?

—Eso es lo que no sabemos; puede hacer mucho y puede no hacer nada.

—Pues entonces...

—Es el caso que se está hablando de nosotros, que la pobre Antonia está sirviendo de pábulo á las habladurías del vulgo, y que esas habladurías están promovidas por la duquesa. Por lo tanto, necesito poner término á todo eso. Yo comprendo tu buen deseo y las razones que te obligan á practicar todas esas diligencias; pero la verdad es que yo no puedo esperar más.

—Nada, nada, chico; como tú quieras.

—Después que estemos casados, juntos practicaremos cuantas diligencias sean necesarias.

—Convenidos, dentro de ocho días te casarás.

—Gracias,—le dijo Luciano.

—Hoy mismo voy á ocuparme de vosotros.

Y efectivamente, Jerónimo, aquel mismo día empezó á dar pasos en el sentido que su amigo deseaba.

CAPITULO LXXXVII

Preparativos

Después de la declaración hecha por Luciano á sus amigos y después que Antonia le había manifestado á su vez el estado de su corazón, por efecto del aviso de Teodoro, el escultor no tuvo más que un pensamiento.

Este fué el de apresurar su unión con Antonia.

Y día tras día fueron transcurriendo los que Jerónimo había pedido para practicar las diligencias necesarias para la boda.

Hubo un inconveniente que retrasó algún tanto el adelanto de estas diligencias, que fué la carencia de algunos documentos.

Pero á falta de éstos se hizo una información de testigos, y con el crédito y las relaciones del escultor, se consiguió la pronta tramitación del expediente eclesiástico.

Una nube oscurecía el cielo de la felicidad de ambos amantes.

Esta nube era el pesar de Fernando y la ninguna esperanza de que hasta entonces tenía de encontrar á su hijo.

Pero este pesar, sin desaparecer por completo, se iba atenuando poco á poco.

María, al adquirir cierto dominio en el corazón del médico, iba hasta cierto punto llenando el vacío que la desaparición del niño había dejado.

Luciano para anunciar su casamiento, decidió dar una reunión en la hermosa casa que poseía y cuyos salones no se habían abierto desde la muerte de su madre.

Dió las disposiciones para ello, circularon las esquelas de convite y en el momento en que vamos hablando todo estaba dispuesto para que se celebrara la reunión anunciada.

Dados estos ligeros antecedentes, será muy conveniente para las escenas que han de seguirse, que nos traslademos á casa de la duquesa del Sol en el mismo día en que iba á tener lugar el citado acontecimiento.

Penetremos nuevamente en aquellas habitaciones adornadas con sumo gusto y nos encontraremos á la dama sentada en una de las butacas que había en su gabinete.

Dolores está hermosa como siempre, pero excesivamente pálida.

Sus ojos se encontraban rodeados de ese círculo que imprimen las lágrimas y los insomnios.

Todo en ella indicaba que había sufrido ó estaba sufriendo uno de esos dolores que dejan profundas huellas en el corazón donde penetran.

Y así era la verdad.

Se casaba Luciano, y para Lola ese era el dolor más terrible que podía darse.

Aquel casamiento significaba para ella la pérdida de la última esperanza que hubiese podido abrigar respecto al escultor.

Que éste no la amaba lo sabía ya; mejor dicho, aunque Luciano se lo había manifestado varias veces, en lo íntimo de su alma ella no lo creía.

Muchas veces sucede que por más clara que vemos una cosa, por más que se nos dice que aquella no podrá nunca pertenecernos, y aunque nosotros mismos tratamos de hacérnoslo creer así, no es verdad, existe en el fondo de nuestros corazones una esperanza y ésta era la que tenía Dolores.

Ya hemos dicho en otro lugar que había amado al artista de esa manera avara, intensa; de esa manera que no admite rivales, que tiene celos de todo y que nada encuentra digno de todo lo grande, de todo lo noble, de todo lo sublime, más que el objeto amado.

Para aquella mujer exclusivista en el amor; para aquella mujer que en un grano de arena había visto una montaña, que no había soñado más que con ser la esposa del escultor, la última pérdida de su esperanza era un dolor horrible, era una agonía, prolongada durante todo el tiempo que pudiera tener de existencia.

Y este dolor era el que había empalidecido su rostro y era el que había marchitado las rosas de sus mejillas.

Por eso la encontramos pálida y por eso su belleza tiene ese tinte melancólico del sufrimiento.

Unicamente parece que toda la vida se ha reconcentrado en sus ojos.

Aquella pupila negra y brillante se destaca con mayor fuerza sobre la blancura del rostro.

Y silenciosa, grave y triste se pasaba Dolores muchas horas al día en su gabinete y de esta manera la encontramos en el momento en que la presentamos á nuestros lectores.

Largo tiempo llevaba en esta situación cuando abriéndose la puerta de la estancia apareció López.

Alzó la duquesa la cabeza y en su rostro se dibujó una expresión de alegría extraordinaria.

—Acércate, López,—le dijo en el momento en que le vió,—¿qué has averiguado?

—Nada, señora; todo lo sabíamos ya.

—Según eso, esta noche...

—Se firman los contratos.

—¿Y es cosa resuelta?—preguntó la duquesa, que no podía resignarse á perder toda espéranza.

—Y tan resuelta, que todo está dispuesto para el baile que ha de seguir á la firma de esos documentos.

—¿De manera que es necesario obrar?

—Así me parece, señora.

—¿No encuentras innovación alguna que hacer al plan que tenemos trazado?

—No, señora.

—De manera que tú en el momento en que Antonia vaya á firmar, te presentas alegando tus derechos de padre, y después...

—Después me dejo prender sin resistencia alguna: ¿no es esto?

Y López fijó una mirada escrutadora en el semblante de la dama.

—Te dejas prender, en la íntima convicción de que yo no te dejaré mucho tiempo allí.

—En su interés de usted está hacerlo, señora,—dijo el anciano con acento incisivo.

—No necesito amenazas para hacer lo que debo,—contestó la duquesa con severidad.

—Diré á usted, señora; al extremo que hemos llegado necesitamos hablar sin rodeos.

Y López miró de una manera insolente á Dolores, que, sintiendo encendérsele de cólera el rostro, exclamó:

—¿Qué significa eso, López?

—Que ha llegado el caso de que nos entendamos del todo. Yo creo que soy bastante malo, pero usted me parece que tampoco debe ser muy buena.

—¿Pero dónde vamos á parar?

—A que nos desembaracemos de misterios; usted está enamorada de ese caballero, quiere usted casarse con él y le estorba esa muchacha; pues bien, ¿por qué no la ha suprimido ya?

—El medio que tú me propones,—le contestó,—no es aceptable por ningún estilo.

—Pues era el mejor, al menos el más seguro.

—Has dicho antes que yo pensaba las cosas de una manera admirable, y tengo también una segunda idea para que no muera esa mujer todavía, quiero hacer imposible ese matrimonio por medio del ridículo, y más adelante ya veremos lo que sucede.

—Bien, señora, como usted guste; de modo, ¿que se halla usted resuelta á que yo haga mi papel de padre y á que vaya á la cárcel?

—Sí

—¿Y quién me garantiza á mí que usted me sacará de allí?

—Mi propio interés.

—Eso, como usted comprenderá, no es más que una palabra, y no veo yo muy claro eso de entrar en la cárcel, confiado solamente en la palabra de usted.

—Pues bien; tú eres muy dueño de elegir.

—¿Entre qué, señora?

—Entre ir á la cárcel por servirme, ó ir al patíbulo por no haberme servido.

López palideció de una manera espantosa.

Sus músculos se contrajeron, y escuchaba anhelante á la duquesa, que prosiguió:

—Ya sabes que obran en mi poder las pruebas de tus crímenes y, especialmente, las del asesinato del cónsul.

—¿Y si yo se las quitase á usted?—murmuró sordamente López.

—Estoy á cubierto de cualquier imprudencia que tratases de cometer.

Y Dolores enseñó al anciano un lindísimo revólver que sacó de uno de los cajones de una mesita de palo santo que tenía cerca de sí.

López exhaló un rugido de cólera y permaneció inmóvil.

La duquesa prosiguió:

—Conque vamos, ¿qué es lo que piensas hacer?

—Nada, señora, lo que usted quiera; pero confío...

—Que saldrás de la cárcel á los pocos días de estar en ella.

—En ese caso, adelante.

—Está bien; puedes retirarte ya, y antes de ir á casa de Luciano, hablaremos todavía.

—Como usted guste.

Y López se dispuso á salir de la estancia después de

haber arrojado á Sara una mirada en la que se leían cien afectos distintos, predominando sobre todos ellos el odio y un deseo ilimitado de venganza.

Y al par que salía, murmuraba:

—¡Oh!... esta mujer me tiene aprisionado de una manera horrible, pero si yo puedo librarme, ¡ay de ella!

CAPITULO LXXXVIII

El plan de la duquesa surte su efecto

Serían poco más de las diez de la noche; los salones de los dos hermanos Carvajal comenzaron á llenarse de gente.

Lo más selecto de la sociedad madrileña, se encontraba reunido allí.

Unos parientes lejanos eran los que en su compañía estaban haciendo los honores á las personas que llegaban.

Raudales de luz brotaban de los magníficos candelabros que llenaban las paredes de los salones; flores de una fragancia deliciosa embalsamaban el ambiente, y la belleza de las mujeres que circulaban por todas partes, resaltaba doblemente bajo aquella atmósfera tibia y perfumada, y sus encantos eran una de las mejores joyas que esmaltaban las lujosamente decoradas habitaciones.

La riqueza, el arte y la hermosura se confundían en la casa de Luciano, y estas tres fracciones estaban impacientes por conocer la futura del escultor.

Dolores, presentada por Elisa, se encontró también en los salones del artista.

Y si sorpresa tuvo éste al verse frente á frente con la duquesa, no fué menor la de Fernando que en aquel momento iba del brazo de un amigo, al encontrarse con la marquesa de Arana.

Ambos quedaron inmóviles, y fué necesario que éstas les saludasen, para que ellos volvieran en sí.

Y pasaron los primeros momentos y con ellos los primeros cumplidos, y cada uno se acercó á una de ellas.

Y formarón dos parejas.

Dolores y Luciano formaban una de ellas.

Fernando y Elisa formaban la otra.

—¿Y se ha atrevido usted á venir, Dolores?—decía el escultor á la dama que se apoyaba en su brazo.

—Ya lo ve usted,—contestaba ésta con indiferencia.

—Es decir que usted se ha propuesto acibarar todos mis momentos de placer.

—Lo que únicamente quiere decir esto es, que yo te amo, Luciano, que cada día este amor es más ardiente, que cada uno de tus desdenes me irrita más y que estoy resuelta á que esto concluya de una ó de otra manera.

—Por mi parte ha concluido hace tiempo,—contestó el escultor con una indiferencia glacial.

—¿Y eres tú quien me dice eso? ¡Tú, á quien tanto he amado; tú, por quien he sacrificado mi honra, mi vida, todo cuanto tenía en el mundo, te atreves á decirme semejantes palabras!

—Me parece que se ha olvidado usted de decir que yo que tan profundamente resentido debo estar, no por ese amor, no por esos sacrificios, sino por la forma tan violenta en que se me han hecho unos y se me ha impuesto otro, he tenido mucha razón cuando he arrancado de mi pecho esa pasión que no me causaba más que disgusto y de la cual era un esclavo, sujeto únicamente á la voluntad de una mujer voluptuosa, exigente y altanera.

Durante la larga tirada del escultor, Dolores se había mordido más de una vez los labios y había palidecido de una manera intensa.

Pero aquella mujer estaba acostumbrada á dominarse y se dominó.

—Conque ¿es decir que para mí no hay esperanza alguna?—preguntó al artista al cabo de algunos segundos.

—Ninguna; y me extraña que me haga usted esa pregunta cuando hace tiempo que lo sabe.

—¿De manera que estás resuelto á casarte con esa mujer?

—Dentro de veinte minutos se firmará el contrato.

—¿Y no has temido las consecuencias que pudiera traerte ese paso?

—Demasiado sabe usted que no he sido cobarde nunca,—contestó Luciano, estremeciéndose á su pesar por la entonación tan extraña del acento de la duquesa y porque sólo en aquel instante se presentaron á su imaginación claras y precisas las palabras de Teodoro respecto á lo que pudiera hacer Dolores irritada por el casamiento del escultor.

—¿Es decir que para tí yo no represento nada?

—Hace tiempo que debe usted saberlo.

—¿Y no temes las violencias de mi carácter?

—Estoy demasiado acostumbrado á ellas para que me sorprendan.

—Es decir que mi amor...

—Desprecio un amor que se impone de semejante manera.

El escultor sintió que el brazo de Dolores temblaba sobre el suyo.

Y anduvieron algunos momentos sin que entre ellos se cruzase palabra alguna.

Entretanto, Fernando también decía á Elisa:

—¡Gracias á Dios que veo á usted, señora!

—Pues es muy extraño que desease usted verme y se quedase tan sorprendido al encontrarnos hace un momento,—le contestó Elisa con esa ironía punzante con que ya la han oído hablar nuestros lectores en otra ocasión.

—Es que cuando veo á usted experimento á mi pesar, una fascinación extraña, la fascinación del pajarillo que llega á penetrar en la atmósfera que describe en derredor de sí la serpiente.

—¿Y dónde ha aprendido usted ese nuevo sistema de galantería, Fernando?

—Tal vez en la misma escuela donde usted ha estudiado la impudencia y la maldad que la domina,—le contestó el médico que se iba irritando poco á poco ante el desdén y la calma de aquella mujer.

—No en vano tiene usted fama de ser muy galante y atento con las señoras.

—En fin, Elisa, ahorremos palabras inútiles. ¿Qué ha hecho usted de mi hijo?

—¡Yo!

—Usted, señora, usted.

—No parece sino que usted me lo ha dado á guardar.

—Si no hubiera usted sido una madre infame y desnaturalizada, de otra manera hubiese procedido; pero en fin, esto ya no hace al caso; lo único que yo quiero saber es dónde está mi hijo.

—¿Dónde lo dejó usted?

—Es que de allí ha sido robado.

—¿Y me dedico yo acaso á especular con criaturas recién nacidas?

—Con otras no; pero con ésta que tan de cerca le tocaba á usted, la creo capaz de todo, de todo lo malo, porque bueno es incapaz su alma de usted de sentir nada.

—Me abruma usted con sus elogios.

—Vuelvo á repetir que estamos perdiendo un tiempo precioso, que lo que yo necesito saber es el paradero de mi hijo.

—Pues averígüelo usted.

—Es que usted únicamente puede decírmelo.

—¡Ea! basta de comedia, Fernando,—dijo Elisa revistiéndose súbitamente de una seriedad extraordinaria; —me está usted faltando hace mucho tiempo, y estimo en mucho mi dignidad para que de tal manera se la rebaje.

—Más valía que hubiese usted tenido en más sus afecciones de madre para no proceder de la manera que ha procedido.

—Es que para ello tuve una excusa.

—Nunca la hay para cometer un crimen.

—No fué esa mi intención.

—En resumen, señora; yo lo que quiero saber es dónde ha llevado usted á mi hijo.

—Y yo vuelvo á repetirle que no sé de lo qué usted me está hablando.

—Me lo han robado de la casa donde estaba.

—Pues busque usted al ladrón.

—Por esa razón buscaba á usted.

—¡Fernando!

—La verdad, Elisa, de nadie más que de usted he sospechado; es más, tengo la evidencia.

—Y yo le aseguro á usted que es la primera noticia que tengo de semejante cosa.

Y aun siguieron así, hablando largo tiempo.

Fernando insistiendo constantemente y Elisa negando de una manera que hacía dudar á nuestro amigo.

Por fin, comprendiendo éste que nada podía sacar de aquella mujer, se separó de ella al mismo tiempo que Luciano hacía otro tanto con Dolores.

Los dos estaban preocupados á pesar suyo.

Es verdad que en cuantas escenas habían tenido con aquellas mujeres, habían salido de la misma manera.

Y en este estado sorprendió á Luciano la hora de la firma de sus contratos.

Todo el mundo pasó al salón destinado para la ceremonia y un momento después se presentaron Antonia y María, acompañadas de una parienta de sus futuros esposos.

Un murmullo de admiración se exhaló de todos los labios á la presentación de las jóvenes.

Antonia, nunca había estado tan hermosa como en aquel momento.

La felicidad se retrataba con caracteres enérgicos en su semblante.

Luciano, al contemplarla, olvidó la presencia de Dolores y sus amenazas, y no pensó más que en la felicidad infinita que le prometía el amor de aquella mujer.

Se dió principio á la ceremonia.

Se leyeron sucesivamente todos los artículos de los contratos.

Cuando llegó el momento de firmar, el escultor lo hizo con la mirada brillante de placer, y con el pulso completamente seguro.

Pero cuando iba á hacerlo Antonia, un incidente extraño vino á turbar la alegría general.

Un hombre, anciano ya, y vestido con cierta elegancia se puso delante de la huérfana, y cogiéndola violentamente de una mano, dijo:

—Yo, como padre de estas señoritas, me opongo resueltamente á esta unión, concertada sin mi consentimiento.

Al escuchar estas palabras y al fijar sus ojos en la persona que las había pronunciado, Antonia arrojó un grito espantoso, y cayó desmayada en los brazos de algunas personas que acudieron á sostenerla.

Luciano quiso lanzarse sobre López, pues era él quien se había presentado alegando derechos sobre la joven.

Pero un nuevo incidente vino á impedirlo, y á dar nuevo pábulo á las hablillas y murmuraciones de las personas allí reunidas.

Un criado entró precipitadamente, y dijo algunas palabras al escultor.

Palideció éste de una manera bastante visible y evadiéndose del círculo que le rodeaba, se dirigió hacia la puerta del salón.

En el umbral de ésta, había un inspector de policía acompañado de dos guardias.

—¿Qué se ofrece, señores?—preguntó el escultor dirigiéndose al funcionario.

—Dispense usted, señor de Carvajal, que en semejante circunstancia me presente en su casa; pero acabo de saber que se halla aquí un individuo evadido del presidio de Ceuta como complicado en el asesinato del cónsul de Mogador, y á quien hace mucho tiempo anda buscando la policía, y vengo á prenderle.

—¡En mi casa! Creo que padece usted un error.

—Tengo la certeza de ello.

—Entonces cumpla usted con su deber.

Y el inspector, acompañado por Luciano, penetró en el salón y á poco pasos que dió por él fué á detenerse delante de López, diciendo:

—Este es.

—¡Yo!—dijo López con una sorpresa admirablemente fingida.

—Sí, señor; usted es quien hasta ahora ha burlado las pesquisas de la autoridad, pero ya será la última vez; salga usted, señor mío, y tenga cuidado con hacer el menor movimiento para escaparse.

López dirigió sus ojos hacia donde estaba Dolores, y una mirada indescriptible se cruzó entre ambos.

Un momento después se disolvía aquella reunión tan brillante, ocupándose todo el mundo de lo ocurrido en casa del notable escultor Luciano Carvajal.

Antonia, que había permanecido desmayada, no pudo presenciar la escena que se siguió á la presentación de su padre.

En cuanto á Luciano, la cólera, la vergüenza y el do-

lor, le embargaban de una manera tal, que tuvo que retirarse á sus habitaciones sin poder siquiera despedir á las personas que habían ido á su casa, confiadas en presenciar una escena de alegría, y se habían encontrado con un drama de colores bastante repugnantes.

CAPITULO LXXXIX

¿Por qué no había asistido Jerónimo á la reunión de sus amigos?

La ausencia de Jerónimo en un acontecimiento de tanta importancia como el que había tenido lugar en casa de los Carvajales, había llamado, tanto la atención de estos, cuanto de la mayoría de las personas que conocían lo íntimo de las relaciones que mediaban entre ellos.

Especialmente Luciano, más de una vez había dirigido sus miradas lleno de impaciencia hacia las puertas de los salones, esperando la llegada del curial.

Pero inútilmente. Este no se presentó allí, y por lo tanto, lo mismo Luciano que Fernando, en los momentos en que lo inesperado del suceso les aturdía, digámoslo así, no tuvieron al íntimo amigo, al hermano para que les consolara y les prestara algún alivio en su dolor.



¡Ella y su madre! exclamó.

Conociéndole como le conocían, comprendieron desde luego que algo muy grave debía haberle ocurrido para que no se presentase en su casa.

Y razón tenían para ello.

Efectivamente, Jerónimo había recibido aquella tarde un choque extraordinario.

Como de costumbre, el curial había salido aquella tarde á caballo, única distracción y único lujo que se permitía desde que por la muerte de su padre se había convertido en cabeza de familia.

Había conseguido casar á dos de sus hermanas y estaba dando carrera al único hermano que tenía.

Todo esto tenía que sufragarse con el producto de su trabajo; porque los ahorros que dejara su pobre padre no fueron de gran consideración, y por esto decimos, que el único lujo que podía permitirse y la única distracción que tenía era aquel caballo, regalo que le habían hecho Fernando y Luciano el día de su santo, sabiendo lo aficionado que era.

Regresaba, como hemos dicho, de su paseo, con el propósito de acudir temprano á la casa de sus amigos, cuando al cruzar una de las calles próximas á la suya, dos señoras que iban á pasar de una á otra acera, lo hicieron tan inoportunadamente, que á duras penas si Jerónimo pudo refrenar el caballo cuando ya iba á atropellar á la más anciana.

Un grito que se exhaló de la multitud, unido al de espanto lanzado por las dos mujeres, hizo que Jerónimo se fijara en ellas.

Y al reparar en la joven, una expresión de asombro se retrató en su rostro.

—¡Ella y su madre!—exclamó.

Y precipitadamente se apeó del caballo y se aproximó á las dos señoras á quienes algunos transeuntes habían conducido á una tienda inmediata.

Afortunadamente todo se había reducido al susto que llevaron las dos señoras.

—¡Margarita!—exclamó Jerónimo, dirigiéndose á la joven,—¿es posible que al fin la vuelva á encontrar?

La joven que al reconocer á Jerónimo había palidecido, le dijo en voz baja y rápidamente:

—Poco me ha buscado usted.

—No es posible que lo pueda usted apreciar.

—Ahora no puedo hablar con usted; mamá reclama todos mis cuidados.

—¿Dónde podré verla?

La joven dió las señas de su casa á Jerónimo, y éste la dijo:

—Antes de una hora estoy allí; el tiempo indispensable para llevar el caballo á la cuadra.

Y efectivamente, Jerónimo cumplió su palabra.

Tres años antes, viviendo todavía su padre, estuvieron á verle un día doña Mercedes del Valle y su hija Margarita.

Tratábase de un pleito que sostenía doña Mercedes contra un primo suyo, sobre mejor derecho á una pequeña herencia, y como el pariente era rico y doña Mercedes no nadaba en la abundancia, el pleito se había eternizado.

La pobre viuda, pues tal era el estado de la señora, había oído hablar de la honradez y del buen concepto en que se tenía en la Audiencia al padre de Jerónimo y desesperada ya de andar tantos años, de Herodes á Pilatos, como vulgarmente se dice, resolvió ver á aquel caballero por si conseguía interesarle en su favor.

Y efectivamente lo consiguió.

El padre de Jerónimo vió claramente el derecho con que reclamaba aquella señora y se consagró, por decirlo así, á hacerlo prevalecer.

El éxito coronó sus esfuerzos.

Habló con abogados y magistrados; influyó de un modo enérgico y sostenido y al cabo de algunos meses pudo llegar el pleito á la vista y la sentencia fué completamente favorable para doña Mercedes.

Excusado es decir, el inmenso agradecimiento de la buena señora respecto al padre de Jerónimo.

Este, que con motivo del frecuente trato entre su familia y doña Mercedes había tenido ocasión de conocer á Margarita, sintió algo en su corazón respecto á ella, algo que procuró ahogar inmediatamente, impulsado por un sentimiento de delicadeza fácil de comprender.

Jerónimo llevaba la lealtad y la nobleza al último grado.

La sola idea de que pudieran imaginarse que trataba hacerse pagar con el amor de la hija el servicio prestado á la madre, le indignaba, y de aquí que comenzó una lucha titánica, porque la verdad era que su corazón le gritaba de un modo más violento cada día.

A la joven tampoco le había sido indiferente Jerónimo.

Educada en la escuela de la desgracia, gran maestra que suele enseñar mejor que todas las aulas de las universidades; consagrada exclusivamente al cariño de su madre, su corazón, virgen de amores hasta entonces, pudo admirar todo lo que de bueno y honrado existía en Jerónimo, simpatizó con él, y siendo tan corta la distancia que media entre la simpatía y el amor, excusado es decir que rápidamente fué salvada.

Margarita comprendió también que Jerónimo sentía por ella algo más que el afecto del amigo, porque aunque el labio dominado por la voluntad, callara, los ojos poseían un lenguaje más elocuente y menos fácil de dominar.

En aquellos momentos precisamente, presentóse un don Maximino Vidal, vividor de oficio, que había olido la pequeña herencia de la viuda, y á quien no le pareció, como vulgarmente se dice, saco de paja la muchacha, y como se las echaba de propietario, comenzó á fascinar á la madre para ver si podía conseguir á la hija.

Jerónimo, con su instinto de enamorado, adivinó desde luego un rival en aquel hombre, y comenzó, en su sistema de delicadeza, á retraerse poco á poco.

Lo advirtió Margarita, resintióse, pero al mismo tiempo su amor hacia Jerónimo revistió caracteres más violentos, y este mismo fenómeno se verificó al par en el corazón del curial.

Y sucedió lo que tenía que suceder.

Un día entre quejas y reproches, indirectas y reticencias, Jerónimo pronunció una palabra, Margarita contestó á ella, y poco á poco lo mismo que las cerezas, fuéronse enredando, hasta que la situación quedó despejada por completo.

Pero don Maximino observó lo que sucedía.

Y como que por ningún estilo convenía para sus planes que aquella situación se cambiara en sentido favorable para Jerónimo, y como hemos dicho él había ya formado sus planes contando con aquella herencia, no creyó conveniente dejarse arrebatar la ganga con que contaba.

En su consecuencia, comenzó á formar un plan y cuando lo tuvo redondeado, lo puso en práctica inmediatamente.

Este plan exigía mucha paciencia, mucha habilidad, y mucha astucia.

Pero el tunante poseía en grado superlativo estas cualidades, y no desesperó del éxito.

Y tuvo razón para ello.

Aprovechando diestramente palabras, conceptos y acciones de Jerónimo, excitó los recelos de doña Mercedes, y de tal modo supo pintar respecto á la viuda, los propósitos del joven y la inocencia de su hija, que la buena señora, temerosa de que Margarita fuese víctima del capricho de un libertino, de la noche á la mañana, sin decirla lo que proyectaba, para evitar que la joven pudiera avisar á su amante, la hizo salir de Madrid, dirigiéndose á Badajoz, cerca de donde estaban las posesiones que constituían su herencia.

Excusado es decir, que todo aquello había sido obra de don Maximino, el cuál, á los pocos días de la desaparición de doña Mercedes y de su hija, salió de Madrid para dirigirse al lugar en que aquéllas residían.

Margarita estaba desesperada.

Pero su madre, refiriéndole todas las calumnias que Maximino la contara, calumnias que la habían obligado á tomar aquella determinación, consiguió, ya que su hija no olvidase á Jerónimo, cuando menos que sintiese hacia él cierta adversión, que evitó que le escribiera diciéndole el punto de su residencia.

El joven había recibido con la desaparición de Margarita, un golpe terrible.

Sin embargo, guardó su dolor en el fondo de su pecho, del mismo modo que antes guardara su amor, y nadie supo el vacío que desde entonces quedaba en su existencia.

Algún tiempo después falleció su padre, y Jerónimo tuvo necesidad de ponerse al frente de la casa, y los quebraderos de cabeza que esto trajo consigo, si no le hicieron olvidar á Margarita, cuando menos le distrajeron algún tanto.

Sin embargo, cuando alguno de sus amigos le decía si no pensaba en casarse, su contestación invariable era:

—Yo no me casaré nunca.

El recuerdo de la joven no se borraba de su corazón.

De la misma manera ésta, cuando don Maximino llegó á formular de una manera más concreta sus pretensiones, se opuso tenazmente á satisfacerlas, manifestando resueltamente á su madre, que no había pensado casarse todavía, y con aquel hombre mucho menos.

Felizmente por aquel tiempo comenzaron á descubrirse en Badajoz las farsas de don Maximino.

Hubo algunas buenas almas que dijeron á doña Mercedes lo que aquel hombre era, y su verdadera situación, y excusado es decir, que el desengaño recibido por la viuda hubo de traducirse en beneficio para su hija.

Así se pasó bastante tiempo.

Margarita, del mismo modo que Jerónimo, había relegado su amor hasta el fondo de su pecho, sin permitirle que de allí saliera; pero permaneció completamente insensible para los obsequios y las atenciones de que era objeto por parte de otros hombres.

Por fin, al cabo de tres años, doña Mercedes tuvo necesidad de consultar á un oculista de fama que había en Madrid, respecto á una afección que padecía á la vista, y el viaje se emprendió con secreta alegría por parte de Margarita, que aun cuando ella misma no se atrevía á

confesárselo, la verdad era que estaba ansiosa por tener noticias de Jerónimo.

Ya hemos visto en que circunstancias y por qué motivo volvieron á verse los dos jóvenes.

Quince días hacía que se hallaban en Madrid doña Mercedes y su hija, y en este espacio había tenido ocasión la joven de saber algo referente á Jerónimo, no pudiendo menos de experimentar cierta alegría al saber que el curial permanecía soltero.

Como hemos dicho, Jerónimo no faltó á la cita que había dado á su antigua amada.

Doña Mercedes, á consecuencia de la conmoción sufrida por el susto, se vió obligada á recogerse en el lecho, según prescripción facultativa, y Jerónimo, involuntario autor de aquel suceso, no podía perdonárselo.

Las explicaciones vinieron como consecuencia lógica de su entrevista.

Margarita no había olvidado á Jerónimo, ni Jerónimo á Margarita.

Las explicaciones que se dieron fueron interminables.

Doña Mercedes escuchó de los labios de los dos jóvenes la historia de su amor, y su contestación fué favorable á la solución que los dos apetecían.

Cuando Jerónimo abandonó la casa de su amada, era ya demasiado tarde para asistir á la reunión de esponsales de sus amigos.

CAPITULO XC

Jerónimo en casa de Elisa

Al día siguiente de la reunión que Luciano había dado para firmar su contrato de boda, sesión tan bruscamente interrumpida, Fernando se hallaba profundamente afectado, tanto por la escena que tuvo primero con Elisa, como por las peripecias que más tarde ocurrieron, cuando entró un criado á decirle que Jerónimo deseaba verle.

Momentos después el curial entraba en el aposento.

Disculpóse por la falta de asistencia la noche anterior y al observar la preocupación de Fernando, le preguntó como era natural, por la causa de ella.

El joven le refirió todo lo que ya conocen nuestros lectores, tanto lo que á él tocaba como lo que concernía á su hermano.

Cuando concluyó, le dijo Jerónimo:

—Pues no veo yo tan malo todo eso.

—¿Cómo?—preguntó Fernando sorprendido.

—Más tarde te lo explicaré.

—¿Pero sabes algo?

—Tú déjame; y por ahora vamos á ocuparnos de tu hijo; ¿conque Elisa niega que tuviera parte alguna en ello?

—Sí.

—¿Y tú qué crees?

—Te aseguro, que al verla negar de la manera que lo ha hecho, he dudado.

—Pues ahora es cuando yo estoy más seguro.

—No lo comprendo.

—Ni es necesario tampoco; deja ese negocio por mi cuenta que, ó poco he de poder, ó tu hijo muy pronto ha de volver á tu poder.

—¿Qué dices?

—La verdad, ahora mismo voy á casa de Elisa.

Y Jerónimo se levantó disponiéndose á salir.

Fernando le contemplaba estupefacto y le dejó marchar sin atinar su idea, ni saber los medios con que contaría para realizarla.

Al salir de casa de los Carvajales, Jerónimo se dirigió á la de Elisa.

Llamó á la puerta y el criado le preguntó qué quería.

—He quedado citado con la señora y puedes pasarle recado que estoy aquí.

El criado al oir la seguridad y el acento imperativo con que se le hablaba, se apresuró á obedecer.

La marquesa recibió con visibles muestras de desagrado semejante noticia y en la imposibilidad de hacer otra cosa, recibió al curial.

—Adiós, Elisa,—le dijo éste apenas penetró en su gabinete.

—Buenos días, Jerónimo,—le contestó con su indiferencia habitual.

—He venido á verte dos veces y no he tenido el gusto de encontrarte.

—Sí; he estado fuera de Madrid unos días.

—Tenía que darte una noticia muy interesante.

—¿A mí?

—¿Pues á quién había de ser?

—¿Quién sabe? En fin, sepamos.

—Tu hijo ha desaparecido.

Las mejillas de la marquesa se colorearon ligeramente, pero repuso con voz perfectamente tranquila:

—Ya me dijo eso mismo anoche Fernando.

—¡Ah! ¿conque te habló de ello?

—Y por cierto que me culpaba de semejante cosa.

—¿Y eso te extraña?

—¿Cómo no me ha de extrañar semejante inculpación?

—Pues es el caso que á mí me sucede lo mismo.

—¡También tú!

—Demasiado sabes que te conozco.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Que conociéndote, te creo capaz de todo lo malo que puede hacer una mujer.

—¡Jerónimo!...

—No te alteres, Elisa; no alces la voz porque saldrías perdiendo en esta partida.

Y el acento del curial expresó una amenaza tan terrible, que la joven no pudo menos de estremecerse y decirle:

—Tomas las cosas de una manera...

—Como las debo tomar; he venido aquí á reclamarte tu hijo, y es necesario que me digas dónde está.

—Te repito, Jerónimo, que no sé de lo qué me hablas.

—Y yo te aseguro que lo sabes mejor que yo.

—Pero...

—Dentro de ocho días necesito que el niño haya vuelto á mi poder.

—Mas si yo no lo he robado.

—Te digo, que dentro de ocho días ha de estar tu hijo en mi poder, y si no lo está, no culpes á nadie de lo que pueda sucederte.

—¿Te atreverías?...

—A poner en conocimiento de tu esposo las relaciones que han mediado entre Fernando y tú y las consecuencias que éstas han tenido.

—¡Oh!... Tú no harás eso, Jerónimo, no querrás causar la infelicidad de mi vida.

Y Elisa, que adivinaba que el curial era capaz de hacer lo que decía, temblaba de temor por el resultado que pudiera traer aquella revelación al marqués.

Jerónimo, que comprendía demasiado el carácter de Elisa, trató de permanecer firme para sacar partido y en su consecuencia volvió á decirla al par que se ponía de piés, disponiéndose á salir:

—Lo dicho, dicho, Elisa; dentro de ocho días, tu hijo ó tu desgracia.

—Pero escucha, Jerónimo.

—Nada tengo que escuchar; te he dicho mi última resolución; ahora tú obrarás como mejor te convenga.

Y sin atender á más razones, sin cuidarse para nada de las lágrimas y del dolor que afectaba Elisa, abandonó la estancia.

Cuando la marquesa quedó sola, una expresión de cólera infinita, de aborrecimiento implacable se dibujó en su semblante.

Y con un acento que expresaba perfectamente lo que pasaba en su corazón, murmuró:

—¡Oh!... es necesario que muera ese hombre.

Entretanto el curial salió de la estancia y cuando llegó á la antesala dijo á uno de los criados que había allí:

—Condúceme al gabinete de tu señor.

El criado obedeció y ambos se dirigieron hacia las habitaciones del marqués.

Este estaba en su gabinete un tanto pensativo y un mucho preocupado.

La prisión de López que había presenciado la noche anterior en casa de Luciano, había hecho nacer en su corazón una sospecha y una inquietud extraordinarias.

Porque conociendo la parte que el había tomado también en el asesinato de que al mayordomo de la duquesa del Sol se acusaba, se comprenderá perfectamente que Ramírez no las tuviera todas consigo.

Si López hablaba, él estaba perdido.

¿Y qué cosa más natural que al confesar su crimen no delatase también á su cómplice?

Y descubierto el asesinato, conocida la parte que él había tomado ¿qué suerte le esperaba?

De modo que allí lo que convenía era, ó que López saliese de la cárcel, ó que dejase de existir en ella.

Pero si optaba por esto último, era necesario que se efectuase muy pronto, antes de que el mayordomo de Dolores comprometiese la seguridad del marqués por medio de su declaración.

Y durante algunas horas estuvo extraordinariamente preocupado.

Porque no sabía qué partido tomar, ni cuál sería el mejor.

Y en este estado, Jerónimo le sorprendió al entrar en su gabinete.

El marqués alzó la cabeza y fijó su mirada inquieta en el curial.

Era ya la segunda ó tercera vez que le veía, y siempre, en el acento de éste, había encontrado algo que le aterraba.

Y al ver la severidad y la amenaza que estaban impresas en la fisonomía de éste, su inquietud tomó mayores proporciones.

Sin embargo, trató de dominarse y con una expresión de marcado disgusto, dijo:

—¿Qué se le ofrece?

—Lo que se me ofrece, señor marqués, merece ser tratado un poco despacio.

Y á la par que el curial pronunciaba estas palabras con una calma completa, tomaba asiento con no poca estupefacción del marqués.

—Usted abusa de mi paciencia,—gritó Ramírez al cabo de algunos minutos de silencio.

—¿Por qué, señor marqués?...—preguntó con un acento ligeramente irónico Jerónimo.

—¿Quién le ha dado derecho para venir de nuevo á mi casa?

—No necesito que nadie me lo dé, cuando yo puedo tomármelo.

—En su conducta de usted hay mucha insolencia y...

—No prosiga usted.

—Estoy en mi casa.

—Está usted en ella porque yo quiero, y como que soy aquí quien únicamente puede imponer condiciones, creo que estoy en mi derecho estando aquí.

El marqués quedó asombrado.

Y en su asombro había también mucha parte de miedo.

Porque el acento con que Jerónimo había pronunciado las últimas palabras, no era el más á propósito para tranquilizarle.

Así fué que palideció de una manera intensa y preguntó con voz insegura:

—Y bien; ¿qué es lo que quiere usted?

—¡Phs!... poca cosa.

—Sepamos...

—Creo que anoche estuvo usted en casa de Luciano Carvajal, ¿no es cierto?

—Sí, señor;—contestó el marqués con una agitación imposible de disimular.

—Entonces recordará usted un incidente que ocurrió en ella, según me han dicho.

—No sé...

—No trate usted de negar, porque será inútil.

—Pero...

—Allí se presentó un hombre cuando iba á firmarse el contrato de boda de Luciano con Antonia, alegando sus derechos de padre de la contrayente; ¿recuerda usted ahora?

—Sí,—contestó Ramírez, haciendo un esfuerzo.

—¿Y sabe usted quién era el hombre que alegaba semejante derecho?

—Un tal López, si no recuerdo mal.

—Pues bien; creo inútil decir á usted, puesto que conoce tan bien como yo la historia de esa niña, que López mintió de una manera infame.

—Yo... no sé...

—Usted sabe que Antonia es la hija del cónsul de Mogador, usted lo sabe, porque de usted nació la idea de que esa niña desapareciera, confiándosela á ese tal... López, como dice.

—Y bien; ¿qué quiere usted indicarme con eso?—preguntó el marqués.

—Tenga usted un poco de paciencia.

—Es que abusa usted demasiado.

—No importa; usted, creo que comprenderá lo mismo que yo, que López por sí y ante sí no daría un paso como el que dió, por seguir sólo su capricho.

—No comprendo.

—Me explicaré; López es lo suficientemente malvado para no dar semejante campanada sin su por qué.

—Es verdad.

—López, en esa cuestión, no ha sido más que un instrumento.

—¿Y cree usted que yo?...

—No, señor; usted tampoco se ha servido de él, porque nada le importaba el que Antonia se llamase así ó que fuese la esposa de Luciano.

—Desde luego.

—Por lo tanto es otra persona la autora de todo.

—Desde luego, ¿y sabe usted quién es?...

—No, señor; y por eso vengo á valerme de usted.

—¿De mí?...—dijo el marqués, mostrándose un tanto ofendido.

—De usted, sí, señor;—le contestó el curial con una calma admirable.

Y se siguieron algunos momentos de silencio.

El marqués se encontraba terriblemente contrariado.

Se veía dominado por Jerónimo y comprendía que toda lucha con él era imposible.

Poseedor de su secreto también, era un enemigo más terrible, si cabe, que López.

Por lo cual era necesario ante todo ocuparse de dominarle.

Las últimas palabras del curial le dieron un rayo de esperanza: Jerónimo le necesitaba y necesitándole era lo natural que le hiciera algunas concesiones.

Y estas concesiones representaban para él la ganancia de un tiempo precioso.

Tiempo que él lo aprovecharía admirablemente para deshacerse de un formidable enemigo.

Por lo tanto era necesario que cediese y se mostrase algo amable con aquel hombre de quien debía prometerse alguna cosa.

Todo esto se le ocurrió en un momento y la consecuencia de ello fué despejarse algún tanto su semblante y decir al curial:

—Vamos, Jerónimo; pues creo que así se llama usted, tiene mi suerte en sus manos y confío en que usted no me comprometerá.

—¡Hum!...—murmuró el curial, cuyos ojos no se habían separado un solo instante del rostro del marqués, como si tratase de leer hasta lo más profundo de su

pensamiento;—parece que ya hemos cambiado de carácter, pero en fin, acepto todos los cálculos que usted ha formado para lo sucesivo.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Ramírez mordiéndose los labios.

—Nada, yo me entiendo y basta.

—Sea como usted quiera.

—Vamos al grano.

—Eso mismo estoy deseando yo.

—Ya sabe usted, puesto que lo ha confesado, que le tengo en mi poder.

—Sí, señor.

—Por lo cual no tiene más remedio que hacer lo que yo le diga.

—Suplicándole que no abuse demasiado de su posición.

—No abusaré, yo se lo prometo.

—Pues bien; ¿qué quiere usted de mí?

—Que me averigüe quién es la persona á quien López ha servido, representando esa comedia en casa de los hermanos Carvajal.

—Lo sabrá usted.

—Esto también convendrá á usted; vea á López y al par que se ponga bien con él á fin de que no le descubra, ofrézcale cuanto quiera, y trate sobre todo de averiguar lo que tanto me importa.

—¿Y yo qué ganaré con eso?—preguntó con ansiedad el marqués.

—Usted ganará el que yo detenga la acusación que tengo formulada contra usted y quizás, el que desaparezca por completo la prueba de su culpabilidad en el asesinato del cónsul.

—¡Oh!... ¡gracias!—murmuró el marqués.

Y una sonrisa indefinible vagó por sus pálidos labios.

—Conque quedamos en eso, señor Ramírez,—dijo Jerónimo levantándose de su asiento.

—Sí, señor.

—Pero es que necesito esta noticia mañana mismo.

—Pues bien, la tendrá usted.

—Entonces hasta mañana.

Y el curial se dirigió hacia la puerta, al mismo tiempo que el marqués hacía sonar el timbre que tenía sobre la mesa, á cuya vibración un criado se presentó en la estancia.

—Acompaña á ese caballero,—le dijo su amo,—y después pregunta á la señora si tendrá la bondad de recibirme.

El criado se inclinó respetuosamente y cumpliendo las órdenes que había recibido, acompañó al curial hasta la puerta de la escalera, yéndose después á desempeñar la segunda parte de su comisión.

En cuanto Jerónimo salió á la calle, se detuvo algunos momentos, murmurando:

—¡Diablo! milagro será que este tunante no trate de jugarme una mala pasada; su cambio de modales no me ha gustado, y mucho menos su entrevista con Elisa; ahora tratarán ambos, indudablemente, de deshacerse de mí. ¡Oh!... pero lo que es eso, trabajillo les ha de costar; sin embargo, bueno será andarse con piés de plomo. Vamos, por lo que pueda ocurrir, á la cárcel.

CAPITULO XCI

Preparativos de guerra.—El marqués y la marquesa

DEJAMOS á Luciano ancnadado por la escena que había tenido lugar en su casa, y doblemente afectado, tanto por el ridículo que sobre él recaía, cuanto por el disgusto de su adorada Antonia.

Sin embargo, cuando transcurrieron algunas horas y la reflexión ocupó su lugar, Luciano comprendió que el mal no era tan grave como parecía.

Entonces recordó una por una las palabras que Teodoro le había dicho el día en que estuvo á verle.

Y se convenció de que todo aquello que había sucedido, no fué más que una impostura horrible.

Antonia no era hija de López.

Y López estaba en casa de Dolores.

De Dolores, que deseaba á toda costa vengarse de Luciano.

Y para esto no reparaba en la infamia de los medios, con tal que éstos le condujesen al fin deseado.

Desde aquel momento ya todo se la presentó sumamente claro.

Pero no había más que un mal.

El tenía la evidencia de que Antonia no era la hija de López.

Mas las pruebas, ¿dónde las encontraría?

Si á juzgar fuera sólo por su corazón, desde luego que no vacilaría en hacer á Antonia su esposa.

Pero el escultor conocía perfectamente la sociedad en que vivía, y que ésta no admitiría jamás en su seno á la hija, según las apariencias, de un asesino miserable.

Y las pruebas, á ser cierto que el tiro partía de Dolores, ella era quien debería tenerlas.

Pero la cuestión estaba en la manera de sacárselas.

Para esto no servía Luciano.

Era necesario, para doblegar á aquella mujer, ceder á sus exigencias, y el carácter del escultor no era á propósito para engañar á nadie, por más que fuera su enemigo mortal.

Además, aunque él fuese á casa de la duquesa, ¿qué la iba á decir?

¿Con qué derecho se presentaba delante de ella?

¿Qué razones podía aducir para exigirla los documentos en que constaba la falta de veracidad de lo que López había dicho?

Quien únicamente podía darle luces sobre ello, era Teodoro.

Pero ¿dónde encontrar á aquel hombre?

No lo sabía Luciano porque precisamente le había

sido siempre tan antipático el jorobado, que sus relaciones fueron constantemente muy superficiales.

Era preciso prescindir de él, y en cambio ir á ver á Jerónimo, cuya ausencia la noche anterior, había llamado su atención.

El curial era quien estaba en todos los antecedentes, quien le había prometido proporcionarle todas las pruebas, y el único que podía activar la solución de aquel asunto.

Ya se disponía Luciano á dirigirse en busca de Jerónimo, cuando Fernando entró en sus habitaciones.

Los dos hermanos, preocupados cada uno por lo que á sí mismo se refería, apenas si habían cruzado algunas palabras desde la noche anterior.

Luciano manifestó al médico sus propósitos, y éste le dijo entonces lo que Jerónimo le dijera al tener noticias de lo ocurrido.

El escultor no pudo menos de sorprenderse de que su amigo, ni hubiera entrado siquiera á verle, comprendiendo, como debía comprender, cual sería el estado de su ánimo.

Pero su hermano le dijo la precipitación con que había marchado para ocuparse de sus asuntos, y como que uno y otro sabían lo que realmente valía Jerónimo y el gran afecto que les profesaba, dijo Fernando:

—Desengáñate, Luciano, Jerónimo sabrá lo que hace, y vale más que le dejemos, no sea que lo echemos á perder con nuestra intervención.

Sin embargo, Luciano no estaba muy conforme con esto.

Recordaba sin cesar todos los incidentes de la noche anterior.

Veía en todo ello la mano de Dolores, de aquella mujer, implacable en su venganza, desde el momento en que había perdido la esperanza de su amor.

Teodoro se lo había dicho, y si alguna averiguación debía hacer y si algún paso debía dar, era respecto á la duquesa.

Mucho confiaba en Jerónimo, pero á pesar de la opinión de Fernando, él creía que también ellos debían ayudarle.

—¡Oh! sí, sí,—murmuraba paseándose por su habitación,—voy á ir á ver á Dolores, y ¡quién sabe si hablando con ella encuentre alguna luz con la cual pueda iluminar el camino que está recorriendo mi buen Jerónimo!

Y poco después salió á la calle.

Entretanto, Jerónimo había salido hondamente preocupado de las habitaciones del marqués.

—Son dignos el uno de la otra,—iba diciendo;—pero no cuentan que yo soy más sagaz que ellos y que los conozco perfectamente. Elisa es muy posible que con él se confabule, si llega el caso, para hacerme víctima de esa confabulación. Pero en fin, ya veremos por dónde salimos.

Y se encaminó precipitadamente hacia la cárcel del Saladero, puesto que en la época á que nos referimos, no existía otra.

El curial era sumamente conocido en ella.

Había hecho más de un favor á muchos de los empleados que allí había, y especialmente el Alcaide le era deudor de un gran número de atenciones.

Así fué, que al entrar se dirigió á su despacho.

Al verle el Alcaide, apresuróse á salir á su encuentro, diciéndole:

—¡Caramba, don Jerónimo! ¿Usted por aquí?

—¡Adiós, amigo Rodríguez!—repuso Jerónimo afablemente,—¿qué tal va?

—Perfectamente, gracias á usted.

—No, á mí no; gracias á ese caballero de cuyas influencias me valgo para favorecer á los que son dignos de ello.

—Bien; pero como nosotros no conocemos á nadie más que á usted, de ahí el que le agradezcamos el favor que nos hace.

—Bien, bien; dejemos eso por ahora y vamos á otra cosa.

—Usted dirá.

—¿Conoces á un preso que llegó anoche y que se llama López?

—Sí, señor; es alto, mal encarado, ya bastante cano.

—El mismo.

—Que según oí es un asesino que había escapado á las persecuciones de la justicia...

—Justamente.

—¿Y qué quiere usted saber?

—¿Está en comunicación ya?

—No, señor; aun sigue incomunicado, y regularmente hasta mañana no pasará á comunicación.

—¿Sabes tú si irá al *patio?*

—No, porque anoche cuando vino, encargó que se le guardase uno de los mejores cuartos de *alcaidia.*

—¿Le han tomado ya declaración?

—Ahora está en eso.

—Pues necesito que ese hombre no vea mañana á nadie absolutamente, hasta que yo venga.

—Quedará usted complacido.

—Bien, Rodríguez, bien, y yo te lo agradeceré mucho.

—Más tengo yo que agradecer á usted.

—A mí, nada; con que confío en tí y hasta mañana.

—Vaya usted con Dios, don Jerónimo.

Y el curial salió, y algunos momentos después entraba en un coche de alquiler, diciendo al conductor que lo llevase á la calle de la Espada, donde estaba situada la inspección de vigilancia de su distrito.

Efectivamente; el carruaje tomó la dirección indicada. Pero sucedió que al pasar por delante de la casa donde vivía Elisa, Jerónimo, que casualmente iba mirando hacia aquel lado, exclamó con una sorpresa infinita:

—¡Diablo!... ¡qué rayo de luz!... el *Moreno* sale de casa de Elisa, y el *Moreno* era su amigo y amante cuando esa desdichada no tenía más amparo que el mío; milagro será que este hombre no haya tenido parte en la desaparición del hijo de Fernando. En fin, vamos á casa del inspector, que ya nos ocuparemos de eso.

Y el carruaje continuó su camino, y nosotros haremos alto para ver lo que había sucedido en casa del marqués después que Jerónimo había salido de ella.

Como se comprenderá perfectamente, la marquesa estaba contrariada de una manera terrible con la resolución que el curial la había manifestado.

Por otra parte, tampoco podía resignarse á acceder á lo que se le exigía.

Porque en aquella exigencia iba envuelta su deshonra.

Y con ésta su desgracia eterna.

Así era que no sabía cómo salir del compromiso en que se encontraba.

Y en este estado la sorprendió el recado de su esposo.

Contestó inmediatamente que estaba dispuesta á recibirle y al par dió orden al criado para que fuera á buscar al *Moreno*.

Pocos instantes después, el marqués se encontraba en las habitaciones de su esposa.

—¿Qué te sucede?...—le preguntó Elisa al verle, sorprendida por la extraordinaria palidez que cubría su semblante.

—¡Oh!... el infierno parece que se ha conjurado en contra mía.

—No comprendo...

—Ese curial es necesario que muera,—dijo con voz ronca el marqués.

—En eso también estoy yo,—dijo con una calma glacial Elisa.

—Hace días que convinimos en eso y tú te comprometiste á ello.

—Sí, pero como que eso no es posible hacerlo con tanta facilidad como se dice...

—Pues ahora es necesario, pero que sea pronto, pronto.

—¿Qué sucede?

—Que la prisión de ese López me pone en un grave compromiso, y el curial por otro lado me tiene también en su poder.

—¿Y qué tienes tú que ver con ese asesino?...—preguntó Elisa con cierta sorpresa, no exenta de indignación.

El marqués comprendió que había dicho más de lo que debía.

Jamás había revelado á su esposa los crímenes de su vida pasada, y si bien la posición que ocupaba desde que

se había casado, se fué aumentando en fuerza de bajezas y de acciones vergonzosas, no podía acusársele por ellas.

Así era que si bien Elisa despreciaba á su esposo porque veía todo lo de bajo y asqueroso que había en su corazón, no se horrorizaba de vivir en su compañía, porque no adivinaba que las manos de aquel hombre se habían teñido en sangre más de una vez.

Las palabras de Ramírez, hicieron nacer una sospecha terrible en su corazón.

Y con la mirada fija y fruncidas las cejas contempló á su esposo, esperando con impaciencia su contestación.

En cuanto al marqués, tardó algunos instantes en responderla.

Se aturdió al ver la persistencia de aquella mirada.

Sin embargo, ya era tarde para retroceder.

Comprendió que la sospecha ya germinaba en el corazón de su esposa, y sería muy difícil desterrarla de él.

Así fué que se decidió por jugar el todo por el todo.

Y reponiéndose con alguna rapidez, contestó á Elisa, que seguía contemplándole:

—¿Sabes lo que tengo que ver con ese asesino?

—No, y quiero saberlo.

—Pues bien, soy su cómplice.

—¡Tú!...

Y Elisa quedó confundida.

Un silencio terrible reinó algunos momentos.

Durante él, ambos esposos pensaron mucho.

Se observaron mútuamente, y ambos se hicieron perfectamente cargo de la situación.

La primera sensación de Elisa, fué la del horror, la de la repugnancia, la del asco que la causaba la compañía de un hombre tan miserable.

Pero inmediatamente se modificó.

Si su marido era infame, ella tampoco tenía nada de buena.

Si él había pecado, ella no era de las que podían arrojarle una piedra, porque tampoco su conciencia estaba muy limpia.

En resumen, aquella mujer que tenía un alma perversa y corrompida, se alegró de que su marido fuera también criminal, porque de esta manera no podía temer el que le echase nada en cara.

Y ella, tenía desde entonces una gran ventaja sobre él.

Era dueña de su secreto, mientras que él nada podía reprocharla.

Es verdad que podía llegar un día en que supiese lo que había pasado durante su ausencia; pero hasta entonces ella únicamente era la que estaba en el caso de dictar é imponer condiciones.

En cuanto al marqués, pensaba casi lo mismo de Elisa, en cuanto se relacionaba con Jerónimo, porque le temía.

Y al temerle, sería indudablemente porque poseería algún secreto de ella.

Y de esto tuvo una prueba evidente en la primera conversación que tuvo con su esposa, en la cual se juraron una alianza ofensiva y defensiva, á condición de que cada uno respetase los secretos del otro.

Así fué, que esperó con calma el resultado de la explosión de su esposa, convencido de que era sumamente fácil el que ambos se entendieran.

Elisa, comprendió por su parte que no era conveniente tampoco el que se diese á partido de buenas á primeras, pues esto era hasta cierto punto descubrirse, y como era una actriz bastante consumada, dió á su rostro la expresión conveniente, y dijo:

—¿Conque es decir que usted ha abusado infamemente de mí?

—No te comprendo, Elisa,—la dijo su esposo.

—Yo creía que era usted un hombre honrado y accedí á sus proposiciones, mientras que ahora veo que por desgracia estoy unida á un asesino á quien de un momento á otro puede reclamar el verdugo; y ¡qué ignominia, qué deshonra no recaerá sobre mí!

—Mira, Elisa, dejémonos de simplezas y vamos á la cuestión.

—¿Y tiene usted atrevimiento?...

—Ya lo creo; sé con quien hablo, y es excusado que hagas aspavientos; tú también tienes tu mancha, y esa mancha es la que te hace odiar á Jerónimo y desear su muerte.

—¡Yo!...—exclamó indignada Elisa;—¿y se atreve usted á suponer?...

—Yo no supongo, afirmo.

—¿Y qué afirma usted?...

—No estamos para perder el tiempo; es necesario que así como yo corro un velo sobre tus asuntos, lo corras tú sobre los míos, y que no pensemos más sino que somos hoy marqueses de Arana, que disfrutamos de una posición envidiable, y que no es justo ni conveniente que descendamos de esa posición por un necio escrúpulo de cualquiera de los dos.

—Y bien; ¿qué es lo que quieres?—preguntó Elisa después de algunos momentos de reflexión.

—Qué á tí y á mí nos conviene á todo trance deshacernos de Jerónimo.

—Pero quedará López.

—De ese me encargo yo.

—¡Tú!...

—Sí, lo principal es el curial; el curial que mañana ó pasado, ó el otro, nos puede comprometer de un modo terrible.

—Pues bien; Jerónimo morirá.

—Pero es que ha de ser muy pronto.

—Lo será.

—Además, hay otra cosa que á tí sólo corresponde.

—¿Y qué es?...

—Tú ya conoces á la duquesa del Sol, ¿no es cierto?

—Sí; es la señora en cuya casa estaba López en clase de mayordomo.

—Pues bien; esa mujer tiene un secretario, del cual conviene apoderarse, porque de él depende nuestra salvación.

—Ya sé que ella debe de haber sido la causa de todo cuanto pasó anoche en casa de Luciano, porque cuando la prisión de López observé una mirada que se cruzó entre ella y él, y aquello fué un rayo de luz para mí.

—Pues bien; dueños nosotros de su secreto, estamos en seguridad por el nuestro.

—Por el tuyo, querrás decir,—repuso Elisa, que, á pesar de su perversidad no podía avenirse con aceptar aquella mancomunidad en el crimen.

—He dicho el nuestro, porque si bien yo lo he cometido solo, hoy las consecuencias recaerían sobre los dos.

—Tienes razón.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ahora esperar la venida del matador del curial.

—¿De verás?

—Sí.

—¿Y después?

—Después ir á casa de Dolores.

—¡Oh!... gracias.

—Nos hemos unido para evitar lo que tú has hecho, y yo obro por mi propio interés; por lo tanto, no merezco gracias ningunas.

—Como quieras, Elisa.

—Creo que tú tampoco debes descuidarte y mira á ver lo que haces con López.

—Tienes razón, debo marcharme en seguida.

Y, efectivamente, algunos momentos después, el marqués salía de su casa dirigiéndose hacia la cárcel.

CAPITULO XCII

Se trata del mismo asunto

ELISA se quedó sola.

Ocultó la cabeza en sus manos y no es posible adivinar lo que aquella mujer pensó durante el tiempo que medió desde que su esposo salió de la estancia hasta que un criado entró á anunciarla que ya estaba allí la persona á quien había mandado á buscar.

Entonces separó las manos de su rostro.

Una palidez espantosa se veía impresa en él.

Pero al mismo tiempo una resolución irrevocable se podía leer también en su frente.

Y en esta disposición esperó la llegada del *Moreno*.

Este penetró en la estancia.

Se detuvo á algunos pasos de ella y la contempló de una manera ávida, ardiente é intensa.

Y cuando reparó en su palidez; cuando vió que en derredor de sus ojos había un círculo amoratado, señal

indeleble del disgusto ó del insomnio, se acercó precipitadamente á ella, y cogiéndola una mano, la preguntó:

—¿Qué tienes, Elisa? ¿qué tienes?... tú padeces, tú sufres, ¿y por qué? yo quiero, yo necesito saberlo.

—Sufro mucho,—dijo débilmente Elisa.

—¿Conque es verdad, Elisa mía? Conque tú sufres y yo no estoy á tu lado para consolarte; dime, dime pronto quién causa tu sufrimiento, porque yo te juro...

Un relámpago de alegría pasó por los ojos de Elisa al escuchar las apasionadas palabras del joven.

Pero la apagó en el instante, y solamente murmuró·

—¡Cuánto me amas!

—¡Oh!... ¿y lo has dudado alguna vez? Te amo, Elisa, como no he amado, como no amaré nunca, porque tú has sido el principio y serás el fin de mis amores; te adoro hasta la idolatría y descendería hasta el crimen con tal de que éste me proporcionase el amor que no encuentro en tu pecho.

—¡Oh!... ¡cuán desgraciada soy!...

—¿Tú desgraciada, Elisa? ¿Tú desgraciada? Vamos, habla, aun te amo yo lo suficiente para no permitir que lo seas.

—Hay un hombre que ha jurado mi perdición y lo va á conseguir.

—¿Qué dices?...

—¡La verdad!

Y la marquesa lanzó sobre el *Moreno* una mirada tan llena de voluptuosidad, tan henchida de deleite que no pudo menos de estremecerse y palidecer bajo el peso de la emoción que experimentaba.

Por fin, dijo:

—¡Oh!... Elisa mía, ó mátame de una vez con uno

de tus más punzantes desprecios ó no me mires de esa manera.

Y se siguieron algunos momentos de silencio.

La marquesa lloraba silenciosamente.

El *Moreno* la contemplaba extasiado.

Y tenía motivos para ello.

Aquella mujer estaba doblemente embellecida por su dolor.

—Vamos, Elisa, acaba de una vez de confiarme la causa de tu pesar.

—¿Y para qué?

—Para consolarte.

—Mi dolor es de aquellos para los que son inútiles los consuelos.

—Entonces te vengaré,—dijo sombriamente el gitano.

—¡Tú!... ¿serías tú capaz de vengarme?

Y la mirada de Elisa, brillante, encendida y ardiente, fué á posarse sobre la enamorada, del joven.

Y tanto acercó su rostro al de su interlocutor, que su aliento ardoroso acarició las mejillas del *Moreno*.

—¿Y qué no sería yo capaz de hacer por tí?—la preguntó éste con toda violencia de una pasión insensata.

—¡Oh!... es que este sería un sacrificio terrible.

—Pues bien; que lo sea, habla.

—Te expondrías demasiado, y yo no quiero perderte.

—¿Qué me importa todo lo que me pueda suceder, si he conseguido escuchar tu acento revelándome que me amas?

—Nunca, nunca te expondré á una desgracia; quiero sufrir sola, pero no tener remordimientos.

—Veo que no me amas, Elisa,—dijo el joven con desaliento.

—¿Qué no te amo?...—exclamó la marquesa fingiendo admirablemente una explosión de amor.

—¿Sería verdad?...

—No debo amarte; no debo amarte y, sin embargo...

—¿Qué quieres decir?...—la preguntó el galán anhelante.

—Nada; olvida mis palabras.

—¡Olvidarlas!... nunca.

—¡Olvídalas! déjame sola con mis dolores, no trates de aumentarlos más.

—Pero ¿qué dolores son los tuyos?...

—¿Te parece poco el ser calumniada por un hombre miserable?

—¿Y quién es el infame?—preguntó con la mirada centelleante el joven.

—Nadie, nadie; no me preguntes, nada me digas.

Y Elisa inclinó la cabeza entre sus manos.

El *Moreno* la contemplaba sombrío y ceñudo.

Y la marquesa no perdía de vista la fisonomía del galán.

Y aquella mujer que tan admirablemente fingía, dejó pasar algunos momentos en silencio, y después, como arrastrada por la emoción que sentía, y como sin acordarse que había nadie que la pudiera escuchar, murmuró:

—¡Oh!... ese hombre me perderá... ¡Dios mío!... ¿y qué hacer?.. ¿quién hubiera creído tal infamia en Jerónimo, en ese hombre á quien consideraba como un hermano?...

—¿Qué dices?... Elisa, Elisa, habla por piedad,—la preguntó el *Moreno* interrumpiéndola.

—¡Dios mío!...—exclamó la joven con una sorpresa y un azoramiento, fingidos con una maestría admirable.

—Habla... ¿qué te ha hecho Jerónimo?

—No... si yo no he dicho nada de ese hombre... si él es muy bueno... si no me ha ofendido.

—Es inútil el que trates de engañarme; tu corazón te ha vendido, y yo necesito conocer lo que resta á tu secreto.

—¡Oh!... ¡cuán desgraciada soy!

Y Elisa se puso á llorar.

—Vuelvo á repetirte que me digas lo que causa tu dolor.

—Veo que será inútil el tratar de ocultarte nada.

—Tengo empeño en saberlo todo y lo sabré.

Y había tal resolución y tal amenaza en el acento del joven, que Elisa comprendió que ya estaba lo suficientemente bien preparado el terreno.

Así fué, que dijo:

—Pues bien; yo te lo confesaré todo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que nada has de hacer contra ese hombre.

—¿Pero ha sido él quién te ha ultrajado?—preguntó el joven con el entrecejo fruncido de una manera terrible.

—Sí.

—¿Y de qué modo?

—Ya sabes que yo te mandé robar un niño...

—¿Y bien?...

—Aquel niño era hijo de una de mis doncellas; la infeliz había cometido una falta.

—Y tú tan buena, trataste de repararla en cuanto era posible, ¿no es cierto?

—Cumplí con mi deber; hice llevar el niño á aquella casa, pero ocurrió que Jerónimo me vió un día entrar allí.

—¿Y qué?

—Me estuvo espiando, y cuando salí, fué á ella, y le dijeron que aquel niño lo había llevado yo.

—¡Oh! ¡qué imprudencia!

—Jerónimo, que desde hacía algún tiempo me miraba de una manera particular, que se atrevió á dirigirme palabras que yo nunca debí escuchar de sus labios, ni el pronunciarlas, vió en esto un arma.

—¿Qué dices, Elisa?...—gritó el chalán, que escuchaba con una agitación creciente, el relato de la joven.

—La verdad; inmediatamente se presentó á mí; me amenazó si no accedía á sus deseos.

—¡Miserable!...—exclamó el *Moreno*, temblando de cólera.

—Yo había mandado á la criada á su pueblo, y no podía demostrar mi inocencia por medio de la confesión de ella; así que ese hombre, prevaliéndose de las ventajas que su posición le concede, acaba de marcharse de aquí amenazándome con que si esta noche no accedo á lo que él quiere, dentro de tres días sabrá mi esposo que yo le he sido infiel de una manera harto escandalosa.

—¡Oh!... dentro de tres días no tendrá tiempo,—dijo con ronco acento el joven.

—¿Qué quieres decir?—le preguntó Elisa, azorada.

—Nada, ya sé lo suficiente.

Y no añadió una palabra más.

Sin escuchar las súplicas de la marquesa, ceñudo, terrible y con una palidez espantosa, abandonó el *Moreno* aquella estancia, llevando en su corazón un deseo infinito de venganza hacia el hombre que de tal modo había injuriado á la mujer que adoraba.

Y nada había más absurdo que aquella venganza.

Con poco que el *Moreno* hubiera pensado, se habría convencido de la falsedad de todo cuanto aquella mujer le decía.

Pero su amor le sofocaba.

Oscurecía su inteligencia, y no veía más que su amada había sido ofendida de una manera infame.

Y era necesario castigar á quien de tal modo la había ofendido.

Cuando el chalán salió de su estancia, Elisa estuvo contemplando la puerta por donde había desaparecido, con una expresión indefinible.

Y cuando ya no la quedó duda de que había abandonado la casa, cuando tuvo el convencimiento de que estaba verdaderamente sola, entonces murmuró:

—¡Oh!... ese hombre es mío, y con el curial morirá mi secreto. Creía ese pobre hombre que podía jugar conmigo, y el chasco que va á llevar le costará la vida.

CAPITULO XCIII

Lo que se puede escuchar detrás de una puerta

Cuando Luciano salió de su casa estuvo en la calle parado algunos momentos sin saber dónde dirigirse, hasta que por fin se encaminó hacia la casa de Dolores.

La duquesa estaba asaz preocupada.

Y debía estarlo, porque el paso que había dado podía tener muy malas consecuencias.

Unicamente entonces pensó en ello.

Se había comprometido á salvar á López, y esto era más difícil de lo que creía.

Era mucho más fácil hacer que un hombre fuera á la cárcel que sacarle de ella.

Y si á esto se añade que este hombre era un criminal endurecido, un criminal que había evadido todas las pesquisas de la justicia, que se había escapado de presi-

dio y, en fin, que había hecho otras hazañas por el estilo, se comprenderá que era casi imposible librarle.

Y sin embargo, ella tenía que hacerlo.

Porque aquel hombre poseía parte de su secreto y podía en circunstancias dadas, comprometerla.

Y buscando los medios para ello y luchando con el temor de no poder encontrarlos, aquella mujer estaba sumamente pensativa, como ya hemos dicho.

Pero vino á sacarla de su meditación la llegada de un criado que, abriendo la puerta del gabinete en que ella se encontraba, dijo:

—El señor de Carvajal.

—¿Luciano ha venido?—preguntó la dama palideciendo.

—Sí, señora; en la sala está.

—Bien; dile que pase aquí.

Y el criado salió, y la duquesa, palpitante de emoción, vió aparecer á Luciano delante de ella.

Pero Luciano altivo, severo, acusador.

Mas siempre con aquella belleza enérgica y poderosa que la subyugaba y que la hacía amarle con delirio.

Ella le contemplaba con delicia, porque para Dolores no había dicha en el mundo comparable con la que experimentaba al verle á su lado.

Luciano, por su parte, desplomaba sobre ella su mirada más glacial y más intensa.

Por fin, la duquesa dijo:

—¿No quieres sentarte, Luciano?

—No,—contestóla éste secamente;—no debo sentarme en la casa de mi más mortal enemiga.

—¿Yo tu enemiga?... Yo tu enemiga, cuando te amo...

—No profanes esa palabra, Dolores; es una blasfemia lo que dices; el amor purifica, pero no hace criminal á nadie.

—El amor desdeñado, es capaz de todo.

—El amor desdeñado, sufre, padece, pero no desciende hasta el punto que lo hace el tuyo.

—Tú tienes la culpa.

—Dejémonos de reproches, que yo no he venido á eso.

—¡Siempre severo conmigo!—exclamó tristemente la duquesa.

—Y tú siempre infame y vengativa,—añadió el escultor con frialdad.

—¡Luciano!

—No me arrepiento ni me retracto de lo dicho.

—Tú me ofendes, Luciano.

—Esas son palabras que nada significan; yo he traído un objeto á tu casa, que se separa completamente de eso que tú quieres llamar amor.

—¿Y qué es?—preguntó la duquesa dominándose hasta aparecer con una calma tan glacial como la del escultor.

—La escena que tuvo lugar anoche en mi casa, fué provocada por tí.

—Tú solo fuiste el motor de ella.

—Deseo no ser interrumpido.

—Habla.

—Tú incitaste al miserable de López á que diera el paso que dió.

—Son suposiciones...

—Son verdades, y nadie más que tú sabe que López mintió de una manera inícua.

—¿Cómo?...

—Antonia, ni es ni podía ser la hija de semejante asesino.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú tienes las pruebas de que López asesinó al cónsul de Mogador y le robó á su hija.

—Pero...

—Y que esta hija robada y criada por la esposa de López, es Antonia.

—No comprendo...—murmuró la duquesa un poco turbada.

—Pues es bastante claro.

—Y bien; ¿qué es lo que quieres de mí?

Y Dolores al hacer esta pregunta fijó su mirada resplandeciente en el semblante del joven.

La hebrea comprendía que á pesar de todo, ella era la dueña de la situación.

El escultor la necesitaba y recurría á ella; por lo tanto nada se había perdido.

Si bien ella se encontraba por una parte comprometida respecto á López, por parte de Luciano, ella y sólo ella podía á su placer envenenar sus goces y arrebatarle todos sus placeres.

Y como consecuencia de este pensamiento, serena y altiva también, esperó la respuesta de Luciano.

—Lo que quiero de tí,—la dijo éste,—es que devuelvas á Antonia el nombre que tú la has quitado, que la revindiques ante esa sociedad que la cree hija de un asesino.

—¿Y nada más?

—Ten presente, Dolores, que ahora no es cuestión

de ironías ni de sarcasmos; que yo vengo resuelto á que me des esas pruebas que existen en tu poder.

—Y casualmente yo también estoy resuelta...

—¿A qué?...—dijo precipitadamente Luciano.

—A no dártelas.

—¿Esa es tu firme resolución?

—Sí.

—Entonces me veré en el caso de recurrir á medios tan infames como los tuyos.

—¡Bravo!... con eso tendremos algunos puntos de contacto.

—Mañana sabrá la sociedad en que vives, quién es la mujer á la cual tanto se ha alabado y tantos homenajes se la han rendido; se sabrá que sólo es una aventurera sin corazón y sin pudor, que no ha vacilado en arrojarse en brazos de varios hombres, con tal que estos pudieran servirla de instrumentos para sus fines particulares.

—¿Y nada más?...—preguntó Dolores con una calma que tenía algo de irónica.

—Te parece poco acaso el perder el buen nombre, el ser despreciada por las mismas personas que antes te han adulado, no tener una mano amiga en que apoyarte, no encontrar más que rostros hóstiles y acentos duros de reproche, por lo bajo é inícuo de tu conducta?

—Todo eso me importa muy poco.

—¿Conque es decir que te niegas?—preguntó Luciano sorprendido de la infinita imprudencia de aquella mujer.

—Sí, me niego; yo te amo Luciano, ya te lo he dicho, y únicamente te daría la revindicación de Antonia en cambio de tu mano.

—¡Oh! no; jamás,—contestó resueltamente el escultor.

Iba á replicar la hebrea; pero en aquel instante apareció de nuevo en la estancia un criado.

—¿Qué ocurre?—le preguntó su señora.

—En la sala está la señora marquesa de Arana.

—Según eso, ¿has dicho que yo estaba en casa?

—Como la señora no me había dado orden alguna...

—Bien, retírate; salgo en seguida.

El criado desapareció y entonces dijo Luciano:

—¿Conque estás resuelta á que se rompan las hostilidades?

—Sí; para que yo ceda, tú también has de ceder.

—Pues eso no lo esperes.

—Ni tú tampoco lo otro.

—Tal vez te pese más que á mí.

—Allá lo veremos.

Y la duquesa contestó con una ceremoniosa reverencia á la despedida del artista y un momento después entraba en la sala.

CAPITULO XCIV

Continuación del anterior

La marquesa de Arana la estaba esperando.

Elisa, siguiendo las indicaciones de su esposo, tan luego como el chalán salió de su casa, llamó á sus doncellas para que la vistieran, pidió el carruaje y se fué á visitar á la duquesa.

Y el criado de ésta la introdujo en la sala.

Y casualmente el gabinete en que estaban Luciano y Dolores, tenía una puerta que daba á aquella habitación.

Y como en el calor de la conversación hablase el escultor un poco más fuerte de lo que convenía, Elisa hizo un gesto de sorpresa, y sacando del rico monedero que llevaba un billete de cincuenta pesetas lo puso en manos del criado, diciéndole:

—¡Toma, para tí! pero no avises á tu señora todavía que yo estoy aquí.

El criado la miró sorprendido, fijó después sus ojos en el billete, y por fin comprendió que diez duros bien valían la pena de hacer una pequeña traición á su señora.

Y en consecuencia, dijo:

—Bien; la señora marquesa me avisará cuando he de anunciarla.

Elisa se quedó sola en la estancia.

Se acercó inmediatamente á la puerta, y como cuando ella llegó hacía poco tiempo que Luciano había llegado también, pudo enterarse perfectamente de todo cuanto la interesaba.

Y más de una vez una sonrisa indescriptible, vagó por sus labios.

Por fin, cuando escuchó las últimas palabras cambiadas entre ambos, comprendió que debía hacerse anunciar, y ya hemos visto como entró el criado, casualmente cuando estaba á punto de terminarse la entrevista.

En los cortos momentos que mediaron desde que Elisa dió orden al criado para que la anunciara, hasta que Dolores se presentó en la estancia, la marquesa formó su plan de ataque, y en su consecuencia, después de cambiados los primeros cumplidos, abordó francamente la cuestión, diciéndola:

—Supongo que estará usted sumamente afectada por la escena de anoche.

—No comprendo,—murmuró la duquesa un tanto sorprendida.

—Hablo por lo ocurrido en casa de Carvajal.

—¡Ah! sí, tiene usted razón; me afectó sobremanera.

—Siendo tan amigos como son ustedes,—añadió Elisa con un acento ligeramente irónico.

—Ya ve usted, una cosa tan inesperada.

—Y sin embargo, no ha faltado alguna persona que lo ha comentado á su manera y...

—¿Y esos comentarios?

—No son muy favorables para usted.

—¿Para mí?...

—Sí, porque recuerdan varias personas que usted ha estado enamorada de Luciano y que ciega por su amor, parece que llegó á... á no sé qué extremos.

—¿Y eso recuerdan?—preguntó Dolores con una calma glacial.

—Y además, esa coincidencia de estar López en su casa de usted y presentarse en un momento tan solemne á impedir la consumación de aquel acto...

—Verdaderamente que tiene usted razón; son coincidencias extrañas.

—Y después, lo que más sorprende es que usted, tan escrupulosa en la admisión de sus criados, haya ido á depositar su confianza absoluta hasta el punto de hacerle su mayordomo, en un hombre de tan pésimos antedentes como López.

—Vea usted que cosa tan extraña; y yo que me figuraba que su esposo de usted le conocía también.

—¡Mi esposo!—exclamó Elisa, sintiendo que sus mejillas se enrojecían de vergüenza.

—Sí, creo que hicieron en Mogador juntos algunos negocios.

Aquel golpe era tan directo, que por un momento la marquesa se quedó desconcertada.

Dolores la contemplaba de una manera insistente.

Se había apoderado de la situación, como vulgarmente se dice, y se complacía en la turbación que experimentaba Elisa.

Pero se equivocaba en el juicio formado respecto á su antagonista.

Elisa se doblegaba algunos momentos, pero era para alzarse más altiva y más potente.

Eran dos mujeres dignas la una de la otra.

Así fué que cuando la duquesa la creía más dominada, cuando creyó su triunfo más seguro, se encontró con que aquella mujer la dijo resueltamente:

—Vamos, Dolores, es necesario que hablemos con franqueza.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que está sucediendo.

—No sé lo qué usted me quiere decir.

—Pues me explico con alguna claridad.

—Entonces seré yo la torpe.

—Nada de esto; pero puesto que usted quiere que despeje del todo la incógnita, voy á hacerlo.

—Hable usted.

—Supongamos por un momento que usted ha amado con delirio á Luciano.

—¿Y bien?

—Y que Luciano no ha amado á usted.

—Puede usted continuar.

—Usted ha hecho por él todas las locuras que son imaginables, usted no es lo que aparenta, usted ha engañado á toda la sociedad madrileña, á favor de un nombre que debe á su difunto esposo, pero usted no es más que una judía que ama con toda la fuerza de su ardiente sangre, y que es capaz de descender hasta el crimen más repugnante con tal de que por él pueda usted conseguir siquiera una mirada del hombre á quien ama.

—Valga, porque todo eso es una suposición.

—Que puede muy bien ser verdad.

—¡Quién sabe!

—Pues bien; usted que no vaciló en emponzoñar la vida de Luciano, usted que dejó que permaneciera en la oscuridad esa pobre muchacha á quien hoy ha tratado Carvajal de sacar de ella, no tiene nada de extraño que haya sido la motora de cuanto anoche pasó en los salones del escultor.

—Me gusta la deducción y tal vez no la rechace; pero ahora yo á mi vez, voy á hablar.

—¿Sobre qué?

—Sobre suposiciones también.

—No comprendo...

—Supongamos que su esposo de usted no es lo que aparenta.

—¿Cómo?

—Que hace veinte años era un prófugo del presidio de Ceuta lo mismo que López.

—¡Señora!

—No hay que alarmarse, amiga mía; todo cabe en el terreno de la suposición.

—Es que hay suposiciones tan injuriosas...—dijo Elisa que visiblemente iba perdiendo terreno.

—Que son verdad.

—Eso es una ofensa.

—Déjeme usted concluir; López era un tunante y Ramírez era otro tal.

—Tenga usted presente que es mi esposo.

—Su esposo de usted ha sido tan asesino como mi mayordomo.

—Pero...

—No sea usted niña; lo digo porque tengo pruebas.

—¡Dios mío!

—¿No comprende usted que cuando yo quiero utilizar á alguna persona, lo primero que hago es proporcionarme los medios para tenerla en mi poder?

—¿Pero está usted segura?...—preguntó Elisa, fingiendo admirablemente una expresión de vergüenza y de temor.

—Ya la he dicho que tengo pruebas.

—Y yo no puedo creerlo; no es posible que el marqués me haya engañado de una manera tan infame.

—Y yo digo á usted que es cierto, y como prueba de ello va usted á ver.

Y la duquesa se levantó de su asiento, se dirigió á su gabinete y tuvo la imprudencia de dejar abierta la puerta de él.

Por lo tanto, Elisa pudo verla perfectamente acercarse á la pared, tocar un resorte, cuya delicadeza y cuya colocación no pudo descubrir, y sacar de un hueco que apareció en ella, una caja de hierro, pequeña, de la cual entresacó algunos papeles.

Elisa, de una ojeada, abrazó toda la pared, vió las señales por las cuales podía guiarse y cuando Dolores apareció de nuevo en la sala, permanecía en la misma inmovilidad y con la misma zozobra y rubor impresos en su semblante.

—Aquí tiene usted,—la dijo la duquesa,—la prueba de su fuga del presidio de Ceuta, su filiación, el acta de haber renegado en Mogador, las relaciones que existían entre López y él, y, finalmente, las declaraciones de multitud de testigos que no vacilan en asegurar, por las circunstancias que concurrieron cuando el asesinato del cónsul de Mogador, que uno de los asesinos era Ramírez, llamado entre los musulmanes Albulek-Hejarch.

Y Dolores al par que nombraba todos estos documentos, se los hacía leer á Elisa.

Y cuando se enteró de todos, cuando no la pudo quedar duda alguna de cuanto había asegurado, la dijo:

—¿Ve usted, hija mía, como conmigo es difícil entrar en lucha?

—¡Oh! señora, ruego á usted...

—Nada tiene que rogarme, porque comprendo que usted estaba ignorante de todo.

—Y puede usted creerlo. ¡Qué infamia!

—Ahora quiero únicamente que me ayuden ustedes.

—¿Cómo?

—Diga usted á su esposo que me ha visto, que su enemigo principal no es López, que soy yo y que por lo tanto á mí es á quien necesita complacer.

—¿De veras?...

—Sí, señora.

—Pero ¿y López? López que puede perjudicarle de una manera terrible.

—No tenga usted cuidado por López, que ese es mío completamente y por la cuenta que me trae yo trataré de inutilizarle.

—¡Oh!... entonces cuente usted con nosotros para todo.

—Pero yo necesito ver al marqués inmediatamente.

—Pues á propósito, esta noche tendremos sumo gusto en que nos acompañe usted á tomar el té, un té de familia y entonces nos pondremos completamente de acuerdo.

—Doy á usted un millón de gracias y desde luego la prometo mi asistencia.

—Es usted demasiado amable.

—Debemos serlo, señora, porque hoy es usted la dueña absoluta de nuestra suerte.

Y cambiaron aún algunos cumplidos.

Y cuando algunos minutos después salió Elisa de casa de la duquesa, una expresión de extraña alegría se dibujaba en su semblante.

Cuando se encontró en su carretela y en dirección de su domicilio, murmuró con aire satisfecho:

—He descubierto más de lo que quería, y esa mujer pronto estará exclusivamente á mi merced.

La duquesa, á su vez, exclamó al encontrarse sola en su habitación:

—Servidme, tontos, que después ya me desharé de vosotros.

CAPITULO XCV

Donde se ve que Elisa no se descuida

De pronto, la marquesa de Arana que iba en su carruaje profundamente pensativa, tiró del cordón, el cochero detuvo los caballos, y la joven dió orden de que en vez de dirigirse á su casa, el carruaje la condujera á la calle de Arganzuela, donde vivía el *Moreno*.

Una nueva idea se le había ocurrido, y la puso en práctica inmediatamente.

Una vez en el carruaje y recapacitando sobre lo que acababa de ver en casa de la duquesa, murmuró:

—Si yo pudiera apoderarme de esos papeles, indudablemente que había de cambiar en absoluto la situación. Esa mujer, entonces estaría á nuestra merced, mientras que hoy somos nosotros los que estamos en su poder. ¿Pero de qué modo podría conseguirse ese resultado? En otro tiempo conocía yo á muchos indivi-

duos, que por una friolera me hubiesen sacado del apuro, pero hoy ¿á quién me dirijo?

Y de pronto, un nombre se ocurrió á su pensamiento, porque se dió una palmada en la frente, exclamando:

—¡El *Moreno!* Justo, nadie mejor que él puede hacerlo, y lo hará. Lo malo es que ya le he confiado otra misión, delicada también, y si fracasa en ella, entonces no podría servirme para ésta. ¡Oh! y esos papeles me son de primera necesidad. Creo que casi, casi, prefiero esto á lo otro. Y es menester aprovechar la ocasión. Precisamente esta noche esa mujer estará en casa y pasará cuando menos dos ó tres horas, y en ese espacio se puede hacer mucho. Si yo supiera que había de encontrar al *Moreno* en su casa... Nada, es cuestión de que le vea al momento.

Y entonces fué cuando avisó al cochero y le dió la orden que ya conocen nuestros lectores.

Una vez en la calle de Arganzuela, Elisa, hizo que el carruaje se detuviera, descendió de él, ordenó al cochero que la esperase allí, y se dirigió hacia la casa que habitaba el chalán.

Precisamente éste, después de la entrevista que había tenido con Elisa, hondamente preocupado por lo que ésta le dijera y dominado por la fatal influencia que ejercia sobre él, habíase retirado á su casa, diciendo á su madre:

—No me siento bien, y no quiero ver á nadie; de manera que si alguien viene, ya sabe usted lo que ha de decir.

Y se encerró en su cuarto, y allí permaneció algunas horas, cuando de pronto abrióse la puerta, y Elisa apareció en la estancia.

Al verla el chalán, alzóse vivamente de su asiento, y corriendo hacia ella, la dijo:

—¿Qué es esto, Elisa? ¿Tú aquí?

—Lo cual te probará que es muy importante lo que tengo que decirte.

—¿Más que lo que me dijiste esta mañana?

—Tal vez.

El chalán no pudo menos de mirar lleno de asombro á la joven.

¿Qué podía haber más importante que la muerte de una persona?

¿Qué clase de misterios ó en qué aventuras se había comprometido Elisa, que tuviera necesidad de recurrir á semejantes extremos?

La marquesa, comprendió en la mirada que el *Moreno* la dirigía, algo de lo que pensaba, y le dijo:

—Amigo mío, en la existencia en que la suerte me ha colocado, hay misterios de tal naturaleza, que requieren un tino y una destreza extraordinaria, para poder eludir los compromisos que ocasionan.

—¿Y qué quieres decirme con eso?

—Que yo me encuentro hoy en una de esas situaciones extremas, para las cuales se necesita tanta astucia y valor, como prontitud para obrar. No tengo á nadie más que á tí que me salve de esa situación; por eso he venido á buscarte.

Y Elisa fijó una mirada enloquecedora en el *Moreno*, mirada cuyo influjo obligó á éste á decir inmediamente á la par que estrechaba entre las suyas, las manos de la joven:

—Habla, Elisa mía, habla, díme lo qué quieres.

—¿Lo harás?

—Aun cuando me pidieras la vida, te la daría sin vacilar; ya lo sabes, por tí, todo.

—¡Oh! gracias.

Y el perfumado aliento de la joven, acarició la mejilla del *Moreno*, que estrechándola apasionadamente entre sus brazos, la dijo con voz trémula:

—Habla; si ya sabes que yo no puedo negarte nada; ¿acaso habías dudado de mí?

—No, no debo dudar, ni he dudado nunca.

—Pero bien; ¿qué es lo que quieres?

—Tú conoces á la duquesa del Sol ¿no es verdad? —preguntó Elisa al cabo de un momento.

—¡Ya lo creo que la conozco!

—¿Sabes dónde vive?

—Sí.

—Pues bien; esa mujer posee documentos que me comprometen de un modo extraordinario, y que comprometen á varios personajes importantes de la situación, de quienes precisamente había yo sido el agente en cierta conspiración.

—¿Tú?—preguntó sorprendido el *Moreno*.

—Lo que te he dicho antes. En ciertas posiciones, suele haber compromisos de cierto género, completamente inevitables, y que crean situaciones como esta en que me encuentro.

—Pero ¿también se encontrarán esos mismos personajes de quienes hablabas?

—¡Ya lo creo!

—¿Y por qué no procuran sacarte de ese compromiso?

—¡Ese es el caso! que yo era la depositaria de esos documentos, que se habían fiado de mí, y he sido tan infiel guardadora, que ya tú ves, me los he dejado arrebatar.

—¿Por quién?

—Por una doncella infame, que conocía todos mis secretos, y á la cual tuve que despedir, precisamente, porque ella había sido la cómplice de Jerónimo en todos esos actos indignos que hoy te he referido.

—¡Oh! calla, calla.

—La duquesa del Sol, pertenecía al bando contrario, y hoy es el elemento principal con que cuentan las oposiciones. Juzga tú la fuerza que para ella representan esos papeles.

—De modo que tu doncella se los vendería...

—Si está en su casa, si la tiene á su servicio.

—Entonces esa mujer sabrá también todo lo de Jerónimo, y...

—Es lo más posible; pero respecto á ese particular, jamás me ha dicho nada.

—Y ¿de los papeles?...

—¡Oh! en cuanto á eso, precisamente hoy mismo ha sido cuando se ha despejado la situación. He estado en su casa, ha tenido el atrevimiento de amenazarme con ellos, y juzga cual habrá sido mi sorpresa, cuando yo no podía sospechar semejante cosa...

—Luego ¿tú no habías echado de menos esos papeles?

—No, creí que permanecían en el mismo cofrecillo donde los guardaba, y cuando he llegado á casa, me he encontrado con que habían desaparecido.

—¿Y qué quieres que yo haga? Quieres que me presente á esa mujer y que...

—Así nada conseguirías, te arrojarían á la calle sus criados, y habríamos descubierto nuestro juego sin conseguir resultado de ningún género.

—Pues entonces...

—Es necesario recurrir á otros medios. Yo he concebido un plan que es el único que nos puede salvar, en el caso que tú quieras llevarle á cabo.

—¿Pero todavía tienes valor para decirme semejante cosa, cuando sabes, como te tengo dicho, que mi vida te pertenece? Habla; dime lo que has pensado, dime cuanto deseas, y por difícil y arriesgado que sea, yo te prometo hacerlo.

Una expresión de satisfacción, brilló en el semblante de la joven.

No había presumido en vano, que en el *Moreno* estribaba su salvación.

—Escucha,—le dijo,—y dime si te parece bien lo que he pensado.

—Siendc acuerdo tuyo ¿no ha de parecerme bien? ya te he dicho que puedes hablar sin temor de ninguna especie.

—Esta noche, la duquesa, pasará en mi casa dos ó tres horas.

—¿Y qué?

—Es preciso aprovechar ese tiempo para penetrar en su casa, y robarle los papeles.

—¡Elisa!

Y el *Moreno* no pudo menos de reflejar en su rostro la repugnancia que le inspiraba el acto indicado por aquella mujer.

—Comprendo todo lo repugnante que es para tí ese paso, por lo tanto, vale más que no lo llevemos á cabo. Comprendo todo lo imprudente que estuve al proponértelo.

—¡Qué quieres decir!—exclamó el *Moreno*.—¿Supo-

nes acaso que yo pudiera dejarte abandonada en situación semejante? ¿No he hecho ya abjuración completa de todos mis sentimientos, de todas mis afecciones al formar el propósito de librarte de Jerónimo? Si él te ha ofendido, debe morir y morirá. Esos papeles pueden comprometerte, y yo no lo quiero. ¿Dices que esta noche va esa mujer á tu casa?

—Sí.

—¿Recuerdas hacia donde da la habitación en que la duquesa guarda esos papeles?

—No he omitido circunstancia alguna, desde el momento en que comprendí en que mi única salvación estaba en recoger esos papeles.

—Entonces, explícame la disposición de la casa tú que la conoces.

Elisa, temblando de gozo porque sabía que el *Moreno* cumpliría su compromiso, le dió todas las explicaciones necesarias, envolviéndole al mismo tiempo en una de aquellas miradas llenas de voluptuosidad en las cuales era tan maestra, y con las que había conseguido dominar la enérgica voluntad de aquel hombre.

Cuando hubo concluido su relato, el *Moreno* la dijo sencillamente:

—Mañana tendrás esos papeles en tu poder.

CAPITULO XCVI

El robo

EL *Moreno*, una vez que se vió libre de la presencia de Elisa, no pudo menos de reflexionar respecto al compromiso que había contraído.

Apoyada la cabeza sobre sus manos, permaneció durante un buen espacio, hasta que dijo por fin:

—Por esa mujer voy á llegar al último extremo. El amor que me inspira, me tiene ciego, y no sé hasta dónde puede conducirme. Comprendo que he descendido hasta el último escalón del envilecimiento, y sin embargo, carezco de valor para retroceder. Don Jerónimo á quien yo tanto he querido y de quien recibí tantos favores, tiene que morir á mi mano, y... No quiero pensarlo. ¡Yo su asesino! ¡Ea! fuera pensamiento tan importuno. Ella lo quiere; su tranquilidad necesita esa muerte, y yo

no tengo otra tranquilidad, otra vida, sino la ventura de esa mujer.

Y el chalán púsose á pasear agitadamente por la habitación, presa de encontrados afectos y de impresiones distintas.

Por fin, por medio de un esfuerzo poderoso, dominó sin duda todas aquellas corrientes que en su corazón se desbordaban, contrarias á los proyectos de Elisa, porque deteniéndose de pronto, exclamó:

—Vaya; la suerte está echada, y no hay otro remedio que llegar hasta el fin. Ella lo quiere y así ha de ser.

Y se lanzó á la calle, dirigiéndose hacia el Barranco de Embajadores.

Una vez allí, penetró en una casa de las de peor aspecto, subió á uno de los pisos interiores, llamó á la puerta de un modo especial, convenido sin duda con el inquilino de la mezquina vivienda, y poco después una mujer aparecía en la puerta.

—¿Está el *Manitas*?—la preguntó el *Moreno*.

—Para usted lo está siempre,—contestó la mujer, dejando franco el paso al recién llegado.

El chalán penetró en una sala pobremente amueblada, y de pié y en actitud un tanto agresiva, había un hombre que al ver la persona que entraba, exclamó:

—Vamos, más vale que hayas sido tú que no otro.

—¿Lo cuál quiere decir que tienes algo por que temer?

—Y ¿quién no tiene en este mundo? Vaya, siéntate, y que nos traiga la *Pelona* una botella de Cariñena.

—Tengo que hablar contigo.

—Sí, ya me lo he figurado; vendrás á buscarme porque me necesitas ¿eh?

—Sí.

—Pues con eso podrás hablar mejor, teniendo húmedo el gaznate. No he visto todavía que se pueda sostener una conversación teniendo la boca seca.

Y el *Manitas*, que era uno de los *tomadores* más finos que había en Madrid, llamó á la individua que con él vivía, hizo que les llevase una botella de vino, diciéndola:

—Te advierto que tenemos que hablar de cosas reservadas yo y éste ¿lo entiendes tú?

—Pues aunque una fuera algún guarda-cantón para no entender á las personas. No tengas cuidado, hombre, que nadie vendrá á interrumpir las conferencias de sus majestades.

—Es que á mí no me has de venir con soflamas, ¿lo entiendes?... porque sino, de un guantazo... En fin, ya conoces tú las manos del *Manitas*.

La *Pelona* salió del aposento, dirigiendo una mirada indescribible á su amante.

—Pero hombre,—le dijo el chalán,—¿es posible que siempre hayas de ser así?

—Pues si uno se hace de miel, mira tú que se le comen las moscas. Las mujeres, desengáñate, *barbián*, son como los perros, que *pa* que te quieran y te respeten has de acariciarlas de cuando en cuando con una buena vara de fresno.

—No me agrada la receta.

—Pues peor para tí.

—En fin, como que yo no he venido aquí para hablar de eso solamente...

—Tienes razón; dí lo que quieras, y al avío.

—Necesito que esta misma noche tomes una caja con unos papeles del lugar donde se encuentra.

—¿Pero esos papeles son de interés?

—Lo ignoro, y á tí debe importarte bien poco también, con tal de que te paguen.

—¿Cuánto?

—Doscientos duros, y ni una peseta más ni una peseta menos.

—Poco es.

—Pues lo siento,—repuso friamente el *Moreno*.—Me iré á ver al *Mellado*, y él lo hará.

—¿Quién? ¿ese fantasioso que se las echa de *tomaor* y ha estado más veces en la *trena* que pelos tiene en la cabeza? Vaya, *Moreno*, que te *cayes*, hombre... que te *cayes*... ¡Parece mentira que no sepas tú distinguir á las personas de distinción!

—El *Mellado* lo hará por mucho menos de lo que te he ofrecido.

—Y así andará ello. Anda, añádele cincuenta *chulés*, y al avío.

—No puede ser.

—¿Y por qué no?

—Porque supongo que no querrás que yo te ponga de mi bolsillo esos cincuenta duros.

—Sin duda que tú querrás hacerme creer que no te dan más que lo que me has ofrecido.

—Nada más, y te lo juro por esta.

Y el *Moreno* cruzó los dedos y puso sobre ellos sus labios.

—Vaya, está bien, te creo. Yo, de un amigo como tú, no quiero que se sacrifique. ¿Cuándo hay que hacer eso?

—Esta noche.

—¿Y cuándo se paga?

—Al contado.

—De modo que ahora...

—Ahora recibirás la tercera parte del importe, y esta noche, cuando me des la caja con los papeles, el resto.

—Eso es; y si caigo en el *garlito* y el negocio se malogra, me habré lucido.

—Ya sabes tú que si yo ando por medio en una cosa, no dejo abandonados á mis compañeros.

—De todas maneras, créete, *Moreno*, que no es tan fácil como te parece lo que tú pretendes.

—No puede parecerte fácil ni difícil, cuando no conoces el asunto.

—Me basta con lo que me has dicho.

—Si no se tratara más que de coger unos papeles, ya comprenderás que no soy tan mamón que fuera á ofrecerte doscientos duros.

—Pues ya se ve, y por esa razón que comprendo que ha de tener sus dificultades el negocio, es por lo que te he dicho que era poco.

—Es difícil, según y cómo. Para otro, podría tener sus dificultades, y más te diré, hasta sería fácil que se malograra; pero tú, en media hora estás listo.

—Sí; pero basta un minuto para que me echen el guante.

—¡Como que irás á meterte tú en la boca del lobo, sin haberte asegurado antes la retirada!...

—Muy imprudente sería si no lo hiciera así.

—Pues en el negocio de que se trata no se necesita sino habilidad y sangre fría.

—Mientras no me siga alguno de los del orden público...

—De tí dependerá única y exclusivamente evitarlo, y, sobre todo, creo que por doscientos duros bien se puede arriesgar uno.

—Vamos á ver; ¿dónde han de cogerse esos papeles?

—En una habitación, donde están ocultos en un secreto que hay en la pared.

—¡Hola, hola!... Eso ya trae consigo una complicación.

—¿Por qué?

—Porque hay que entretenerse...

—Si te atienes á las indicaciones que he de darte, realizarás el negocio con la mayor tranquilidad.

—Sí, con la mayor tranquilidad para tí que estás fuera de la cosa.

—Y para tí mucho más, hombre, que estás acostumbrado á eso.

—Vamos, explícate y dime cómo se ha de hacer.

—La manera de hacerlo es cosa tuya; porque ya comprenderás que yo harto hago con darte el dinero.

—Pero bien; ¿por dónde he de entrar yo en esa habitación? ¿Hay algún balcón?

—Sí; pero no has de subir por él. Es necesario que entres dentro de la casa.

—¿Quién la habita?

—Una señora y seis ó siete criados.

—¡Demonio! Pues dí tú que para entrar allí es necesario que vayamos cinco ó seis, y después con los espías... ¿Y para todo eso doscientos duros?... Anda, *Moreno*, anda, y llévale el negocio al *Mellado*.

—Estás hablando de más, porque si me hubieras dejado concluir, habrías comprendido ya que tú solo te bastas para todo.

—No sé por qué.

—En primer lugar, que esta noche, á las nueve ó las diez, se marchará la señora, y como es consiguiente, se llevará consigo al cochero y al lacayo, que ya son dos criados menos.

—Sí; pero quedarán todos los demás.

—Todos los demás, que en cuanto se marche su señora harán lo que hacen todos los criados, cuando se marchan sus señores, reunirse en el comedor ó en la cocina, y beber ó divertirse hasta que sea la hora de que aquéllos lleguen.

—O puede darles también la gana de irse á las habitaciones de su señora.

—En la que están los papeles que yo te digo, no entrarán de ninguna manera, porque es una especie de sala-despacho donde entra pocas veces la dueña de la casa.

—Muchas facilidades encuentras tú para todo. Como se conoce que no eres quien lo ha de hacer.

—Ya te dije antes que si no se tratara de tí, desde luego que habría de encontrar muchas dificultades. Pero tú, en cuanto yo te describa la casa tal como está, comprenderás que no hay dificultades, teniendo serenidad para obrar.

—Veamos, veamos. Por supuesto, que me pagas bien poco para el servicio de que se trata.

—Pero ¿qué quieres que te diga, si no me dan más?

—En fin, habla; á ver cómo puede hacerse lo que pretendes.

El *Moreno*, entonces describió á *Manitas* el interior de la casa de la duquesa.

El *tomador* le estuvo escuchando atentamente, y cuando hubo concluido, le dijo:

—No te creas, á pesar de lo que dices, que la cosa no tiene dificultades, y si me tropiezo en el camino con alguno de los criados...

—Pues ahí es donde está tu talento, en evitar el encuentro con ellos.

—¿Y dices que la dueña de esa casa dejará libre el campo á las nueve ó á las diez?

—Sí; y tardará cuando menos un par de horas en volver á su casa.

—Menos mal.

Los dos amigos, lleváronse hablando un buen rato, saliendo después de la casa los dos juntos.

CAPITULO XCVII

Robo realizado y asesinato frustrado

El *Moreno* conocía perfectamente á la persona á quien se había dirigido.

Manitas, era una especialidad en el género á que se dedicaba.

La facilidad con que sabía metamorfosearse, según y cómo le convenía, su sangre fría, el buen golpe de vista tan necesario para sus empresas, sus modales, lo ingenioso de sus combinaciones y sus recursos para probar las coartadas, le habían dado, como hemos dicho, una gran celebridad.

El *Moreno* le conocía, del mismo modo que á otros muchos individuos de su estofa.

Ya hemos indicado sus principios, los medios de existencia en que se habían deslizado los primeros años de su vida, y si bien había seguido otro rumbo, merced á los esfuerzos que hicieron Jerónimo y su padre, así co-

mo también más tarde Luciano y Fernando, la verdad era que no les había perdido de vista, y hasta hubo alguna ocasión en que pudo prestar algún servicio á varios de ellos.

Especialmente á *Manitas*, cuyo sobrenombre se lo debía precisamente á la ligereza de sus manos, en diversas ocasiones le había servido de un modo extraordinario.

De aquí que á él se dirigiera el chalán para la empresa que debía acometer, á fin de complacer á Elisa.

La duquesa, segura de que después de la entrevista que tuvo con la marquesa de Arana, ésta hablaría á su marido y serían dos instrumentos más que podría utilizar en beneficio propio, juzgó que aquella noche en el té á que su nueva amiga la invitara, quedarían completamente ajustadas las condiciones de la alianza defensiva y ofensiva que tanto deseaba.

Por de pronto la amistad del marqués, ó mejor dicho, su dependencia, tenía que servirle para ver de sacar á López de la cárcel.

Al marqués, le convenía más que muriese allí, porque de ese modo su secreto estaba completamente seguro.

Pero en cambio á Dolores, no le convenía aquella muerte.

Era un instrumento que quería tener al alcance de su mano, para utilizarle en contra de Luciano.

Con estos propósitos, se dirigió á casa de Elisa.

Esta, una vez que regresó á su domicilio, se apresuró á preguntar si había llegado su esposo.

Y con la contestación afirmativa, se dirigió á sus habitaciones.

El marqués estaba visiblemente inquieto.

El propósito con que salió de su casa, no se había realizado.

Estuvo en la cárcel y no pudo ver á López.

Fué á ver á algunos magistrados con quienes tenía íntimas relaciones, y á unos no pudo verles, y otros le dijeron que por el momento nada podían hacer.

Resultado, un día perdido, y de inmortales inquietudes para él.

—¿Qué has adelantado?—preguntó al ver á su esposa.

—Mucho; ¿y tú?—dijo Elisa.

—Nada.

—¡Desgraciado estuviste!

—Sepamos lo que has hecho.

—Por de pronto esta noche vendrá la duquesa á tomar el té con nosotros. Es una mujer terrible, y posee documentos que te comprometen de un modo extraordinario. Tú y yo estamos á su merced, y no hay más remedio si no hacer lo que ella quiera.

—Y ¿qué es lo que quiere?

—Eso es lo que sabremos esta noche.

—¿Y no habría medio para desarmar á esa mujer?—preguntó el marqués mirando fijamente á su esposa.

—Los documentos que posee los tiene guardados de una manera, que difícilmente podremos conseguir arrebatárselos.

—Y sin embargo, es preciso intentarlo.

—Y se intentará.

—¿De veras?—exclamó el marqués levantándose y estrechando las manos de su mujer.

Esta, se desasió bruscamente, cual si el contacto de aquellas manos manchadas de sangre la ofendiera.

—Ya están tomadas las disposiciones,—dijo fríamente,—para aprovechar el tiempo que esa mujer pase en nuestra casa.

—¡Oh, gracias, Elisa, gracias!—veo que has pensado en todo. Pero ¿cómo has podido enterarte de tantos detalles para poder dar las instrucciones necesarias en asunto tan delicado?

—El caso es que están dadas; lo demás te importa poco.

—Tienes razón. Hágase el milagro, y no pensemos ya nada más.

Los dos esposos esperaron llenos de impaciencia, que llegara la noche.

Especialmente Elisa, no se hallaba exenta de una gran inquietud.

Tenía la seguridad de que el *Moreno* cumpliría perfectamente su encargo.

Pero ¿y si por casualidad le sorprendían en el acto de verificar aquella sustracción y no solamente quedaba inutilizado aquel proyecto, sino que también lo quedaba el de la muerte de Jerónimo?

Así era que tenía que hacer esfuerzos poderosísimos, para sostener un continente digno, con mayor motivo, desde el momento en que Dolores se presentó en su casa.

Media hora próximamente haría que estaba en ella, cuando el *Manitas* se dispuso para llevar á cabo su compromiso.

El hombre que el *Moreno* había escogido, era el más fino de los que conocía.

Se vistió con suma elegancia, tomó un carruaje y se dirigió á la casa de la duquesa.

En la puerta de ésta se había detenido casualmente un fosforero.

Una mirada se cruzó entre el caballero que descendió del carruaje y el vendedor de fósforos.

Aquella mirada quería decir que la casa estaba libre.

El caballero penetró resueltamente en el portal.

El portero sacó la cabeza por la puertecilla de su cuarto, pero ¿qué había de preguntar á un caballero tan principal?

A haber sido otra persona, hubiera faltado tiempo al cancerbero de una casa tan principal como la en que habitaba la duquesa, no sólo para preguntar con insolencia al recién llegado, sino para despedirle ignominiosamente por atreverse á penetrar allí.

Pero se trataba de un caballero que había llegado en carruaje y carruaje particular por más señas, y el portero tuvo todavía un saludo respetuoso para el recién llegado.

Este, ni se dignó mirarle siquiera.

Atravesó el ancho portalón con altivo continente, y comenzó á subir la escalera.

Y siguió hasta el piso principal.

Se detuvo en la puerta, sacó una ganzúa de su bolsillo y un momento después se encontró en el interior de la casa de la duquesa.

Se detuvo á escuchar y oyó á lo lejos las carcajadas de los criados que estaban jugando á los naipes y que celebraban tal ó cual jugada que habían hecho.

Entonces sacó una linterna que llevaba en el bolsillo.

La abrió, reconoció el sitio en que se encontraba y resueltamente se dirigió hacia la derecha.

La marquesa había descrito perfectamente al *Moreno* las habitaciones que tenía que atravesar, y éste dió también las instrucciones necesarias á su subordinado.

De esta manera atravesó nuestro hombre un recibimiento, una sala, otra sala, y finalmente penetró en el gabinete de la duquesa.

Avanzó siempre de frente y se detuvo á la izquierda de la chimenea.

El papel que cubría las paredes de la estancia figuraba unos óvalos dentro de los cuales había un lazo, y en medio de él, sin duda por un capricho de la dueña, se había puesto una piedra que á haber sido finas todas las que cerraban la multitud de lazos que había en las paredes, hubiera sido fabuloso el precio de ellas.

Elisa no vió allí otra cosa que la indicase el mecanismo para abrir aquel hueco más que las piedras, y creyó que alguna de éstas sería el resorte.

Y así fué.

El enviado del *Moreno*, tocó algunas, las oprimió, dió vueltas á uno y otro lado, hasta que por fin, al apretar una, se abrió la puertecilla.

Entonces nuestro hombre cogió la cajita, la ocultó debajo de su gabán y volvió á salir de la misma manera que había entrado.

Cuando el portero le vió bajar, se levantó de su silla y después de saludarle se volvió hácia su cónyuge, y la dijo:

—Está visto que no hay como estos señores para las visitas; en cinco minutos despachan; pero lo que me choca es no haber oído cerrarse ninguna puerta.

—¡Hombre!—le contestó la consorte.—Tal vez habrá ido al cuarto tercero, y como la señora está enferma, habrán cerrado con cuidado para no hacer ruido.

—Tienes razón, mujer.

Y ambos esposos se quedaron sumamente satisfechos por la explicación que se habían dado de aquella visita.

El caballero había vuelto á subir al carruaje, y éste partió inmediatamente.

Cruzó varias calles y se detuvo en la Plaza Mayor.

Allí descendió el caballero, despidió al cochero y se aproximó á la entrada de la calle de Toledo, donde estaba esperándole el *Moreno*.

—¿Qué tal ha ido eso?—le preguntó éste.

—Perfectamente; como había de ir, siendo yo el encargado del asunto.

—¿De modo que no has tenido ningún tropiezo?

—Chico, las instrucciones que me habías dado eran tan precisas, que se comprende que conocías perfectamente tanto la casa como las costumbres de los criados, porque todo ha ido al pelo. Lo que es cuando la dueña llegue allí, te aseguro que se va á armar una marimorena de mil demonios.

—Suceda lo que quiera, la cuestión es que nosotros tenemos lo que deseábamos. Dame el cofrecito y toma tu dinero.

—Así se hacen los buenos negocios.

—Y se conservan las buenas amistades,—añadió el chalán recogiendo el objeto que le daba su compañero y entregándole algunos billetes de Banco.

Poco después los dos amigos se separaban, y el *Moreno* iba murmurando:

—La primera parte ha salido bien; no se podrá quejar Elisa de mí; he hecho por ella lo que en mi vida creí que pudiera hacer. Ahora viene la parte más dolorosa y más cruel.

Y miró la hora que era y se dirigió hacia la Puerta del Sol.

Miró por los cristales hacia el interior del café Imperial y dijo:

—Todavía está allí Jeronimo. Ya no tardará en salir.

Y estuvo paseándose por delante del café un buen rato, hasta que por fin vió salir al curial acompañado de dos ó tres amigos.

Entonces emprendió la marcha tras él.

A la mitad de la calle de Carretas se detuvieron bruscamente, de modo que, al volverse Jerónimo para despedirse de sus amigos, pudo ver al *Moreno*, por más que éste, con una rapidez extraordinaria, pasó á la acera inmediata y siguió por ella la calle arriba.

CAPITULO XCVIII

Continuamos el mismo asunto

JERÓNIMO, al despedirse de sus compañeros, no perdió de vista al *Moreno.*

Habíale chocado aquella evolución.

Su mirada perspicaz, le vió que se había detenido en la esquina de la calle de Atocha.

Aparentó no haber percibido nada, y siguió su camino, murmurando:

—Es extraño que á estas horas ande por aquí el *Moreno.* Y parece que lleva el mismo camino que yo,—continuó al verle que había doblado por la calle de Atocha, deteniéndose delante del Ministerio de Fomento.

Y Jerónimo se detuvo un momento indeciso.

Después, dijo:

—Veamos; ahora me convenceré si esto es puramente casual ó intencionado.

Y cambiando la dirección tomó el camino hacia la Plaza Mayor.

No tardó mucho tiempo en asegurarse de que efectivamente el *Moreno* le iba siguiendo.

—¡Qué quiere decir esto!—exclamó Jerónimo,—¿por qué este muchacho me sigue y no se me aproxima? Hace dos días que no he visto al *Moreno*, y precisamente recuerdo que tenía que venir á darme algunas noticias que le tenía pedidas. Me ha visto ahora, y en vez de venir á mi encuentro para hablarme, me sigue y se recata de mí... ¡Oh, tonto, más que tonto!—prosiguió dándose una palmada en la frente,—esto es obra de Elisa. Sí, ya lo creo, ella y su marido han formado alianza para librarse de mí. Dos miserables como ellos fácilmente se entienden. Este pobre imbécil no es más que el instrumento de aquella infame. Vamos, ahora ya lo veo claro. Anda, anda, sígueme hasta que encuentres la ocasión oportuna para herirme. No tengas cuidado que por mucho valor que tengas y por muy ofuscado que te encuentres por el amor de esa mujer, no has de conseguir cogerme desprevenido.

Y así pensando, abandonó la dirección que había tomado, y emprendió resueltamente el camino de su casa.

De pronto, su mirada que aun sin aparentarlo procuraba no desviarse mucho del objeto que le preocupaba, percibió cierto movimiento que le obligó á pensar.

—Este va á dar la vuelta por la boca calle inmediata para salirme al encuentro, escondiéndose quizás en la cerca de la casa que están levantando á poca distancia de la mía. Sí, no tengo duda, ese es su plan y como conozco perfectamente todas las marrullerías de esta gen-

te, no es tan fácil como creen el sorprenderme. Vamos adelante, y veremos en qué pára esto.

Lo que Jerónimo había supuesto, era la verdad.

El *Moreno*, con el cofrecito de los papeles metido en el bolsillo de la americana, pretendía dejar terminados en aquella misma noche los dos asuntos en que Elisa estaba tan interesada.

Para él no había más que aquella mujer.

Ofuscado por su amor, ciego, esclavo de su voluntad, ella le había dicho que matase, y estaba resuelto á obedecerla.

Afectos de la niñez, sentimientos de gratitud, deberes de amistad, todo desaparecía, abrasado por el fuego de aquella pasión que le consumía, que constituía la única luz de su existencia.

Fuera de Elisa no veía nada.

La mirada de aquella mujer tenía un poder tal, que al fijarse en él, absorbía por completo sus sentimientos y su vida entera.

Ella le había dicho «mata,» y estaba dispuesto á matar, como ya hemos indicado.

Le había dicho que robara, y él, que aun en circunstancias muy dolorosas de su existencia, había considerado con horror al que sustraía la cantidad más pequeña contra la voluntad de su dueño, no sólo había robado, sino que estaba orgulloso de la facilidad con que se había verificado un acto tan punible.

Tal vez más tarde, cuando la reflexión pudiera hacerse paso en su cerebro calenturiento, experimentara hacia sí mismo aquel horror y aquel asco que le habían causado siempre los que realizaban semejantes empresas.

Pero en aquel momento y bajo la acción de la fiebre que le devoraba, no veía más que á un hombre que se había atrevido á requerir de amores á la mujer que amaba.

No veía más sino que aquel hombre había llevado su avilantez hasta el extremo de amenazarla; y cuando esto se le ocurría, crispaba las manos, y con ronco acento, murmuraba:

—Yo sellaré para siempre el labio que tales amenazas ha formulado.

Y para enardecerse sin duda, procuraba no olvidar la escena que había mediado entre él y Elisa, cuando ella afligida y desesperada le había revelado, la causa de su temor y de su desesperación.

—Es necesario que yo le sorprenda en su misma calle,—se dijo, aludiendo á Jerónimo.—Para herirle de este modo, no tendría otro remedio que hacerlo por la espalda, y no quiero; quiero que vea que le hiero de frente; quiero honrarle al menos con una muerte más noble que ha sido su proceder.

Y á esto obedeció el movimiento que había advertido Jerónimo, y que le hizo entrar en su calle con el revólver prevenido, y la vista sumamente perspicaz.

Merced á esto, distinguió en el ángulo formado por la cerca que rodeaba la casa en construcción, una masa confusa que se destacaba ligeramente en la oscuridad que reinaba en aquel lugar.

—Allí está,—dijo.

Y resueltamente, en vez de evitar la cerca de la casa, se dirigió hacia el ángulo.

La soledad era extraordinaria en la calle.

Pocos pasos separaban al *Moreno* de Jerónimo, cuando éste dijo:

—*Moreno*, sé que estás esperando para matarme, y ya lo ves, vengo prevenido.

Entonces el bulto de que hablamos anteriormente, se separó de la valla, y exclamó:

—Más vale así.

—Te prevengo que vienes engañado.

—No quiero escuchar nada.

Y el chalán, con una enorme navaja en la diestra, se lanzó sobre el curial.

Pero éste, le esperaba prevenido.

Y antes de que el brazo que el *Moreno* había alzado, pudiera caer para herirle, Jerónimo le detuvo en el aire y oprimiéndole con una fuerza extraordinaria, dijo:

—Elisa te ha engañado, y yo necesito que sepas toda la verdad.

—Cuidado, Jerónimo.

—Sube á mi casa, y calla.

—¿Y á qué he de ir á su casa de usted?

—Y sino, ven, yo te llevaré á otra parte donde te podrás convencer mejor.

—No quiero ir á ningún lado,—decía el chalán en el exceso de su furor; es necesario que muera usted, y ó me mata, ó le mato.

—Pues no será ni lo uno ni lo otro, ¡pobre necio! no quiero que seas el juguete de una mujer indigna.

—¡Jerónimo!—gritó el chalán en el paroxismo de la cólera, y forcejeando rudamente para desasirse de su adversario.

Pero esto era un poco más difícil.

El curial estaba dotado de una fuerza poco común, y en vez de aflojar la presión, la aumentó con tal violencia, que el *Moreno* no pudo menos de exhalar un gemido de dolor.

—Suelta esa navaja,—le dijo Jerónimo.

—No, y cien veces no;—repuso el chalán con voz ronca.

—Pues yo te obligaré á que la sueltes.

Y de tal modo oprimió la muñeca del chalán, que éste, vencido por el dolor, abrió la mano y dejó caer el arma, diciendo con desesperado acento:

—¡Máteme usted, máteme usted ahora!

—¿Para qué? ¿no comprendes que no estoy tan ciego como tú? Anda, que quiero curarte y te curaré cuésteme lo que quiera esa curación.

—Pero si es que yo debo morir ya que no he sabido matar.

—Pues ni morirás ni matarás á nadie. Alguien debe morir aquí, pero no quiero que seas tú su matador.

Y al decir estas palabras, Jerónimo había cogido la navaja, sin soltar por esto el brazo del *Moreno*.

—Pero ¿dónde me lleva usted?—dijo éste casi llorando de rabia.

—¿No te he dicho que quiero curarte?

—Pero si yo no necesito curación alguna, si yo de lo que tengo necesidad es de matar.

—Le has dado palabra á Elisa y quieres cumplirla, ¿no es verdad? ¡Pobre *Moreno!* imposible parece que de tal manera te haya cegado esa mujer.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—¿Crees acaso que no te conozco ni la conozco á ella? Anda, y te convencerás de quien es el ídolo de barro al cual has pretendido sacrificarme.

—¡Jerónimo! ¡Jerónimo! no hable usted así de Elisa, porque se enciende mi cólera, y aun sin arma como estoy...

—¿Me vas á obligar á que tenga que atarte para llevarte conmigo? ¿Es posible que de esa manera haya llegado á cegarte esa mujer, que desconozcas el cariño y el afecto que siempre te he profesado?

—Yo no sé más sino que usted la ha ofendido cruelmente, y quien ofende á Elisa, sea quien quiera su ofensor, tiene que morir.

—¡Válgame Dios!—exclamó sonriendo Jerónimo,—á que extremo te ha reducido esa infame.

—¡Jerónimo!

—Lo dicho,—repuso severamente el curial;—esa mujer es el sér más indigno que hay en la tierra. Seguro estoy de que te habrá contado respecto á mí lo más repugnante, lo más asqueroso para encender tu cólera, y sin embargo, te juro por la memoria de mi honrado padre, que tanto bien os había hecho, que yo no he pretendido nunca sino hacerla feliz.

Y el acento de Jerónimo vibró de tal manera, que el chalán no pudo menos que decir:

—¿Pero qué significa lo que usted está hablando?

—No significa más sino que has estado á punto de ser el instrumento de una venganza infame.

—¿Y qué la diré yo ahora?

—Después que tú veas y escuches lo que vas á ver y á oir, obras como mejor te parezca; tú, mi pobre amigo, estás atacado de una enfermedad terrible, y antes que se haga incurable el mal, quiero salvarte.

—¿Pero qué dice usted?

—Tú no has sido criminal hasta ahora, y tampoco quiero yo que lo seas de aquí en adelante.

—¿Dónde vamos?

—A casa del amante que ha sido de Elisa.

—¡Mentira!—gritó furioso el joven.

—Yo no he mentido jamás,—le contestó el curial con un acento tan excesivamente severo, que el gitano se estremeció, murmurando:

—¡Dios mío! ¿Será verdad?

—Sí, mi pobre amigo,—repuso bondadosamente Jerónimo,—por desgracia esa mujer ha jugado con tu corazón lo mismo que ha jugado con el de la persona á quien vas á ver ahora.

—Pero eso no es cierto, ella es buena; yo quiero, yo necesito creerlo.

Y el *Moreno* temblaba al pronunciar estas palabras.

Jerónimo le contemplaba con tristeza.

Comprendía que la maldad de aquella mujer había hecho mucho mayor la herida que había en el corazón del joven.

Y el del curial, noble y bueno, se sublevaba contra tal infamia y deploraba semejante mal.

Y en esta disposición, entre una imprecación por parte del gitano y una palabra de consuelo del curial, llegaron á la casa de Fernando, en el momento en que el médico acababa de llegar á ella.

CAPITULO XCIX

Revelaciones

SORPRENDIDO profundamente quedó el médico, con la llegada de aquellos dos personajes, á quienes no esperaba por cierto.

Especialmente al *Moreno*, mucho menos que á Jerónimo.

Sus relaciones con el chalán habían sido menos frecuentes que las de éste con Luciano.

Bien por efecto de las necesidades y atenciones de su carrera, bien por los viajes que había hecho al extranjero para asistir á congresos profesionales, ó para estudiar procedimientos que juzgaba importantes, ni había tenido tanto tiempo para dedicarlo á cultivar relaciones contraídas en la niñez, ni tampoco su carácter era tan expansivo como el de Luciano, para mantener vivos aquellos afectos.

De aquí que hubiera perdido de vista mucho tiempo

hacía el *Moreno*, á quien, sin embargo, recordaba y conocía.

Sobrado buen fisonomista, comprendió desde luego, que algo grave debía ocurrir á los dos amigos, porque los semblantes de ambos se lo estaban revelando.

Una palidez extraordinaria en el rostro del *Moreno*, su agitación, su inquietud y la sorda cólera que brillaba en su mirada, demostraban claramente la perturbación de su espíritu.

Del mismo modo en Jerónimo, á pesar del gran dominio que sobre sí tenía, también se comprendía que estaba dominado por una excitación grande, que se esforzaba por dominar.

—Te extrañará nuestra visita, ¿no es verdad?—dijo el curial dirigiéndose al médico.

—Sí por cierto,—contestó éste, dirigiendo alternativamente sus miradas del uno al otro de los dos personajes que ante sí tenía.

—¿Conoces á éste?—preguntó Jerónimo señalando al chalán.

—¡Ya lo creo! ¿No he de conocerle cuando también él formó parte de nuestros compañeros de infancia?

—¡Qué cambiado lo encuentras ahora!

—Cambiados estamos todos. El tiempo no ha hecho en balde su carrera, y en todos nosotros ha ido dejando estampadas, con más ó menos intensidad, las huellas de su paso.

—Lo que es entre vosotros dos, estas huellas han sido mucho más profundas, y lo más doloroso todavía, que éstas huellas reconocen una misma causa.

—¡Cómo! ¿qué quieres decir, Jerónimo?—preguntó Fernando, á la par que el *Moreno* dirigía una mirada de indefinible expresión á Fernando.

—El *Moreno* está herido por la misma arma que te ha herido también.

—¡Jerónimo!—murmuró el chalán con acento entre suplicante é iracundo.

—Nada me digas, *Moreno*,—repuso severamente el curial,—me he propuesto cauterizar tu herida de una vez, aun cuando el cauterío ha de ser terrible, y estáte seguro que conseguiré lo que me he propuesto.

—Pero...

—Tú sabes que Fernando, lo mismo que Luciano, son casi mis hermanos, que á tí te he considerado, yo en particular, como otro individuo de la familia, y por lo tanto, al unirnos aquí los tres, podemos hablar con entera franqueza.

—Sin embargo, hay franquezas horribles...

—También ha sido horrible lo que ha estado á punto de suceder, y que Dios, sin duda, ha querido evitar.

El *Moreno* bajó la cabeza avergonzado.

El médico, cada vez más intrigado por lo que estaba viendo, no pudo menos de decir:

—Pero ¿quieres explicarte de una vez, Jerónimo! porque indudablemente tu venida á estas horas, no ha sido únicamente para verme.

—Desde luego, y vas á saberlo todo.

—Don Jerónimo,—dijo el *Moreno* con voz sorda,—evíteme usted que escuche un relato que ha de ponerme en una situación...

—De ninguna manera: Fernando tiene un corazón tan noble, que bien se ha de hacer cargo de las circunstancias en que te has encontrado, y como precisamente es médico y tú estás tan enfermo, él únicamente puede darte el remedio que necesitas.

—¿De qué mal padece?—preguntó Fernando, que no sabía realmente qué pensar.

—Su enfermedad está en el alma, querido Fernando, —dijo Jerónimo.

—Enfermedades terribles son esas, y para las cuales la ciencia suele resultar impotente en la mayoría de los casos.

—Y lo peor es, que en el pobre *Moreno* está tan arraigada...

—En ese caso, es doblemente difícil la curación; sin embargo, cuando conozcamos la causa del mal, veremos si se le puede poner remedio.

—Juzga tú á que extremo habrá llegado la enfermedad, que...

—Calle usted, don Jerónimo.

—Es necesario decirlo todo, porque como te he dicho, quiero curarte radicalmente. Juzga, querido Fernando, de que gravedad será su mal, cuando ha querido matarme hace un momento.

El silencio que siguió á estas palabras, fué más elocuente que cuanto unos ú otros hubieran podido decir.

Fernando fijó su escrutadora pupila en el *Moreno*, que, pálido, agitado y presa de una vergüenza infinita, no se atrevía á alzar su vista del suelo, porque sentía el fuego que brotaba de la mirada del médico, fuego que abrasaba sus mejillas.

Aquella naturaleza altiva y poderosa, estaba dominada completamente.

Porque el *Moreno* comprendía toda la enormidad del crimen que había tratado de cometer y sentía una vergüenza infinita.

El curial continuó, dirigiéndose á Fernando:

—¿Y sabes tú quién le ha impulsado hacia el crimen? ¿sabes tú quién ha puesto en su mano el cuchillo con que debía asesinarme?

—Habla. ¿Quién ha sido?

—Pues ha sido Elisa.

—¡Ah!...—exclamaron á la par los dos jóvenes.

Entonces fué cuando el chalán alzó la cabeza.

Sus ojos se fijaron en los de Fernando.

Y por un momento aquellas dos miradas se encontraron y se confundieron.

Y hubo algo de revelación instantánea, muda, pero elocuente á la par, entre aquellos dos hombres, porque el gitano inclinó de nuevo su vista con el rostro desencajado, mientras que el médico se levantó de su asiento y le tendió su mano, diciéndole con un acento que respiraba una tristeza y una dulzura infinita:

—Estréchela usted, hermano, estréchela con fuerza, de la misma manera que nuestros corazones deben ligarse desde hoy en adelante.

El *Moreno* quedóse sorprendido por aquella acción.

Durante algunos segundos permaneció inmóvil, aturdido, por aquello que era totalmente incomprensible para él.

Por fin, se levantó de su asiento y estrechó la mano que se le ofrecía, murmurando:

—¡Oh, gracias, gracias!

—Para las enfermedades del alma,—dijo el médico, —puede hacer mucho la amistad; puede ser medicina de gran precio, otra medicina parecida, otro dolor no menos grande también, y precisamente en mi alma no es uno solo el que existe, sino dos, pero de tal naturaleza, que por muy grande que sea el de usted, tengo la

seguridad que le supera. Abráceme usted, porque ya que hay identidad en el dolor y quizás, hasta en el origen de él, justo es que se abracen los que fueron heridos por la misma mano.

El acento del médico era tan dulce, tan afectuoso, que el chalán no pudo resistir á su influencia, y dejóse caer á los brazos de Fernando.

Estrechamente abrazados permanecieron unos momentos.

Jerónimo les contemplaba enternecido.

—Si aquella miserable,—pensaba,—les viese así, ¡que cólera tan inmensa habría de sentir viendo destruídas todas sus infamias!

Los dos jóvenes se separaron, y Fernando dijo:

—Vamos, ahora siéntese usted y serénese, porque, indudablemente, mucha tranquilidad necesita para que comprenda todo lo indigno del acto que ha tratado de cometer con nuestro buen Jerónimo.

—Yo lo he olvidado ya,—dijo éste,—y si no se hubiera tratado más que de mí solo, es muy posible que ni aun hubiese traído aquí al *Moreno*. Pero se trata de él, que, como te he dicho, está gravemente enfermo y á quien es preciso curar, evitando que vuelva á recaer en su enfermedad.

—Pues hablemos con calma, una vez que ha pasado la crisis.

—Crisis muy terrible, querido Fernando; no lo sabes tú bien.

—Ya me lo figuro, y por eso quiero conocer todos los detalles.

—Y yo desearía, —dijo el chalán cada vez más confuso,—que me evitasen ustedes tener que referir lo que desearía olvidar, si posible fuera.

—¿Y por qué no ha de ser posible?—repuso Fernando;—¿acaso la voluntad ha de resultar tan impotente?

—Ni sé yo mismo si tengo voluntad.

—¿A tal extremo ha llegado?

—Sí, Fernando; este pobre muchacho ha perdido la voluntad hasta el extremo de convertirse en un instrumento...

—¡Por Dios, don Jerónimo!

—Estamos hablando como hermanos,—se apresuró á decir el médico, y no debe usted sentir reparo ni temor de ninguna especie.

—De todos modos, es tan horrible lo que me ha pasado, es de condición tan ruín lo que he pretendido hacer, que...

—Pues, si usted mismo lo comprende, ¿por qué no querer que se diga?

—Es tan vergonzoso todo ello, que suplicaría á ustedes que no hablásemos más de ese asunto.

—¡Imposible! De él tenemos que hablar, y no debe usted preocuparse por ello, cuando ya está rehabilitado para con nosotros.

—Pero no para mí.

—Sí; tu rehabilitación completa vendrá después que sepa Fernando lo que tú has hecho, y que tú sepas también lo qué ha sufrido nuestro amigo.

El *Moreno* inclinó la cabeza, no atreviéndose á contradecir á Jerónimo.

Después murmuró:

—Hagan ustedes lo que quieran.

Jerónimo púsose á referir entonces á Fernando, cuánto había pasado aquella noche.

CAPITULO C

Fernando recibe una gran alegría

CON profunda atención estuvo escuchando el médico el relato de Jerónimo.

Y más de una vez se reflejó en su rostro la impaciencia que sentía, conforme aquél iba hablando.

El *Moreno*, con la cabeza inclinada, como reo convicto ante el acusador fiscal, revelaba en la agitación de su pecho, el efecto que le causaba la descripción de aquellos hechos.

El curial terminó su relato, diciendo:

—Ya sabes, querido Fernando, todo lo qué ha ocurrido esta noche; el *Moreno* no ha sido más que el miserable instrumento de una mujer á quien no quiero calificar; pero como que todavía no está plenamente convencido de todo el cieno que en aquel corazón se encierra, para que tú se lo hagas comprender, le he traído á tu casa. Mis palabras quizás le hubiesen parecido exa-

geradas, producidas por la misma cólera que me causara su acción; las tuyas podrá creerlas mucho mejor.

—Pero es que yo no quiero saber ya nada más,—dijo el chalán, alzando vivamente la cabeza, y mirando tanto al uno como al otro; basta y sobra con todo lo que he visto y con todo lo que he escuchado, para presumir la verdad.

—Mire usted, hermano,—dijo Fernando;—¿tiene usted fe en mis palabras?

—¡Oh! sí, señor.

—Pues bien, esa mujer ha sido mía, antes quizás que de usted...

Un gemido que se exhaló del pecho del *Moreno*, explicaba con harta elocuencia lo qué sufría.

El curial añadió poco después:

—Ahora necesito yo hacerte algunas preguntas.

—¿A mí?—dijo el chalán.

—Sí.

—Pues hable usted.

—¿Qué fué lo que te dijo Elisa para excitar tu cólera contra mí?

—Monstruosidades; un absurdo, que ahora que estoy más tranquilo es cuando lo conozco.

—Cuando yo salí de su casa esta mañana, entraste tú. ¿No es verdad?

—Porque ella me mandó llamar.

—¡Oh! la infame... Después de haberme ofrecido que te devolvería tu hijo...

—¿Qué dice usted?—preguntó el *Moreno* interrumpiéndole, y sintiendo que su corazón palpitaba con extraordinaria violencia.

—Que durante el tiempo que el marqués estuvo fue-

ra, Fernando fué el amante de Elisa y que las consecuencias de su debilidad fueron un niño...

—¡Miserable de mí!...—gritó el *Moreno*.

—¿Qué dices?—preguntó Jerónimo sobresaltado.

—Que yo he sido quien robé ese niño de la casa donde estaba.

—¿Tú?

—Sí, señor; yo, por instigación de Elisa.

—¿Y dónde lo llevó usted?—preguntó Fernando precipitadamente.

—¡Oh! No se altere usted. Dios, sin duda, me inspiró para no hacer lo que aquella mujer quería.

—¿Y qué era lo que quería?

—Que le llevase á la Inclusa.

—¡Jesús! ¡Qué infamia!

—Pero yo no tuve valor para realizarla, y el niño mañana mismo lo podrá usted ver.

—¡Oh! gracias...—exclamó Fernando, abrazando al *Moreno*.

—¿Conque no era una calumnia?—dijo éste con amargura.

—¿El qué?

—Lo de ese niño.

—¿Te dijo ella, acaso, que se la calumniaba?

—Sí, y de eso se valió para incitarme contra usted.

—Pues ya lo ves; tú mismo lo has oído.

—¿Y querrá usted perdonarme ahora?—preguntó el *Moreno* á Fernando, que había vuelto á caer sobre su silla, doblemente afectado al considerar que su hijo había estado á punto de ir á la Inclusa.

A estas palabras, alzó el médico la cabeza y contestó:

—Lo hecho no tiene remedio, y usted obraba supeditado por la fuerza de una pasión, y como yo, por desgracia, sé hasta dónde conducen éstas...

—¡Cuán bueno es usted!

—Además,—prosiguió el curial, dirigiéndose á Fernando;—tengo que darte muy buenas noticias respecto á Luciano.

—¿Qué dices?

—Antes de todo, señores, y permítanme que les interrumpa; debo decirles, por si acaso les interesa, que después que yo salí esta mañana de casa de Elisa, me volvió á llamar.

—¿Para qué?

—Para que robase unos papeles de cierta casa.

—¿Sabes si es la duquesa del Sol, la dueña de la casa? —preguntó el curial.

—Justamente.

—Y esos papeles, ¿los has entregado ya?

—No, señor.

—Entonces, somos felices.

—Aquí están,—dijo el *Moreno*, sacando el cofrecito que le había dado *Manitas*.

—Esos papeles, mi querido Fernando,—repuso Jerónimo, encierran la rehabilitación de Antonia.

—¿Qué quieres decir?

—Que Antonia no es hija de López, y que el interés que Elisa tenía en recogerlos era porque en ellos está envuelta la condenación del marqués.

—Según eso, ¿le ama tanto?—dijo con tristeza el chalán.

—No obra por cariño, obra por conveniencia propia, —repuso Jerónimo;—para Elisa no hay otro dios que el

dinero y la posición, y como descubierto el crimen de su marido perdía todo eso, de ahí su interés en poseer esos papeles.

—¿Conque también el marqués?...

—Son una pareja digna.

—¡Qué felicidad para mi pobre Luciano!

—Esta noche ha ido la duquesa á casa de Elisa y allí deben haber formado una alianza ofensiva y defensiva, sin duda, contra todos ustedes.

—En cambio nosotros,—dijo el curial,—también hemos formado otra, que creo cuente con elementos más poderosos para destruir la suya.

—Pero ha sido á costa de tu corazón, pobre amigo mío,—contestó Fernando.

—Prefiero que mi sacrificio haya servido para hacer un bien, ya que he estado á punto de cometer un mal.

—¡Bien, *Moreno*, bien!—exclamó Jerónimo lleno de alegría.—Tu rehabilitación ha sido tan grande como horrible ha podido ser tu crimen también; porque muerto yo y esos papeles en poder de Elisa, la desgracia de mis pobres amigos y de esas infelices criaturas que de nada tienen culpa, habría sido la consecuencia de tu obcecación.

—No hablemos más de ese asunto.

—Esa mujer,—dijo Fernando,—ducha por desgracia en todas las infamias sociales, aceptó mi amor para satisfacer quizás, una impura aspiración de su pecho, y aceptó el tuyo, porque comprendió que podía servirle para los inicuos planes que había formado. Hermano,—prosiguió Fernando tuteando al chalán,—es menester que vivamos muy prevenidos contra el común enemigo, porque ya puedes estar seguro que en cuanto esa mujer

tenga noticia de lo que ha pasado, su furor no tendrá límites.

—Sin embargo,—dijo Jerónimo,—estos papeles la desarman por completo, y el descubrimiento de sus infamias inutilizará las que pudiera proyectar para lo sucesivo.

—Mañana iré yo á verla, y yo le prometo que la trataré sin consideración alguna.

—Tú no debes ir,—repuso Jerónimo.

El *Moreno* le miró sorprendido.

—¿Por qué?—dijo.

—Porque es inútil que des semejante paso, que por otra parte, á nada conduciría.

—¡Cómo! ¿quiere usted que permanezca impasible después de todo lo que he sabido?

—Esa mujer es muy mala, esa mujer sabe muy bien todo el poder que sobre tí tenía, y si se empeña en recobrarlo, desengáñate, que volverías á ser su esclavo.

—¡Oh! no lo crea usted,—repuso enérgicamente el chalán.—La herida que tengo aquí, está brotando sangre, y sabe Dios el tiempo que todavía seguirá derramándola; pero no tenga usted miedo que una sola gota pueda demostrar á esa mujer todo el daño que me ha hecho. Hiel, enojo, ira, será lo que brotará de mis labios al hallarla.

—¡Mal hecho!—exclamó Fernando.

—¿Mal hecho dice usted?

—Sí, obrar de ese modo, todavía es honrarla demasiado; porque casi casi parecería que uno pretendía igualarse á ella.

—¿Pero dejarla así?...

—A una mujer semejante, créeme hermano, el mejor castigo que se la puede dar, es despreciarla.

El chalán inclinó la cabeza, no atreviéndose á contradecir á Fernando.

—Tienes razón,—repuso Jerónimo,—y si mi voz tiene alguna autoridad para tí, mi pobre *Moreno*, te prohibo que te presentes en aquella casa.

—Y yo que hubiera deseado confundirla con el peso de mi indignación...

—Confúndela con el desdén, y con la destrucción completa de todos sus planes. Esa es la mejor venganza que puedes tomar.

Durante algunos momentos, permanecieron silenciosos los tres personajes.

Después, dijo Fernando:

—¿Conque mañana me llevarás donde está mi hijo?

—Sí, y á no ser tan tarde, hubiéramos ido esta noche.

Y el *Moreno* refirió á sus dos interlocutores cómo se había apoderado del niño, y cómo encargó á su madre que le buscase una nodriza.

De nuevo le reiteró Fernando la expresión de su agradecimiento, y entonces Jerónimo abrió el cofrecito, sacó los papeles, y estuvo examinándolos atentamente, diciendo después:

—Nada, nada, las pruebas no pueden ser más completas.

Todavía permanecieron reunidos los tres jóvenes, durante lo que restaba de noche.

A la madrugada, Jerónimo acompañó al *Moreno* á su casa, y le exigió su palabra de que no se moviese de ella hasta que él fuese á verle, y sobre todo, que diera orden á su madre, para que si iba Elisa, no la dejase llegar hasta él.

CAPITULO CI

La decepción de Dolores

La duquesa del Sol, abandonó la casa de los marqueses de Arana, completamente satisfecha.

Creía tener en su poder á aquel matrimonio, para que secundaran su plan.

Porque para Dolores no había más que una sola idea.

Esta era la de alcanzar, fuese por el medio que quisiera, el amor de Luciano.

Ya sabía que tenía que luchar con grandes dificultades, pero todavía abrigaba la esperanza de que llegase un día en que el joven cansado de aquella formidable lucha, abatido por tan continuados sufrimientos, cediera, y desfallecido ya, aceptara otra vez aquel yugo de que había pretendido escapar.

Obstáculo serio para sus planes, había sido el que

Antonia se cruzase en su camino, y que el escultor se sintiera tan vivamente impresionado por ella.

Pero en medio de todo había tenido una gran suerte.

Porque precisamente tenía á manos elementos que poder utilizar para poner en evidencia á Antonia, del modo que lo había hecho.

Al saber los amores de Luciano, hubo de enterarse respecto á la mujer amada, y López fué quien se lo descubrió todo.

Y como López dependía de ella, como que no tenía otra voluntad que la suya, como que se veía incapacitado de obrar con entera independencia, á todo accedió, sucumbió á todo, y ya hemos tenido ocasión de ver cómo secundó los propósitos de su dueña.

Esta, tenía necesidad también de hacer sentir sus fuerzas á Ramírez, haciéndole también su instrumento, y creyó haberlo conseguido.

Desgraciadamente para ella, había tropezado con otra mujer que la aventajaba en astucia y en maldad, y Elisa al descubrir el lugar donde guardaba aquellos papeles, mostrados con una imprudencia indisculpable, facilitó los medios para privarse de lo que realmente constituía su fuerza.

Pero por el momento, Dolores, no sabía nada, y como hemos dicho, salió de casa de los marqueses, satisfecha.

En cambio, cuando ella salió, dijo Ramírez á su mujer:

—Positivamente que esta señora es terrible.

—Lo hubiese sido á no haber tropezado conmigo.

—De modo que tú confías...

—¡Ya lo creo! Ella, estoy segura que se marcha muy satisfecha, creyendo que nos ha dominado, que estamos

en su poder y que va á hacer de nosotros todo cuanto quiera. ¡Pobre mujer!—prosiguió Elisa con una expresión indescribible,—que desengaño la espera.

—¡Ay, Elisa! si te engañaras...

—No tengas cuidado; no cometo yo imprudencias como las que tú cometiste.

Y el acento de la marquesa vibró con una expresión tan desdeñosa, que Ramírez no pudo menos de sentirse humillado.

—Si las cosas pudieran adivinarse,—dijo.

—Es que en la situación tuya, debiste adivinarlas, y arguye desde luego una falta de previsión indisculpable, todo lo que tú has hecho. A no tenerme, ó no encontrarme yo á tu lado, ¿quieres decirme qué habría sido de tí?

—Es verdad, mujer, no puedo menos de reconocerlo.

—En fin, mañana podremos respirar con entera tranquilidad.

Y con estas palabras la marquesa puso término á la conversación con su marido.

Entretanto, la duquesa había llegado á su casa, y satisfecha por el buen resultado de su gestión, no se le ocurrió para nada entrar en el gabinete donde algunas horas antes había estado *Manitas*.

Pero en cambio, á la mañana siguiente, apenas se levantó, tuvo necesidad de mirar algunas cuentas y se dirigió al despacho.

Penetró en el gabinete, y al primer paso que dió, se quedó petrificada.

La puerta que cubría el hueco que había en la pared, estaba abierta, y la caja que dentro había, no estaba en su sitio.

Inmediatamente se volvió hacia la doncella que la

acompañaba, y la señaló el hueco diciéndola con un acento mucho más terrible, por la tranquilidad que respiraba:

—¿Qué significa esto?

La criada se quedó sin saber qué decir.

Porque efectivamente la pobre chica nada sabía ni podía dar noticia alguna.

El comedor y la cocina estaban en lo interior de la casa, y cuando la señora se marchó, las dos doncellas y el criado que había, pues el cochero y el lacayo habían ido con Dolores, se retiraron al comedor.

De modo que nada habían sentido ni podían imaginarse que nadie hubiera entrado allí.

Todos los criados acudieron, y ninguno podía explicarse lo ocurrido.

De repente dijo la duquesa:

—¡Calla! y este balcón ¿qué hace abierto? yo creo que anoche estaba cerrado.

—Es verdad,—repuso la doncella, aun cuando maldito si se acordaba de aquella circunstancia.

—¿Y cómo está así?

—Nosotros no hemos entrado ninguno por aquí esta noche pasada.

—Quizás sea por ahí por donde hayan entrado los ladrones,—dijo uno de los criados.

—Es natural,—repusieron todos los otros.

La verdad era, que el balcón estaba abierto porque así se había quedado, y los criados en medio de su francachela, maldito si se habían acordado de cerrarle.

Pero como que aquello significaba algo que podía disculparles, lo aprovecharon, asegurando que por allí indudablemente habrían entrado los ladrones, y que por allí se habían ido.

Mas esto, á su vez, implicaba una responsabilidad para el portero, puesto que aquel balcón daba al patio interior de la casa.

Así fué que al llamarle, al reconvenirle y al preguntarle si no había observado nada, el hombre negó rotundamente que hubiese entrado nadie por la parte interior.

Pero en cambio, se acordó del caballero que había llegado en el carruaje, que había subido la escalera, y tuvo presente la circunstancia de que no había sentido que se cerrara puerta alguna, como recordaremos que se lo advirtió su mujer.

Aquella circunstancia llamó la atención de Dolores.

El portero y los criados, creyeron conveniente dar parte á la autoridad; pero la duquesa se opuso, no queriendo, según dijo, verse mezclada en asuntos judiciales.

Una vez sola en sus habitaciones, reflexionó acerca de aquel extraño suceso, y una idea se ocurrió á su mente.

¿A quién podían interesarle los papeles que le habían arrebatado?

Lo que menos podía pensar era en la marquesa.

En primer lugar ignoraba el secreto que ésta había sorprendido, y en segundo que no encontraba tampoco una razón para que ella hubiese querido sustraerlos.

Descartados estos personajes en los cuales ni remotamente pensó, hubo de fijarse en Luciano.

—El ha sido,—dijo,—indudablemente el que estuvo aquí. ¿A quién, si no á él convenía apoderarse de esos papeles?

Pero después, una reflexión la asaltó.

—¿Sabía él acaso,—murmuró,—dónde yo los tenía

guardados? Pero es que tampoco lo sabía nadie. Si este secreto era mío, exclusivamente mío, ¿cómo me lo han sorprendido? Y aquí no hay que decir que esto ha sido cuestión de robo, porque nada me ha faltado, nada echo de menos más que esos papeles que tanto valor tenían para mí.

Y otra vez volvía á quedar pensativa, hasta que dijo por fin:

—Esta duda me agobia, es necesario que salga de ella, y voy á enviar á buscar á Luciano.

Y se levantó para dar aquella orden; mas se detuvo inmediatamente, diciendo:

—Pero si no querrá venir; ya está sordo á mi llamamiento y ahora con mayor motivo si se ha apoderado esos papeles. No, yo iré á verle; es preciso que estudie en su semblante donde con tanta claridad he leído siempre, si él tiene lo que yo tanto guardaba.

Y una vez formada esta resolución, llamó á sus doncellas, hizo que la vistieran, pidió el carruaje y se hizo conducir á casa de Luciano.

El escultor se disponía á salir para dirigirse á la casa de Antonia.

Cuando entró el criado á decirle que la duquesa del Sol deseaba verle, no pudo menos de estremecerse.

¿Iría acaso á darle alguna satisfacción por lo que había ocurrido noches antes en su casa?

La duquesa penetró en el estudio del escultor.

Luciano la miró anhelante.

Y lo mismo hizo Dolores.

Y así permanecieron algunos momentos.

Pero aquella situación no podía prolongarse.

Y el escultor rompió el silencio, diciendo:

—Me sorprende mucho el verte otra vez en esta casa.

—Pues no creo que haya motivo para ello.

—¿Vienes acaso arrepentida por lo que has hecho?

—¡Arrepentida!—exclamó sorprendida la duquesa.

—Sí; de otra manera no me explico tu visita.

—Pues te has equivocado.

—¿Es decir que persistes en tu idea?

—Sí.

—Entonces creo inútil tu visita.

—Ha sido un capricho.

—Es toda la villanía que se puede cometer el hacer el mal y después venir á gozarse en su obra.

Y el acento de Luciano expresaba un dolor tan inmenso, que Dolores, que le conocía demasiado, no dudó ni por un momento de que él no tenía los papeles.

Lo que pasó entonces por aquella mujer, sería imposible de describir.

Baste decir que su turbación se hizo tan visible, que Luciano, sorprendido, no pudo menos de decirla:

—¿Qué tienes, Dolores?

—Tengo... que necesito decírtelo, porque me ahogo.

—Pero ¿qué te pasa?

—Que me han robado los papeles que constituían toda mi fuerza respecto á tí.

—¿Que te han robado los papeles?

—Sí,—contestó sordamente la duquesa.

—Pero ¿de qué manera ha sido eso?

—No lo sé.

—¿Y tú creías sin duda que había sido yo?—le preguntó con un ligero acento de reproche Luciano.

—Sí, perdóname Luciano, porque ha sido la primera vez que he pensado mal de tí.

—Pero ¿quién sabía la existencia de esos papeles?

—Nadie.

—Y no sospechas...

—No.

—Entonces no comprendo.

—Y lo peor es que entre esos papeles iban algunos que pueden ponerme en evidencia á mí también.

—Ahí tienes las consecuencias de seguir ciegamente tu espíritu de venganza; si me hubieses entregado ayer esos papeles, habrías cumplido únicamente con un deber, y te hubieses evitado lo que hoy temes con fundamento.

—Y si no lo hice, ¿á qué venirme ahora con reproches?

—Entonces tú verás lo qué has de hacer.

—¿Es ese el consuelo que me das?

—¿Y qué otro puedo darte? tu afán de venganza, créeme Dolores, llegará á perderte.

CAPITULO CII

Una mañana bien aprovechada

El acento con que Luciano pronunció las últimas palabras, no pudo menos de impresionar á Dolores, que realmente encontró en él algo de profético, que ya estaba realizándose.

Acaso aquella desaparición de los papeles ¿no era ya como un castigo formidable dadas todas las esperanzas que en ellos tenía concentradas?

—Si tú hubieras querido,—exclamó la duquesa mirando con apasionada expresión al artista;—nada de esto habría sucedido. Yo sería la más dichosa de las mujeres.

—Y yo el más desdichado de los hombres,—concluyó Luciano.—Y el más desdichado,—prosiguió,—no porque dejes de reunir todas las condiciones necesarias para hacer feliz á un hombre, sino porque al mismo

tiempo posees todas las que contribuyen á esterilizar esta misma dicha. Eres como esas hermosas flores de la India cuya belleza seduce, pero cuya aspiración es mortal. No quisiste creerme cuando te decía en un tiempo, que tu carácter era absorbente, tus celos injustificados, el absoluto imperio que querías ejercer en la persona que te amaba eran altamente perjudiciales para tí, y á la corta ó á la larga tenían forzosamente que privarte de toda clase de afectos. No quisiste creerlo; pensaste en obtener por la fuerza lo que de grado veías que te se escapaba, y así has tocado las consecuencias.

—¡Calla, calla Luciano, calla por piedad! porque no puedes imaginarte todo el daño que tus palabras me causan.

—Lo siento, y puedes creer que á pesar del disgusto que me has proporcionado,á pesar de haber destruido la ventura de mi vida, no puedo menos de condolerme de tu situación, y si algo pudiera hacer en tu favor, lo haría.

—¿De veras?—exclamó Dolores con la mirada chispeante de esperanza y de pasión.

—Sí, haría todo lo que la amistad puede hacer.

—Pero si yo lo que quiero es el amor.

—Ese no existe para tí, ya te lo he dicho. Tú misma le has agostado y plantas que se agostan ya no vuelven á florecer.

La duquesa abandonó la casa de Luciano con el corazon destrozado.

El escultor quedóse pensativo algunos momentos, murmurando después:

—¿Quién puede haber robado esas pruebas de poder de Dolores? ¿quién tenía interés en poseerlas ó á quién le podían servir? ¿Tendremos alguna otra nueva compli-

cación? ¿habrá sido Teodoro acaso el autor de esa sustracción?

Y ya se disponía á marchar, cuando abriéndose la puerta del aposento, su hermano y Jerónimo aparecieron en él.

—¿A qué ha venido la duquesa?—preguntó el curial.

—¡Calla, hombre! que precisamente en eso estaba pensando cuando habéis entrado. Ha venido á reclamarme, sin duda, los documentos que poseía referentes á Antonia, documentos que, según parece, le han robado.

—Ya lo creo, como que obran en nuestro poder.

—¡Qué! ¡qué dices!—exclamo Luciano sorprendido.

—Lo que oyes,—contestó Jerónimo tranquilamente. —Pregúntale á tu hermano cómo han llegado hasta nosotros, y los notables cambios que se han verificado desde anoche en vuestra situación.

—Luego entonces Dolores iba acertada al sospechar de mí.

—No.

—Pues no dices...

—Sí, que esos documentos están en nuestro poder, pero no que fuesen robados para nosotros.

El escultor se quedó mirando con interrogadora expresión á su hermano y á Jerónimo.

Fernando concluyó por referirle todo cuanto había pasado la noche anterior, el peligro que había corrido Jerónimo, y, finalmente, el feliz desenlace que tuvo su aventura.

—De modo que esos documentos...—dijo Luciano.

—Esos documentos determinan de una manera clara y positiva que Antonia es la hija del cónsul, indigna-

mente asesinado por Ramírez, de quien fué cómplice López, y que María es la hija de éste.

—Entonces ya no hay dificultad alguna para mi matrimonio.

—Ninguna.

—¿Y tú, querido hermano, has recobrado por fin á tu hijo?

—Ahora vamos á dirigirnos á la casa del *Moreno*.

—¿Y después?

—Después,—repuso Fernando,—yo iré á ver á María. El descubrimiento hecho respecto á su nacimiento, no puede por ningún estilo disminuir en nada el afecto que me ha inspirado. Harta desgracia tiene esta infeliz criatura con ser hija de quien es, para que la aumentemos, rechazándola cual si tuviera la culpa de haber sido engendrada por un malhechor.

—Tienes razón, hermano,—repuso Luciano abrazando á Fernando.—Ahora voy á ver á Antonia y á participarle la feliz nueva.

—Y nosotros á casa del *Moreno*.

Efectivamente; poco después, Jerónimo y el médico se dirigían hacia la calle de la Arganzuela.

—Pero diga usted, don Jerónimo,—se apresuró á preguntar la madre del chalán á nuestro amigo,—¿qué es lo que tiene mi hijo, que desde que ha venido no he podido conseguir que se acueste ni que tome alimento alguno?

—Déjele usted, que ya le veré yo y conseguiremos que cambie ese estado. ¿No sabe usted si ha venido alguien á buscarle?

—No, señor.

—¿Ni de casa de la marquesa de Arana?

—No me hable usted de Elisa, don Jerónimo; porque lo primero que me ha dicho mi *Moreno* es que si viene esa mujer, ó viniera algún recado de ella, que cuidado con que la reciba; y mire usted que debe haber sido muy grave lo que entre ellos ha ocurrido, para que mi hijo se haya atrevido á amenazarme si la llego á recibir.

—Y yo le digo á usted lo mismo; por nada de este mundo, ni por ofertas, ni por amenazas, ni por violencias, debe usted dejar que esa mujer vea al *Moreno*.

—Es que tampoco quiere verle á usted, según me ha dicho.

—¡Oh! bien; respecto á mí, ya es diferente.

—Ya había supuesto que ustedes vendrían, porque desde muy temprano me envió á buscar un niño que trajo aquí una noche...

—¿Y está aquí?—preguntó vivamente Fernando.

—Sí, señor; aquí está la nodriza, y mi hijo le ha encargado que se pusiera para todo á disposición de ustedes.

—¿Dónde está?

—Aquí dentro.

Momentos después, Fernando abrazaba á su hijo, y tan avaro estaba de aquel tesoro que de un modo tan inesperado recobrara, que no se atrevía á separarse de él.

Siguiendo las instrucciones de Jerónimo, Fernando propuso á la nodriza que se fuera á su casa, y arregladas las condiciones, el médico envió á buscar un carruaje, se metió en él con la nodriza, y aquel mismo día quedó instalada con el niño en casa de los dos hermanos.

Jerónimo se quedó en casa del *Moreno*.

Tenía necesidad de verle, porque comprendía muy

bien que la crisis que estaba pasando el joven, necesitaba que se la dirigiese oportunamente para evitar que tuviera un funesto desenlace.

Jerónimo conocía perfectamente el carácter del chalán.

El desencanto que había sufrido era terrible, y quizás, arrastrado por la misma violencia de sus pasiones, pudiera llegar á un extremo altamente deplorable.

Esto era lo que Jerónimo temía, y por eso deseaba hablar con él.

Pero el chalán no quería ver á nadie.

Conforme habían pasado las horas, había ido reflexionando, y estas reflexiones eran terribles.

Aquella mujer por quien tanto había hecho, aquella mujer por la cual había cometido una falta y estuvo á punto de cometer un crimen, era una mujer indigna que no había hecho de él otra cosa que un instrumento de sus vergonzosas pasiones.

Cuando en esto reflexionaba, recordaba lo que Fernando le había dicho, hervían sus pasiones, y con voz ronca murmuraba:

—¡Oh! ¡cien vidas que esa mujer tuviera, no serían bastante para pagar todo el daño que me ha hecho! Ella ha querido que sea criminal por servirla, y yo juro que lo seré, sí... pero ha de ser para matarla...

Y este pensamiento iba aferrándose más cada vez en su imaginación.

Jerónimo, si no sabía con exactitud lo que el joven pensaba, lo presumía cuando menos.

Le conocía muy bien; había tenido ocasión de estudiar sus pasiones, y sabía á qué extremo podía conducirle el desengaño que sufriera.

—Pero don Jerónimo,—le decía la madre del *Moreno*, viendo la insistencia con que el curial quería entrar en la habitación del chalán,—mire usted que mi hijo se va á poner hecho una furia.

—No tenga usted cuidado, que ya se le calmará después la cólera que experimente al verme.

—Es que usted no sabe quién es.

—Por lo mismo que lo sé, le digo que no tenga cuidado alguno.

—Después que usted se marche, será conmigo con quien la pagará.

—Ya le he dicho que no tenga cuidado, que no sucederá lo que usted teme.

—Pero, diga usted, don Jerónimo: ¿qué es lo que ha pasado con esa mujer?

—Lo que tenía que suceder; si el corazón de Elisa es lodo y no más que lodo, ha salpicado con él á nuestro pobre *Moreno* y le ha manchado.

—¡Pero esa mancha...!

—Felizmente, he estado yo á tiempo para limpiarla, y aun cuando esa limpieza tiene que ser un poco dura, porque el barro era muy sucio y muy asqueroso, saldré adelante con mi empresa, ó poco he de poder.

—¡Válgame Dios y qué desgracia!

—Todavía ha podido ser mayor.

—Lo único que puedo decir á usted es que no le he visto nunca como está hoy.

—Lo creo; ¿no ve usted que nunca le había sucedido lo que ahora? Voy á entrar á verle, porque comprendo que necesita mi presencia.

La madre del *Moreno* no se atrevió á resistirse más.

El curial llegó á la habitación del *Moreno*, estuvo escuchando un rato, y, sin pedirle permiso, abrió violentamente la puerta.

El chalán estaba sentado en una silla, en actitud meditabunda, y, al ver á Jerónimo, no pudo menos de hacer un movimiento de disgusto.

Este se aproximó á el, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo con cariñoso acento:

—Tú no has dormido nada, mi pobre amigo.

—No, señor,—le contestó ingénuamente éste.

—Tú has pensado mucho.

—Y ya he formado mi resolución.

—Tienes destrozada el alma.

—Pero tengo la fuerza de voluntad suficiente para hacer que ese destrozo no aparezca en mi semblante.

—Sin embargo, hoy, cualquiera lo advertiría.

—¡Está la herida tan reciente!...

—¿Pero te crees curado del todo?

—Sí, señor;—contestó resueltamente el chalán.

—En ese caso se puede dar por bien empleada esa herida: otro nuevo amor la cicatrizará.

—No lo crea usted, señor Jerónimo.

—¡Niño! ¿crees acaso que no conozco los hombres y las pasiones?

—Sin embargo...

—Tú amarás porque tu corazón necesita amar, porque la pasión que has abrigado hacia Elisa no ha secado toda la savia de tu alma, porque no te has encenagado en el crimen para ahogar tu amor.

—Eso es verdad.

—Tú la has amado de una manera casta y pura.

—¡Oh! sí, señor;—murmuró sordamente el *Moreno*.

—Y cuando de ese modo se ama, cuando el corazón comprende que se ha portado noble y dignamente con una mujer y que ésta sólo ha tratado de jugar con él, entonces se subleva contra aquella bajeza de que se le ha querido hacer objeto y si bien se siente herido...

—¡Oh!... ¡mucho!

—Esa herida no es más ni menos que la del amor propio.

—¡Ojalá!

—Lo es; tú eres joven, eres apuesto y cuando hayas alejado de tí esos lados que te pierden, entonces serás bueno; digo mal, lo eres ya, porque te repugna el crimen.

—Tiene usted razón.

—Entonces, repito, tú encontrarás una mujer que te amará de la manera que mereces y olvidarás por completo á Elisa, dándola solamente el desprecio de que es digna.

—Todo eso es demasiado bueno para mí.

—Todo eso puede suceder si tú quieres.

—¡Oh!... lo que es por mi voluntad.

—Pues lo principal es que tú quieras hacerlo, que tú tengas voluntad.

—Ya he dicho á usted que la tengo.

Sin embargo, el acento con que el *Moreno* pronunció estas palabras, parecía no estar en armonía con lo que aquéllas indicaban.

Jerónimo lo comprendió así, y miró fijamente á su interlocutor.

Después movió lentamente la cabeza á uno y otro lado en sentido negativo, y dijo:

—Me parece, amigo mío, que con todo eso que me estás diciendo, no pretendes más que engañarme, y no tienes en cuenta, que á mí es muy difícil que lo puedas conseguir.

CAPITULO CIII

Tratamos de lo mismo

Al escuchar el *Moreno* las palabras de su interlocutor, no pudo menos de ruborizarse.

Había sido adivinado, esto desconcertaba algún tanto su plan.

Precisamente para evitar esto, le había encargado á su madre que no entrase nadie á verle, y mucho menos Jerónimo.

Pero de nada le había servido aquella precaución.

Jerónimo había entrado, Jerónimo le había visto, y á pesar de sus palabras, había comprendido lo que él trataba de ocultarle.

El curial seguía mirándole, y como era consiguiente, su turbación seguía en aumento.

—Desengáñate, *Moreno*,—le dijo Jerónimo al cabo de algunos momentos,—que, como ya te he dicho, á mí es un poco difícil engañarme. Soy muy joven, pero he visto

mucho, he tenido ocasión de estudiar toda clase de miserias, objeto de estudio ha sido para mí el humano corazón, y estoy leyendo en el tuyo como en un libro.

—¿Y qué es lo que lee usted, Jerónimo?

—Que el rencor se despierta en él, que la herida no está cicatrizada y que empiezas á sentir la sed de la venganza.

—¿Y acaso no es justa?

—No.

—¿Que no es justo vengarse de quien le hiere á uno de un modo tan traicionero como esa mujer me ha herido?

—No.

—Vamos, Jerónimo, bien se conoce que su corazón de usted no se ha abrasado jamás con el fuego de la pasión.

—¿Tú lo crees así?

—Me parece que cuando se expresa de ese modo...

—Pues estás en un error; pero sobre el fuego de las pasiones, he tenido costumbre siempre de arrojar el peso de la reflexión, y créeme que esta es una especie de ducha á cuyo benéfico influjo no se puede nunca elogiar bastante.

—La reflexión no sirve, si la herida ha sido tan dolorosa como la mía.

—Pero vamos á ver, ¿qué es lo que pretendes hacer para curar esa herida?

—¡Qué he de hacer! vengarme,—exclamó el joven con ronco acento.—¿Quiere usted que deje impune á la mujer que ha cogido mi corazón, lo ha estrujado sin piedad alguna, y se ha burlado de mí del modo que Elisa lo ha hecho?

—¡Pobre *Moreno*!—exclamó Jerónimo mirándole bondadosamente.

—Es que usted no puede saber todo el daño que me ha hecho esa mujer.

—Si lo comprendo, y por eso mismo, quiero que reflexiones, quiero que comprendas la inmensa diferencia que existe entre ella y tú.

—Desengáñase usted, que eso no puede uno comprenderlo, yo no veo más que la ofensa, el engaño, la infamia con que esa mujer ha procedido, y para vengarla, no repararé en ninguna clase de medios.

—*Moreno*, mira que hasta ahora fuíste honrado.

—Por ella estuve á punto de dejar de serlo, y justo es que castigue á quien á ese extremo me ha conducido.

—Pero ¿qué castigo quieres darle?

—No lo sé.

—¿Has pensado en que tienes una madre que sólo de tí depende, que se ha enorgullecido de tenerte por hijo, y á la cual matarías, dejando de ser lo que fuíste hasta ahora?

—¡Calle usted! ¿á qué recordarme ahora mi madre?

—Pues bien; dejemos á tu madre, y contéstame á otra pregunta que quiero hacerte. ¿Sabes acaso lo que es la cárcel?

—¡Oh!—exclamó el chalán estremeciéndose.

—Pues la cárcel es, por desgracia, una escuela donde se entra sin saber nada, y se sale sabiendo mucho.

—Pero...

—Tú el día menos pensado, por una delación, porque te hayas dejado arrastrar por la cólera, puedes ir allí.

—¡Calle usted!

—Y pasarás muchos días encerrado, y te pondrás en relación directa con el crimen, y sin que tú puedas evitarlo te tenderán lazos que te rodearán por todas partes y caerás en un nuevo abismo; saldrás de la cárcel; tus instintos buenos y generosos habrán perdido mucha fuerza en aquellos días de inercia y de abandono, darás un paso, corto al principio, y comprometido una vez, ya te comprometerás ciento, y tras de la cárcel está el presidio, y almas como la tuya no son para estar encerradas, te fugarás, y tras tu fuga, quizás encuentres el patíbulo.

—¡Oh!... ¡qué pintura más horrible!...—exclamó:

—Pues es la más exacta; en cambio, hijo, considera la satisfacción de que debe estar poseído el hombre de quien dicen: «es un infeliz, viste muy pobremente, se rompe el alma trabajando, pero es un hombre muy de bien, nadie tiene que decir nada en su contra» y aquel hombre, si tiene hijos y muere, aunque no les deje otra cosa, les lega un apellido sin mancha, y sus hijos se muestran muy orgullosos, porque su padre si no les ha dejado una fortuna, en cambio les ha dado un nombre honrado.

Esta pintura hecha tan enérgicamente por el curial, causó una profunda impresión en el chalán.

El señor Jerónimo, con el conocimiento que tenía del corazón humano, había visto la ocasión propicia y la había aprovechado.

Y se siguieron algunos momentos de silencio, durante los cuales, el *Moreno* pesaba palabra por palabra, las que el curial le había dicho.

Este observaba y leía como en un libro, lo que pasaba en el corazón del joven.

Y comprendía que en aquel momento no debía decirle palabra alguna.

Que lo mejor era dejarle y que él solo reflexionase.

Y sucedió así.

El *Moreno* alzó por fin la cabeza.

Sus ojos se fijaron con una expresión de agradecimiento infinito en el curial y tendiéndole la mano, le dijo:

—Gracias, señor Jerónimo, gracias; es usted el hombre más honrado que he conocido.

—He sufrido mucho, hijo, y el dolor purifica extraordinariamente los corazones.

—Estoy conforme con todo lo que ha dicho usted, pero si abandono esta idea, si para conseguir olvidar he de marchar de aquí, ¿cómo he de vivir?

—¿No tienes brazos? ¿no eres joven y robusto? pues trabaja que en este mundo no hay más remedio que trabajar para vivir; es una sentencia terrible impuesta por el Hacedor y que yo creo que está bien hecho, porque el verdadero orgullo del hombre debe consistir en decir un día señalando lo poco ó mucho que haya adquirido: «esto me lo he ganado yo.»

—Sí, pero eso es muy bueno para cuando se tienen elementos para encontrar trabajo.

—Pues se busca y desengáñate que se encuentra siempre.

—¿De modo que?...

—Que tú, si tienes voluntad, doblegarás con ella tus inclinaciones y serás lo que debes ser, lo que yo quiero que seas.

—Pero ¿encontraré yo trabajo?

—Sí.

—¿Y quién me lo proporcionará?

—Yo.

—¡Usted!...

—Sí, yo; tú posees el francés á perfección, sabes contabilidad, yo me encargo de que entres en el escritorio de un banquero amigo mío.

—¿Pero es verdad lo que dice usted?

—Si te encuentras con ánimo para abandonar el camino en que te han lanzado, yo te prometo que no te han de faltar ocasiones para purificarte por medio del trabajo.

—Pues bien, acepto.

—Pero con condiciones.

—Diga usted.

—Te serán costosas.

—A todo estoy dispuesto.

—Piénsalo bien.

—Hable usted.

—En primer lugar, renuncia á todos tus amigos.

—Eso se supone.

—No salgas de tu casa hasta que yo te avise.

—Bien.

—Y tú mismo has de velar, á fin de que tu madre no introduzca, á pesar de tu orden en contrario, á alguno de tus amigos.

—Descuide usted.

—Y sino, mejor será otra cosa.

—¿El qué?

—¿Quieres salir de Madrid?

—Eso sería lo más conveniente como le he dicho.

—Pues mañana por la noche marcharás á París.

—¿A París?

—Sí, pasarás un año allí en casa de un amigo mío y después regresarás á Madrid.

—¿Pero y mi madre?

—¿Crees tú que cuando yo hago una cosa la dejo á medio hacer?

—Dispense usted, señor Jerónimo.

—Otra cosa debo advertirte.

—Hable usted.

—Que nadie sepa dónde vas. Dí que te diriges á Andalucía.

—Está bien.

—De este modo, evitaremos el contacto con esos amigos, de quienes, muchas veces te he aconsejado que te separases, y sobre todo, el que veas á esa mujer y se renueven heridas, que á todo trance es menester cauterizar.

—Y, sin embargo, Jerónimo, á esos amigos á quienes usted censura ahora, debe Luciano su felicidad.

—No sé...

—Muy sencillo. Si no hubiera sido por el *Manitas*, ¿cree usted que yo hubiese podido recoger esos papeles del poder de Dolores?

—El que por esos medios se haya podido conseguir un bien, no es una razón para que los abonemos y para que estemos dispuestos á utilizarlos siempre. Créeme *Moreno*, rompe con todas esas amistades, y como que para eso lo mejor es lo que te he dicho, mañana mismo saldrás de Madrid.

—Tiene usted razón, y comprendiéndolo así, he aceptado su idea. Permaneciendo aquí, por más que tuviera excelentes propósitos, por más que usted me detuviera con sus consejos y sus exhortaciones, no tendría

otro remedio que verles, me vería obligado á prestarles servicios...

—Sobre todo, verías á Elisa.

—Sí, señor.

—Y esa mujer, á pesar de que tú crees que la odias, á pesar de que en tus momentos de despecho pretendes vengarte de ella...

—Hoy me vengaría, no le quepa á usted duda.

—Y te perderías.

—Lo sé; pero no podría contenerme si la encontrara delante mí.

El acento del chalán, no dejaba lugar á duda de ningún género.

Demasiado lo comprendió Jerónimo, que murmuró:

—Es el daño mucho mayor de lo que había creído.

—¡Oh! sí, señor;—contestó el chalán que había escuchado las palabras del curial, si le digo á usted que en mi pecho no ha dejado fibra sana alguna esa mujer.

—Pues te curaremos, querido amigo, te curaremos, no tengas cuidado, que yo me he propuesto remediar el daño, y para las enfermedades del alma creo ser mejor médico todavía, que para las del cuerpo lo es nuestro amigo Fernando. Prepáralo todo, porque mañana sales para París, y no lo haces hoy mismo, porque sería ir muy precipitado.

—¡Oh! cuanto antes.

—Tengo tu palabra de que no saldrás de tu casa, ni recibirás á nadie en ella.

—Sí, señor.

—Pues entonces, no tengas cuidado, y fía en mí.

—Gracias por todo.

—Esas me las darás el año que viene, cuando vengas de París, y me digas que ya estás curado del todo.

—¡Qué difícil será!

—A tu edad, querido *Moreno*, se tiene buena encarnadura todavía y las heridas se cicatrizan más fácilmente que en otras edades. Conque cumple lo prometido, y mañana vendremos á verte Luciano, Fernando y yo.

CAPITULO CIV

En la cárcel

JERÓNIMO abandonó la casa del *Moreno*, después de haber recomendado muy eficazmente á la madre de éste, que para librarse de importunos, dijera á cuantos fuesen á buscarle, que su hijo no estaba en Madrid.

De este modo no había peligro de que nadie pudiera inutilizar todo lo que él había adelantado desde la noche anterior.

Al mismo tiempo, le indicó que su hijo se iba á marchar al día siguiente, y que no se apurase por nada, puesto que estaría tan bien atendida como cuando ganaba su hijo para ella.

Por otra parte, aquella ausencia no había de ser muy larga, porque en el momento en que el *Moreno* estuviera ya instalado y seguro en la población donde iba, ella se iría á reunir con él.

La pobre mujer había recibido ya demasiados beneficios tanto de Jerónimo como de su padre, y sabía que cuanto al curial hacía estaba bien hecho, y había de refluir siempre en su beneficio.

No se le oscurecía que algo muy grave le había pasado al *Moreno*, y desde luego, el que saliese de Madrid era ya una gran ventaja para mejorar su situación.

Así fué, que estaba resuelta en absoluto á secundar los planes de Jerónimo.

Este tenía mucho que hacer todavía, pues se había propuesto aquella mañana dejar asegurada la felicidad de sus amigos.

En su consecuencia, prescindió de asistir á la escribanía, y tomando un carruaje, se hizo conducir á la cárcel, donde le urgía ver á López.

Este había pasado horas muy crueles durante el tiempo que estuvo incomunicado.

Porque para un criminal, el castigo más grande que se le puede imponer es el dejarle á solas con su conciencia durante algún tiempo.

Por lo tanto, López, como ya hemos dicho, en aquellas horas de soledad y aislamiento, vió alzarse ante su vista mil fantasmas sangrientos reprobándole todas las acciones infames que había cometido.

Y quiso buscar un refugio en el sueño.

Pero su imaginación calenturienta estaba excitada poderosamente y los sueños más horribles turbaron su descanso con aterradoras pesadillas.

Así que cuando le llamaron á declarar estaba un tanto abatido y representaba la vera-efigie del criminal acosado por el remordimiento.

Y después cuando oyó la orden de que se le pu-

siera en comunicación, su corazón palpitó con violencia.

Porque aquello significaba para él la distracción, el trato con antiguos compañeros, tal vez, y el ponerse una coraza contra los remordimientos que le acosaban, formando planes de nuevos crímenes con los otros presos ó tal vez llevando á cabo alguno dentro de la misma cárcel.

Y su asombro creció de punto cuando un carcelero se acercó á él y le dijo que tenía una habitación perfectamente dispuesta en el departamento de la alcaidía.

Entonces comprendió que la duquesa le cumplía la promesa y se dejó conducir á su nuevo destino.

Y cuando estuvo en su habitación pensó que su situación no tenía nada de aflictiva.

Conocía un poco á su ama y sabía que podía descansar en su profunda inteligencia para sacarle del aprieto en que se hallaba.

Además no existía prueba alguna de su crimen y las únicas seguras que había, eran las que tenía la duquesa.

Y también contaba con el marqués de Arana.

Pensaba recurrir á la amenaza á fin de que por miedo se pusiera de acuerdo con Dolores para librarle.

Así era que se quedó sumamente tranquilo respecto á su suerte.

Pero no le duró mucho aquella ilusión.

Dos horas haría próximamente que se encontraba en el nuevo alojamiento, cuando uno de los carceleros fué á avisarle que un caballero deseaba verle.

—Será algún enviado de Dolores,—pensó nuestro hombre.

Y dirigiéndose al carcelero, dijo:

—¡Que pase!

Efectivamente, un instante después penetraba en la estancia Jerónimo.

Había llegado á la cárcel, y después de saludar al alcaide con quien había hablado en otra ocasión, le dijo:

—¿Ha venido alguien á ver al preso?

—Sí, señor.

—¿Quién?

—Una señora. Pero yo, siguiendo las instrucciones que usted me dió, no la he dejado pasar.

—Bien hecho; ¿y está ya en su cuarto?

—Desde hace dos horas.

—¿Dónde hay que pagar lo que importa el alquiler del cuarto?

—Venga usted conmigo.

Y Jerónimo satisfizo lo que se le exigió, tomó el recibo y se dirigió al cuarto de López.

El curial hizo una ligera inclinación de cabeza al asesino y, como si estuviera en su casa, fué á sentarse en una silla frente á él.

López no hacía más que contemplarle, esperando á que le hablase.

Jerónimo no se hizo esperar mucho.

Después de haberse arrellanado bien en su asiento, dijo:

—Usted extrañará, sin duda, verme aquí; ¿no es cierto?

—Francamente, sí, señor; y á no ser que venga usted por mandado de...

—De nadie.

—Entonces, no lo entiendo.

—Vengo por cuenta mía.

—Usted dirá.

—¿Sabe usted el paso que dió la otra noche en casa de Luciano Carvajal?

—¡Pues no lo he de saber!

—¿Y ha tenido usted en cuenta la manera tan inicua con que mintió?

—Vamos, caballero; no sé qué tenga usted que ver en mis asuntos.

—Se equivoca usted; hoy son los míos.

—Usted se ha vuelto loco, sin duda.

—Míreme usted bien y trate de recordar.

Entonces López fijó sus ojos y escudriñó atentamente el rostro de su interlocutor.

Y sin duda su fisonomía no debía serle desconocida, porque su pálido rostro se tornó lívido, y murmuró de una manera indefinible:

—¡El escribano!...

—Justamente; el amigo del hombre á quien tan infamemente asesinasteis Ramírez y tú.

—¡Estoy perdido!...—exclamó López.

—Eso es lo que aun tenemos que ver.

Un rayo de esperanza iluminó las facciones del mayordomo de la duquesa del Sol.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó.

—Que todo depende de tí.

—¿De mí?

—Sí; según tú obres, obraré yo.

—Pues hable usted.

—Yo te prometo ponerte en libertad.

—Un poco difícil es eso.

—Sería difícil, si las pruebas que tenía tu señora existiesen todavía en su poder?

—¿Qué dice usted?

—Que, afortunadamente, están hoy en el mío.

—¡Imposible!

—Míralas.

Y el curial mostró á López algunos papeles que había reservado de los que había en el cofrecito.

El asesino quedó aterrado.

—¿Ves como yo te decía bien?

—Sí, señor.

—Pues bien, esto es un arma terrible en mi mano.

—¿Y qué hay que hacer?

—Una declaración en regla.

—¿De qué?

—De que Antonia no es tu hija, sino la del cónsul asesinado por vosotros.

—Pero eso...

—Es tu salvación.

—¿De qué modo?

—Yo me comprometo á sacarte de aquí y á ponerte en el punto que tú elijas del extranjero.

—¿Y quién me asegura que hará usted lo que dice?

—Estos papeles. Aquí, al par que te se acusa con pruebas, del asesinato del cónsul, se declara que éste dejó á su fallecimiento una niña que llevaste á tu casa, haciéndola pasar por hija tuya.

—¡Oh!... ¡todo!

—Pues bien; con la sola presencia de estos documentos estabas condenado y rehabilitada Antonia; pero como tú tienes una hija legítima...

—¡Mi María!

—Y no es justo que la pobre niña cargue con el legado de un apellido deshonrado por el verdugo; quiero que te salves y declares lo que te he dicho.

—Pero... y esos papeles, ¿cómo han llegado á su poder?

—El cómo, no debe importarte; lo qué pueden hacerte, sí.

—Y si yo acepto, ¿cómo me escaparé?

—Manda llamar al escribano mañana; declara que estando tú en Mogador el cónsul dió á tu esposa su hija para que la criase; que cuando el asesinato del cónsul la niña se quedó con vosotros, puesto que nadie la reclamaba, y que tú, por oponerte á su unión con Luciano, á quien aborrecías por causas particulares, habías dicho que era tu hija, pero que arrepentido, haces esa declaración impulsado por tu conciencia. De ese modo no confiesas nada que pueda hacerte reo, cumples con un deber y te proporcionas la libertad.

—¿Pero usted me jura?...

—Vuelvo á repetirte que confíes en mi palabra; si mañana haces lo que te he dicho, pasado estarás libre.

—Entonces estamos conformes.

—¿A qué hora vas á mandar venir al escribano?

—A las once.

—A esa hora estaré yo aquí.

—¿Desconfía usted?

—No; pero quiero decirte mañana los medios de que pienso valerme para conseguir tu evasión.

—Como usted guste.

Y ya no se cambió ninguna palabra más entre ambos.

El curial se despidió de López y cuando salía dijo al alcaide:

—Ten presente, amigo mío, que necesito que ese

hombre permanezca incomunicado para cualquiera que venga á preguntar por él.

—Será usted servido.

Y tras estas palabras, el curial salió á la calle, subió al carruaje que le esperaba y dió al cochero las señas de su casa.

CAPITULO CV

En el teatro

AQUEL día era de júbilo en casa de los hermanos Carvajal.

Los papeles que el *Moreno* facilitó á Jerónimo, á la par que demostraban el verdadero estado civil de Antonio, destruían para lo sucesivo cuantos recursos pudiera emplear Dolores para turbar la felicidad de los dos amantes.

María, era quien quedaba en peor situación, puesto que su origen aparecía entonces de un modo claro y preciso.

Pero ya hemos visto que Fernando prescindía de ello, y su único objeto era asegurar la felicidad de la mujer que amaba.

Desde que había recobrado á su hijo, la nube de sombría tristeza que constantemente estaba cubriendo su rostro, desapareció.

Aquel encuentro, era lo único que faltaba para su dicha.

La incertidumbre en que estaba respecto á la suerte de su hijo, oscurecía el cielo de ventura, que parecía prometerle el amor de María.

Una vez instalado el niño en su casa, se dirigió á la de su amada, donde ya Luciano le había precedido, siendo portador de las venturosas nuevas.

Así fué, que cuando llegó, Antonia, cuya alegría no conoció límites, le dijo:

—¡Bien haya el día que ha sido de ventura para todos!

—¿Para todos?—dijo Fernando mirando á María, cuyo semblante aparecía cubierto por una nube de tristeza.

—María,—dijo Antonia,—es la única que se empeña en no ver las cosas bajo el mismo prisma que nosotros.

—¿Y por qué no?—dijo Fernando.

—Porque no debo unir un nombre manchado, con otro tan noble y tan digno.

—Pero mujer, no digas tonterías,—repuso Fernando,—te he dicho una porción de veces, en primer lugar que yo para quererte no me había preocupado respecto á tu origen, y después, que en la sociedad y dadas las condiciones del mundo en que hemos de vivir, es el marido quien da nombre á la mujer, no ésta la que se lo otorga al marido. ¿Acaso has de ser tú responsable de las faltas ó de los crímenes que pudo cometer el hombre que te engendró?

—De todos modos...

—Nada, no se hable más sobre este particular, y desecha ese temor. Cuando venga Jerónimo, ya en-

contraremos un medio para evitar, hasta el que se sepa de quien eres hija.

Antonia y Luciano, ayudaron á Fernando en su tarea, para desanublar, si esta frase podemos usar, la frente de la joven.

Gran trabajo les costó, y á no haber sido por la oportuna llegada de Jerónimo, difícilmente lo hubieran podido conseguir.

Pero el curial, apenas se enteró de lo que se trataba, dijo:

—Pero vamos á ver, María, ¿qué es eso? no parece sino que el mundo se va á acabar porque sea hija de un desgraciado.

—No es eso,—contestó la joven,—mucho me duele la desdicha de mi padre; pero como no puedo ni contrarrestar esa desdicha, ni rechazar tampoco un parentesco realmente desventurado, no es justo por ningún estilo que yo lleve, al que ha de ser eterno compañero de mi vida, un estigma que me deshonre.

—¿Pero quién habla aquí de eso, mujer?

—Fernando con la nobleza que le distingue, no ha encontrado en mi apellido la barrera que por desgracia existe, pero yo la veo muy bien, y crea usted, don Jerónimo, que me asusta de un modo extraordinario.

—¿Pero tú no me quieres?—dijo Fernando.

—¡Oh! sí;—exclamó la joven con resuelto acento.

—Pues yo te quiero también, y como lo principal para nuestra felicidad no es la opinión de la sociedad sino nuestro mútuo cariño, no te preocupes por lo que no has de remediar, ni quieras hacerte desgraciada y hacerme á mí también, cediendo á una preocupación absurda.

—Por supuesto,—dijo Jerónimo,—que todo eso se puede arreglar perfectamente.

—¡Cómo!—dijeron á la par Luciano y Fernando.

—¿Sabéis de dónde vengo ahora?

—¿De dónde?

—De la cárcel.

—¿Has visto á López?

—Sí, y ya he quedado conforme con él en todo. Voy á proporcionarle la libertad, no sé de qué manera, pero se la proporcionaré. El en cambio me firmará una declaración, en virtud de la cual reconoce el verdadero origen de Antonia y el de su hija. Se le da una cantidad con la que puede establecerse en lejanos países, y no hay miedo de que vuelva á molestaros en lo más mínimo. López, hay muchos en el mundo, y como él en su reclamación de la otra noche no se fijó más que en Antonia, nadie tiene necesidad de saber de quien es hija María.

—¡Oh! pero lo sé yo y basta,—repuso la joven.

—Pero permítame usted que la diga que eso es llevar la susceptibilidad al terreno de las exageraciones, y nada que se exagera puede ser bueno jamás.

—No hay que hablar más de ese asunto,—dijo Antonia.—Jerónimo ha sido nuestra Providencia en todo y para todo, y quiere serlo todavía. Encuentro su plan tan aceptable, que no veo palabras que oponer, por lo tanto, me parece que lo mismo Fernando que Luciano, no han de tener inconveniente en sacrificar una cantidad, para que López puede marcharse á América, y no pensar ya en volver á España, donde sabe que su existencia estaría en grave peligro.

—Desde luego,—dijo Fernando.—¿Qué crees que se necesita para ello?

—No lo sé, mañana he de ocuparme de arreglarlo.

—Vamos, ¿tienes ahora algo que oponer?

Fácilmente se comprende que María no podía resistir aquellas tan repetidas muestras de afecto y cariño.

Antonia, rodeando con sus brazos el cuello de la joven, concluyó por arrancarla su consentimiento.

Jerónimo, estaba más alegre que nadie, porque había conseguido no sólo burlar los planes de Dolores, sino vengarse de Elisa, y salvar al mismo tiempo al *Moreno* de las garras de aquella mujer miserable.

—¿No has visto á la marquesa de Arana?—le preguntó Fernando.

—No, y por cierto que debe estar furiosa viendo que no ha parecido el *Moreno* á llevarle los papeles, ni sabe tampoco si vivo ó estoy muerto.

—Terrible será su desencanto cuando te vea.

—Y que ha de ser muy pronto, porque tal vez mañana mismo vaya á su casa.

—Cuidado, Jerónimo, cuidado con lo que haces; no vayas á meterte en la boca del lobo, porque Ramírez es muy malo.

—No tengas cuidado, conozco ya el terreno que piso, y sabe Ramírez que conmigo no ha de jugar.

—Yo de tí, no iría á su casa.

—Hagamos otra cosa.

—¿Qué?

—Vamos esta noche al Real, y allí de fijo que encontraremos á la marquesa.

—Me parece muy bien,—dijo Luciano.—Voy á buscar á mi tío, para que acompañe á estas niñas.

—¡Oh! yo no,—dijo María.

—Justo, ¿y crees acaso que no viniendo tú iría yo?

—No, no, hemos de ir todos; quiero que nos vean juntos, porque estoy seguro que lo mismo la duquesa que Elisa, han de tomar un berrinche...

—Nada, no hay excusa,—dijo Fernando,—tengamos un momento de expansión siquiera, ya que hemos pasado tantas horas bien amargas.

Y no hubo más remedio que acceder al deseo formulado por los tres hombres.

Luciano, fué á cumplir con su misión, mientras las dos jóvenes preparaban sus tocados.

Razón había tenido Jerónimo en suponer que lo mismo el marqués que su mujer, esperaban llenos de impaciencia una noticia del chalán, que les asegurase la tranquilidad.

Pero ésta no llegaba, y Elisa no podía dominar su impaciencia.

—¿Has recibido algo?—le preguntó su marido.

—Nada.

—¿Habrá fracasado el plan? ¿habrá sido descubierta la persona de quien te habías fiado?

—No lo creo, porque he tenido buen cuidado de leer los periódicos, y en ninguno he encontrado noticia que se refiriese al asunto en cuestión.

—Pues entonces, es muy extraño esto.

—Y tan extraño.

—Quizás haya tenido que dilatar por algún acontecimiento inesperado, hasta esta noche, la ejecución, y...

—Yo sabré algo dentro de poco.

Y efectivamente, Elisa, envió un criado á la casa del chalán, preguntando por él, y diciéndole que se presentara inmediatamente en su casa.

Pero bien aleccionada como estaba ya la madre del *Moreno*, contestó:

—Diga usted á la señora marquesa, que mi hijo salió anoche de casa y no ha vuelto todavía. Cuando venga, le diré que vaya á ver á la señora.

Pero por la tarde, Elisa, sin poderse contener, se vistió modestamente, cubrió su rostro con el velo de la mantilla, salió á la calle, tomó un carruaje de punto, y se hizo conducir á la casa del *Moreno*.

La madre de éste cumplió rigurosamente su consigna.

No dejó entrar á Elisa en las habitaciones del *Moreno*, diciéndole que éste había enviado á uno de sus amigos, con el encargo de que, si iba alguien de parte de la marquesa, le dijeran, que todas las comisiones de ésta estaban cumplidas.

Esto era lo principal para Elisa, y satisfecha, regresó á su casa, diciendo á su marido:

—Podemos estar tranquilos. Los papeles han cambiado ya de dueño.

—¿Pero los tienes?

—Lo mismo que si los tuviera.

—¿Y Jerónimo?

—Ese no ha de mortificarnos más, por lo tanto, no pensemos ya en nada que tienda á entristecernos.

Y Elisa comió aquel día con el mejor apetito, y su marido no pudo menos de felicitarse por haber encontrado una mujer que tan admirablemente secundaba sus empresas.

Y llegó la hora de dirigirse al teatro Real.

—Allí veremos á la duquesa,—dijo Elisa á su marido. —Tengo gana de ver la cara que tendrá, porque, indudablemente á estas horas debe saber ya que le han quitado esas armas de que se mostraba tan orgullosa.

—O quizás no, porque no es fácil que haya tenido necesidad de ir á buscarlas.

Hablando así, entraron en su palco del teatro Real, y, precisamente, frente al que ella ocupaba, estaba el de Luciano.

Antonia y María habían llamado la atención, tanto por su belleza como por el gusto de sus tocados.

El escultor estaba sentado á espaldas de ellas, y su tío, enterado también de la conspiración urdida, un poco más retirado, dirigía sus miradas hacia la sala.

En el palco inmediato al que ocupaban las dos jóvenes había unos amigos de Jerónimo.

Este había dicho á las jóvenes:

—Fíjense ustedes bien cuando yo entre en el palco de al lado, en el semblante que ponen la marquesa y su marido; porque cuando menos van á creerse que vengo del otro mundo para acusarlos por sus infamias.

La duquesa entró en su platea á mitad del acto, y al dirigir su mirada hacia los palcos principales, tropezó con Luciano y las dos jóvenes.

El escultor la saludó ligeramente, contestando ella á su vez con un ligero movimiento de cabeza, procurando ahogar el horrible dolor que había sentido.

De pronto sonó la puerta del palco inmediato al ocupado por las dos jóvenes y oyeron la voz de Jerónimo.

—Atención,—dijo Luciano en voz baja.

Efectivamente, el efecto fué cual le había previsto el curial.

Al mostrarse Jerónimo en el palco de sus amigos, Elisa, no fué dueña de ocultar un movimiento de sorpresa, mientras que su marido dió un golpe con los gemelos sobre el antepecho del palco, murmurando:

—¿Qué es esto?

—Estalló la bomba,—dijo Luciano en voz baja.

Las dos hermanas hacían esfuerzos para permanecer impasibles como si no hubieran advertido nada, pero la cólera, el terror y el despecho se retrataron con tan gráficos caracteres en el semblante del marqués y de su mujer, que Luciano no pudo menos que decir:

—Lo que es esa gente, creo que revienta de ira esta noche.

Y las dos jóvenes sonrieron, trocándose esta sonrisa en una franca carcajada, cuando á los pocos momentos entró Jerónimo en su palco, diciendo:

—Vamos, bien vale la pena haber venido aquí esta noche para gozar en el tormento que esta gente está sufriendo, con la resurrección de este nuevo Lázaro.



— Las dos hermanas hacian esfuerzos....

CAPITULO CVI

Al día siguiente

NADA más terrible que la situación en que salieron del teatro Real, los marqueses de Arana.

Especialmente Elisa, no podía darse cuenta de lo que había sucedido.

¿Cómo era que el *Moreno* ni la había enviado aviso alguno, ni se había presentado á entregarla los papeles?

¿Sería capaz de haberla hecho traición?

Esto no lo podía creer. Sabía muy bien el dominio que ejercía sobre aquel hombre, y no era posible que así la faltara.

Indudablemente, algo extraño, incomprensible, para ella, mediaba en aquel asunto, que había impedido el cumplimiento de lo prometido.

—¡Bien te han servido las personas de que te valiste!

—dijo el marqués á su esposa al salir del teatro, antes de que se concluyera la función.

—No acierto á volver de mi asombro,—contestó la marquesa,—y no puedo explicarme lo ocurrido, á no ser que la ocasión no se haya presentado tan fácil como creíamos.

—Desengáñate, que ocasiones semejantes se presentan, si uno sabe buscarlas.

—Pues yo te digo...

—No has de decirme nada, porque no soy de los que se engañan respecto á ciertos asuntos.

—Es verdad,—contestó Elisa con desdeñoso acento;—tú eres ya maestro en la ciencia de deshacerte de las personas que te estorban.

El marqués comprendió todo lo que había de punzante desdén en el acento de su mujer, y dijo:

—Elisa, ten presente lo que hablas.

—¿Por qué dices eso?

—Porque creo que no eres tú la que tenga derecho á reprenderme.

—Siempre; porque en este caso, yo he sido la engañada.

El marqués se mordió los labios, y no contestó.

Pero, á no haberlo impedido la oscuridad que reinaba en el interior del carruaje, Elisa no habría podido menos de estremecerse ante la expresión que tomó la fisonomía del marqués.

—Mañana,—dijo la marquesa,—sabremos la verdad de todo lo ocurrido.

Inquietos y preocupados, encerráronse ambos esposos aquella noche en sus habitaciones.

El marqués especialmente, ya sabemos si tenía mo-

tivos para estar inquieto, máxime desde el momento en que había sabido la clase de documentos que obraban en poder de Dolores.

El que aquellos documentos no estuvieran en su poder y el que Jerónimo permaneciera vivo todavía, constituían para él un peligro de gran consideración.

Era preciso al día siguiente despejar aquella situación, fuera del modo que quisiese, y costara lo que costare.

En su consecuencia, se disponía á salir de su casa, cuando un criado entró á decirle que había llegado un caballero que deseaba verle.

Como no había dado orden para no recibir, no tuvo más remedio que decir al criado que pasara aquel caballero.

Sin embargo, formó el propósito de despedirle inmediatamente.

Pero su asombro no reconoció límites, cuando vió aparecer en sus habitaciones á Jerónimo.

—¡Usted aquí otra vez!—exclamó.

—¿Qué encuentra de extraño en mi venida?—contestó Jerónimo con una tranquilidad que no pudo menos de desconcertar al miserable;—¿creía usted, acaso, que me habían muerto ya?

—Lo que yo quiero es que todo esto termine de una vez.

—Pues precisamente para eso vengo yo también.

—¿De veras?

—Sí, señor; y vea usted por dónde, una vez al menos, hemos estado conformes usted y yo.

La calma y la especie de ironía que vibraba en el

acento de Jerónimo, mortificaba de un modo extraordinario al marqués, que dijo con impaciencia:

—Vamos á ver; ¿qué es lo que usted quiere?

—¡Hombre! me parece que bien á la vista está. Quiero hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Sobre la situación en que se encuentra, que, francamente, señor Ramírez, yo la juzgo muy delicada.

—Y, sin duda, viene usted á ponerme precio por ella; ¿no es así?

—¡Válgame Dios y qué mala manera tiene usted de ver las cosas! Yo no tengo que poner precio de ninguna clase, sino que usted, por la misma cuenta que le tiene, estoy seguro, segurísimo, que tratará de poner inmediatamente en libertad á su cómplice López.

—¡A mi cómplice! Si de ese modo continúa usted hablando, no será posible que nos lleguemos á entender; yo no tengo cómplice alguno, señor mío, y basta ya de ridículas amenazas, que ni quiero ni debo tolerar.

—¿Conque sí, eh? ¿conque no quiere usted tolerar amenazas? En ese caso, usted me dirá qué es lo que debo hacer con ciertos papeles que poseía la señora duquesa del Sol y que hoy se encuentran en mi poder.

Este golpe fué terrible para Ramírez.

Lo que menos se podía imaginar era que los papeles de Dolores, que su mujer se había comprometido á arrebatarle, hubieran ido á poder de aquel hombre, de quien no podía esperar piedad ni gracia.

Así fué, que por un momento le asaltó la idea de deshacerse de Jerónimo, y fué á tirar del cajón de la mesa, buscando un arma con que poder herir.

Pero precisamente esto lo había previsto ya Jerónimo, y su mano apareció armada con un revólver, que apuntó fríamente al marqués, diciéndole:

—Como que nos conocemos, suplico á usted que deje las manos quietas ahí, de modo que yo pueda verlas, porque sino, se expondría usted á que se me escurriese un dedo, y tenga usted por seguro que la bala de mi revólver llegaría antes á su cabeza, que su mano pudiera haber empuñado el arma que indudablemente iba á buscar en ese cajón. Conmigo es imposible la lucha, señor Ramírez, porque como conozco á la gente con quien trato, procuro estar prevenido siempre, y en la puerta de esta casa hay dos agentes que sólo están esperando mis órdenes para obrar; ya ve usted si le tiene cuenta permanecer tranquilo.

El marqués estaba completamente desconcertado.

Aquel hombre, había llegado á dominarle.

Así fué, que dejó caer los brazos á entrambos lados de su cuerpo, murmurando con desaliento:

—¿Qué es lo que quiere usted?

En este momento y cuando Fernando se disponía á contestar, la puerta de la estancia se abrió, y Elisa, en traje de calle, apareció en el aposento.

Iba á dirigirse hacia la casa del *Moreno*, y entraba en las habitaciones de su marido para despedirse de él.

Su sorpresa viendo allí á Jerónimo fué tal, que se quedó inmóvil en la puerta.

—Pase usted, señora marquesa,—la dijo el curial con irónico acento,—comprendo que la sorprenda encontrarme vivo, cuando debía usted esperar haber recibido ya la noticia de mi muerte; pero que quiere usted,

á veces los planes mejor meditados fracasan, y así le ha sucedido á usted en esta ocasión.

—¿Qué ha venido usted á hacer aquí?—dijo Elisa con aspereza, entrando resueltamente en el aposento, porque en la mirada que su marido la dirigió, comprendió que reclamaba su auxilio.

—Mal modo tienes de recibir, á quien debes tantos favores, pero en fin, eso tampoco me extraña, porque siempre fuiste desagradecida y perversa, y no podía exigir que hubieras cambiado.

—Al grano, al grano,—dijo con grande impaciencia Elisa.

—Pues el grano es el que le ha salido á tu esposo con ciertos papeles que obraban en poder de la duquesa del Sol, y que los mandó robar... no sé á quién, ¿lo sabes tú acaso?

Elisa se mordió los labios hasta hacer saltar la sangre, pero permaneció impasible sin contestar.

—No quieres contestar ¿eh? haces bien, no debes comprometerte; pero qué quieres, hija mía, no ha sido tuya la culpa si se ha malogrado el negocio.

—¿Pero quiere usted terminar de una vez?—dijo Ramírez cada vez más exasperado.

—Sí, señor; voy á concluir muy pronto. Decía á usted, que con la posesión de esos papeles y al mismo tiempo con todo lo que sabía y todas las pruebas que poseía ya, que son muchísimas, y después con el odio de López, que usted ha de comprender tiene que ser colosal, su situación es muy comprometida, y á todo trance y á costa de todo, debe usted procurar que se escape de allí, porque si habla, créame usted, señor Ramírez, que es usted hombre perdido.

—¿Pero yo qué he de hacer? ¿cree usted que la puertas de la cárcel se van á abrir en seguida porque yo me presente allí?

—Cuando se tiene buena voluntad...

—Es que la voluntad no basta cuando se trata de asuntos de este género.

—Elisa que es tan ducha en cierta clase de negocios, podrá darle á usted algún camino para salvar esa situación.

—Cuidado, Jerónimo, mucho cuidado con las frases que usted pronuncia, porque veo que está abusando de un modo inícuo de la situación en que nos encontramos.

—¡Qué yo abuso, dices!—exclamó Jerónimo exasperado,—¿y eres tú la que se atreve á decir semejante cosa? Vamos, si no puedo concebir que exista una desvergüenza tan grande como la tuya.

Elisa no pudo menos de palidecer, comprendiendo que Jerónimo abandonaba el terreno en que desde el principio se colocara, y fácil sería que perdidos los estribos de la prudencia dijese algo que ignoraba su marido.

Ella había provocado la tempestad, y ella únicamente pudo haberla encauzado.

Pero para esto hubiera sido necesario un tacto de que ella carecía.

Así fué, que la tempestad adquirió mayores proporciones al volverse hacia su marido, diciéndole:

—¿Por qué has recibido á este hombre?

El marqués se había quedado sorprendido al ver el cambio que se operó en el rostro del curial.

Desde luego que comprendía que entre su mujer y

Jerónimo, debía existir algún secreto que él desconocía, pero jamás, que fuera de la magnitud ni tuviera la importancia que tenía realmente.

Y al ser aludido por Elisa, comprendió efectivamente que á él le tocaba salir en su defensa.

CAPITULO CVII

Tal para cual

PASEABA alternativamente Jerónimo su mirada de uno á otro de los personajes, resuelto á todo, toda vez que le habían provocado.

Había ido á aquella casa, á fin de ver si por medio del terror podía hacer que Ramírez se interesara por la libertad de López, con la idea de no gastar él sus recursos propios.

De este modo, estando ya libre López, él con la acusación en la mano, escrita por el mismo cónsul de Mogador en su agonía, y que como sabemos conservaba la duquesa entre sus papeles, podía hacer prender á Ramírez y así pagar el crimen que había cometido.

Pero desde el momento que Elisa tomó aquella actitud, todo lo olvidó, y no pensó más que en alzarse contra aquella mujer que así le insultaba.

—No sé qué derecho tenga usted,—dijo el marqués, —para hablar á mi esposa del modo que lo hace.

—Y á mí qué me importa,—contestó bruscamente Jerónimo,—harto sabe ella los derechos que tengo y la razón que me asiste hoy para hablarla así

—¡Oyes lo que dice, Elisa!—exclamó Ramírez,—responde, confúndele, porque parece que este hombre se ha propuesto insultarnos.

—¿Qué ha de confundirme, si quien puede confundirla soy yo?

—¿Por qué?—dijo el marqués.

—No le hagas caso; hay frases que sólo merecen desprecio,—contestó la marquesa.

—Tienes razón, digna de desprecio eres únicamente, y dignos de desprecio sois unos y otros.

—¡Basta; salga usted de aquí en seguida!

—Eso tiene el tratar con consideración á los canallas, —dijo Elisa, desdeñosamente.

—¿Canalla has dicho?—exclamó Jerónimo con explosión;—¿me apellidas canalla á mí? ¡vive Dios! que no sé lo qué me contiene para trataros como debo; la verdadera canalla sois vosotros; tú, Elisa, mujer infame y corrompida cuando soltera, esposa adúltera más tarde, y madre sin entrañas que abandona á su hijo, después; tú eres la canalla, tú, que bajo un traje de seda ocultas un corazón de hiena, que bajo una aureola de pureza fingida estás manchada de una manera que jamás te podrás rehabilitar; el canalla eres tú, marqués de Arana,—prosiguió el curial fuera de sí;—tú, que abusaste primero de la confianza que había depositado en tí el cónsul de Mogador; tú que empezando por el asesinato y acabando por todas las bajezas posibles, has llegado, en fin, al sitio

que ocupas á fuerza de crímenes. ¡Oh! ¡raza de víboras! ¿y aun os atrevéis á apellidarnos canallas á nosotros?... tenéis razón, somos canalla, porque no hemos tenido valor para arrancaros la máscara con que os cubrís; pero ¡ay de vosotros el día en que esto suceda! ¡ay de tí, marqués de Arana, ¡mañana cuando después de la declaración de López se presenten las pruebas de tu crimen al tribunal! ¡Ay de tí, Elisa, cuando mañana te encuentres esposa repudiada por un asesino! ¡Ay de tí cuando te veas sin ese prestigio que te rodea! entonces volvèrás al lodo donde has salido y serás como uno de esos reptiles que mueren ahogados por el mismo veneno que abrigan en sus entrañas.

Durante la larga tirada del curial, mil sensaciones diversas se retrataron en los semblantes de ambos esposos.

Elisa trató de sostener por algún tiempo la mirada fúlgida y brillante de Jerónimo.

Trató de vencerle por medio de la impudencia, pero fué imposible.

Aquel hombre no era ya un mortal á quien pudiera dominársele de una manera ó de otra.

Era la Providencia que amenazaba por su boca á todos los criminales.

Así fué, que Elisa no pudo menos de sentir un pavor desconocido, una opresión extraña, cuando aquel hombre acabó de hablar.

Y este miedo tomó mayores proporciones cuando reparó en la expresión del rostro del marqués.

Había escuchado con profunda agitación las palabras del curial.

Y cuando oyó brotar de los labios la tremenda acusa-

ción dirigida á Elisa, su rostro palideció y sus músculos se contrajeron.

Porque Ramírez había amado á Elisa de una manera especial.

En aquel hombre, todo crimen, no había quedado más que pasión noble y buena.

Y esta era el amor.

Y cuando fué á Madrid; cuando después de muchos años vagando por Africa; cuando tras una carrera de crimen había conseguido crearse una mediana posición, se encontró un día con Elisa.

Esta era excesivamente hermosa.

Y sin embargo, cuando Ramírez tomó informes respecto á ella, escuchó con asombro indecible é inexplicable que bajo aquella forma descocada y desenvuelta se ocultaba una alma virgen y un cuerpo sin mancha alguna.

Y Ramírez que quería en amor la pureza del fondo, sin hacer alto en las formas exteriores, se enamoró de Elisa.

Después comprendió que aquella mujer podía servirle de mucho.

Tenía un talento y una inteligencia superiores.

Y al par que satisfacía su amor, llenaba completamente las aspiraciones que en sus cálculos se había formado.

Pero Elisa le había engañado como engañó á todo el mundo.

En ella había una depravación que nadie había podido adivinar.

Tenía, como hemos dicho, una clara inteligencia; era el cálculo viviente, y por lo tanto no había en ella sentimiento, porque tampoco existía el corazón.

No había más que ideas, porque la cabeza de aquella mujer era cabeza privilegiada.

Y adivinó todo lo que de bajo, miserable y ambicioso había en Ramírez.

Comprendió que aquel hombre, impulsado por la fuerza de esta pasión, llegaría á ser algo.

Y como ella bajo la capa del desinterés y de la modestia, ocultaba una ambición sin límites y un deseo infinito de figurar, aceptó la unión que la propuso aquel hombre; se casó con él sin amor, de la misma manera que más tarde fué la querida de Fernando.

El marqués, por su parte, amó con toda la fuerza de su alma á aquella mujer que no sentía por él más que desprecio y aversión.

Y solamente por ella, solamente por verla figurar acumuló á costa de bajezas infinitas, riquezas sobre riquezas, para que ella pudiera eclipsar á todas las damas de la corte.

Y cuando la vió sin un nombre, única cosa que le faltaba para poder penetrar en los salones de la alta aristocracia, aquel hombre se puso á caza de un título, hasta que lo encontró, á fin de que nada faltase, á aquella mujer que tanto valía para él.

Por esto se comprenderá perfectamente cuanto le mortificaría lo que estaba oyendo.

Todo el edificio de su felicidad había caído por tierra.

Había concentrado todos sus planes en Elisa, la había creído incapaz de faltarle, y sin embargo, le había engañado, había abusado de su confianza de la misma manera que él en otro tiempo había abusado de la de otras infinitas personas.

Aquello tenía algo de providencial.

Y el despecho de Ramírez fué horrible.

Pero á él sucedió una cólera inmensa.

Y ésta descompuso sus facciones, contrajo sus músculos é hizo fruncir su entrecejo de una manera siniestra.

Elisa leyó en aquel semblante lo que pasaba en el corazón de su esposo.

Vió desvanecidos todos los sueños que había acariciado en su imaginación, y la pérdida de la posición que disfrutaba, la hacía daño.

Porque ya hemos dicho que para Elisa la riqueza y la posición, eran todo.

El curial contemplaba con una calma glacial, á los dos esposos.

Y se siguieron algunos momentos de silencio.

Al cabo de ellos, Ramírez se acercó á Elisa y con acento seguro y tranquilo, que contrastaba notablemente con lo descompuesto y desencajado de su fisonomía y con la tempestad que rugía en el fondo de su alma, la dijo:

—¿Conque es decir, señora, que yo me he casado con una mujer que no ha vacilado en envilecer y en abusar de la confianza que en ella había depositado su esposo?

—De la misma manera que yo me enlacé á un hombre cuyas manos estaban manchadas con la sangre de su bienhechor.

Y Elisa, que conoció que no podía hacer frente á la difícil situación en que se hallaba, más que á fuerza de audacia, hizo un acopio infinito para sostenerse.

—Es que varían mucho las circunstancias.

—¿En qué?

—En que usted me debe respeto y obediencia; en que usted me juró guardar mi nombre, y no lo ha guardado.

—¿Y cree usted que una mancha más,—preguntó Elisa con ironía punzante,—pueda influir algo en el tan manchado nombre de usted?

El marqués quedó desconcertado.

Aquella mujer le devolvía los golpes, pero más contundentes y de manera que le obligaban á callar.

El curial veía todo aquello con repugnancia.

Porque efectivamente, era bajo é innoble todo cuanto á aquellas dos personas concernía.

Y no pudiendo resistir más tiempo, se levantó de su asiento, y dijo:

—He presenciado escenas monstruosas, pero como ésta ninguna.

—Bien castigado estoy,—dijo el marqués.

—Y aun falta mucho,—añadió Elisa,—porque el asesino...

—Merece tanto castigo como la mujer adúltera y la madre que abandona á su hijo.

Y el curial, después de pronunciadas estas palabras miró de una manera tan terrible á Elisa, que ésta bajó los ojos palideciendo ligeramente.

—¿Conque has sido madre, burlando mi confianza?—preguntó el marqués con voz ronca á su esposa.

Pero ésta, que si se aterraba hasta cierto punto en presencia de Jerónimo no le sucedía lo mismo con el marqués, levantó la cabeza y dijo:

—De la misma manera que tú me engañaste ocultándome que habías sido un asesino miserable.

—¡Bravo!—exclamó el curial,—el crimen reprochan-

do al crimen; los dos habéis nacido el uno para el otro y los dos seréis vuestro mútuo castigo, si es que antes no os alcanza la justicia de los hombres. Ahí os dejo y quiera Dios que los crímenes de ambos no se castiguen tan pronto como yo me temo.

Y Jerónimo abandonó la estancia dejando al marqués aterrado y no muy tranquila á su esposa.

CAPITULO CVIII

La prisión del marqués

La escena que se siguió á la salida de Jerónimo entre los dos esposos, fué terrible.

Uno y otro estaban exasperados.

El marqués deploraba, no tanto la pérdida de un amor que al fin y al cabo había sido más bien cuestión de los sentidos que de verdadero cariño, como el ridículo que sobre él había de recaer al conocerse la aventura de su mujer.

Elisa, á su vez, estaba furiosa, tanto porque el *Moreno* se había burlado de ella según debía suponerse al ver que Jerónimo estaba vivo y que tenía en su poder los papeles que había mandado robar á la marquesa, cuanto porque no había medio alguno de poderle echar la vista encima.

Presa de una cólera violenta abandonó las habitaciones de su marido y comprendiendo que á partir de

aquel momento no sólo sería imposible que viviesen bien, sino que ella misma podría verse envuelta en el vergonzoso proceso con que la había amenazado Jerónimo, se dirigió á su cuarto, recogió sus alhajas y cuantos objetos de valor pudo, y cuando al cabo de dos horas supo que el marqués había salido, á su vez envió á buscar un carruaje, hizo que pusieran en él dos baules donde había reunido sus mejores trajes, y entre el asombro de sus criados que no comprendían nada de lo que estaban viendo, abandonó la casa de su marido, se dirigió á la estación de Valencia, despidió el carruaje y tomó un billete hasta Albacete, en cuya ciudad acabó de formar su plan.

Dos días después marchaba á Valencia, allí se embarcó para Marsella donde fué á parar á París, á aumentar el número de las muchas mujeres que en la gran ciudad hacen un comercio con sus encantos.

En cuanto al marqués, al saber por sus criados lo que había ocurrido, pensó:

—Más vale así. Después de lo ocurrido, hubiera sido imposible ya continuar en buena armonía, y puesto que se ha ido, no seré yo quien la vaya á buscar. Esto no pasará de ser más que uno de los muchos escándalos que hay en la Corte, que se olvidará del mismo modo que otros se olvidan.

Es verdad que el marqués, para conformarse con tanta facilidad, tenía también sus razones.

Vicioso y corrompido, más de una empresa amorosa le había entretenido, y en los momentos que vamos hablando, tenía en Pozuelo, en una hermosa quinta que allí poseía, una bellísima criatura, á quien, valiéndose de inicuos medios, había hecho conducir allí.

Dos días después, circuló por Madrid la noticia de que se había escapado de la cárcel López, y al saberlo Ramírez, exclamó:

—Vamos, ahora ya puedo estar completamente tranquilo. Ese hombre era mi pesadilla,—añadió,—y desarmada la duquesa, porque ese Jerónimo tiene los papeles que ella poseía, no creo que me amenace ningún peligro. Sin embargo, bueno será que me eclipse durante unos días, y estos los pasaré en Pozuelo, consolándome con la hermosa Luisa, del abandono de mi infiel esposa. ¿Dónde habrá ido á parar ésta? De todos modos, debo agradecerle todavía lo que ha hecho, porque así ha evitado que fuese mayor el escándalo.

Y aquel hombre, como si todo lo que había pasado fuese lo más natural del mundo, se mostraba sumamente tranquilo.

Es verdad también, que Jerónimo parecía que había caído en un pozo, puesto que el marqués no había vuelto á oir de él.

Sin embargo, no estaba inactivo.

El curial había querido cumplir su palabra de hacer la felicidad de sus amigos, y preparó la evasión de López, según ya hemos visto, y escribió una carta á la duquesa diciéndola por qué medios habían llegado á su poder los papeles que ella guardaba, y que por lo tanto era ya inútil todo cuanto pretendiera hacer para perturbar la felicidad de Luciano.

Había sabido la fuga de Elisa, y dijo:

—Bueno; márchese ella en buen hora, que en cuanto á él, ya le echaré mano cuando me convenga.

Y como que por entonces, no estando Elisa en Madrid, no había peligro en que permaneciera el *Moreno*,

se suspendió el viaje proyectado, quedándose el chalán en una casa donde le hizo entrar Luciano.

Creyéndose completamente seguro el marqués, resolvió realizar su propósito, y una mañana, después que se hubo levantado, exclamó:

—¡Ea! ¡hoy si que me marcho á Pozuelo! Me parece que en el tiempo que lleva allí mi cándida paloma, habrá podido aclimatarse á la hermosa jaula en que la tengo encerrada.

Efectivamente, como hemos dicho, Ramírez quince ó veinte días antes había hecho llevar á su preciosa quinta de Pozuelo una hermosísima joven, de posición humilde, huérfana y que se hallaba próxima á casarse con un honrado menestral.

Luisa, que así se llamaba, había rechazado las amorosas indicaciones del marqués, con lo cual sólo consiguió irritar las pasiones de éste, que, como hechos dicho, la robó y la hizo llevar á su quinta.

Allí puso á su servicio una de esas mujeres habilísimas para la unión de voluntades encontradas, y Lorenza, que así se llamaba, trató de desempeñar su cometido con la mayor escrupulosidad posible.

Pero había tropezado con una virtud á toda prueba, y aun cuando Luisa la escuchaba, porque no tenía otro remedio, la verdad era que estaba dispuesta á defender su honra, mientras la quedase un átomo de vida.

El marqués, como seductor experimentado, había querido dejar pasar algunos días, á fin de que Luisa fuese encontrando agradable la existencia en aquella casa con aquel lujo y aquellas comodidades, y ya hemos visto cómo se decidió por retirarse á aquella quinta á disfru-

tar en ella la ventura á que se creía tener derecho, dados los sacrificios que hiciera por aquella mujer.

Realizó una cantidad considerable tomando dinero sobre algunas fincas, compró varias alhajas que pensaba ofrecer á su deidad y se dirigió á Pozuelo, ansioso de disfrutar las primicias de aquel amor que tanto le halagara.

Pero las cosas estaban dispuestas de otra manera.

Lorenza había dicho á su señorita que era necesario hacer pagar cara al marqués su falta de galantería.

Y en su consecuencia, cuando éste, al cabo de tantos días se presentó en la casa, Lorenza le dijo que era imposible ver á Luisa.

—¿Por qué?—la preguntó Ramírez.

—Porque está muy resentida por el proceder del señor marqués,—le contestó Lorenza.

—¡Resentida ella!...

—¡Ya lo creo! y tiene motivos.

—No los comprendo.

—Dejarla abandonada así...

—Ha sido necesario.

—Pues la señorita ha dicho rotundamente que, cuando el señor marqués viniese, que no se le dejase pasar.

Pero Ramírez no estaba en situación de perder el tiempo.

Así fué, que dijo:

—Pues yo necesito verla.

—Imposible.

—Es que yo lo mando.

—Pues el señor marqués me ha puesto aquí diciéndome que en todo obedeciera á la señorita, y yo no hago más que obedecerla.

—Pues ahora te digo que me obedezcas á mí.

—Pero...

—¡Silencio!—la dijo enfurecido Ramírez.

—La señorita está enferma.

—Razón de más para que la vea.

—Ha dicho que no se la moleste.

—¡Eh! aparta y déjame.

Y Ramírez, ciego de cólera, empujó violentamente á Lorenza y penetró en la estancia de Luisa.

La joven estaba bien ajena de lo que la esperaba.

Se había acostumbrado á no ver á su dueño, y no creía que se acordase de ella.

Así fué que, al volver la cabeza al ruido que éste hizo al entrar, su rostro se puso extraordinariamente pálido, y no pudo menos de exhalar un grito de sorpresa y de dolor.

—¿Se sorprende usted?—la preguntó el marqués.

—¡Caballero!—dijo Luisa tartamudeando.

—Esa palabra debe borrarse ya entre nosotros.

—Es... que...

—Desde hoy yo no soy más que un amante rendido y cariñoso que cumplirá con un placer infinito el capricho más insignificante de su encantadora querida.

—¡Caballero!...—exclamó Luisa á quien la calificación del marqués hirió haciéndola recobrar sus abatidas fuerzas.

—¿Qué eso, hija mía?

—Esa palabra que usted ha pronunciado, me ofende.

—¿Cómo?...

—Yo no puedo ser la amada de usted, porque no le amo, y tampoco puedo ser su querida, porque no me vendo.

Y el acento y el ademán con que Luisa pronunció estas últimas palabras respiraban una dignidad tal, que Ramírez se quedó durante algunos segundos sin saber qué contestar.

Pero pronto comprendió que él era el dueño de la situación.

Y siéndolo, todo cuanto dijera Luisa no eran más que palabras arrojadas al aire.

Así fué, que la dijo:

—Todo eso podría ser muy bueno cuando usted se encontraba libre en su casa.

—¿Y por qué no aquí?—le preguntó Luisa que conforme la conversación había ido adelantando había recobrada su valor y su entereza.

—Porque aquí está usted en mi poder.

—Para la mujer que sabe resistirse, no hay poderes que valgan.

—Vamos, no entremos en esas discusiones, y hablemos con entera franqueza.

—No comprendo...

—Analicemos la cuestión y usted se convencerá de que no adelantará nada con esa resistencia ridícula.

—Lo que se está resuelta á sostener, siempre que sea justo y loable, no puede ser ridículo.

—Vamos, si yo, accediendo á los deseos de usted, la dejara en libertad, ¿cuál sería el porvenir de usted?

—Eso no es cuenta de usted.

—Todas las personas que la conocen, al verla aparecer de nuevo, creerían lo mismo que habrán creído ya, es decir, lo más malo.

—Y sólo usted es el culpable.

—Eso ya lo sé; además su amante de usted la des-

preciaría porque se creería lo mismo que los demás.

—¡Oh!...

—Pues bien; la situación de usted sería por lo tanto muy crítica, y abandonada de los más y vilipendiada tal vez por todos, no tendría usted más remedio que caer en ese abismo sin fondo cuyo término es el hospital ó la *galera*.

—¡Calle usted!...

—En cambio, y puesto que lo hecho ya no tiene remedio, aquí tiene usted cuanto puede apetecer.

—Es que yo no quiero esto.

—Cuanto la riqueza y el cariño pueden proporcionar, todo lo tiene usted en esta casa, ó mejor dicho, á mi lado.

—No, señor; yo prefiero la miseria de que usted me habló antes, con tal de que pueda alzar mi frente pura, más que el lujo y la riqueza que me ofrece en cambio de mi honra.

—Pues no deja de ser una locura.

—Ustedes están acostumbrados á encontrar mujeres harto débiles, que se deslumbran por un traje de seda ó un aderezo de brillantes; pero harto caras pagan las desgraciadas su olvido; yo no soy tan frágil; podía ceder algún día al amor, pero al interés nunca.

Y era tan altivo el ademán de Luisa, había tanta dignidad impresa en su rostro, resplandecía tanto su belleza con el fuego de la indignación y de la virtud, que el marqués no pudo menos de decirla, en el colmo del entusiasmo y del deseo:

—¡Oh! ¡qué hermosa eres!

Luisa fijó sus ojos en el marqués.

Y entonces fué cuando verdaderamente tuvo miedo.

Porque vió en aquel hombre toda la impureza y todo el fuego de la pasión, poderosamente excitados.

Ramírez la dijo:

—Vamos, Luisa, todos esos alardes de virtud son inútiles; yo te amo, y todo cuanto tú quieras tendrás accediendo á mi amor.

—Yo lo desprecio todo.

—Ten cuidado, porque nunca es bueno abusar de la manera que tú lo haces.

—Estoy decidida á morir antes que acceder á mi infamia.

—Piénsalo bien.

—He tenido tiempo para madurar bien mi resolución.

—¡Hola! eso es hacerme un reproche.

—¿Sobre qué?—preguntó Luisa sorprendida.

—Sobre el abandono en que te he tenido estos días.

—¿Quiere usted callar? ¿Acaso cree usted que yo pudiera impacientarme porque no viniera?

—¡Mujer!

—Si yo le amara, tal vez; pero siendo todo lo contrario...

—¡Luisa!

—Lo digo como lo siento; ni amo á usted, ni le amaré nunca; y si mi corazón fuera susceptible de aborrecer á alguien, desde luego aborreciera á usted, que ha abusado de una manera tan indigna.

—Ya te he dicho antes que consideres bien tu situación.

—Y yo le he contestado que ya lo hice.

—¿Y estas resuelta...?

—A no ser suya.

—¿A pesar de encontrarte en mi poder?

—A pesar de todo.

—Vaya, está visto que las mujeres sois lo más raro que hay.

—Y los hombres como usted, sumamente infames.

—Piensa lo qué hablas,—dijo Ramírez, frunciendo el entrecejo.

—Repito lo que he dicho,—contestó Luisa con resolución.

—Vamos, esto es menester que termine.

Y diciendo estas palabras, el marqués, exasperado por el desdén de la joven, se levantó de su asiento y dió algunos pasos hacia ella.

Pero en aquel mismo instante la puerta del gabinete se abrió con violencia y aparecieron en el umbral de ella Jerónimo, un inspector de policía y dos guardias civiles.

CAPITULO CIX

Terminación de las noticias de Jerónimo

Con toda felicidad se verificó la evasión de López, puesto que, contando como contaba Jerónimo con grandes recursos, había sabido prepararla diestramente.

Conducido á una casa de toda confianza, en ella recibió un pasaporte con nombre supuesto, una cantidad facilitada de muy buena gana por Luciano y Fernando, y en cambio dejó firmada y en poder de Jerónimo una declaración relatando todos los hechos que precedieron y subsiguieron al asesinato del cónsul de Mogador, su estancia y fuga del presidio, su entrada en casa de la duquesa y el vergonzoso papel que ésta había jugado respecto á Luciano.

Semejante documento era una acusación terrible, en

primer término, contra Ramírez y en segundo, contra Dolores.

Fuerte con esta declaración y con los papeles que el chalán le había entregado, arrebatados en casa de Dolores, es inútil decir que habían desaparecido los obstáculos creados por la anómala situación en que después del escándalo ocurrido en la noche de sus esponsales, se encontraban Antonia y María.

Ramírez, cuya pista había ido siguiendo diestramente el inspector amigo de Jerónimo, ingresó en la cárcel, ciego de ira al pensar que López se había escapado de ella.

Fuerte, como ya hemos dicho, Jerónimo con el documento firmado por López, se presentó en casa de la duquesa, é intimidándola con el ridículo que sobre ella podía recaer de ser conocido el contenido de aquel papel, consiguió que, ahogando sus celos y desesperación, juzgando ya irremediable el mal que para su corazón había pretendido evitar, saliese de Madrid dirigiéndose á Orán, donde fijó su residencia.

Al mismo tiempo, el *Moreno* sin poderse consolar del terrible desengaño que le había ocasionado la infamia de Elisa, y queriendo resueltamente salir de Madrid, se marchó á Barcelona poderosamente recomendado, no sólo por el curial, sino por Luciano.

En cuanto á Elisa, encontró en París una antigua *Celestina* á quien había conocido en otra época, que era lo que necesitaba para el logro de sus deseos, y con ella se embarcó algunos meses después para Buenos Aires, donde creía fácilmente hacer una gran fortuna con sus encantos.

Libres de todos los obstáculos que se habían inter-

puesto para su felicidad, verificáronse las dos bodas de Antonia y Luciano y Fernando y María, quedando instalada en casa de éste su hijo, recobrado como ya sabemos.

El casamiento de Jerónimo con Julia, se verificó pocos días después.

Ramírez que achacaba su desgracia exclusivamente á Jerónimo, al ser de nuevo conducido al presidio de Tarragona, donde con la vida había de extinguir su condena, juró que si algún día podía alcanzar la libertad, sería para castigar á aquel hombre.

Poco después de estos sucesos, Jerónimo ingresaba en el cuerpo de Orden público, consiguiendo por sus aptitudes especiales y por los servicios que había prestado, ser querido y considerado por todos los gobiernos, hasta que, finalmente, á consecuencia, como ya hemos dicho, de su repugnancia á las detenciones de los presos políticos, tuvo que salir del cuerpo.

Diez y seis años habíase llevado Ramírez en presidio, cuando se escapó de él, viviendo como Dios quiso durante tres años y medio.

En el tiempo que había permanecido allí, había añadido á sus habilidades una nueva de la que esperaba sacar gran partido.

Esta era la de falsificar letras y documentos con una perfección extraordinaria.

Merced á este recurso y á las noticias que había adquirido en el presidio, pudo vivir algún tiempo.

No había podido satisfacer su venganza contra Jerónimo porque desde el momento en que éste dejó de pertenecer al cuerpo de orden público como ya sabemos, había perdido sus huellas.

Sin embargo, el odio estaba latente.

Una de sus falsificaciones hubo de revestir un carácter tan importante, que se hizo necesario descubrir al autor de ello, y Ramírez cayó por fin en poder de la autoridad.

Conducido á la cárcel, Ortiz que como recordaremos necesitaba un hombre diestro para acabar de completar el plan que tenía formado, se fué á ver al preso cuyos antecedentes penales ya se habían descubierto y le dijo:

—Vamos á ver, señor Ramírez, la situación de usted no tiene nada de agradable como no debe oscurecérsele.

El bribón era demasiado astuto para no comprender que la persona que le hablaba había ido á verle para algo más que para decirle aquellas palabras.

Así fué que le dijo mirándole fijamente:

—¿Pues sabe usted lo que estoy pensando?

—¿Qué?—preguntó Ortiz.

—Que no es tan desesperada mi situación como parece.

—¿Por qué lo cree usted así?

—Muy sencillo; porque espero que alguien á quien le convengan mis servicios, me saque de aquí.

—Mucho decir es eso, porque sabiendo lo que usted es, la vigilancia es excesiva, y yo le aseguro que no ha de escaparse de la cárcel con tanta facilidad como ya por dos veces se ha escapado del presidio.

—Le digo á usted que saldré de la cárcel.

—Pero...

—Mire usted, caballero, yo no tengo el gusto de conocer á usted, pero en mi larga práctica de mundo y

especialmente del mundo en que yo he vivido, he aprendido una ciencia que es de gran importancia.

—¿Y esa ciencia?...

—Es la de conocer á las personas.

—Util es, pero no comprendo lo que me quiere usted decir con eso.

—Que cuando usted ha venido á verme, es porque me necesita.

—¡Yo!

Y Ortiz no pudo menos de quedarse un tanto desconcertado.

—Usted, sí, señor;—prosiguió con acento irónico Ramírez.—Usted ha venido á verme para algo, y no se atreve á decírmelo. Esta es la verdad, y no hay otra.

—Y aun cuando así fuera,—repuso Ortiz,—¿cree usted que con tanta facilidad podía conseguirse que saliese usted de la cárcel?

—Yo no trato ahora de pensar si existe ó no esa facilidad, pero si realmente existe la necesidad que usted tiene de mis servicios, como éstos se los he de prestar fuera de aquí, usted mismo por la cuenta que le tiene tendrá ya pensado el modo de librarme.

Ortiz, quedóse pensativo durante algunos segundos. Después, dijo resueltamente:

—Vaya, pues, hablando ahora con entera ingenuidad, puesto que la franqueza de usted me obliga, he de decirle que tiene razón, le necesito á usted.

—¿Lo ve usted?

—Puedo hacer mucho en bien y en mal de usted; conque mirándolo de este modo, vea usted si le tiene cuenta el servirme.

—¿Pues no me ha de tener? Excusada es esa pregunta. ¿Qué es de lo que se trata?

—No es cuestión de que se lo diga á usted ahora.

—Como usted quiera. Resérvese en buen hora su secreto, pero yo le prometo una adhesión sin límites.

—Sé perfectamente lo que son esas palabras, y puede usted estar seguro que tomaré otras medidas para garantizarme esa misma fidelidad.

—Tome usted todas las que quiera, que al buen pagador no le duelen prendas.

—Le advierto á usted que ha de pertenecerme en absoluto.

—Desde luego.

—Y como que yo soy de aquellos á quienes no se les engaña impunemente, si usted intentara hacerlo, no le cogería para entregarle á la autoridad, sino que de un tiro le levantaría la tapa de los sesos.

Y el acento con que pronunció estas palabras Ortiz vibró de tal manera, que Ramírez, á pesar de su perversidad y de su valor, no pudo menos de inmutarse.

—Si con estas condiciones y á esto obligado viene usted conmigo, yo le sacaré de aquí.

—Pues sáqueme usted y no tendrá motivo alguno para quejarse de mí.

Si Ramírez conocía á las personas, no las conocía menos Ortiz, y desde luego calculó todo el partido que de aquél podía sacar.

¿Cómo se las compuso para sacar á Ramírez de la cárcel?

Esto no hace el caso saberlo; pero ello fué que pocos días después el preso se había evadido, que le costó al alcaide la formación de un expediente, que fueron

presos algunos de los dependientes de la cárcel, pero nada de esto puso en claro el cómo se había verificado la evasión.

Ortiz dió una personalidad distinta á Ramírez, trasformó su rostro, y le puso bajo la vigilancia inmediata y completa de otro de sus secuaces, que tenía orden de no separarse para nada absolutamente de él.

Tuvo algunas conferencias con Ramírez, se convenció de sus habilidades caligráficas, y finalmente, llegó un día en que le dijo que se trataba de falsificar algunos documentos.

—Pues yo soy su hombre de usted,—le contestó.—¿Cuánto hay que ganar?

—Por de pronto ha ganado usted la libertad. Ahora hemos de tratar con la persona á quien se va á servir.

Y como que hablando respecto al pasado salió el nombre de Jerónimo en la conversación, y Ortiz observó el efecto que en su compañero producía aquel nombre, le dijo:

—Pues contra él vamos á luchar.

—¿Sabe usted dónde está?—preguntó vivamente Ramírez.

—Sí, señor.

—¡Oh! pues dígamelo usted, dígamelo usted, porque aunque supiera que me habían de matar á las dos horas, perdería gustoso la vida con tal de haberle arrebatado la suya.

—Calma, amigo, calma;—le dijo Ortiz,—eso ya vendrá más tarde; por ahora, vamos á inutilizarle.

Y de este modo Ortiz, llevó á Ramírez á casa del marqués.

Toda esta última parte la ignoraba como es consiguiente Jerónimo, pero como que conocía al hombre, sabía lo astuto que era y lo que de él se podía esperar, creyó conveniente dar á Andrés todos los antecedentes respecto á él según dejamos manifestado ya en uno de nuestros anteriores capítulos.

CAPITULO CX

Falsificación de documentos

ANDRÉS estuvo escuchando con profunda atención á Jerónimo, y cuando hubo concluido, le dijo:

—Vamos, amigo mío, que de todo lo que me ha dicho no acierto á comprender la causa que tenga esa especie de desaliento que en usted he notado.

—No es desaliento, señor don Andrés; no es que desfallezca en el momento del peligro, sino que conociendo como conozco á Ramírez y sabiendo que él está al lado de esa gente, presumo que nuestra lucha va á entrar en un período completamente nuevo, y quizás más lleno de peripecias que ninguno de los que ha atravesado esta cuestión. Mas claro; presumo que iniciada la situación de fuerza por lo ocurrido á Alejandro, esta gente no se va á detener ya.

—Pero bien; ¿no dice usted que Ramírez estaba en presidio?

—Sí, señor.

—Pues para que se encuentre en libertad no habiendo sido indultado ni habiendo extinguido su condena, lo lógico es que se haya evadido.

—Justamente.

—¿Y por qué no se le prende?

—¿Olvida usted que yo no pertenezco al cuerpo de orden público?

—¿Y qué?

—Que Ortiz está en el ejercicio de sus funciones, y que si él le protege, difícil será que nosotros podamos hacer nada contra él.

—Déjase usted de cuentos, que siempre hay algo más alto que Ortiz, y que por lo tanto, el día que nos convenga el auto de prisión contra él, lo obtendremos.

—De todos modos, es un mal bicho el que se nos ha presentado en campaña, y especialmente contra mí va á emplear todos sus recursos al objeto de perjudicarme, convencido de que el obrar así perjudica también la causa que sostenemos.

—Perfectamente; con eso no quiere usted decirme otra cosa, sino que es preciso que le quitemos de enmedio á ese hombre.

—Mucho adelantaríamos con ello.

—Pues no tenga usted cuidado que mañana mismo estará encargada la captura á persona que no sea capaz de hacernos traición.

Jerónimo quedóse pensativo algunos segundos.

Al cabo de ellos alzó la cabeza, y dijo:

—Pienso una cosa.

—¿Qué?

—Que no hay necesidad de momento de utilizar esa orden.

—¡Cómo!—exclamó sorprendido Andrés.

—No, señor.

—Pues no decía antes....

—No creo, reflexionándolo bien, que la cosa apremia tanto. Mañana puedo yo dar algún paso.

—¿En qué sentido?

—En el de descubrir algo respecto á ese hombre.

—No comprendo.

—Como hace tiempo que yo había hecho abstracción de mi antigua vida, no sé ni cómo se escapó de presidio, ni nada absolutamente, esto es lo que quiero averiguar, y según lo que sepa, quizás podamos colegir alguna cosa de lo que piensa hacer.

—¡Oh! lo que es en cuanto á eso, dados los antecedentes, todo lo más malo.

—Sin embargo,—dijo Jerónimo,—no hemos de perder de vista una cosa.

—¿Qué?

—Que Ortiz con los elementos que cuenta, no le hacen falta asesinos, porque entre sus hombres, los hay dispuestos para todo.

—¿Y qué?

—Que uno más no significa sino otro individuo á quien hay que pagar, con lo cual quiero decir que alguna otra idea se ha llevado este hombre al recoger en su banda á Ramírez.

—Puede que tenga usted razón,—dijo Andrés después de algunos momentos de reflexión.

—Pues averiguar esto es lo que me propongo, y por

eso le digo que suspenda usted lo de la orden de prisión algún día más.

—Como usted quiera.

Y efectivamente; Jerónimo, no al día siguiente, sino desde aquel mismo momento, se puso á dar pasos, y tan eficaces fueron, que supo como se había evadido de presidio, la nueva habilidad que como falsificador había sacado, como por efecto de esto había sido preso, y finalmente, la manera misteriosa por la cual salió de la cárcel.

Y una vez adquiridos todos estos antecedentes, Jerónimo empezó á pensar.

Y precisamente á los dos días recibió un nuevo aviso de su agente en casa del marqués del Pino, en que le decía:

«Gran reunión en estos momentos. El marqués, Ortiz, Ramírez y Carlos, están aquí. Llevan cerca dos horas hablando.

»Usando de mil astucias, he podido recoger algunas frases sueltas; hablaban de partidas, hasta me parece que han debido mostrar algunos documentos. Deme instrucciones.»

Jerónimo se quedó pensativo mirando aquel papel.

Y así permaneció un buen espacio.

Porque la verdad era que no acertaba á comprender de qué podría tratar aquella gente refiriéndose á partidas y á presentación de documentos, según decía su agente.

Una porción de veces leyó el papel, y ya desesperado iba á abandonar la solución de aquel problema, cuando de pronto se dió una palmada en la frente, exclamando:

—¡Necio de mí, que no había caído en ello! No tiene

duda, eso es; ahora está explicado el por qué Ortiz ha buscado á ese tunante. Lo menos se trata de contrahacer algún documento del difunto duque, y dadas las condiciones de Ramírez, éste es el único capaz de hacer la cosa como ellos quieren, sin duda. ¡Oh! ¡qué bien hice en rogarle á don Andrés que aplazase su resolución!

Y desde el momento en que esto se le hubo ocurrido y que realmente no carecía de lógica la suposición, las instrucciones que dió á su agente en casa de Federico, fueron que á todo trance tratara de averiguar dónde vivía Ramírez.

Una vez hecho esto, se dirigió á ver á Andrés.

Este al verle entrar en su casa adoptando las precauciones que tenían convenidas, le dijo:

—Hola, querido Jerónimo; parece que traemos hoy mejor cara. ¿Qué ha sido de su vida de usted en estos dos ó tres días?

—Adquirir noticias.

—¿Sobre aquel perillán?

—Justamente.

—¿Y qué?

—Que si no me engaño, esa gente nos va á atacar por medio de una sorpresa.

—Explíquese usted.

Jerónimo refirió entonces á Andrés lo que se le había ocurrido, teniendo en cuenta las cualidades especiales de Ramírez, y lo que respecto á su conferencia con el marqués y demás compañeros, le decía el agente.

—Quizás tenga usted razón, ¿pero de que le servirá todo eso, si nosotros no hemos de dar crédito y rechazaremos cuantos documentos veamos que no son legales?

—De todas maneras, siempre es bueno estar prevenido.

—¡Oh! eso sí.

—Aquí lo que se necesita es que escriba usted al juez de Arévalo, á fin de que no se deje sorprender, porque sería muy fácil, que esta gente por medio de documentos falsos, obtuvieran de él algún auto que les permitiera entrar en el Solar ó en cualquiera otra posesión de las del duque, y sabe Dios cuando nosotros quisiéramos recordar, lo que podría haber sucedido.

—Tiene usted razón, y hoy mismo voy á escribir en este sentido, tanto al juez, cuanto á José.

—Lo que me tiene cada vez más inquieto, es que todas nuestras pesquisas no den resultado de ninguna especie. No puedo comprender dónde han ido esas criaturas.

—Por supuesto, que por lo visto, no somos nosotros los desgraciados solamente, porque tampoco el marqués ha conseguido nada.

—Para mí va siendo ya indudable lo que le he dicho; Vicente, queriendo poner á cubierto de toda tentativa á las dos niñas, se marchó desde aquí á algún puerto de mar, y está en América.

—Si así fuera, allí iríamos á buscarle.

—Empresa difícil, por cierto.

—Sí, señor; pero como le he dicho siempre, tengo mucha fe en la Providencia, y esta fe no me ha abandonado todavía.

Jerónimo y Andrés, habían realmente adivinado, en que se trataba de una falsificación en la reunión que se había celebrado en casa del marqués.

Pero en lo que se equivocaron fué en la clase de documentos que se iban á falsificar.

Dijimos ya, que Ortiz se había puesto de acuerdo con Ramírez, respecto á ciertos trabajos caligráficos, pero no le había hablado de la clase á que éstos pertenecían.

Habló con el marqués, se convinieron, y una vez hecho esto, Ortiz dijo á Ramírez:

—Mañana va usted á venir conmigo á la casa que le había indicado.

—Cuando usted quiera.

—Se trata de dos partidas de defunción.

—¡Demonio! ¿nada menos que dos?

—Y quizás alguna certificación facultativa.

—Bueno, bueno, en teniendo las letras que he de imitar, lo demás es cosa de poca monta.

—Pues ya lo sabe usted.

—Supongo que eso se pagará bien.

—De eso no debe usted decir nada, toda vez que ha cobrado por adelantado.

—Es verdad.

Efectivamente; al día siguiente, Ortiz y Ramírez fueron á casa del marqués, donde como sabemos, por lo que había dicho el agente de Jerónimo, estaban ya reunidos Carlos y Federico.

CAPITULO CXI

Trato hecho

DESDE el primer momento hubo de conocer Federico que no le había engañado Ortiz, al elogiarle las excelentes condiciones de Ramírez.

Su inteligente mirada se fijó en aquel rostro, y tan satisfecho quedó, que dijo estrechando la mano del asesino:

—Estoy encantado de haber hecho conocimiento con una persona como usted.

—Igualmente,— se apresuró á contestar Ramírez, que también había visto la clase de personas con quienes iba á tratar.

Hechas las presentaciones respectivas, Ortiz entró en materia diciendo:

—El señor está dispuesto á todo; me debe demasiado para que lo pueda olvidar, y como su esfuerzo es de

gran importancia en la empresa que llevamos entre manos, es necesario premiarle en proporción al servicio que nos ha de prestar.

—Me parece que nadie mejor que él ó usted mismo, son los que deben imponer las condiciones,—dijo el marqués.

—Sin embargo,—contestó Ramírez,—me parece que no es es esto lo primero de que hemos de tratar.

—¡Cómo que no!

—Yo creo que por donde ha de empezarse, es por significar la clase de servicio que de mí se exige.

—Es verdad,—dijo Carlos.

—¿Cómo he de fijar precio, si no conozco la importancia de la cosa?

—Yo creí que Ortiz le había dicho algo.

—Sí, señor; generalidades; pero al llegar á este caso, ustedes comprenderán que ya debe concretarse la cosa.

—Pues aquí lo que se necesita,—dijo el marqués,—son dos partidas de defunción.

—¿Legalizadas?

—Desde luego.

—¿Esas partidas deben de ser de alguna parroquia determinada?

—No, señor. Y he de advertirle á usted una cosa, y es, que conviene que sea de una iglesia fuera de Madrid.

—Perfectamente; eso mejora algún tanto las condiciones del negocio. ¿Tienen ustedes alguna población determinada?

—Ninguna.

—En ese caso podríamos hacerlo en Pozo Cañada, un pueblo de la provincia de Albacete.

—Muy bien,—dijo el marqués;—y esto puede tener mayor verosimilitud,—prosiguió dirigiéndose á Ortiz,—puesto que sabemos que las muchachas emprendieron el camino de Aranjuez.

—He dicho ese pueblo, no sin falta de fundamento,—repuso Ramírez.—Yo he nacido en él, y con sacar mi partida de bautismo obtengo la firma del cura y la letra en que está extendida.

—Muy bien pensado, muy bien pensado,—exclamaron Carlos y el marqués.

—Además, como las legalizaciones han de hacerse en Albacete, porque mi pueblo es un agregado de aquella ciudad, allí es mucho más fácil encontrar todo cuanto necesito para la legalización.

—Pues nada, estamos conformes.

—Y ahora que recuerdo,—dijo Ortiz,—hay una magnífica circunstancia que favorece la muerte de esas criaturas.

—¿Cuál?

—Hombre, la viruela, que tantos estragos ha estado causando poco hace, tanto en Albacete como en otros puntos de la provincia.

—Pues es verdad.

—De modo, que ya tenemos justificada la cosa.

—Y para mayor prueba,—dijo Ortiz,—no vendría mal una certificación del facultativo que las asistió.

—Todo se andará,—repuso Ramírez.

—De modo que usted se compromete...

—A facilitarles esos documentos, que por lo visto son de tan gran importancia para ustedes.

—¡Oh! como tener importancia, no crea usted que la tiene. Nos convienen, pero también podríamos pasar sin ellos.

Y el marqués, con estas palabras, trató de disminuir, el precio que pudiera pedir Ramírez.

Pero éste no se mamaba el dedo, como vulgarmente se dice.

Adivinó la intención de Federico, y sonriéndose de aquel modo falso que le caracterizaba, dijo:

—¡Oh! pues si no tiene importancia, ¿para qué se ha de hacer? Esa clase de medios, ó se necesitan ó no se necesitan.

—Sí, como necesitarse, siempre es conveniente tenerlo; pero quiero decir que no es una cosa tan indispensable.

—Pues entonces nada: dejarlo, es lo mejor.

—No tal,—añadió Carlos;—ya que hemos encontrado el medio de poseer esos documentos, aprovechémosle.

—Vamos, señores,— dijo irónicamente Ramírez,— no hagan ustedes esos ascos, porque como uno es viejo ya en todas esas cosas, comprende demasiado lo que significan. Ustedes quieren esos papeles porque les hacen falta, pero lo que no quieren es pagarlos, porque ya comprenden que han de ser caros, y para evitar eso es para lo que dicen que no les son de gran utilidad.

—¡Hombre, por Dios! semejante suposición...

—No es suposición sino que es la realidad. Tengan ustedes presente, como ya les he dicho, que conozco bastante á los hombres.

—En fin, caballeros,—dijo Ortiz,—aquí no hemos venido á discutir, creo yo, doscientos ó trescientos duros más ó menos.

—Eso es lo que yo digo,—añadió Ramírez.

—Tenga usted presente, Ortiz,—repuso Federico,— que ya llevamos hechos muchos desembolsos.

—También después llegará el reintegro.

—Si llega.

—Con esos documentos no hay más remedio que entregarse.

—Allá veremos.

—En fin, ¿qué resuelvan ustedes?

—¿Sobre qué?

—Sobre el valor de esos papeles.

—¡Oh! es que todavía no ha dicho el señor lo que va á llevar por ellos.

—Como que ustedes están poniendo, como quien dice, la horca antes que el lugar...

—¡Ea! hable usted. Diga pronto de que mal he de morir.

—Pues nada, que lo diga el señor Ortiz, ya que él está en más antecedentes que yo.

—Eso sí que no,—repuso el *Ratón*,—cada uno á lo suyo. Yo ya tengo estipulado lo que me corresponde.

—Eso es otra cosa.

—Por eso digo que hable usted.

—Pues bien, señores,—dijo Ramírez sin experimentar el menor embarazo y como quien trata de la cosa más natural del mundo,—cada una de esas partidas completamente listas con legalizaciones, les costarán á ustedes cuatrocientos duros y la certificación facultativa doscientos.

Carlos y el marqués se miraron.

La cantidad pedida por Ramírez les pareció tan excesivamente exagerada, que durante algunos segundos nada pudieron decir.

Ortiz, aparentaba estar distraído mirando al techo.

El falsificador esperó á que los otros dieran su pare-

cer; pero viendo que permanecían silenciosos, preguntó:

—¿Acaso les parece mucho el precio?

—¡Pues ya lo creo, hombre, ya lo creo! no solo mucho, sino muchísimo.

—Lo siento, porque no puedo hacerlo más barato.

—Pero hombre de Dios, ¿está usted en su juicio? ¡Mire usted que pedir mil duros por esos tres pedazos de papel!...

—Tres pedazos de papel que para ustedes sabe Dios lo que representarán. Vamos, señores, que las cosas han de tomarse por su importancia relativa.

—Aun cuando sea así. ¿No le parece á usted, Ortiz?

—¿El qué?—preguntó éste.

—¡Hombre! lo que ha pedido Ramírez. Es una exageración.

—Diré á ustedes. Ramírez pone precio á su trabajo, del mismo modo que yo se lo he puesto al mío. Cada uno es libre de apreciar lo suyo, así como los demás lo son también de aceptar ó no.

—Si usted dice eso, lógico es que Ramírez no quiera ceder.

—¡Oh! respecto á mis trabajos,—repuso el aludido, —tengo ya una tarifa determinada, de la cual no me separo.

—¿De modo que entonces es precio fijo?

—Sí, señor.

—¿Ven ustedes lo que yo les decía?—repuso Ortiz.— En asuntos de este género, cada uno es completamente libre para poner el precio que quiera á sus servicios.

—Pero como que no es obligatorio el aceptarlo,—repuso Ramírez,—el que no quiere los deja.

—Eso es imposible,—dijo Carlos con acento de mal humor,—dónde iríamos á parar. Pues apenas si le hemos dado ya entre unas cosas y otras, menudo pellizco á la herencia. Con todo esto resultaría que después de todo habríamos trabajado para unos y otros.

—En fin, señores, nada se ha perdido por eso. Yo pido, ustedes no quieren pagarlo, pues no se ha perdido nada; tan amigos como antes.

Y Ramírez se levantó de su asiento, como dando por terminada aquella conversación.

El marqués y Carlos se consultaron con la mirada.

—Pero vamos á ver,—dijo el primero.—¿No habría medio de que nos entendiésemos?

—Sí, señor, pagar.

—Dispuestos á pagar estamos, pero vamos á dejar esa cantidad en... ya ve usted que nos ponemos en razón en seiscientos duros.

—Ni un céntimo menos.

—Vaya, hombre, subiremos á setecientos.

—Mil duros ó no hay nada de lo dicho.

—¿Pero tiene usted palabra de rey acaso?

—Para estos asuntos, sí, señor.

—Pero comprenda usted que esa suma es harto crecida y...

—Todo lo que ustedes quieran, pero ya les he dicho que yo no violento á nadie; son ustedes muy dueños de rechazarla.

—Pero el caso es...

—En fin, le daremos á usted los ochocientos duros.

—Mil, he dicho.

Y como Ramírez continuó firme en aquella cantidad, el marqués no tuvo más remedio que transigir.

Ramírez dijo que tenía que ir á Pozo Cañada y Albacete, á fin de recoger documentos que pudieran servirle para el caso, y Ortiz repuso que le acompañaría el mismo guardián que tenía puesto á su lado.

En su consecuencia, quedaron que al día siguiente iría Ramírez á casa del marqués, recogería la cantidad necesaria para el viaje y se pondría en camino inmediatamente.

CAPITULO CXII

El regreso

Cuatro días más tarde Alejandro, perfectamente disfrazado, penetraba á las once de la noche, en el despacho de Andrés.

Al verle éste, le dijo:

—Cáspita, amiguito; pronto se ha dado la vuelta.

—Y sin embargo, crea usted que el tiempo se ha aprovechado bien.

—¡Hola! Eso quiere decir que traemos buenas noticias.

—Cuando menos, sé lo qué ese hombre ha ido á hacer.

—De manera, ¿que ya está en Madrid?

—He tenido la satisfacción de acompañarle hasta su casa, donde supongo que en estos momentos estará descansando á placer, porque la verdad es que no se ha parado en estos cuatro días.

—Pero ¿dónde han ido ustedes?

—A Albacete.

—Hombre, eso está cerca.

—Ya lo sé.

—¿Y qué ha ido á hacer ese hombre á Albacete?

—En primer lugar, él y un compañero que llevaba, que sin duda debe ser el guardián que Ortiz le ha puesto, una vez en Albacete se encaminaron casi al momento á Pozo Cañada, un pueblecito que hay inmediato.

—¿Qué demonios iba á hacer?

—Sencillamente, á sacar su partida de bautismo.

—¡Hombre!—exclamó Andrés, frunciendo el entrecejo.

—Lo que oye usted, señor doctor; sacó su partida de bautismo y después se fué á ver al médico del pueblo.

—¡Diablos! ¿se puso malo?

—Cuando menos, algo parecido debió sucederle; pero sin duda su indisposición debió calmársele en seguida, porque puedo asegurar á usted que la receta que le dió el médico y una especie de instrucción para la clase de medicamentos que debía tomar, no han salido de la cartera de Ramírez.

—Continúe usted, amigo mío; continúe usted, porque esa historia va siendo cada vez más interesante.

—Después se ha ido Ramírez y su compañero á Albacete, y allí han hecho unos poderes en una escribanía, Ramírez á favor de su compañero, y en otra otros de éste en favor de aquél; los han legalizado y hete aquí que han regresado á Madrid siendo portadores de todos esos documentos.

—¿Y cómo ha sabido usted todo eso?

—Pues muy sencillo; en la iglesia parroquial, entrando á ver al señor cura cuando estaba extendiendo la fe de bautismo, en ocasión que los dos individuos habían salido ya de allí; en casa del médico fingiéndome otro enfermo como él, y en las escribanías como yendo á buscar á un amigo á quien creí encontrar allí.

—Pero demonio, le habrá conocido á usted.

—No, señor. He adquirido una gran práctica ya, y metamorfoseo lo mismo mi semblante que mi cuerpo, como mejor me conviene y con una gran rapidez.

—Muy bien. ¿Y ha formado usted opinión respecto al uso que ese hombre pueda hacer de todos esos documentos tan eterogéneos?

—La opinión que yo he formado, teniendo en cuenta los antecedentes que me dió don Jerónimo, es que ese hombre necesita sin duda, para entregárselo á sus compinches, un documento que vaya legalizado, y de ese modo tiene legalizaciones y sello para poderle dar un carácter legal.

—¿Pero no atina usted qué clase de documento pueda ser?

—Tal vez un testamento.

—Pero un testamento no tiene necesidad de dos sellos y de dos legalizaciones.

—Eso es verdad.

—Además, ¿para qué quería entonces la receta del médico?

—En fin, confieso que no lo entiendo, y crea usted que me duele tener que confesárselo así, porque yo hubiera querido poder venir aquí diciéndole á usted, tanto lo que había visto, cuanto la opinión que respecto á ello había formado.

—Yo creo comprender alguna cosa.

—Pues yo soy un torpe, y nada más.

—Cuidado, amigo, no diga usted eso; porque lo que ha hecho no lo hace ningún torpe.

—Pero si no adivino para qué sirve todo lo que he visto...

—Eso no prueba más sino que le falta á usted alguna experiencia y que su corazón de usted no está al corriente de ciertas infamias. No se trata aquí de un testamento, sino de otra cosa.

—¿De qué?

—De dos partidas de defunción que han de ir legalizadas las dos.

—¡Caramba!—exclamó Alejandro, á quien realmente llenaba de admiración la idea que se le había ocurrido á Andrés.

—Lo que no comprendo,—dijo éste,—es el objeto de la visita hecha por ese bribón al médico.

—Quizás sería para interesarle á fin de que emitiese algún dictamen.

—No puedo caer en el objeto de esa visita,—volvió á decir Andrés que estaba sujetando su pensamiento á un penosísimo trabajo.

Siguiéronse algunos momentos de silencio.

Al cabo de ellos, dijo el doctor:

—Ahora, amigo Alejandro, vaya usted á descansar, que bien lo necesita.

—¿Y Leonardo?

—Un poquito mejor está, pero todavía tiene para mucho tiempo. El pobre no solo tiene la herida del cuerpo, sino que tiene también la del espíritu.

—Supongo que su hermana...

—La infeliz, no he podido conseguir que descanse una sola noche; no se separa un momento de su hermano, y no sé hasta qué punto podrá soportar tanta fatiga.

—¿Paco Herrera, seguirá todavía detenido?

—Y mientras yo pueda, esté usted seguro que no saldrá de la cárcel.

—¡Grandísimo bribón! quizás sea para él un bien el encontrarse allí.

Y el acento de Alejandro vibró con una expresión tal, que Andrés no pudo menos de mirarlo, diciendo:

—¿Qué es eso, Alejandro? ¿qué ha querido usted decir con esas palabras?

—Nada,—contestó precipitadamente el joven,—que creo muy natural, que haya alguien que al verle en libertad y enterado de lo que ha hecho, quiera castigar tanta infamia.

—Pero ese alguien supongo que no será usted.

—No lo sé, señor don Andrés. Le he dicho siempre que buenas ó malas yo no sabía disimular mis impresiones. El día en que yo vea á ese hombre en la calle, en el casino, en el teatro, en cualquier parte, no sé si me podré contener.

—¿Y va usted á arriesgar su existencia á los azares de un duelo? Pues ¿acaso no está usted consagrado á una causa que necesita todo sus auxilios y todos sus esfuerzos?

—Todo lo que usted quiera; pero vuelvo á repetirle que no sé si habrá en mí, virtud bastante para resistir á la tentación que he de experimentar al verle.

Andrés comprendió que sería inútil cuanto dijera al joven, y variando la conversación, le dijo:

—Vamos, vamos, váyase usted á descansar, que pre-

veo que se nos va á venir bastante que hacer. Ahora, cuando llegue usted á su casa, hágame el obsequio de entrar en la de Jerónimo, y decirle todo lo que ha observado usted y la idea que á mí se me ha ocurrido.

—¿Y qué más?

—Que dé las órdenes convenientes para que esté vigilado Ramírez de tal modo, que sepamos dónde va y cuánto hace.

—Está muy bien.

—Al mismo tiempo que encargue al agente que hay en casa del marqués, que procure en cuanto sea posible, no perder ninguna de las conversaciones que crea que nos interesa.

—Le diré todo cuanto usted me ha dicho.

Y efectivamente, una vez que Alejandro llegó á su casa, pasó á la de Jerónimo, cumpliendo en todas sus partes lo que su protector le había dicho.

Jerónimo le escuchó atentamente, y después dijo:

—Conque don Andrés no ha comprendido para lo que esos miserables han estado á ver al médico.

—No, señor, ni yo tampoco.

—Pues yo creo haber dado con la razón de esa visita, y la misma suposición de don Andrés, parece que viene á darle más fundamento.

—No sé...

—Supongamos que se trata, por ejemplo, de hacer que aparezcan las dos niñas, muertas con algún intervalo entre una y otra.

—¿Y qué?

—Esos documentos convenientemente legalizados, no se pueden rechazar, y si como aditamento se les pone

una certificación del médico que las asistió, calcule usted la fuerza que tiene.

—¡Ya lo creo! Pues señor, no había caído en ello. Creo que entre ustedes dos han acertado con la verdad. Digo, y cuando según las noticias que yo he recibido por allí, por toda esa parte de Albacete ha habido estos meses una epidemia variolosa de mil diablos.

—Pues razón de más para que esa certificación del médico, tenga mucha mayor fuerza. No estaba mal urdida la cosa. Es preciso confesar que el *Ratón* lo entiende. Vea usted por dónde á no ser nosotros tan previsores, nos hubiéramos encontrado de la noche á la mañana con unos documentos completamente legales, en virtud de los que toda la herencia del señor duque iba á parar á las manos de los que nosotros la queremos librar.

—Pues es verdad.

—Pero amigo mío, lo que es esta vez tampoco lo aciertan, y en cuanto presenten esos documentos se van á divertir.

—Pero ¿de veras cree usted que se tratará de eso?

—¡Ya lo creo! no le quepa á usted duda de que esa documentación no tiene más objeto que ese.

—Yo creía que sería cosa de algún testamento.

—No por cierto. ¿Y para qué testamento? ¿acaso iría el duque á tener el capricho de ir á testar á Albacete? Desengáñese usted, que eso es lo que yo le digo. Ya puede estar seguro, don Andrés, de que sabremos todo cuanto hace esa gente, y nos prevendremos para destruir sus planes. Han perdido como nosotros la esperanza de encontrar á las niñas, y quieren recoger cuan-

to antes la herencia. Pues me parece que como no cojan otra...

—No serían ellos los tontos, sino nosotros, que se la dejáramos coger.

—Mañana veré yo á don Andrés, hablaremos, y combinaremos lo que sea más conveniente.

CAPITULO CXIII

Triste anuncio

Al día siguiente, Jerónimo comunicó las órdenes necesarias á todos sus agentes y á las dos de la tarde recibió una comunicación manifestándole que Ramírez había ido á casa del marqués del Pino.

A las cuatro recibía otra del agente que había en casa de Federico, manifestándole que reunidos allí Ramírez, Ortiz, Carlos y el marqués, se había tratado de dos partidas de defunción de dos niñas que Ramírez había de hacerlas, recibiendo por éllas mil duros.

Al mismo tiempo decía también que, según el acuerdo tomado, Carlos había de ir á casa de un tal don Andrés, á decirle que las niñas habían muerto.

Cuando Jerónimo concluyó de leer estas noticias, exclamó:

—Bien habíamos adivinado. Parece imposible que tengan tanta audacia para atreverse á ir á la casa de don Andrés á manifestarle semejante impostura. Es preciso prevenirle inmediatamente, no sea que cometa alguna imprudencia.

Y cogiendo la pluma, escribió una carta al doctor manifestándole lo que decían los partes que acababa de recibir y la visita que iba á tener.

Después le añadía que á las doce de la noche pasaría á verle para concretar la actitud en que debían colocarse, dado el cambio que se había verificado en sus asuntos.

Efectivamente, al anochecer de aquel día Carlos se presentó en casa del doctor.

Este esperaba ya aquella visita y lo único que deseaba era poderse contener, para no arrojar al rostro del miserable, la cólera que había de sentir al escuchar lo que iba á decirle.

Carlos entró en la habitación del doctor afectando cierta tristeza, con la cual esperaba, sin duda, llamar la atención de su interlocutor.

Andrés adivinó esto, pero hizo como que no reparaba en ello.

Quería que fuera Carlos quien se lo dijera todo.

—¿Qué hay, Carlos?—preguntóle Andrés después de los saludos de ordenanza.

—¿Ha sabido usted alguna cosa respecto á las niñas? —preguntó el joven.

—Yo no, y ya estoy desesperado porque veo que esta situación se va prolongando de una manera indefinida.

—Ya lo creo.

—¿Y ustedes no han sabido nada?

—Algunas noticias he tenido que no sé todavía hasta qué punto podrán ser exactas.

—¡Cómo!—exclamó Andrés con una sorpresa admirablemente fingida.—¿Han descubierto ustedes el paradero de las niñas?

—No lo sé todavía, pero el agente que tengo me ha dicho alguna cosa que no me atrevo á creer.

—¡Hable usted por Dios, Carlos, hable usted! ¿qué es lo que ha dicho el agente? ¿dónde está? ¿cómo no ha venido usted en seguida á decirme lo qué había?

—He venido tan luego como he recibido la carta,—contestó Carlos completamente engañado por la sorpresa y la impaciencia tan admirablemente fingida.

—Pero bien, ¿qué dicen?

—De ser cierto lo que mi agente me indica, tendremos que convenir en que hay seres á quienes parece que la naturaleza ha condenado de una manera implacable.

—¿Qué significan esas palabras?

—Esas pobres niñas han sido bien desgraciadas desde que han nacido.

—Pero...

—Como sean las que se me indican en esta carta, esos pobres ángeles no han encontrado sobre la tierra más que amarguras y finalmente...

Y Carlos se detuvo como si la emoción que experimentaba le impidiese continuar.

Después sacó el pañuelo y se lo llevó á los ojos como si quisiera secar una lágrima, como por cierto no había aparecido en ellos.

—Pero vamos á ver, acabe usted de explicarse, ¿qué les ha pasado á las niñas?

—Vicente se las llevó con el propósito, sin duda, de

reservarse algún día un buen pellizco de la herencia, á un pueblecillo de ahí de la provincia de Albacete.

—¿Pero quién le ha dado á usted esos detalles? ¿cómo han sabido?...

—La casualidad, señor don Andrés, la casualidad lo ha hecho todo.

—Pero bien, explíqueme usted esa casualidad.

—Mi agente llegó precisamente á Pozo Cañada, que es un pueblecillo de mala muerte cercano á Albacete, el mismo día en que moría Vicente.

—¡Qué dice usted! ¿Vicente ha muerto?

—¡Ay! sí, señor; y no es esa, por cierto, la menor desgracia que tenemos que lamentar.

—¿Pues qué hay?

—En ese pueblo la viruela estaba ocasionando estragos y...

—¿Pero acaba usted?

—Mi agente, por una casualidad, supo que aquel pobre hombre que iban á enterrar se llamaba Vicente, y que tenía en su casa dos niñas huérfanas á quienes por caridad había recogido, las cuales estaban también atacadas de la viruela.

—¡Oh!

—Aquellos nombres llamaron su atención, se enteró de las circuntancias que acabo de indicarle, me escribió consultándome lo qué debía hacer y...

—Y usted se marcharía en seguida.

—No, señor; confieso á usted que tuve miedo, y ahora lo deploro extraordinariamente.

—¡Oh! ¿por qué no vino usted á avisarme en seguida?

—Si yo hubiera podido preveer lo que sucedería, ¿cómo era posible que no lo hubiese hecho?

—Pero bien, vamos al final.

—El final, señor, no puede ser más doloroso.

—Es decir, que las niñas...

—Según esta carta, murieron las dos, con muy pocos días de diferencia.

—¡Jesús, qué horror!

Y Andrés se cubrió el rostro con las manos, aun cuando procurando no perder de vista la fisonomía de su interlocutor.

Este, bien ajeno de la astucia del doctor, al ver el abatimiento en que éste había caído, no pudo menos de reflejar en su semblante el innoble placer que experimentaba, viendo cómo había sido creída su superchería.

Cuando Andrés separó las manos de su rostro, cambió la expresión del de Carlos.

—¿Pero es posible,—dijo Andrés,—que esa desgracia sea tal y como usted supone?

—Yo no le digo á usted más sino lo que me dice esta carta.

Y Carlos sacó del bolsillo una que mostró al doctor, añadiendo:

—Como usted comprenderá, tratándose de un asunto tan importante para nosotros, no he de fiarme de lo que ese hombre me diga.

—Y es lo natural.

—En su consecuencia, hoy mismo le he contestado que si el hecho que aquí me refiere es exacto, que me envíe los óbitos de esas dos niñas, y además una certificación del facultativo que las haya asistido.

—Ha hecho usted bien.

—Yo no sé por qué, todavía tengo esperanza...

—Según se desprende de esta carta,—dijo Andrés, que había estado leyendo la que le entregara Carlos,—es inútil abrigar ninguna esperanza. Aquí se destaca clara y terminantemente la muerte de mis dos sobrinas. Pero observo una cosa,—dijo Andrés de repente.

—¿Qué?—preguntó Carlos, que no pudo menos de sobresaltarse.

—Yo creo que Vicente tenía uno ó dos hijos.

—¡Ah! sí, señor; ahora que me acuerdo, en otra carta me hablaba de ellos. El uno parece que está en Quintanar de la Orden, pero el otro parece que fué el que cayó con la viruela, y de él se les pegó á los demás individuos de su familia.

—Hé ahí una pobre gente que en poco tiempo han desaparecido todos.

—¡Oh! á mí lo que me afecta es la muerte de mis primas.

—Lo que demuestra que había usted llegado á sentir verdadero afecto por ellas, á pesar de no haberlas conocido... Vamos, Carlos, esos bellos sentimientos empiezan á reconciliarme con usted.

Carlos miró atentamente al doctor.

No podía creer que éste se dejara coger en lazo tan grosero.

Pero la verdad era que Andrés fingía admirablemente, y no Carlos, cualesquiera otra persona más perspicaz que el amigo de Federico, se hubiera engañado.

Carlos salió de allí quedando con el doctor en que tan luego recibiera de Albacete los papeles que había pedido, se los llevaría, para que éste á su vez los llevase á Arévalo y se procediera á ponerle en posesión de la herencia de su tío.

Cuando Andrés se quedó solo exclamó:

—¡Ah, víboras! ¡Qué ganas tengo de poder aplastaros bajo mi planta! ¡Quiera Dios concederme ese placer!

Cuando aquella noche fué Jerónimo á verle, según habían quedado y se enteró de la escena que había tenido lugar, no pudo menos de decir:

—¿Y ha podido usted contenerse?

—Sí, Jerónimo, sí; he tenido que hacer grandes esfuerzos, es verdad; pero he representado mi papel á las mil maravillas.

—¿De modo, que ahora hemos de esperar á que se presenten los documentos que esos canallas están fabricando?

—Yo creo que eso es lo mejor.

Jerónimo hizo un gesto que demostraba no hallarse muy conforme con aquella demora.

—¿Qué es eso?—preguntóle Andrés,—¿no encuentra usted acertada mi resolución?

—No, señor.

—¿Por qué? Vamos á ver, ¿por qué?

—La cuestión es cogerles con las manos en la masa, como se dice vulgarmente.

—No sé á qué puede usted referirse.

—Si esperamos á que sean ellos los que se presenten, el primer bribón, ó sea Ramírez, ha tenido tiempo de cobrar el importe de su trabajo y de ponerse á salvo. Quedan únicamente los de aquí, y ellos, con decir que su agente les había engañado y que les dió unos documentos falsos para estafarles, han salido del paso. Por el contrario, cogiéndoles ahora, cuando están fabricando los documentos, tal vez en ocasión que esté en su casa Carlos ó el marqués, no hay medio de escapar; no pueden negar nada y el golpe es de más efecto.

Andrés reflexionó.

Después tendió su mano á Jerónimo, y le dijo afectuosamente:

—Tiene usted razón, amigo mío; yo era el obcecado y usted ha visto mucho más claro en este asunto.

—Es la práctica, nada más que la práctica.

—Nada, nada, queda desde luego adoptado ese medio.

—Por de pronto se consigue coger á ese tunante de Ramírez que, en libertad, puede darnos algún disgusto, porque créalo usted, señor don Andrés, es un bribón muy largo.

—Ya le cortaremos el vuelo.

—Yo, como le he dicho, creo que ese es el camino más derecho.

—Hoy mismo tendremos la orden de prisión, y el inspector que la haya de realizar recibirá de usted las instrucciones necesarias.

—Haré más; iré yo mismo con él. No quiero fiarme de dejarle solo, porque temería siempre que el tunante se escapara.

—¡No tanto, hombre, no tanto! Si las precauciones se toman bien, esté usted seguro que cae en nuestras manos. No hay necesidad de que usted vaya á prestar ese servicio.

—Sí, señor, sí; conozco al hombre y sé de todo cuanto es capaz.

—Como usted quiera. Yo hoy lo dejaré todo preparado.

—Y por medio de nuestros agentes, sabremos cuál es el momento mejor para cogerle.

CAPITULO CXIV

La catástrofe

ORTIZ era un bribón no menos cínico y audaz que Ramírez.

Una vez que estuvieron ya conformes en el precio y acordada la ejecución de los documentos, el inspector de policía dijo al falsificador, al salir de casa del marqués:

—Amigo, ¡bonita brevo ha encontrado usted!

—¿Con qué?—preguntó afectando la mayor candidez Ramírez.

—¡Hombre! con el marqués.

—No comprendo...

—¿Le parece á usted un grano de anís, lo que ha pedido?

—¡Ah! vamos, ya caigo.

—¡Mil duros por hacer eso, que para usted es tan sencillo! me parece un poco exagerado.

—Sí que lo es.

—Yo no he querido decir nada, como usted ha visto; pero aquí para entre los dos, me parece que con seiscientos duros estaría ya bien pagado todo el trabajo.

—Tiene usted razón.

—Por eso que lo he creído así, yo...

—Se ha callado y ha hecho bien; porque precisamente, nadie más que usted, se habría perjudicado en este asunto.

—¡Yo!

—Usted, sí, señor.

—¿Por qué?

—Porque esos cuatrocientos duros los he pedido de más para dárselos á usted por el favor que me ha hecho.

La frente del polizonte se desanubló por completo.

Tendió su mano á Ramírez y le dijo:

—Choque usted, amigo, choque usted. Eso se llama proceder como un hombre. No tenga usted cuidado por nada, que aquí estoy yo.

—Lo sé,—contestó tranquilamente Ramírez;—por esa misma razón he estado tan exigente con esos caballeros.

—Y ha hecho usted muy bien. Como que van á recibir una fortuna, creo que justo es que nos dejen alguna parte.

—Y nos la dejarán. Porque los tales señores son mucho más malos que nosotros.

—¡No lo sabe usted bien!

—¡Oh! sí; eso ya se les conoce perfectamente.

—En fin, tiempo de sobra tendremos para explicarnos, y no sé por qué, pero se me figura que vamos á hacer más de un negocio usted y yo.

—Como que los podemos hacer perfectamente y que nos dejen gran utilidad.

—Pues al avío. Precisamente á eso estamos todos en el mundo.

—Eso digo yo.

—¿Y va usted á ponerse al momento á trabajar?

—Hoy lo prepararé todo y espero que mañana estarán listas las partidas de defunción, que es lo más difícil.

—Y pasado, el resto.

—Justamente.

—Y al entregarlas, los cuartos. Eso sobre todo. No suelte usted el queso sin que den la moneda. Yo estaré presente también.

—Como que ha de coger su parte,—repuso Ramírez con acento ligeramente irónico.

—No lo digo por eso precisamente,—repuso Ortiz,—sino porque siempre es bueno que esté yo al lado de usted. No conoce bien á esa gente y...

—¡Vaya si les conozco! No tenga usted cuidado, que no me engañarán.

—Conque ¿estamos enténdidos?

—En todo y por todo.

Ortiz, dejando á Ramírez bajo el cuidado de su compinche, se alejó de él, murmurando:

—Ya es necesario que todo esto quede terminado bien pronto. Dentro de ocho días terminan lòs cuatro meses que tomé de plazo para realizar el negocio, y si no he puesto los medios para ello, pierdo el depósito. Es menester, por lo tanto, activar, porque de otra manera habría trabajado para el obispo.

Andrés, entretanto, no descansaba.

La idea emitida por Jerónimo le había parecido tan aceptable, que comprendía que debía de llevarse á cabo.

En su consecuencia, estuvo á ver á su pariente y le dijo de lo qué se trataba.

El mismo día, por la tarde, un inspector se presentó en casa de Andrés para ponerse á su disposición.

El funcionario no sabía de lo qué se trataba.

Al objeto de que todo se llevase con el mayor misterio, á fin de no levantar la caza, solamente estaban en el secreto las autoridades superiores, y Andrés y Jerónimo.

—Usted vendrá conmigo si gusta,—dijo Jerónimo á Alejandro.

—¡Ya lo creo que iré! Tengo ganas de ver las falsificaciones hechas por ese hombre que dicen ustedes que tiene tanta habilidad.

—Le advierto que es temible.

—¿Y qué?—contestó Alejandro.—Para un hombre, siempre hay otro.

—Es posible que se defienda á la desesperada.

—Mejor.

—En ese caso, no le digo nada más. Ya está usted prevenido.

—Lo que me parece es que si recogemos las pruebas de esa superchería, ha de ser esto un golpe terrible para el marqués y Carlos, y que les vamos á poner fuera de combate por completo.

—¡Pues ya lo creo!

—En su consecuencia, no tendremos ya que recelar nada y nos dedicaremos á buscar á esas niñas...

—Que mucho me temo que no vamos á encontrar.

—Por Dios, don Jerónimo; no diga usted eso.

—Sí, amigo mío, sí; don Andrés tiene muchas esperanzas de encontrarlas, pero yo cada día las voy perdiendo más. ¿Usted sabe todo lo que hemos trabajado y todo lo que se ha hecho en estos cuatro ó cinco meses que llevamos sin descanso?

—¡Ya lo creo que sé!

—¿Y qué hemos adelantado? Tenemos en nuestra ayuda autoridades, dinero, inteligencia, actividad, todos los elementos que pueden contribuir al buen éxito de una empresa y, sin embargo, no hemos adelantado nada, pero absolutamente nada.

—Por lo mismo, le digo que ya desconfío de todo.

—Yo no sé; pero también participo en parte de esa confianza que tiene Andrés; creo que el día menos pensado y por efecto de la casualidad más bien que de nuestros esfuerzos, hemos de dar con ellas.

—Me figuro, que si acaso donde se las debe buscar, en el día, es en América.

—Sí, esa es su idea de usted.

—Y ha nacido de la inutilidad de todos nuestros esfuerzos en la península; porque mire usted que se han dado pasos y se han puesto en juego muchísimos recursos.

—Sí, señor; pero con una suerte bien desdichada por cierto.

—Por eso le digo que es menester que busquemos en otra parte.

—Esa es su opinión de usted hace ya mucho tiempo y comprendo que no va desprovista de fundamento. Vicente no vió aquí, sin duda, más que peligros y esto debió obligarle, para asegurar mejor á las niñas, á marcharse de España.

—En lo cual no dejó de hacer bien.

—Sí, pero en cambio para nosotros obró muy mal, porque desengáñese usted, que para buscar en América á esta familia, ya nos ha de costar un poco.

—De todas maneras no hay que desesperar.

—Ustedes quizás puedan encontrarla todavía, pero yo, querido Alejandro, lo veo muy difícil.

—¿Por qué?

—Porque usted, lo mismo que Leonardo, son jóvenes, están llenos de vida y esperanza, mientras que yo soy viejo y estoy muy cansado de la vida.

—¡Calle usted, don Jerónimo, calle usted por Dios!

—He de decir la verdad siempre. Sabe usted que eso mismo me lo ha oído decir constantemente. No sé por qué tengo el presentimiento de que mis días están contados.

—Tiene usted esa manía, y ya sabe que con ella no hace más ni menos que disgustar á su excelente familia y á sus amigos.

—Y sin embargo, lo mismo mi familia que mis amigos, saben que todos somos mortales y que no debe sorprendernos la muerte.

—¡Ea! no hablemos de eso, y pensemos en cosas más agradables.

—¿Y dónde están esas cosas agradables en la vida?

—¡Demonio! que pesimista que está usted hoy.

—Eso no es pesimismo, sino ver las cosas como se deben.

—¡Oh! todos los objetos y todas las situaciones de la vida tienen dos puntos de vista, bueno y malo, según sea el cristal por el que se las quiera mirar.

—Pero siempre es preferible que ese cristal sea el malo, á fin de no engañarnos después.

—Pues permítame usted que yo no sea de esa opinión; déjeme usted ver las cosas por el lado bueno.

—Es que obrar de otra manera á su edad de usted, sería un contrasentido. Pero ya le llegará á usted su día, como nos llega á todos.

—Pues bien, que llegue ese día todo lo más tarde posible, y entretanto hablemos de mis conquistas. ¿No ha sabido usted nada de aquellas individuas del barrio de Salamanca?

—No, por cierto; no ve usted que ahora han quedado ya fuera de juego; desde el momento en que fracasó el proyecto concebido por aquella gente, lo lógico es que desaparezcan ellas de nuestra escena.

—Lo que es á mí deben tenerme una gana...

—Como á todos nosotros. Lo más sensible es que haya venido á pagar el pato nuestro pobre Leonardo.

—Es verdad.

—Pero no tenga usted cuidado, don Jerónimo, que yo le vengaré y vengaré al mismo tiempo á la pobre Angeles.

—Cuidadito, Alejandro, con cometer una imprudencia.

—¡Oh! no tenga usted cuidado, aquí no se trata más que de un bribón á quien hay que castigar y á quien yo castigaré cuésteme lo que quiera.

—Pues precisamente eso es lo que hay que evitar, el que le cueste á usted más de aquello de que puede disponer.

Alejandro miró sorprendido á su interlocutor.

No comprendía el verdadero sentido de las palabras pronunciadas por éste, y dijo:

—¿Qué ha querido usted decir, don Jerónimo?

—Que hoy su vida de usted no le pertenece. La tiene comprometida en una empresa que para usted representa mucho, y no es prudente que la arriesgue en un lance.

—No tenga usted cuidado, que Dios estará de mi parte, y lo que es ese bribón no ha de salirse con la suya.

Don Jerónimo no quiso insistir, comprendiendo que en circunstancias semejantes todo cuanto se diga suele producir un efecto contrario al que se desea.

Para esto también le sirvió una noticia que recibió en aquel momento.

Había tomado sus disposiciones de tal manera, que hablando como estaba con Alejandro, recibió un aviso que decía lo siguiente:

«El marqués y Carlos acaban de entrar en la casa que estoy espiando.»

—Perfectamente,—exclamó don Jerónimo.—Ahora ya los tenemos.

Inmediatamente y por medio del teléfono, envió á buscar al inspector que hacía poco se había puesto á sus órdenes.

Un cuarto de hora después, éste, acompañado de un agente de orden público vestido de paisano también, llegaba á la casa de don Jerónimo.

—Vamos andando, amigo mío,—dijo éste al inspector.

Momentos después salían de aquella casa Alejandro, don Jerónimo, el inspector y el agente, con dirección á la casa ocupada por Ramírez.

—Sería necesario,—le dijo don Jerónimo,—colocar la pareja que esté de servicio en el barrio donde vamos, en la puerta de la casa donde hemos de penetrar, á fin de evitar que nadie salga de ella.

—Al paso la podemos avisar.

Efectivamente así lo hicieron.

Bien ajenos se encontraban el marqués, Carlos y Ramírez del peligro que les amenazaba.

Los dos primeros habían querido ir á presenciar la manera de trabajar que tenía Ramírez.

Ya sabemos que Carlos algunos años antes había dado muestras de gran habilidad caligráfica, falsificando la letra del duque del Solar para asegurarse el reconocimiento como sobrino del hermano de Andrés.

Pero como que con posterioridad á aquel suceso no había vuelto á ejercer sus habilidades, su mano estaba torpe y no había querido afrontar las responsabilidades de una nueva falsificación.

Por eso y como inteligente en la materia, quiso ver lo que hacía Ramírez.

Al entrar en su habitación, sorprendiéles desde luego el aspecto que ésta ofrecía.

En primer lugar, la mesa en que trabajaba Ramírez, estaba colocada de manera que daba frente á la puerta de entrada, quedando él sentado en el hueco de otra puerta que había á su espalda, y que le permitía escapar de momento, en caso de necesidad.

Sobre la mesa en que trabajaba y al alcance de su mano, había un par de pistolas de dos cañones, armas que un inteligente hubiera reconocido desde luego como de una precisión admirable.

Al otro lado de la mesa y para poderle coger y blandirle con la mano izquierda, había un puñal.

El marqués al entrar en el aposento, se apercibió de todo eso, y no pudo menos de decir:

—Amigo mío, veo que usted es hombre que lo entiende.

—¿Por qué?—preguntó Ramírez sorprendido.

—Porque estas precauciones prueban el que no quiere usted que le sorprendan.

—¡Oh! eso desde luego. Ya comprenderá usted que he de conocer muy bien el terreno que piso, y la situación excepcional en que me hallo, y puedo asegurarle desde luego, que si me cogen, alguno habrá que no quedará para contarlo.

—No, no, si ya veo que lo tiene usted bien previsto todo.

—Pero tomen ustedes asiento.

—Deseo ver esas habilidades de usted,—dijo Carlos. —Yo también en mis tiempos fuí algo aficionado, y me gusta, por lo mismo, admirar las obras de los maestros.

—Aquí lo más importante que hay,—dijo modestamente Ramírez,—son las legalizaciones; todo lo demás no importa nada.

—De todas maneras, esa misma letra de los curas, ya ofrece también sus dificultades. Veamos, veamos.

Y se aproximó á la mesa, y se puso á examinar el trabajo de Ramírez.

Este acababa de terminar una de las partidas.

—¡Esto es admirable!—exclamó Carlos comparando los signos y firmas de los escribanos que legalizaban el documento, con los originales que le mostrara Ramírez.

—Hombre,—dijo éste,—las cosas ó hacerlas bien hechas ó no hacerlas.

—Es verdad.

En aquel momento llamaron á la puerta de la habitación.

—Puede que sea Ortiz,—dijo el marqués,—porque habíamos quedado en vernos aquí.

El agente que estaba en la misma habitación para vigilar á Ramírez, abrió la puerta.

El inspector que ya estaba prevenido por Jerónimo, se apresuró á llevarse el dedo á la boca, indicando al agente que callara, y éste que le reconoció en seguida, permaneció silencioso, dejando franco el paso al inspector, á Jerónimo y las personas que iban con él.

Ni el marqués ni Carlos sospecharon nada.

Pero en cambio Ramírez, con esa percepción y esa malicia propias de la gente de su clase, adivinó algo anormal en aquella llamada, en el silencio subsiguiente á ella y en el rumor de pasos que eran más que el de una sola persona.

Y sin decir una palabra, se puso rápidamente de pié, cogiendo las pistolas.

Sorprendidos quedaron Carlos y el marqués, y su sorpresa aumentó cuando al volver la cabeza vieron al inspector y á Jerónimo en la puerta de la habitación.

—¡Ah bribón!—exclamó Ramírez reparando únicamente en Jerónimo,—al fin te encuentro.

—Dése usted preso,—dijo el inspector mostrando el bastón.

—Sí, pero después,—rugió Ramírez disparando las dos pistolas sobre Jerónimo, que no tuvo tiempo de retirarse.

—Ahora, paso,—dijo Ramírez, blandiendo el puñal y desapareciendo por la habitación inmediata, á fin de ganar la puerta de la escalera.

—¡Pronto, que se escapa!—dijo el inspector al agente que le acompañaba.

Y éste entonces corriendo á la puerta de la escalera, sacó el revólver, haciendo sonar el pito para pedir auxilio á la pareja que había quedado en la puerta.

Ramírez apareció entonces en la antesala, diciendo al agente:

—Apártate de ahí, porque te mato.

—Ríndete,— le dijo el agente apuntándole con el arma.

Pero Ramírez siguió avanzando, evitó el disparo que hizo el agente, ladeando el cuerpo, se arrojó sobre él, le alcanzó en el hombro con la punta del puñal, y salió á la escalera con el propósito de escaparse.

Pero esto fué ya imposible.

Los agentes habían subido ya, el vecindario se había alarmado, y no era posible librarse de la suerte que le esperaba.

Entonces resolvió luchar á la desesperada.

Y efectivamente, solo cubierto de heridas y aniquilado por aquella lucha titánica, fué como se le pudo coger.

Don Jerónimo había muerto á los pocos instantes de recibir las heridas, diciendo únicamente á Alejandro:

—Mi mujer... mis hijos...

Poco después, el juzgado se presentaba en el lugar del suceso, se recogían cuidadosamente todos los documentos que había en la casa, y el marqués, Carlos y el agente que estaba en la casa, eran conducidos á la cárcel.

LIBRO CUARTO

LA HORA DE LA JUSTICIA

CAPITULO CXV

En Ocaña

TERRIBLE fué el golpe que recibió Andrés con la muerte de Jerónimo.

Alejandro también estaba inconsolable.

Carlos y el marqués demostraron su inculpabilidad, declarando que habían ido á casa de aquel hombre, de quien les habían hablado como un gran calígrafo, para encargarle la copia de una ejecutoria de nobleza del marqués.

Como que á Andrés no le convenía destruir por completo á Carlos, por más que se encontró falsificada ya la partida de bautismo de una de las dos niñas, todos aquellos documentos desaparecieron, se le echó tierra al asunto, y siguieron las diligencias adelante.

De ellas resultó la prisión de Ortiz, el descubrimien-

to de muchas de sus fechorías, y el verse privados por lo tanto, lo mismo Carlos que el marqués, de los servicios de aquel hombre.

Andrés socorrió generosamente á la familia de Jerónimo, á quien aseguró una pensión, y dijo á Alejandro:

—Amigo mío, ahora somos nosotros únicamente quien tiene que buscar á esas niñas.

—Pues á buscarlas,—contestó el joven sin desanimarse.

Leonardo fué adelantando en su curación, y Paco Herrera, merced á sus influencias, consiguió salir á la calle en libertad.

Pero en mal hora lo hizo.

Al día siguiente, estando en el casino, Alejandro, que como sabemos, estaba deseando que saliera, encontró pretexto para abofetearle; tras de la bofetada vino el duelo, y aun cuando el joven también quedó herido, tuvo la inmensa satisfacción de dar muerte al miserable que había deshonrado á Angeles.

Leonardo no pudo menos de deplorar que otra persona fuera la que diera muerte al seductor de su hermana.

Pero no pudo menos de tender la mano á Alejandro, diciéndole:

—Gracias, amigo mío, gracias, porque me ha vengado usted cumplidamente.

Pocos meses después, Alejandro y Angeles se unían en indisoluble lazo, y Leonardo, secundando los deseos de Andrés, marchaba á América á ver si por casualidad podía descubrir el paradero de las personas que buscaba.

Andrés había dicho:

—Toda mi fortuna la sacrificaré gustoso para encontrar á mis sobrinas. Hay una voz en mi corazón que está diciéndome que viven, y Dios no puede permitir que yo muera sin haberlas estrechado junto á mi corazón.

Alejandro, después de su casamiento y para evitar murmuraciones, emprendió un viaje por España, acompañado de Angeles, y únicamente en Madrid quedó el doctor con alguno de los agentes secundarios que tenía Jerónimo.

Así pasaron cinco años.

Leonardo había recorrido la América del Sud, había estado en los Estados Unidos, en Méjico, y finalmente había ido á parar á la Habana, donde había entrado de dependiente en una casa que Andrés le recomendara.

El dueño del establecimiento, que era uno de los más ricos comerciantes de la isla de Cuba, tenía, lo mismo en la capital, que en Matanzas y en Cienfuegos, diversos establecimientos.

Leonardo se conquistó sus simpatías desde el primer momento y le prometió para un plazo no muy lejano, darle participación en sus negocios.

Alejandro, padre ya de dos hijos, habíase establecido en Madrid, habitando en la misma casa que Andrés, cuya energía y cuya esperanza no habían sido suficientes á entibiar ni el tiempo pasado ni los desengaños sufridos.

En cuanto al marqués, había seguido su misma vida de desórdenes, y si alguna vez recordaba á las hijas del duque del Solar, era para deplorar el mucho dinero que

había gastado en aquella loca empresa, de lo cual no esperaba resultado alguno.

Carlos estaba hecho un vividor completo, y entre el juego y la pensión que seguía disfrutando sobre los bienes del duque, iba pasando la vida, estando bastante frías sus relaciones con el marqués.

Un día, le invitaron sus amigos á una cacería que debía tener lugar en la posesión que cerca de Ocaña tenía uno de ellos.

Los cazadores salieron de Madrid y fueron á pernoctar en la citada población.

Federico y otros dos amigos estaban en casa del boticario, que era gran cazador y formaba parte de la expedición.

Sentados estaban á la puerta de la botica, hablando respecto á la cacería inmediata, cuando de pronto entró en ella una joven, que llamó vivamente la atención del marqués.

—¿Qué hay Amalia?—preguntó el boticario al verla.
—¿cómo sigue Julianita?

—Algo mejor está, don Pablo; pero el médico dice que debe repetir todavía la medicina y por eso vengo con la receta.

—Se conoce que la muerte del pobre Vicente la afectó mucho.

—Como que estaba ella sola en casa y lo que menos podíamos esperar era una cosa semejante...

—¡Ya lo creo! Si parecía que Vicente estaba rebosando salud por todas partes.

—Bien puede usted decirlo.

—Y de los chicos ¿no se ha sabido nada?

—Absolutamente nada. Juan habrá recibido la noti-

cia en Nueva Orleans, por este correo, y Vicente no sé si seguirá en Viena, ó se habrá trasladado en algún otro sitio.

Mientras habían estado hablando el boticario y Amalia, el dependiente preparó la receta y poco después la joven abandonaba el establecimiento.

El marqués, desde el momento en que Amalia había entrado, no fué dueño de contener un movimiento de asombro.

Aquella fisonomía, no era la primera vez que la veía.

Pero ¿dónde? ¿cuándo?

Aquel acento, aquellos ojos, aquel conjunto tan armonioso, estaba recordándole otro, que en vano buscaba en su pensamiento.

Sin embargo, cuando la joven habló de Vicente, no pudo menos de estremecerse.

Y miró con mucha ansiedad á la joven, y sin duda el recuerdo había llegado, porque su fisonomía se esclareció en gran manera.

Cuando Amalia abandonó la botica, los tres forasteros exclamaron:

—¡Caramba! ¡Qué bonita mujer!

—Lo es, en efecto, y todavía sus cualidades son superiores á sus dotes físicas. Ahora ha quedado huérfana, la pobre; digo, huérfana parece que lo ha sido siempre; pero vamos, ha muerto el que había hecho para ella y para su hermana, las veces de padre.

—¡Ya! sería algún pariente,—dijo el marqués.

—No, señor; creo que Vicente las había recogido cuando eran muy niñas, compadecido de su desamparo. Y miren ustedes que el pobre Vicente, cuando tal obra de caridad realizó, no tenía, como vulgarmente se dice,

ni para hacer cantar á un ciego. ¡Cuántas veces me lo dijo!

—Así resultaba la acción muy meritoria,—repuso uno de los cazadores.

—Y ese Vicente, ¿era de aquí?—dijo el marqués.

—No, señor; vino á establecerse en este pueblo hace cosa de seis ú ocho años. Era viudo con dos hijos y esas dos niñas; pusieron una tienda de comestibles y la suerte les fué tan favorable, que hace dos años pudo enviar uno de sus hijos á Alemania á seguir el estudio de la litografía y el otro está en los Estados-Unidos, muy bien, y muy querido de sus principales. Ya ha tenido suerte, ya; porque su establecimiento se llegó á acreditar extraordinariamente y no sé por qué las niñas lo han dejado.

—¡Ah! ¿que ya no quieren ser más tenderas?—dijo uno de los jóvenes.

—Y es natural: si la hermana es tan guapa como la que hemos visto, buenas tontas serían si se quedaran aquí. Con esas caras y con algún dinero, pueden hacer en Madrid una gran carrera.

—Sí, de baquetas,—repuso otro sonriéndose.

—Lo que me ha parecido observar,—dijo el marqués,—es que esas niñas tienen cierta distinción y cierta elegancia que no parecen propias de la esfera en que viven.

—Las dos hermanas son lo mismo. Yo no sé por qué me figuro,—prosiguió el boticario,—y también algunos otros vecinos del pueblo son de la misma opinión, que respecto á esas niñas debe haber algún misterio.

—¿De veras?—dijo el marqués aproximándose.

—Vamos, sí, ya comprendo;—repuso otro de sus compañeros;—serán sin duda algunas hijas de contrabando...

—Yo no sé; pero especialmente los dos ó tres primeros años que Vicente estuvo aquí, me parecía que siempre estaba inquieto, recelaba de todo, en fin, parecía como si el hombre temiera algo.

—¡Qué demonio! ¿Y no han podido ustedes averiguar?...

—¡Cá! Vicente era sumamente reservado y las chicas se conoce que tenían una lección muy bien aprendida, porque jamás se las pudo coger en un renuncio.

—Bien; pero los hijos de Vicente, esos muchachos que según usted dice están lejos de aquí, quizás si se les hubiera preguntado...

—¡Calle usted, hombre, calle usted por Dios! Usted no sabe lo que son pueblos, sin duda. ¡Cuántas cosas no se habrán hecho para averiguar algo!

—Y sin embargo, ¿no se ha sabido nada?

—Pero absolutamente nada. Si callado era el padre, lo que es los hijos no le han ido en zaga. Mas como todos hemos observado que lo mismo Vicente que los muchachos parecía que trataban siempre á las niñas con cierto respeto, con cierta deferencia, naturalmente, todo el mundo ha sospechado lo mismo que le digo á usted.

—¿Pero se han quedado con las sospechas nada más?

—Y es natural. Finalmente, todos hemos procurado no preocuparnos más de ese asunto y como todos los individuos que componían esa familia, cada uno por su estilo, se han hecho querer por su comportamiento, ha concluido porque nadie se ha vuelto á ocupar ya de ellos.

—¿Pero ahora, con la muerte de ese hombre, no se ha descubierto nada?—dijo el marqués.

—No, señor; porque Vicente, á quien no se puede

negar que era un hombre muy previsor, hace por ahora un año justamente que hizo testamento, y para evitar complicaciones á las chicas, como que él tenía algunos ahorritos, los empleó en acciones del Banco, las depositó convenientemente subdividiéndolas en dos lotes para sus dos hijos; y á las chicas, les dejó el establecimiento con las existencias y producto que diera desde la fecha en que había testado, hasta el momento en que falleciese, incluyendo también en este legado, el mobiliario y efectos de la casa. Y como que Vicente, como ya les he dicho, tenía el riñón bien cubierto, si á los chicos representa su parte tres mil duros á cada uno, lo que es á las chicas, incluyendo lo que hay en la casa, no les habrá bajado de ocho ó diez mil duros.

—¡Demonio! Pues, ¿sabe usted que hacer una fortunita así en ocho ó nueve años...?

—¡Ya lo creo! Aquí cayó de piés como quien dice; fué contratista del presidio y... vamos, el hombre supo manejarse, y sin hacer daño á nadie, formó su pacotilla.

Cuando el marqués se retiró aquella noche á descansar y pudo con entera libertad demostrar las impresiones que había recibido, mumuró con un acento imposible de describir:

—Mentira parece que al cabo de tantos años y cuando todas las esperanzas estaban perdidas, haya venido á encontrar en este rincón, á las personas que con tanto afán habíamos estado buscando. Por supuesto que son ellas, no tengo duda; por más que ese nombre de Amalia no corresponde al de Emilia, todo lo que ha estado diciendo ese parlanchín de boticario, me demuestra que al fin he dado con las hijas de Julián. Y ahora que recuerdo, esos mismos nombres son los que ellas tenían; justo, los

segundos nombres. Emilia se llamaba Amalia, y Clara, Juliana del nombre de su padre. Vamos, es menester reflexionar y aprovechar esta circunstancia.

Y el marqués sepultó la cabeza entre sus manos, permaneciendo casi toda la noche entregado á sus reflexiones.

CAPITULO CXVI

Las hijas sin madre

La creencia del marqués del Pino, era completamente exacta.

Amalia y Juliana eran las hijas legítimas y las herederas por lo tanto, del difunto duque del Solar.

Vicente, por un exceso de previsión, desde el momento en que salieron de Aranjuez, las presentó en Ocaña con aquellos nombres, y con ellos las conoció todo el mundo.

El dinero que Leonardo le dió para salir de Madrid, fué indudablemente un dinero de bendición, puesto que merced á él, consiguió realizar una fortuna.

La pequeña tienda de comestibles que puso, prosperó de tal modo, que al cabo de dos ó tres años era el mejor establecimiento de su género que había en Ocaña.

Entonces la tienda se convirtió en almacen de géne-

ros, y como que las niñas habían estado educándose en uno de los conventos que había en Ocaña y habían aprendido multitud de labores, y especialmente demostraban grandes aptitudes para la confección de vestidos, en breve espacio fueron las únicas modistas que hubo en Ocaña.

Vicente tuvo el abastecimiento del presidio durante dos ó tres años; sus hijos le secundaban maravillosamente en su trabajo; el orden y la armonía más perfecta reinaban en aquella casa, y de este modo la fortuna, como hemos dicho, llegó, para los que habían sido tan desgraciados en los primeros años.

El antiguo jardinero creía á pié juntillas, que aquella fortuna procedía de la buena acción que hiciera salvando á las niñas, y de aquí el respeto, el cariño y las consideraciones que las guardaba, consideraciones como hemos oído al farmacéutico, que no habían dejado de llamar la atención del vecindario, que había sido comentada, pero de la cual nadie llegó á hacer caso como sucede generalmente.

Los hijos de Vicente, el uno había aprendido la litografía en Albacete,y queriendo acabar de perfeccionarse marchó á París primeramente y después se fué á Alemania, y el otro, que estudió la teneduría de libros y que había estado llevando la contabilidad en su casa, encontró una proporción para pasar á los Estados Unidos, y se marchó también, puesto que sus padres les habían dicho muchas veces:

—¡Hijos míos! es menester que procuréis hacer una gran fortuna, porque únicamente viéndoos ricos seréis respetados, y podréis revindicar los derechos de las niñas á quienes habéis considerado como hermanas vues-

tras. Yo no tengo más noticias que las que ellas mismas me han dado. Ya sabéis que Juan, el mayordomo del marqués del Pino, que era quien podía habernos dado alguna luz, ha muerto; por lo tanto, vosotros tendréis que hacerlo todo, por medio de uno de los mejores abogados de Madrid; pero como para esto se necesita mucho dinero y tener cierta representación, es menester que lo consigáis antes de hacer nada.

Y los chicos prometieron á su padre hacer lo que éste deseaba, y efectivamente, en camino estaban de conseguirlo.

Las jóvenes siguieron trabajando hasta que la muerte de Vicente les hizo pensar en su situación.

—¿Qué vamos á hacer ahora?—dijo Clara, que siempre seguía siendo tan tímida y tan apocada como en sus primeros años;—¿qué vamos á hacer aquí, solas y completamente abandonadas?

—¿Cómo, qué hemos de hacer?—repuso Emilia, enérgica y atrevida como siempre;—lo que hemos hecho hasta ahora: trabajar.

—¿Pero qué han de hacer dos mujeres solas?

—Vaya, vaya, chica, que nadie nos comerá.

—¿Sabes lo que yo he pensado?

—¿Qué?

—¿Tú te acuerdas que varias veces nos había hablado el pobre Vicente que en paz descanse, de una parienta que tenía en Avila, en cuya casa estuvimos nosotras siendo muy niñas?

—Sí, Robustiana, ¿y qué?

—¡Mujer! que podríamos escribirle, á ver si se quería venir con nosotras, y así podríamos establecernos en Madrid y ganar mucho más.

Emilia reflexionó sobre aquello que su hermana la dijera, y al día siguiente le dijo:

—¿Sabes que he pensado respecto á tu idea y no me parece desacertada?

—Pues mira, entonces vamos á escribirle cuanto antes.

—No: he pensado otra cosa mejor.

—¿Qué?

—Ir nosotras á buscarla.

—Pero y todo esto, ¿cómo lo vamos á dejar?

—Pues mira, vendiéndolo. De todas maneras nos hemos de ir á Madrid. El establecimiento, ya sabemos lo que vale. Recordarás que el señor Lorenzo nos dijo que á cualquier hora que quisiéramos vendérselo, con las existencias que hay, nos daría cuatro mil duros. La ropa blanca, los cubiertos, nuestras alhajas y algunas otras frioleras, será lo único que nos reservaremos, y todo lo demás lo podemos vender también.

—Sí, sí, hagámoslo pronto, porque la verdad es que después de la muerte de Vicente esto se me cae encima.

—¡Oh! no hemos de ir tan deprisa, porque si comprenden los que nos han de comprar todo esto que tenemos necesidad, ya puedes contar que si nos han de dar cuatro no nos darán más que dos.

—Bien; pero si desde ahora empezamos ya á dar pasos...

—No tengas cuidado, se darán.

Y efectivamente, desde el siguiente día Emilia principió á manifestar deseos de deshacerse del establecimiento, y consiguió su objeto, en las mejores condiciones, pocos días antes de que llegara á Ocaña el marqués del Pino.

Realizada la venta, la joven tuvo el buen acuerdo de dejar el dinero depositado en casa de un comerciante muy amigo de Vicente, en cuya casa también fué depositando el importe de las ventas sucesivas.

Casi todo lo tenían realizado ya, cuando una pequeña indisposición de Clara las hizo detener su viaje á Madrid, viaje que debían haber verificado precisamente el mismo día que Federico llegó á Ocaña.

Este, al siguiente de haber visto á Emilia, marchó á la cacería; pero estaba impaciente en ella, y pretextando una ligera indisposición, regresó á Ocaña, dirigiéndose á la casa del boticario.

Y sucedió lo que preveía.

Que sentado á la puerta de la botica vió pasar á las dos hermanas, que éstas saludaron al boticario, que se suscitó la conversación después respecto á las jóvenes, que el marqués no pudo disimular su interés, y que aquella noche el boticario, en ocasión que su huésped no estaba en casa, cuando fué Emilia á buscar una medicina para su hermana, la dijo:

—Vamos, hija mía, que me parece que hemos hecho una conquista que vale alguna cosa.

—¿Qué quiere usted decir, don Pablo?—exclamó la joven mirando al farmacéutico llena de sorpresa.

—¿Tú has reparado un caballero que estaba esta tarde sentado á la puerta de la botica cuando habéis pasado tu hermana y tú?

—Sí, señor; y me parece que le ví también hace dos ó tres días.

—Justo; el mismo. Pues has de saber, hija mía, que no le has parecido saco de paja al buen señor.

—Vamos, don Pablo, que tiene usted unas cosas...

—Lo que te digo, mujer; lo que te digo. Y no te creas, que es un señor de muchas campanillas: es el marqués del Pino.

—¡Cómo! ¡Cómo ha dicho!—exclamó Emilia estremeciéndose.

—El marqués del Pino; un señor de allá, de la provincia de Avila, muy rico y...

—Vamos, don Pablo, no diga usted eso, porque yo no soy para ese caballero.

Y la joven se apresuró á alejarse de la botica temerosa de que advirtiera el boticario el efecto que aquella noticia le había producido.

Apenas llegó á su casa, advirtió su hermana que algo grave había ocurrido, y la dijo:

—¿Qué tienes, Emilia? ¿Te ha sucedido algo? Habla.

Emilia, conociendo el carácter de su hermana, procuró hacer un esfuerzo para serenarse, y repuso después:

—No te alarmes, no ha sido nada; pero es menester que estemos prevenidas.

—¡Prevenidas! ¿Por qué?

—Yo te diré: á mí no me asusta ni á tí debe asustarte tampoco, porque ya somos dos mujeres y no es tan fácil hacerles lo que á dos criaturas; pero por lo que pueda suceder, mañana nos marcharemos sin decir nada á nadie hasta el momento preciso.

—Pero bien, mujer, ¿por qué es eso? Explícate. ¿De quién debemos recelar? ¿Qué peligro es el que nos obliga á emprender una marcha tan precipitada?

Y Clara miraba á su hermana entre espantada y sorprendida.

—Ya te he dicho que el peligro no es tan inmediato,

ni aun tal vez, sea tal peligro. Mas siempre es bueno evitar aquello que sea posible. El marqués del Pino está en Ocaña.

—¡Jesús!—exclamó Clara palideciendo.—Aquel que quiso darnos muerte. ¡Oh! ya tienes razón, Emilia; vámonos, vámonos pronto de aquí.

—Tranquilízate, mujer, tranquilízate. ¿Ves? Por eso no quiero decirte nada. ¿Crees que así como así, hoy que somos ya dos mujeres, se va á atrever ninguno á decirnos nada? El marqués se guardaría muy bien, porque te aseguro que yo por mí le sabría contestar.

—Mira, Emilia, no nos fiemos de eso. Has pensado muy bien; mañana nos iremos, aunque tengamos que dejar la casa cerrada. ¿Tenemos dinero?

—Sí; pero ahora iré á casa de don Juan para que me dé cien duros por si acaso nos hiciera falta algo más. Tú entretanto pon en el saco de mano los objetos de valor sin que de ello se aperciba Magdalena. Esta se quedará aquí hasta que volvamos de Avila con Robustiana.

Todo se hizo como Emilia dispuso, y á la mañana siguiente llamaron á un muchacho para que les llevase el equipaje á la estación, y encargando á Magdalena y á su marido que cuidasen la casa hasta que ellas volvieran, emprendieron el camino de Madrid.

Pero en Aranjuez tuvieron que detenerse.

Clara, que, como ya sabemos, estaba algo indispuesta, se agravó con el susto que recibió al saber que el marqués del Pino estaba en Ocaña, y fué necesario que interrumpieran el viaje lo menos por un par de días hasta que se calmara la excitación nerviosa que le molestaba.

Precisamente en la misma fonda en que ellas entra-

ron en Aranjuez, encontraron á un vecino de Ocaña que regresaba aquella tarde á su pueblo, y que se enteró de la ligera indisposición de Clara.

—¡Oh!—dijo Emilia,—esto no será nada, y esta misma noche llegaremos á Madrid en el último tren, y dentro de tres ó cuatro días volveremos á Ocaña.

—Pues hasta dentro de tres ó cuatro días,—dijo el individuo en cuestión.

Y llegó á su pueblo, y aquella noche en el casino, en ocasión que estaban reunidos el boticario, el marqués, el juez y algunos otros vecinos de la población, llegó el viajero y se suscitó la conversación respecto al viaje de éste.

El marqués había sabido por la tarde la marcha de las dos hermanas.

Magdalena le dijo, pues estuvo en casa de las jóvenes, que sus señoras volverían dentro de tres ó cuatro días, y resolvió esperarlas.

Pero al saber por el recién llegado lo ocurrido en Aranjuez, cambió de opinión, y despidiéndose á la mañana siguiente del boticario, tomó el tren que fué á Aranjuez.

Como que diestramente pudo sacar al viajero la fonda donde estaban las jóvenes, á ella se dirigió, y supo que allí continuaban.

—Perfectamente;—pensó,—todo marcha á pedir de boca.

Y cuando lo creyó oportuno, se dirigió hacia la habitación ocupada por las dos hermanas.

Clara se encontraba mejor, se había levantado, y estaba diciendo á su hermana que se hallaba á corta distancia de ella:



Soy el marques del Pino.

—Mira, Emilia, esta noche en el tren de Alicante nos marchamos á Madrid.

—Si te encuentras en disposición...

—¡Ya lo creo! estoy mucho más tranquila, y ya es poco el tiempo que hemos de pasar en el tren.

—Dormiremos en Madrid, y mañana si Dios quiere, nos vamos á Avila.

—Eso, eso; á ver si cuanto antes decidimos á Robustiana, y nos establecemos en Madrid.

En este momento, sonó un golpe dado en la puerta de la habitación.

—Adelante,—dijo Emilia.

Abrióse la puerta, y un grito de espanto se exhaló de sus labios.

Federico apareció en el dintel, diciendo afablemente:

—Soy el marqués del Pino, señoritas, y suplico á ustedes que ni se alarmen por mi presencia, ni vean en mí más que á un amigo que hace mucho tiempo las buscaba para cumplir con el encargo que me confió su señor padre, mi difunto amigo el duque del Solar.

Clara, que estaba sentada en el momento de aparecer el marqués, palideció, y apenas si pudo decir una palabra.

Emilia se aproximó á la silla de su hermana, cual si tratara de escudarla con su cuerpo, y miró severamente al que consideraba como el más encarnizado enemigo que tenían.

CAPITULO CXVII

Lobo con piel de oveja

El acento del marqués había sido, como hemos dicho, tan suave, tan tranquilo y tan bondadoso; había de tal manera aludido á los verdaderos derechos de las huérfanas, que en medio del espanto y de la desconfianza que debían sentir al escuchar el título del marqués, carecían de fuerza sin embargo para rechazarle.

Emilia, como hemos dicho, colocada delante de su hermana, miraba fijamente á Federico, y cuando éste hubo concluido, le dijo:

—Ignoro, caballero, el verdadero valor de las palabras que acaba de pronunciar; pero sí recuerdo y sé de un modo exacto,el que para nosotras tienen las palabras de mi madre; la infeliz,al espirar en medio de un camino extenuada por el hambre y la miseria, la última frase que nos dijo, fué que desconfiáramos del marqués

del Pino, que había sido el autor de todas sus desgracias.

—¡Oh! señorita, por favor, permítame usted que me vindique de semejante acusación.

—Hay más todavía, caballero,—prosiguió Emilia, que conforme iba hablando, se sentía más llena de vigor y de energía;—hay más que todo eso; mi hermana y yo, niñas, aterradas por la desgracia que nos había ocurrido y cuya verdadera magnitud no podíamos apreciar cumplidamente en aquellos momentos, fuímos á buscar amparo y protección á su casa de usted, y si en el primer momento nos acogió afectuosamente, fué para apoderarse de los papeles que constituían la única esperanza de mi pobre madre, y dar después la orden para que nos quitasen la vida, único remedio que sin duda encontró usted para recobrar su tranquilidad.

—¡Por Dios, señorita! quien le ha dicho semejante cosa, ha mentido villanamente. Ahora comprendo,—prosiguió el marqués con una inflexión de voz tan sentida, que á pesar de la predisposición que las dos hermanas sentían contra él, no pudieron menos de impresionarse,—ahora comprendo,—prosiguió,—lo mucho que tengo que hacer para conseguir rehabilitarme á los ojos de ustedes; ahora veo bien claro todo lo que mis enemigos hicieron contra mí. Permítanme ustedes que las hable, y después que me haya explicado, después que haya descorrido á los ojos de ustedes ese misterioso velo que durante tantos años ha tenido cegada su vista, tengo la seguridad de que han de darme la razón.

—Difícil es, caballero; todos los testimonios están en contra, porque mi madre no podía engañarse, y ya le he dicho á usted cuáles fueron sus últimas palabras.

—Sí, señorita; su pobre madre de usted fué víctima de la misma manera que ustedes lo han sido, de otros á quienes yo había creído amigos, y que abusaron de mí, de un modo inicuo. Yo no he podido conocer sus malas artes hasta muy tarde, y desde aquel momento me consagré á buscarlas. Yo no dí semejante orden á ninguno de mis criados, y la prueba de ello, como las he dicho, es que llevo muchos años buscándolas, sin haber tenido esta suerte hasta hace poco que la casualidad me condujo á Ocaña.

—Creo, señor marqués,—dijo Emilia,—que esta conversación es completamente inútil, por cuanto es muy difícil que podamos dar crédito á lo que usted dice y que se desvanezcan las impresiones que tenemos recibidas.

—Si no quieren ustedes dejarse convencer...

—Convencidas, ya estamos,—dijo Clara,—pero precisamente es de lo contrario que usted nos dice.

—Me parece, señorita, que á todo reo se le escucha antes de condenarle, y yo me encuentro en el caso de ese reo. Me parece que en el lugar en que nos encontramos y del modo que yo me presento á ustedes, no deben abrigar temor de ninguna especie. Permítanme ustedes que hable, y si después que me hayan escuchado persisten todavía en creerme culpable, inclinaré la cabeza resignado deplorando mi desgracia y me alejaré de ustedes, aun cuando sea después de haberles facilitado los medios para que puedan hacer valer sus derechos y recobrar la herencia que les pertenece.

Tan sincero parecía el acento del marqués, había tanto sentimiento y tanta lealtad en la manera de ex-

presarse, que las dos hermanas no pudieron menos de mirarse, como consultándose sobre lo que debían hacer.

Por fin, Emilia dijo:

—Como no quiero que pueda usted imaginarse que abrigo, ó que abrigamos, el más mínimo temor respecto á quien tan encarnizado enemigo se mostró para nosotras, sea en buen hora como usted desea, hable, que mucho tiene que hacer, si pretende que le creamos.

—No sólo lo pretendo, sino que abrigo la seguridad de que han de creerme; esto les demostrará la bondad de mis intenciones.

El marqués, que había permanecido hasta entonces de pié á corta distancia de la puerta, ante la indicación de Emilia, tomó asiento.

Esta á su vez, se sentó también cerca de su hermana.

—Puede usted empezar cuando guste,—dijo.

—Señoritas, en la suerte de ustedes ha influido de un modo verdaderamente desastroso, quien menos se pueden figurar y de quien realmente menos podría sospecharse, aun cuando por desgracia no es el de ustedes sólo, el ejemplo que hay. Son muchas las familias en que los peores enemigos de unos individuos han sido precisamente los más allegados. En la de ustedes, el peor enemigo que tuvo su señor padre y amigo mío muy querido, fué quien menos pueden creer: su mismo hermano.

—¡Su hermano! ¡Si Vicente no nos había hablado jamás de semejante hermano!

—¿Y qué sabía el pobre Vicente de los misterios de la casa del Solar, cuando nunca había estado en ella, y

cuando hasta ignoraba quién era el duque? Al infeliz lo engañaron los que tenían interés en adjudicarme una criminalidad en que ellos, y únicamente ellos habían incurrido. No tengan ustedes cuidado, que yo descubriré de tal manera cuanto ha pasado en este asunto, que estoy seguro, segurísimo, que se han de convencer ustedes de la infamia que conmigo se ha cometido. Ustedes han sido víctimas. Su infeliz madre, á quien había conocido soltera y con cuya amistad me honraba, fué víctima también, y únicamente el hermano, el hermanastro, porque sólo era hermano de madre, del duque, ese es el que vive tranquilo, satisfecho con su obra, y sin pensar para nada que existe una Providencia, y que ésta ha hecho que al cabo de tantos años las haya podido encontrar.

—Francamente, está tan oscuro para nosotras todo eso que está usted diciendo, que como no se explique...

—Ya lo sé; es muy difícil que me comprendan.

—Máxime estando tan prevenidas contra usted,—prosiguió Emilia.

—Y lo comprendo.

—Ya ve usted si le soy franca.

—Y yo aprecio esa franqueza en lo que vale verdaderamente; también su pobre madre lo era, pero en cambio el duque, mi pobre amigo, no lo fué jamás, y su falta de franqueza fué el origen de todos los males que, yo especialmente, he tenido que lamentar.

—Pues ¿y nosotras, caballero?—dijo Clara.

—Ustedes al fin y al cabo encontraron en mi jardinero un hombre, que aun cuando alucinado en contra mía, para ustedes, no puede negarse que ha sido buenísimo, en términos, que al morir ha podido dejarles una posición.

—¡Pobre Vicente!

—Otro, que si hubiese sido franco y leal, habría podido simplificar esta situación hace muchos años. Pero creyó ciegamente lo que le dijeron, me consideró como un monstruo, y queriendo salvar la vida de ustedes de imaginarios peligros, sólo ha conseguido retrasar el momento de la rehabilitación durante muchos años.

—Permítame usted que le diga que hace rato estamos hablando y todavía no hemos llegado á nada concreto. Usted acusa á los demás; pero no dice nada para justificar esa acusación.

—Tiene usted razón; es necesario que concluya pronto, porque ya he abusado demasiado de su bondad.

—No es eso precisamente, sino que tengo deseos de saber por qué mi padre se había mostrado tan cruel con mi pobre madre y porque usted ha aparecido ante nosotras como nuestro perseguidor más implacable.

—Pues sencillamente, porque ese mal hermano del duque se había enamorado de su mamá de ustedes, porque no pudo conseguir nada de ella, y entonces fraguó la más horrible de las calumnias; se la hizo aparecer como mi amante, y de tal modo se acumularon las pruebas, falsas, por supuesto, de esos amores, que su papá de ustedes, que no había sido franco para revelarme lo que de mí se decía, me dejó un día por muerto y arrojó de su lado á su infeliz esposa, llevando su venganza hasta el extremo de arrancar, lo mismo la partida de matrimonio que las de bautismo de ustedes, de los libros parroquiales, para quitarles todo derecho al nombre y á los bienes que legítimamente les pertenecían.

—¡Jesús qué horror!—exclamó Emilia profundamente conmovida.

—Y todo esto se hizo con el único objeto de que sin sucesión el duque, y entregado por completo en poder de su hermano, éste llegara á ser el heredero de su colosal fortuna, como así ha sucedido.

—¡Qué dice usted!

—Lo que oyen ustedes, señoritas; para llegar á este fin, no pueden imaginarse todo lo que hubo que hacer. En primer lugar, se empezó por anularme en el afecto que siempre me había profesado el duque, y como que en medio de todo, su tío de ustedes tenía necesidad de vindicarse, para sus perversos fines, ante los ojos de la infortunada esposa de mi amigo, no vaciló en presentarme ante ella como el autor de sus desgracias; y como su mamá de ustedes era incapaz de creer en la infamia de aquel hombre, creyó en la mía, y yo, que á la sazón me encontraba el borde de la tumba por efecto de la terrible herida que su papá de ustedes me había inferido, yo que no estaba en estado de defenderme de un ataque tan cobarde como desleal, cuando llegué á recobrar la salud,ni pude descubrir el paradero de su mamá de ustedes, ni ya me fué posible hacer nada para remediar el mal causado. ¡Oh! Pero al fin llegó un día en que pude encontrarme frente á frente con el miserable autor de tanta infamia...

—¿Y qué sucedió?—preguntó vivamente Emilia interesada extraordinariamente en aquel relato.

—Sucedió... que tampoco la suerte quiso favorecerme entonces, y si bien su tío quedó gravemente herido, también yo lo quedé, y ambos recobramos después de mucho tiempo, la salud.

—Pero mi padre...

—Su papá de ustedes, por más esfuerzos que hice

para que comprendiera la verdad, nada pude conseguir. Su hermano le tenía dominado, y á pesar mío tuve que resignarme á ser juzgado de aquella manera tan indigna.

—Pero entonces, ¿cómo al refugiarnos en casa de usted...?

—Antes que yo, tuvo noticia su tío de ustedes de su presencia en el camino de Avila, y más todavía de los papeles que traía su mamá, y como que precisamente uno de mis criados pertenecía en cuerpo y alma á su tío, éste fué el que hizo correr la voz de que yo quería darlas muerte, éste el que engañó á Vicente de aquel modo, y éste el que sustrajo los papeles que ustedes llevaban, para entregarlos á su enemigo.

—¡Pero Dios mío! ¿Es posible tanta maldad?

—Esta es la verdad, señoritas; desde el momento que ustedes desaparecieron de mi casa, yo me hice un deber de buscarlas, costárame lo que quisiera el encontrarlas, y no es posible que ustedes puedan imaginarse todos los sacrificios que he tenido que hacer, ni las decepciones que he tenido que sufrir. Esta es la verdad de los hechos, y tal la situación en que yo me he encontrado. Pero todo ello, como las he dicho, lo doy por bien empleado, satisfecho con haber encontrado á ustedes y poderlas reintegrar en sus derechos. Si después de todo esto persisten en sostener su encono contra mí, si no quieren ver más que al más indigno de los hombres, según se les ha querido hacer creer, dueñas son ustedes de hacerlo; no trataré por eso de sublevarme contra el rigor de una suerte que creeré se ha empeñado en perseguirme; pero nada de ello será suficiente para que deje de ayudar á ustedes hasta el último momento á recobrar lo que tan de derecho las corresponde.

Y el marqués, después de pronunciadas estas palabras, quedóse mirando á Emilia, reflejándose en su rostro la dolorosa ansiedad que le dominaba.

Las dos hermanas permanecieron silenciosas.

Ambas estaban conmovidas, y no sabían qué resolver.

El marqués, siempre dueño de sí, levantóse de su asiento y dijo:

—Veo que no he sido afortunado, por el momento al menos, en la reconquista de un afecto que ambiciono tanto. ¡Cómo ha de ser! Más adelante tal vez, comprenderán ustedes lo injustas que estuvieron en la apreciación que de mí han hecho, los que tenían interés en perjudicarme. Señoritas, puesto que ustedes van á Madrid, allí nos veremos y allí las facilitaré las pruebas para que puedan justificar su origen.

CAPITULO CXVIII

En Madrid

Se había presentado el marqués tan distinto de como las dos hermanas esperaban, que su asombro no conocía límites.

Cada una de ellas se le había imaginado á su manera, y según las impresiones que habían recibido.

Eran muy niñas cuando le vieron, y como su estancia fué muy breve y á su edad se borran fácilmente las impresiones, la verdad era que ni una ni otra se acordaban de él.

Por lo tanto tuvieron que forjarse un sér especial, en el cual se hallasen representados todos los vicios y todas las infamias de que se había hecho reo, según ellas.

Emilia le creía un hipócrita zalamero que, bajo aquel aspecto, pretendía fascinar á sus víctimas para destruirlas después.

Clara, por el contrario, le imaginaba zafio brutal, con ojos de mirada traidora, encrespado el cabello, la voz ronca, y siempre con la blasfemia ó el juramento en los labios.

Y precisamente, el marqués á quien tenían en su presencia, en nada se parecía á ninguno de los dos tipos.

Federico había llegado á la edad madura sin que la vida de desenfreno que llevara dejase grandes huellas en su rostro.

La expresión de ésta era agradable y simpática.

La figura era elegante, y sus maneras corteses y delicadas.

Persona acostumbrada á alternar con la mejor sociedad, todos sus ademanes, todas sus acciones eran irreprochables.

Al presentarse ante las dos hermanas, lo hizo sin encogimiento ni soberbia, sin adulación ni altanería.

Llano, sencillo, bondadoso, apesarado por la mala opinión en que se le tenía, pero ni bajo, ni rastrero, el marqués parecía llevar retratada en su rostro la lealtad que vibraba en sus labios.

La sorpresa que las dos jóvenes habían experimentado fué tal, que apenas si podían concebir que aquel hombre fuese el mismo que bajo tan negros colores se les había presentado.

Emilia, que era la más previsora, la más enérgica, la que por decirlo así tenía más experiencia, porque siempre en su casa había llevado, como vulgarmente se dice, la voz cantante, no podía disimular su confusión.

Clara, miraba á su hermana á fin de poder adoptar á la de ésta, la actitud en que había de colocarse.

Pero la verdad era que lo mismo la una que la otra

estaban, más predispuestas en favor que en contra del marqués.

Y al ver la actitud en que éste se había colocado al intentar retirarse, Emilia no pudo menos de decir:

—Permítame usted, señor marqués, que de momento no le dé una contestación definitiva; porque, francamente, el aspecto bajo el cual se presenta á nosotras es tan nuevo, tiene tan poquísimo parecido con el sér que nos habíamos forjado en vista de cuanto se nos había dicho, que ya debe usted comprender cual será nuestra confusión en estos momentos.

—Vea usted el gran triunfo que habían conseguido mis enemigos;—dijo Federico con un acento lleno de amargura,—precisamente el amigo más leal que han tenido ustedes, ha sido el que se las ha presentado como el más odioso. En fin, tengo la seguridad de que ustedes mismas se han de convencer, y no ha de tardar mucho, así de la verdad de mis palabras, como de los buenos propósitos que abrigo en su favor. Vuelvo á repetirlas que en todo y para todo me tienen á su disposición.

—Si á usted le parece, podremos reunirnos esta tarde, y ya más tranquilas, pudiendo juzgar la situación con más frialdad, adoptaremos el partido que creamos más oportuno.

—Como ustedes gusten, ya les he dicho que incondicionalmente me tienen á sus órdenes.

El marqués salió poco después del aposento de las dos hermanas, y una vez estuvo en su cuarto se restregó las manos lleno de satisfacción, diciendo:

—Es necesario convencerse de que mi estrella no se ha eclipsado todavía, y á juzgar por las señales, mucho

ha de tardar aún. Estas muchachas han picado ya el anzuelo y van á creer en mí á pié juntillas. Que venga después Carlos diciendo que mis gestiones no han tenido éxito de ninguna especie.

Las dos hermanas, entretanto, apenas estuvieron solas, arrojáronse la una en brazos de la otra, exclamando Emilia:

—¡Pobre madre mía, y que desgracia tan grande que no hayas podido alcanzar este día!

—Pero ¿tú crees,—dijo Clara,—que ese caballero?...

—Mira, Clara; ahora estamos las dos solas y podemos hablar con entera franqueza. ¿Qué opinión has formado tú de ese señor?

—Me preguntas una cosa á la cual no sé qué contestarte, porque precisamente es tan extraño lo que me pasa, que ni aun yo misma sé cómo explicártelo.

—Bueno, también á mí me sucede igual. Pero no es eso de lo que se trata, sino de conocer la impresión que has recibido.

—Si te he de ser franca, mi impresión no ha sido desfavorable, y si lo que ha dicho es verdad hemos de confesar que también el pobre señor ha sido desgraciado, acumulándole unos crímenes que no ha cometido.

—Esto es lo que necesitamos averiguar, — repuso Emilia bajando la voz.

—Sí; pero ¿y de qué manera?

—Ahí está nuestra destreza.

—¿Qué vamos á hacer?

—Hija mía, pensar un poco y poner en práctica lo que pensemos.

—Eso quiere decir que tú desconfías de ese señor.

—No es que desconfíe, pero siempre es bueno vivir

en guardia. No hemos de entregarnos sin resistencia alguna y á las primeras de cambio.

—Entonces...

—Yo creo, es decir, me parece, que en el acento de ese caballero hay algo de verdad, que no se puede negar.

—Así lo he juzgado yo también; pero, por lo mismo, no debemos tan en absoluto dejarnos seducir por esas apariencias tan bellas.

—De modo que tú, en resumen, ¿qué es lo que opinas?

—Que ocultemos nuestras impresiones.

—Pero entonces, respecto á nuestros derechos, ¿qué crees que debemos hacer?

—Ejercitarlo, reclamar lo que es nuestro.

—¿De qué manera?

—No seas tonta, mujer; el marqués nos ayudará.

—¡Oh! ¿conque es decir que opinas porque nos sirvamos del marqués?

—Desde luego, toda vez que él mismo se ha ofrecido.

—¿Y si después nos engaña?

—De ahí la razón por la cual te dije antes que era muy conveniente que estuviéramos siempre prevenidas.

—No te comprendo.

—¡Jesús, hija, que torpe estás hoy!—dijo Emilia con impaciencia;—quiero decirte que debemos fingir muy bien que creemos todo cuanto dice el marqués, pero al mismo tiempo procurar no perder de vista ninguno de sus actos; en resumen, seguir un tira y afloja que nos permita obrar conforme las circunstancias nos aconsejen.

—¿Pero no vamos á Avila?

—Ya veremos; ahora lo que nos importa es conocer las ideas de este señor.

—¡Ay! ¡Si nosotras pudiéramos encontrar en Madrid á aquel Leonardo á quién le debemos todo cuanto tenemos!

—Eso quisiera; que ya sabes lo que nos había encargado el pobre Vicente para el caso de que le viésemos algún día.

—¿De modo que tú crees que debemos aceptar los servicios que nos proponga ese señor?

—Siempre que esos servicios creamos que beneficien nuestros intereses. Creeme, chica,—prosiguió Emilia, abrazando cariñosamente á su hermana,—ahora estamos en una situación muy crítica, y cuanto más reflexiono respecto á ella, me convenzo más de que es menester que andemos con piés de plomo; así es que no debemos dar una ni otra, y tú especialmente que tienes menos experiencia que yo, paso alguno que no sea de completo acuerdo las dos. No resuelvas nada por tí, pero al mismo tiempo no des á entender la desconfianza más pequeña; esta es la única manera de que quizás consigamos conocer la verdad.

—Pero sabes que también es muy terrible que pasemos mucho tiempo así, porque á pesar de que nosotras estemos siempre en guardia, tú no me negarás que con muchísima facilidad llega una á olvidarse un solo momento, y ese puede ser suficiente para que todo el trabajo se eche á perder en un instante.

—No; ya te he dicho que esto no se puede prolongar mucho. Por de pronto, el marqués ha mejorado la opinión que respecto á él teníamos; pero, sin embargo, hijita, tiene mucho que hacer todavía para ganar nuestro afecto.

—¡Oh! pero tú no se lo dirás así.

—¿Por qué no, si es la verdad? Lo que no le diré y esto sí te lo digo, es que nosotras necesitamos hoy por hoy los servicios del marqués, que estamos sin antecedente alguno respecto á nuestra familia, y que únicamente él nos los puede dar. De igual manera es necesario que recojamos la documentación que acredita todos nuestros derechos; ya tú ves, querida mía, si por todos estilos nos es conveniente, aparentar al menos, que estamos bien con el marqués.

—Sí, sí; ya comprendo todo lo que dices; ¿pero no crees tú que la cosa está muy llena de dificultades?

—¿Y qué no las tiene en este mundo?

—Eso es verdad.

Y las dos jóvenes continuaron hablando largo tiempo combinando su plan.

También en el suyo estaba pensando el marqués del Pino.

Porque si preocupadas estaban las jóvenes respecto al encuentro que habían tenido, no lo estaba menos el marqués.

—Es preciso,—decía,—no dejar perder esta ocasión. Ahora están en mi poder y á mí exclusivamente me pertenecen. Si Carlos llegara á apoderarse de ellas, fácil sería que todo se lo llevara el demonio; así es, que él no sabrá nada de esto hasta que á mí no me convenga. Pero de todos modos es preciso que me valga de él para que tenga dispuesta la habitación que han de ocupar estas niñas.

Y en armonía con este pensamiento, el marqués escribió á su cómplice una carta concebida en estos términos, y que estaba demostrando ya el plan que había formado:

«Querido Carlos: Como quiera que en este mundo suceden las cosas cuando uno menos las espera, héme aquí metido en una aventura, para la cual me es indispensable tu ayuda.

»Necesito que inmediatamente que recibas ésta, me busques una casa en un sitio elegante, como por ejemplo, el paseo de Recoletos ó la Castellana; que sea un hotelito no muy caro, pero con las comodidades suficientes para albergar á una corta familia, en cuyo hotel pondrás uno de nuestros criados de más confianza.

»Esto, necesito que lo hagas á la mayor brevedad.

»Cuando nos veamos, te explicaré la razón que para esto he tenido.

»Si necesitas dinero, vete á casa y que te entregue Antonio lo que creas necesario.

»La cuestión es que cuando yo llegue á Madrid pueda ya contar con esa habitación.

»Tu amigo,

»*El marqués del Pino.*»

CAPITULO CXIX

La decisión

A la hora convenida, el marqués del Pino se presentó en la habitación de las jóvenes.

—Conque vamos á ver, amigas mías, —las dijo.—¿Qué han resuelto ustedes para el porvenir, puesto que después de lo que las he manifestado ya comprenderán que ha llegado el momento de obrar? ¿Han modificado ustedes ya su opinión respecto á mí ó he de deplorar todavía el daño que pueden haberme hecho en el ánimo de ustedes, todas las infamias de mis enemigos?

—Francamente, señor marqués, y yo sentiré muchísimo que mis palabras le ofendan; no debe extrañarse ni de nuestras dudas, ni de nuestra desconfianza, después de lo que tantas veces se nos había dicho y de lo que tantas pruebas se nos habían dado.

—Si ya saben ustedes que yo he sido el primero en decirlas que obraban perfectamente dudando, que yo habría hecho lo mismo en su caso; por lo tanto, no ha de extrañarme lo que sobre ese particular me digan. Al contrario, lo que me hubiese llamado la atención fuera que ustedes dieran crédito á mis palabras en el primer momento. Dispuesto estoy á sufrir todas las pruebas á que ustedes me sujeten, á fin de que se convenzan de la bondad de mis intenciones.

—Cuando ese convencimiento lo hayamos adquirido, crea usted que nadie tendrá más satisfacción que nosotras.

—Yo sé muy bien que no se alcanza en un breve espacio lo que á uno le han hecho perder en fuerza de años de estar hablando mal; por lo tanto, como las he dicho, acostúmbrense ustedes á no ver en mí más que al amigo dispuesto siempre á complacerlas; y para empezar á hacer algo, las ruego que me digan qué propósitos tienen, qué idea era la que llevaban ustedes al ir á Madrid.

—Nuestra idea,—dijo Emilia,—era sencillamente la de trabajar. Para este efecto queríamos haber puesto un taller de modista.

—¡Por Dios! ¡Las hijas del duque del Solar reducidas á una condición semejante!

—¡Oh! Ya verá usted. Nosotras no tenemos más medio de vida que ese; ahora, si como usted dice, esos derechos pueden justificarse, es distinto.

—En mi mano está el hacerlo.

—Pues permítame usted que le diga que en ese caso variarán para nosotras las circunstancias.

—¡Ya lo creo que variarán! Y dentro de muy poco

tiempo. Lo único malo que hay por el momento, es que su señor tío de ustedes no está en Madrid según creo; pero ya encontraremos medio para llegar hasta él, y, ó hemos de poder poco, ó los tribunales nos han de dar el resultado apetecido.

—En sus manos de usted nos hemos de entregar; por lo tanto, aquello que usted disponga, aquello haremos,—se apresuró á decir Emilia interrumpiendo á su hermana que iba á hablar.

—Esa confianza, señoritas, me honra de tal manera, que quisiera que en mi mano estuviese poder desde este momento poner á ustedes en posesión de su herencia; pero desgraciadamente ese es negocio exclusivamente de los tribunales, y esos señores van mucho más despacio que nosotros y emplean más tiempo también.

—Es verdad. Entretanto nosotras,—prosiguió Emilia,—seguiremos en Madrid la línea de conducta que ya nos habíamos trazado, es decir, trabajaremos hasta el momento en que dejemos de ser obreras, para convertirnos en...

—En lo que han debido ustedes ser siempre, y que no lo han sido por la infamia...

—De quien sea; dejemos ya á los que así se han portado, porque harto castigados deben estar, viendo el mal resultado que han obtenido sus gestiones.

—¡Qué buen corazón tiene usted, señorita! me parece al contemplarla, que estoy viendo á su santa madre.

—Usted nos hablará de ella algunas veces,—dijo Clara.

—¡Ya lo creo! ¡Pobre víctima!

—¿Y mi padre,—dijo Clara,—no se acordó alguna vez de nosotras?

—Sí, señorita; hubo un momento en que se acordó, que fué precisamente en el momento de su muerte.

—¡Oh!

—Para nombrar á ustedes sus herederas.

—Pues si somos sus herederas y herederas así reconocidas,—dijo Emilia que no perdió ninguna de las palabras de su interlocutor,—¿qué dificultades puede ofrecer á los tribunales nuestro reconocimiento?

—¿No ve usted que su tío para anular todo lo que podía perjudicarle, consiguió destruir las partidas de bautismo de ustedes?

—Pues entonces, todo cuanto hagamos será completamente inútil.

—Lo sería, no estando yo por medio, que sé dónde y cómo se han de buscar esas partidas. Pues si no hubiese sido por eso, ¿creen ustedes que habría yo formado tanto empeño en encontrarlas? Ahora que ya estamos hablando de esto, van ustedes á permitirme que modifique algún tanto ese plan que tienen respecto á la vida que han de llevar en Madrid.

—¿En qué sentido?—dijo Clara.

—En el de la clase de trabajo á que pretenden dedicarse.

—¡Oh! no, señor; aquí no hay más remedio que trabajar, de esa manera es de la única que nosotras podemos aceptar la vida de Madrid.

—Sí; pero ustedes han de comprender que, poner un establecimiento hoy para tener que dejarle mañana, no me parece muy correcto que digamos, y no argüye tampoco, y permítanme ustedes que así me exprese un gran cálculo.

—¿Pues qué opina usted entonces?

—Yo, señoritas, si hubieran ustedes de seguir mi consejo, les diría no que viviesen con ostentación, porque no hay necesidad de ello, pero sí, como corresponde á la clase de ustedes. En fin, déjenme ustedes que yo arregle esto.

—Muchísimo le agradezco, ó mejor dicho le agradecemos esa nueva prueba de afecto que pretende darnos; pero lo mismo mi hermana que yo, queremos vivir de nuestros propios recursos hasta el momento en que la suerte nos ponga en otras condiciones.

—No había sido mi ánimo mortificarlas ni ofenderlas con lo que he dicho; ya sé, que felizmente, no han quedado ustedes tan escasas de recursos que necesiten el esfuerzo del amigo. He querido decirlas, que mi cooperación las puede servir para su llegada á Madrid; más conocedor de aquella especie de mundo que allí se agita, me parece que nadie mejor para proporcionarles una casa en las condiciones que me parece necesitan ustedes hoy.

—Realmente, la proposición no puede ser más agradable ni más beneficiosa para nosotras, que desconocemos por completo Madrid.

—Lo cual quiere decir que aceptan ustedes.

—Si no ha de servirle de molestia,—se apresuró á contestar Emilia temerosa de que su hermana se negara.

—¡Quiere usted callar! ¿de qué molestia me puede servir á mí una cosa que con tanto gusto la hago? Hoy mismo escribiré á mi mayordomo á fin de que les tenga buscado un hotelito de no mucho coste, en buen sitio, no muy céntrico, pero tampoco muy retirado; esto, hasta el momento en que las circunstancias exijan el cambio

definitivo, que Dios mediante, no se ha de hacer esperar mucho.

—Sin embargo, á veces, lo que más fácil se cree suele ser lo que más tarda, y la prueba de ello, que usted mismo sabe lo que ha tardado para encontrarnos, siendo así que parecía tan sencillo.

—Es que en ese terreno ocurría otra cosa, que ustedes trataban de ocultarse, y necesariamente en un caso así las dificultades aumentan.

—Es verdad.

—Conque quedamos en que me encargo de buscarles la casa.

—Tanto se empeña usted...

—Ya les he dicho la razón que tengo para ello.

El marqués estaba encantado respecto á lo bien que marchaba aquel negocio.

No podía imaginarse haber vencido con tanta facilidad.

Emilia y Clara una vez que se quedaron solas, estuvieron hablando respecto á la proposición del marqués.

—Pero mujer,—dijo Clara,—yo no sé cómo has aceptado tan pronto la proposición de ese hombre.

—Créeme, Clara, en las condiciones en que nos hallamos, se hace preciso jugar el todo por el todo.

—No te entiendo.

—Por bien ó por mal este hombre nos ha descubierto; si nos negamos á seguirle, ¿quién sabe lo que será capaz de hacer? Rechazándole, nos exponemos á no saber cuales pueden ser sus intenciones; aceptándole, le podemos observar á nuestro antojo, ¿comprendes la razón que tengo para obrar?

—Sí, pero el juego, hermana mía, puede resultarnos muy peligroso.

—¡Quién sabe! hasta ahora la suerte nos ha protegido; lo que hemos de procurar en adelante, es que siga protegiéndonos también.

—Todo lo que tú quieras; pero créete Emilia, que no voy yo á Madrid satisfecha, teniendo á este hombre tan cerca de nosotras.

—Ya te he dicho que vale más que le tengamos cerca que no lejos; cerca, le vemos; lejos, es él quien nos ve; y ya comprendes la diferencia que hay entre una cosa y otra.

Clara estaba acostumbrada á seguir en todo el parecer de su hermana.

Así fué, que asintió á lo que ésta la indicaba, y comenzaron á hacer los preparativos para dirigirse á Madrid.

—¿Y de Robustiana qué hacemos?—preguntó Clara á su hermana.

—Por ahora no conviene decirle nada; oportunamente veremos lo que es conveniente hacer.

Clara y Emilia acordaron dirigirse nuevamente á Ocaña, recoger todos sus efectos, y dirigirse á Madrid dentro de tres días.

El marqués quedó en esperarlas en la estación.

Satisfecho éste, se separó de las jóvenes, emprendiendo el camino de Madrid.

Clara no cesaba de decir á su hermana, que habían obrado con extraordinaria ligereza, ¿qué iban á hacer solas en Madrid en una casa tomada por el marqués, y entregadas por decir así, á merced suya?

—No tengas cuidado,—le decía su hermana,—que al hacer yo las cosas no las hago tan á tontas y á locas como supones. En primer lugar, que Magdalena se vendrá con nosotras.

—Eso sería lo mejor,—dijo Clara;—pero me temo que su marido no querrá dejarla.

—Es que se vendrá él también.

—Eso ya es distinto.

—¡Tonta! ¿crees acaso que yo iría á aceptar una servidumbre del marqués?

—Como él ha dicho...

—Déjale que diga, que yo sé perfectamente lo que he de hacer.

El plan de Emilia se realizó en todas sus partes.

El marido de Magdalena no tuvo inconveniente en aceptar el contrato que la joven le ofreció, y como que lo mismo Clara que Emilia sabían muy bien la fidelidad y honradez del matrimonio, emprendieron el viaje completamente tranquilas.

El marqués tan luego llegó á Madrid, enteró á Carlos de lo que ocurría, y es inútil explicar la alegría que sintió el miserable.

—Ahora ya son nuestras,—dijo.

—Sí, pero es preciso saber de qué modo hemos de hacerlas nuestras.

—Ahora comprendo por qué me decías lo de los criados.

—Estás en un error; esos criados no son precisamente para lo que tú crees, si no para que nos tengan al corriente de cuanto suceda en aquella casa. Esto nos conviene en gran manera, porque si llegara á descubrirse alguna cosa, ya comprenderás que todo nuestro plan se lo llevaba el demonio.

—No; por ahora no tenemos nada que temer. Lo que menos piensa el doctor es en el encuentro de las muchachas; Leonardo no está en Madrid, el *Pito* se casó, y

por lo tanto está fuera de combate; así es, que no nos hemos de preocupar por nada de eso.

—Pero bien; ¿qué intención es la que tú tienes respecto á esas muchachas?

—¡Oh! mucho preguntar es eso.

—Me parece que dado el extremo á que han llegado las cosas,—dijo Carlos cuya suspicacia cada vez estaba más poderosamente excitada,—juzgo muy necesario que nos entendamos.

—No te diré que no,—repuso el marqués,—pero hasta ahora, vuelvo á decirte, que no he formado opinión alguna. Cuando llegue el caso ya hablaremos.

CAPITULO CXX

Un encuentro

CONFORME había prometido el marqués, en la estación estaba esperando la llegada del tren en que iban las dos hermanas.

Y cuando vió que las acompañaban Magdalena y su marido, no pudo disimular el mal humor que semejante vista le produjo.

—El caso es,—dijo,—que yo consecuente con lo que habíamos hablado, les tengo á ustedes ya servidumbre en la casa.

—Dispénseme usted marqués,—dijo Emilia;—pero en ese terreno me agrada tener completa independencia; como mi servidumbre me la he de pagar yo, me agrada conocer á mis criados.

—Puede usted estar segura, que los que yo había buscado son de una fidelidad reconocida.

—Si yo no se lo niego; pero que quiere usted, estoy ya hecha á los míos.

—Como usted guste.

Y el marqués, disimulando á duras penas su enojo, no tuvo más remedio que dejar á las jóvenes que se llevaran su servidumbre.

Emilia, no tuvo más que elogios para la casa que el marqués las había proporcionado; pero en cambio despidió inmediatamente á los criados que éste había puesto, y dió instrucciones completamente claras y precisas, tanto á Magdalena cuanto á su marido respecto á lo que debían de hacer.

Magdalena tenía una prima en Madrid que estaba sirviendo, y por indicación de Emilia se fué á su casa; y de esta manera consiguió tener toda la servidumbre exclusivamente suya.

El marqués comprendió lo que aquello significaba, pero no se atrevía á decir nada como fácilmente puede comprenderse, por temor de que se sospechara algo de su verdadera intención.

Así transcurrieron algunos días.

Carlos siempre estaba diciendo al marqués, que cuándo le presentaba á sus parientes, y siempre éste dilataba aquel momento temoroso de que el joven echara á perder su plan.

Sus visitas al hotel de las dos hermanas, eran cada vez más frecuentes, y sus galanterías respecto á Emilia iban tomando cada vez también un carácter más acentuado.

—¿Sabes que observo una cosa?—dijo Clara á su hermana.

—¿Qué?—la dijo ésta.

—Que el marqués parece que se fija en tí con demasiada atención.

—También yo lo he observado, y presumo que pretende hacerse pagar de ese modo el servicio que nos ha prestado.

—¿Y tú que piensas?

—Nada, Clara mía. Ese hombre nos es necesario todavía, y no podemos romper con él.

—¿Sabes lo que te digo Emilia? que no me gusta por ningún estilo lo que observo en ese hombre.

—Ni á mí tampoco; y por lo mismo juzgo que debemos redoblar nuestras precauciones por lo que pueda ocurrir.

—Por de pronto, ya ves que apenas si nos habla de nuestro asunto. Bajo el pretexto de que nuestro tío no está aquí y de la lentitud con que los jueces llevan ese asunto, es el caso que llevamos en Madrid más de un mes, y nada absolutamente sabemos todavía.

—Por eso te he dicho que comienzo á desconfiar de este hombre, y, por lo tanto, es menester que redoblemos nuestras precauciones.

—¿Pero de qué manera? ¿qué hemos de hacer?

—Verle venir y nada más; esta es la situación en que nos encontramos hoy.

Lo que las jóvenes habían observado era verdad.

El marqués, recordaremos que ya en otra ocasión había manifestado á Carlos, que lo que debían hacer era casarse con las dos hermanas, y de esta manera se evitaba un crimen y se conseguía el objeto que habían perseguido con tanto empeño.

Consecuente con esta idea, el marqués trató por medio de sus galanterías de conseguir que la joven se fuera interesando.

Emilia, comprendiendo la idea que él se llevaba, no le rechazaba, pero tampoco daba pábulo á sus esperanzas; resultando de esto, que el marqués no podía quejarse suponiendo que la joven no aceptaba sus obsequios, ni tampoco se atrevía á lanzarse en absoluto, creyendo si podría ser prematuro aquel paso.

—Pero vamos á ver, marqués,—le dijo un día Emilia,—me parece que hay ya tiempo de sobra para que mi tío ó bien haya reconocido el derecho que nos asiste, ó bien nos rechace. Usted no nos dice nada, y francamente, esta observación que hemos hecho mi hermana y yo, parece demostrarnos, ó bien que se trata de algo muy bueno, ó bien de algo muy malo; ó quiere usted darnos una sorpresa sumamente agradable, ó teme usted causarnos algún disgusto.

—Si usted comprendiera el dolor que yo siento al tenerle que dar á usted ese disgusto.

—¿Luego es verdad? ¿luego el disgusto existe?

—Sí, señora; ya que usted me pregunta y que realmente tiene razón para ello, no se lo debo ocultar.

—Pero bien; ese disgusto...

—Nace de que su señor tío no está en España.

—¡Cómo!

—Está en América.

—¡En América!

—Sí, señora, en América, y esto como usted comprenderá retrasa de un modo indefinido nuestro pleito.

—¡Válgame Dios, y que desgracia tenemos!

—De aquí nace el disgusto que yo tenía, y ese silencio de que usted se queja, también.

—¿Y por qué? ¿acaso tiene usted la culpa de lo que sucede?

—Sin embargo, yo hubiera deseado, puede usted creerlo Emilia, aun á costa de mi vida, si necesario hubiese sido, darle esa herencia único objeto de mis ambiciones. Por ello he trabajado, y puede usted estar segura que trabajaré. Ignoro la suerte que estará reservada á mis esfuerzos, y á las aspiraciones que siento en mi corazón, pero crea usted que éstas no son más que para el bien de ustedes.

—Y nosotras lo mismo mi hermana que yo, puede abrigar la seguridad de que apreciamos en lo que verdaderamente valen sus generosos propósitos.

—No es agradecimiento lo que yo apetezco ni el móvil que hasta ahora han tenido mis acciones; hay algo que grita en mi corazón...

—¡Marqués, marqués, por Dios, que si en esa progresión continúa!...

Y Emilia, sonriéndose bondadosamente, puso término por el momento á la declaración que asomaba á los labios del marqués.

—Tiene usted razón,—dijo éste mordiéndose los labios,—he ido demasiado deprisa, y comprendo que no hice todavía lo suficiente para aspirar al supremo bien que ambiciono.

Y por el momento, como hemos dicho, evitó diestramente la joven el compromiso en que la hubiere puesto la declaración de aquel miserable.

La entrada de Clara dió nuevo giro á la conversación y el marqués tenía sobrado mundo para no dar á entender lo que había pasado.

Cuando se marchó, Emilia llamó al marido de Magdalena, y le dijo:

—Manuel, va usted á hacerme el obsequio con toda

reserva y adoptando todo género de precauciones, de averiguarme si está en Madrid un médico que se llama don Andrés del Pozo.

Dos ó tres días después, Manuel decía á su señorita:

—La persona que usted me encargó, no está en Madrid.

—¿Pero ha dado usted con ella? ¿sabe usted si positivamente es quien yo le encargué?

—Sí, señora; don Andrés del Cerro ha estado en Madrid hasta hace unos diez ó doce días.

—¿Está usted seguro?

—Sí, señora.

Emilia que sabía que llevaban en Madrid más de un mes y que el marqués le había dicho que su tío ya no estaba en Madrid cuando ellas llegaron, encontraron, como fácilmente se comprende, mayor motivo para su desconfianza.

—¿Y no le han dicho á usted ó no ha podido usted averiguar donde está ese caballero?

—Unas personas me han dicho que estaba en América, y otras en París; de modo que la verdad no se sabe de un modo positivo.

—Y de aquel otro señor don Leonardo, ¿no ha podido usted averiguar nada sino aquello que me dijo?

—Nada más, sino que estaba en la Habana ó en Matanzas. No me lo han podido asegurar.

—Vamos, por lo visto estamos de desgracia respecto á las personas que buscamos.

—Sí, señora.

—De todos modos, no deje usted de seguir haciendo nuevas averiguaciones para ver si de un modo más positivo, podíamos saber dónde está ese doctor.

—Descuide usted que por mi parte, haré todo lo posible.

Durante todo aquel día, Emilia estuvo profundamente pensativa.

Clara quiso varias veces interrogarla, pero su hermana la dijo:

—Clarita, hija mía, nada me preguntes, porque estoy un poco preocupada; necesito dar forma á un proyecto, y hasta que lo redondee, no estoy para nada.

Y como que la joven sabía perfectamente que cuando su hermana se encontraba en aquella disposición era inútil decirla nada, esperó pacientemente á que Emilia, como había dicho, hubiese ultimado su proyecto.

Efectivamente, dos días después la fisonomía de Emilia se había esclarecido, y mostróse amable y cariñosa con su hermana, como de costumbre.

—Qué ¿has resuelto ya el problema?—la preguntó ésta sonriéndose.

—Sí, hija mía; pero cuidado con que te se escape una sola palabra ni á Magdalena ni á nadie.

—No comprendo lo que me quieres decir,—exclamó sorprendida Clara,—¿por qué he de decirle yo nada á Magdalena? ¿es acaso tan grave esa solución, que puedas temer alguna cosa?

—Sí, hija, sí; el proyecto que tengo podría malograrse si se llegara á traslucir, y no es conveniente por ningún estilo.

—Pero bien; ¿de qué se trata?

—De marcharnos de Madrid.

—¡Qué! ¿Qué dices?

Y Clara no pudo menos de mirar llena de asombro á su hermana.

¿Qué había querido decir ésta con aquella marcha? ¿á qué se refería? ¿á qué punto iban á ir?

Su asombro revistió tales proporciones, que al reflejarse en su rostro, obligaron á su hermana á decirla:

—No te alarmes ni creas que sea porque nos amenace siempre peligro; este viaje que vamos á hacer lo juzgo necesario para aclarar algunas dudas que tengo.

—Pero esas dudas...

—Esas dudas se refieren á todo cuanto nos ha dicho el marqués.

—¡Hola! ya parece que tú misma vas dando la razón á los temores que hube de sentir, desde el primer día que este hombre se presentó á vernos. ¿Y dónde vamos á ir?

—A América,—contestó sencillamente Emilia.

CAPITULO CXXI

Las dos hermanas

El efecto que produjo en Clara la contestación de su hermana fué tal y de tal modo lo expresó su semblante, que su hermana no pudo menos de sonreirse, diciéndola:

—Pero hija, no lo tomes de ese modo, porque no parece sino que he dicho algún disparate.

—Pero ¡Dios mío!—exclamó Clara con voz conmovida,—¿y qué es lo que vamos nosotras á hacer en América? ¡Por Dios, Emilia, reflexiónalo bien! Mira que aquí estamos en España, que todo el mundo, puede decirse que nos conoce; pero allí, ¿qué vamos á hacer? ¿cómo es posible que nos entendamos con nadie?

—Pero hija, ¿acaso hablan otro idioma que el nuestro? No tengas cuidado, ¡pobre hermana mía! allí viviremos lo mismo que aquí, por medio de nuestro tra-

bajo, y estaremos libres de las persecuciones de este hombre que no nos conviene, te lo aseguro. Por otra parte, tengo también mis motivos para hacer este viaje.

—¿Qué motivos son?

—Comienzo á abrigar mis dudas respecto á lo que este hombre nos ha dicho sobre nuestro tío.

—También he estado yo siempre en eso mismo; no he visto clara esa historia que nos ha contado, y francamente me alegro que tú lo hayas comprendido también.

—Por otra parte,—prosiguió Emilia,—allí parece que está Leonardo, y tú comprenderás que tenemos un deber que cumplir respecto á ese joven.

—Ya lo creo, como que á él le debemos, como decía el pobre Vicente, todo cuanto tenemos.

—Según he sabido por Manuel, también está allí nuestro tío, y como tú comprenderás, esto es de gran importancia para nosotras.

—Desde luego, que si pensamos encontrarle, no tenemos más remedio que hacerlo así. ¿Pero y si como ese hombre ha dicho, lo que desea es nuestra muerte?

—Esto es lo que nos falta averiguar, hermana mía, y ahí se dirigen mis esfuerzos. Desengáñate, que en el estado en que estamos, es imposible subsistir; todo son inquietudes, todo son temores, todo son amenazas, y mientras tanto se pasa el tiempo y no sabemos nada positivo. ¿Hemos de continuar siempre así? No; y yo estoy resuelta, como me has oído decir más de una vez, á llegar hasta el fin en este asunto. Si tú quieres venir conmigo, ya comprenderás cuanta ha de ser mi alegría, pero de todas maneras estoy tan resuelta, que nada será capaz de hacerme desistir de mi empeño. Si no tienes valor

para emprender ese viaje, aun cuando me duela haberme de separar de tí, lo haré, querida hermana mía, porque juzgo necesario para nuestra tranquilidad y para nuestro porvenir, llegar á esa solución.

—¡Quieres callar!—exclamó Clara abrazando á su hermana.—¿De dónde has podido imaginarte jamás que pudiera dejarte sola? ¿acaso nos hemos separado alguna vez? ¿es ese el cariño que me profesas, cuando supones que yo te pueda abandonar?

—Era de mi deber decirte esto, hermana mía. Como que no se trata de un viaje como hicimos el de Ocaña á Madrid, es preciso que lo meditemos con calma, que reflexionemos respecto á él, y únicamente cuando estés resuelta, será cuando lo haremos.

—¿Pero no estás resuelta tú?

—Sí.

—Pues entonces, ¿qué podemos esperar?

—Que no lo hagas arrastrada exclusivamente por mi cariño.

—Donde tú vayas, hermana mía, iré contigo. Esto es lo único que puedo decirte, y después de esto no hablemos más.

Verdaderamente que se necesitaba la energía y el valor de que tan repetidas muestras había dado Emilia, para resolverse á un viaje, en las condiciones que iban á emprender el que acababa de indicar á su hermana.

La joven había meditado verdaderamente, y no era aquel viaje tan á tontas ó á locas como parecía.

Estar de la manera que estaban, atenidas á lo que el marqués las quisiera decir, no dejaba de mortificarla, y para un carácter altivo como era el suyo, no se avenía aquella situación.

Se veían sin un protector; el proceder del marqués no la inspiraba confianza alguna; había observado que el marqués iba á verlas casi siempre de noche, y esto parecía demostrar que abrigaba algún temor. Por otra parte, el marqués iba disfrazado y la había dicho que esto reconocía por causa, despistar á sus enemigos.

Pero si éstos no estaban en Madrid, como él mismo había dicho, ¿por qué entonces aquel temor?

Otra debía ser la causa, y la joven empezaba á estar inquieta, porque en la conducta del marqués vislumbraba sombras que no la agradaban.

Por otra parte, como había dicho muy bien á su hermana, no se la había ocurrido ser marquesa del Pino, y las pretensiones del marqués cada día se iban acentuando más. Esto, á la corta ó á la larga, tenía que tomar mal cariz, porque el día en que ella hubiera de negarse rotundamente á las pretensiones de Federico, se había creado un enemigo, y un enemigo como el marqués, según los antecedentes que ella tenía, era bastante temible.

Desde el momento en que Emilia comenzó á pensar sobre ésto, sintió más vehementes, cada día, los deseos de ir en busca de su tío.

Por otra parte, la joven, como educada en un pueblo, tenía también ciertas aprensiones, y en estas entraba por mucho la de los presentimientos.

Según éstos, no creía que su tío fuese tan malo como el marqués se había empeñado en hacerla creer que lo era.

Desde el momento en que supo que estaba en América, formando deducciones, llegó á hacer el razonamiento siguiente:

Según había oído decir varias veces á Vicente, Leonardo le había dicho que había querido mucho al duque difunto, que éste tenía un hermano que era médico y médico muy famoso, que aquél hermano había sido víctima de una infamia del marqués; Leonardo estaba en América, las noticias que Manuel había traído respecto al doctor, suponían que también se encontraba en América. ¿No podría ser que los dos se hubiesen reunido allí?

Todas estas ideas trabajando la imaginación de la joven, dieron por resultado la resolución que formó de emprender aquel viaje.

Algunos días después de la escena que tuvieron las dos hermanas, el marqués, llegó una noche como de costumbre, y Emilia le recibió sola, porque Clara había tenido que retirarse ligeramente indispuesta.

Federico iba aquella noche, resuelto á despejar la incógnita.

El mismo comprendía que la situación se iba haciendo sobradamente tirante, y que era preciso despejarla de una ú de otra manera.

Comenzó, hablando de cosas indiferentes y Emilia que como sabemos no era tonta y que presumió que Federico no dejaría de aprovechar la ocasión, quiso facilitársela más, diciéndole:

—Dígame usted, Federico, creo que me habló usted de que tenía medio de facilitarme los documentos que justificaban nuestro nacimiento, ¿no es así?

—Sí, señora.

—¿Y dónde están esos documentos? porque debe usted comprender cuánta ha de ser nuestra impaciencia por conocerlos, por ver siquiera una prueba de que mi

pobre madre no se había engañado al decirnos cual era nuestro origen.

—No sólo puedo mostrarle á usted esos documentos que á fuerza de inmensos sacrificios he podido reunir, sino que tendré un verdadero placer depositándolos en sus manos que es verdaderamente donde deben estar, pero sin que esto lo tome usted en un sentido desfavorable para mí, permítame usted Emilia ya que en este momento estamos solos, que la signifique algo respecto al estado de mi corazón, y que á la vez que la ofrezca esos documentos, obtenga de usted, también, una respuesta que calme la ansiedad que me consume.

—¡Que quiere usted decir, marqués! esas palabras...

—Suplico á usted que las considere como la fiel expresión del estado de mi pecho.

—No comprendo.

—Sin que yo mismo pueda explicarme la razón, la verdad es, Emilia, que no sé por qué, desde el momento en que la ví, yo que en mi vida, puede usted creerlo y sin necesidad de que me esfuerce mucho, presumo que lo ha de comprender dada mi edad y la posición de que disfruto en el mundo, no han de haberme faltado ni mujeres á quien amar, ni ocasiones para haberme casado.

—Cierto.

—Pues bien, yo no había amado jamás, yo no he sabido lo que era amor hasta el momento en que la ví á usted.

—¡Cómo, marqués! ¡Usted enamorado de mí! permítame usted que le diga que eso no puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque ni creo tener mérito bastante para haber podido llamar su atención, ni creo, como ha dicho usted

muy bien, que quien ha pasado tantos años sin amar, pueda ya sentir ese cariño que usted supone.

—¿Es decir que no cree usted en mi palabra?

—¡Pero por Dios, marqués! si precisamente sus mismas palabras de usted, lo que acababa de decir respecto á ese pasado, están demostrando que no es fácil que pueda amar, á la más humilde de las mujeres que habrá visto en su vida, un caballero tan galante y tan enamorado como indudablemente habrá debido ser el señor marqués del Pino.

Y el acento de la joven vibró ligeramente irónico.

Federico no pudo menos de morderse los labios.

—Es,—dijo,—que si no he amado, ha sido...

—Sí, porque no ha encontrado usted una mujer que llenase por completo su corazón, eso ya se comprende perfectamente.

—Pero ahora la he encontrado.

—¡Ay! lo mismo que antes, marqués. Amor de momento y nada más.

—Juro á usted...

—¡Ay! no haga usted juramentos,—repuso la joven con un movimiento lleno de coquetería.

El marqués se levantó de su asiento y aproximándose á la joven, la dijo con acento solemne:

—He dicho á usted que la amo, y crea usted que es la primera vez que he dicho semejante palabra.



—Hé dicho á V. que la amo.

CAPITULO CXXII

Continuación del mismo asunto

Fijó Emilia una mirada entre burlona y sorprendida en el marqués, y le dijo al cabo de unos momentos.

—¿Sabe usted bien todo el valor que tienen las palabras que acaba de pronunciar?

—Por lo mismo que lo sé las he pronunciado; porque me parece que ha de hacerme usted la justicia de creer, que no hablo por hablar solamente.

—¡Oh! es que esas palabras obligan á mucho, al menos tal como yo lo comprendo. No sé si el amor de la corte será distinto del de los pueblos.

—El amor siempre es lo mismo, Emilia, desengáñese usted.

—¿Me ha dicho usted antes que no había amado jamás?

—Y se lo repito.

—Y ahí tiene usted una cosa que me asusta.

—¿Por qué?

—¡Ay! porque en amor, cuando se empieza tan tarde, he oído decir que se trata siempre de recuperar el tiempo perdido, y ya comprenderá usted que eso es terrible para una mujer.

—Desde luego, que he de procurar, como ha dicho usted muy bien, recuperar ese tiempo perdido, pero para amarla á usted exclusivamente.

—¿Con los labios?

—Con el corazón.

—¡Ay, marqués, que estoy temiendo que usted mismo se engaña!

—¿Quién? ¡yo! No sé de dónde deduce usted semejante cosa.

—De sus mismas palabras. No se llega, como ha dicho usted muy bien, á una edad como la suya, para sentir el ardor de esas pasiones tan de repente.

—Yo creo que por el contrario, ese mismo ardor está perfectamente explicado, por lo mismo que hasta ahora no se había sentido. Sin embargo, si en su corazón no existe fuego que responda al fuego que hay en el mío, si en él no hay nada que se armonice con los sentimientos de mi pecho, dolor grande ha de ser para mí la decepción que sufra, pero jamás pretenderé ni que usted violente sus sentimientos, ni que por responder á una impresión de gratitud vaya usted misma á hacerse desgraciada. El necio fuí yo en dejarme arrullar por una esperanza muy encantadora para mí, es verdad, pero respecto á la cual no existía otro fundamento que el que estaba basado en el breve conocimiento que nos unía.

He olvidado que para el amor se necesita algo más. Ahora lo comprendo y crea usted que este convencimiento ha de serme más costoso de lo que parece. Envidio á la persona amada por usted y únicamente deploro haber llegado tan tarde para llamar á las puertas de su pecho. Dispense usted, Emilia, todo cuanto la he dicho y olvide usted la insensatez cometida.

—Pero por Dios, marqués, ¿qué es lo que está usted diciendo, de qué insensatez habla, qué afecto es el que le han negado á usted, ni que quieren decir todas esas lamentaciones?

—¿Le parece á usted poco amar y no ser amado, y no solamente no serlo sino renunciar á la esperanza de poder conseguirlo algún día?

—Pero permítame usted, que eso es adelantar los juicios de un modo extraordinario.

—¿Pues no se ha burlado usted de mi amor?

—¡Burlarme yo!

—La duda que ha expresado usted ha sido esa duda burlona que realmente es la que debe sentirse oyendo á una persona de mi edad, hablar del modo que lo hice.

—Vamos, marqués, comprendo que está usted bajo la presión de una mortificación, que no he tenido ánimo ninguno de causarle. Habíamos empezado hablando de lo que á nosotros particularmente se refiere, de esos documentos que dice usted posee ó cuando menos puede proporcionarnos respecto á mi hermana y á mí, y después hemos venido á parar á un asunto totalmente distinto.

—No por cierto,—se apresuró á contestar el marqués; —pues para mí, tan íntimamente enlazado está el uno con el otro, que me parece que sin aquello sería imposible que se realizase esto.

—Lo cual permítame usted que le diga que sería completamente injusto.

—Todo lo que usted quiera, yo soy el primero en reconocerlo.

—Vamos, vamos, marqués, no quiera usted ahora hacerse mucho peor de lo que es.

—La verdad es, que cuando se admira y se aquilata, por decirlo así, una belleza y un corazón como el que usted posee, la idea de que no se puedan conseguir, es capaz de hacerle perder á uno el tino. No puede usted imaginarse, Emilia, todo lo que yo he sentido al escuchar la ironía y la desdeñosa duda con que ha acogido mis palabras.

—Pero permítame usted que le diga que, ó ha comprendido mal, ó yo estuve sobrado imprudente para darle á entender lo que en mi ánimo no podía existir por ningún estilo.

—Es decir, que las palabras que tanto me hirieron...

—Si es que principio por no comprender en qué pudieron herirle. Desengáñese usted, que si nos empeñamos en encontrar peros en lo más insignificante, hasta en la frase más inocente, los encontraremos.

—¿Quiere usted que hagamos una cosa?

—Diga usted.

—¿Usted no ha tenido la intención de rechazar en absoluto mi solicitud?

—No, señor, por la sencillísima razón de que no le he dado gran crédito.

—Pero entonces ¿qué es necesario hacer para que usted crea?

—¡Oh! eso no soy yo quien lo ha de decir,—contestó la joven sonriéndose.

Y la mirada con que acompañó estas palabras fué tan enloquecedora, que el marqués no pudo menos de decir:

—¡Por Dios, Emilia! si no ha de corresponder nunca á mi cariño, la ruego que no me mire usted de esa manera.

—Pues señor, ¿cómo he de mirarle? Cerraré los ojos y eso será lo mejor.

—¡Oh! ¡no, no! aun cuando sus miradas me abrasen, míreme usted, porque necesito la luz de esas pupilas tanto como el aire que respiro.

Emilia, falta de conocimiento de ciertas formas sociales, estaba obrando en toda esta escena con la destreza de una artista consumada.

Tenía necesidad, si esta frase nos podemos permitir, de marear al marqués, y realmente lo estaba consiguiendo.

Su decisión, según manifestó á Clara, estaba tomada ya.

Quería marcharse, pero quería también llevarse algún documento que justificara su origen.

El marqués le había indicado que los poseía.

Su testimonio era de gran validez, y si aquellos documentos no quería soltarlos, con tal de que él la diese otro haciendo referencia á aquellos, ya creía haber conseguido mucho.

Recordando hechos, supuso que aquella documentación quizás sería la que él había sustraído del envoltorio que ellas llevaron á su casa, reciente la muerte de su madre, y si ella podía conseguir la devolución de aquellos papeles, quizás aun sin necesidad de marcharse á América, trataría de hacer valer sus derechos.

Por esto todos sus esfuerzos tendían á alcanzar de Federico aquellos documentos.

Pero la joven no sabía que precisamente las fes de bautismo estaban entre los papeles que Juan había quitado á su amo, y que los que poseía el marqués eran las verdaderas hojas de los libros parroquiales, que se habían arrancado en virtud de sus manejos.

Durante toda aquella entrevista, Emilia estuvo desplegando una seducción extraordinaria.

El marqués estaba visiblemente interesado, pero sin embargo, no perdió la cabeza un solo instante, y Emilia se quedó sin saber el juzgado, la escribanía y los pasos dados por Federico para devolverlas el estado civil que las correspondía.

Reanudóse la conversación respecto á su tío, y el marqués volvió á decir:

—Precisamente él es quien está entorpeciéndolo todo con haberse marchado de Madrid.

—Sí; pero me parece,—contestó la joven,—que las autoridades tienen medios para ponerse en contacto con él.

—Y esos medios son los que vamos á emplear, puesto que se le va á dirigir un exhorto.

—Eso quiere decir que se sabe donde está.

—Se supone que está en la Habana.

—Vaga es la noticia, porque según yo creo, la Habana es bastante grande.

—Sin embargo, se le encontrará.

—Pero bien, ¿qué documentos son los que usted ha hecho valer respecto á nosotras?

—Ya puede usted imaginarse que siempre habrán sido documentos de verdadera fuerza.

—Por eso que como esa documentación no puede ser más que nuestras partidas de bautismo, si usted no las tiene...

—Ya he dicho á usted que no se ha de preocupar por eso; que documentos y todo cuanto sea necesario para demostrar su origen, todo ello saldrá en el momento que sea necesario.

—Pero diga usted, marqués, una pregunta y ya no vuelvo más á hablar sobre este particular; si aquí se trata de nosotras y usted dice que ya está el expediente formado, ¿cómo es que ni á mi hermana ni á mí nos han citado para nada? porque yo creo que las llamadas en primer término, á decir algo, somos nosotras.

El marqués, no pudo menos de inmutarse, porque realmente era tan justo lo que la joven decía, que no sabía de qué manera contrarrestarlo.

Sin embargo, dominando su turbación, dijo:

—Tiene usted razón, y ha sido necesario para evitar las molestias que se las hubieran podido seguir, el gran crédito que uno tiene y la confianza que los tribunales otorgan al abogado que las representa, para que todo se haya hecho sin que ustedes tengan necesidad de acudir para nada al tribunal.

—Pero para decirnos alguna cosa, para hacernos alguna comunicación...

—Diré á usted, como que su señor tío no se encuentra aquí, no ha podido hacerse nada; todo está paralizado por esa razón, y de aquí el que no hayan venido á comunicarles noticias de ningún género. Pero no tenga usted cuidado que ya vendrán las notificaciones y los mareos más pronto de lo que usted quisiera.

—Por de pronto, lo que yo quiero,—dijo Emilia,—es

que me enseñe usted alguno de esos documentos que yo no conozco y que tengo tantos deseos de ver.

—¿Pero olvida usted, amiga mía, que esos documentos están en poder del tribunal?

—Sin embargo, querido marqués, una persona tan previsora como usted, no es posible que haya entregado esos documentos sin haberse quedado con una copia cuando menos de ellos, mucho más, teniendo que luchar con personas de quienes usted mismo, sabe lo mucho que tiene que recelar.

—Pero hija mía, observo en usted algo que llama mi atención,—repuso el marqués mirando fijamente á la joven.

—¿Qué?—contestó ésta afectando la mayor candidez.

—Que las indicaciones que me está usted haciendo, no me las había hecho hasta ahora; parece como que arguye cierta desconfianza.

—No por cierto, ¿desconfianza? ¿de qué? Si esa desconfianza hubiera existido, me parece que no estaríamos en esta casa, ni usted se encontraría ocupando ese lugar; mis palabras no son hijas más que del deseo que usted, debe comprender que tengo, ó que tenemos, mejor dicho lo mismo mi hermana que yo, y además, si con usted, después de lo que antes me ha dicho, no tengo confianza, ¿con quién tengo que tenerla, querido marqués? Si me habla usted de su amor, si me exige usted el mío ¿no he de pedirle como insignificante favor hasta para comprender yo misma que no puedo hacer al lado de usted un mal papel, unos documentos que usted dice que posee y que después de todo, debían existir en mi poder?

Estas palabras pronunciadas con un acento encanta-

dor y acompañadas por una mirada poderosamente incendiaria, acabaron de trastornar al marqués.

—¡Oh! pero ¿me amará usted?—dijo.

—¡Oh!... amigo mío, usted pretende, pero nada ofrece.

—Si yo tuviera la esperanza de obtener su amor...

—¿Acaso se la he quitado yo?

Y los ojos de Emilia destellaron una muda promesa, mucho más elocuente que cuantas palabras hubiera podido decir la joven.

Resultado, que cuando salió de allí iba completamente trastornado.

Prometió cuanto Emilia quiso, y ésta dijo apenas se quedó sola:

—Trabajo me ha costado arrancarle la promesa; pero ya veremos, después que yo tenga esos documentos, lo que hago.

CAPITULO CXXIII

Continuación del mismo asunto

A pesar de lo que el marqués había ofrecido, no se encontraba muy dispuesto á cumplirlo.

Al día siguiente, reflexionando con más calma sobre lo ocurrido la noche anterior, murmuró:

—Mucho cuidado tengo que llevar con esa mujer, porque ó es muy larga ó muy inocente, y cometería yo una imprudencia crasísima si después de tantos años fuera á malograr mi empresa. La verdad es que la chica es guapa. Es el mismo retrato de su madre, y no se puede negar que ésta valía mucho. Me parece que algo de lo que por aquélla sentí, siento también por ésta; pero así como entonces no perdí la cabeza hasta el punto de comprometer mi plan, es necesario que hoy no comprometa tampoco el fruto de tantos años de trabajo. La verdad es

que esta niña, desde que se encuentra aquí, ha venido haciendo cosas que si las analizamos bien, están demostrando, ó bien el desconocimiento de ciertas conveniencias sociales ó bien una malicia superior á todo. La servidumbre que yo había puesto en su casa, fué despedida inmediatamente, y en su lugar ha puesto otras personas que la son completamente adictas, y á las cuales es inútil intentar corromper. Lo natural parecía, desde los primeros momentos, que estas muchachas me hubieran hecho que las acompañara en busca de jueces y abogados para que cuanto antes las pusiesen en posesión de un título que, como es lógico, ha de seducir á una mujer, y de unas riquezas bastantes para sostener dignamente ese título; y sin embargo, han permanecido confiadas en mi palabra, nada me han dicho sobre este particular, hasta que desde hace muy pocos días, ó sea desde que comencé á significar á Emilia mi amor, han comenzado las exigencias. ¿Qué quiere decir esto? ¿que me juzga ya lo suficientemente entontecido para que les entregue mis armas y me quede á su merced? ¡Oh! pues lo que es si de tal modo piensa, se lleva un solemne chasco. Me gusta la muchacha, sí, ¿por qué negarlo? pero también me gusta mi proyecto, y los bienes del Solar han de ser míos ó he de poder muy poco.

Embebido en estas reflexiones estaba, cuando Carlos entró de mal talante en casa de su amigo.

De la misma manera que el marqués adoptaba precauciones y disfraces para dirigirse á la casa de Emilia, Carlos las adoptaba, no sólo para entrar en casa de su amigo, sino hasta para andar por Madrid.

Porque precisamente el acuerdo que tenían tomado desde el momento en que encontraron á las huérfanas,

fué el de ocultarse en absoluto á todas las miradas, renunciar á la sociedad en que vivieran hasta entonces y hacer correr la voz de que estaban fuera de Madrid.

Porque de este modo querían despistar en absoluto al doctor y á sus amigos, en el caso de que éstos continuaran observándoles.

Y efectivamente, según veremos después, semejante precaución les sirvió de mucho.

Lo mismo al marqués que á Carlos, les iba pareciendo ya sobradamente pesada aquella existencia, y uno y otro deseaban abandonar un incógnito que tan mal se avenía con las condiciones de su carácter.

Apenas entró Carlos, de mal humor como hemos dicho, dijo dirigiéndose á su amigo:

—Mira, Federico, hazme el favor de terminar cuanto antes esta comedia, porque yo ya estoy cargado del papel que estoy representando.

—¡Ah! ¿sí?—contestó el marqués mirando fijamente á su amigo;—¿y acaso crees que á mí me divierte mucho el mío?

—Yo no sé si te divierte ó no, pero te aseguro que yo no continuo más tiempo así.

—Pues harás muy mal.

—Será todo lo que tú quieras; pero comprende que es muy ridículo que andemos representando esta farsa que á nada conduce, después de todo, porque ni el doctor piensa en nosotros, ni tiene ya los satélites que tenía antes, y que eran los verdaderamente temibles. Por otra parte, tú has querido reservarte el usufructo completo de este negocio, tú te tratas con las chicas, y tú lo mangoneas todo ello según tu capricho, y me parece que, aun dentro de las condiciones que habíamos estipulado

referentes al casamiento con esas chicuelas, valía la pena que ya me hubieses llevado á su casa, con mayor motivo, cuanto que al fin y al cabo soy pariente.

—Mira tú que pariente,—repuso el marqués sonriéndose,—¡valiente parentesco está el tuyo!

—Podrá no serlo; pero para el mundo y sobre todo dentro del plan que tenemos formado, es de absoluta necesidad el que yo vaya.

—No te incomodes, hombre, no te incomodes que ya te llevaré; pero te advierto que aquellas dos niñas son más largas de lo que parecen y con su aspecto de gatitas mansas, si consiguen clavar las uñas ya verás el daño que hacen.

—Peor para ellas,—repuso Carlos brutalmente,—si estorban, se las hacen desaparecer y *laus deo*.

—Se las hace desaparecer, pero casándonos con ellas, —dijo el marqués acentuando de un modo marcado sus palabras.

—¿Sigues todavía con tu manía?

—¡Pues ya lo creo!

—Señal que lo tienes adelantado.

—Muy estúpido fuera si así no lo hubiese hecho.

—Es decir, que con la mayor quieres llevarte la mayor parte de la herencia.

—Es lo natural.

Carlos frunció el entrecejo y con un acento imposible de describir, dijo:

—De modo, que todos habremos trabajado para tí.

—Si vas sumando todas las cantidades que me debes, encontraremos que te has comido, ó has tirado, ó se ha invertido la mayor parte de lo que te corresponde. Eso dejando á un lado que ya no tienes derecho de ningún

género, desde el momento en que la carta famosa de tu abuela no está en nuestro poder.

—Pero algún derecho se me reconocerá cuando no se me ha retirado la pensión...

—Es una limosna que te quiere hacer el doctor.

—Calla, Federico, calla, no digas ciertas palabras.

—Vaya, Carlos,—contestó el marqués volviéndose y fijando su mirada en su interlocutor,—¿qué es lo que te has propuesto el venir hoy al verme? hablemos con franqueza y sepamos á que nos hemos de atener. ¿Quieres romper los vínculos que nos unen? rómpelos en buena hora, vete á ver al doctor y dile donde están sus sobrinas. ¿Qué sucederá después? ¿que perderé todo el dinero que he desembolsado? más que yo has de perder tú, porque lo que es entonces, de fijo que te dan un puntapié y te echan á la calle.

—¡Oh! calla, calla.

—Me coloco en la misma actitud en que tú estás colocado.

—Yo he venido para decirte que así no es posible continuar, que nos exponemos á pesar de todas las precauciones que estamos tomando, á ser reconocidos, y entonces se sospechará de nosotros.

—Tienes razón, lo que es en eso no vas desencaminado.

—¡Ya lo creo!

—Esta misma semana quedará resuelto todo, y yo te aseguro que conocerás á tus parientas, y que yo adelantaré tu negocio todo cuanto sea posible.

—Allá veremos.

—Te lo he prometido, y lo cumpliré.

Aquella misma tarde, Emilia recibía una carta del

marqués, carta que éste había escrito después de haberla meditado detenidamente.

Decía así:

«Señora doña Emilia de Figueroa.

»Mi querida amiga. Siéndome imposible el pasar á verla hoy, por las muchas ocupaciones que me rodean, y deseando calmar la impaciencia de que según me dijo anoche se halla poseída por ver los papeles que justifican su nacimiento, debo decirla que me ha sido imposible remitirle los documentos en cuestión, porque hasta las mismas copias me las ha pedido el abogado para nuevas diligencias que tiene que practicar.

»No abrigue usted desconfianza de ningún género, amiga mía, es usted la hija legítima lo mismo que su señora hermana, de mi difunto amigo el duque del Solar.

»El matrimonio del duque con su mamá de usted la señorita doña Emilia de San Juan se verificó en la villa de Roa, y ustedes nacieron en la posesión del Solar.

»Comprenderá usted por esta declaración que hago espontáneamente, toda la bondad de mis intenciones y todo lo noble de mis propósitos.

»Aquí el enemigo encarnizado, implacable que han tenido ustedes hasta ahora, ha sido su señor tío, pero Dios mediante, conseguiremos vencerle, y ustedes ocuparán el lugar que tan de derecho las corresponde.

»En cambio de la alegría que debe experimentar en vista de esta mi declaración, ya sabe usted lo único que ambiciono.

»No me presentaré más en su casa de usted, sino cuando usted me llame para otorgarme el *sí* tan ambicionado.

»Esa es mi única aspiración; ese el único afán de mi existencia; en él está concentrada la dicha de toda mi vida. Suplico á usted que así lo piense, que así lo vea y que tenga piedad de

Federico Montesinos
Marqués del Pino.»

CAPITULO CXXIV

Camino de la Habana

La lectura de esta carta no produjo en la joven el efecto que el marqués había presumido.

Quedóse pensativa algunos momentos, volvió á leerla, y dijo después:

—Hé aquí un documento que estoy segura que el mismo marqués no sabe el valor que tiene. De esta confesión espontánea que él hace aquí, ya es inútil que trate de retractarse. Ahora he de hablar con mi hermana á fin de ver la resolución que tomamos, porque no hay que hacerse ilusión de ninguna especie. Mientras como enemigo consideramos al marqués, pudimos librarnos de él; pero hoy que nos conoce, hoy que nos ve solas y abandonadas, quizás pretenda obtener por fuerza lo que jamás obtendría de buen grado, y no sé si podríamos librarnos de él.

Dirigiéndose á la habitación de su hermana, la dijo:

—Clara, prepárate, porque me parece que ha llegado el momento de obrar.

—¡El momento de obrar!—exclamó sorprendida la joven,—no comprendo lo qué quieres decir. ¿Nos amenaza acaso algún peligro?

—¡Adiós! ¿ya estás angustiada?

—Pero hija, si no lo puedo remediar; si yo quisiera tener ese carácter tuyo tan enérgico y tan resuelto, pero no puedo; por otro lado, desde que ese marqués se ha presentado en nuestro camino, puedo asegurarte que no tengo un momento de tranquilidad.

—Pues precisamente para proporcionarnos esta tranquilidad es para lo que vamos á hablar y resolver rápidamente.

—Pero bien; ¿es que has sabido alguna cosa?

—Me parece que he descubierto el juego del marqués y no quiero seguir más esta partida en las condiciones que se va poniendo.

—Pero ¿qué sucede? ¡habla por Dios, Emilia, explícate!

—Mira la carta que el marqués me ha enviado.

Clara cogió la carta que su hermana le presentaba, la estuvo leyendo atentamente, y después se la devolvió, diciéndole:

—Pues esto es algo de lo que tú querías.

—¡Ya lo creo! tú no sabes el valor que tiene esta declaración firmada por el mismo marqués; detrás de ésto, ¿no ves nada?

—Con ésto y sin ésto, Emilia de mi alma, yo he visto algo muy malo, desde el momento en que nos encontramos con ese hombre.

—Pero tiene la desgracia de que nosotras le conoce-

mos, que hemos permanecido en guardia siempre, y hasta ahora llevamos una gran ventaja sobre él.

—Ventaja que podemos perder desde el momento que se le antoje.

—¿Tú crees positivamente que nuestro tío Andrés, como dice el marqués, sea tan malo?

—No,—contestó sin vacilar Clara,—porque recuerdo perfectamente lo que nos había dicho Vicente refiriéndose á aquel joven que nos dió el dinero para salir de Madrid, ¿te acuerdas?

—Sí, Leonardo, que había estado de secretario de nuestro padre. Por eso mismo que yo también me acuerdo de todas sus palabras, aun cuando he creído fingir lo que el marqués decía respecto á él, no he querido darle ningún crédito.

—¿Y será verdad que está en América?

—Eso es lo que vamos á ver nosotras mismas.

Clara quedóse mirando á su hermana durante algunos segundos.

—¿Es decir, que persistes en tu idea?

—¡Ya lo creo! y ahora más que nunca.

—¡Ay, Emilia! en qué nuevas aventuras nos vamos á meter.

—Hija mía, no seremos las primeras ni las últimas que se encuentren en una situación semejante. Considera que hoy nos encontramos en mucha mejor situación que estábamos cuando murió Vicente.

—No lo sé.

—Sí, porque hoy conocemos á nuestro enemigo, podemos adivinar su juego, mientras que él, en cambio, no conoce el nuestro. Poseemos un documento de gran valor, que en cualquier ocasión le podríamos hacer valer.

—Y dime, Emilia, ¿por qué no buscamos un abogado, ó nos vamos á ver un juez, y le decimos lo que nos sucede para que nos ampare?

—¿No te acuerdas lo que muchas veces nos había dicho Vicente? A veces las mejores causas suelen perderse si el contrario tiene más influencia, ó más apoyo que el que cree tener de su parte la razón.

—Pero quién sabe.

—No, lo que debemos hacer es lo que yo he pensado; vamos en busca de nuestro tío, y puesto que nos dicen que está en América y es un médico tan famoso, no nos ha de ser difícil encontrarle. Tal vez el pobre señor nos haya estado buscando, y al ver que no estamos por España, quizás haya emprendido ese viaje.

—Pero si me parece que Vicente, refiriéndose siempre á Leonardo, había dicho que no se sabía nada de nuestro tío porque había desaparecido de España, y hasta me parece que también decían que nuestro padre suponía que había muerto.

—Todo eso lo he reflexionado, y he sacado en consecuencia una cosa.

—¿Qué?

—Que entre lo dicho por el marqués y lo que Leonardo le había contado á Vicente, existe una gran analogía.

—¡Cómo!

—Con la diferencia de que el marqués la aplica en beneficio suyo. Mira, Clara, me parece que siento una voz interior que me dice que está vivo nuestro tío, que nos quiere, y que nos está buscando. Yo, á pesar de cuanto el marqués ha dicho, tengo mucha fe en las palabras de nuestra pobrecita madre, y acuérdate que lo

último que nos dijo fué, que huyéramos siempre del marqués del Pino.

—Es verdad.

—Y nuestra madre nos quería mucho, y sabía muy bien lo que decía. Por esta razón, yo estoy resuelta á librarme de este hombre.

—Sí; pero aun cuando emprendamos ese viaje, desengáñate que él lo ha de saber.

—¿Por quién?

—De modo que tú piensas que nos marchemos...

—Sin decirle nada, sin que sepa siquiera donde vamos, ni lo que pensamos hacer.

—Como tú quieras, Emilia; ya sabes que tu hermana no ha tenido ni tiene más voluntad que la tuya; en su consecuencia, dispón lo que juzgues más conveniente.

—Pero no te has de asustar.

—Contigo, ya sabes que no tengo miedo; tú me infundes valor, y te seguiré donde vayas. ¿Pero y Manuel y su mujer que van á decir?

—Se vienen con nosotras y de esta manera evitamos el peligro de que el marqués supiera donde habíamos ido.

—¿Has pensado lo mucho que nos va á costar ese viaje?

—Todo lo tengo calculado ya. Puedes creer, querida hermana, que cuando te digo una cosa, es porque la tengo muy bien pensada. Tú sabes perfectamente que hace tiempo te hablé de esto.

—¡Ya lo creo!

—Pues desde entonces estoy tomando noticias, adquiriendo datos y preparando nuestro dinero para llevárnosle.

—¡Ah! ¿Por eso fuiste al Banco el otro día?

—Justo, para ver si me darían letras sobre la Habana, y al mismo tiempo, á sacar la cantidad que creí conveniente para nuestro propósito.

—Pero ¿y esta casa? ¿y los muebles?

—También he visto al propietario y le he pagado seis meses, y tú calcula en ese tiempo lo mucho que se puede hacer.

—¿Pero le has dicho dónde nos íbamos?

—Calla, tonta, ¡qué le iba á decir! ¿Acaso me crees tan necia?

—Pues entonces...

—Le he dicho que pensábamos pasar una temporada en Avila, donde tenemos unos parientes.

—Pero es que el marqués se pondrá furioso.

—Que se ponga; en estando nosotras fuera de Madrid y embarcadas, ya puede hacer todo cuanto quiera.

—En fin, tú tienes más talento que yo, y sobre todo más energía que yo; créeme Emilia, de mi alma, que te admiro y te envidio.

—Pero hija, si no tenemos más remedio que ser así, si nosotras mismas no nos animamos y nos ayudamos ¿vendrá nadie á hacerlo?

—Es verdad.

—Por lo tanto, aquí es menester que tomemos todas las disposiciones necesarias para salir dentro de dos días.

—¿Tan pronto?

—Mira, dentro de cinco días sale el vapor de Cádiz, conque ya tú ves.

—¿Pero cómo podremos marcharnos si el marqués no nos deja á sol ni á sombra?

—El equipaje que nos hemos de llevar saldrá mañana de casa y toda la ropa blanca, que de esa necesitamos mucha, la compraremos en Cádiz.

—Y de la hermana de Manuel ¿qué vamos á hacer?

—Esa se quedará aquí en Madrid, y como apenas conoce al marqués, y después se pondrá á servir, no es fácil que nos perjudique su estancia aquí. Por supuesto que de todos modos necesitamos tener aquí una persona que dé una vuelta por la casa de cuando en cuando.

—¿Tú has dicho algo ya?

—No; quise hablar contigo antes de todo, porque si no hubiera estado conforme, habría desistido de mi empeño.

—Ya debías suponer que yo no te haría oposición alguna.

—Luego entonces...

—Cuando tú digas en marcha, me encontrarás dispuesta.

—Por de contado, querida Clara, que ahora muy buena cara al marqués, y sobre todo que no advierta lo más mínimo sobre nuestro proyecto.

—Eso sí que sería terrible.

—Y tanto, porque quizás eso le obligara á precipitar sucesos, que si bien por eso no nos causarían daño alguno, podían sin embargo molestarnos.

—Por mi parte, ten la seguridad de que nada se sabrá.

—Entonces, todo irá bien. Hoy hablaré con Manuel.

—¡Oh! Ya sabes que él ha dicho que hasta el fin del mundo iría con nosotras.

—Por eso he contado ya con él.

Y, efectivamente, Emilia habló con sus criados, y todo se verificó conforme lo tenía dispuesto.

El marqués no había podido sospechar nada.

Recibido por Emilia y por su hermana después de aquella carta que había escrito, mostróse sin embargo, más exigente que antes, en términos, que Emilia tuvo que hacer verdaderos prodigios de discreción y de coquetería, para seguir sosteniendo su esperanza, y no comprometerse á nada.

Carlos le apremiaba, y á duras penas Federico podía contener su impaciencia.

Sin embargo, se vió obligado á prometer al joven que le presentaría á las dos hermanas, y efectivamente á éstas les pidió permiso para hacerlo.

Pero Emilia aplazó aquella presentación para dentro de dos días, bajo un pretexto que no despertó la más ligera sospecha en el ánimo del marqués.

Diciendo que de Ocaña no les habían enviado unos objetos que necesitaban, justificaron un viaje para el día siguiente, prometiendo regresar al inmediato.

Manuel y su mujer saldrían en el tren correo de Andalucía, y ellas estarían esperando en Aranjuez, donde se reunirían con ellos.

El mismo marqués acompañó á las dos jóvenes á la estación para salir en el tren de la mañana, quedando en que dentro de dos días las iría á esperar á la llegada del tren correo de Alicante.

CAPITULO CXXV

En Cádiz

ANDRÉS, según manifestamos, se había ido á pasar una temporada con su amigo el conde de Monte-Sagrado.

Tanto él como Pepe Corrales estaban profundamente disgustados.

Cuantas gestiones habían practicado, cuantos esfuerzos habían hecho, cuantos sacrificios llevaran á cabo, todos resultaron inútiles.

Las huérfanas habían desaparecido sin dejar huella alguna de su paso.

Leonardo, había escrito desde América, diciendo también que todas sus gestiones fueron inútiles.

El joven había marchado con el encargo exclusivo de Andrés para buscar á las niñas.

Para este efecto le había provisto de cartas para los cónsules, de toda clase de recomendaciones y con dinero suficiente para viajes, etc.

Más todo fué inútil.

El joven no encontró rastro alguno que poder seguir.

Al mismo tiempo los agentes que seguían á Carlos y al marqués, se convencieron de que éstos se hallaban en la misma ignorancia.

—Todo inútil,—dijo un día Corrales al doctor.—Si la casualidad no lo hace, por nuestra parte creo que no podremos hacer nada.

—Y sin embargo,—repuso el doctor,—yo espero todavía.

—¿El qué?

—No lo sé. Un milagro tal vez.

—Señor doctor, por doloroso que le parezca lo que voy á decir, yo creo que esas niñas deben haber muerto.

—Calla, hijo, calla,—se apresuró á contestar Andrés;—eso sería horrible.

—A la edad en que esas criaturas emprendieron su aventurera existencia, ¡es tan fácil coger una enfermedad!... Después, como los medios de existencia debían ser tan pobres... ¡La miseria hace tantas víctimas!...

—No me lo digas, por Dios.

—¿Qué otra cosa podemos pensar en vista de la ineficacia de nuestros esfuerzos? Con el dinero que se ha gastado, con los recursos que se han empleado, con las gentes tan diestras que se han lanzado en su busca, no digo yo esas dos criaturas que al fin y al cabo tenían nombres que nos permitían encontrarlas y algún dato que para ello podía servir de guía, si no otras personas en peores condiciones, se habrían encontrado.

—Díme ¿y no podría ser también que Vicente, para hacer perder su huella, se hubiese cambiado el nombre?

Pepe se quedó suspenso.

—¡Caramba! — dijo después. — Quizás tenga usted razón.

—Eso es ya lo último que se me ha ocurrido, y como tú comprenderás, luchar contra esa incidencia ya no es posible.

—Tiene usted razón.

—Por eso te he dicho que á no ser en la casualidad, ya no espero en nada.

—Eso en el caso de que la idea mía no se haya realizado.

—Eso no. Sigue todavía resonando en mi corazón esa misteriosa voz de que siempre te he hablado, que parece decirme que mis sobrinas no han muerto y que he de encontrarlas algún día.

—¡Dios lo quiera!

—El marqués y Carlos se encuentran en el mismo caso que nosotros y lo que es el marqués también debe haber gastado dinero en sus locas empresas para encontrarlas.

—Ahora están completamente desanimados. Ya ve usted, hace más tiempo todavía que nosotros, que ha licenciado á sus podencos.

—No les pierdas de vista por lo que pueda suceder. Yo estaré en Andalucía, lo menos un par de meses y durante ese tiempo tú me reemplazarás.

—Desde luego, por más que á pesar de sus esperanzas, por mí parte tengo muy pocas.

—Veremos quien se engaña.

Pocos días después Andrés llegaba á Granada.

Inútil nos parece decir que la alegría del conde y de la duquesa fué extraordinaria.

El conde no pudo menos de deplorar la poca fortuna que hasta entonces había tenido su amigo en sus gestiones para encontrar á sus sobrinas.

Al tener noticia Ricardo y su amigo Juan Antonio de la estancia del doctor en Granada, rogáronle que pasase á Sevilla y allí fué también, con el propósito de practicar algunas gestiones respecto al objeto á que había consagrado su existencia.

Pero del mismo modo que en Granada, no dieron resultado sus pesquisas.

Un día le dijo Ricardo:

—Doctor, ¿quiere usted venir á Cádiz mañana?

—Es decir,—repuso su esposa,—que no contento con dejarme sola durante dos ó tres días, también quieres llevarte al doctor. Al cabo de tantos años hemos conseguido tenerle con nosotros esta corta temporada y quieres monopolizar su compañía.

—Pero mujer, si es únicamente cuestión de dos ó tres días.

—Y sobre todo, querida Marietta,—repuso sonriéndose el doctor,—ya la indemnizaré á nuestro regreso, pasando aquí cuatro días más de los que habría pasado.

—¿De veras?

—Se lo prometo.

—Pero es que de todos modos siempre perderé estos dos días.

—¿Cómo?

—Porque aquellos cuatro ya habría yo conseguido que los pasara aquí, á pesar de sus propósitos.

—¡Hola! ¡Hola! Qué ambición,—dijo Andrés.

—En fin, mañana nos iremos á Cádiz y después veremos.

—No, tengo ya deseos de regresar á Madrid por si Pepe ha descubierto algo.

—Si así fuera, lo hubiese escrito.

—Sin embargo, como está tan ocupado, y después, su mujer y sus hijos le tienen tan distraído...

—¡Ya! usted quiere hacerlo por sí. Pero querido doctor, si hasta ahora ha visto usted que esas diligencias...

—Todo lo que usted quiera; pero yo espero siempre.

Y el acento del doctor expresaba una convicción tal, que su amigo no se atrevió á decirle nada más.

Al día siguiente marcharon á Cádiz, Andrés y Ricardo.

El doctor practicó allí algunas diligencias.

Una tarde, estaban en el muelle presenciando el embarque de algunos pasajeros que iban á bordo del vapor que partía dentro de algunas horas para América, cuando de pronto Andrés se volvió hacia Ricardo que le acompañaba y exclamó:

—¡Jesús! ¡Parece mentira!

—¿El qué?—preguntó Ricardo.

—¿Ve usted aquella joven que se aproxima al embarcadero?—le dijo señalándole una que en compañía de varias personas de su familia, sin duda, iba á embarcarse.

—¡Hermosa mujer por cierto!—repuso Ricardo.—Y la que va á su lado no es menos bonita. Sin duda serán sus padres los que van detrás. Parece que todos van de viaje.

—¡Válgame Dios!—exclamó el doctor con marcada expecie de desaliento.—Siempre creo tener ante mi vista, el semblante de la pobre Emilia.

—¿Es decir que esa joven se parece á...?

—A mi pobre cuñada. Crea usted que al verla me ha parecido que veía á la infeliz el día en que por primera vez me llamó para auxiliar á su madre.

—Hay en el mundo tantas semejanzas...

—Y esas dos jóvenes parecen hermanas.

—Si que hay parecido entre ellas, por más que son tipos completamente distintos.

—Esos dos ancianos que las acompañan...

—Sus padres, sin duda. Mire usted, las dos jóvenes y la madre entran en el bote. El padre se queda, sin duda, esperando el resto del equipaje. Sí, eso debe ser, por las señas que hace.

Efectivamente la suposición de Ricardo, era exacta.

Las personas que habían llamado la atención de Andrés, eran precisamente las que estaba buscando hacía tantos años.

Emilia y Clara acompañadas de Manuel y de su mujer se dirigían al vapor que había de conducirlas á Cuba.

Siguiendo el plan trazado por Emilia, habían salido de Madrid bajo los nombres de Juliana y Amalia, hijas de Manuel y de su mujer.

De este modo, como la joven había dicho, iban resguardadas por la sombra de los padres, por más que estos fuesen postizos; pero como que esto lo ignoraba la generalidad, iban más tranquilas porque así dificultaban el que Federico se pusiese sobre sus huellas.

El doctor no separaba sus ojos de aquel bote donde iban las dos jóvenes, y en vano le había dicho Ricardo:

—¿Vamos, doctor? Hemos de hacer todavía dos ó tres diligencias para regresar hoy mismo á Sevilla.

Pero Andrés no le escuchaba.

Su pensamiento estaba en aquella lancha y sus ojos se dirigían desde ella á Manuel, que permanecía esperando la llegada del equipaje.

Por fin, hubo un momento en que, casi maquinalmente se dirigió hacia donde estaba el esposo de Magdalena que, como sabemos, así se llamaba la criada que desde Ocaña iba con las jóvenes.

—¿Dónde va usted?—le preguntó Ricardo sorprendido por aquel movimiento.

—¡Qué sé yo!—contestó Andrés.—Tengo curiosidad por saber quién es esa gente.

—Pero doctor ¿es posible que crea usted que esa familia sea la que usted busca?

—No lo sé; déjeme usted, amigo mío, porque me parece que concluiré por volverme loco si así continúo.

—Y lo conoce usted y no se enmienda.

—Si usted pudiera comprender el efecto que me ha hecho el encuentro de esa joven... No sé, no podría explicarle aun cuando quisiera, la impresión que he sentido.

—Pero...

—Suplico á usted que me deje.

Y resueltamente se aproximó á Manuel que dirigía impacientes miradas hacia la ciudad, esperando ver á los mozos que debían llevarle algunos efectos.

—Dispénseme usted, caballero,—le dijo.—¿Tiene usted la bondad de decirme su nombre? Su fisonomía me parece que no me es desconocida y si quisiese ayudar mi memoria...

Manuel se quedó mirando á quien así le hablaba, sorprendido por aquella extraña pregunta.

Pero la fisonomía de Andrés respiraba tanta bondad, se hacía tan simpático á la persona que le hablaba que concluyó por decirle:

—Yo no recuerdo su fisonomía de usted, pero mi nombre que no he tenido nunca por qué ocultarlo á nadie, se lo diré aun cuando me parece que es inútil. Me llamo Manuel Viñas, para servir á usted.

—Manuel Viñas,—dijo Andrés, como tratando de recordar.—No, no es usted la persona que yo creía. Dispénseme.

—¡Oh! no hay de qué, caballero. Eso sucede muchas veces en el mundo.

—¿Y era su familia de usted, acaso, la que se ha embarcado hace poco?

—¡Ah! ¿conque usted las ha visto? Sí, señor, Magdalena Fernández, mi mujer, y mis hijas Amalia y Juliana, servidoras de usted.

—Mil gracias.

Y el semblante de Andrés, revistió una expresión tan marcada de desaliento, que su interlocutor no pudo menos de decirle.

—Vamos, usted esperaba, sin duda, haber visto por aquí á alguna familia conocida.

—Sí, señor, y vuelvo á rogarle me dispense la pequeña molestia que le he causado.

—¡Oh! molestia ninguna; lo único que yo siento es no haber podido complacer á usted.

Andrés volvió á reunirse con Ricardo.

—Lo ve usted, doctor, ve usted lo que yo le decía.

—Todo cuanto usted quiera, amigo mío, comprendo que soy un necio; pero ¿qué quiere usted? esa idea no se borra un momento de mi imaginación.

—Pues es preciso dominarse.

—Ya lo hago.

Y como si hubiera una atracción que allí le contuviera no se separó del muelle hasta el momento en que llegado el equipaje se embarcó Manuel, haciendo rumbo al vapor que dentro de pocos momentos iba á salir de la bahía.

Entonces se volvió hacia Ricardo, y le dijo:

—Otra ilusión desvanecida. Vámonos, amigo mío; vámonos.

Pero como que no quisiera darse por vencido, como si una voz interior le dijera que aquellas dos jóvenes á quienes había visto eran precisamente las sobrinas tan buscadas y por las cuales tantos sacrificios hiciera, se dirigió á casa del consignatario preguntándole los nombres de las personas que se habían embarcado allí.

Los nombres de Manuel, de Magdalena y de sus hijas, figuraban en primer término.

No le había engañado Manuel.

Aquella misma tarde él y Ricardo regresaban á Sevilla.

CAPITULO CXXVI

En Cuba

Después de haber hecho Leonardo inútiles correrías por América en busca de las dos jóvenes, habíase detenido en la Habana, para donde también le había dado cartas de recomendación el doctor.

Entre estas cartas había una para un rico comerciante español que había hecho su fortuna en Cuba, cuyos grandes almacenes de confección pasaban con justicia por ser los mejor surtidos, contando con grandes sucursales en las demás provincias de la isla.

Leonardo fué acogido en la casa con verdadero afecto, y como después del casamiento de su hermana no tenía, por decirlo así, vínculo alguno que le retuviera en España, escribió á don Andrés diciéndole que pensaba quedarse allí.

El doctor aprobó su proyecto, encargándole que no

abandonara sus pesquisas, por si acaso algún día podían descubrir alguna cosa.

Don Clemente Araujo, que así se llamaba el comerciante, cobró gran afecto á Leonardo, y las comisiones más delicadas, los negocios más importantes de la casa, todos se los confiaba.

Un día le dijo don Clemente:

—¿Sabe usted que vamos á tener en los talleres de confección dos compatriotas que me parece que poseen circunstancias muy especiales para el ramo de bordados?

—Me alegro mucho, porque desde que se marchó la Mercedes y su prima, á Nueva York, la verdad es que nos encontrábamos mal.

—Los trabajos que me han enseñado son de primer orden, y además, una de ellas tiene la ventaja de ser modista.

—En cuanto á eso, ya sabe usted que no nos hace gran falta.

—Sí; pero en la casa, de Regla, va á ser necesario introducir algunas modificaciones.

—Si es para sacarlas de aquí, ya es distinto.

—Yo no les he dicho nada hasta ahora; á mí no han hecho más que pedirme trabajo, y como precisamente, á Dios gracias, lo podemos dar, desde mañana vendrán ya al taller.

—¿Vivían ya en la Habana esas jóvenes?

—No; han llegado hace poco según me han dicho. Son hermanas, y muy lindas por cierto. Son personas las dos muy simpáticas.

—¡Hermanas! — exclamó sorprendido.—¿Huérfanas acaso?

—No por cierto: con su padre y su madre que las acompañan, y que parecen dos buenas personas. Los pobres, según se desprende, han hecho grandes sacrificios por dar á sus hijas una educación superior á su clase, y como en la península van tan mal todos los negocios, se conoce que han venido por aquí á ver si hacen fortuna.

—Suerte han tenido tropezando con usted, que tanto interés se toma por los peninsulares que venimos en busca de esa fortuna tan decantada, encontrándose á veces con desengaños muy terribles.

—Desde luego. En fin, dejemos ya esa cuestión, que ya tendrá usted ocasión de ver á esas jovenes, y vamos á ocuparnos de otro asunto. ¿Cómo estamos con la casa de Santiago?

—Mal; me parece que va á ser necesario tomar alguna medida enérgica con el representante que tenemos allí. Ni envía los balances, ni acusa recibo de las últimas remesas.

—Pues escríbale usted una carta fijándole un plazo irrevocable para que envíe la documentación necesaria, amenazándole con proceder de otro modo si no contesta.

—Está muy bien.

—Y en caso de que persista en su silencio, no va usted á tener otro remedio que marchar á Santiago.

—Como usted guste.

Por el diálogo anterior, habrán comprendido nuestros lectores, que Clara y Emilia habían sido admitidas en los vastos almacenes del opulento comerciante.

Una vez que desembarcaron en la Habana, Emilia juzgó prudente revelar á sus dos criados las razones que había tenido para salir de Madrid.

—El objeto de mi viaje á este sitio,—dijo la joven,—no ha sido otro que el de encontrar á un tío nuestro que nos han dicho que está aquí, y del cual depende el reconocimiento del título y de los nombres que nos pertenecen.

—¿Pero de veras, señorita,—dijo Magdalena, que desde el momento que se hallaba sola con las jóvenes recobraba su carácter,—cree usted que el señor marqués del Pino las quiere tan mal?

—¡Ay, Magdalena! si tú conocieras toda nuestra historia, te convencerías de ello.

—Pues si llega á averiguar donde estamos...

—¡No me lo digas!

—Y, sin embargo, nada hay más fácil, y usted misma habrá tenido la culpa.

—¡Yo!

—Sí, señora; ¿no le ha escrito usted por este correo?

—Eso mismo he dicho yo á Emilia,—repuso Clara;—que yo no le hubiese escrito ni una sola letra.

—Yo sí, porque me gusta entendérmelas con mis enemigos, ya que éstos se presentan del modo que el marqués. ¿Qué puede hacer aquí? ¿crees acaso que fuera capaz de hacer un viaje, por el solo placer de vernos?

—¡Quién sabe!

—Vamos, quitaos de la cabeza esas tonterías. Por otra parte, hemos venido aquí para encontrar á mi tío, y le encontraremos, y naturalmente, como esto lo sabe el marqués, se guardaría muy bien de intentar nada contra nosotras en este país.

—Tal vez tengas razón.

—Ya se ve que la tengo.

—De todos modos, señorita,—dijo Manuel,—á mí me

parece que no ha hecho usted muy bien en escribir al marqués. En eso estoy conforme con la opinión de la señorita Clara y de mi mujer.

—Van ustedes á hacer que me arrepienta.

—¡Oh! lo hecho ya no se puede remediar. Ahora lo que sí tenemos que hacer, es estar prevenidos.

—¿Quiere usted suponer que vendría?

—Siendo tan malo y teniéndoles á ustedes tan mala voluntad, todo es de temer.

—En fin, lo hecho, hecho está. Lo que no hemos de descuidar ahora, es ver si encontramos á nuestro tío.

—Eso sería lo mejor.

Y siguiendo Manuel las instrucciones de Emilia, comenzó á ver todos los médicos de más fama de la Habana, al objeto de averiguar si habían oído hablar ó conocían, al doctor don Andrés del Cerro.

Y no sólo se circunscribió á la Habana, sino que escribieron á diferentes puntos de la Isla.

Pero de ninguno de ellos le dieron razón.

El doctor don Andrés del Cerro, hacía muchos años que había salido de allí.

—Pues yo,—dijo Emilia,—no renuncio á la esperanza de encontrarle. Ya tenemos un indicio, puesto que nos dicen que aquí ha estado. ¿Quién nos asegura que no permanece todavía, retirado en cualquiera de estas provincias?

—¿De modo que tú crees que debemos permanecer aquí?—dijo Clara.

—Sí.

—¿Y has tenido en cuenta la gran brecha que hemos abierto á nuestro capital y lo que nos ha de costar la permanencia aquí, donde todo está tan caro?

—Ya lo creo que he pensado en ello, y es menester que nos ayudemos, querida Clara.

—¿De qué modo?

—Pues mira, del único de que nosotros podemos, trabajando.

—Corriente, pues vamos á buscar trabajo.

Y entonces fué cuando se presentaron en casa de don Clemente, siendo admitidas según hemos visto ya.

Efectivamente, las dos hermanas tenían una gran habilidad, y en breve espacio consiguieron darse no solamente á conocer, sino hacerse apreciar por su conducta.

Las dos hermanas trabajaban en su casa, y no iban á los almacenes más que para entregar su labor.

Esta se la pagaban perfectamente, y creían las jóvenes tener asegurada la subsistencia por mucho tiempo.

Don Clemente tenía una magnífica posesión á corta distancia de la Habana, y como que las dos hermanas se le habían hecho tan simpáticas, las invitó un día á que fuesen á verla.

Emilia, Magdalena y Manuel, marcharon, y Clara que quería concluir una labor que estaba haciendo, prometió ir algo más tarde.

Un pequeño brazo de mar, permitía hacer el viaje con extraordinaria rapidez desde la Habana á la posesión del comerciante.

Este había puesto un bote á disposición de la familia y los dos negros que le tripulaban estaban esperando en el muelle la llegada de Emilia.

Leonardo había ido aquel día á la posesión de su principal.

Tenía que tomar órdenes, porque precisamente se hacía indispensable su presencia en Santiago, por reclamarlo así el estado de aquella sucursal.

Cerca del desembarcadero que daba fácil acceso á la hacienda de don Clemente, estaba Leonardo, cuando vió aproximarse la lancha en que iba Clara.

La distancia que le separaba de la joven, no le permitió distinguirla bien.

Pero la embarcación llegó á la playa que servía para el desembarque, y el joven se detuvo, exclamando:

—¡Qué muchacha más bonita!

Los remeros aproximaron la lancha á la palanca, y la joven puso el pié en tierra.

Leonardo, seguía contemplándola, murmurando:

—Vaya una cosa extraña, cualquiera diría que no me era desconocida esa mujer. ¡Qué preciosa es! ¡qué distinción se advierte en toda ella! ¿Quién será?

Y la vió que entraba en la hacienda de su principal, y su curiosidad aumentó, apresurándose á entrar detrás de ella.

En el jardín estaba reunida toda la familia, y allí se encontró con su desconocida y la familia de ésta.

—Aquí tiene usted,—le dijo don Clemente,—á nuestros paisanos. Estas son las dos señoritas de quien le había hablado, y cuya belleza corre parejas con su habilidad.

—¡Por Dios, señor don Clemente!—dijo Emilia,—es usted demasiado amable.

—Estóy seguro que mi dependiente opina lo mismo que yo, porque este caballero,—prosiguió el comerciante,—es la persona en quien tengo depositada toda mi confianza.



Y la joven puso el pié en tierra

Leonardo saludó, pero sus ojos no se separaban de Clara, que no había podido menos de ruborizarse al sentir fijas en su rostro las miradas de Leonardo.

Las breves horas que éste pasó en compañía de su principal, Clara fué objeto de sus obsequios, dirigiéndola más de una frase galante, que á la joven la turbaba, porque era la primera vez que oia aquel lenguaje.

Leonardo tuvo que abandonar la hacienda antes que Clara y su familia.

Pero una última mirada que dirigió á la joven, parecía significarla su dolor por tener que separarse, y su esperanza de volver á verla bien pronto.

CAPITULO CXXVII

El perseguidor

UNA vez que las dos hermanas estuvieron en su casa y pudieron comunicarse sus impresiones, Emilia dijo á Clara:

—¿Qué te ha parecido el dependiente principal de don Clemente?

—¿Por qué me haces esa pregunta?—contestó Clara ruborizándose.

—Mujer, tu mismo rubor esta justificando la pregunta que te he hecho. ¿Por qué te ruborizas? ¿es acaso algún crimen que una persona nos sea más simpática que otras?

—Pero, mujer, no sé por qué me dices eso. ¿Qué simpatía puede existir entre personas que apenas se han visto algunos momentos?

—La simpatía brota en un instante; el tiempo puede

acendrar más ó menos el cariño que sigue á la simpatía; pero para el nacimiento de ésta, como ya te he dicho, basta un momento.

—Ese joven no me ha dicho nada.

—El podrá no haberte dicho nada, pero en cambio te ha mirado mucho.

—¡Qué cosas tienes!—dijo Clara.

—Y tú también le correspondías.

—Calla, Emilia; no digas eso.

—Pero, hija, si esto no es reprenderte ni mucho menos; en primer lugar, que no hay nada censurable en tu conducta, y en segundo, que ese joven me parece muy simpático. Es una persona muy agradable, de muy buena conversación...

—¿Y no te se ha ocurrido una cosa, Emilia?—dijo Clara de repente.

—¿Qué?

—¿No te ha llamado la atención su nombre?

—¿Leonardo? ¡Calla! pues es verdad. Leonardo también se llamaba aquel joven... pero no, no puede ser; éste es muy joven, y después de los años que han transcurrido ya debería ser viejo.

—Yo no te digo que sea el mismo; pero desde luego que hasta el nombre parece que predispone en su favor.

—Vamos, con eso tratas de disculpar tu naciente afecto.

—¿Otra vez vuelves á lo mismo?

—Lo único que puedo decirte es que te he visto de un modo distinto que cuando algunas otras veces nos ha dirigido la palabra algún hombre.

—Eso también es hijo de que la conversación de... de ese caballero, es distinta de la de otros.

—¡Justo! porque es distinto también el prisma bajo el cual le miras.

—Vaya, que no sabes hablar de otra cosa.

Emilia se sonrió, y abrazando á su hermana, le dijo:

—Vamos, niña, no te incomodes porque te diga eso. También á mí me ha gustado Leonardo, y no vería con malos ojos que fuera mi cuñado.

—¡Jesús! Pues apenas si adelantas.

—Ya deseo volverle á ver, porque me parece que, á riesgo de cometer una impertinencia, yo le voy á preguntar si ha conocido á Vicente.

—¡Quitá de ahí, Emilia! ¿Cómo es posible que sea aquél?

—Ya me lo figuro; pero de ese modo saldremos de dudas.

—Como quieras. Yo en tu lugar no le diría nada.

—¿Por qué?

—Porque no siendo, como no puede ser, te verás obligada á decirle algo que justifique tu pregunta, y entonces ya descubrimos nuestro incógnito.

—Eso es verdad.

—Por eso te digo que yo no lo haría.

—En fin, de aquí á que regrese, tiempo tenemos para pensar lo que debemos hacer.

Clara, aun cuando trataba de ocultarlo y ella misma no se lo quería confesar, la verdad era que cada día estaba más interesada respecto á Leonardo.

Recogía afanosamente cuantas noticias se referían á él, y un día dijo á su hermana:

—Es inútil que preguntes nada á Leonardo; porque hoy, en los talleres, me han dado respecto á él detalles que no dejan lugar á duda de ninguna especie.

—Niega todavía lo mucho que va interesándote ese joven.

—Si no lo niego, me parece que no puedo serte más franca; todo cuanto me dicen respecto á él, justifica la opinión que habíamos formado desde el primer momento.

—¿Y qué es eso que me tenías que decir referente á la falta de necesidad de hablar con Leonardo?

—¡Toma! sencillamente, que no es el Leonardo que nosotras habíamos creído, mejor dicho, que tú creías.

—¿Por qué?

—Porque, según parece, este Leonardo lleva muchos años ya en América y tiene parientes en España, y tú recordarás muy bien que Vicente nos había dicho que Leonardo, secretario de nuestro padre, era solo, y merced á esta circunstancia, había considerado á nuestro padre casi como á una persona de su familia.

—¿Y estás segura de que Leonardo tiene familia en Madrid?

—Sí por cierto; tiene una hermana casada.

—¿Pero quién te lo ha dicho?

—Esto último, el mismo don Clemente.

—Ese ya es un dato positivo que me hace desistir por completo del plan que había formado.

—Yo, que como á tí te sucede también, no olvido nada de cuanto Vicente nos había dicho, he recordado, al oir todo eso, que Leonardo le había dicho al entregarle aquel dinero, que no teniendo familia alguna, nos consideraba como de ella.

—Cierto, cierto. En fin, no hablemos más sobre este particular. Puedes creer que he recibido con esto un nuevo desengaño.

Y Emilia reflejó en su rostro el disgusto que experimentaba.

Pero todavía le estaba reservada otro mayor. Aquella misma noche, Manuel llegó profundamente agitado á su casa.

Y la alteración de su semblante era tan perceptible, que lo mismo su mujer que las jóvenes, al verle entrar le dijeron:

—¿Qué es eso, Manuel? ¿qué tienes? ¿has tenido algún disgusto?

—¡Ay, señorita Emilia!... disgusto muy grande he tenido.

—¿Por qué?—preguntó ésta.

—Por supuesto, que he de confesar que ya me lo temía.

—Pero bien, ¿qué hay?

—¿Sabe usted quién está en la Habana?

—¿El marqués?—dijo Clara con acento conmovido.

—El mismo.

—¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡pobres de nosotras!—exclamó Clara, mientras su hermana fruncía el entrecejo.

—¿Le has visto?—le dijo Magdalena.

—Pues si no le hubiese visto, ¿cómo lo sabría?—contestó de mal talante su marido.

—Explíquese usted, Manuel, explíquese usted y no nos amontonemos, que precisamente es necesario que tengamos calma en estos momentos.

—¿El le ha visto á usted?—preguntó Clara.

—Mucho me temo que sí.

—¡Ay, Dios mío! ¡entónces ya sabrá dónde vivimos!

—Eso si que no, porque he dado una porción de vuel-

tas para desorientarle, si es que venía siguiéndome, y estoy seguro que ha perdido mis huellas por completo.

—Pero vamos por partes: ¿dónde ha visto usted al marqués?

—Figúrese usted, señorita, que iba yo á entrar en el café, cuando de pronto tropiezo con un caballero que iba á salir; alzo yo la cabeza, la alza él al mismo tiempo y le reconozco.

—¿Y qué hiciste entonces?—le preguntó Magdalena.

—¿Qué había de hacer? Seguir adelante mi camino con la agitación que puedes imaginarte y salir por la otra puerta, emprendiendo una carrera desordenada por la ciudad, entrando por una calle y saliendo por otra, á fin de evitar como he dicho, el que pudiera seguirme.

—¡Oh! Pero mañana mismo estamos descubiertas.

—No tanto, mujer, no te apures, que no va á comernos el marqués, aun cuando nos encuentre.

—¡Ay, Emilia de mi alma! Ya sabes lo malo que es ese hombre.

—Ya puede ser todo lo que quiera,—repuso Manuel; —no tenga usted cuidado, que ya sabremos pararle los piés, según como venga.

—Por supuesto, que de todo esto ha tenido la culpa aquella carta.

—Pero yo le decía en ella que pensábamos salir de la Habana para recorrer toda la isla.

—¿Y eso qué? El ha dicho sin duda, que viniendo aquí ya nos encontraría, y mira tú si ha tardado en encontrarnos. Todavía dices que no tenemos nada que temer de él. ¿Pues acaso crees que él ha venido persiguiéndonos con buena intención?

—En fin; ya pensaremos lo que se ha de hacer. No te apures sobre todo, Clara.

Pero á pesar de que Emilia trataba de infundir ánimo á su hermana, la verdad era que la noticia dada por Manuel la había trastornado de un modo extraordinario.

Porque no se la oscurecía lo que había dicho Clara.

Aquella persistencia del marqués en perseguirlas, nada bueno demostraba.

Creyó que en el mero hecho de haber puesto el mar por medio, comprendería el marqués que estarían prevenidas y que no debía proseguir contra ellas su campaña.

Por otra parte, para acabarle de disuadir, le había dicho que se marchaban de la Habana.

Y cuando á pesar de todo esto no había vacilado en emprender aquel viaje, algún objeto, nada beneficioso para ellas, debía llevar.

Largas horas se llevó la joven meditando sobre lo que debía hacer.

Y á la mañana siguiente, sin decir á nadie cuál era su proyecto, perfectamente disfrazada salió de su casa y comenzó á recorrer las casas de algunos consignatarios, hasta que encontró un vapor que salía al día siguiente para Buenos Aires.

—Todo depende,—había dicho,—de la rapidez conque realicemos nuestro viaje.

Y se apresuró á tomar cuatro pasajes con nombres supuestos.

Cuando regresó á su casa, lo hizo ya acompañada del mueblista á quien había comprado los muebles que tenía, y que había convenido en volverse á quedar con ellos, mediante una pérdida de alguna consideración.

—Esta misma noche,—dijo á su hermana y á Manuel,—estaremos ya á bordo del vapor que ha de llevarnos á Buenos Aires.

—¿Pero y por qué no nos volvemos á España?—dijo Clara.—Mal por mal me parece que estaríamos mejor.

—No por cierto. ¿No comprendes que allí nos encontraríamos solas y á merced de ese hombre? Al menos, en estos países tenemos mucho que recorrer y no es fácil que nos encontremos; pero en España, no tendríamos otro remedio que ir á Madrid y allí tendríamos que caer bajo su férula.

—Tú haz lo que quieras; pero me parece que más lo acertaríamos yéndonos á Madrid, porque yo creo que á pesar de lo que el marqués nos ha dicho, nuestro tío donde está es en España.

—Ya puede que tenga razón la señorita,—dijo Manuel;—porque si ese hombre supiera que positivamente andaba por estos países su tío de ustedes, creo que no se habría aventurado á venir.

—En eso mismo me fundo yo para creer que donde está nuestro tío es en España.

—Pues ahora ya no es cuestión de deshacer lo hecho; emprendamos ese nuevo viaje y una vez en Buenos Aires, si como creo ese hombre se entretiene por aquí recorriendo la isla, creyendo que estamos en ella, tendremos tiempo de sobra para marchar á Madrid.

—Pero hacer gasto de tanta consideración...

—Mira en el tiempo que llevamos aquí, hemos ganado lo bastante para tener algún ahorro. En Buenos Aires, procuraremos ganar también lo suficiente para regresar á España.

CAPITULO CXXVIII

Las pesquisas del marqués

Clara sentía un inmenso dolor abandonando la Habana en aquellos momentos.

Si hubiese estado Leonardo en la ciudad no hubiera vacilado la joven, tanta era la confianza que le inspiraba, en revelarle lo que les acontecía, y de fijo que el joven las hubiera protegido y amparado.

Pero Leonardo permanecía en Santiago, y según había dicho don Clemente la última vez que del joven habían hablado, todavía tendría que estarse allí cerca de un mes.

Haber de marcharse de aquel modo sin poderse despedir de él, era terrible para la joven; pero no tenía otro remedio que obedecer, puesto que su hermana así lo había dispuesto.

Emilia escribió una carta á don Clemente, en que le manifestaba que la fatalidad, que las había perseguido desde la cuna, las obligaba á alejarse de allí para ir á encontrar en Buenos Aires un asilo contra las persecuciones de que eran objeto por parte del hombre que había sido el implacable verdugo de su familia.

Le rogaba que le dispensara si no iba personalmente á despedirse, cuando tantas atenciones debían tanto á él como á su familia, y terminaba diciendo que desde Buenos Aires le escribiría por si quería darle alguna recomendación para aquel país.

Aquella carta se la envió la joven precisamente en el momento en que iba á zarpar el vapor.

—Me parece que ahora,—dijo Manuel una vez se vieron fuera del puerto,—ya nos puede echar un galgo el señor marqués.

—Ahora lo que tenemos que ver,—dijo Emilia,—es la contestación que nos da la hermana de Magdalena á la carta que le hemos escrito referente á que se dirija á Avila y busque á la posadera Robustiana, y puesto que ella era pariente de Vicente, y la posesión del Solar debe estar por allí cerca, que pregunte, porque indudablemente será fácil que le digan donde está el doctor.

—Y que lo que es mi hermana,—repuso Magdalena, —puede usted estar segura que hará la diligencia con verdadera eficacia.

—¡Ojalá se me hubiese ocurrido esa idea cuando estábamos en Madrid!—dijo Emilia.

—Desde luego nos habríamos ahorrado mucho dinero y tal vez muchos disgustos, añadió Clara.

—En fin, el mal está ya hecho y no hay más que tener paciencia.

Efectivamente: como habían supuesto, la llegada del marqués no había sido más que una consecuencia de la carta que Emilia le había escrito.

El marqués se presentó en la estación conforme habían quedado con Emilia, según vimos en uno de los capítulos anteriores, creyendo positivamente que el viaje de las dos hermanas se había circunscrito á Ocaña.

Pero con gran sorpresa suya vió que no llegaban.

—Vamos,—dijo,—cosas de mujeres; las habrán detenido allí más de lo que pensaban. Mañana vendrán tal vez.

Y en su mismo carruaje se dirigió al hotel donde vivían las jóvenes, á fin de saber si Magdalena había recibido alguna noticia.

Pero con gran sorpresa suya vió el hotel cerrado, y el portero de una casa inmediata le dijo que todos habían partido el día anterior, y que, según noticias, iban á emprender un largo viaje.

—Pero ¿cómo ha sido esto?—exclamó el marqués.—¿Cómo han vendido los muebles en tan poco tiempo?

—¡Cá! no, señor; si la casa está lo mismo que estaba,—repuso el portero.

—¿Pues no dice usted que se han marchado para un largo viaje?

—Pero según me ha dicho el criado del propietario, parece que las señoritas piensan volver.

Federico se dirigió á ver al dueño de la casa, y por él supo que le habían pagado seis meses y que, según le dijeron, iban á emprender un viaje por el extranjero.

Lleno de ira abandonó el marqués la casa del propietario.

—¡Necio, más que necio!—murmuró al penetrar en

el carruaje;—me he dejado engañar como un imbécil, y he perdido la partida por ahora. ¡Poco que va á reirse Carlos de mí cuando le cuente lo que ha pasado! Pues señor, lo que es la niña tiene, por lo que se ve, más conchas que un galápago. ¡Con qué destreza me ha sacado la declaración que, después de todo, para maldito lo que le sirve, porque ellas de por sí no intentarán nada, y si lo llegaran á intentar, ya me encargaría de destruirlo! ¡Pero dónde demonios pueden habér ido! porque la verdad es que siendo tan vaga la noticia, difícilmente podré conseguir nada. En fin, no hay más remedio que esperar y procurar en lo sucesivo no ser tan estúpido.

Como había supuesto muy bien, Carlos, al saberlo, le dijo:

—Bien empleado te está, por haber querido hacer las cosas por tí solo. La ambición te ha perjudicado; el deseo de coger á Emilia y arreglar tu matrimonio con ella, para llevarte lo mejor de la herencia, te hizo no darme participación, y ahí lo tienes, te han dejado á la luna de Valencia, riéndose de tí.

—Calla, Carlos; no me vengas ahora con reconvenciones que á nada conducen.

—Por desgracia.

—Sea lo que quiera, ya está hecho, y á nadie le duele más que á mí, que tras de costarme el dinero, tengo que sufrir tus reconvenciones.

—No haber dado motivo. Y lo que es ahora, has espantado la caza de una manera, que difícilmente la volveremos á atrapar.

—Eso lo veremos.

—No, ya lo estamos viendo; según se desprende de lo que ha pasado, las tales niñas saben más que tú.

—El que me hayan derrotado en esta primera partida, no significa nada; pero yo te prometo que la revancha que he de tomar, ha de ser terrible.

Y desde aquel día el marqués no omitió diligencia de ninguna especie á fin de averiguar el paradero de las dos jóvenes.

Pero no obtuvo ningún resultado.

Emilia preparó el viaje de tal modo, según sabemos, que, aun cuando estuvieron recorriendo estaciones por si acaso en las facturas de equipajes encontraban algún dato, como que no habían sacado de Madrid las jóvenes más que lo necesario y esto lo llevaban consigo, no hubo necesidad de expedir hojas especiales donde pudiera figurar el nombre de los remitentes y receptores.

Así se pasaron los días hasta que llegó el correo de Cuba y el marqués recibió carta de Emilia, concebida en estos términos:

«Señor marqués del Pino. Apreciado amigo mío: seguramente que le habrá sorprendido nuestro precipitado viaje, preparado con tanto lujo de precauciones que nada había podido sospechar.

»La razón que para esto tuve, es muy sencilla.

»De haberle dicho lo que pensaba, habría usted tratado de disuadirme de ello, y ahora comprendo que hubiera usted tenido razón, en vista de las dificultades con que tropiezo.

»Usted me había dicho que estaba en la Habana mi tío el doctor Andrés del Cerro, y como, según usted, esta era la dificultad para nuestro reconocimiento, juzgué camino más derecho venir en su busca.

»Desgraciadamente todos mis esfuerzos han sido in-

fructuosos hasta ahora, pues el doctor no se encuentra en la Habana.

»Sin embargo, no me desanimo por ello, y dentro de unos pocos días estoy resuelta á emprender la peregrinación por toda la Isla hasta encontrarle.

»Tenaz en mis resoluciones, nada me arredra hasta llegar al objeto que me he propuesto.

»No le digo que me escriba, porque en la clase de existencia que voy á llevar no sé dónde me detendré ni el tiempo que podré permanecer.

»En su consecuencia, yo seré quien escriba á fin de tenerle al corriente del resultado de mis pesquisas.

»En la seguridad de que sabrá disculpar mi falta por no haberme despedido de usted, me repito su atenta segura servidora q. b. s. m.

»*Emilia.*»

Cuando el marqués concluyó de leer esta carta, una expresión de satisfacción cruel se retrató en su semblante.

—¡Ah! inocente,—exclamó.—Tú misma te has entregado. A pesar de la astucia que pretendes emplear no revelándome el sitio en que estás, yo te encontraré, y te juro que he de ser inexorable. Ya puedes buscar cuanto quieras á tu tío. El viejo doctor, desesperado por no haberte podido hallar, se encuentra en Madrid entregado de nuevo á su ciencia, en la que procura olvidar los dolores de su vida. En cambio, yo os encontraré en ese país, donde me será fácil hacer de vosotras lo que quiera, y lo haré. Tú has de ser mía; lo necesito, y de grado ó por fuerza lo he de alcanzar. Dices que eres tenaz en tus resoluciones; más tenaz que tú soy yo, y hasta ahora la suerte ha estado de mi parte.

El marqués se guardó muy bien de decir nada á Carlos referente á la carta que había recibido.

Salió de su casa y se fué á la de su administrador.

—Necesito,—le dijo,—cinco mil duros dentro de tres días.

—Señor marqués,—respondió aquél,—siento infinito decirle que me es absolutamente imposible. Tengo entregado á usted el total de la renta de este año y apenas estamos á la mitad, y mi deber me obliga á decirle que á este paso no vamos á tener otro remedio que vender alguna finca, lo cual es muy doloroso, cuando con las rentas podría usted vivir muy decorosamente sin mermar para nada el capital.

—¿Sabe usted lo que he venido á buscar á su casa, Ordóñez? Dinero, y no consejos,—repuso secamente el marqués.

—Pues lo primero ya le he dicho que no lo tengo.

—Buscarlo.

—Tenemos hipotecadas ya más de la tercera parte de las fincas.

—Hipoteque usted la otra tercera parte si es necesario.

—Es que los acreedores pueden alarmarse y reclamar los intereses que se les adeudan, y entonces...

—Compóngase usted como quiera. Yo necesito ese dinero como le he dicho, y es menester que me lo proporcione.

—Pero señor marqués...

—Nada. Pasado mañana necesito en mi poder esas veinticinco mil pesetas. Poderes tiene usted para obrar.

—Cierto; pero obrar como usted pretende es contra mi conciencia, y...

—¿Qué tiene que ver su conciencia de usted con mis necesidades?

—Es que gasta usted demasiado, y...

—Me parece que gasto de lo mío únicamente.

—Lo sé.

—Por lo tanto ahorremos palabras inútiles, y pasado mañana me da usted lo que he pedido. Y es más; prepárese usted de modo, que pueda disponer, ya sea dentro de un mes ó de dos, de otras veinticinco mil pesetas, si las llego á necesitar.

—¡Oh! Eso sí que ya no sabría cómo hacerlo.

—Es decir, que con un capital de quinientos mil duros se vería usted con dificultades para darme diez mil.

—Ya le he dicho cómo están gran parte de las fincas. Pesan sobre ellas demasiadas cargas, y...

—Pues una más no ha de influir nada. Lo dicho, Ordóñez; ya sabe usted que ni me gusta hablar en balde ni quedar mal cuando tengo un compromiso.

Y el marqués, después de pronunciadas estas palabras, salió del despacho de su administrador.

Se enteró cuando salía vapor de Cádiz, y eligió entre sus criados el que juzgó más conveniente para su objeto.

Ordenó á su ayuda de cámara que le arreglara el equipaje, sin decirle donde pensaba ir, y cuando recogió la cantidad que le llevó Ordóñez, se fué á ver á un banquero amigo suyo que le dió letras para la Habana.

—Ahora,—dijo,—vamos á ver si esa niña se burla de mí como lo hizo antes. La partida está muy empeñada, y por quien soy que si no la gano, tendrá razón Carlos en llamarme tonto.

CAPITULO CXXIX

El marqués comprende que ha errado el golpe otra vez

Tres días hacía que el marqués estaba en la Habana, cuando encontró á Manuel.

Del mismo modo que éste le reconoció, él también se apercibió de su presencia.

Al verle, se quedó inmóvil, y mientras Manuel cruzaba el café para salir por la otra puerta, según había dicho, Federico, decía:

—Pues señor, la suerte me ha favorecido más pronto de lo que yo creía. Ese hombre estoy seguro que ahora se marcha á su casa precipitadamente, á participar á las muchachas mi encuentro; por lo tanto, siguiéndole á larga distancia, no me ha de ser difícil dar con el sitio donde viven.

Y cuando le vió que iba á salir, lanzóse en su persecución.

Durante un buen espacio pudo seguirle.

Pero bien pronto, desconociendo el terreno en que se hallaba y con las repetidas revueltas que daba Manuel, desorientose, le perdió de vista, y finalmente se detuvo diciendo:

—He sido un tonto de capirote; ó he debido apresurarme á alcanzarle, ó debí detenerle á la puerta del café, obligándole á hablar. Ahora he perdido una ocasión, y tengo que esperar á que se me presente otra. ¡Y ya lo creo que se me presentará! Aquí lo que es preciso que yo utilice las cartas que me traje de Madrid para el capitán General, y que por mediación de éste, se ponga á mi disposición algún individuo de la policía que me descubra el paradero de esta gente; lo demás ya me lo arreglaré yo. No había querido dar este paso todavía, pero ahora lo juzgo completamente necesario.

Y efectivamente, al día inmediato fué á la Capitanía General, pero allí le aguardaba un nuevo contratiempo.

La primera autoridad de la isla había salido á recorrerla, y hasta dentro de ocho ó diez días no estaría de regreso en la capital.

El marqués vaciló respecto á lo que debería hacer.

Si esperar al capitán General, ú obrar por su cuenta.

Después de algunas vacilaciones, se decidió por esto último.

Dirigióse á las oficinas de policía, y allí bajo el pretexto de que necesitaba descubrir el paradero de una familia peninsular á quien tenía que dar una noticia importante, consiguió interesar á uno de los inspectores.

—¿Cómo se llaman las personas que usted busca?

—El, se llama Manuel.

—Bien; pero el apellido...

—No lo sé,—contestó el marqués.

—Pues, amigo mío, de ese nombre hay una porción de personas.

—Es criado de dos jóvenes que se llaman Emilia y Clara.

—¿Qué señas tienen esas jóvenes?

Se las dió el marqués, y el de policía volvió á preguntarle:

—¿Qué posición es la que tienen esas jovenes? porque supongo que teniendo criado, no pertenecerán á una clase humilde.

—No, señor, tienen un pequeño capital...

—¿Y no sabe usted si paraban en algún hotel, ó si en casa particular?

—En mi concepto, y dada la razón que las había traído á este país, deben estar en algún hotel.

—Perfectamente. Muy confusas son las noticias, pero haré todo cuanto sea posible por complacer á usted.

El inspector puso en seguida en juego el personal que tenía á sus órdenes, y como fácilmente se comprende, en ninguno de los hoteles de la Habana le dieron razón de aquella familia.

A los seis días, el marqués se encontraba en el mismo estado que el primero.

—¿No ha mirado usted en las casas de huéspedes?—dijo al inspector al participarle éste lo infructuoso de sus gestiones.

—Esto es lo que está haciéndose ahora, así como también averiguar por medio de los carteros, si recuerdan haber llevado cartas á esos nombres.

—Esa última parte me parece inútil, porque no creo que en el tiempo que llevan en la Habana, hayan recibido carta de nadie.

Otros cuatro ó cinco días transcurrieron, y el resultado fué idéntico.

Así transcurrió un mes.

El capitán General regresó en este tiempo á la Habana, le vió el marqués, hizo valer la recomendación que llevaba, por medio de aquella autoridad toda la policía se puso en movimiento, pero nada se pudo conseguir tampoco.

Encontráronse muchos Manueles, pero ninguno estaba en las condiciones del que había dicho el marqués.

—¡Qué extraño es esto!—decía Federico profundamente disgustado.—Aun cuando esta gente se haya marchado de aquí, bien deberían haber dejado en la población algún rastro que hubiese servido á la policía. Me parece que voy á prescindir de los servicios de todos, para buscar solamente por mí. Pero ¿dónde voy yo? ¿qué voy á hacer? Es verdad que Emilia me decía en su carta que iban á salir á recorrer la isla. Tal vez lo hayan hecho así. Mañana mismo voy á dirigirme á Matanzas, y me llevaré recomendación de las autoridades, á fin de que me auxilien las de todos los puntos que visite.

Así lo hizo el marqués, y sucesivamente fué recorriendo las provincias de la isla, sin que en ninguna de ellas encontrara lo que buscaba.

Cuando regresó á la Habana, hacía ya tres meses que las jóvenes habían salido para Buenos Aires.

Hablando un día con el inspector que le había auxiliado en los primeros momentos, le dijo éste:

—Vamos, pues entonces no le quepa á usted duda,

ó bien que esa familia se ha embarcado para la península, ó bien que si tenían algún interés en ocultarse, vivan aquí con nombres supuestos.

Semejante observación, llamó la atención del marqués.

—¡Demonio!—dijo,—que rayo de luz.

—¿Qué? ¿recuerda usted algo?

—Eso que me dice usted, me hace caer en una cosa.

—Usted dirá.

—Esas jóvenes han vivido algunos años bajo los nombres de Juliana y Amalia.

—¿Ve usted? ese es otro indicio que tal vez nos sirva de algo. Y dígame usted, ¿esa familia ha estado siempre en posición desahogada?

—¡Oh! sí, señor.

—¿No han ejercido profesión alguna esas jóvenes?...

—¡Calle usted! ¡calle usted! que cuando yo las conocí me parece que eran modistas, y por cierto que tenían mucha habilidad.

—¿Por qué no me dijo usted eso desde el primer día?

—Hombre, sino se me había ocurrido hasta ahora.

—Vamos, pues entonces mañana dirigiremos nuestras pesquisas en otro sentido.

Y efectivamente, á los cinco ó seis días, el inspector se presentó al marqués, diciéndole:

—Me parece que hemos descubierto algo.

—¡De veras!—exclamó Federico lleno de alegría.

—En la calle del Obispo vivían dos jóvenes peninsulares, llamadas Juliana y Amalia Viñas, hijas de Manuel y de Magdalena.

—¡Magdalena!

Y el marqués recordó que así se llamaba la mujer de Manuel.

—Las señas que usted me dió coinciden perfectamente con las de esas dos jóvenes. Ahora, la diferencia que aquí hay, es que estas jóvenes son hijas de familia, y las que usted me indicó, vivían con un criado.

—No, no, ya puede ser muy bien, que para ocultarse hayan hecho parecer como sus padres, los que no son más que sus criados.

—Entonces...

—¿Están esas jóvenes en la Habana?

—Trabajaban para unos grandes almacenes de confección que tiene aquí don Clemente Uraiz, pero según parece, hace más de tres meses que se marcharon de la Habana.

—¿Dónde?

—No me lo han sabido decir los vecinos.

—¿Y ese don Clemente no ha podido decir?...

—No le hemos visto; pero si usted quiere, se le puede preguntar.

—No, no, no hay necesidad,—dijo el marqués después de algunos momentos de reflexión,—ya iré yo.

—Como usted guste.

El marqués averiguó donde vivía el comerciante, y al día siguiente se dirigió á su casa.

—¿Es al señor D. Clemente Uraiz á quien tengo el gusto de hablar?—preguntó al anciano cuando entró en su despacho.

—Servidor de usted,—repuso don Clemente.

—Yo soy el marqués del Pino, que he venido desde Madrid con el único objeto de ver á una familia, á quien según me han dicho, usted debe conocer.

—Tengo un verdadero placer en que persona tan distinguida honre mi casa, y desde luego si puedo satisfa-

cer su deseo, lo haré con sumo gusto; dígame usted de quién se trata.

—De dos jóvenes llamadas Amalia y Juliana, que, según creo, han estado trabajando para su casa de usted.

—Es verdad, y por cierto que me prometieron escribirme, y no han cumplido su palabra.

—¿Hace mucho que se marcharon de aquí?

—¡Oh! debe hacer ya cuatro meses, pero ya verá usted, pronto vamos á saberlo.

—¡Cómo!

—Debo tener aquí la carta que me escribió Juliana al marcharse. Y por cierto que viaje más precipitado no he visto en mi vida. No sé qué diablos le pasaría á la pobre muchacha.

Y al decir ésto, el comerciante se puso á buscar la carta que, como recordaremos, le escribió Emilia.

—Aquí está,—dijo sacando una del casillero donde tenía la correspondencia.—Vea usted, vea usted.

Y leyó la carta, en la cual la joven hacía alusión á aquella persecución de que era objeto.

—¿Comprende usted algo de eso?—dijo el comerciante después que hubo leído;—¿qué persecución será esa de que es objeto esa familia?

—También aquí exagera Juliana, porque yo que estoy enterado, no juzgo que la fuera tan necesario proceder así. ¿De modo que han ido á Buenos Aires?

—Así parece.

—¿Y aquí no ha tenido usted otra carta según le ofrecieron?

—No, señor. Sin duda habrán encontrado medio de vida, cuando no me han escrito pidiéndome recomendación.

—¿Tiene usted allí relaciones?

—Muy escasas, pero en fin, para poderlas servir en un momento de apuro, me parece que sí.

—Quizás reciba usted carta todavía.

—Cuando en tanto tiempo no he sabido nada, es lo presumible que hayan encontrado trabajo. Y esto no tendría por otra parte nada de particular, porque efectivamente las dos jóvenes tienen unas manos primorosas.

—Pero señor, qué ocurrencia de familia la de marcharse allá.

—Ya ha visto usted la razón.

—Sí; pero como le he dicho, es exagerada. Esas niñas se asustan de todo.

—Pero bien; ¿qué es lo que les sucede?

—Son asuntos de familia, sobre los que usted me dispensará si permanezco reservado. Lo que sí le aseguro, es que los nombres bajo los cuales se han presentado aquí, no son los suyos.

—¡Qué dice usted!

—Se llaman Emilia y Clara.

—Pero entonces sus padres...

—Sus padres murieron hace mucho tiempo.

—Señor marqués, usted debe confundirlas con otras entonces, porque yo he hablado con Manuel y Magdalena...

—Que no son ni más ni menos que sus criados.

—¡Sus criados!

—Sí, señor.

—¿Y trabajan para comer, y tienen criados?

—Porque de ese modo han podido mucho mejor sustraerse á esa persecución que tanto miedo les inspira.

—Pero ¡válgame Dios! y que misterios hay en el mun-

do y que cosas pasan. ¡Quién hubiera de decir que aquella familia á quien yo he recibido en el seno de la mía, no era ni más ni menos que una de las muchas familias misteriosas que andan por ahí!

—Cuidado, señor don Clemente, que no se trata aquí de cierta clase de misterios vergonzosos...

—No lo digo yo en ese sentido.

—En fin, yo lo que siento es haber llegado tan tarde, y sobre todo, no poder saber á ciencia cierta el paradero de esas jóvenes.

—Eso es lo que hay, y yo, á mi vez, deploro no poderle servir en este asunto como quisiera.

—Porque la verdad es que no voy á tener otro remedio que emprender ese viaje, á la ventura.

—Luego ¿tanto le interesa á usted el encontrarlas?

—Muchísimo.

—¡Cuánto siento no poderle dar alguna indicación!

—En fin, si de aquí á cuando yo me marche, sabe usted alguna cosa, yo pasaré á despedirme y me lo dirá usted.

—Con muchísimo gusto.

Poco después el marqués abandonaba la casa de don Clemente.

CAPITULO CXXX

La sorpresa de Leonardo

HA poco de haber salido Federico del despacho del comerciante, Leonardo entró en él, siendo portador de algunas cartas.

Don Clemente le dijo:

—¿Qué es eso? ¿Tenemos noticias de Matanzas?

—Sí, señor; por eso que quiero consultarle, he entrado en este momento.

—¿Consultarme?

—El asunto lo merece y yo no me atrevo á resolver por mi solo.

—¿De qué se trata?

—De un equipo de novia, de cinco mil pesos. Y quieren además que nos encarguemos de la compra de varias alhajas por valor de diez mil.

—¿Es solvente la persona de quién se trata?

—Nuestro corresponsal dice que sí, pero á mí me

parece que si él no responde, ó cuando menos el interesado envía la mitad del importe total del pedido, no debemos servirle.

—Tiene usted razón. Sin embargo, bueno será que escriba usted á nuestro corresponsal, diciéndole si ese pedido va por su cuenta y riesgo, y si así no le conviene, que nos diga el nombre de la persona, á fin de que nos pongamos en relación directa con ella.

—Está muy bien.

—Y esas otras cartas ¿de dónde son?

—De Colón y de Santa Clara. Acuses de recibo.

—¿Están conformes las facturas?

—Sí, señor; ya sabe usted que esos corresponsales son muy buenos.

—¡Ya lo creo! Así fuera el de Santiago, como ellos.

—Ya están preparadas las cajas para Matanzas.

—Saldrán mañana, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Perfectamente, querido Leonardo; veo que está usted en todo, y cada día me complazco más en haber depositado en usted mi confianza.

—Siendo yo el honrado con ella, habría sido la persona más indigna, faltando á quien así me había distinguido, y que me acogió bondadosamente cuando llegué á Cuba.

—Bueno, bueno, no hablemos ahora de eso. Se me presentó una ocasión de cumplir con mi deber, lo cumplí, y nada; yo he ganado un buen dependiente, y usted una casa donde puede, andando el tiempo, llegar á realizar una fortunita.

—Pero eso no quitará para que siempre le sea á usted deudor de ella.

—Como estamos próximos á hacer el balance de fin de año, he pensado una cosa.

—Usted dirá.

—Desde el nuevo año, la casa girará bajo la razón social de Clemente Uraiz y Compañía.

—¿Piensa usted tomar algún socio?

—Sí por cierto.

—Sin duda querrá usted disminuir en algo su trabajo, porque como cuestión de intereses, no me parece que la casa se encuentre en situación de necesitarlo.

—Justamente, para descansar un poco.

—Me alegro mucho.

—¿Y no presume usted quién podrá ser la persona elegida?

—Supongo desde luego que elegido por usted, reunirá todas las condiciones apetecibles.

—Me parece que sí. En lo sucesivo tendrá usted que entenderse exclusivamente con mi consocio.

—Procuraré cumplir con mi deber como hasta ahora he hecho, y me parece que mi nuevo jefe no ha de quedar disgustado de mí.

—¡Que ha de quedarlo!—dijo sonriendo don Clemente,—cuando precisamente ese nuevo socio es usted mismo.

—Pero señor don Clemente, por Dios, ¿qué está usted diciendo?—exclamó el joven sin acertar á volver de su asombro.

—Sí, amigo mío; deseo tenerle á usted como consocio, en lo cual creo cumplir con un acto de justicia, porque me parece que quien como usted, en el tiempo que lleva en esta casa, ha hecho que aumente sus relaciones comerciales y que realice operaciones tan ventajo-

sas, creo que es muy justo que obtenga una recompensa.

—Pero si yo estoy recompensado suficientemente con su afecto. Puede usted creer que todo cuanto hice, ha sido, creyendo que cumplía con mi deber.

—Pues yo también cumplo con el mío, y quiero decir que el uno y el otro quedamos pagados.

—No por cierto,—dijo sonriéndose Leonardo,—que yo siempre quedaré en deuda con usted.

—Si acaso, será deuda de amistad, porque yo, amigo Leonardo, le profeso verdadero afecto.

—Mil gracias, señor don Clemente,—contestó Leonardo profundamente conmovido y estrechando cariñosamente la mano del honrado comerciante.

—Conque estamos entendidos,—le dijo éste,—este será el último balance de la casa Clemente Uraiz.

—Puesto que usted lo quiere...

—Las condiciones ya las discutiremos, á fin de hacer la escritura social.

—Usted mismo las ha de imponer.

—Está bien. Ahora hablemos de otra cosa.

—Usted dirá.

—Hoy he tenido una visita muy extraña por cierto, y mucho más extraña, por lo mismo que á usted le va á sorprender cuando se lo diga.

—¿Quién ha estado aquí?

—Un gran señor de Madrid; aquí tengo su tarjeta.

Y mostró á Leonardo la tarjeta que Federico le había dejado.

—¡El marqués del Pino!—exclamó Leonardo con un acento que no pudo menos de llamar la atención de don Clemente.

—¿Le conoce usted?

—Por desgracia.

—¿Qué dice usted, Leonardo?

—Sí, señor. ¿Y á qué ha venido ese bribón á esta casa?

—¿De bribón le califica usted?

—Y de algo más se le puede calificar todavía. Diga usted, señor don Clemente, dígame usted á qué ha venido este hombre aquí.

—Pues en busca de Juliana y de su hermana, respecto á las cuales me ha dado noticias verdaderamente curiosas.

—¡Que ha venido buscando á esas dos jóvenes! ¡Dios mío! ¿con qué objeto?

—Calle usted; ¡si es toda una historia! Yo, respetando los secretos ajenos, no le había á usted dicho la verdad respecto á lo que me decía Juliana en su carta.

—¿Qué le decía á usted?—preguntó Leonardo, cuya agitación, sin que él mismo pudiera darse cuenta de ello, iba en aumento.

—Vea usted.

Y le mostró la carta de Juliana, que, como sabemos, la tenía allí, porque se la había enseñado al marqués.

Con profunda atención la estuvo leyendo, y cuando concluyó, dijo:

—¿Qué quiere decir esto? ¿qué persecución es esta á que alude aquí Juliana?

Y volviéndose Leonardo á don Clemente, le dijo:

—Dígame usted; ¿el marqués ha leído esta carta?

—Sí, señor.

—¿Y qué ha dicho?

—Que esas jóvenes no se llamaban así.

—¡Cómo!

—Lo que usted oye.

—¿Eso ha dicho?—prosiguió el joven, cada vez más agitado.

—Le repito á usted que sí. Pero ¿qué es eso, Leonardo? ¿qué tiene usted?

—Después se lo contaré á usted, don Clemente; pero ahora, dígame usted que es lo qué ha dicho ese hombre.

—Como le he dicho; que ni Juliana ni su hermana se llamaban así.

—¿Pues cómo?

—Emilia y Clara.

—¡Oh! ¡ellas son!—exclamó Leonardo, dándose una palmada en la frente y con desesperado acento.—¡Necio de mí! ¡haberlas tenido tan cerca y no haberlas conocido! ¡Ah! por algo me eran tan simpáticas las dos...

Don Clemente miraba al joven lleno de asombro.

No sabía qué pensar, y no pudiéndose contener más, dijo:

—Pero bien, ¿usted sabe quién son?

—Sí, señor; si precisamente en busca de ellas hemos estado su tío el doctor don Andrés del Cerro y otros amigos míos, en Madrid primero y recorriendo toda España después, y si yo vine á América hace años, fué creyendo que habían venido aquí.

—Pero ¿quién son esas jóvenes?

—Las herederas de una gran fortuna, á quienes persigue ese miserable, como había perseguido á su pobre madre.

—Y yo que le he mostrado esta carta...

—¡Oh! pues el infame, de fijo que se lanzará en su persecución.

—Ha quedado en volver por aquí á saber si yo he recibido algunas noticias de ellas.

—Señor don Clemente,—dijo Leonardo al cabo de algunos momentos de reflexión,—siento lo que voy á decir á usted, pero mi suerte está ligada de tal modo á la de esas criaturas, á cuyos padres serví en mis primeros años, que con gran pesar mío me veo obligado á renunciar á la fortuna que usted me proponía hace poco, porque marcho en el primer vapor que salga para Buenos Aires.

—Pero Leonardo, reflexione usted.

Y el bueno de don Clemente, profundamente contrariado no sabía qué decir á Leonardo.

Este contestó:

—Permítame usted que le cuente en breves palabras esa historia, y usted comprenderá si debo marcharme ó no.

Y efectivamente, así lo hizo Leonardo, en medio del mayor asombro por parte del comerciante.

Cuando hubo concluido el joven, dijo don Clemente:

—Amigo mío, tiene usted mucha razón. Siento mucho perder un consocio como usted, pero si estuviera en su lugar, obraría del mismo modo.

—Gracias.

—Tiene usted deberes muy sagrados que cumplir, tanto con esas niñas como con su tío, y si puede contribuir á rehabilitarlas, hágalo en buen hora. Disponga usted del dinero que necesite, porque para la empresa que trata de acometer, sé que el elemento principal es el dinero. No lo deje usted por cortedad.

—Mil gracias. En el tiempo que llevo aquí he ahorrado algo, y después, todavía me quedaba parte de lo que saqué de España.

—De todos modos, yo sé lo qué debo hacer. Pero estoy pensando que si se marcha usted en el vapor y el marqués hace lo mismo, van ustedes á encontrarse en el buque.

—Ya tomaré yo mis precauciones para que no me conozca, aun cuando hace muchos años que no me ha visto.

—De todas maneras, no estará de más que vea usted si puede ir en otro barco.

—Eso desde luego.

—Con tal de que encuentre usted á las jóvenes antes que el marqués...

—Es que apenas desembarque, ya no le perderé de vista, y como que ahora mismo voy á poner también un telegrama á Madrid, participándole al señor doctor lo qué sucede, estoy seguro que inmediatamente se pondrá en camino para Buenos Aires.

Efectivamente, Leonardo se apresuró á abandonar el despacho, dirigiéndose á las agencias de buques, á fin de ver si salía alguno para el punto que deseaba.

Dentro de cinco días salían dos buques; diestramente se informó si en alguno había tomado pasaje el marqués y cuando lo supo, tomó pasaje inmediatamente en el otro, y después puso un largo telegrama al doctor, diciéndole que había encontrado á las niñas, que no había tenido tiempo de hablar con ellas porque habían marchado á Buenos Aires, que el marqués del Pino iba sobre sus huellas, pero que él también lo espiaba y que iba en su persecución.

Al mismo tiempo le decía que no salía de la Habana hasta dentro de cinco días; por lo tanto, podía contestar si algo se le ocurría que manifestarle.

Dos días después recibía contestación del doctor, diciéndole que él y Pepe Corrales marchaban á Barcelona para embarcarse en el vapor que salía de allí.

CAPITULO CXXXI

En Madrid

El doctor había regresado de su viaje á Andalucía, profundamente disgustado.

A pesar de aquella esperanza de que tantas veces había hablado, la verdad era que ya comenzaba á desfallecer.

Eran tantas las decepciones que había sufrido, tan grandes los desengaños que había tenido que tocar, que á pesar de su constancia, á pesar de su fe, á pesar de todo, no podía menos de decirse más de una vez:

—¿Tendrán razón todos los que me dicen que no encontraré á mis sobrinas?¿será posible que la maldad triunfe y que esos miserables se salgan al fin con la suya? No lo creo. Dios no puede permitir que el crimen quede triunfante y sea la virtud la que sucumba.

Mas á pesar de esta creencia, el doctor cada día estaba más triste y cada día el abatimiento iba tomando en él mayores proporciones.

Su fiel Marcelo lo advertía, y muchas veces le decía á Pepe:

—Me parece que el señor nos va á dar un disgusto el día menos pensado.

—No tenga usted cuidado, Marcelo; el señor doctor es fuerte como un roble y no hay peligro, por ahora al menos.

—Sin embargo, no le temo yo á los padecimientos físicos; lo que temo es el sufrimiento moral que le causa el no encontrar á esas niñas; eso es lo que le va á matar en un plazo no muy lejano.

—¡Quiere usted callar, Marcelo!—decía Pepe que no podía menos de estremecerse oyendo al criado.

—¿No ve usted que yo conozco á mi señor? ¿no ve usted que sé perfectamente su modo de pensar y su manera de sentir?

—Pero bien, él ha sido precisamente quien siempre nos ha dado aliento y esperanza.

—Pues hoy empieza á perderla y eso es lo que me asusta. El día en que la pierda en absoluto, mi señor es hombre muerto.

—Pues deber nuestro es distraerle y alentarle.

—Por más esfuerzos que nosotros hagamos, esté usted cierto que si llega á perder el ánimo, es porque realmente ve ya la cosa completamente perdida, y entonces ni todas nuestras palabras, ni todas nuestras promesas, ni todas nuestras excitaciones, serán bastantes á convencerle.

Pepe comprendía que tenía razón el criado.

A ojos vistos, como vulgarmente se dice, iba perdiendo día por día, en términos, que Pepe que le tenía verdadero cariño, le dijo un día:

—Pero vamos á ver, señor doctor, se ha propuesto usted que yo tenga que reñirle.

—¿Reñirme tú?—exclamó Andrés mirando al joven y sonriéndose.

—Reñirle yo, sí, señor; por más que le parezca extraño, no voy á poder pasar por otro punto.

—Sepamos por qué.

—Porque no parece sino que usted se ha propuesto desesperar á los que tanto le queremos.

—No sé por qué me dices eso.

—¡Una friolera! desde que ha venido usted de Andalucía se ha encerrado más que nunca en su laboratorio, se ha entregado por completo á sus estudios, evita toda clase de distracciones, y eso no está bien hecho.

—¿Te parece acaso que tengo poca distracción con visitar á mis enfermos y...?

—Si al menos tuviera usted muchos y saliera y entrara continuamente de su casa, comprendería que en realidad existiese alguna distracción.

—A mi edad, hijo mío, no está uno ya para ciertas cosas.

—¿Pero qué edad es la de usted? cualquiera que le oyese creería que era usted un octogenario, pero una persona que tiene cincuenta ó cincuenta y dos años considerarse ya como un viejo...

—Yo te diré; no hemos de considerar la vejez por la edad sino por los padecimientos. Tú sabes muy bien los disgustos que he tenido, las contrariedades que he experimentado.

—Todo lo sé, sí, señor; y por lo mismo, no quiero que se deje usted abatir de esa manera.

—Vamos, sin duda Marcelo y tú habéis hablado.

—¿Acaso necesito yo que él me diga nada para ver lo que usted hace? Comprendo que esté usted disgustado como lo estoy yo, como lo está Leonardo y, finalmente, como lo estamos todos cuantos hemos procurado ayudarle en la empresa á que se ha consagrado; pero de eso á pretender quitarse la vida como usted está haciendo, existe una gran diferencia.

—Pero hijo, no digas eso, ¿qué he de querer yo quitarme la vida?

—Lo que usted hace no revela más que ese propósito.

—Como tú quieras.

—Yo lo que quiero es que usted reflexione, que usted que tanto valor y que tanto aliento ha dado á cuantas personas han tenido necesidad de ello, considere que con todo eso no adelanta nada.

—Si lo sé; ¿pero qué quieres que te diga? este silencio absoluto respecto á estas criaturas, me desespera.

—¿No ha dicho usted siempre que tenía esperanzas de encontrarlas?

—Sí tal.

—¿Y ha perdido usted ya esa esperanza?

—Si no la he perdido, cree que, cuando menos, comienzo á tenerla muy vacilante.

—De modo que antes era usted quien me la infundía á mí, y ahora se han trocado los papeles y soy yo quien debo dársela.

—Es decir, que tú crees...

—Si he creído siempre en usted, si usted ha sido quien me ha inspirado la fe, ¿cómo es posible que la pierda tan de repente?

—¿Es decir que esperas?

—Sí, señor.

—¿Y en qué esperas, vamos á ver?

—En el milagro, en lo mismo que usted me decía cuando algunas veces le significaba mi decaimiento.

Andrés no pudo menos de morderse los labios, porque combatiéndole Pepe con sus mismos argumentos, no era posible que le rechazase.

—Pues mira, hijo, si quieres que te diga la verdad, veo ya que ese milagro en el cual tanto esperaba, tarda mucho.

—Pero llegará.

—O no.

—¿Duda usted ya de la Providencia?

—No sé qué te diga.

—Pues ahí tiene usted, como yo no soy tan pesimista y espero en ella. Yo tengo hecho un juramento como usted sabe, cuyo juramento consiste en vengar la muerte del pobre Juan y estoy seguro, segurísimo, que ha de llegar el momento en que lo pueda realizar. Y como precisamente ese juramento está tan íntimamente relacionado con el encuentro de las niñas, una y otra cosa llegarán más ó menos pronto, pero llegarán.

—¡Dios te oiga!

—¡Ya lo creo que me oirá! y no solamente me oirá, sino que creo que, en sus altos fines tiene ya decretado el castigo de los culpables y el triunfo de la inocencia y de la virtud. Conque así, señor doctor, no me obligue usted á que le reprenda. No quiere usted venir á vernos; Angeles me decía el otro día que había estado aquí y no había podido ver á usted, mi hijo se queja de que su padrino no se acuerda de él y todos estamos quejosos; esta es la verdad.

—Bueno hombre, bueno, será preciso complacerte.

—Eso es lo único que yo deseo, que se convenza usted de la justicia con que le hablamos los que le queremos.

—Si hago todos los esfuerzos posibles por tener ese ánimo y ese aliento que tú deseas.

—Permítame usted que lo dude.

—Pero si han sido tantas las contrariedades sufridas y tantos los desengaños, que han llegado á abatir mi ánimo.

—Pues eso es lo que yo no quiero que suceda.

—No te puedes imaginar lo que sufrí en Cádiz, cuando ví aquellas jóvenes en el puerto, una de las cuales, era un vivo recuerdo de aquella pobre mártir, á quien tanto he llorado.

—Pero comprenda usted que de esa clase de equivocaciones nadie está exento.

—Sí, pero tú no sabes el mal efecto que producen.

—Como que nos lo han producido á todos; recuerde usted que lo mismo Leonardo que yo, como el difunto don Jerónimo, hemos creído encontrarnos sobre la pista, y se nos ha desvanecido como el humo. Pues si por eso hubiéramos perdido la fe, ni Leonardo se hubiese marchado á América, ni ninguno de nosotros habríamos vuelto á dar paso alguno.

—Vamos, ¿pues qué quieres que haga?

—Que salga usted, que se distraiga, que no se esté siempre ocupado en el estudio, ó dejando á la imaginación que se ocupe exclusivamente de esa decepción. A saber si esas niñas tanto tiempo buscadas, vivirán muy felices y muy satisfechas en la modesta posición que Vicente les haya podido proporcionar.

—Puede que sí.

—En fin, yo lo único que deseo es que usted no se deje vencer por el rigor de la suerte.

—Procuraré hacerlo, ya que tanto empeño tienes en ello.

—Esperemos, y nada más, y si usted quiere y aun si no quiere también yo vendré todos los días, y nos iremos á paseo y al teatro, y en resumen, no quiero dejarle que continúe de esa manera.

El doctor se sonrió, y estrechando la mano de Pepe, le dijo:

—Vaya, vaya, veo que vas echando mal genio, y no quiero que te incomodes.

Iba á replicar el joven, cuando en aquel momento entró Marcelo llevando en la mano un telegrama.

—¿Qué es eso?—preguntó Andrés.

—Un telegrama de Cuba,—repuso el criado.

—¡De Cuba!—exclamaron á la vez el doctor y Pepe, —debe ser de Léonardo.

Con temblorosa mano, le abrió el doctor, y después que se hubo enterado, dijo alzando los ojos al cielo:

—¡Gracias, Dios mío, gracias! toma, Pepe, lee.

Lo cogió el joven, y dijo después que se hubo enterado:

—¿Lo ve usted? ¿se convence de lo que yo le decía poco hace?

—Entonces esas jóvenes son las que yo ví en Cádiz, Pepe, mi corazón no me había engañado.

—Aquí lo que es necesario, es contestarle inmediatamente á Leonardo á fin de que el telegrama le coja todavía en la Habana.

—Ve tú mismo á ponérselo, dile que salgo inmediatamente para Buenos Aires.

—Permítame usted; pero le diré que salimos los dos.

—¡Cómo! ¿tú también?

—¡Pues no que no! ¿Cree usted que dejaría yo escapar esta oportunidad para ver á las niñas y vengar á mi pobre Juan?

—Pero tú tienes mujer, hijos, y no es conveniente que te expongas á los riesgos de un viaje de esas condiciones.

—¡Justo! y le iba á dejar que se marchase usted solo.

—Vendrá conmigo Marcelo.

—Nada, nada, Marcelo se quedará en casa y nos marcharemos usted y yo, ya está dicho.

—Tenemos necesidad de saber cuando sale un vapor de Barcelona, y si más pronto lo hay por la vía inglesa ó francesa, nos vamos en él.

Poco después, el doctor y Pepe, abandonaban la casa de éste, enterándose de los vapores que salían más pronto, y poniendo el telegrama que como hemos visto había recibido Leonardo antes de su salida de la Habana.

Andrés, parecía haber recobrado todo su antiguo vigor y energía.

Dos días más tarde, Pepe y el doctor abandonaban la Corte para embarcarse en Barcelona con rumbo á la confederación argentina.

CAPITULO CXXXII

En Buenos Aires

Acompañadas de Manuel y de su mujer, Emilia y su hermana llegaron felizmente al punto que deseaban.

—Al menos aquí, podemos decir que estamos completamente seguras.

Así dijo Emilia, y desde los primeros momentos, y al objeto de que no se pudieran descubrir sus huellas, no quiso ya que Manuel y Magdalena figuraran como sus padres y en cambio se dieron á conocer con sus verdaderos nombres de Emilia y Clara.

Para evitar las inconveniencias consiguientes á tener que ir buscando establecimientos para trabajar, con la seguridad de que no encontrarían quizás principales tan cariñosos como don Clemente, Emilia le dijo á su hermana:

—¿Te parece que hagamos una cosa?

—¿Qué?—le preguntó Clara que desde su salida de la Habana no había conseguido borrar de su semblante la nube de tristeza producida por la separación de Leonardo.

—Que pongamos por nuestra cuenta un establecimiento de Modas.

—¡Pero mujer! ¿Estás en tí?

—¡Ya lo creo! Todo lo nuevo llama siempre la atencion. Aquí hay muchos españoles y muy ricos y algo han de hacer por sus compatriotas. Además las damas argentinas tienen muy buen gusto y no dudes que nuestros bordados y nuestra confección de sombreros llamarán la atención.

—Si de ese modo empiezas á abrir brechas en nuestro capital, considera, Emilia mía, que podemos vernos en un grave compromiso.

—No tengas cuidado. Tengo esperanza.

—En fin, haz lo que quieras.

—Mira, el tiempo que habíamos de emplear en ir de una parte á otra buscando trabajo y exponiéndonos á que no nos le den, le empleamos en buscar una tienda en un buen sitio; la decoramos con sencillez, pero con cierta elegancia, hacemos prospectos que se repartirán con profusión, tú montarás un sombrero que suplicaremos á la señora del representante de España que acepte en nuestro nombre, se hablará de esto y tú verás como nos hacemos parroquia.

—¡Dios te oiga!

—Si te digo que de aquí vamos á salir millonarias.

—Vaya, no seas loca.

Y Clara no pudo menos de sonreir al escuchar á su hermana las cuentas de la lechera, que estaba echando.

Pero Emilia lo había pensado bien.

Desde el día siguiente dieron comienzo á sus excursiones por la ciudad, y al cabo de ocho, habían encontrado una tienda perfectamente situada, precisamente frente á un establecimiento de antigüedades, perteneciente á un español.

Emilia dispuso el decorado.

Mientras éste se terminaba y el establecimiento se ponía en situación de poderse inaugurar, las jóvenes hicieron algunas labores muy notables, y entre ellas montaron diversos sombreros, de los cuales el más primoroso y el de más gusto obtuvo el destino que Emilia había pensado.

Y, efectivamente, le dió el resultado apetecido.

Desde el día en que se inauguró el establecimiento, la tienda de las españolas, como las llamaban, se vió concurrida por lo muy selecto de la sociedad bonaerense.

Al mismo tiempo también, Emilia empezó á sentir algo que en vano había intentado hacer nacer en su pecho el marqués del Pino.

Emilia amaba por primera vez.

En uno de los capítulos del segundo tomo de nuestra obra *Casada, Virgen y Mártir*, encontrarán nuestros lectores fácilmente la explicación de lo que acabamos de decir.

Julián, el dependiente y consocio al mismo tiempo de un comerciante muy conocido en Buenos Aires, vió á Emilia, un día en que ésta estaba en casa de su principal á llevar algunos objetos de su confección, á las hijas de aquél.

Julián, amigo íntimo de Pablo Céspedes, de Rafael y

de Francisco, personajes conocidos del lector en aquella obra, era honrado y leal, y joven y apuesto.

Al fijar sus ojos en Emilia, no pudo menos de ruborizarse, porque la expresión de aquella mirada estaba revelando la ingenua admiración que el joven sentía.

Ella le miró también, después, y Julián sintió que su rostro se encendía, como antes sucediera al de la huérfana.

Y estos dos rubores, efecto de una sensación idéntica, fueron por decirlo así, el primer paso de un amor que pocos días después se confesaban recíprocamente los dos jóvenes.

Julián pidió la mano de Emilia, ésta se la otorgó, el principal de Julián medió en el asunto y quedó resuelto que dentro de un año se verificaría el matrimonio.

Emilia, no creyó prudente todavía revelar á Julián el secreto de su nacimiento.

Sí le dijo que era huérfana, que Manuel y Magdalena, antiguos criados de su casa, no se habían querido separar de ellas; que todos habían salido de Madrid con la esperanza de hacer fortuna en América y que estaban en camino de realizar su aspiración.

Julián, que también era huérfano, que vivía sin otros afectos que los de la familia que le acogió cuando llegó á Buenos Aires, y el de los otros jóvenes, sus amigos, se sentía renacer á nueva vida con el amor de Emilia.

Un día, la casualidad llevó á manos de Clara un periódico de Madrid.

La joven se puso á leer distraidamente, cuando de pronto palideció y una exclamación se exhaló de sus labios.

Emilia, que estaba acabando de adornar un sombrero, alzó vivamente la cabeza y dijo:

—¿Qué es eso, Clara? ¿Qué tienes?

—Mira, lee lo que dice aquí.

Y Clara entregó á su hermana el periódico, señalándole lo que había de leer.

Se trataba de un suelto de gacetilla, y decía así:

«Una nueva cura, más prodigiosa que otras de que la prensa de todos matices se ha ocupado en diversas ocasiones, ha realizado nuestro distinguido amigo el doctor don Andrés del Cerro.»

Al llegar á este punto, Emilia también lanzó otra exclamación como la de su hermana.

—¡Y nosotras buscándole en América!—dijo.

—Ya lo ves. Está en Madrid.

—De modo, que todo cuanto el marqués nos refería...

—No fué más que una sarta de mentiras, para tenernos engañadas.

—Es verdad. Gracias á que en medio de todo, tuve valor para romper aquella especie de cadena con que trataba de tenernos sujetas.

—Dices bien.

—Y por lo que veo,—prosiguió Emilia leyendo el periódico, nuestro tío es un prodigio de ciencia.

—Y sabiendo tanto y haciendo tanto bien, como según ese periódico asegura que está haciendo, no es posible que sea un bribón como el marqués nos indicaba.

—¡Qué ha de ser, criatura, qué ha de ser!

—¿Y qué hacemos ahora?—preguntó Clara al cabo de algunos minutos.

—Por de pronto irás á ponerle un telegrama.

—¡Jesús! Eso nos costará mucho.

—Cueste lo que quiera. Lo que importa es que sepamos de él.

—¿Y cómo le vamos á poner el telegrama, si no sabemos dónde vive?

—¡Calla! Pues tienes razón.

Y Emilia se quedó un tanto pensativa.

Aquella era una contrariedad con que no había contado.

Clara la miraba consternada.

—Si estuviéramos en Madrid...—dijo.

—Sí, pero el caso es que no estamos.

—Mira, escribamos á la hermana de Magdalena que se dirija á la redacción de ese periódico y que pregunte donde vive el doctor don Andrés del Cerro y que nos envíe las señas.

—Se me ocurre algo mejor que eso.

—¿Qué?

—Poner el telegrama directamente á la redacción de ese periódico para que avisen al doctor.

—¿Pero lo querrán hacer?

—¿No ves que dice que nuestro tío es tan amigo de los redactores?

—Cierto.

—De este modo ganamos tiempo.

—¿Y por qué no haces otra cosa?

—Vamos á ver si damos con otra idea mejor. Habla Clara, habla y no perdamos tiempo.

—¿Porqué no vas á ver al representante español y...?

—No continúes. También se me había ocurrido esa idea.

—¿Pero no la pones en práctica?

—No.

Clara miró sorprendida á su hermana.

—No te comprendo,—la dijo.

—Me explicaré. Para decirle todo eso al representante, tendría que darle otras explicaciones que no me parece prudente. Ya tú ves cuando ni aun al mismo Julián he querido decirle nada...

—Tienes razón.

—Nada, nada;—continuó Emilia,—la primera idea es la mejor. Voy yo misma á poner el telegrama y si á mano viene, mañana ó pasado podemos saber del tío, si en la redacción le pasan el aviso.

—Y pensar que estaba tan cerca de nosotras, que tal vez le hayamos visto más de una vez y que él quizás habrá pasado por nuestro lado...

—Todo eso tenemos que agradecer á ese gran tunante.

—Y que todavía nos quiera perseguir...

—¡Oh! yo te aseguro que lo que es ahora, ya habrán cesado las persecuciones.

—¡Dios lo quiera!

—Es muy posible que se haya marchado ya á la península.

—En fin, ya veremos.

Entretanto Emilia había redactado un telegrama bastante extenso, suplicando al director del periódico que hiciese llegar á manos del doctor don Andrés del Cerro aquel telegrama, anunciándole que sus sobrinas Emilia y Clara estaban en Buenos Aires.

Al mismo tiempo suplicaban al director se sirviera contestarles telegráficamente también, diciéndole si lo

había hecho y que la contestación ya quedaba pagada.

Nada le importó á Emilia la enorme cantidad que tuvo que pagar por aquel telegrama.

Lo que deseaba era poder tener una noticia satisfactoria.

Clara y ella esperaron llenas de impaciencia el siguiente día.

Julián, cuando estuvo aquella noche á ver á su amada, la encontró distraída y preocupada.

Quiso saber la causa; pero Emilia sólo le contestó con evasivas.

Fiel á lo que se había propuesto, no quiso decirle nada hasta el momento que fuese necesario.

Aquella noche se sintió Julián un tanto inquieto, porque llamaban su atención, la preocupación de Emilia y su reserva para con él.

Al día siguiente no tuvieron contestación alguna.

Es verdad que tampoco era posible.

La inquietud de las jóvenes aumentó, como fácilmente se puede comprender, y por consiguiente también el disgusto de Julián, á quien llamaba cada vez más la atención el estado de su amada.

Por fin, el inmediato día, les llevó la anhelada noticia.

Pero ésta no tenía nada de satisfactoria.

El director del periódico les decía que defiriendo á sus deseos, había enviado el telegrama á su amigo el doctor, pero que éste hacía dos días que había salido de Madrid para hacer una operación á un enfermo de gravedad de una población inmediata.

Marcelo, no quiso decir que había marchado su amo

á América, siguiendo las instrucciones que le dió el doctor al salir de Madrid.

El director las prometía que tan luego regresara, él personalmente le vería y le mostraría el telegrama que obraba en su poder.

CAPITULO CXXXIII

Otra vez el marqués del Pino

AUN cuando las noticias recibidas de Madrid, no eran todo lo satisfactorias que las jóvenes habían deseado, lo principal estaba conseguido ya.

El doctor sabría que vivían y dónde estaban.

Y lo natural era que dentro de poco tuvieran alguna carta suya.

—Es preciso,—dijo Emilia á su hermana,—que estemos prevenidas para el momento en que nuestro tío nos escriba. Querrá que nos marchemos á Madrid al momento.

—¡Ay! ¡Qué placer si así lo hace!

—¿Crees acaso otra cosa? Yo no; cuanto más tiempo va pasando me convenzo de que todo cuanto dijo el marqués no fué más que una pura ficción para desorientarnos.

—Mujer, lo que no he podido comprender nunca, ha sido la idea que ese hombre se llevaría al hablarte de amor.

—También yo he reflexionado sobre eso y me parece que he dado con la solución.

—¿De veras?

—Sí por cierto. Todo aquello que él dijo atribuyéndolo á nuestro tío, referente á su amor respecto á nuestra madre, era él, él quien lo había sentido y quien debió realizar todas aquellas infamias, en venganza de no ser correspondido.

—¡Calla! puede ser que sí.

—Tal vez, aun cuando esto ya no lo aseguraré tanto, pretendiera también arrebatar sus bienes á nuestro padre, porque yo no sé si recordarás, que nos dijo que había tenido algunas desavenencias con él por cuestión de intereses.

—Sí, sí; es verdad.

—Pues bien; ¿por qué en el exceso de su ambición no habrá sido capaz de pensar que casándose conmigo podía poseer parte de todos esos bienes?

—Pero si él es muy rico, según decían.

—¡Justo! Según decían; á veces esos señores están más entrampados que cualquier pobre.

—Eso también es verdad.

—Al menos yo no me he dado otra explicación.

—Y ahora que estamos hablando referente á nuestra marcha probable y al cambio que puede verificarse en nuestra existencia, ¿no crees ya momento oportuno para decir á Julián alguna cosa?

—¿De qué?

—De nuestro tío, de nuestra verdadera posición...

—¡Oh! no, nada de eso por ahora.

—Pues ¿para cuándo lo guardas?

—Deja, que tiempo hay todavía; Julián me ama por quien soy y no quiero darle el disgusto de que piense otra cosa y se preocupe por si el cambio de posición puede influir para algo en mi amor.

—¡Oh! eres demasiado desconfiada.

—Hija mía, quiero mucho á Julián porque verdaderamente le creo digno de mi amor y quiero darle más bien la alegría de ofrecerle con mi mano una posición, que no abrigue la menor desconfianza respecto á la influencia que un cambio inesperado pudiera producir en mis sentimientos.

—¿Es decir, que yo solamente he sido la desgraciada?

—¡Quién sabe! Ya encontraremos medio de hacer llegar á noticias de Leonardo donde estás.

—Sí, pero el caso es que no le has escrito todavía á don Clemente.

—Te daré la razón. No lo he hecho porque he querido dejar pasar algún tiempo á fin de que el marqués, cansado de no encontrarnos, se marche de la Habana.

—Pues me parece que tiempo ha tenido ya para convencerse de que no era fácil dar con nosotras.

—Mañana escribiré.

Y efectivamente, Emilia, escribió á don Clemente dándole una explicación detallada de la razón que había tenido para salir de la Habana del modo que lo hicieron y las esperanzas que tenía de haber encontrado á su tío prometiendo escribirle tan luego supiera el día en que había de irse á España.

Entretanto, Julián, no podía darse cuenta de la preocupación que advertía en su amada.

Esta, naturalmente, había llegado á enamorarse del jóven.

Era tan franco, tan leal, y la amaba tanto, que Emilia, cuyo corazón se despertaba entonces por primera vez al amor, entregóse sin recelo alguno á la ventura que la proporcionaba aquella pasión.

Un temor la embargaba desde el momento en que supo que su tío vivía y que tenía medio de entenderse con él.

Que no asintiera á aquel amor.

El cambio de posición que iba á experimentar, el modo distinto en que había de penetrar desde el momento en que fuese reconocida como heredera del duque del Solar, podía ser causa de que el doctor no aprobase un amor en el cual ella había creído entrever su felicidad.

Esta era la verdadera razón que tenía para no decir nada á Julián.

Antes de todo deseaba estar segura del beneplácito de su tío.

Para esto era menester que hablase con él antes de todo.

Así era que estaba resuelta á no decir nada á Julián sobre la causa verdadera de su viaje cuando éste tuviera lugar.

Y como es consiguiente, esto la preocupaba y esta preocupación que el joven advertía, le tenía cada vez más inquieto.

Precisamente la casa que habitaban las jóvenes, tenía un pequeño jardín que se extendía á espaldas de ella, y después que Julián salía de haber pasado parte de la velada al lado de su amada, ésta salía al jardín y

á través de la verja pasaban todavía un par de horas en dulce y amorosa plática.

Cinco ó seis días después del en que Emilia había escrito á don Clemente, participándole la situación en que se hallaba, Julián, no pudiendo dominar su impaciencia, fué á casa de su amada con el propósito firmísimo de aclarar las dudas que le asaltaban.

Precisamente por aquellos días había recibido su amigo Pablo, el íntimo compañero, el que consideraba como un hermano, el terrible desengaño que aquellos de nuestros lectores que hayan leído la novela *Casada, Virgen y Mártir* recordarán, referente á la que consideraba horrible felonía cometida por Rosario.

La impresión que esto le producía, hacíale estar con mayor cuidado respecto á la causa que tendría Emilia para aquella situación inexplicable para él.

Creía conocer á la joven, estaba seguro hasta entonces de que era amado; mas al ver la actitud en que su amada se había colocado hacía días, se hallaba inquieto.

Según costumbre, estuvo en la tienda hablando con las dos hermanas y Magdalena, y á la hora acostumbrada se retiró para dar comienzo á la íntima conversación de todas las noches.

En su semblante había conocido Emilia que su amante se hallaba también bajo la presión de una idea que le mortificaba.

Cual pudiera ser ésta, no acertaba á adivinarlo.

Así fué que en el momento en que apareció tras de la verja del jardín, su primera pregunta fué:

—Dime, Julián; ¿qué es lo que tienes?

—¡Yo!—repuso el joven.—¿Y tú me lo preguntas?

—Naturalmente; como que me ha sorprendido la expresión de tu rostro.

—Y te sorprende la del mío y no quieres que á mí me sorprenda la del tuyo.

—¿Otra vez vuelves con esa manía?

—No lo es, Emilia, no lo es. Tengo la seguridad de que algo te sucede y no me lo quieres decir.

—Estás en un error.

—Quien lo está eres tú, si pretendes engañarme con esas palabras.

—¡Julián!

—A tí te sucede algo; lo que me irrita es que no tengas en mí la confianza suficiente para decírmelo.

—Pero si no tengo nada.

—A otro que te amase menos que yo se lo podías decir. Pero á mí, que estoy acostumbrado á leer en tu rostro lo que pasa en tu corazón; á mí, que no vivo más que en tu alegría, que cada uno de los latidos de tu pecho llega hasta el mío, á mí no puedes decirme que no tienes nada.

—Ya te he dicho muchas veces que hay días en que una se encuentra preocupada é inquieta sin saber por qué. A tí mismo te habrá pasado eso muchas veces.

—Es verdad.

—Entonces ¿por qué te extrañas?...

—Si eso hubiese sido un día solamente, lo comprendería; si con intervalos más ó menos largos se hubiese repetido, también lo comprendería; pero que lleves tantos días bajo el peso de esa preocupación, que yo conozco que estás haciendo esfuerzos para demostrarme que te hallas en tu estado normal, y que yo considero que no es así, ya supondrás que no ha de serme satisfactorio.

—Mira, Julián,—dijo Emilia al cabo de algunos momentos y dando á su acento una gravedad extraordinaria,—¿tienes confianza en mí?

—¡Qué pregunta! ¿Pues si no la tuviera, crees acaso que podría vivir?

—Pues si tienes confianza, ¿cómo pueden compaginarse entonces esas dudas?

—¡Oh! Por lo mismo que tengo esa confianza tan ilimitada en tí, me creo con derecho á que tú la tengas del mismo modo, y de aquí nace mi disgusto; de que veo que no la tienes.

—No es eso.

—Sí, Emilia; yo comprendo que algo te sucede; si no me lo quieres decir, es distinto; dueña eres de tus secretos y no seré yo por cierto quien pretenda obligarte á que me los reveles.

Y el rostro del joven expresó el profundo dolor que sentía.

Emilia no pudo ver aquella expresión, porque la oscuridad de la noche se lo impedía, pero comprendió por el acento de Julián lo que no podía ver.

Durante algunos momentos permaneció silenciosa.

Al cabo de ellos dijo:

—Julián, amigo mío, no dudes de mí. Yo te amaré siempre como te amo hoy, como te amaba ayer y por lo mismo tengo derecho á que me creas.

—Pero ¿existe ó no la preocupación de que te hablo?

—Sí,—contestó con voz seca Emilia.

—¡Oh! gracias,—exclamó Julián.—Gracias porque al fin te resuelves á hablar. ¿Ves como yo no me había engañado?

—No. Existe esa preocupación de que me hablas, pero ten en cuenta lo que te voy á decir.

—Explícate por Dios, que esa gravedad de que revistes tu acento, parece revelarme algo que me desconcierta y...

—No se trata de nada que afecte á nuestro amor.

—Pero...

—Mi preocupación nace de otra causa.

—¿Cuál es?

—Permíteme que te la oculte por ahora. Se refiere á una cuestión de familia que yo debo respetar.

—¡De familia! ¿Pues acaso no vas á ser mi esposa dentro de un plazo que tú misma has fijado? ¿No me consideras acaso ya como de tu familia?

—Sí, pero no estoy autorizada para revelártelo. El día que seas mi esposo lo sabrás todo.

—¡Emilia!...

—En este secreto debo advertirte que no hay nada, pero absolutamente nada, que pueda ofender ni á mi buen nombre ni al de los míos. Es algo que me afecta mucho, pero que no se relaciona en nada ni por nada con nuestro amor. Yo te amo y solamente seré tuya.



l'T. BLASI-BARCELONA.

Yo te amaré siempre.

CAPITULO CXXXIV

Se trata del mismo asunto

Respiraba tal sinceridad el acento con que la joven había pronunciado las anteriores palabras, que era imposible dudar de ella.

Julián, respondió:

—Te creo, Emilia; me basta con lo que me has dicho para quedar satisfecho, porque esto me demuestra que mi suposición no era infundada. Así te habrás convencido de que la mirada de mi cariño no es fácil de engañar. El secreto de que me hablas, por más que me duela no conocerle hoy, esperaré tranquilo y resignado el día en que me ofreces su revelacion, y si de mí depende hacer algo para templar el disgusto que ese mismo secreto te ocasiona, ten la seguridad que lo haré. Ya ves que no sé de lo que se trata, pero al ver lo que te altera, comprendo desde luego que debe ser muy grave,

y que quizás necesites ayuda para vencer su influencia. Cuenta conmigo para todo.

—¡Gracias, gracias!—exclamó Emilia profundamente emocionada, tendiendo sus dedos por entre los hierros de la verja á Julián, que se apresuró á cogerlos y aproximarlos á sus labios, diciendo:

—¿Acaso habías dudado de mí?

—No, pero en cambio tú si que has abrigado dudas sobre mi cariño.

—No sobre tu cariño, sobre tu confianza. Si amar es confiar, si es no tener secreto alguno para el sér amado ¿por qué te empeñabas en negarme lo mismo que yo estaba viendo? ¿por qué no haberme hecho esta revelación cuando yo con tanto afán te la exigía?

—Porque no quería que sufrieses como ahora has de sufrir, sabiendo que hay un secreto que influye desagradablemente en mi existencia.

—No pensemos ya más en ello,—repuso Julián;—hablemos únicamente de nuestro amor, y quiera el cielo que éste tenga el privilegio de inutilizar, en estas horas al menos, el recuerdo de ese malhadado secreto.

Cuando se retiró Julián aquella noche, Emilia se arrepentía de haber confesado á su amante la existencia de aquel secreto.

—Sopena de tener que hacerme una violencia extraordinaria,—pensaba,—ha de llegar un día en que sorprenda mi preocupación, en que vuelva á preguntarme por la causa de ella, en que aumenten sus exigencias en la misma proporción de mis negativas, y quizás se ofenda y se incomode, y no tenga más remedio que hablar.

Y con más razón hubiera podido decir esto, á haber podido escuchar lo que murmuraba Julián al dirigirse á su casa.

—Yo sabré,—decía,—el secreto de Emilia. Su amor no podrá negar al mío una exigencia tan justa.

Julián, más tranquilo ya, desde el siguiente día no volvió á decir nada á Emilia.

Esta, á su vez, hacía esfuerzos también para que su amante no advirtiera la preocupación de su espíritu.

Y si alguna vez se olvidaba de su papel y dejaba traslucir en su semblante lo que en su corazón pasaba, Julián se apresuraba á decirla:

—¡Por Dios, Emilia! si es que ese secreto te pesa tanto, ¿por qué no le depositas en mi corazón? ¿Crees acaso que no sabré guardarle?

Emilia se sonreía y daba nuevo giro á la conversación, procurando disimular.

De este modo pasó el tiempo y el marqués del Pino llegó á Buenos Aires.

Tres días después que él, llegaba también Leonardo, cuyo buque había tenido que detener su viaje en otro punto.

El antiguo secretario del duque del Solar, se había equivocado en sus presunciones.

Creyó que le sería fácil encontrar al marqués, con sólo recorrer los hoteles de Buenos Aires.

Efectivamente que este era un recurso que podía llevarle al logro de sus deseos, que no eran otros que ponerse sobre la pista de las huérfanas.

Pero cual si el marqués hubiera temido que alguien le siguiera, se presentó en uno de los hoteles, en lo general frecuentado por italianos, y allí dió el nombre de Stefano Aldiguieri.

Bajo este nombre, difícil era que Leonardo le pudiera encontrar.

El le buscaba bajo su nombre ó bajo su título, y ni con el uno ni con el otro nadie le daba razón.

Desesperado estaba Leonardo, temeroso de que el marqués hubiese encontrado á las jóvenes y hubiese cometido algún atropello, y por primera vez de su vida vaciló, no sabiendo qué resolución tomar.

Entretanto, Federico, había empezado sus pesquisas.

Recorriendo almacenes de confección y dando los nombres de las jóvenes, ya fueran los suyos verdaderos, ya los que llevaban en Cuba, nadie le daba razón.

De modo que lo mismo el perseguidor que el perseguido, empezaban ya á desesperar de su empresa, cuando una mañana, la casualidad condujo al marqués, frente al establecimiento de las dos hermanas.

Estas habían tomado dos ó tres oficialas, y de ellas había una que era la que generalmente estaba en el mostrador.

Precisamente en el momento en que el marqués llegaba delante de la tienda, Clara estaba detrás de los cristales arreglando algunos objetos que tenía en el aparador.

La joven reconoció inmediatamente á su perseguidor.

Y se apresuró á separarse de allí, pálida y temblorosa.

Mas á pesar de la rapidez con que lo hizo, el marqués creyó reconocerla, y se detuvo mirando á través de la vidriera.

Clara tuvo la buena ocurrencia de decir á la oficiala que había en la tienda:

—María, observe usted á ese caballero que hay allí parado. ¿Le ve usted?

—Sí, señora;—contestó la oficiala sorprendida por la alteración que advertía en su señora.

—Pues bien, si entra preguntando por los dueños de la tienda, dígale usted que ésta, pertenece... á la primera persona que se le ocurra.

—Pero...

—Sobre todo, si le pregunta por nosotras, diga que no sabe quienes somos; no pronuncie usted nuestros nombres para nada.

—Está bien. Entonces diré que todo esto es de mi padre.

—De quien usted quiera; el caso es que no le diga nada de nosotras, y si le pregunta, conteste que no nos conoce.

La oficiala se quedó un tanto aturdida por lo que oía, pero apreciaba mucho á las dos hermanas, que la pagaban muy bien su trabajo, y resolvió cumplir fielmente el encargo recibido.

Emilia estaba en la trastienda ocupándose en un bordado de gran delicadeza, cuando vió entrar á su hermana pálida y completamente trastornada.

—¿Qué tienes?—la dijo.

—Ven,—contestó la joven, no queriendo decir nada delante de las otras dos operarias que ayudaban á Emilia.

Esta se apresuró á obedecer, y siguió á su hermana á las habitaciones interiores.

Una vez en ellas, Clara se dejó caer en una silla, y con acento de profundo terror, exclamó:

—¡Ay! ¡Emilia de mi alma! ¡ya está ahí!

—¿Quién?—preguntó Emilia.

—¡Quién ha de ser! El marqués.

—¿Qué dices?—exclamó la joven palideciendo.

—Lo que oyes. Acabo de verle parado delante de la puerta.

—¿Pero cómo diablos ese hombre ha podido descubrir nuestro paradero?

—Estamos perdidas, hermana mía; ese hombre es capaz de cometer cualquier infamia. ¡Dios mío! ¿Qué va á ser de nosotras?

Y Clara rompió á llorar amargamente.

—Vaya, vaya,—exclamó su hermana.—No te apures así. ¿No hemos salido bien hasta ahora? pues lo mismo saldremos en lo sucesivo. ¿Te ha visto el marqués?

—No lo creo. Ya le he dicho á María lo que ha de contestar si entrase en la tienda.

Y refirió á Emilia la precaución que había tomado.

—Has hecho bien. María es fiel y tal vez consigamos desorientar, por un par de días al menos, á ese hombre.

—Por un par de días no más ¿y después?

—Después ya estaremos muy lejos de aquí.

—¿Cómo?

—Marchamos á España inmediatamente.

—¡Pero Emilia! ¿Estás en tí?

—No hay otro remedio. Ahora sí que vamos resueltamente á buscar á nuestro tío.

—¿Y la tienda? ¿y los compromisos contraídos?

—Todo se arreglará. María quedará encargada de todo y aun cuando se pierda, la cuestión es que nos marchemos de aquí.

—¿Es preciso avisar á Magdalena?

—¡Ya lo creo!

—¿Y á Julián?

—¡Oh! no; á ese no. Sería necesario decirle lo que

ocurre, él se empeñaría en ver al marqués, y... no, no quiero ni pensarlo siquiera.

—Tienes razón. Pero de todos modos no sé cómo te vas á gobernar para que él lo ignore.

—No lo sé; déjame ahora y no me hables de eso, porque la sola idea del profundo disgusto que le voy á dar, me pone fuera de mí.

—Y la resolución debemos tomarla en seguida.

—Por eso hemos de hablar con Manuel.

—Pues voy á avisarle al momento. Y sobre todo si María ha cumplido mi encargo, como no dudo, no debes salir por ahí, donde te pueda ver el marqués.

—Dí á María que entre.

—¿Pero y si entretanto entra el marqués?

—Tienes razón. Ya hablaremos después.

Emilia, con febril actividad, comenzó á ocuparse de los preparativos del viaje.

Apenas Manuel se enteró de lo que ocurría, dijo:

—Vaya, señorita, no pase usted cuidado que si ese hombre se presenta aquí, ya buscaremos medio de tenerle á raya.

—Precisamente eso es lo que yo quiero evitar.

—Y el señorito Julián, ¿qué vamos á hacer? Porque bien tendremos que decirle alguna cosa, y si se entera, con el genio que tiene...

—Ese es mi cuidado y por esa razón es menester que se lo ocultemos todo, Manuel; así se lo he dicho á Clara también.

—Pero para marcharnos...

—Lo sabrá, cuando ya estemos embarcados.

—¡Válgame Dios! Y cuantos trastornos nos proporciona ese malvado.

—Que nosotros estemos en Madrid y ya verá usted como se acaba todo esto. Lo primero que ha de hacer usted, es poner este telegrama á mi tío.

Y Emilia puso un telegrama anunciando á Andrés que salían dentro de pocos días para España.

Manuel recibió el encargo de averiguar cuando salía algún vapor para la península y de arreglar la cuestión de los pasajes.

Al mismo tiempo debía avisar al padre de María á fin de ver si podían entenderse en la cuestión del establecimiento.

El esposo de Magdalena, perfectamente disfrazado á fin de que si se encontraba con el marqués, no le conociera éste, salió para dar los pasos necesarios al plan que se había propuesto Emilia.

CAPITULO CXXXV

Llegar tarde otra vez

El marqués, como ya hemos dicho, había creído reconocer á Clara.

Sin embargo, más precavido que en la Habana, procuró no espantar la caza, como se dice vulgarmente.

Púsose á observar y no le fué difícil hacerlo, por ser la calle sumamente pasajera y no llamar la atención su presencia.

Sin embargo, á pesar de mirar cada vez que pasaba, y observar por el escaparate, fingiendo que estaba mirando los objetos que en él había, no vió á ninguna de las dos hermanas.

—Pues señor,—decía.—Yo no me engaño con facilidad, y casi me atrevo á jurar que era Clara la persona á quien he visto. ¿Dónde diablos se ha metido? ¿Es que trabajan las dos hermanas para esa tienda? ¿Dónde están Manuel y Magdalena, á quienes no veo tampoco? La hora de salir los operarios de los establecimientos

ha pasado ya. He visto dos que se marchaban, pero no han salido ellas.

Y el marqués se perdía en conjeturas y no acertaba á dar con la verdad.

Veía constantemente en la tienda, á María, y supuso que aquella era el ama.

La necesidad le obligó á abandonar su acechadero para dirigirse á la fonda.

Pero una vez que hubo almorzado, volvióse de nuevo á la calle donde vivían las jóvenes.

Varias veces intentó preguntar en la tiendas inmediatas si conocían á dos jóvenes que trabajaban de modistas.

Pero le detuvo la consideración de que no sabía bajo qué nombre se habían presentado allí.

Y tener que ir dando los dos, bajo los cuales las conocía, podría excitar sospechas y exponerse de este modo á no saber nada.

Pero como que tampoco en aquella incertidumbre era posible continuar, se resolvió y resueltamente se dirigió al interior del establecimiento.

Como todos los proyectos criminales, el del marqués tenía forzosamente que derrumbarse por las faltas cometidas por su creador.

Imposible parece que á una persona de su estofa no se le ocurriera lo que al más imberbe de los bribones se le habría ocurrido desde el primer momento.

Aprovecharse del momento de aturdimiento del enemigo, es siempre de seguros resultados.

Si el marqués, cuando le pareció ver á Clara hubiese entrado en la tienda, ni la joven hubiera tenido tiempo para prevenir á María, ni ésta hubiese ad-

quirido la sangre fría necesaria para sostener una entrevista con el marqués.

Aun cuando Clara se hubiese marchado al interior del establecimiento, y aun cuando María hubiese querido negar la existencia de las dos jóvenes, su misma turbación la hubiese denunciado.

Pero como que si estos descuidos no existieran, la mayor parte de los crímenes se llevarían á feliz término, por eso cuando el marqués se decidió por entrar en la tienda era ya tarde.

Emilia había hablado con el padre de María, habían quedado ya conformes en la forma en que les dejaba el establecimiento y esta era una razón poderosísima para que la joven defendiera tenazmente aquella posición en que no había podido soñar hasta entonces.

Así fué que el marqués tropezó con una roca.

—Usted dispensará, señorita,—dijo al entrar en la tienda,—la pregunta que voy á hacerla; pero cuando conozca las razones que á ello me impulsan, estoy seguro que dispensará usted mi atrevimiento.

—Usted dirá, señor,—contestó la joven mirando curiosamente á su interlocutor.

—¿Conoce usted á dos hermanas cuyos padres se llaman Manuel Viñas y Magdalena?

—¿Y esas jóvenes son hermanas?

—Sí, señora.

—¿Y modistas?

—Muy entendidas por cierto, y muy habilidosas; en la Habana trabajaban en uno, ó quizás en el principal de los almacenes de confección.

—¿Cómo se llamaban?

—Emilia y Clara.

—Lo que es con esos nombres...

—¿Y con los de Juliana y Amalia?

—¡Cómo!

—Bajo esos nombres trabajaban en la Habana.

—¿De modo, que por lo visto esas señoritas tienen dos nombres?

—Sí, señora.

—No arguye mucho en favor de ellas.

—¡Qué quiere usted! han creído sustraerse de ese modo á las pesquisas que respecto á ellas está practicando su familia y han adoptado toda clase de precauciones.

—Sí, pero precauciones inútiles por lo que se ve, puesto que usted se conoce que va tras de ellas.

—Pero sin poderlas alcanzar.

—Yo siento no poder dar á usted ninguna noticia respecto á esas jóvenes. Tal vez en algún otro establecimiento...

—¿Usted quiere que yo sea franco, señorita?

—¿Y por qué no, señor? Como no creo que tenga razón alguna para dejar de serlo...

—Ya verá usted; esta mañana pasaba yo por delante de esta tienda, y me pareció ver en el mostrador, á una de esas dos hermanas que la he dicho.

—Quizás tenga usted razón, puede muy bien que hubiese venido con algún encargo.

—No, su traje era de casa.

—¡Ah! entonces se ha equivocado.

—Mire usted que lo dudo mucho.

—Aquí las oficialas que tenemos, ninguna se llama con esos nombres, y en cuanto á nosotros, ni mis padres ni yo, tenemos los nombres que usted ha dicho.

—En fin, porque usted lo dice, lo creo.

—Y porque es verdad, caballero.

—Veo que tengo muy mala suerte.

—No tengo yo la culpa, y siento infinito no haberle podido complacer..

—¿Pero de veras no tiene usted noticias de esas jóvenes, ó de otras que sean parecidas á ellas?

—No, señor; lo que es con esas señas que usted me da, no conozco á nadie.

—¡Pues cómo ha de ser! Créame usted que me había imaginado encontrar aquí á las personas que buscaba, y tenga usted seguro, que me creo ser bastante fisonomista.

—Si no lo dudo; pero en este caso, siento decirle que ha padecido un crasísimo error.

—Dispense usted la molestia.

Y el marqués salió de la tienda, murmurando:

—Por más que ésta me diga, no me quitará de la cabeza que he visto á Clara aquí, y aquí están las dos hermanas.

Y resuelto á descubrir aquel enigma, continuó su espionaje.

Precisamente en el momento en que Julián iba como de costumbre á ver á Emilia, fué cuando tropezó con el marqués, llamándole la atención la insistencia con que miraba hacia el interior de la tienda.

Una persona que ya estaba recelosa como á Julián le sucedía, no pudo menos de encontrar motivo para aumentar su recelo en aquella persistencia, y se aumentó cuando al entrar en la tienda se encontró con María, que le dijo:

—Ahí dentro está Emilia.

Este era el momento que había temido la joven.

Así fué, que al entrar Julián, á pesar de haber formado el propósito de permanecer tranquila, no pudo menos de inmutarse.

—¿Qué es eso, Emilia?—la preguntó Julián.—¿Te encuentras enferma acaso?

—No,—se apresuró á contestar la joven.

—Como no te he visto en la tienda.

—Era un poco delicada esta labor que estaba haciendo, y no he querido que nadie se enterase de lo que hacía.

—Pues hija,—dijo Julián mirando atentamente á su amada,—tú dirás todo lo que quieras, pero cualquiera que te mire, dirá que has sufrido alguna contrariedad ó que estás enferma.

—Mira que tienes manías.

—Siempre dices lo mismo; no parece sino que mi cariño tenga el privilegio de aumentar las cosas.

—No es eso, hombre; pero te empeñas siempre en que me sucede algo, que estoy enferma ó que algo te oculto, y no es ni lo uno ni lo otro.

—Como tú quieras; no volveré á decirte nada, veo que te ofenden mis palabras, y no quiero mortificarte en lo más mínimo.

Sin embargo de esto, Julián no pudo disimular la contrariedad que experimentaba.

Comprendía que Emilia no era franca.

Unía la turbación que en la joven advertía, con la presencia de aquel individuo á quien no había visto hasta entonces por allí, y que estaba mirando con tanta insistencia hacia el interior de la tienda.

Y cuando salió de allí y se dirigió á su casa, no pudo menos de significar á su amigo Pablo, los recelos que tenía.

Su compañero y amigo, trató de desvanecerlos, pero al día siguiente volvió á encontrar al marqués, volvió á advertir la misma turbación en Emilia, y más que todo le sorprendieron las huellas de lágrimas que advertía en sus mejillas.

Sobre esto, hubo nuevo interrogatorio.

Como natural consecuencia, las negativas de la joven acabaron de molestarle, y salió de allí inquieto, con mayor motivo, cuanto que la despedida de Emilia aquella noche, le pareció, sin que pudiera darse cuenta de ello, que revestía un carácter diferente del que había tenido otras veces.

Y razón tenía Emilia para encontrarse de aquel modo.

Precisamente dentro dos días se iba á verificar su marcha.

Y conforme se aproximaba el momento, el dolor de la joven era más profundo.

En los días siguientes no vió Julián al marqués, pero al tercero volvió á encontrarle.

Federico había creído tropezar en la calle con Emilia.

Esta se había metido en un carruaje, dándole las señas de su casa al cochero.

El marqués hizo otro tanto, pero su cochero perdió de vista el carruaje de Emilia.

Cuando el marqués llegó cerca de la tienda, vió que en dirección contraria, se alejaba el que había conducido á la joven.

—Vamos, ahora no tengo duda, aquí están,—dijo,—y es preciso que yo las encuentre.

Y volvió á entrar en la tienda, y sostuvo un altercado

bastante violento con María, que al verse bruscamente interpelada por el marqués diciéndole que había visto entrar allí á una de las dos jóvenes, se inmutó, corroborando con esto las sospechas que él había concebido.

Cuando salió de allí, llegaba Julián.

Receloso é irritado como ya estaba el joven, sintió, sin que él mismo se lo pudiera explicar, una comezón extraordinaria, por tener una cuestión con aquel hombre.

Y para este efecto, tropezó con él, dando ocasión á que el marqués le dijera alguna frase inconveniente.

Replicó Julián con mayor acritud, pero el marqués, á quien no convenía en aquellos momentos cuestión de ningún género, se alejó precipitadamente, se metió en un carruaje y desapareció.

Si nuestros lectores recuerdan las escenas á que hemos hecho referencia en nuestra obra *Casada, Virgen y Mártir*, recordarán que este incidente del carruaje fué precisamente el que Julián refirió á su amigo Pablo lamentándose de la desaparición de Emilia.

Porque efectivamente, al dia inmediato, cuando se presentó en casa de su amada, encontróse con María, que le dijo:

—Don Julián, Emilia y su hermana acompañadas de sus criados, se han embarcado esta mañana para Europa.

Tan inesperada fué esta noticia y tan grande el efecto que produjo en el joven, que durante algunos segundos permaneció sin saber qué decir.

Con los ojos desmesuradamente abiertos fijos en

María, pálido el semblante y presa de la mayor agitación, necesitó que pasara un buen rato para poder decir:

—Pero María, ¿eso que me dice usted es cierto?

—Y tan cierto, como que aquí tengo una carta que Emilia me ha dejado para usted.

—¡Una carta!

—Sí, señor.

—Pero ¡Dios mío! ¿cómo ha sido esto? ¿por qué este viaje tan repentino, y sobre todo, por qué no haberme dicho nada? ¿qué quieren decir esos misterios?

—Según yo he podido comprender, sobre esas pobres jóvenes pesa una gran fatalidad, contra la cual no pueden luchar. Esta misma mañana ha estado aquí un señor, que parece que es el que las viene persiguiendo hace muchos años. Felizmente ha llegado tarde, porque su desesperación ha sido extraordinaria.

—Ese hombre, ¿es quizás uno á quien yo he visto hace cuatro ó cinco dias?

—Sí, señor; porque Clara que le había visto, me dió sus instrucciones, y desde aquel momento empezaron á hacer sus preparativos de viaje las dos hermanas.

—Pero ¿por qué no me has sido franca, Emilia? ¡Dios mío, Dios mío!—exclamó con desesperado acento Julián;—¡qué desgraciado me ha hecho esa reserva!

Y cogió la carta que le entregaba María.

En ella le decía la joven, que cediendo á la fatalidad que sobre ella pesaba, se veía obligada á marchar de Buenos Aires, sin saber el sitio donde el destino la conduciría; que regularmente no se verían más, pero que el amor que por él había sentido, no se borraría nunca de su pecho.

Julián quedó completamente anonadado con la lectura de esta carta.

Después se llevó entrambas manos á la cabeza y abandonó el establecimiento de modas, loco de dolor y desesperación.

CAPITULO CXXXVI

Leonardo llega tarde también

No había podido menos el marqués del Pino de maldecir la ingerencia de Julián, á quien había visto entrar algunas veces en el establecimiento de modas, y á quien, sin saber por qué, profesó desde el primer momento una gran antipatía.

Pero como por el momento, según manifestamos en el capítulo anterior, no le convenía entablar querella de ningún género, desapareció en el carruaje, reservándose para más adelante el castigar á aquel joven.

Lo que no se le ocurrió antes y hubo de desechar para evitar un escándalo, lo hizo aquel día.

Preguntó en otra tienda de modas, quiénes eran los dueños de aquella en que él sospechaba estaban las dos hermanas.

Y la contestación fué tal, que no le dejó duda de ningún género.

El establecimiento pertenecía á dos hermanas españolas llamadas Emilia y Clara.

Aquella pregunta repetida en dos ó tres establecimientos y contestada de un modo idéntico, le obligó á decir:

—Ahora de grado ó por fuerza, yo veré á Emilia. Mañana iré al almacén, y si todavía sigue negando aquella joven, invocaré el auxilio de nuestro representante, y entonces veremos si realizo ó no mi propósito.

Y llegó el día siguiente, y á la hora que juzgó oportuno, presentóse allí, diciendo:

—Señorita, siento infinito que haya usted estado engañándome todos estos días, negándome que en esta tienda existieran las personas que yo buscaba. Ahora sé que no sólo están aquí, sino que son sus dueñas; por lo tanto, haga usted el favor de avisarles que si no quieren verse ante el representante de España, me reciban, porque tengo que hablar con ellas.

Como que María no tenía ya necesidad en aquel momento de ocultar nada, se apresuró á decir:

—Tiene usted razón en todo; esas señoritas eran las dueñas de este establecimiento, pero le vieron á usted, comprendieron que seguía persiguiéndolas, como según parece tiene usted ya por costumbre, y resolvieron escapar de una vez á su persecución.

—¡Cómo!—exclamó el marqués presintiendo algo que no pudo menos de desconcertarle.

—Entonces nos vendieron el establecimiento, y en estos momentos se encuentran navegando con rumbo hacia Europa.

—¡Imposible!

—¡Oh! lo que es ahora ya tiene usted permiso para pasar la trastienda y registrar toda la casa.

Y la joven franqueó la entrada el marqués.

Este no quiso aceptar.

Porque comprendió perfectamente, que cuando semejante libertad se le concedía, era cierto que los pájaros habían volado.

Durante algunos segundos permaneció inmóvil.

Después dijo:

—¿Conque me habían visto?

—Sí, señor, y francamente, me parece que debe usted desistir de su empeño, porque eso puede acarrearle á la corta ó á la larga, alguna desgracia.

—Como que usted ignora las razones que tengo para obrar así.

—Está usted en un error; las conozco lo mismo que las conocemos todos los de mi casa, y francamente, señor marqués, si usted quiere que le diga mi opinión...

—Ya sé que ha de serme desfavorable.

—Lo cual prueba que usted mismo comprende que no tiene nada de correcta su conducta.

—Eso es cuestión de apreciaciones.

—Me parece que la mía debe ser la de cualquier persona dotada de buenos sentimientos.

—Con lo cual quiere usted decir que los míos...

—No son de los mejores, señor marqués; ¿y por qué he de negarle lo que pienso?

El marqués se mordió los labios, diciendo después:

—¿Dice usted que se han marchado hoy?

—Sí, señor; esta mañana al amanecer.

—Pero todo eso debe haber exigido pasos y un mo-

vimiento del cual yo no me he apercibido, á pesar de estar observando esta casa.

—No tiene nada de particular, porque el jardín tiene una puerta que da á otro sitio,—contestó María, sonriéndose, porque gozaba martirizando á aquel miserable.

—¡Necio, más que necio!—murmuró Federico.

—Nada, señor marqués, créame usted y deje á esas jóvenes, que hoy por hoy, saben mucho más que usted.

—Pero ¿de qué?—dijo el marqués alarmado.

—De todo.

—Muy vago es eso.

—No puedo decirle á usted otra cosa. Por de pronto, conocen la existencia de su tío.

—¡Oh!

—Así es que, créame usted, que es inútil ya cuanto intente.

El marqués abandonó desesperado el establecimiento de modas.

Aquel último golpe le había hecho una impresión extraordinaria.

Y para que el efecto fuera mayor, al día siguiente tropezó de manos á boca, como se dice vulgarmente, con Leonardo.

El hermano de Angeles acababa de descubrir la casa que ocupaban las jóvenes.

Desesperado por no haber podido averiguar su paradero ni haber visto tampoco al marqués, habíase dirigido al representante de España, juzgando que allí podrían darle las noticias que apetecía.

Y efectivamente allí las obtuvo, puesto que, como sabemos, precisamente las jóvenes debieron gran parte de su clientela á las recomendaciones de aquel funcionario.

Inútil es decir que inmediatamente se dirigió á la casa que se le había indicado.

Precisamente en el momento que el joven doblaba la esquina de la casa en que estaba el establecimiento de las dos hermanas, salía el marqués de hablar con María y de adquirir la certeza de que aquéllas se habían evadido por entonces, de su persecución.

Federico no pudo menos de inmutarse al verse en presencia de Leonardo.

Si recordamos que éste se había presentado en cierta noche como delegado de la autoridad en casa de su querida, donde había sido conducido Pepe Corrales al objeto de ver si de él podrían sacar alguna noticia, se comprenderá muy bien que Federico se detuviera indeciso al oir á Leonardo que le decía:

—¡Caramba, señor marqués! ¿usted por aquí? ¿quién había de pensarlo!

—Hombre, estoy viendo si recuerdo dónde y cuándo le he visto, porque efectivamente su fisonomía no me es desconocida.

—Ni debe serle tampoco; recuerde usted una noche que estuve en casa de Concha á practicar un registro...

—¡Ah! sí, ¿usted es el hermano de la *marquesa?*

—Sepa usted, señor marqués, que aquella señora tiene nombre,—repuso Leonardo palideciendo.

—¡Ah! sí, es verdad. Usted dispense, pero me encuentro tan trastornado por algunas contrariedades que he experimentado aquí...

—¿Eso quiere decir que ha venido usted á estas regiones para negocios?...

—Sí, pero negocios de otros. Juzgue usted qué gusto me habrá dado hacer el viaje y encontrarme con que

las personas á quienes buscaba, hoy mismo precisamente se han embarcado para Europa.

—¡Caramba! si que ha sido casualidad,—repuso Leonardo, estremeciéndose.

—Y tanta. ¿Y usted qué hace por aquí?

—Soy comisionista.

—¿De modo que abandonó usted el servicio del Gobierno después de aquel desdichado accidente?

—Sí, señor. ¿Va usted á estar mucho tiempo en Buenos Aires?—preguntó Leonardo, tratando de dar un nuevo giro á la conversación.

—No, porque desde el momento que ha desaparecido la causa que aquí me trajo, ¿qué he de hacer?

—Es verdad.

—Así es, que si no nos vemos, y quiere usted algo para Madrid, dígamelo con franqueza, y tendré un verdadero placer en servirle.

—¡Mil gracias! pero también será muy probable que vaya muy pronto; quizás en el mismo vapor que usted; todo depende de las noticias que reciba por este correo.

—Pues hombre, me alegraría que hiciéramos el viaje juntos.

—Y yo también.

Y se separaron, murmurando Leonardo:

—Por lo visto, este hombre ha vuelto á espantarnos la caza, y vaya usted ahora á saber cómo y cuándo la volveremos á encontrar.

Y preocupado ya, é inquieto, llegó á la tienda, y María le dió la misma contestación que le había dado al marqués.

Sin embargo, como que la fisonomía de Leonardo la fué desde el primer momento mucho más simpática que

la del marqués, y el joven se presentó desde el primer momento sumamente franco, hablando de Cuba y pronunciando su nombre, y este nombre se le había oído varias veces citar María, á Clara, le explicó todo lo que había ocurrido y la verdadera causa de la determinación que las jóvenes se vieron obligadas á tomar.

—¿De modo que el marqués ha estado aquí hace poco?

—Ahora mismo. Si viene usted un poco antes, se le encuentra aquí.

—Le he visto al penetrar en esta calle.

—Pero ¿por qué ese hombre ha de perseguir de semejante manera á unas personas tan buenas como son las dos hermanas y sus criados?

—Es cuestión de intereses y de intereses de consideración. Ya puede usted comprender si estará deseoso ese hombre de inutilizar á las dos hermanas.

—Pues lo que es por ahora se ha llevado un solemne chasco.

—Sí, pero también á nosotros nos ha hecho mucho daño, porque precisamente á costa de grandes esfuerzos y de muchísimos años de fatigas y de sacrificios, habíamos conseguido descubrirlas, y volvemos á perder sus huellas, de modo que nos va á ser muy difícil encontrarlas.

—Ahora tienen ustedes en mi concepto un medio segurísimo de saber su paradero.

—¿Cuál?

—Diríjase usted á la casa consignataria de los vapores en que se han marchado, y que éstos telegrafíen á los consignatarios de Barcelona ó de Cádiz, para que en el momento que lleguen, las pregunten el nombre de su tío y el punto dónde van á ir á parar.

—¿Pero y si esa indicación nos produce el efecto contrario? Yo no puedo moverme de aquí hasta que no venga el tío de las niñas; el marqués se marcha quizás antes que yo, y es sobradamente astuto para no dirigirse á la casa consignataria de España para ver si saben algo de aquellas viajeras, y en este caso, seríamos nosotros mismos quienes le habríamos facilitado el medio de descubrirlo.

—Es verdad.

Leonardo abandonó el establecimiento profundamente disgustado.

Como había dicho á María, esperaba de un momento á otro á don Andrés, y era preciso que estuviera allí para decirle todo lo que había ocurrido.

El marqués entretanto no se descuidaba.

Le interesaba sobremanera que no se le escaparan las dos hermanas, y precisamente la misma idea que se le había ocurrido á la modista, también á él se le ocurrió.

Se fué á la casa consignataria, se enteró de los pasajeros que habían salido de Buenos Aires, encontró los nombres de Emilia y Clara, vió que iban á España, y supuso desde luego que se dirigían á Madrid.

La cuestión estaba en llegar él también cuanto antes.

Así fué que adquirió noticias respecto á la salida de buques, y vió que dentro de cinco días salía un vapor de otra de las compañías de navegación, que también hacía escala en varios puertos de España.

Inmediatamente tomó billete para él y su criado, y Leonardo que supo esto, no pudo menos de deplorar la tardanza de Andrés.

El joven no había perdido de vista á Federico.

Y precisamente la víspera de marcharse se hizo el encontradizo con él.

—Mañana me embarco,—le dijo el marqués,—¿y usted?

—Me es imposible. Pero podemos hacer una cosa, ¿por qué no se espera usted al otro viaje y nos marcharemos juntos? Total, podrá ser seis ú ocho días más ó menos, y Buenos Aires es población que bien merece que se le consagran algunos días.

—Es que he perdido muchos ya, y estoy haciendo falta en Madrid.

—¡Cómo ha de ser! no insisto más.

Lleno de ira, vió Leonardo embarcarse el marqués.

En cambio, el vapor en que debía llegar don Andrés y el *Pito,* había retrasado un día su llegada, pues precisamente debía haber arribado antes de la salida de aquel en que iba Federico.

CAPITULO CXXXVII

Mal tiempo

LEONARDO estaba en el puerto cuando desembarcaron Andrés y Pepe.

Inmediatamente que les vió se dirigió hacia ellos, diciendo:

—¡Válgame Dios, señor doctor, y que desgraciados somos!

—¡Otra nueva contrariedad!—exclamaron á la par el doctor y Pepe.

—¡Y tan nueva y tan grande!

—¿Ha encontrado el marqués á las niñas?—preguntó Pepe.

—Si no las ha encontrado, está en camino de ello.

—¡Oh! pues entonces importa poco; ahora estamos aquí nosotros, y sabremos impedirlo.

—Un poco difícil es. ¿Cómo han tardado ustedes tanto?

—No ha sido nuestra la culpa,—repuso el doctor,—fuerza mayor lo ha impedido, y contra ella de nada ha servido nuestra voluntad.

—¡Fuerza mayor!

—Sí, hemos estado corriendo un temporal deshecho, y esto ha retrasado nuestra llegada.

—Es verdad; por esta época, en estas latitudes suele haber temporales de consideración.

—Y gracias á que el capitán es muy experto. Pero vamos á ver ¿qué es lo que hay?

—Primero vamos á la fonda, descansarán ustedes, que bien deben necesitarlo, y allí hablaremos detenidamente.

Lo mismo el doctor que su compañero dominaron su impaciencia.

Pero tan luego estuvieron en la fonda, no fué posible contenerles, y Leonardo les refirió todo lo que había pasado.

Una expresión de desaliento se retrató en el rostro del anciano.

—Pues señor,—dijo,—parece que la fatalidad está mezclándose en este asunto para hacer que estas criaturas se pierdan en el momento que más seguros estábamos de encontrarlas.

—Pero bien, señor doctor,—dijo Pepe,—ahora con deplorarlo no hemos de adelantar nada, lo que necesitamos es, pensar lo que vamos á hacer.

—Aquí no podemos hacer más que una cosa,—dijo Leonardo.

—¿Cuál?

—Marchar á España.

—¡Toma! eso desde luego.

—Pero el caso es que ya no tenemos vapor hasta dentro de ocho ó diez días.

—Tiempo de sobra para que ese miserable haya realizado sus indignos planes. Como ha dicho usted muy bien, la fatalidad parece que se empeña en perseguirnos, y si la casualidad no nos ayuda...

—¿Quién te ha dicho que yo quiero dejar á la casualidad para que nos favorezca?

—Pues entonces...

—Ahora descansaremos, que necesidad y muy grande tenemos de reposo. Después de algunas horas de tranquilidad y de quietud, las ideas estarán algo más claras. Hemos de ver á esa familia que se ha quedado con la tienda de las niñas, porque yo quiero hablar y enterarme bien de todo.

El consejo del doctor fué seguido en todas sus partes.

Al día siguiente, Andrés, estuvo acompañado de Pepe y de Leonardo, en la tienda.

Nada le ocultaron María y su familia.

El carácter con que se presentaba Andrés, les obligaba á hablar sin recelo de ningún género, y se lo refirieron todo, desde el momento en que Clara había visto á Federico á través de los cristales.

—Emilia,—dijo María,—estaba esperando de Madrid noticias, que según creían habían de serle muy satisfactorias, y por lo que yo veo ahora, estas noticias era á usted á que se referían.

—¡A mí!—exclamó Andrés sorprendido,—¿pues cómo sabían ellas mi existencia? ¿y si la sabían porque no se me habían dirigido antes?

—Yo no sé,—dijo el padre de la joven,—que fué lo

que les oí decir de un tío que tenían en Madrid, cuyo nombre habían visto en un periódico, y hasta creo que dijeron que le habían puesto un telegrama.

—No, papá, eso fué al director de ese periódico, según creo.

—¿Entiendes tú algo de esto, Pepe?—dijo el doctor dirigiéndose al joven.—¿Y cuánto tiempo hace de eso, recuerdan ustedes?—continuó dirigiéndose á María.

—Puede que no haga todavía un mes.

—¿Y recibieron contestación?

—Creo que sí.

—Pues esto es más raro todavía.

—Pero me parece que esperaban otra contestación más satisfactoria.

—Nada, que no lo entiendo.

—Por eso he dicho á usted que ellas se habrán dirigido á Madrid en busca de usted.

—Pero ¿cómo en busca mía, cuando no sé quién pueda haberles dicho quien yo era?

—A saber si el marqués habrá hablado con ellas.

—¡Oh! eso sí; sí, señor,—contestó el padre de María; —si ellas nos dijeron que se habían marchado á Cuba porque ese señor marqués las perseguía de muerte, y ese las había dicho que su tío estaba en Cuba.

—¡Ya se ve la idea del marqués al decirles eso!—exclamó Pepe.

—¿Qué idea crees tú que podría llevarse?

—Sencillamente la de sacarlas fuera de Madrid, para poder realizar mucho mejor sus inicuos planes.

—No lo creo,—dijo el doctor después de haber reflexionado algunos momentos.—Mejor que en Madrid, para cometer cualquier fechoría, no podía tenerlo en

Cuba. Yo creo que el marqués si les habló de mí, no debió ser con el objeto que suponéis, porque si así hubiese sido se habría marchado con ellas. En fin, ya pensaremos sobre esto, y ellas mismas nos darán la explicación.

—Sí, pero sabe Dios cuándo será eso,—dijo Pepe.

—¿Cuándo ha de ser? dentro de muy poco.

—¡Dios lo quiera!

—Ahora tengo más fe que nunca, y lo que vamos á hacer es embarcarnos inmediatamente.

—¡A embarcarnos! —exclamó Leonardo,— cuando tengamos vapor que nos conduzca á Europa.

—Pues se busca.

Lo mismo Leonardo que Pepe se quedaron mirando al doctor profundamente sorprendidos.

¿Cómo se iba á buscar vapor, cuando las salidas eran periódicas y no podían alterarse con tanta facilidad?

Cuando salieron de la tienda, Andrés tomó un carruaje, y acompañado de sus amigos se dirigió al puerto.

Lo mismo Leonardo que Pepe, no se atrevían á preguntarle nada, viéndole profundamente pensativo.

Una vez en el puerto se apeó del carruaje, y se dirigió á un marinero, preguntándole:

—Dígame, amigo, ¿sabría decirme si hay algún vapor que esté esperando carga para emprender el viaje á España?

—¡Ya lo creo, señor!—contestó el marinero;—hay varios.

—¿Usted los conoce?

—Vaya.

—¿Cuál es el mejor de todos? es decir, el de más andar.

—Como que son buques de carga, el andar depende de la mayor ó menor que lleven.

—Pero bien; entre ellos siempre habrá alguno...

—Eso sí. Mire usted, allí está el «Sofía» que llegó hace días, y no ha podido embarcar más que un pico insignificante. Es un vaporcito de hierro, de muy buen andar, y cuyo capitán, vamos, ha navegado en todos los mares, y se puede ir con él á cualquier parte.

—¿Se le puede ver?

—Es posible que esté ahora á bordo.

—Pues vamos allá.

Poco después Andrés estaba á bordo del «Sofía.»

El doctor conoció en seguida que el marinero no había exagerado en sus elogios.

En poco tiempo estuvo despachado el negocio.

Andrés fletaba el vapor por su cuenta, con tal de que emprendiese inmediatamente el viaje.

—Hace tres días,—dijo,—que salió de aquí el vapor «Saboya;» ¿le conoce usted?—dijo al capitán.

—Buen buque; sí, señor; su capitán es amigo mío.

—Pues es necesario que le alcancemos.

—¡Demonio!—contestó el capitán rascándose la cabeza;—es mucha la ventaja que nos lleva.

—Sí, pero el «Saboya» va cargado, y el «Sofía» va en lastre, y si á esto añadimos el que se puede forzar un poco la máquina...

—Es que hemos de tener en cuenta el tiempo, que ahora no es nada satisfactorio.

—Para un marino experimentado como usted...

—En fin, ¿cuándo quiere usted marchar?

—Cuando usted disponga. Desde el momento que estamos ya convenidos, estoy á la disposición de usted.

—Pues esta noche.

—Está corriente, voy á recoger la gente y á prepararlo todo. A las ocho estarán encendidas las calderas.

—Y á las nueve estaremos nosotros aquí.

Los elogios del marinero respecto á las condiciones del vapor y del capitán, no habían sido exagerados.

El «Sofía» andaba divinamente, y durante los cuatro ó cinco días primeros de navegación adelantaron de un modo extraordinario.

—Me parece,—dijo el capitán,—que mañana deberemos avistar al «Saboya.»

—¡Dios lo quiera!

—Y tan luego como le avistemos ¿qué hemos de hacer?...

—Nada, entonces; arreglar nuestra marcha á la suya y navegar en sus aguas sin perderle de vista, hasta que llegue al puerto. Allí entraremos al mismo tiempo que él, y si puede ser, antes.

—¡Ya lo creo que será!

La presunción del capitán se realizó por completo.

Al día siguiente el «Sofía» daba vista al «Saboya.»

—Ahora,—dijo Andrés,—no hay que perder de vista á ese buque.

—Entonces ya es nuestro el marqués,—añadió Leonardo.

—Por esa razón es por lo que he dicho que conviene que entremos nosotros en el puerto antes que ellos.

Durante tres ó cuatro días, los dos buques marcharon á una distancia regular.

Pero al cabo de este tiempo el capitán dijo á Andrés,

señalándole un punto apenas perceptible en el horizonte.

—Me parece que dentro de poco vamos á bailar.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que ya me creía haber pasado lo más peligroso del viaje, y veo que por el contrario, aquella nubecita nos va á dar que hacer.

Y, efectivamente, el presagio del capitán se realizó.

Por espacio de ocho días el «Sofía» estuvo corriendo un temporal, de tal naturaleza, que los mismos marinos creyeron perecer más de una vez.

Al cabo de ellos, la tempestad aplacó sus furores, pero en cambio habían perdido ocho días.

El «Saboya» les llevaba ya aquella ventaja, y no era posible poder recuperar lo perdido.

Cuando el capitán se lo manifestó así al doctor, Pepe murmuró:

—Nada, todo inútil. La fatalidad está contra nosotros, y es inútil que pretendamos luchar contra ella.

—Pues lucharemos hasta el último extremo,—repuso Andrés enérgicamente,— y veremos quién vence á quién.

CAPITULO CXXXVIII

Noticias sorprendentes

El «Saboya» llegó á Barcelona el día señalado, y el marqués puso el pié en tierra, murmurando:

—Ahora ya estoy en mi terreno, y va á ser necesario proceder con tanta prontitud como energía.

Inmediatamente puso un telegrama á su casa, diciendo á su mayordomo que avisara á Carlos su llegada.

Esta tendría lugar en el tren correo del inmediato día.

Y, efectivamente, se apresuró á marchar, y cuando llegó á la estación, Carlos le estaba esperando en ella.

—¡Chico! ¿pero de dónde demonios vienes?—le preguntó,—¿qué clase de viaje ha sido éste, sin decirme nada, sin escribirme una sola carta?...

—Ya te lo contaré todo.

—¡Oh! yo también tengo que contarte muchas cosas.

—No serán de tanto interés, como las que te voy á decir.

—Eso es lo que tú no sabes,—repuso Carlos.

—Pero calla, ¿quién es ese que está contigo? ¿No es Gontrán?—dijo el marqués reparando en el antiguo ayuda de cámara de Carlos,que también estaba en el andén.

—Sí, hombre, sí, Gontrán es. Este perdido, después que se ha gastado todo el dinero que le dimos... ha venido...

—A que le demos más sin duda.

—Justamente.

—Eso tiene el dar participación en ciertos secretos á estos canallas.

—Pero sin estos canallas no podrían hacerse ciertas cosas.

—¿Y qué es lo que quiere?

—¿Qué es lo que ha de querer? Dinero.

El marqués se quedó pensativo algunos momentos.

Al cabo de ellos, dijo:

—Está bien, que se quede.

—¿Tienes algún proyecto?

—Puede que sí.

—Y con lo que yo te diga, de fijo que lo necesitaremos con mayor motivo.

—¿Pero qué demonios tienes que decirme tan interesante?—dijo el marqués.

—¡Oh! cuando estemos en casa lo sabrás. Eso es para muy despacio.

—Ahí tienes la ventaja de lo mío, puede decirse en dos palabras.

—Pues dilas.

Conforme habían ido hablando, entraron en el carruaje del marqués, que había ido á la estación á esperarle.

—Vamos, habla;—dijo Carlos apenas el carruaje se puso en movimiento.

—¿Me preguntabas antes que de dónde venía?

—Pues era lo natural. Nos vemos la noche antes y nada me dices respecto á tu partida; voy á tu casa al día siguiente, y me encuentro con que no estás, y lo más grande, que tu ausencia se prolonga por espacio de cuatro ó cinco meses.

—Hijo, he estado en el otro mundo.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Vengo de América.

—Oye, y en América ¿no hay correos?

—Ya se ve que sí, pero no quería escribirte.

—Me gusta la franqueza.

—Quería darte una sorpresa y no he podido conseguirlo.

—Para sorpresa la que yo te guardo.

—No puede ser como la mía.

—Allá lo veremos.

—Figúrate que se trataba de las muchachas.

—¿De veras?—dijo Carlos con acento ligeramente irónico, pero cuya ironía no comprendió el marqués.

—Sí, Carlos, sí; esas muchachas habían desaparecido de la noche á la mañana, y era menester dar con ellas.

—¿Pero sabías algo de cierto?

—Que estaban en la Habana.

—¿Y te fuiste?

—¡No que no! Era cosa de no dejarlas respirar, por-

que tal vez no volvería á presentarse una ocasión como la que se había perdido.

—Ya se conoce que te escocía la pérdida de la dote que Emilia te había de entregar con su mano. De fijo que si se hubiera tratado solamente de mi bien, no habrías tomado tanto interés.

—¡Qué cosas tienes!

—Digo la verdad y nada más. En fin, continúa.

—Llegué á Cuba, y te aseguro que me costó trabajo el saber dónde estaban, pero hizo la casualidad que una noche tropezara con Manuel, y ¡adiós! todo se lo llevó la trampa.

—¿Conque se escaparon?

—Sí, Carlos, sí. La tal Emilia te aseguro que es resuelta como ella sola.

—Pero hombre, lo que parece extraño es que no dieras con ella. En la Habana bien ha de haber policía y con que desde el primer momento te hubieras valido de ella...

—Pues me valí. Pero las dos muchachas habían cambiado los nombres, tomando los que llevaban en vida de Vicente; se hacían pasar por hijas de Magdalena y de su marido, y ya tú ves si con estos antecedentes podían conseguir algo las pesquisas de la policía.

—¡Diablo! Si que lo tenían bien estudiado.

—Mas á pesar de eso, conseguí mi objeto; las descubrí, pero fué para saber que se habían marchado á la República Argentina, en cuanto supieron por Manuel, que yo estaba en la Habana.

—¿Y emprendiste el rumbo tras ellas?

—Como era lo natural.

—¿Pero sabías dónde encontrarlas?

—Me imaginaba que del mismo modo que habían hecho en la Habana seguirían viviendo en Buenos Aires. Allí estaban trabajando para unos grandes almacenes de confección, y supuse que siguiendo así no había de serme difícil encontrarlas, máxime conociendo como conocía ya, los planes que llevaban en Cuba.

—¿Y tampoco pudiste dar con ellas?

—Después de tres meses y por una casualidad solamente.

Y el marqués refirió á su compañero cómo supo donde vivían las huérfanas y la manera que habían tenido de desorientarle, hasta que finalmente le dijeron que ya estaban camino de Europa.

En este punto se hallaba el marqués de su relato, cuando llegaron á su casa.

Buen espacio se pasó antes de que volvieran á continuar su interrumpida conversación.

Carlos estaba impaciente.

Y tan luego encontró la ocasión oportuna, le dijo:

—¿Pero ellas sabían que estabas en Buenos Aires?

—Sí. Clara me vió un solo momento y me reconoció. Pero tal es la oposición que las dos muchachas se conoce que tienen contra todo lo que proceda de mí, que malvendieron el establecimiento que tenían, que era suyo y con muy buena parroquia, y tomaron los pasajes para España.

—De modo que merced á esa circunstancia se debe el que te haya vuelto á ver, porque por lo visto, si te dicen que les ha dado la gana de irse á San Francisco de California, también allí te marchas.

—Desde luego. Es preciso que la dote de esa muchacha repare las brechas que en mi fortuna tiene abiertas el afán de encontrarla.

—Vaya, pues ahora me toca á mí.

—¿Ves si mi relato tiene interés?

—¡Oh! mucho más, ¡pero mucho! lo tiene el mío.

—Presunción.

—Tú verás como yo, sin haberme movido de aquí, he adelantado más que tú.

—¿Respecto á las chicas?

—Sí, señor.

—¡Qué dices! ¿Es de ellas de quien se trata?

—Pues ¿qué otra cosa hay para nosotros más interesante?

—Tienes razón. ¿Se trata acaso del doctor?

—Algo hay respecto á él.

—Pero ¿sabe algo? ¿conoce el paradero de sus sobrinas?

—En estos momentos todavía no, pero es muy fácil que lo sepa de un día á otro. Por lo tanto, me alegro de que estés aquí, á fin de que pensemos lo que se ha de hacer.

—¡Toma! apoderarnos de las chiquillas á todo trance.

—Eso, querido Federico, es más fácil de decirlo que de hacerlo.

—Ya veremos.

—Lo que es yo, ya lo tengo visto.

—¡Ea, ea! explícate.

—Hace algunos días me encontré en la calle á Mendoza; ¿sabes de quién te hablo? De aquel chico que es periodista y...

—Sí, ya lo sé.

—Pues hoy es director de un periódico que en muy poco tiempo ha hecho gran fortuna. Es de los que tienen más circulación.

—Vamos al grano, Carlos; al grano y déjate de digresiones.

—Al verme, se vino Mendoza hacia mí y me dijo:—«¡Hombre! ¿dónde está tu tío?»

—¿Es decir que todavía está fuera?

—No. Volvió á Madrid; yo estuve en su casa, y me pareció que estaba más abatido que nunca. Después desapareció, y según me dijo Marcelo, había ido á Francia.

—¿Ha vuelto ya?

—Ayer no; porque yo he procurado informarme, y sigue fuera todavía.

—¿Y qué le dijiste al periodista?

—La verdad; lo que sabía. Entonces me explicó la causa de su pregunta, que no era otra sino un telegrama que había recibido de Buenos Aires, firmado por una joven que se llama Emilia, telegrama en el cual le decía que habiendo visto en su periódico un suelto en el cual se hablaba de una operación llevada á cabo por el doctor D. Andrés del Cerro, y siendo ella sobrina suya y estándole buscando hacía muchos años, le rogaba hiciese el obsequio de mostrar al doctor aquel telegrama y que tuviera la bondad de contestarle, para cuyo efecto la contestación estaba pagada ya.

—¡Maldita sea la publicidad y ese afán que tienen los periódicos de ocuparse de todo aquello que no les importa!

—Ya puedes comprender cómo me quedaría con semejante noticia.

—¿Y Mendoza les contestó?

—Sí. Diciéndoles que el doctor no estaba en Madrid, pero que en el momento que viniera, se lo entregaría.

—Es menester evitarlo.

—¡Toma! Eso desde luego. ¿Me crees tan necio? Ya quedé yo con Mendoza en avisarle en el momento que estuviese aquí. Y por cierto que el tal telegrama era bien extenso, y la niña se despachaba á su gusto, explicándole el parentesco y los años que estaba deseando saber de él.

—¿Pero no me nombraban?

—No; pero ya decían que estaban siendo objeto de una persecución como la que había sufrido su pobre madre.

—Vamos que la cosa está bien. Pues, querido Carlos, es preciso obrar pronto y de una manera resuelta, antes de que llegue el doctor, digo, si es que no ha llegado ya.

—Ya te he dicho que no.

—Pues lo primero que hay que hacer es averiguar si las chicas están ya en Madrid. Yo pienso que deben haber llegado ya, porque me llevaban seis ó siete días de adelanto.

—¿Y cómo averiguarlo ahora? Vaya usted á saber dónde habrán ido á parar.

—Si están en Madrid, deben hallarse en su hotel, porque lo dejaron pagado por seis meses y no los hace todavía.

—Pues lo veré esta misma mañana. Pero ¿qué plan tienes formado?

—Hasta ahora, ninguno. Lo único que has de procurar es que Mendoza no se vaya directamente á ver al doctor. Infórmate también respecto al doctor y que se ejerza una vigilancia especial con las chicas y con él. Anda, anda, que después que descanse algunas horas, ya te podré ayudar.

—Pues me marcho. Esta tarde combinaremos el plan, si te parece.

—Como que no podemos pasar por otro punto. Gontrán puede servirte de mucho en este caso. Por eso te dije antes que le conservaras por ahora.

Poco después, Carlos abandonaba la casa de su amigo.

CAPITULO CXXXIX

Proyectos irrealizables

CARLOS cumplió lo que había prometido á su amigo.

Y el resultado fué el que presumió el marqués.

Las huérfanas habían llegado á Madrid pocos días antes.

Con esta noticia fué á ver á Federico, que precisamente cuando llegó, acababa de levantarse.

—¡Hola! ¿Ya estás de vuelta?—dijo el marqués.

—¡Y apenas si he hecho cosas desde que nos separamos! Figúrate que he visto á Cerralbo y con ese ya puede uno prepararse para pasar algunas horas.

—Pues qué ¿está Cerralbo en Madrid?

—Sí, hace quince días que llegó de París. Creo que está tronado en absoluto.

—Ese, casi siempre está lo mismo. ¿Y su ahijado?

—Feliciano, me parece que me ha dicho que se había quedado en Zaragoza.

—¡Valiente tutor dejó Vargas á su hijo!

—Entre los dos son capaces de acabar con la fortuna de Rothschild.

—¿Y qué hace Gaspar?

—¿Lo sabes tú? Pues lo mismo me sucede. Dará por ahí algunos buenos *sablazos* si puede, y después desaparecerá...

—¿Le has dicho que he llegado?

—Naturalmente. Esta noche le veremos en el casino.

—Me alegraré. Y de las chicas ¿qué hay?

—Llegaron hace cinco ó seis días.

—¿No te lo decía? ¿Has averiguado algo respecto al doctor?

—He visto á Marcelo que ha dicho que no sabe nada de su amo. El día menos pensado se presentará en su casa, según acostumbra.

—Pues nosotros debemos obrar antes de que llegue.

—Desde luego. ¿Tienes algún plan?

—Aquí hemos de ver lo que se nos ocurre á cada uno, y elegiremos aquello que sea de más fácil realización.

—Yo tengo bien preparado el asunto para evitar que Mendoza vaya á ver si ha venido el doctor. Ya le dije que desde el momento en que llegase, yo mismo iría con él á la redacción.

—Pues hay que hacer otra cosa.

—Tú dirás.

—Averiguar si esas muchachas han ido á ver al director del periódico á quien dirigieron el telegrama.

—Tienes razón. ¡Necio de mí! que no se me había ocurrido una cosa tan natural.

—Lo más posible es que haya sucedido así. Ellas han venido á Madrid con el propósito de presentarse á su tío. No saben dónde para, y el único medio que tienen para ello, es Mendoza.

—Nada, nada, que dices muy bien y eso debe haber sucedido ya.

—Por lo tanto, averígualo hoy, si puede ser.

—Esta misma noche iré á la redacción; Mendoza estará allí á última hora.

—Perfectamente. Ahora ocupémonos de lo importante. ¿Qué vamos á hacer con esas chicas?

—En mi concepto debemos ir los dos á verlas y exponerlas nuestro plan de casarnos con las dos, como único medio de que recobren lo que les pertenezca.

—Y nos plantan en un dos por tres, en lo más limpio de la calle.

—¿Lo crees así?

—De seguro. Ese plan no es de resultado. Tienen en su casa á Manuel y á Magdalena, que son dos que valen por veinte.

—Quitémosles de en medio.

—Eso ya es distinto. Pero ¿de qué manera?

—Si pudiéramos encontrar solas y sin defensa á las dos muchachas, la situación estaría perfectamente simplificada. Hombre, tú tienes buenas relaciones con el actual jefe de orden público. ¿Por qué no le dices que te libre de ese matrimonio inconveniente? Tantas prisiones arbitrarias se llevan á cabo...

—El medio no me parecería mal en otra circunstancia, pero ahora le juzgo totalmente inadmisible.

—¿Por qué?

—Parece mentira que hagas semejante pregunta.

—No acierto con la razón.

—Las muchachas recurrirían inmediatamente á Mendoza, la prensa se ocuparía del asunto, y héte aquí un compromiso para el secretario, que podría salir grandemente perjudicado, y yo también.

—Nada, desechado ese proyecto.

—Hay que buscar otro.

—Todos tienen que basarse en dejar solas á las chicas.

—No.

—¿Pues no dices que Manuel y Magdalena son dos cancerberos terribles?

—Sí por cierto. Aquí, querido Carlos, es menester que se hagan las cosas de modo que no resulten violentas.

—Hijo, te aseguro que lo veo un poco difícil.

—No por cierto. Buscando, se encuentra un medio.

—¿Y por qué no vemos de sacarlas de Madrid?

—¡Oh! eso sería lo mejor.

—Pues, nada, nada; pensar la manera de facilitar esa salida.

—Es más difícil de lo que tú crees.

—Si tantas dificultades encuentras para todo...

—Porque sé lo que son esas dos hermanas, y como que ahora, como vulgarmente se dice, están ya tan escamadas...

—Entonces no sé qué hacer.

—La situación, querido Carlos, no es para que la resolvamos de repente.

—Ya lo sé.

—Pero al mismo tiempo como la urgencia es grande, cualquier momento que perdamos puede sernos sumamente perjudicial.

—¡Toma! como que si viene el doctor todo se ha perdido.

—Justamente, y perdido de una manera que no nos va á dejar tiempo ni espacio para tomar la revancha.

—Por esa razón yo no veo aquí más medio, que el de hacer que la policía tome cartas en el asunto.

—Pero tiene el inconveniente que te he indicado.

—Pues hombre, se ve á Mendoza, se le habla...

—¡Justo! y nos ponemos en berlina, ponemos nuestro secreto á disposición de personas extrañas, y... ¡vamos, calla hombre, calla! que no sé cómo no te se ocurren ciertas cosas.

—Pues nada, hijo, tú mismo. Si yo no tengo pretensiones de creer que mis planes sean los mejores, si la iniciativa de todo cuanto hemos hecho, siempre ha partido de tí. Es verdad que algunos te han salido mal, porque tan expuesto estás como yo á equivocarte, pero no dirás nunca que yo haya sido obstáculo para nada.

—Aquí sería menester, como tú has dicho muy bien, ver de sacar de Madrid á las muchachas.

—Sí por cierto.

—¿No me has dicho que Cerralbo irá esta noche por el casino?—preguntó de pronto el marqués, dirigiéndose á Carlos.

—¡Toma! ¿y qué tendrá que ver ahora Cerralbo con lo que ahora estamos hablando?

—Es que se me ha ocurrido una idea.

—Dila, pues.

—No, es menester redondearla un poco. Ese jorobado

tiene mucha trastienda, y quizás me facilitara algún dato para completar mi pensamiento.

—Otro á quien hemos de enterar...

—No, hombre, no; si Cerralbo lo sabía todo, ¿no te acuerdas? El y Paco Herrera eran de la trinca y estaban hartos de saber el objeto que perseguíamos.

—De todos modos, yo creo que tú no debes dar paso alguno hasta que yo hable con Mendoza y sepa si las chicas han ido á verle.

—Cuéntalo por seguro.

—En ese caso, nos conviene saber qué es lo que han hablado.

—Corriente, pues en el casino te estaré esperando hasta que regreses de tu excursión.

Conforme Carlos había prometido, se fué á la redacción á ver á su amigo.

Y éste en cuanto le vió, se apresuró á decirle:

—¿Sabes quién ha estado aquí?

—Difícil es que yo lo sepa.

—Tus primas.

—¡Mis primas!—exclamó Carlos, aparentando una sorpresa que realmente no sentía.

—Y de tú tío, ¿qué sabes?

—Creo que estará aquí dentro de cuatro ó cinco días.

—Pues mira, llévales tú mismo esta noticia.

—Pero ¿qué les has dicho?

—Les anuncié que tenían aquí un primo,que eres tú, que me habías prometido que en cuanto viniera tu tío, me avisarías, y que por lo tanto estuvieran tranquilas sobre ese particular.

—Oye, Mendoza: ¿y qué tal son mis primas?

—¡Hombre! muy guapas y muy simpáticas las dos.

Por supuesto, que hay una de ellas, la mayor, la que me firmó el telegrama, que ó mucho me engaño, ó es todo un carácter.

—Lo que es mi tío, en cuanto lo sepa, se va á volver loco de alegría.

—Pero hombre, parece imposible que en tantos años no hayáis podido descubrirlas.

—Pues no creas que haya sido por falta de diligencias, porque lo que es mi tío se ha gastado un dineral en hacer averiguaciones.

—Ahí tienes tú de qué modo tan sencillo y tan natural se ha verificado el hallazgo. Y todavía habrá quien diga que la prensa no sirve para nada.

—Algún estúpido,—dijo Carlos, que interiormente estaba maldiciendo aquella prensa, que tan inoportunamente había llevado á las jóvenes la noticia referente á su tío.

—¿Vas á ir á ver á tus primas?

—¿Qué he de hacer? Máxime cuando tanto deseaba encontrarlas.

—Pues anda, anda, y verás que guapas son. Por supuesto que no te se vaya á pasar cuando venga tu tío...

—¡Quieres callar! ¿cómo se me había de pasar una cosa tan importante?

—¡Oh! no tendría nada de particular, porque como tú tienes una cabeza tan poco segura...

—En otros asuntos no te diré que no, pero lo que es en estos, sería, hasta un crimen, el que yo lo olvidara.

Carlos se apresuró á dirigirse al casino, donde estaba esperándole el marqués.

—¿Has visto á Cerralbo,—le preguntó.

—No, me han dicho que no vendría hasta última hora. ¿Y tú á Mendoza?

—¡Ya lo creo!

—¿Y qué te ha dicho?

—Lo que habíamos pensado, que las chicas fueron á verle tan luego llegaron, y que me ha anunciado á ellas, y que no tengo más remedio que ir á verlas.

Y Carlos refirió á su amigo lo que el periodista le dijera.

CAPITULO CXL

Dios los cría...

CUANDO el marqués se hubo enterado de todo, dijo:

—Perfectamente, debes ir á ver á las chicas, y ganarte su confianza.

—¿Pero qué instrucciones me das sobre esa visita?

—No hay instrucciones posibles, porque el plan, si bien lo tengo concebido, no puedo detallarlo hasta no hablar con Gaspar.

—Harás muy bien en asociar á Gaspar á nuestros proyectos, porque como dijiste bien, tiene mucha trastienda, y en la situación que nos hallamos es menester que contemos con elementos así.

—Todo será según las condiciones que se encuentre de dinero.

—Esas no pueden ser más deplorables, ya te lo aseguro yo.

—Siendo así, es fácil que nos entendamos.

—Pero cuidado con darle...

—¡Cá! con trescientos ó cuatrocientos duros que se le entreguen, hará cuanto queramos.

En este momento entró en la sala la persona de quienes estaban hablando.

No había más que ver á don Gaspar Cerralbo para comprender que las apreciaciones que respecto á él había hecho el marqués, eran exactas.

Nada noble, nada que fuera digno, había en aquella fisonomía, donde el sarcasmo, el desdén, la sensualidad y la maldad parecían haber fijado sus gráficos caracteres.

Vestido con suma elegancia, con una corrección de formas extraordinaria, sin descomponerse en lo más mínimo, aquel hombre era capaz de llevar á cabo la infamia más horrible, sin que un solo músculo de su fisonomía se alterase, ni su acento cambiara la entonación ordinaria.

En nuestra próxima obra *La Última Lágrima*, tendremos ocasión de hacer un conocimiento más extenso con este personaje, destinado á jugar un importantísimo papel en ella.

—¿Qué es eso, marqués?—dijo aproximándose á Federico.—Según me ha dicho Carlos, se viene de América.

—Sí por cierto; he llegado esta mañana, y no podía imaginarme la agradable sorpresa de encontrarmele por aquí.

—Me cansé de París, donde por cierto me han trata-

do muy mal en esta última temporada, y pensé en dar una vuelta por mi país, para refrescar las antiguas relaciones.

—Y ha hecho usted perfectamente.

—Conque, vamos á ver; ¿y qué objeto ha llevado usted con ese viaje á América? porque ya sabemos que lo que es usted no hace nada sin que tenga su razón de ser.

—Quería ver si encontraba una pista que había perdido.

—¿Una pista? ¿alguna mujer, acaso?

—¡Ay, Gaspar! hace tiempo que las mujeres no me preocupan.

—Vamos, que no será tanto; no ve usted que nos conocemos.

—Pues le digo á usted que no hay nada de lo que se imagina.

—¿Entonces?...

—¿Usted se acuerda de aquellas dos muchachas que estábamos buscando?

—¿Que creo que eran parientas de Carlos?

—Justamente.

—¿Y las han encontrado ustedes?

—Sí y no.

—¡Demonio! eso sí que es raro, ¿cómo pueden compaginarse dos cosas tan distintas?

—Pues ahí verá usted. Las he encontrado, y las he vuelto á perder.

—¡Hombre! no diga usted eso. Que un cazador como usted deje escapar piezas tan interesantes...

—Pues lo que le digo.

—Entonces ha hecho usted un viaje...

—Desgraciadísimo.

—Si que lo siento.

—¿Sabe usted que en este momento se me ocurre una idea, Gaspar?

—¿Puede dar dinero?—preguntó el jorobado aproximándose al marqués.

—Si sale bien, sí.

—Pues cuente usted conmigo, si es que en ello tengo cabida.

—¡Qué dice usted, Gaspar! ¿Así estamos?

—Amigo Federico, tronado, completamente tronado; si no voy á Sevilla y vendo algo de lo que por allí me queda, no sé cómo me las voy á gobernar. Esta temporada en París me ha costado, asómbrese usted, cuarenta y cinco mil francos.

—¿Y Feliciano?

—Allí está; ahora se iba á Monte-Carlo á ver si podía hacer algo.

—Pero á Feliciano todavía debe quedarle alguna cosa en Andalucía.

—Sí, lo mismo que á mí; pero si nos desprendemos de ello ¿qué vamos á hacer?

—Lo que es en esta idea que á mí se me ha ocurrido, ya me parece que casi casi podía quedar un buen pellizco.

—¿Cómo cuánto?

—Siempre podrían ser unos mil duros.

—¿Para quién?

—Para el que me ayude á realizarla.

—Pues ese soy yo.

—¿De veras?—exclamó el marqués mirando fijamente á Gaspar.

—Sí, hombre, sí; hay situaciones en la vida en que el hombre se agarra, aun cuando sea á un clavo ardiendo, y yo estoy en una de esas.

—Por supuesto, que en el caso de que se trata todo es cuestión de astucia nada más. No creo que debe recurrirse á medios violentos.

—Eso siempre es lo mejor.

—Pues vamos á ver,—dijo Carlos, que estaba impaciente;—¿qué idea es esa que te se ha ocurrido?

—Lo primero de todo es poner á Gaspar al corriente de lo que pasa.

—Me parece que lo primero que han de decirme ustedes es lo que desean de mí y que clase de cooperación es la que exigen.

—Ha de ser una cooperación pasiva.

—¡Pasiva!—exclamaron á la vez, tanto Gaspar como Carlos.

—Lo que oyen.

Carlos, especialmente, no pudo disimular su asombro.

Dada la situación en que se hallaba, no comprendía que se tratara de un asunto puramente pasivo.

¿Qué era lo que su amigo se proponía obrando así?

Si á todo trance lo que se deseaba era inutilizar á las dos jóvenes y obligarlas á que cedieran á sus exigencias, ¿cómo era posible que pudieran conseguirlo sin emplear la violencia?

Gaspar no sabía de lo qué se trataba; pero, sin embargo, también encontraba muy extraño lo que el marqués había dicho.

¿Y para una ayuda puramente pasiva, ofrecía mil duros?

Algo debía haber tras de aquello que él no veía.

Conocía mucho al marqués, sabía que era tan perverso como él, y que negocio en que él anduviera mezclado no podía menos de llevar aparejada alguna desgracia.

¿Cómo, por lo tanto, podía limitarse su ayuda á una actitud pasiva solamente?

Esta pasividad, indudablemente había de ser más peligrosa que la mayor actividad.

Carlos y Gaspar se miraron.

Y después fijaron sus ojos con interrogadora expresión en el semblante de Federico.

Este se sonrió.

Con su sagacidad acostumbrada, comprendía lo que pensaban sus dos amigos.

Sin embargo, su rostro permaneció impasible.

Federico no quería soltar su idea todavía.

Así fué que dijo con la mayor indiferencia:

—Necesario es, como he dicho, poner en antecedentes á Gaspar, antes de todo, á fin de que comprenda la situación en que estamos.

—Y yo he dicho á usted que no hay necesidad. A mí no debe usted decirme si no lo que desea que haga.

—No por cierto. Cuando se trata de una persona como usted, es preciso algo más. Figurémonos que estamos frente á un enemigo poderoso, que hemos presentado ya diversas batallas, que el éxito final es muy dudoso y que necesitamos celebrar consejo de oficiales á fin de ver como salimos del aprieto.

—¡Demonio! ¿Sabe usted que eso ya me parece grave.

—Y mucho. Por eso he dicho que no podemos precipitarnos.

En este momento entraron algunos caballeros en el saloncito en que estaban, y fué necesario abandonar aquella conversación.

El marqués citó á Gaspar para que fuese á su casa al día siguiente, á primera hora.

Cuando salieron del casino, Carlos dijo al marqués:

—Pero es que yo debo ir á casa de esas chicas. Mendoza les dijo que me verían, y no se las puede dejar que conciban alguna sospecha, viendo que no voy.

—¿Y quién te dice que no vayas?

—Es que según lo que se acuerde, yo puedo hacer más ó menos.

—Nada. Tu primera visita no puede ser más que de exploración, por decirlo así; una visita de reconocimiento, de amistad, de parentesco, deplorando el mal éxito de las diligencias practicadas hasta ahora, y sobre todo, hablando respecto á mí de un modo ambiguo, sin recriminarme, pero sin elogiarme tampoco.

—Entiendo.

—Es decir, que yo pueda adoptar después, el aspecto que mejor convenga.

—Y de mi tío ¿qué he de decir?

—Que estás esperándole de un momento á otro. Que tú crees que tal vez esté en sus posesiones de Avila.

—Pero...

—Haz lo que te digo, que después veremos lo que ha de hacerse. Con eso vas ganando tiempo. Procura inspirar gran confianza á las muchachas. Hazte simpático para ellas.

—Lo intentaré cuando menos.

—Y lo conseguirás, si te empeñas.

—Pero, vamos á ver. ¿Qué es lo que piensas decirle á Gaspar? ¿Qué proyecto es el tuyo?

—Por de pronto, debo entregarle un par de cien duros, porque ese es el medio de facilitar el camino para todo. ¡Ya verás que clara se pone su inteligencia entonces!

—De modo, que tú esperas que el proyecto salga de él.

—No; le necesito como cuerpo consultivo. El plan ya lo tengo.

—¿En qué consiste?

—Lo sabrás cuando en él hayamos introducido todas las modificaciones que á él se le ocurran. Es decir, cuando hayamos de ponerle en ejecución.

—Recuerda que el tiempo apremia.

—Demasiado lo sé. Por eso te digo que lo sabrás al ejecutarlo, y esa ejecución no puede prolongarse más allá de pasado mañana.

—Con tal que al tío no le dé la gana de venir...

—Eso es lo que debes encargarle á Gontrán; que no deje de vigilar.

—Ya lo hace.

Al día siguiente Gaspar fué puntual á la cita del marqués.

Apenas entró en sus habitaciones, Federico le dijo dándole algunos billetes:

—Como supongo que no han de venirle mal estos papeles, los pongo á su disposición por el momento. Después...

—Después el resto. Así debe ser.

—No; cuando empecemos la ejecución. Ahora hablemos con toda claridad.

—Deseándolo estoy.

El marqués refirió á Gaspar la situación en que se hallaba respecto á las muchachas, el deseo que tenían Carlos y él, y finalmente le expuso su plan.

Al cabo de tres horas de conferencia, los dos miserables se habían entendido por completo.

CAPITULO CXLI

El lazo

EMILIA y Clara, según Mendoza había dicho á Carlos, apenas llegaron á Madrid y hubieron descansado, tomaron un carruaje y se hicieron conducir á la redacción del periódico donde habían visto la noticia referente á su tío.

Mendoza las recibió con la mayor urbanidad, y las dijo que todavía no había llegado el doctor, que había estado en su casa y que el criado le indicó que había marchado á Andalucía á practicar una operación, y que tan luego volviera iría á avisarle.

Emilia le dió gracias por la deferencia que con ellas tuviera, y le dijo que se sirviese darles las señas de la casa de Andrés, á fin de que no tuviera ya que molestarse en lo sucesivo.

Pero Mendoza se excusó diciendo que quería reser-

varse el placer de hacer personalmente aquella presentación, para gozar con la recíproca alegría de unos y otros.

Las jóvenes no tuvieron otro remedio que aceptar aquella ingerencia, máxime cuando Mendoza añadió:

—He hablado con su primo de ustedes, á los pocos días de recibir su telegrama, y estoy seguro que en cuanto sepa que están aquí, irá á visitarlas.

—¡Con nuestro primo!—exclamaron las dos jóvenes sorprendidas.

—Sí, señoritas, Carlos de Figueroa, que también ha estado en unión de su señor tío, haciendo todas las diligencias imaginables para poderlas encontrar.

—Pues no nos había hablado Vicente nunca de ese primo,—dijo Emilia,—ni tampoco el marqués del Pino, á quien conocimos antes de marchar á América.

—¿Conque conocen ustedes al marqués?

—Sí, señor.

—Pues Carlos, es muy amigo suyo.

Clara miró á su hermana de un modo harto significativo.

—El marqués,—prosiguió Mendoza,—es bastante calavera y sumamente distraído y como Carlos ha estado fuera de Madrid algún tiempo...

—Vamos, sí, tal vez por eso no nos dijera nada. ¿Y usted dice que le verá?

—Sí, señora; ya lo creo, si precisamente como las he dicho me encargó lo primero de todo, que en seguida que vinieran se lo avisara.

Su alegría fué extraordinaria.

Las dos jóvenes abandonaron la redacción, diciendo una vez que se encontraron solas:

—Veremos á ver quién es ese primo. Por él quizás conozcamos las intenciones de nuestro tío, y tal vez podamos saber si es verdad aquello que el marqués nos había dicho referente al arreglo de nuestros papeles.

—¡Cá! si todo eso debió ser mentira.

—Ahora lo sabremos.

Mendoza, cumpliendo lo que había prometido á las huérfanas, trató de enviar un recado á Carlos.

Pero tropezó con una dificultad inesperada.

El joven había dejado la casa donde vivía, debiendo alguna cantidad bastante crecida, y no sabían dónde había ido á parar.

Las tareas del periodista no le permitían, como se comprenderá fácilmente, dedicar su atención á aquel asunto.

Así fué que no tuvo otro remedio que esperar á que la casualidad le permitiera encontrarle en alguno de los sitios que uno y otro frecuentaban.

Así se pasaron cuatro ó cinco días, hasta que por fin Mendoza pudo ver al joven, y según se desprendió de su conversación con el marqués, le dijo lo referente á sus primas.

Y siguiendo las instrucciones de su amigo, Carlos se presentó en el hotel de las dos hermanas.

Dió su nombre, é inmediatamente se le franqueó la entrada.

La impresión que tanto Emilia como Clara le causaron y la que él á su vez les produjo, fué sumamente favorable.

Carlos sabía metamorfosearse perfectamente, y por lo tanto mostró una emoción tan grande al verlas, supo representar su papel tan maravillosamente, que tanto

Emilia como Clara, consideraron como una fortuna contar cerca de ellas con un amigo y un pariente como Carlos.

Pasados los primeros momentos y cruzadas todas las frases de afecto y de cariño consiguientes á aquel reconocimiento, dijo Emilia:

—También ha sido desgracia que nuestro tío no se encuentre en Madrid.

—No debe sorprenderos, porque como su ciencia es tan grande, vienen á buscarle de todas partes. El no visita generalmente, pero son tantos los amigos y tales los compromisos que le rodean, que no puede evadirse de ellos. La alegría que va á tener cuando venga, no os la podéis imaginar; sería necesario para ello, que hubieseis podido apreciar todas las diligencias que ha hecho, los sacrificios de todo género que se ha impuesto, los viajes que hemos hecho por toda España y hasta por América para ver si encontrábamos vuestras huellas.

—¡Válgame Dios! y tan cerca como estábamos.

—No, no, lo que es Vicente ya supo ocultaros de una manera...

—El pobre nos quería extraordinariamente, la verdad es esa, y aun cuando nos haya tenido privadas del cariño y del afecto de nuestra familia, hemos de disculparle en gracia de su buena intención. El marqués del Pino, era para él un sér, cuyo solo recuerdo, le hacía temblar.

—Y á fe que en eso, también andaba un poco exagerado el pobre hombre.

—Es verdad, que tú creo que eres muy amigo suyo.

—No, hijas, tanto como amigo, no; tenemos caracteres diametralmente opuestos; pero no por eso dejo de comprender que hay alguna exageración en achacarle

el verdadero origen de los males que han herido á nuestra familia. No creáis que nuestro tío también participa de ese mismo modo de ver las cosas, y yo he tenido que sostener más de una batalla para hacerle que desistiera de esa idea.

—¿Pues qué quieres que te diga, Carlos?—repuso Emilia,—tú podrás defender todo cuanto quieras al marqués, pero lo que yo te digo es que su proceder mientras nosotras estuvimos en Madrid, no tuvo nada de correcto. ¿Por qué nos habló tan mal de nuestro tío? ¿por qué evitó que le viésemos, y sobre todo por qué estuvo engañándonos respecto al reconocimiento de nuestros derechos?

—Eso no es más que una genialidad de las suyas, que ya le he dicho muchas veces que han de costarle caras algún día. No puede perdonar á nuestro tío que le haya juzgado del modo que lo ha hecho, y de esta manera no ha conseguido más que ahondar el abismo que les separa.

—¿Después quién le manda al marqués emprender esa persecución que parece que ha emprendido contra nosotras? ¿no era lo más natural que le hubiese avisado si no quería hablar á nuestro tío, nuestra existencia?

—Recuerdo que me dijo un día, ó varios, mejor dicho, que estaba enamorado de una joven encantadora, que tenía que revelarme un secreto que de fijo me había de sorprender, y ahora comprendo que quizás, ese secreto se refiriese á vosotras.

—Sí, y también lo del cariño,—dijo Emilia.

—¡Cómo!

—Sí, hijo, sí; se empeñó en que yo le amase.

—¡Oh! vamos, pues entonces ya está explicado el por qué del silencio que ha usado con nosotros. No os po-

déis imaginar lo que es el marqués en cuestión de amores. No hay nada que se le pueda igualar.

Largo rato estuvieron hablando las dos jóvenes con su primo, quedando encantadas del afecto y de la amabilidad desplegada por el joven.

—Yo creo,—dijo Carlos al despedirse,—que el día menos pensado vamos á tener noticias del tío, diciéndome que me marche á Avila á reunirme con él.

—¡Toma! ¿y eso por qué?—preguntó Emilia sorprendida.

—Porque es tanto lo que le fastidian estando en Madrid, que esto ya lo ha hecho más de una vez. De ese modo se libra de importunidades.

—Y hace muy bien.

—Como que él, más que por el peso de los años, por los muchos disgustos que ha sufrido, está bastante acabado, el trabajo le mortifica, y estando aquí no sabe decir que no.

—Pues si se quedara en Avila, nos iríamos allá inmediatamente, y si supiéramos que estaba allí...

—Esto no pasa de ser una suposición mía.

—Pero suposición que no deja de tener su razón de ser.

Carlos se apresuró á regresar á la casa del marqués, mientras que las dos hermanas quedaban comentando aquella visita, comentarios que fueron sumamente favorables para Carlos.

—Pues aquí no hay más remedio,—dijo Federico cuando su amigo le enteró del resultado de su visita,—sino hacer que las muchachas vayan á Avila.

—Hombre, yo he preparado el terreno, según me dijiste, pero no comprendo la razón que exista para eso.

—La razón ya la comprenderás. Mañana, es preciso que te las compongas de manera que ese viaje se verifique al día siguiente.

—Chico ¿estás en tí?

—¡Ya lo creo!

—Pero ¿para qué? ¿dónde vamos á ir?

—A la hacienda del Caño.

—¡A la hacienda del Caño! ¿no me dijiste que la habías vendido?

—Sí, pero todavía no me han dado el dinero, y aun cuando figura en ella otro propietario, todavía puedo disponer.

—Vaya, chico, te digo que como no te expliques más...

—En esa hacienda estará el doctor.

—¡Qué!—dijo Carlos alzando vivamente la cabeza,—¡qué el doctor estará allí!

—Si no es el dóctor precisamente, será otro que haga su papel.

—Pero hombre, ¿qué demonios es lo que piensas? ¿Crees acaso que yo voy á estar representando en este asunto el papel de fantoche?

—Mientras que te dé el resultado que apeteces, no tienes que ocuparte de más.

—Pero ese resultado...

—Será el que tú te cases con Clara y yo con Emilia, y cuando el doctor verdadero, llegue á Madrid, encuentre á sus sobrinas efectivamente, pero las encuentre ya casadas con nosotros.

—Cuidado, Federico, que la cosa me parece un tanto aventurada.

—Todo lo aventurada que tú quieras, pero no hay

más remedio que jugar así. Del modo que esto ha ido poniéndose, es preciso jugar el todo por el todo.

—En fin, se hará lo que dices. ¿Y quién va á hacer el papel de doctor?

—Gaspar.

—Eres el demonio; está visto que lo que á tí te se ocurre, no se le ocurre á nadie.

—Tú sales de aquí pasado mañana con ellas. Puedes ir acompañado de Gontrán, porque ese es indispensable. Allí estaremos Gaspar y yo, con algunos otros individuos por si hacen falta.

—Pero dime, ¿y si quieren, como es natural, que les acompañen esos dos criados que han ido con ellas á todas partes?

—Que vayan en buen hora. Allí quedarán separados en absoluto, y las dos muchachas á nuestra disposición, y, ó hemos de ser muy necios, ó al día siguiente, ellas mismas nos han de pedir por favor que les demos nuestro nombre.

—No me parece mal.

—¡Qué te ha de parecer! Yo no me presentaré hasta última hora, es decir, en el momento oportuno; por lo tanto, no me nombres para nada absolutamente.

—Está bien, todo se hará como deseas.

CAPITULO CXLII

Cómo se prepara una infamia

AL día siguiente, Carlos se dirigió á la redacción del periódico dirigido por Mendoza.

Este, al verle, le dijo:

—¡Qué! ¿has tenido noticias de tu tío? ¿ha venido ya?

—No,—contestó Carlos,—pero he tenido carta.

—¿De dónde?

—De Avila.

—¿Y le has dicho?...

—Sí,—le contesté en seguida por medio de un telegrama, diciéndole lo que había, y ahora acabo de recibir esta carta.

—También ha sido casualidad,—contestó Mendoza,—porque sin duda recibirías la carta el mismo día que estuvimos hablando.

—¡Justo! cuando me fuí á casa, me la encontré allí.

Y Carlos entregó á Mendoza una carta en la cual Andrés decía á su sobrino, que fuese á ver á Mendoza, dándole las gracias por su parte respecto al interés que se había tomado con sus sobrinas, y que le suplicaba acompañase á Carlos á casa de éstas y hablase con ellas para que se pusieran inmediatamente en camino para Avila, donde las estaba esperando.

Que no quería ir á Madrid por evitar que los compromisos de su profesión le robaran un tiempo que quería consagrar exclusivamente á aquellas sobrinas, tan afanosamente buscadas y encontradas cuando menos lo podía esperar.

—¡Pobre doctor!—exclamó Mendoza, cuando concluyó de leer la carta.—Comprendo que debe estar loco de alegría, y es menester no demorarle por más tiempo la felicidad que va á tocar. ¿Has ido á casa de tus primas?

—No, he querido venir antes de todo, para que veas lo que mi tío dice de tí.

—Pues, nada, nada, vamos á casa de tus primas, y si podéis marchar esta noche en el exprés, no dejarlo para mañana.

—Vamos allá, que por mí no ha de quedar.

—Pues me parece que ellas ansiosas deben estar por conocer á su tío.

Poco después, Carlos y Mendoza llegaban á la casa de las jóvenes.

La primera pregunta de Emilia fué la misma que Mendoza había dirigido á Carlos.

Después de las frases de cajón en estos casos, la joven preguntó á su primo:

—¿Has sabido algo del tío?

—Sí por cierto, y ha resultado al fin lo que os dije el otro día.

—¿Qué?

—Que está en Avila y os espera.

—¡De veras!—exclamaron las dos con un acento tembloroso de alegría.

—Sí, hijas; yo quería haberos dado la sorpresa de haber venido acompañándole y por eso á su primera carta le puse un telegrama muy extenso, diciéndole todo lo que había.

—¿Y qué?

—Mira lo que me dice.

Y otra vez Carlos sacó la carta y se la entregó á Emilia.

—Con permiso de usted, Mendoza,—dijo la joven abriendo la carta.

Clara se aproximó á su hermana, y cuando la hubieron concluido, exclamaron:

—¡Oh! marchemos en seguida.

—A vuestra disposición me tenéis.

—Lo que es por nosotras todos los preparativos están hechos. ¿A qué hora sale el tren?

—Ahora no tienen ustedes más que el exprés,—contestó Mendoza,—por lo tanto á su disposición tienen ustedes tres horas, para que arreglen lo que quieran.

—Con que impaciencia vamos á estar esas tres horas,—dijo Clara.

—Pues considera como estará nuestro pobre tío.

—Yo le pondré un telegrama ahora, diciéndole que salen ustedes en el exprés.

—Y yo voy á encargar á Gontrán que arregle el saco

de noche y la maleta, y vendré á buscaros á la hora de marchar.

—Dí, Carlos; que te parece, ¿nos llevamos á Magdalena y á Manuel?

—Como queráis; no estará de más, porque aun cuando en casa del tío hay algunos criados, son más á propósito para cuidar de un viejo solterón que no para atender al servicio de dos jóvenes.

Esta última contestación de Carlos, dada con indiferencia y como si no le diera importancia alguna, acabó de disipar los recelos de las jóvenes, si es que algunos se les pudieran ocurrir.

—Pues nada, vendrán con nosotras,—dijo Emilia.

Carlos no fué dueño de ocultar cierta expresión de alegría que las dos primas no pudieron interpretar sino como hija de la satisfacción que todos iban á tener.

Sin embargo, Mendoza creyó ver en el semblante de su amigo algo inexplicable que llamó su atención.

Uno y otro abandonaron el hotel de las huérfanas, y poco después se separaron, el uno para poner el telegrama que había dicho, y el otro para dirigirse á su casa, donde ya estaba esperándole Gontrán con todo lo necesario para el viaje.

Como tenía la seguridad de que las jóvenes no opondrían dificultad alguna, tan bien preparado lo tenían todo, dispuestos se hallaban á emprender el viaje.

La noche anterior les habían precedido el marqués y Gaspar.

La infamia estaba en vías de la más feliz realización.

A la hora convenida, Carlos fué á buscar á sus primas, y éstas, acompañadas de Manuel y de Magdalena, se dirigieron al tren.

Durante el camino, dijo Emilia:

—Por cierto que ahora podemos aprovechar la ocasión para ver á una tal Robustiana, parienta de nuestro pobre Vicente, y que, según éste nos había dicho, tiene allí una posada.

—Ya sé de quién habláis, ¡pobre Robustiana!—se apresuró á decir Carlos, á quien no podía menos de causar alguna impresión el que se mezclase en este juego la pobre posadera.

—¿Pues qué le ha sucedido?—preguntó Clara.

—Hijas mías, lo peor que podía ocurrirle: que murió hace dos años. Precisamente nuestro tío la asistió, porque la profesaba mucho afecto.

—¡Pobre mujer! En su casa estuvimos cuando Vicente nos sacó de casa del marqués, y todavía me acuerdo,á pesar de los años transcurridos,de lo cariñosa que estuvo con nosotras.

Al llegar á la estación de Avila, Carlos, que iba asomado á la ventanilla, dijo á sus primas:

—Allí está el tío; ya le veo.

—¿Quién es, quién es?—preguntaron las dos jóvenes, asomándose á su vez.

—Mírale, es aquel caballero que hay allí un poco jorobado, con el bigote gris.

—Sí; ya le veo.

—¡Válgame Dios! y que alegría va á experimentar el buen señor,—dijo Carlos.

—¡Pues la nuestra ya puedes imaginarte si será grande!—dijo Clara.—Después de haber hecho el viaje á América que hicimos únicamente para buscarle, y después del salto que dimos desde la Habana á Buenos Aires para librarnos de la persecución del marqués,

imagínate la alegría que hemos de experimentar viendo realizados nuestros afanes.

En aquel momento se detuvo el tren, é inmediatamente se bajó Carlos, llamó á Gaspar, y en un abrazo se confundieron las huérfanas y el falso tío.

Necesario es convenir en que el pérfido jorobado desempeñó su papel maravillosamente.

Nada faltó allí; ni las lágrimas, ni las repetidas preguntas, ni los abrazos, ni el recordar á la infortunada madre de las niñas, ni el recuerdo hacia el difunto duque.

Todo se hizo y se dijo, demostrando con ello la sagacidad del organizador de aquella farsa tan indigna.

Gaspar no se cansaba de contemplar á sus sobrinas, y éstas, á su vez, no cesaban de hacerle preguntas respecto á su madre y á su padre, preguntas que ponían en verdadero aprieto al jorobado, teniendo necesidad muchas veces de acudir en su auxilio, Carlos.

—Vamos, hijas mías, vamos,—las dijo Gaspar,—que tendréis necesidad de descanso.

—Para nosotras no hay descanso de ningún género, y si á él nos hemos de entregar, será únicamente por usted.

—Yo, sí, es verdad;—dijo Gaspar,—estoy tan emocionado... ¡quién hubiera de decirme que cuando había perdido ya la esperanza de encontraros, tuviera que deber esta ventura al periódico de mi amigo Mendoza! Creo que solamente por eso, le estaré agradecido toda la vida.

Las jóvenes subieron en el carruaje de su tío, y todos se dirigieron hacia la hacienda del Caño.

—¿De modo que no reside usted en Avila?—dijo Clara al ver que salían fuera de la ciudad.

—No, hija mía, cuando estoy aquí, resido en una de mis propiedades. Cuando hayáis descansado, iremos á las vuestras, iremos al Solar, y haremos que el juez de Arévalo os ponga en posesión de él.

Rato llevaban ya de ir por la carretera, cuando de pronto dijo Clara:

—¡Ay, Emilia, si sería en este mismo camino donde murió nuestra pobrecita madre, de fatiga y desesperación!

—Quizás fuese por aquí, porque la posesión del marqués del Pino, donde fuisteis á pedir amparo y protección, se encuentra por este lado.

—¡Oh! pues ya nos traerá usted, tío, para que recorramos el camino, y podamos evocar los recuerdos en aquella época tan dolorosa.

—¡Pobres hijas mías! ¡ya lo creo qué os traeré!—repuso Gaspar con acento conmovido llevándose el pañuelo á los ojos, fingiendo enjugar una lágrima, que como debe comprenderse muy bien, no apareció en ellos.

Carlos, se vió obligado á hacer grandes esfuerzos para no sonreirse.

Le admiraba las condiciones artísticas de Gaspar, y pensaba en su interior la gran fama que aquel hombre podía haber alcanzado si se hubiera dedicado al teatro.

A ir menos preocupados, lo mismo las huérfanas que Magdalena y Manuel, tal vez hubiesen comprendido que Carlos no estaba en armonía, digámoslo así, con los demás personajes que iban en el carruaje.

Era una nota discordante en medio de aquel concierto.

Emilia y Clara, sin embargo, experimentaban algo que ellas mismas no se podían explicar.

Las parecía, y ésto lo experimentó Emilia con mayor violencia que su hermana, que en su corazón no resonaba como debiera haber resonado, ni la alegría de Gaspar al verlas, ni experimentaba el afecto que ella creía que debiera sentir tratándose de su tío.

Por fin se detuvo el carruaje á la puerta de la hacienda.

Algunos criados se presentaron á recoger los equipajes y á recibir á sus señores.

Las dos jóvenes, sin que ellas mismas se dieran cuenta de ello, no pudieron menos de estremecerse involuntariamente, al ver alguna de aquellas fisonomías.

La casa estaba completamente aislada.

Era hermosa, eso sí, tenía grandes habitaciones y estaban regularmente amuebladas.

Durante todo aquel día Gaspar no se separó de sus sobrinas.

Y cuando llegó la noche, Manuel y Magdalena fueron alojados en un extremo de la casa, opuesto al que se había destinado para las dos hermanas.

Gaspar tenía sus habitaciones, inmediatas á la de éstas.

Al día siguiente cuando se levantaron, las sorprendió no ver á Magdalena.

Preguntaron á uno de los criados por ella, y les dijeron que había salido hacía poco á recorrer la hacienda.

Su tío había ido acompañándola, lo mismo que Manuel.

Preguntaron por Carlos, y las dijeron que tampoco estaba.

Ellas dos se hallaban solas en la casa, y en poder de aquellos criados que, á pesar suyo, las infundían terror.

CAPITULO CXLIII

Perdidas sin remedio

Las dos huérfanas comenzaron á arreglarse para cuando llegaran su tío y su primo.

Y como que no tenían que temer que nadie las escuchase, comenzaron á comunicarse sus impresiones, que no habían tenido lugar de hacer el día anterior.

—¿Qué tal, Clara?—dijo Emilia en voz baja dirigiéndose á su hermana;—que te parece nuestro tío.

—¿Quieres que te diga la verdad?—repuso la joven mirando á su alrededor como si temiera que la escuchasen.

—Pues como hablamos siempre.

—No sé qué te diga; pero á pesar del cariño con que nos trata nuestro tío, no sé lo qué yo advierto en él que, francamente, me da miedo.

Emilia no pudo menos de estremecerse.

Porque precisamente aquella misma impresión era la que ella experimentaba.

—No sé,—contestó;—pero cuando nuestro tío nos dice alguna palabra de cariño ó nos hace alguna caricia, encuentro algo que me parece violento, forzado, algo que no es natural.

—Lo mismo he advertido yo.

—Después, en esta casa hay algo que me tiene cohibida, ¿lo querrás creer?

—Sí, porque también á mí me sucede igual. Qué sé yo, me parece tan extraño todo lo que aquí ha sucedido...

—¡Ay! no me lo digas, Emilia.

—Ahora ya no tenemos más remedio que llegar hasta el fin. Tal vez sea así el carácter del tío. Y en medio de todo, no tendría nada de particular, porque como el pobre ha sufrido tanto y ha tenido tantas decepciones...

—Tal vez sea eso; pero desengáñate, que además esos criados... ¿Tú has reparado que cara tienen todos ellos?

—Sí.

—Parece como que nos miran con desconfianza. En fin, yo te aseguro que echo mucho de menos nuestro hotelito de Madrid, y sobre todo, la amabilidad de aquel señor de Mendoza, y aquella franqueza que en él se advertía.

—Tienes razón.

—Nuestro primo Carlos tiene un carácter que tampoco me gusta.

—Pues es, sin embargo, el que parece querernos más.

—No, lo que es en cuanto á muestras de cariño, desengáñate, que nuestro tío se desvive por dárnoslas: esa es la verdad.

—Carlos parece que está burlándose siempre.

—Hija, eso es cuestión de carácter; esos caballeros de la buena sociedad, encuentran ridículo cuanto hacemos nosotras, las pobres mujeres, que han vivido en una esfera más modesta.

—Pues mira; si te he de ser franca, prefiero cien veces la existencia que llevábamos en Ocaña, á todas las agitaciones y contratiempos que hemos sufrido hasta ahora, y hasta si me apuras mucho, á esa misma vida que se nos ofrece, cuando se reconozcan nuestros derechos.

—Y yo también, Clara mía.

—Pero mujer,—dijo la joven de pronto;—esta Magdalena que sabe la hora que nos levantamos y que no ha venido por aquí todavía...

—La pobre, está desvanecida con ese cambio, del cual va á participar en grande escala.

—¡Oh! Sin embargo, nosotras no quitaremos á ninguno de los antiguos criados que tuvo nuestro padre.

—Eso sí que no,—se apresuró á decir Emilia,—á ninguno. Pero tampoco debemos abandonar á Magdalena y á Manuel, que nos han seguido durante nuestra peregrinación.

—¡Jesús! parece que estamos solas en este caserón,—dijo Clara al cabo de algunos momentos, asomándose á una de las ventanas que daban al campo.

—Sí por cierto, no se oye absolutamente á nadie por ahí dentro.

—Por supuesto, que no tiene nada de extraño tam-

poco, porque el tío ya no está en edad de que le agrade el bullicio como nos sucede á nosotras.

—No creas tú que á mí me guste mucho ese bullicio de que hablas. ¿Le teníamos en Ocaña? ¿le teníamos en Madrid? y sin embargo, tú has visto lo bien que estábamos.

—Es cierto. En fin; yo lo que estoy deseando ya es que nuestro tío nos lleve al Solar. No sé por qué me figuro que allí hemos de estar más á nuestro gusto. Al menos allí tendremos á los criados que han conocido á nuestros padres.

—Y podremos hablar de ellos sin que nadie se ofenda, porque aquí parece como si á nuestro tío y aun al mismo Carlos, le supiese mal que los nombrásemos.

—Es verdad.

Las dos jóvenes concluyeron de arreglar su sencillo tocado, y Clara dijo:

—Pues señor, no parece sino que se han olvidado de nosotras en esta casa; vaya un modo de cumplir con los forasteros.

—Se conoce que la posesión debe ser muy extensa,—dijo Emilia,—y como á Magdalena y á Manuel les agrada tanto todo lo que al campo se refiere...

—Eso será. Pues mira, yo voy á salir por ahí á ver si los encuentro.

—Anda con Dios.

—¡Qué! ¿No vienes?

—No; voy á escribir á Julián, porque ya me parece que es hora de que le diga alguna cosa.

—¡Dichosa tú que puedes escribir! ¿Qué habrá pensado de nosotras aquel pobre Leonardo?

—Hija, cuando no ha escrito ya, prueba de que no

tiene gran interés; porque ya tú sabes que le escribimos á don Clemente desde Buenos Aires, y hubo tiempo de que nos contestasen antes de haber salido de allí.

Clara hizo un ligero movimiento de contrariedad, y abrió la puerta de la estancia, saliendo de ella inmediatamente.

Emilia permaneció un buen rato pensativa asomada á la ventana, cuando de pronto sintió dos golpecitos dados discretamente en la puerta del aposento, y la voz de uno de los criados que decía:

—¿Se puede entrar, señorita?

—¡Adelante! ¿Qué quiere usted?—dijo al criado cuando apareció en el aposento.

—La señorita Clara dice que baje usted.

—¿Ha vuelto ya mi tío?

—Sí, señora.

—¿Y Magdalena y su marido?

—Me parece que se han quedado en la huerta con el señorito Carlos.

—Pues diga usted que voy en seguida.

—Permítame usted, señorita, que la espere aquí fuera, porque como esta casa es tan grande y el señor y la señorita están en la galería que hay al otro lado del edificio, le costaría á usted trabajo dar con ellos.

—¡Ay! sí; creo que aun cuando esté aquí un mes, no acertaré con todos los corredores y habitaciones que hay aquí.

—¡Cómo qué es tan antigua la casa!...

—Vamos, haga usted el favor de guiarme,—dijo Emilia.

Momentos después, el criado y la joven se perdieron por uno de los corredores que conducían al otro costado del edificio.

Bajaron una escalera que había al final del corredor, entraron en un nuevo pasadizo, y abriendo el criado una puerta, se detuvo diciendo á la joven:

—Pase usted, señorita; aquella puerta da á la galería donde está el señor.

La joven, sin desconfianza alguna, se dirigió hacia el lugar donde le indicó el criado; pero en el momento en que hubo franqueado el umbral, sintió que la puerta se cerraba con violencia y que la llave crujía en la cerradura.

Emilia llegó hasta la puerta que el criado le indicara, trató de abrirla, pero inutilmente.

Entonces quiso dirigirse á aquélla por donde había entrado, á fin de llamar al criado; pero su sorpresa no conoció límites al ver que sin ruido alguno se abría otra puerta que había en uno de los ángulos de la estancia y el marqués del Pino aparecía en ella.

Emilia, ya hemos dicho que era valiente; pero sin embargo, tal consideró en aquellos momentos la inminencia del peligro, que retrocedió con el semblante pálido y sin aliento para decir una palabra.

El marqués se adelantó hasta el centro del aposento sonriendo afablemente.

—¿No esperaba usted encontrarme aquí, Emilia, no es esto?—la dijo.—Después de haberme burlado en Cuba y en Buenos Aires, no podía usted imaginarse que yo quisiera tomar la revancha. Pues ya lo ve usted; al fin ha caído en mi poder, y lo que es esta vez, yo puedo asegurarla que no se escapará tan fácilmente.

Emilia estaba oyendo al marqués y no acertaba á darse cuenta de aquello mismo que escuchaba.

El marqués viendo su silencio, la dijo:

—Parece, amiga mía, que no nos mostramos ahora tan altanera como estábamos hace algunos meses; mejor dicho, no se encuentra usted tan dispuesta á persistir en su engaño.

La joven profundamente herida por el sarcástico acento empleado por el marqués alzó vivamente la cabeza, y tratando de dominar su indignación, dijo:

—Y vamos á ver, señor marqués, ¿qué es lo que usted desea?

—Me parece que harto lo sabe usted.

—Si lo supiera, ya puede comprender que no se lo preguntaría.

—Pues amiga mía, mi pretensión es la misma que la formulé cuando la conocí. Prendado de sus encantos, no vivo ni sosiego si usted no me concede la mano que ambiciono.

—Me parece que ha olvidado usted una cosa.

—Es muy posible, porque la memoria á veces suele no estar en razón directa con la voluntad.

—Que mi tío es la persona á quien debe usted dirigirse para un acto semejante.

—Pero, hija mía, ¿no ha comprendido usted todavía que cuando yo estoy aquí, es porque en esta casa no existe más amo que yo?

—¡Qué! ¿qué ha dicho usted?—exclamó Emilia presa de la mayor agitación y dando un paso hacia el marqués.

—Lo que oye; se encuentra usted á mi merced, su tío no es más ni menos que una hechura mía y en su consecuencia no hará otra cosa que aquello que yo quiera.

—Pero ¿y Carlos, mi primo?

—Carlos, en este momento se encuentra en idéntica situación que yo. Está enamorado de Clara, y de grado ó por fuerza, del mismo modo que yo, se propone conseguir lo que desea.

—¡Señor marqués!

—Hija mía, arrojemos la máscara en absoluto, puesto que la ocasión ha llegado; lo mismo usted que su hermana son dos presas que hemos estado persiguiendo hace muchos años y que una vez que las hemos encontrado, no hemos de soltarlas con facilidad.

—¿Y usted cree que yo accedería á semejante infamia? Ahora empiezo á comprenderlo todo; ahora me hago cargo de todo lo inicuo que ha tenido su proceder para con nosotras. Mi pobre madre, mi padre tal vez, han sido víctimas de usted, y ahora pretende hacer lo mismo con nosotras. Tenga usted muy presente lo que le digo: de grado no hubiera accedido jamás á darle mi mano, comprenda usted si lo haré por fuerza.

—¡Ya lo creo! Veremos á ver quién la salva á usted. Vamos, Emilia, para que vea que soy complaciente y que no quiero abusar de mi posición: son las once de la mañana, á las once de la noche vendrá aquí el que hasta ahora creyó su tío, á saber su decisión, en la inteligencia que no espere usted gracia ni piedad de ningún género.

—Mi decisión puede usted estar seguro que será la misma que ahora.

—Entonces no se queje usted de las consecuencias. He dicho que están las dos en nuestro poder, y no han de salir de aquí más que para darnos su mano...

—¡Esto es una exigencia infame!

—Y á la que no tienen más remedio que ceder.

—¡Jamás!

—Si ustedes mismas nos lo han de pedir por favor, ¿á qué viene tanta altivez? Reflexione usted, y hasta la noche.

—Vuelvo á repetirle que es inútil.

—No lo ha pensado usted bien.

—Demasiado.

—En fin, no quiero que diga usted que la trato de ganar por sorpresa. Después contestará usted.

Y el marqués salió del aposento del mismo modo que había entrado.

CAPITULO CXLIV

El último recurso

Mientras el marqués estuvo en su presencia, Emilia procuró sostenerse y no dejar comprender todo lo horrible del dolor que sentía.

Pero una vez se vió sola, desapareció aquella máscara, y el efecto que necesariamente debieran causarla todas las amenazas del marqués, se mostró tal y como debía ser.

Porque, efectivamente, lo que aquel hombre acababa de decir era lo más inicuo, lo más abominable, lo más horroroso que una mujer podía escuchar.

Y con mayor motivo, Emilia, que hasta entonces y á costa de los mayores sacrificios había conseguido evitar sus asechanzas.

Precisamente en los momentos en que más segura se creía, en que bueno ó malo creía estar al lado de su

tío, escudada por él y puesta, por consiguiente, al abrigo de todas las indignidades de que aquel hombre la hiciera víctima, era cuando caía de lleno bajo su férula, y se encontraba sin medio alguno de resistencia.

Porque de una sola ojeada se dió Emilia cuenta de su situación.

El lazo que se la había tendido era tan grosero, que la sublevaba el pensar que ella, tan previsora en todo hasta entonces, hubiera podido dejarse engañar de aquella manera.

Apenas podía concebir que hubiera hombres tan infames, como los que por su desgracia la habían reducido á aquella situación.

Carlos, el otro miserable que se la había presentado como su tío, aquellos criados cómplices indudablemente en todas las infamias de su señor, todos ellos la indignaban; ninguno la prestaría ayuda.

Y su pobre hermana, ¿qué había sido de ella?

¿Qué suerte le había cabido á Magdalena y á Manuel?

Porque indudablemente ellos habrían opuesto alguna resistencia.

Emilia, no sólo tenía que pensar en su desgracia, sino en la que por su culpa recaería en las demás personas que por ella se interesaban y que la habían acompañado allí.

Efectivamente; como Federico había dicho, Clara había sido conducida á otra habitación y encerrada en ella; y cuando principió á gritar para que abriesen y la sacasen de allí, Carlos se presentó ante ella, y más bruscamente todavía que el marqués había manifestado su deseo á Emilia, hizo él la manifestación del suyo á la pobre huérfana.

Clara, al revés que su hermana, recurrió á las lágrimas y á los ruegos para enternecer aquel miserable.

Pero Carlos la escuchó desdeñosamente, y lo mismo que el marqués la dijo que únicamente tenía tiempo hasta la once de la noche para resolverse, y pasada esa hora obtendría por fuerza lo que se le negaba por afecto.

Clara quedó anonadada, dejóse caer en una silla; y su abatimiento fué tal, que no la dejó espacio para reflexionar siquiera.

Veía la negra noche de su desgracia ir aproximándose y carecía de fuerzas para intentar siquiera encontrar un débil rayo de salvación.

En cambio Emilia trató de agotar todos los recursos antes de sucumbir.

Mejor dicho, lo que menos se la ocurrió fué que el marqués pudiera vanagloriarse de su triunfo.

—¡Oh, no!—dijo con acento resuelto;—ó me mata ó le mato. Yo no caigo en sus brazos sino muerta. Ahora que ya sé que ese hombre no es mi tío y que va ser el que va á venir á reconocer mi resolución, ya veremos lo qué hago.

Y pasadas las primeras horas de abatimiento y de dolor, la joven, como acorralada fiera, comenzó á dar vueltas por la habitación.

Buscaba una salida, buscaba un arma para defenderse, buscaba algo que fuera una protesta enérgica y resuelta contra la violencia que respecto á ella se iba á cometer.

Pensar en encontrar salida en aquella habitación habilmente elegida, era inútil; no había quedado una sola rendija por donde pudiera intentarse la salvación.

La única ventana que había en el aposento estaba

clavada, y solamente los ventanillos de arriba eran los que estaban abiertos para dar un poco de luz á la estancia.

Las puertas tenían cerrojo por la parte exterior, y las fuerzas de la joven no eran suficientes para violentarlos.

Cuando Emilia se convenció de que nada podía conseguir, se dejó caer sobre una silla, y sepultando la cabeza entre sus manos permaneció un buen espacio abismada en sus reflexiones.

—No,—dijo después,—yo no me rindo sin luchar.

Y levantándose de la silla, única que había en la estancia, comenzó á golpearla contra el suelo hasta que pudo arrancarle uno de los palos.

—Lo que es con esto,—dijo blandiendo el garrote entre sus delicadas manos,—si consigo darle en la cabeza antes que vuelva de su aturdimiento, ya habré tenido tiempo de escapar.

Aquel palo era su salvación según ella creía, y procuró ocultarlo cuando al anochecer entró un criado con una palmatoria que dejó sobre una mesa.

—Cuando usted quiera comer...—la dijo.

—Al momento,—se apresuró á contestar Emilia, que en aquella pregunta vió otro nuevo medio de salvación.

El criado la miró sorprendido, y se apresuró á salir del aposento.

—Para servirme la comida,—murmuró Emilia,—bien han de traerme cubierto, y lo que es el cuchillo no lo vuelven á ver más. Veremos si esos tunantes se salen con la suya.

Poco después dos criados entraban en el aposento llevando los manjares destinados para la comida.

La primera mirada de la joven fué para el cubierto.

Efectivamente, la cuchara, el tenedor y el cuchillo iban puestos en un plato.

—Si la señorita desea algo más...—dijo uno de los criados.

—No; pueden ustedes retirarse.

—Si algo desea, con tocar aquí, á la puerta, acudiremos en seguida.

—Y mi hermana, ¿dónde está?

—No lo sabemos; nosotros no tenemos á nuestro cargo más que esta habitación.

—Pero pueden ustedes preguntar á los demás criados.

—Nosotros no preguntamos jamás; nos está prohibido; y como se nos paga bien, no desobedecemos nunca á nuestro señor.

—Pero ¿y si yo les pagara á ustedes más?

—Imposible; la señorita no tiene dinero aquí, y nosotros tenemos bien asegurado nuestro salario. ¿Quiere usted algo más?

—Nada,—repuso secamente la joven.

Emilia estuvo contemplando algunos momentos los manjares que la habían servido, y después dijo:

—No, no me conviene comer; á saber si ese infame habrá puesto algo en la comida. Unicamente tomaré un poco de pan. Pero es necesario que si esa gente vuelve no sospeche nada.

Y distribuyó algunos de los manjares en los platos, arrojó algo de lo que la habían servido en un rincón, cortó un pedazo de pan y se guardó el cuchillo, diciendo:

—Aun no podemos cantar victoria, señor marqués; lo único que siento es no estar al lado de mi hermana.

Y se acurrucó contra la puerta por donde el marqués había entrado por la mañana, esperando el momento de la lucha.

La pobre Clara no había hecho movimiento alguno hasta que vió al criado que fué á decirla si quería comer.

No había hecho más que llorar desde que se quedó sola.

Cuando, á pesar de su silencio, volvieron llevando algunos manjares, les dijo la joven, quitándose una sortija de bastante valor:

—No tengo otra cosa que darles á ustedes, pero esto es suyo si me dicen donde está mi hermana, ó si quieren llevarme junto á ella.

—Lo mismo da que nos entregue usted la sortija como que se la guarde,—contestó uno de ellos;—nosotros no sabemos nada.

—Pero...

—¿No quiere usted nada más?

—¡Por Dios, señores; tengan ustedes compasión de mí!

—Ya he dicho á usted que nosotros no podemos hacer nada; conque así, es inútil todo cuanto diga y todo cuanto haga.

Y los dos hombres, del mismo modo que hicieron los dos criados que entraron en la habitación de Emilia; abandonaron el aposento.

Puede comprenderse perfectamente cómo se quedaría la pobre niña.

Llena de profundo terror, veía que la noche iba avanzando, y recordaba las amenazas de Carlos y no sabía cómo salvarse de la suerte que la esperaba.

Emilia, conforme se aproximaba la hora, que podía

apreciarlo porque llevaba el reloj, que precisamente se había puesto al salir de su cuarto, la excitación nerviosa que la dominaba, aumentaba su violencia.

Y estrechaba con más fuerza el cuchillo y se aseguraba que el barrote de la silla estaba al alcance de su mano.

Con una exactitud maravillosa, á las once de la noche la puerta del aposento se abrió sin rumor alguno y Gaspar apareció en la estancia.

Como que la joven estaba acurrucada junto á la puerta, al abrirse ésta, quedó oculta detrás de ella.

El jorobado, sorprendido de no ver á nadie en la estancia, exclamó:

—¡Emilia!

Pero ésta, que no había contado con aquello, permanecía silenciosa, mientras Gaspar entraba resueltamente en la estancia mirando á todos lados.

Rápida como el pensamiento, alzóse Emilia del suelo y ganó la puerta, exclamando:

—¡Ah, miserables! ¡ahora veréis!

Volvióse vivamente Gaspar, pero ya la joven había salido al corredor, y blandiendo el cuchillo, estaba dispuesta á todo antes que rendirse.

La oscuridad que reinaba en aquella parte de la casa, la permitió penetrar en otro aposento, bajar una escalera, y entrar en otro corredor.

Entretanto, Gaspar daba gritos llamando á los criados.

Al mismo tiempo, Emilia oyó voces de socorro cerca de ella.

Eran las de su hermana, brutalmente acosada por Carlos.

Emilia conoció la voz de Clara, y frenética, desespe-

rada, en el paroxismo de la cólera, se lanzó en la dirección que sonaban las voces.

La puerta por donde Carlos había entrado, cedió á su esfuerzo, y la sorpresa del joven fué extraordinaria, al sentir tras de sí la voz temblorosa de Emilia, que decía:

—¡Aquí estoy, hermana mía!

Y sin que ella pudiera darse cuenta de lo que hacía, ciega, viendo á su hermana forcejando entre los brazos de Carlos, le dió con el barrote de la silla tal golpe en la cabeza, que quedó aturdido y soltó su presa.

Pero en aquel momento, los criados, excitados por Gaspar, llegaron hasta la estancia donde estaba Carlos.

Este, con el rostro ensangrentado por el golpe que acababa de recibir, y lleno de ira, dijo á los criados:

—¡Separadlas al momento!

—¡Muertas nos podrán separar!—gritó Emilia blandiendo el cuchillo;—¡que lo que es vivas, no lo podréis conseguir, infames!

CAPITULO CXLV

Lo inesperado

EMILIA, estrechamente abrazada á su hermana con el cuchillo en la mano y el palo en la otra, habíase refugiado en un rincón de la estancia.

Los criados no se atrevían á obedecer la orden de Carlos, no precisamente por el temor que pudiera causarles la resistencia de una mujer, sino porque les repugnaba la violencia que iban á ejercer sobre ellas.

—¿Pero no habéis oído?—gritó Carlos exasperado.

—¿Por qué no vienes tú, cobarde?—gritó Emilia brillante la mirada y por la misma excitación que la dominaba,—¡acércate si te atreves, falso y miserable como todos los que te han ayudado en tu criminal empresa! Parece mentira que hombres que se precian de caballeros obren así.

—¡Calla por Dios, Emilia!—la dijo Clara que no había podido reponerse todavía del espanto que la produjese la criminal tentativa de Carlos.

—¡Vamos, obedeced!—gritó de nuevo Carlos.

Los criados dieron un paso hacia la joven.

Pero Emilia más resuelta cuanto mayor era el peligro, les dijo:

—A mí podrán ustedes cogerme, pero antes tendrán que matarme porque como yo dejaré señalado alguno, la misma ira les obligará á hacerlo y esto es lo único que yo deseo.

Los criados volvieron á mirarse indecisos.

—Mátame, Emilia, mátame,—dijo Clara á su hermana,—antes que caer en los brazos de ese hombre.

—No; deja que vaya alguno delante de nosotras.

—¿Pero qué hacéis?—gritó Carlos exasperado.

—Pero señorito, ¡si son dos mujeres!

—¿Y eso qué importa?—gritó brutalmente Carlos;—á vosotros se os paga y tenéis obligación de cumplir con vuestro deber.

—¿Para qué no te aproximas tú?—le dijo Emilia con acento irónico,—¡para qué no llegas hasta nosotras, puesto que tanto te interesa nuestra deshonra! Acércate, Carlos.

El amigo del marqués, enjugándose con el pañuelo la sangre que manchaba su rostro, dió un paso hacia ellas, diciendo á los criados:

—Seguidme.

Y bajando la cabeza trató de ganar la acción de Emilia y sujetarla el brazo.

Pero ésta fué más ligera que él, y le asestó un nuevo golpe.

Al mismo tiempo con el cuchillo alcanzaba también á uno de los criados hiriéndole en una mano.

Desde este momento una lucha horrible, vergonzosa, innoble, dió comienzo.

Todos los criados se arrojaron sobre las dos jóvenes y á pesar de su resistencia, desarmaron á Emilia y la separaron de su hermana.

—Llevad á esa,—gritó Carlos,—y encerradla en su aposento.

Pero en el mismo momento en que trataban los criados de ganar la puerta para salir al corredor, un espectáculo inesperado les detuvo.

Precisamente cuando Gaspar salía de la habitación de Emilia, burlado por ésta y llamaba á los criados para que se lanzaran en su persecucion, parecióle escuchar el relincho de un caballo, cerca de la casa.

Como que ésta se hallaba separada de la carretera y no podían llegar hasta ella los rumores de los viandantes, con tanta facilidad, se asomó á una ventana que daba precisamente á una pequeña senda que pasaba al pié de las tapias que rodeaban la posesión.

La noche era bastante oscura; pero á pesar de esto, Gaspar que tenía la vista muy perspicaz, creyó distinguir una masa compacta, en medio de la cual creyó ver brillar cañones de fusil.

—¡Demonio! ¿qué es esto?—dijo.

Y abandonando la persecución de Emilia por atender á aquello que había despertado su curiosidad, dijo á los criados que habían acudido á su llamamiento:

—Silencio, y veníos conmigo; vamos á ver qué clase de gente es la que anda por aquí.

Y descendieron al piso bajo, miraron por una venta-

na que correspondía á la fachada principal de la casa, y vieron dos parejas de la guardia civil de caballería en actitud de rodear la finca.

—Malo, malo,—murmuró Gaspar.—El marqués ha querido ponerse en salvo por si las cosas venían mal dadas y nos ha dejado. No, pues lo que es á mí no me cogen éstos.

Y volviéndose á los criados, les dijo:

—Muchachos, ha llegado el caso de que cada uno piense en sí mismo; la guardia civil por aquí, y allá, junto á la tapia, aquel otro grupo que indudablemente va rodeando toda la casa, no me anuncia nada bueno. ¿Sabéis por dónde podemos escapar?

—Sí, señor,—dijo uno de ellos.—Hay un sitio por donde no subirán los guardias. Allá, al final de la huerta.

—Pues vamos.

Y Gaspar, seguido de los tres ó cuatro criados que podían haber dado la señal de alarma á sus compañeros, cruzaron la huerta silenciosamente, llegando hasta el sitio que había dicho el criado.

Unas rocas completamente peladas que formaban el borde de un pequeño precipicio, permitiéronles descender hasta el fondo de éste, siguieron durante un buen espacio el cauce del arroyo, seco á la sazón, y fueron á salir á bastante distancia de la posición.

—El marqués me ha dicho que espera en Avila,—dijo Gaspar,—pues allá voy á llevarle una noticia que no espera.

Y efectivamente, seguido de los criados, que todos ellos pertenecían á la posesión, que, como sabemos, tenía el marqués del Pino por aquellos sitios, llegaron á ella, tomó Gaspar un caballo, y se dirigió á Avila.

Entretanto, los guardias civiles, como Gaspar había presumido, cercaron toda la posesión.

En el silencio de la noche, llegaron hasta ellos los gritos lanzados por Clara pidiendo socorro.

Entonces del grupo que había cerca de la puerta se separó un caballero, que dijo:

—Aquí ya no es cuestión de esperar al Juez; á dentro, y suceda lo que quiera.

—Pero es que no nos querrán abrir si llamamos,—dijo otro.

—¿Y por qué hemos de llamar?—dijo un tercero;—estas tapias no son muy altas y son fáciles de escalar.

Y uniendo la acción á la palabra, empezó á subir, ayudado por uno de los guardias.

En breve espacio se encontraron dentro de la huerta, y como que las puertas de la casa habían quedado abiertas, no les fué difícil entrar.

Guiados por los mismos gritos y el rumor de la lucha sostenida en la habitación de Clara, llegaron hasta ella en el momento mismo que Gontrán y otro de los criados sacaban á Emilia de la estancia.

—¡Alto, miserables!—gritó una voz que hizo estremecer á Carlos.

—¡Aquí están, señor doctor!—dijo otra voz.

—¡Leonardo!—exclamó al mismo tiempo Emilia, viendo al que acababa de hablar á la luz que despedía la bujía colocada en la estancia de Clara.

—¡Aquí, señor doctor, aquí tiene usted á sus sobrinas!—exclamó Leonardo, pues efectivamente él era quien acababa de llegar á la puerta del aposento.

—¡Rendíos, miserables!—gritaron los guardias, al mismo tiempo que Andrés, saliendo entre ellos, cogía á Emilia en sus brazos, diciendo:

—¡Oh! Sí, sí; éstas son las que yo había visto en Cádiz.

Todo esto pasó con una rapidez tan extraordinaria, que ni Carlos, ni Gontrán, ni ninguno de sus satélites tuvieron tiempo de ensayar resistencia de ningún género.

Más pronto estuvieron sujetos los criados, que pudieron darse cuenta de lo que había ocurrido.

Las dos jóvenes, estrechamente abrazadas por el doctor, se habían desmayado por efecto de las emociones que en brevísimo espacio habían sufrido.

Carlos, sujeto por uno de los guardias cuando trataba de aprovecharse de la confusión producida en los primeros momentos, se vió increpado duramente por Leonardo, que le dijo:

—¡Ahora ha llegado ya la nuestra, señor mío! Ya era tiempo de que nos viéramos frente á frente.

CAPITULO CXLVI

Antecedentes

INMEDIATAMENTE se procedió al registro de la casa, pues el juez á quien estaban esperando, llegó acompañado de otra pareja de la guardia civil, procediéndose á practicar las primeras diligencias.

Las declaraciones de las dos hermanas fueron terribles.

Sin embargo, Emilia al saber que el marqués no estaba en la quinta, ni que tampoco se había encontrado á su supuesto tío, tuvo la buena inspiración de no acusarle por no dar á la publicidad un hecho que desde luego, y fuera como quisiera, tenía que perjudicarle siempre.

Limitóse á decir que aquel Gaspar, es decir, que la persona que la habían hecho conocer como su tío, había entrado en su habitación intimándola que diera su mano al marqués, y concediéndole doce horas de plazo para que se resolviera.

Que este plazo había espirado, que el falso tío se había presentado y que ella había aprovechado aquella oportunidad para escapar, después de haberse apoderado del cuchillo que la llevaron para cortar los manjares de la comida y del palo de la silla que ella misma había roto.

De este modo no quedaba tan odioso el delito del marqués.

La declaración de Clara, fué realmente terrible para Carlos.

Este á su vez achacó todo el delito al marqués, y especialmente al violento amor que la había inspirado su prima.

Los criados no tenían más culpabilidad que la de haber obedecido las órdenes que se les habían dado.

Pero por una casualidad, que parecía que se había propuesto favorecer al marqués del Pino, los que se escaparon con Gaspar, según ya dijimos, eran los únicos que pertenecían á la casa del marqués; y los que se habían que dado en la posesión y fueron sorprendidos por la guardia civil, eran todos de dudosos antecedentes, recogidos por Gaspar, en Avila.

De modo, que la acusación de Carlos hecha contra su amigo, no resultaba plenamente probada.

Gaspar, como indicamos ya, pudo llegar á Avila y allí dió cuenta al marqués de lo que había ocurrido.

Quedóse Federico Montesinos aterrado, comprendiendo el escándalo que de aquello iba á resultar, y por un momento estuvo tentado de seguir el consejo de su amigo, que le decía:

—Vámonos á Madrid inmediatamente; tenemos tiempo de coger el tren que pasa á las cuatro de la mañana, y una vez en Madrid, que nos echen un galgo.

Pero el marqués se opuso, diciendo:

—No; puede usted marcharse en buen hora, que yo necesito averiguar lo que ha pasado en mi casa.

Y á pesar de la hora que era, el marqués se disfrazó perfectamente, salió de Avila, y se dirigió en el mismo caballo que había traído Gaspar, á su palacio.

Una vez en él, llamó á uno de sus criados de confianza y le encargó que viera de averiguar lo que había pasado en la hacienda del Caño.

El criado regresó á las primeros horas de la mañana, diciéndole que Carlos, Gontrán y cuatro hombres más, habían sido conducidos á Avila, escoltados por la guardia civil, que el juez de primera instancia iba con ellos también y que el escribano, y uno de sus dependientes, á quien el marqués conocía y cuyo nombre le dió el criado, les acompañaba.

—Pero ¿y las huérfanas?—preguntó el marqués sin acertar á darse cuenta de lo que aquello podía significar.

—Han salido para la posesión del Solar, acompañadas del doctor don Andrés del Cerro y otros dos caballeros.

—¡El doctor aquí!—exclamó el marqués cada vez más sorprendido.—¿Qué significa esto? ¿Cómo ha podido saber ese hombre?...

Y el marqués se anegaba en un mar de confusiones, sin saber qué pensar.

Cambiando nuevamente de disfraz, abandonó su casa dejando instrucciones perfectamente detalladas á su mayordomo, y regresó á Avila.

Allí envió un recado al escribiente del Juzgado, que su servidor le indicara, el cual no tardó en presentarse en la fonda donde estaba el marqués.

Por él supo la verdad de lo ocurrido en la hacienda, las declaraciones prestadas por Emilia y Clara, y, finalmente, quienes eran las personas que acompañaban á Andrés.

—Ahora ya me lo explico todo,—murmuró el marqués una vez que se hubo quedado solo;—aquel Leonardo á quien yo me encontré en Buenos Aires, ha sido sin duda el que lo ha descubierto todo. ¿Y qué hago yo ahora? Esa declaración de Emilia me sorprende. ¿Qué ha querido significar ocultando la escena que había mediado entre los dos? Es preciso que yo á mi vez haga algo para quedar en buen lugar y tener fácil acceso con esa familia.

Y marchó en el exprés de Francia. Una vez que hubo llegado á París, envió desde allí un telegrama al doctor, diciéndole que había descubierto en la Habana, donde tuvo necesidad de ir para unos negocios particulares, la existencia de sus sobrinas, que éstas juzgando mal de sus intenciones, al saber que él estaba allí, marcháronse á Buenos Aires donde las había seguido.

Que precisamente el mismo día que pudo ya descubrir de un modo exacto la casa en que residían, habían emprendido el viaje para España, y que la persona que podía darle razón de ellas, era el periodista Mendoza, con el cual estaban en relaciones, según había podido saber, por las personas en cuya compañía habían estado con ellas.

Que se apresuraba á darle aquella noticia para demostrarle la buena fe de que se hallaba animado, deponiendo pasados resentimientos.

—Si el doctor contesta á este telegrama, quizás no se habrá perdido todo; si no contesta, entonces ya será dis-

tinto. Pero de todos modos, esto me servirá siempre para probar la coartada.

Entretanto, como el curial había dicho al marqués, Andrés, loco de contento, habíase dirigido con sus sobrinas á la posesión del Solar, donde su entrada produjo una explosión de alegría entre los antiguos criados de la casa.

Pepe Corrales y Leonardo participaban también de la alegría del doctor.

La presencia de estos en la hacienda del Caño, no había sido hija de la casualidad, como fácilmente puede comprenderse.

Con ocho días de adelanto, según dijimos, había desembarcado el marqués en Barcelona, pero se detuvo dos días, que fueron una gran cosa para el doctor y sus amigos, puesto que éstos, sin darse reposo de ninguna especie, descansaron por la mañana en Barcelona, y á las tres horas, en un tren especial que hizo poner Andrés, salían para Madrid.

Llegaron á la corte el mismo día en que las jóvenes habían llegado á Avila.

Marcelo se apresuró á decir al doctor que había estado á verle varias veces el señor Mendoza, diciéndole que tenía que comunicarle un telegrama muy importante recibido de América, referente á unas sobrinas suyas.

Inútil es decir el respingo que dió el doctor al oir esto.

Inmediatamente pidió un carruaje y se dirigió á la redacción.

Al verle Mendoza, exclamó:

—¡Calle, doctor! ¿usted aquí? Pues entonces, ¿quién ha recibido en Avila á sus sobrinas?

—¡Cómo á mis sobrinas!—exclamó Andrés sorpren-

dido.—Apenas hace una hora que he llegado de Barcelona.

—Pero ¿qué está usted diciendo? ¿pues no me ha escrito usted una carta desde Avila, diciéndome que Carlos acompañara á sus sobrinas, porque usted no quería venir á Madrid, y que las estaba esperando en la hacienda del Caño?

El doctor no pudo menos de estremecerse.

Porque adivinó desde luego alguna horrible trama, cuyo objeto no era difícil de comprender.

—Explíquese usted, Mendoza, explíquese usted,—dijo,—ni yo he escrito semejante carta ni sé de lo qué está usted hablando. Marcelo, cuando he llegado, me ha dicho que usted había estado varias veces en casa...

—Pero señor, ¡qué es esto!—exclamó Mendoza lleno de confusión.

—Cuénteme usted lo qué ha pasado y á ver si entre los dos encontramos solución para este problema.

Mendoza contó todo cuanto sabía, y finalmente, la marcha de las dos jóvenes y el telegrama que él mismo había dirigido á Avila en virtud de la carta que Carlos le mostrara.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó el doctor llevándose entrambas manos á la frente,—¿qué nueva iniquidad se ha cometido, ó intenta cometerse? Voy á marchar á Avila en seguida.

—Ahora es imposible; no es hora para que salga ningún tren.

—No me importa; si de Barcelona he venido en un tren especial, ¿cree usted que me asustara el hacer que me pongan otro para Avila?

Y aquel hombre lleno de energía y de resolución, se

separó de su amigo, hizo que el carruaje le condujera á la estación del Norte, pidió el tren especial y desde allí se marchó al Ministerio de la Gobernación.

Cerca de una hora estuvo hablando con el ministro de quien era íntimo amigo, y apenas salió del Ministerio, se envió un telegrama cifrado al gobernador de Avila para que pusiera á disposición del doctor D. Andrés del Cerro, que salía dentro de dos horas en un tren expreso, cuanto necesitara.

Cuando Andrés regresó á su casa Leonardo y Pepe estaban esperándole llenos de impaciencia.

—Pronto, amigos míos,—les dijo,—vamos á marchar á Avila.

—Pues ¿qué ocurre?—preguntó Pepe.

—Allí están mis sobrinas, y sabe Dios si podremos llegar á tiempo para impedir un horrible crimen.

—Pero ¡por Dios, señor doctor!—exclamó Leonardo,—usted necesita algún reposo; dénos instrucciones, y Pepe y yo marcharemos allá.

—No, no; es necesario que yo os acompañe.

Y sin hacer caso de la fatiga, sin que ésta fuera obstáculo para detenerle, Andrés volvió á entrar en el carruaje acompañado de los dos jóvenes dirigiéndose á la estación.

El tren llegó á Avila á las nueve de la noche.

Inmediatamente Andrés y sus amigos se dirigieron al Gobierno civil donde Andrés celebró una larga conferencia con el gobernador.

El telegrama que esta autoridad había recibido del ministro hizo que accediera á todos los deseos manifestados por Andrés.

En su consecuencia, el jefe de la guardia civil reci-

bió una orden del gobernador para que con toda la fuerza que tuviera disponible se pusiera á disposición del doctor, y el juez de primera instancia recibió otra comunicación en el mismo sentido.

Eran las diez de la noche cuando Andrés y sus amigos escoltados por la guardia civil así de infantería como de caballería, que había en Avila, emprendían el camino hacia la hacienda del Caño.

Ya vimos en otro lugar como fueron cercando toda la posesión y como penetraron en ella.

EPILOGO

Después de lo acaecido, el juez de Arévalo, puso en posesión de los bienes que legítimamente las pertenecían, á las herederas del duque del Solar, y Andrés consideró ya realizado el único objeto de su existencia.

Cuántas veces mirando á Emilia, decía:

—¡Pero válgame Dios, hija mía! ¡Cómo te pareces á tu pobre madre! ¡Cuánto he deplorado no haber calculado lo que podía suceder y haberme quedado en España para ampararla y protegerla! Clara es un vivo retrato de mi hermano, y con vosotras dos, me parecerá que tengo siempre presentes á los dos seres á quienes tanto quise.

Las dos jóvenes, abrazaban cariñosamente á su tío, diciéndole:

—Ahora sí que no nos separaremos más.

Y cuando estaban las dos solas y podían comunicarse sus impresiones, decía Clara:

—Este sí que es nuestro tío. ¿Te acuerdas cuando yo te decía que aquel hombre no me infundía afecto de ninguna especie?

—¿Qué se habrá hecho?—decía Emilia.

—¡Vaya con Dios! Que sea de él lo que quiera; no quiero ni aun recordar las horas tan horribles que pasamos en aquella casa.

El telegrama del marqués, no produjo efecto alguno en el doctor.

Emilia, habíale referido la verdad, dándole la razón que había tenido para ocultársela al juez.

El doctor la aprobó, diciéndola:

—Anda, que harto castigado ha quedado ese miserable: primero, con el dinero que le han costado tantas diligencias como practicó para apoderarse de vosotras, y después, con este último descalabro. Algún día volveremos á encontrarle por ahí, y entonces tendremos ocasión de darle las gracias por lo que ha hecho, pues quizás sin su persecución, no os habríais movido de la Habana, y en su consecuencia, no nos habríamos encontrado todavía.

Entretanto, el proceso contra Carlos y Gontrán, seguía adelante.

Y no se trataba solamente de la falsedad y de la violencia que habían usado con las dos jóvenes, sino que la acusación era mucho más terrible.

Se les acusaba de haber envenenado al duque del Solar, á quien se le había estado haciendo creer que Carlos era su sobrino, cuando tal parentesco no había existido jamás.

Las declaraciones tanto de Carlos como de Gontrán, como fácilmente puede comprenderse, fueron completamente negativas.

Carlos, pretendió demostrar que á la sazón estaba en París, y entonces se procedió á realizar un acto, del cual el juez quería sacar un gran partido.

Es verdad que la idea le había sido sugerida por Andrés.

Una mañana, Carlos y Gontrán salieron de Avila y fueron conducidos al panteón que en el cementerio de Arévalo poseían los duques del Solar.

Procedióse á descubrir el féretro del duque, y se vió que no era de éste el cadáver que allí había.

Gontrán y Carlos no pudieron dominar un estremecimiento de terror, al presenciar aquel acto.

Sin embargo, no se les escapó ni una sola frase que pudiera venderles.

Entonces el Juzgado, seguido de los reos, salió del cementerio y se dirigió al lugar donde trece años antes el doctor había encontrado el ataud que encerraba el cuerpo de su hermano.

Andrés, formaba parte de la comitiva.

Conforme iban aproximándose al lugar donde estuvo depositado el cadáver, la agitación de Carlos y de Gontrán iba haciéndose más visible.

Uno y otro hacían esfuerzos para dominarse; mas á pesar de eso, se comprendía que en realidad estaban sufriendo de un modo extraordinario.

Y cuando finalmente llegó el momento de ponerse á cavar en aquel sitio y de descubrirse el féretro, Carlos sintió que le faltaba el valor.

Sacó Andrés la llave del ataud, y al quedar descu-

bierto el cadáver del duque que, merced al embalsamamiento del doctor, se conservaba en el mismo estado que cuando se le enterró, no pudo contenerse más y cayó de rodillas cubriéndose el rostro con las manos, exclamando:

—¡No, no quiero verle, yo lo confesaré todo!

Y, efectivamente; la confesión fué terrible para Gontrán.

El resultado de aquel acto, fué la confesión de los dos miserables, tras la cual Gontrán fué sentenciado á muerte, y Carlos á cadena perpetua por los muchos crímenes que había cometido.

En sus declaraciones, el uno y el otro, comprometieron al marqués del Pino; pero éste, que se apresuró á presentarse en Avila cuando tuvo noticia de ello, supo darse tan buena maña, máxime cuando había tenido la habilidad de no dejar prueba alguna que pudiera comprometerle, que se sobreseyó la causa en todo lo que á él se refería.

Al tener noticia de esto, dijo Pepe Corrales al doctor:

—Pues si los tribunales le han absuelto, yo, que tanto he esperado para vengar á mi pobre amigo Juan, no le perdono.

—¿Qué quieres decir, Pepe?—le preguntó Andrés.

—Ya lo sabe usted. Juré á Juan vengarle cumplidamente y mi juramento no se ha cumplido todavía.

—Juramentos de esa especie no se deben cumplir, porque es ponerse uno al mismo nivel de la persona á quien se pretende castigar.

—Es que yo no pretendo darle muerte á traición. Le buscaré y...

—Y te batirás con él. ¿No es eso lo qué quieres decir?

—Sí, señor.

—Y la suerte no te favorece y sumes en la desgracia á tu pobre esposa y á tus hijos.

—Deber sagrado tengo que cumplir respecto al pobre Juan, y ya sabe usted que se lo dije desde el primer día que le hablé.

—Sí por cierto. Pero entonces eras libre y ahora no. Tu vida no te pertenece: se la debes á tu mujer y á tus hijos y no puedes comprometerla neciamente. Pruebas sobradas tenemos para atacar al marqués, y si ahora el tribunal le ha absuelto, yo te prometo que no le absolverá cuando hagamos valer los documentos que obran en nuestro poder.

—Pero...

—Te prohibo terminantemente que dés paso alguno. Ya me encargo yo de hacerlo todo.

Mas á pesar de esta resolución, nada pudo hacer Andrés por entonces, porque el marqués, apenas fué absuelto, se marchó á París.

—Ya volverá algún día,—dijo Andrés,—y entonces veremos si vuelve á escaparse.

El mismo día en que Carlos llegaba á la penitenciaria de Ceuta, después de haber presenciado la muerte de su cómplice Gontrán, Clara daba su mano á Leonardo, y el mismo día también, Emilia ponía en el correo una larga carta dirigida á Julián, en la cual le refería los motivos por los cuales tuvo que salir de Buenos Aires tan precipitadamente, diciéndole además que se pusiera en camino inmediatamente, si es que todavía pensaba en ella.

Pero esta carta no pudo recibirla Julián, porque en aquellos momentos estaba ya en camino de la penín-

sula, donde llegó acompañando á alguno de sus amigos, según vimos en las últimas páginas de nuestra obra, *Casada, Virgen y Mártir*.

En nuestro nuevo libro, *La Ultima Lágrima*, tendremos ocasión de encontrarnos con Gaspar, con Julián, con el marqués del Pino y con otros personajes, de los cuales algunos deben haberse hecho altamente simpáticos para nuestros lectores, en la presente obra.

FIN

INDICE

DE

LAS HIJAS SIN MADRE

TOMO SEGUNDO

Libro cuarto.—La hora de la justicia

PLANTILLA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAMINAS

TOMO SEGUNDO